3 1761 09545884 0

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/sacerdoteycaudil00mate

SACERDOTE Y CAUDILLO

N

Pase el señor caballero, respondió Ana María, llena de rubor ante la mirada de fuego de Don Cristóbal.

Pág. 8.

LS
M425GS

SACERDOTE

Y CAUDILLO

Memorias de la Insurrección

NOVELA HISTÓRICA MEXICANA

POR

Juan A. Mateos

Novísima Edición ilustrada por espléndidos fotograbados

35 77 84 38
28 11

CASAS EDITORIALES

MAUCCI HERMANOS
MÉXICO (Ciudad)
Cuarta de Tacuba N. 40.

MAUCCI HERM.os é HIJOS
BUENOS AIRES
Calle Rivadavia, 1435

Esta obra está absolutamente igual al original que yo escribí.

México, Agosto de 1902.

JUAN A. MATEOS.

Introducción

La primera página.

I.

Hace más de un siglo que en la Provincia de Guanajuato y hacia las llanuras bellísimas de Pénjamo en cuyos límites serpentean las trasparentes aguas del TURBIO deshaciéndose en olas cristalinas que riegan las márgenes floridas, en el lujo de una naturaleza salvaje y exhuberante, se extendían en aquella época los pintorescos caseríos cuyos nombres sólo conserva la tradición.

Al sur de la «hacienda» llamada «Casco de Corralejo,» entre la margen oriental del «Turbio,» y la «hacienda de Cuitzeo de los Naranjos,» existía el rancho de «San Vicente.»

Un viejo y honrado campesino llamado Antonio Gallaga era el dueño de aquella «ranchería,» y en ella habían nacido tres hermosas niñas, una de las cuales era sobrina de D. Antonio. Por aquellos tiempos se hacía célebre por su lujo y ostentación, D. Cristóbal Hidalgo y Costilla, joven mexicano, que después de una vida borrascosa en la capital de la Colonia, se había refugiado en San Vicente, hacienda encargada á su administración. La comarca de Pénjamo entró en movimiento con la llegada del «cortesano,» y las diversiones se sucedían continuamente, siendo el héroe de todas ellas Cristóbal Hidalgo, famoso por su proverbial galantería. Las viejas devotas de Pénjamo se ponían á rezar cuando Cristóbal aparecía con la música del pueblo, armando algazara por las calles á deshoras de la noche. La ronda se unía al calavera y su carpanta de amigos, y el alcade se daba por satisfecho con que gritasen á sus ventanas ¡viva el señor alcalde! ¡viva el justicia de Pénjamo! ¡viva la señora alcaldesa! La alcaldesa sacaba algunas botellas de Jerez, Cristóbal le dirigía una arenga y seguía la jarana hasta el amanecer, en que toda aquella multitud se santiguaba devotamente al oir el toque del « Ave María. »

Hidalgo era rico y muy guapo, lo que traía inquieto al sexo hermoso de la comarca, que á fuer de historiadores decimos que era encantador, porque la provincia de Guanajuato ha sido siempre más rica en la belleza espiritual de sus hijas, que en el oro de sus entrañas. Cristóbal, como era natural, amaba á todas las muchachas, que se manifestaban desconfiadas con el carácter voluble del galanteador. Los amigos del nuevo

D. Juan, aseguraban que tenía una novia en cada «rancho» y que si no fuera cristiano tan conocido pasaría por un sectario de Mahoma.

Punto de honor se hizo en Pénjamo y sus alrededores la conquista de aquel corazón, que viraba á cada soplo de viento, es decir, á cada mirada de unos ojos húmedos y abrillantados. Cuando en un baile se veía á Cristóbal apasionado, rendido, y haciendo más protestas que un relapso delante de la hoguera, todos movían la cabeza en son de duda y compadecían á la paloma que se rendía al amor violento de sus amores.

Ya el señor Cura había reñido en el confesionario á varias niñas que en medio de suspiros y puntos suspensivos, confesaban estar flechadas por las palabras insinuantes del joven calavera; pero la voz del señor cura se alzaba hasta las bóvedas de la iglesia (que en tela de verdad no estaban muy altas) cuando alguna jamona refería algo que hacía electrizar al párroco, siempre con referencia á Don Cristóbal: poco después se las veía puestas en cruz, cumplir la « penitencia. »

Había algunas sentenciadas á entrar de rodillas al templo, y otras á darse tres ó cuatro docenas de disciplinazos, por haber tenido pensamientos obtusos.

Las muchachas ponían en juego todos sus encantos para atraerse á Cristóbal, que consumaba deserción á la hora en que la situación se hacía difícil y sacaba el cuello al lazo matrimonial con un tacto exquisito.

Aquella tempestad debía parar en catástrofe, y la nave del solterismo, rota y despedazada, tendría que pedir socorro para llegar al puerto.

Ocurriósele á Cristóbal anunciar que estaba dispuesto á contraer matrimonio con una hija de la comarca, y que su enlace lo verificaría luego que tuviese novia.

Este edicto fué publicado por las trompas de la fama, es decir, por todos los habladores del pueblo, amigos y enemigos de Don Cristóbal.

Cañonazo de leva fué aquella noticia, todo el sexo hermoso se puso en tren de batalla, los enamorados ordenaron reclusión á sus novias, que no dejaron por eso de asomarse á sus ventanas y concurrir á misa mayor, compuestas como un « veintisiete. »

Cristóbal era un buen partido por su honradez, y sobre todo por su riqueza.

Paróse el joven en la puerta del templo un domingo á la hora de la misa mayor, entre el círculo de sus amigos, y comenzó á decir « sotto voce » á cada muchacha que pasaba los sagrados umbrales:

—Esa me conviene, tiene los piés pequeños como los de una mosca.

—No, esta es más hermosa, sus ojos son dos soles.

—No, no, no, esta, esta, esta sí que será mi novia, la cintura es de avispa.

—Me decido por esta otra, ¡qué cútis tan hermoso!

—Esta sí, que sí, la dentadura me ha dejado medio muerto.

—No, me arrepiento, no había visto á esta con los brazos redondos como unos bolillos y blancos como una azucena.

—¡Señores! ¡señores! es negocio concluido: ha llegado la reina; pero no, la otra, no, no, esa, aquella, la de más allá... está visto, todas me gustan, soy muy desgraciado!

Cristóbal tenía razón; á la hora de escoger, las excluidas parecen siempre las más hermosas; no había remedio, la casualidad decidiría aquel problema.

II.

Don Antonio Gallaga preparaba al joven un gran convite en « San Vicente, » sus hijas tenían deseos vehementes de conocer á Cristóbal, cuya fama había llegado hasta el caserío, en boca de las viejas que acarreaban chismes semanariamente.

La sobrina de Don Antonio, llamada Ana María, aunque era muy considerada, se le tenía como huérfana, y en esa situación, se le destinó á servir las viandas á la hora solemne de la comida.

Desde muy temprano las jóvenes amas se pusieron de perilla en pendón, acumulando sobre su personalidad cuantos adornos y composturas tuvieron á mano y que enviaron á buscar á la única tienda de Pénjamo.

Cuando salió el sol ya las hijas de Gallaga no tenían un solo objeto de compostura que no estuviese en su tocado. Mucho había costado á Don Antonio comprar las telas venidas en la Nao de China para vestir á sus hijas, los zapatos de « palillo » eran carísimos por la escasez de artistas, sobre todo en aquellos lugares; pero al fin, las niñas estaban hechas unas cortesanas.

Eran las seis de la mañana y no se divisaba aún en el camino pasajero alguno ni cabalgata que revelase la aproximacíon del convidado.

Las hijas de Gallaga se subían de continuo á la azotea á riesgo de despeinarse ó extropear sus vestidos, para « divisar » si era ya llegada la hora: exasperadas con tanta dilación, enviaron á un criado por noticias y se sentaron al estrado para que Don Cristóbal las encontrase de toda ceremonia.

Ana María salió de la casa y se dirigió á un arroyo, donde lavó las madejas profusas de su cabello y sumergió repetidas veces su rostro angelical, que tomó con las linfas, la frescura de las rosas. Lavó sus brazos torneados, y después, poniendo en el declive del terreno sus pies desnudos, breves y delicados, corrió el agua sobre ellos, azotando dulcemente aquel alabastro surcado de venas azules y apagadas.

Sombreóse después bajo los árboles del pequeño bosque, ensortijóse su cabello en una cascada de ébano, que caía sobre su espalda, esparcida por el viento purísimo de la mañana. Calzóse un zagalejo encarnado como las flores de la maravilla, puso al cuello una ensarta triple de corales rojos como sus labios, asomóse á un remanso, donde apareció su bellísima imagen, se contempló un istante, y sonriendo con esa coquetería que acompaña á la mujer al despertar á sus primeros sueños, se alejó llevando unas rosas que cortó á su paso.

III.

No había llegado aún la joven á la puerta de la casa, cuando un tropel de caballos se dejó ver en el sendero que conducía á la entrada de la finca. Paróse Ana María llevada por la curiosidad, cuando se adelantó un jinete en un soberbio caballo enjaezado primorosamente, y que salpi-

cando grumos de espuma manifestada lo arrogante de su ley. Echóse abajo el jinete, y dirigiéndose á la joven con la mayor galantería la dijo:

—¿Es esta la casa de D. Antonio Gallaga?

—Pase el señor caballero, respondió Ana María llena de rubor ante la mirada de fuego de D. Cristóbal.

—¿Será usted acaso una de las personas de su familia?

—Sí, señor, su sobrina.

—No en vano tiene usted esos ojos como dos luceros y esa frente blanca como la rosa que lleva en su primorosa mano.

Ana María se estremeció al escuchar aquel lenguaje desconocido hasta entonces, un temblor interior agitó sus formas delicadas y la rosa se le escapó de entre los dedos.

D. Cristóbal se arrojó sobre la rosa como el primer despojo de aquel encuentro.

El calavera se había impresionado terriblemente de aquel conjunto de belleza y espiritualismo; un rostro purísimo, bañado de una apacible melancolía, unos ojos negros como la noche, de donde se desprendía un rayo siempre tímido como las ráfagas crepusculares; una boca como la flor del granado, y aromática como el capullo de la azucena; una frente ovalada como la de los ángeles: la cabellera negra y ensortijada, la cintura breve, y la apostura recogida y majestuosa. Ana María hablaba con dulzura, aquella voz era la del zenzontle.

La infeliz tórtola sentía en su corazón agitado los primeros síntomas del amor, una vaga ansiedad la devoraba, su labio estaba seco y sus ojos resplandecientes.

Cuando el galán recogió la flor y la puso en una de las « agujetas » de plata de su elegante « cotona, » Ana María comprendió el lenguaje de la flores, aquella flor hablaba á su corazón con el idioma de las ilusiones. Toda esta escena pasó momentáneamente, los amigos de D. Cristóbal llegaron á la casa cuando ya Ana se había entrado á dar parte á la familia.

D. Antonio Gallaga acudió al momento, los criados de la « ranchería » tomaron los caballos y comenzaron á pasearlos á la sombra, mientras que D. Cristóbal y sus amigos eran recibidos con esa lujosa ostentación que se acostumbraba en aquel entonces en que el dinero sobraba, y más aún, la gana de derrocharle. D. Antonio presentó á sus dos hijas, que como ya hemos dicho, estaban perfectamente puestas á la usanza de la corte.

La música de Pénjamo tocaba sonatas alegres, y un barullo espantoso se dejaba oir en toda la finca. Sirvióse un almuerzo espléndido, no sin preceder unas copas de catalán y unas puchas para abrir boca.

D. Cristóbal galanteó á las señoritas mientras no llegó la hora del almuerzo, en que toda su atención se hallaba absorta en el rostro angelical le Ana María, que se esmeraba en el servicio de la mesa. La joven no levantó la vista para fijarla en D. Cristóbal, ese era precisamente el primer síntoma de la enfermedad que se desarrollaba en su corazón. Los brindis se sucedieron, las protestas de amistad franca y de simpatías se prodigaron, y el joven de las aventuras cautivó á aquella familia con su exquisito trato.

En una de las veces que Ana se acercó al caballero, éste le dijo al oído:

—¡Mañana!

Esa palabra bastó para revelar á la joven las pretensiones del enamorado galán... ¡mañana!... ¡mañana!... aquello era una cita, esto lo comprendería una niña de cuatro años, Ana lo comprendió perfectamente, y era que tal vez la palabra había venido á dar forma á sus esperanzas.

Pasóse el día en tertulia, baile y juegos de cartas; D. Cristóbal y sus amigos se portaron como quienes eran, bailaron con todas las muchachas, se bebieron todo el vino que pudieron, y jugaron cuanto llevaban, con un desprendimiento verdaderamente heróico.

Ya cerraba la noche cuando la fiesta dió término con la despedida de los huéspedes, que después de abrazar á todas y cada una de las personas de la familia de Gallaga, montaron en sus trotones y se alejaron rumbo al «Casco de Corralejo.» Al llegar al recodo del camino, volvieron los caballos agitaron sus sombreros y se perdieron en una nube de polvo y las primeras sombras de la noche.

IV.

Cuando el «rancho» de San Vicente recobró su curso ordinario y ese reposo habitual que caracteriza á las fincas de campo, Ana María entró en la sala donde D. Antonio hablaba á sus hijas sobre los accidentes de la fiesta, el talento de D. Cristóbal y el buen humor de los amigos que le acompañaban, y sobre todo, de su franqueza.

—Como que á mí me regaló ese señor una «medalla.»

—¿Una medalla D. Cristóbal? preguntó D. Antonio con asombro; si ese joven no pone los pies en la iglesia sino los domingos, y no es muy edificante que digamos.

—Aqui está la medalla.

—¡Inocente! exclamó D. Antonio, ¡esta es una onza de oro! vamos que ese hombre tiene desatornillada la chaveta!

Ese obsequio que hoy pasaría por un insulto, entonces era una galantería de buen tono.

—Guarda tu medalla, hija mía, y ojalá que Dios te conceda centenares de esas.

La joven guardó la moneda como la primer prenda de ese cariño que comenzaba á arder en el fondo de su pecho.

Las hermanas Gallaga creían haber conquistado á D. Cristóbal aunque algo les inquietaba el obsequio presentado por la joven huérfana.

Luego que Ana se encontró sola, comenzó á tomarse cuenta de lo que pasaba en su corazón: la imagen del caballero se le presentó bajo el ropaje de una imaginacíon en el día primero de sus impresiones, oía su voz, sentía el fuego de sus miradas, el contacto de su mano, y sobre todo aquella palabra «¡mañana!» ¿Que había querido decir el galanteador? ¿se atrevería á venir oculto para hablarla? ¿se presentaría en una nueva visita? ¿qué pretendía aquel hombre? Todas estas preguntas eran respondidas inmediatamente y reasumidas en una sola: «viene á hablar de amores conmigo huyendo la presencia de los importunos:» en este caso todas las personas lo son. Envuelta la joven en el tumulto de sus ideas y las imágenes apacibles de su cariño entró en el letargo profundo del sueño.

V.

D. Cristóbal llegó á su hacienda en completa desmoralización; los ojos de Ana lo tenían deslumbrado, era un hombre perdido en el mundo del solterismo.

—¡Y no ha de ser! gritaba el calavera, como si alguien le dirigiese la palabra.

—Este Cristóbal está loco, le decía uno de sus amigos, los zapatos de palillos, los encajes y los «chiqueadores» de las muchachas le traen perdido.

—¡Qué palillos, ni qué demonios!

—¿Y sabes querido, que la primita me ha petado de lo lindo?

—¿Qué primita?

—¡Bárbaro! la que servía la mesa.

—No es fea la muchacha.

—¿Cómo se entiende? es de lo más hermoso que he visto.

—¡Vean ustedes al socarrón de D. Antonio lo que tenía guardado en su casa, y el muy bribón se estaba callado!

—¿Conque les parece á ustedes hermosa esa joven?

—¿Secreto á voces?

—No, va de serio.

—Entonces lo contaremos á todo el mundo.

—¡Cuando digo que es negocio grave!

—Escuchemos, porque eso de «grave» es verdaderamente «grave» cuando se trata del buen Cristóbal.

—¡Silencio!

—Pues, señores, estoy enamorado de remate.

Los amigos se echaron á reir como unos desesperados.

—Van ustedes á admirarse.

—Dentro de ocho días... me caso.

Nueva salva de carcajadas y de palmoteos.

—Lo dicho, señores, exclamó Cristóbal levantándose, dentro de ocho días me caso con Ana María.

—¿Luego no es broma?

—No, no lo es, esa pobre niña me ha simpatizado, ya la vieron ustedes, cuán humillada, perteneciendo á la familia de D. Antonio, haciendo oficios de criada ¡pobre huérfana! lo mas horrible que hay en este mundo es no tener padres... ya ven usted el caso no es para broma, sería un crimen burlarse de la inocencia y de la desgracia.... palabra de honor, dentro de ocho días... y quedan ustedes convídados á mis bodas con Ana María.

Este era uno de tantos rasgos como tienen esos corazones que se creen gastados en la tormenta de la vida, y que conservan aún la pureza primitiva de sus impresiones, desarrollada ante los grandes espectáculos de la humanidad que sufre.

VI.

Desde aquel día, á la hora que sonaba el toque de oraciones, se desprendían de Corralejo dos jinetes armados, que atravesando la llanura, llegaban al bosque de «San Vicente».

Apeábase el caballero dejando el caballo al cuidado de su acompañante, y se acercaba á una de las ventanas de la finca; después del toque de ánimas se abría una de las hojas de aquella ventana misteriosa, y una joven pálida de amores, tomaba entre sus preciosas manos la cabeza del galán y besaba repetidas veces la frente de su amante.

El enamorado decía ternuras á aquella simpática criatura, que escuchaba con el candor del serafín cuantas palabras salían de los labios abrasantes del caballero.

Ana amaba por la primera vez: su corazón se abría á las intensas impresiones de un amor entrañable, como las hojas de la rosa á las brisas purísimas del amanecer.

Aquel angel se dejaba llevar por la mansa corriente de la ilusión, mostrandose tan pura, tan confiada, como el tesoro de virtud que yacía encerrado en el santuario de su alma. Si su amante le hubiera dicho: abandona tu hogar y sígueme, aquella niña le hubiera seguido en pos de una promesa; porque cuando el corazón no está gastado, cuando el mundo se contempla por su lado luminoso, no se comprende el doblez en que se esconde la falsedad y el engaño, entonces los sueños son realizados, el cielo se toca con la tierra, y Dios nos abrasa con su aliento.

Cristóbal amaba ardientemente; la coraza que las vicisitudes habían puesto á su corazón, se rompía ante el angel de su cariño, y ambicionaba todo el amor de Ana, con las exigencias todas de una pasión volcánica y abrasadora.

El destino de aquellos dos seres estaba manifiesto.

Don Cristóbal Hidalgo se presentó en la casa de su amigo Don Antonio Gallaga, que ya esperaba su visita, y pidió en matrimonio á la huérfana Ana María.

Las hermanas Gallaga sintieron retortijones de tripas y calambres.

Sorprendióse el viejo al oír una proposición que no esperaba; pero no pudiendo oponerse á la voluntad de su sobrina, ni de su novio, arregló el casamiento, que se verificó el *26* de Agosto de *1752* en la hacienda de Corralejo.

VII.

Había por aquellos tiempos una costumbre que guardaba todo el sabor del patriarcado, y que encierra mucho de ternura y poesía.

Después que una joven, con la corona de azahares de la desposada, se alejaba del techo paterno para ir á formar la familia, como la primera piedra de la sociedad, tenía la obligación de regresar al nido abandonado á depositar bajo aquella sombra benigna, el primer fruto de sus amores, y que ese primer vástago, recibiese las bendiciones de sus abuelos.

Ana no tenía padres, pero Don Antonio había hecho sus veces, así es que la huérfana regresó en breve á su hogar, donde á los diez meses de su enlace, dió á luz un niño, que fué llevado á la capillita de «Cuitzeo de los Naranjos» á recibir las aguas bautismales.

Luego que los padrinos se presentaron al teniente cura, mandó que se abriese la partida del bautismo que fué más tarde registrada en el Curato de Pénjamo.

El Notario desenvainó un gran libro de pergamino; y tomando una pluma de ave, escribió ceremoniosamente, no sin interrumpirse á cada momento, haciendo observaciones y preguntas curiosísimas:

«En la Capilla di Cuitzeo de los Naranjos, a los diez y seis días del mes de Mayo de setecientos cincuenta y tres, el Bachiller D. Agustín Salazar, Teniente Cura, solemnemente bautizó, puso óleo y crisma, y por nombre MIGUEL, Gregorio, Antonio, Ignacio, á un infante de ocho días, hijo de D. Cristóbal Hidalgo y Costilla y de Doña Ana María de Gallaga, españoles, cónyuges vecinos de Corralejo. Fueron padrinos, D. Francisco y Doña María de Cisneros, á quienes se amonestó el parentesco de obligación, y lo firmó con el actual cura. —BERNARDO ALCOCER.

Luego que el Notario concluyó la escritura, limpió la pluma con un pedazo de papel, y poniéndosela tras de la oreja y restregándose las manos, dijo con énfasis y en un tono de salmodia, porque las gafas oprimían su nariz acaballetada:

—Señores míos, vuestro ahijado el niño MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA, según el día en que ha visto la luz, que no es otro que el «ocho de Mayo,» en que la Iglesia celebra la aparición del glorioso arcángel señor San Miguel, generalísimo de los ejércitos celestiales, será tal vez el campeón que defienda la sagrada religión católica, apostólica, romana, y la persona de S. M. el Rey, que Dios guarde.

—Amén, respondieron los padrinos, y dándole el «bolo» al Notario, que siempre tenía una arenga á su disposición, regresaron á la casa de D. Cristóbal Hidalgo á poner en sus manos á su hijo, libre ya del estigma heredado de nuestros padres en la regeneración purísima de las linfas del bautismo.

VIII.

Aquel libro forrado de pergamino, guardaba el nombre destinado en el porvenir á la inmortalidad; registrado en sus toscas páginas, pasaría más tarde á los mármoles, y la tinta sería el oro que hoy luce en las inscripciones y monumentos.

Medio siglo después, Don Miguel Hidalgo y Costilla visitaba en medio del tumulto de su ejército, el humilde Curato de Pénjamo: el libro había desaparecido; pero queda otro que no lo desgasta ni el poderoso aliento de los siglos... el libro de la historia!

La casa en que nació Hidalgo ya no existe; está marcada por un montón de ruinas, última cifra de aquella interesante leyenda.

El patriotismo ha levantado en aquel sitio un monumento.

En la base de la columna toscana, que se eleva como una aguja en medio de las llanuras de Pénjamo, el viajero, con la frente descubierta y lleno de un recogimiento religioso, lee esta sencilla inscripción.

MIGUEL HIDALGO
NACIO' AQUI'
EL 8 DE MAYO
DE 1753.

PARTE PRIMERA

CAPITULO I.

El señor Rector del Colegio de San Nicolás.

I.

La noche del 13 de Enero del año de gracia de 1796, y al sonar el toque de oraciones, el señor Rector del colegio de San Nicolás del ex-convento de jesuitas, donde había estado la tarde entera al confesionario, atravesó la calle, que es una de las que rodean el edificio, y se entró en la portería del colegio.

Subió la escalera, atravesó los corredores, y se entró en el aposento rectoral.

La sala rectoral del colegio de San Nicolás, es espaciosa, llena de estantes cubiertos con alambrados, y donde se guarda toda la erudición de los sabios teólogos y canonistas de la edad media.

Aquellos libros forrados en pergamino, es todo lo que se permitía enseñar en las aulas del siglo décimo octavo.

Las obras ultramontanas, la «Historia de la Iglesia; las Actas de los Concilios, los Dichos de los Santos Padres, los Cuerpos del Derecho Canónico y Civil, las obras de nuestro Padre San Agustín y el catálogo entero de las preeminencias eclesiásticas y los fueros, todo en la plenitud del derecho divino, componían la biblioteca de aquel seminario.

Algunos rótulos escritos en latín y griego servían de adorno á los libreros, y varios retratos de los fundadores y benefactores del colegio estaban á la pared de la rectoral como velando su obra.

Una gran mesa se apoyaba en la pared cabecera del salón, y sobre ella se veía un gran tintero de cobre con manchas de cardenillo y lleno de plumas de ave, la salvadera, la obleitera y la campanilla, todo del mismo metal y en igual estado de uso ó de abandono.

La mesa tenía una carpeta de cuero teñida de negro, el sillón forrado de lo mismo, y ambos muebles adornados con tachuelas de metal amarillo.

Una lamparilla agonizante metía un reflejo sobre aquella silenciosa estancia, y temblaba sobre los retratos severos, que parecían moverse á la agitación de aquella luz, siempre trémula y próxima á extinguirse.

El rector puso la llave en la cerradura, y á un ligero impulso la puerta giró pesada sobre sus goznes, y un aliento frío que se exhalaba de aquella estancia dió sobre aquel hombre embozado, que penetró hasta la mesa, tomó una vela, aplicó el pábilo á la llama mortecina de la lámpara, y después de encendida la colocó en el candelero de cobre.

Aquella luz no era bastante para dar de lleno sobre los ángulos todos

del salón, y las sombras se posaban por doquiera disputándose la extensión de aquella pieza.

El eclesiástico se dirigió en seguida á la puerta, dió una mirada á los corredores, y se encerró en el salón poniendo la llave por dentro.

Cuando se encontró solo, arrojó su capa y sombrero sobre una silla, y pudo contemplarse toda la majestad de aquella figura interesante.

Una cabeza perfectamente modelada, la frente alta y con esas protuberancias en que los frenólogos han colocado el desarrollo filosófico; los claros, la nariz recta, los labios delgados, la faz morena y un tanto descolorida, la mirada profundamente reflexiva, y todo aquel rostro bañado de una calma concentrada, velo trasparente de una alma gigante que se hacía sentir á una sola actitud, á una expresión modulada de aquel acento sonoro y vibrante, como si partiese de un foco templado y armónico. La parte superior de aquella frente parecía ensancharse hacia lo alto de la cabeza, que el cabello comenzaba á abandonar. La talla de aquel hombre era robusta, el cuello algo inclinado hacia la izquierda, más bien por costumbre que por conformación.

El rector de San Nicolás llevaba calzón corto negro, medias del mismo color, zapatos de cuero con hebillas, levita larga, y un cuellito que servía especialmente como arreo del traje talar.

Luego que aquel personaje se aseguró de que estaba solo, se acercó al tercer estante de la izquierda, abrió las puertas del alambrado, sacó unos libros, que no eran otros que «Las actas de los Apóstoles,» y de entre las hojas unos papeles que llevó recatadamente á la mesa. Sentóse en el sillón y comenzó á devorar aquellas páginas, con la ansiedad con que un peregrino se lanzara sobre un arroyo en medio de los calores del desierto.

El rector del colegio de San Nicolás era un sabio.

Desde sus primeros años lo dedicaron á la carrera literaria: sabía el Nebrija, traducía perfectamente el latín, conocía las raíces del griego, y los autores de filosofía le eran familiares.

Aprendió las «Capitulares de Carlo Magno,» leyó á Tácito y á Salustio, y refería trozos enteros de la Oración contra Catilina.

Cuando concluyó los estudios preparatorios, se sintió con vocación á la carrera eclesiástica; aprendió el derecho canónico, estudió la «Concordia de los cánones discordantes de Graciano,» las «Decretales de Teodoro,» las «Extravagantes de Juan XII,» las Extravagantes comunes,» que contienen las constituciones de veinticinco pontífices en la peregrinación apostólica de dos siglos y que comienza en Urbano IV y acaba en Sixto VI.

Aplicóse después á descubrir los pasajes falsos del Cuerpo de Derecho, hasta fijar cuales eran las determinaciones del concilio de Calcedonia, que aparecían sacadas de las actas del de Cartago, así como una sentencia de San Ambrosio atribuida á San Juan Crisóstomo y entresacó los falsos cánones de Isidoro Mercator.

Lanzóse después al abismo insondable de la teología dogmatica y eclesiástica; su claro talento emprendió una marcha peligrosa entre las tinieblas, penetrando más y más en el caos, hasta perderse en el abismo de lo incomprensible.

A fuerza de pensar, de discutir, de apurar el raciocinio comenzó á

dudar de todas aquellas verdades sobre las cuales no había puesto aún la mano de la argumentación; caía, sin saberlo, en el racionalismo; desconfió de cuanto había aprendido, y acabó por cerrar sus libros, porque veía peligrar sus creencias y vacilar su fe, aquella lámpara siempre encendida en el altar de su conciencia y de su sentir religioso.

Abrió el gran libro de la historia y sus ilusiones desaparecieron, se anublaron para siempre.

Confirmóse más en sus sentimientos cristianos, vió con desdén á los impostores, anatematizó las Decretales, declaró apócrifo el «Cuerpo de Derecho Canónico,» condenó la proclamación del Derecho Divino, negó el poder de la Inquisición en las «excomuniones,» se escandalizó ante la historia de corrupción de los Papas de los siglos medios, y se tornó en «puritano» de la religión cristiana, viendo en el cuadro sublime de la redención, la emancipación de la inteligencia, la santitad de la palabra, el eslabón de la vida mortal á la eterna, la relación íntima entre Dios y el ser mezquino de los hombres!

El eclesiástico tenía entonces cuarenta y cinco años, estaba en la fuerza toda de la edad, en que la inteligencia parece haber llegado á su zenit, para fijarse en él, cuando el espíritu es privilegiado, ó para comenzar la decadencia vulgar, en el eclipse terrible de las facultades.

Se vió en medio de la progresión científica, separado de dos razas, de dos civilizaciones: de la comunión de los conquistados y con los hombres de Europa.

Entonces se mezcló entre el pueblo como «cura de aldea,» aprendió las lenguas de los indios, habló su idioma á la raza proscrita, se puso al tanto de sus dolores en el secreto del confesionario, se identificó con ella, la compadeció profundamente, y su espíritu comenzó á crecer, á delinear la idea gigante que debía aparecer más tarde como el iris en el ancho cielo del porvenir.

Procuróse diccionarios de la lengua francesa, para ponerse en comunicación con el mundo antiguo; luchó con las dificultades, y como un trabajador emprendió sus estudios en medio del silencio de la noche, porque la ciencia era un crimen en la colonia, era el principio de la subversión.

Aprendió el francés con perfección; tradujo á Voltaire y á Rousseau; devoró su «Contrato Social» y el discurso sobre la «desigualdad de los hombres,» y su inteligencia privilegiada se ensanchó en el flujo del saber en su tendencia al perfeccionamiento humano.

Avido de acumular conocimientos, platicó con la «tierra,» descubrió los misterios del reino vegetal y se hizo un gran botánico.

Trazó líneas sobre el plano, determinó las zonas, señaló los ríos y las montañas, haciéndose dueño de la geografía de su país.

El saber es como el imán, tiene una atracción poderosa; después de las ciencias vinieron las artes, y formó planos sobre fábricas y cultivos; trazó en su imaginación una colonia modelo, de la cual sería el alma, y aplazó su realización para el porvenir.

Por aquellos años había estallado formidable la «revolución francesa,» haciendo estremecer al mundo político sobre sus ejes, y lanzado en su gigante erupción el torrente de lava que debía cubrir á la sociedad antigua bajo la triple capa de la «libertad,» la «igualdad» y la «fra-

ternidad,» símbolo triunfante que se pasearía por todas las zonas, saludado por todos los pueblos y aclamado por las generaciones, árbitras del porvenir.

Los «Capetos» habían subido al cadalso, pesando en la terrible hora del juicio el voto del «clero» francés.

La guillotina había decapitado á la nobleza: el pueblo se vengaba de tantos siglos de opresión, y ejecutaba á Luis XIV y sus antecesores en el infortunado Luis XVI.

La república, amagada por la Europa entera en la nefanda liga de las tiranías armadas, y contando en su seno con el germen de la reacción que comenzaba á aparecer, se sacudió del sopor revolucionario, rugió como una fiera herida y llamó á un duelo terrible al continente.

Asombro y maravilla, dice un historiador, causó aquel desarrollo de actividad y de energía! Mientras Lyon era ametrallada y sujeta Marsella y rendida Tolón, y Caen ocupada, los vendeanos perdían en la jornada de Savenay sus mejores jefes y con ellos sus más halagüeñas esperanzas. Mientras los «girondinos» y los «realistas» apagaban con su propia sangre la guerra civil que habían encendido, los austriacos, derrotados en Hondstchoote, Watignies y Geisberg, se veían obligados á trasponer el «Sambra,» y los ingleses se retiraban de Tolón ignominiosamente, y los españoles luchaban en vano por forzar la barrera de Perpiñán para propagar la contra-revolución.

Esto en la primera campaña.

En la segunda, la república ya no se defendía, sino que se vengaba conquistando.

Pichegru derrota á Clairfait y se apodera de la Holanda; Jourdan se abre en la batalla de Fleurus las puertas de Coblenza; en la frontera de los Alpes clavan atrevidos el estandarte republicano los jóvenes conscriptos, y los Pirineos ven también arrojar á los españoles del Rosellón y perseguirlos dentro de su mismo territorio.

Un año había mediado solamente de la agonía á la salvación. En 1793 la Francia se veía hollada por todas las naciones: en 1794 es ella quien pisa con sus pies de fuego la Bélgica, la Holanda, el Palatinado, el Interfluvio del Rhin y el Meusse, los Alpes y los Pirineos!...

Aquel cuadro sombrío de esa revolución que ha hecho inmortal la agonía del siglo XVIII, conmovió profundamente el espíritu gigante del rector de San Nicolás, llevándolo hasta la exaltación de la locura.

Cuando aquel hombre se encontraba frente á frente de su alma arrebatada, erguía su cabeza como un inspirado, su mirada se encendía en un fuego sublime, y en su labios aparecían las frases del entusiasmo y de la elocuencia.

El eclesiástico poseía los discursos todos de los convencionales, los leía al rayo de una influencia desconocida, soñaba ver el tumulto de aquel pueblo en las horas solemnes de la revolución, veía á Dantón en la tribuna, lanzando como el Júpiter de aquella tempestad, rayos que confundían las cabezas de sus enemigos.

Vibraba en su corazón el acento profético de Robespierre.

Le parecía asistir á la última noche de los Girondinos, escuchar su juramento y verlos subir al cadalso con toda la majestad republicana.

Oía el rugido del pueblo en el incesante choque de su desbandamiento,

se sentía grande y satisfecho siniestramente ante aquel espectaculo formidable.

Oía el ruido del edificio antiguo que se desplomaba, y el grito de la sociedad agonizante que perecía entre las ruinas, y sobre aquellas piedras ensangrentadas exhalarse como un canto del abismo, como el espíritu de la revolución que hablaba, las immortales estrofas de la « Marsellesa! »

Identificado con aquella crisis terrible en la abnegación de las ideas democráticas de los revolucionarios, su mirada se detuvo sobre el cadalso de Luis XVI, y pensó sin querer en Carlos IV.

Lo que hasta entonces había parecido bajo la forma crispante y espantosa de un « regicidio », tomaba las proporciones de la justicia en los momentos de la venganza nacional.

Aquel pueblo tornado en un día en juez y verdugo de sus opresores, le pareció grande, y la venda cayó rota á sus pies y su espíritu recibió el temple de la heroicidad como una concesión del Ser Divino, en la hora suprema de la dignidad humana!

El eclesiástico siguió con avidez la historia de la guerra declarada por la Convención á España, y vió como un triunfo espléndido de la república esa paz ignominiosa demandada por Carlos IV á la Francia revolucionaria.

II.

La noche del 13 de Enero en que comenzamos nuestra historia, el rector de San Nicolás recorría una á una esas páginas de la revolución en los escritos del conde de Aranda que aparecieron después en las Memorias del Príncipe de la paz, sobre lo injusto de la agresión de España y que pagó más tarde con el suplicio de su dignidad.

En sus manuscritos está consignado el porvenir de los pueblos esclavizados y trazada la marcha forzosa á la emancipación. « El más sagrado de los derechos de un pueblo es su independencia. »

« El grito de libertad es un reclamo mucho más eficaz sobre el oído de los pueblos, que el clamor desfallecido de las viejas ideas de sumisión y vasallaje por derecho « natural » y derecho « divino ».

Aquellas máximas, aceptadas por los conquistadores como una doctrina, era más de lo que necesitaba un espíritu ya dispuesto á esas emociones que forman época en los anales de la humanidad.

Aquel hombre bañado en la luz de una regeneración súbita é inesperada, sintió arder bajo su planta las cenizas candentes de una raza oprimida, giró su vista en torno de cuanto le rodeaba, y le halló deforme y monstruoso, se asomó al borde de ese abismo cavado por tres siglos de sangre y de miseria, y su cerebro desprendió una chispa eléctrica que abrasaría más tarde con el fuego perenne de la « idea » todo un continente.

Estremecióse como á la llegada de un espíritu, plegó el ceño para concentrarse en si mismo; se asustó de la creación de su pensamiento, quiso esconderla donde no la hiriese ni un rayo de luz, le parecía que su

cráneo iba á hacerse transparente, aceptó ante el tribunal de su conciencia la misión que le venía de lo alto en la revelación espontánea de su corazón y de su mente, y esperó con solemne majestad la hora del destino.

Tomó aquellos papeles que había acariciado durante tres años y los aplicó á la flama de la vela; ya no los necesitaba, de aquella noche en adelante, las oleadas del mar borrascoso de su alma producirían fosforescencias más luminosas.

Dios había descendido al ser privilegiado de aquel hombre, el aliento de Dios tornaba á vivificar al barro de la tierra, y el rayo de la Divinidad caía á plomo sobre el mezquino ser humano.

Levantóse una llama que devoró instantáneamente aquellas páginas, extinguiéndose á pocos momentos, las cenizas volaron en átomos por la atmósfera y la obscuridad se hizo más densa.

El rector de San Nicolás apoyó entre sus manos su frente venerada, y á la luz ténue y melancólica que luchaba con las sombras de la estancia, se entregó al mundo agitado de sus pensamientos.

Aquel venerable sacerdote llevaba un nombre que fué en América la primera palabra del siglo XIX, y que repetirán siglos y siglos las generaciones del porvenir: se llamaba MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA.

CAPITULO II.

Tempestades en un vaso de agua.

I.

Hacía algunos años que el estandandarte de S. M. Carlos V se había plantado vencedor sobre la arena ensangrentada de la conquista, cuando el ilustrísimo Sr. D. Vasco de Quiroga, fundador de la Sagrada Mitra de Michoacán, estableció, bajo la advocación de SAN NICOLAS DE MIRA, un colegio en la ciudad de Pátzcuaro, destinado especialmente á la instrucción de indios « tarascos. »

Posteriormente, un fraile capuchino fundó otro colegio en las « lomas chatas de Guallacareo.

El establecimiento fué bautizado con el nombre de « Colegio de San Miguel, » y debió coincidir su fundación con la del convento de San Francisco, uno de los más antiguos de la ciudad de Morelia.

El colegio de San Miguel y el convento de los franciscanos, teniendo en su derredor algunas casucas ya á fines del siglo XVII, formaban un gran centro de población, que arrebatando á Pátzcuaro la primacía, se engalanó con el título de capital, llevando el nombre histórico de Valladolid.

Sobre las lomas predestinadas de Guallacareo se levantó la Catedral, ese monumento admiración de los viajeros y orgullo de los michoacanos.

El gobierno político de la provincia y la Mitra de Pátzcuaro, abandonaron la ciudad de su cuna.

La autoridad canónica y la civil fueron á rendir sus homenajes á la beldad que conserva aún la supremacía, como la favorita de un harem, entre los pueblos y ciudades, del suelo encantado de Valladolid.

El colegio de San Nicolás, siguió el torrente de inmigración, y al incorporarse al de San Miguel, le impuso su nombre en son de conquista; este fué el único triunfo de la ciudad abandonada.

El colegio de San Nicolás presentaba entonces el aspecto severo que dieron á sus edificios los españoles de la edad media. Dos anchos patios enclaustrados cuatro corredores apoyados en arquería de chiluca, y de dobles pisos.

En el primero, y en la parte superior del edificio, estaban las habitaciones del « regente » y la de los catedráticos.

En los bajos, las cátedras, la capilla, el salón de actos y la biblioteca.

Comunicábase este primer patio con el segundo por un pasillo, donde estaban el refectorio, la despensa y algunos salones destinados á cátedras de facultad mayor.

En los altos, los dormitorios de los colegiales, la enfermería, almacenes y piezas de aseo.

Tal era la distribución del edificio, que diremos de paso, se halla situado en la calle Real, en la parte que lleva su nombre, y al sud oeste de la plaza principal de la población.

A fines del siglo XVIII ya los « indios tarascos » apenas conservaban algunos lugares en el colegio, y se daba el caso que algún recomendado del señor obispo pasaba por « tarasco » para el hecho de optar la colegiatura.

Conocido ya el local por nuestros lectores, los pondremos al tanto de lo que pasaba una de las noches de borrasca en el referido colegio de San Nicolás.

Hacía unos meses que una especie de clérigo, llamado Cipriano Pontolongón, se había recibido como maestro de aposentos.

La catadura del reverendo padre no era de lo más conveniente.

Tenía una cabeza chata y aplastada, cubierta de un cabello recio como el del puerco-espín; pero en cambio, su frente era deprimida, y sus ojos verdes y redondos como los de la lechuza.

Cierto era también que su boca era enorme, y que sólo conservaba dos colmillos amarillentos; pero no es menos cierto que sus orejas parecían robadas á una esfinge.

El resto de aquel individuo, es decir, su cuerpo, era ancho y membrudo, y sus piernas formaban un paréntesis perfecta, exceptuando unos piés enormes y desconchavados, que el clérigo tenía cuidado de arrastrar.

Añadase á todos estos encantos, una nariz arremangada y semivelluda, póngase sobre ese « todo » una sotana negra y grasienta, y se tendrá el «total» del subdiácono Cipriano Pontolongón.

Cuando al semi-clérigo se le ocurría hablar, aquellos labios regordidos se tornaban en catarata, y una lluvia menuda caía con mucha gracia sobre la persona que desgraciadamente se acercaba á dos metros (como hoy se dice) da aquel personaje.

Cipriano Pontolongón se acicalaba los sábados en la tarde, para oficiar en la « la misa mayor ».

A las cuatro de la tarde entraba el maestro barbero, llamado Don Joaquín María de los Ramos, armado de vacía y estuche. Sentábase Pontolongón en una silla de vaqueta, poníanle las tohallas, le remojaban durante media ora la barba, que salía en puas por sus estrechos poros, y comenzaba la operación.

El flebotomiano acariciaba su inmensa navaja en la «correa» de ordenanza, y tomando por la nariz al subdiácono con una habilidad exquisita, daba tajo sobre tajo hasta lograr la desaparición de las referidas puas.

Tres repasadas ó cuatro se necesitaban para dejar en buen estado el reverendo padre: seguía la rasurada de la corona, donde se mellaban dos pares de navajas, porque eso de rasurar bueyes no estaba en el libro del señor de Ramos, barbero acreditado de Valladolid.

Durante aquella tarea Pontolongón indagaba las vidas agenas dando « cuerda » al barbero, cuya « cuerda » es la misma que la hasta hoy acostumbrada en esa benemérita clase. No echaba en saco roto ni el menor detalle de la conversación, y sacaba buen partido de los cuentos y leyendas del flebotomiano.

El señor de Ramos, doblaba después de hora y media de trabajo, sus servilletas, envainaba el navajón, y ponía en manos de su víctima un espejito. Pontolongón al ver su imagen se sonreía satisfecho, y daba « un real » al maestro. Después de siglo y medio nada han adelantado los barberos en materia de tarifa; pero, en cambio, por el duplo, los franceses peluqueros se encargan de desollar vivos á sus parroquianos.

El reverendo padre se levantaba con la aurora, « espiaba » por todas las rendijas, se ponía á «escuchar» todas las conversaciones, era un Argos, un policía perpetuo, un vigilante de todo el establecimiento.

Cuando el cocinero estaba entretenido en batir el chocolate, ya Pontolongón estaba á su espalda viendo si mermaba las tablillas. De improviso volaba á la portería, al dormitorio, á la capilla, al refectorio, á las cátedras; parecía multiplicarse, subdividirse, hasta parecer doscientos ó trescientos Pontolongón.

Hubo vez que los mozos de aseo, al ir á robar el sebo de los faroles encontraron al maestro de aposentos, ya muy entrada la noche, « acechando » desde una pilastra y lo descubrieron por el olor infernal de su « puro de á doce. »

III.

Este «dómine» era catalán de nacimiento y tonto de los que el vulgo llama de « capirote; » fanático peor que Torquemada, hubiera visto en la hoguera á cien herejes con todo el placer de su corazón.

Un tío paterno lo había presentado como á propósito para familiar del Santo Oficio, y el señor inquisidor encargado de la recluta de verdugos, lo creyó apto para las « tareas, » y fué admitido.

Portóse con tanta asiduidad, que en conciencia merecía un premio: así es, que se le dieron las órdenes menores y se destinó « á lo que se ofreciera. »

Algo se ofrecía por el colegio de San Nicolás, donde Pontolongón estaba presente.

El maestro de aposentos se grangeó la antipatía universal de los colegiales. Procedióse á ponerle « sobrenombre, » y después de varias aplicaciones (siempre de animales), se convino en llamarle « Chacal. »

Aparecieron en las columnas, en los aposentos, en la puerta de la capilla diferentes retratos del padre Pontolongón, con un letrero que parecía salir de sus labios: « Soy el padre Chacal. »

Enfurecióse el «maestro,» mandó borrar aquellos retratos, que reaparecían como hoy los ejemplares de la fotografía, hubo atrevido que prendió con un alfiler á la sotana del dómine uno de los retratos.

Revolvía el maestro sus ojos verdes como dos bolillas de lotería buscando en quien cebarse; porque á favor de la noche se desprendía siempre una voz que llegaba vibrando á sus oídos: « ¡ Padre Chacal ! » Entonces llevaba la mano crispada á la disciplina y murmuraba horrores entre sus colmillos, que enseñaba como los de un puerco-espín; lamiéndoselos con furor.

« Algo » contenía aquella rabia, que de estallar hubiera derribado el edificio y descuartizado á los estudiantes.

Como no conocemos los « chacales, » ignoramos si el nombre estaba bien aplicado; pero de lo que salimos garantes es de la identitad de propensiones.

El subdiácono había hecho circular la voz de que el obispo, para probar su vocación á la vida eclesiástica, le tenía prevenido asistir á las diversiones y mezclárse en las clases todas sociales, antes de conferirle las órdenes mayores.

Estas especies eran creídas por el vulgo, que no extrañaba la presencia del dómine en todas partes donde sonaba una jaranita ó repicaba un buen « jarabe ».

Ya se había entablado cierto antagonismo entre Pontolongón y los colegiales que debía parar en mal.

Ya en la hora de refectorio habían acertado á darle un pelotazo con miga de pan en las narices; otra vez llenaron de miel la silla de la cátedra, y al levantarse Pontolongón, se alzó con el asiento pegado á la sotana.

Un domingo, al volver de la capilla, encontró pintado un diablo en la primera hoja del Breviario, y vacías las «cajetas» con que sustentaba su gula desesperada de dulce.

Una mañana de Pascua al ir á meter sus pies en las botas, las encontró llenas de agua, y al calarse el bonete escurrió por su rostro la tinta vertida por los colegiales.

—El dómine «suda-tinta,» decían los escolares.

Pontolongón se vengaba jubilándoles sin piedad, privándoles del chocolate y vapulándoles cuando encontraba una oportunidad.

Insistimos en que « algo » había por aquel colegio, para no renunciar á un empleo que aparejaba tantos sinsabores y malos ratos.

IV.

Los colegiales de San Nicolás se paseaban en los corredores esperando la hora de «rosario», en aquellos tiempos se daba á las siete en punto.

Un grupo de diablillos asentaron sus reales junto á una de las pilastras, se trataba nada menos que de un motín.

—Es necesario vengarnos de este maldito «chacal» decía un estudiante de boca aguzada y cabellera rubia.

—Sí, la venganza, repetío otro escolar, cuya fisonomía estaba indecisa entre la zorra y el perdiguero.

—Yo soy de opinión que le tapemos la puerta del cuarto.

—No está mal pensado ese «emparedamiento;» pero á las pocas horas se vería libre, y trabajo perdido.

—Pues démosle un purgante.

—Es demasiado poco; además que pudiera venirle bien y hasta darnos las gracias.

—Pues aflojemos el cordel del farol de manera que le caiga á plomo en la cabeza.

—Esas son palabras mayores.

—No importa.

—Démosle « cavalonga » para que reviente.

—¡ Jesús le ayude!

—No hay que asustarse, yo no estoy por los términos medios.

—Tengo otra idea, le asaltaremos esta noche misma, le envolveremos en un colchón, y le damos un remojo en la fuente.

—Bien, bien, el remojo, respondió el grupo de escolares.

—Tiene su peligro el regalillo, y es necesario ir seguros de la aventura; propongo que le demos una «mantea» pero una como no hay ejemplo hasta ahora en los anales del colegio.

—Elijamos terreno.

—La capilla.

—Hora?

—La de ROSARIO.

—Bien, tú te sitúas junto á la primera lámpara; tu te encargas de la segunda.

—Y nosotros de las restantes.

—Bien; á la voz de « manta al chacal, » hacemos una de « tinieblas » que medio matamos al santurrón.

—«¡ Manta al chacal!» repitieron solemnemente los conjurados; y aquella contraseña corrió como por telégrafo entre la turba de estudiantes.

El padre Pontolongón husmeaba algo en la atmósfera; pero no atinaba con lo que sería.

V.

Cuatros campanadas sonaron en la capilla de San Nicolás.

Entonces la estudiantina se precipitó en la capilla seguida del dómine, que con una gran disciplina al cinto de la sotana, se mezcló entre

la multitud para hincarse en la tarima del altar y llevar la voz en el «rosario.»

Los grupos de colegiales se situaron de una manera alarmante en la capilla, y hubo cuchicheos y señas de inteligencia que el dómine no percibía, ocupado con la batuta religiosa.

Concluyeron con las oraciones del rosario que preceden á la letanía, y el clérigo Pontolongón leyó la vida de San Gumersindo y de la Santa Glafira virgen.

Comenzó siempre con voz gangoza el salmo «Kirie eleyson.»

Los colegiales no respondieron.

El dómine creyó que no le habían escuschado, y dijo en voz más alta:

—«¡Kirie eleyson!»

El mismo silencio.

—Digo, gritó exaltado, que «Kirie eleyson!»

Sólo las bóvedas repitieron el eco de la voz airada del «maestro de aposentos.»

—Esto es un tumulto, y voy á castigar á todos los revoltosos!

Los colegiales soltaron la carcajada.

—Dios mío! exlamó el clérigo, la santa capilla de San Nicolas está violada con este desacato; aquí debe tomar cartas la Inquisición.

Otra carcajada homérica da la estudiantina.

Esto, continuó el clérigo electrizado por la rabia, no se ha visto nunca: «¡anatema sit!»

Otra carcajada más estrepitosa.

—Nadie cena esta noche, y queda por tres meses jubilado todo el colegio por esta falta de reverencia; sólo quedan excluidos los «denunciantes.»

Aquellas palabras llamaron sobre la cabeza del clérigo una tormenta.

De entre los grupos de la estudiantina salió una voz aguda y chillona, que dijo perceptibilmente estas palabras, que helaron de espanto al dómine:

—«¡Manta al chacal!»

A esta señal de alarma, las «turcas» dieron sobre las luces de la capilla, quedando el clérigo y la estudiantina envueltos en la más densa obscuridad.

Dirigiéronse en medio de las tinieblas en derechura al altar, sitio desde donde el maestro de aposentos los apostrofaba terriblemente, y dieron una sacudida soberbia al infeliz clérigo que se denunciaba en la obscuridad á fuerza de pedir socorro en latin y en castellano.

Cerca de un cuarto de hora duró la felpa.

Al ruido acudieron los sota ministros del colegio llevando luces; pero cuál fué su asombro al encontrar á los colegiales todos arrodillados y contritos en su mismo sitio.

El clérigo bufaba de coraje; sus cabellos de jabalí estaban en desorden, la sotana rota y en girones y el cuello á guisa de golilla.

—¿Qué pasa, padre Pontolongón? preguntó un sota ministro.

—¿Qué pasa? repitió el clérigo; que en esta corona consagrada me han dado de pescosones estos herejes.

Va á causar un escándalo en la católica Valladolid este sacrilegio; «si quis suadente diábolo!»

—«Anatema sit» respondieron los maestros.

—Es cierto que estoy ordenado solamente de « epístola; » pero no por eso soy menos inmune; los cánones me favorecen, los concilios me apoyan, y los dichos de los Santos Padres me amparan!

—Avisemos al señor rector.

Quedóse pensativo el clérigo por algunos momentos; pero reflexionando la enemiga que se echaría encima con la acusación, optó por un medio de conciliación.

—El rector es terrible, dijo, y va á hacer un escarmiento; mi misión es evangélica, y si estos jóvenes me piden « perdón, » todo quedará olvidado en honor del buen nombre y concepto católico del colegio de San Nicolás.

La estudiantina, para completar la burla, comenzó á gritar en tono de aguacero:

—¡ Perdón!... ¡ perdón!... ¡ perdón!... hasta aturrullar al maestro de aposentos.

—Bien, os perdono y cuidado con otra, porque daría parte á la rectoría y hasta al señor obispo de la diócesis.

—¡ Amén! contestaron los estudiantes; y dirigiéndose al « refectorio » cenaron con el mejor humor del mundo.

La esquila tocó á « silencio, » y media hora después el reposo más profundo reinaba en todos los departamentos.

VI

Después que los colegiales se encerraron en sus dormitorios, Pontolongón se entró en su aposento mordiéndose las manos de furor, y jurando vengarse de los rapaces que tan desapiadadamente lo habían vapulado.

Sus ojos verdes lucían como los del tecolote, y sus narices se inflaban arrojando el aliento en un mugido de cólera.

—Ya me la pagarán esos condenados, decía gruñendo Pontolongón; los he de plantar en el tormento, ó pierdo la crisma del bautismo; ya conozco á los del tumulto.

Arrebujóse en su turca, tomó su sombrero, cerró la puerta de su aposento y se echó á andar por los corredores.

Al pasar por la puerta del rectorado, pegó su ojo vivaraz y maligno al agujero de la cerradura.

—¡ Hola! ¡ hola! murmuró por lo bajo, esos son papeles clandestinos con que el señor rector se permite algo contra los cánones y el Estado: este es asunto muy serio y caso de conciencia; avisemos, avisemos, porque temo incurrir en excomunión; sobre todo, si el rector es encausado, nadie mejor que yo debe substituirlo, esto es claro.

—¡ Dios mío! continuó el clérigo sin despegar el rostro de la cerradura; con qué cuidado los desdobla eso contiene algo nefando: ya tengo bien las señas de todo, la Inquisición sabrá lo que hace, yo me lavo las manos... ¡ Y qué ojos saca el rector!.. ¡ y cómo levanta las manos!...¡ tiene á los espíritus malignos! « vade retro satanás! »

Después de observar todo el tiempo que le pareció conveniente, se alejó de puntillas, bajó la escalera, habló algunas palabras al oído del portero, y se perdió á lo largo de la calle.

CAPITULO III.

El escrúpulo de conciencia.

I.

El clérigo Cipriano Pontolongón, aturdido aún con la « manta. » y zumbándole los oídos, se dirigió al obispado á dar cuenta al ilustrísimo señor fray Antonio de San Miguel, del escándalo ocurrido en el colegio de San Nicolás.

No preocupaba tanto al dómine la zurribamba, cuanto el haber sorprendido al rector en la lectura de PAPELES sospechosos.

Hacía ocho meses que espiaba momento á momento sin tener motivo para fundar acusación alguna; ya estaba exasperado y próximo á tornar á México, cuando accidentalmente vió al eclesiástico con los periódicos europeos, y frotándose las manos de gozo, se dirigió como tenemos dicho, á poner en conocimiento del prelado el fruto de sus pesquisas.

El señor obispo estaba en la tertulia nocturna, compuesta de clérigos y personajes católicos y distinguidos de Valladolid.

Hablábase de los milagros del señor Santiago que bajó en su caballo blanco á matar indios, y referíanse otros hechos gloriosos del santo apóstol.

Rodaba la conversación sobre la paz ajustada con Francia, y de lo bueno, justo y sabio que era S. M. Carlos IV, y sobre todo de las esperanzas del reino en el príncipe Fernando, futuro rey de España y de las Indias.

—Yo, exclamaba lleno de unción el señor juez de testamentos, Abad y Queipo, no puedo menos que felicitar al venerable clero por los adelantos que se han hecho en la religión católica, merced á la vigilancia del Santo Tribunal de la Fe.

—Como que esos condenados portugueses han venido á las Américas trayendo el pestilente contagio de la « heregía mixta, » añadió un clérigo de la tertulia.

—Cierto es, contestó uno de los católicos paisanos, que aun tenemos « brujas y hechiceras: » pero huyen cuando se planta una cruz.

—Ayer nada menos se presentó una de esas malditas en la casa de una hija de confesión, y la quiso obligar á marcharse con un tal Joaquín María de los Ramos, barbero acreditado.

—No sería inoportuno que fray Angel de la Divina Infantita, delegado del Santo Oficio, practicase una averiguación sobre ese hecho que trasciende á heregía.

—Estoy á las órdenes de su señoría ilustrísima.

—Esto es de sigilo bajo conciencia.

Todos inclinaron la cabeza, y fray Angel que era un especie de ganapán montañés, se dirigió á la mesa é hizo los apuntes que creyó convenientes.

—Pues señores, continuó el clérigo, la idolatría ha dejado raíces profundas, los «naguales» acechan las cabañas y las brujas vuelan en el cielo de las ciudades; muchas veces las he oído sobre mi azotea

—¡Ave María! exclamaron los tertulianos santiguándose.

En aquellos momentos tres toquidos sonaron en la vidrera.

Todos se volvieron, como esperando la entrada de la bruja.

El padre Pontolongón penetró en la sala, y su fisonomía asustada por las emociones, produjo una impresión desagradable en el ánimo de los circunstantes.

Acercóse el clérigo, dobló una rodilla y besó el pastoral del obispo.

—Tome asiento, dijo su ilustrísima, y diga algo de nuevo.

—Nada sé, ilustrísimo señor, á no ser un tumultillo de los colegiales.

—¡Hola! los escolares se han amotinado, y ¿contra quién?

—Contra mi persona, ilustrísimo señor.

—Cuente, padre, cuente el por qué de esos desórdenes.

—Yo no quiero hablar de mis superiores ilustrísimo señor; pero el jefe del colegio que desempeña el rectorado, parece descuidar algo lo que se le tiene encomendado.

Viéronse con una mirada de inteligencia el obispo y Abad y Queipo.

Pontolongón continuó con un tono di hipocresía aconcentrada:

—Los escolares se han permitido ponerme un sobrenombre.

—¿Cuál? se apresuró á preguntar el obispo.

—Pues ilustrísimo señor, me llaman «chacal.»

Una sonrisa discurrió por todos los labios, porque el apodo le venía de molde.

—No hay que hacer aprecio de las humoradas de los escolares.

—No es eso todo, ilustrísimo señor, sino que esta noche á la hora del «rosario,» apagaron las luces y me han dado una con las turcas, que mi existencia ha estado á punto de peligrar seriamente.

—¿Y todo eso en la capilla, padre Pontolongón?

—En ese sagrado recinto precisamente.

—Esto es más serio de lo que parecía.

—Ya lo creo, como que trae consigo la profanación del recinto y la violación de mi persona.

—¡Malo, malo! murmuró el obispo.

—Yo deseo que se aplique un correctivo, no por mí, porque yo perdono; pero sí por el desacato.

—Tiene razón el padre.

—¿Y ha dado parte al rector?

—Lo creí enteramente inútil.

—El mal ejemplo puede cundir, atajemos el mal haciendo salir á los perturbadores.

—¿No le parece á su señoría, dijo Fray Angel de la Divina Infantita, que el Santo Oficio se roza con este asunto de violación?

—Lo creo, pero la inadvertencia de los estudiantes es excusable, lo cual no quiere decir que debe omitirse el castigo.

—Con la expulsión de los perturbadores.

—No es eso suficiente, reverendo padre: se necesita enviarlos por algún tiempo á un convento. Me ocurre el de San Luis Potosí.

—Falta saber los nombres.

—Me será fácil señalarlos.

—Es negocio arreglado.

Sonó el toque de ánimas, rezóse una «estación» y disolvióse la tertulia.

II.

El padre Pontelongón se quedó en la sala del obispo.

—¿Qué tiene que decirme? preguntó con esa arrogancia característica de los obispos, el primado de la iglesia de Valladolid.

—Señor, tengo un escrúpolo de conciencia: veo comprometida la sagrada religión y no quiero tener reserva alguna.

—Hable pronto.

—El rector del colegio tiene periódicos europeos; yo lo he visto, lo he palpado.

—¡Dios mío! exclamó el obispo; yo os compelo en nombre de mi autoridad episcopal á que reveléis todo, todo, sin omitir circunstancia alguna.

—Ilustrísimo señor, voy á hacerlo al instante.

—Aguarde su paternidad; y acercándose á la mesa tocó la campanilla. Presentóse un familiar.

—Que llamen á fray Angel.

—Aquí estoy, contestó el fraile, que se había quedado en un rincón de la sala.

—Bien, ya ha escuchado su paternidad, esto es de sumo interés. Hable todo lo que sepa y le conste.

El padre Pontelongón, que estaba acostumbrado á la «denuncia,» hizo la mímica perfectamente antes de comenzar su relato.

—Estaba, dijo el clérigo, ocupado en aplacar el motín de los colegiales, cuando el señor rector se encerró en el salón; subo precipitadamente, toco por tres veces y nadie responde; entonces, temiendo que le hubiera acometido al rector algún accidente, me asomé á la cerradura de la puerta y ví... ¡válgame Jesucristo!... ví que hojeaba papeles «impresos,» que se entusiasmaba, que esgrimía los libros, que sacaba los ojos y gesticulaba horrorosamente como un «espirituado.»

—¿Y no percibísteis alguna palabra?

El clérigo comenzó á mentir descaradamente.

—Sí, ilustrísimo señor, percebí palabras escandalosas, subversivas.

—Repetidlas, yo os lo permito.

—Pues decía... decía... ¡«igualdad!»... ¡«fraternidad!»...

¡Horror! ¡horror! exclamó el obispo; esos papeles traen las ideas venenosas de la revolución francesa, esa maldición de la humanidad... He ahí el mal ejemplo de esos relapsos que han votado la muerte del desgraciado Luis XVI... Ese clero corrompido, esos clérigos infames á quienes ha excolmugado Su Santidad.

—Perceptiblemente escuché esas abominaciones, ilustrísimo señor, decía el clérigo insistiendo en su impostura, sin saber que accidentalmente daba en el clavo.

—Reverendo padre de la Divina Infantita; es necesario verificar escrupuloso cateo en la sala rectoral del colegio; mi conciencia está inquieta, y si mañana se descubriese algo, yo sería el comprometido con el Tribunal de la Fe.

—Os sobra razón, ilustrísimo señor, exclamó con un celo hidrofóbico

fray Angel; en vano el gobierno del virrey Branciforte ha procurado el exterminio de esos documentos infernales de los herejes revolucionarios; ellos alcanzan como la langosta á los campos más bien cultivados.

—Vayámonos con tiento, reverendo padre, en este negocio; el rector de San Nicolás es un hombre respetable, es un sabio, y el clero de México lo respeta; tiene amistad con algunos señores inquisidores.

—Eso es otra cosa, salvemos su persona, respetémosle; pero tomemos esos papeles, que una vez en nuestro poder, justificarán la medida.

—Es que el señor Hidalgo no permitirá el cateo, puede acusarnos, y la responsabilidad del escándalo caerá sobre nuestras cabezas.

—Yo, ilustrísimo señor, me lavo las manos, dijo confuso el padre Pontolongón.

—Pero yo no me las lavo, gritó el fraile montañés, si me han de quemar por defender nuestra sagrada religión, estoy resignado á sufrir las llamas.

—No es eso, reverendo padre, es que de no salir exacto todo lo declarado por ese subdiácono, cae en desconcepto la Inquisición.

—Ese es otro aserto, ilustrísimo señor, pero de cualquiera manera se debe proceder al cateo.

Arreglemos el modo.

—Me ocurre uno, dijo sagazmente Pontolongón.

—Dígalo al punto.

—Haced llamar al rector de San Nicolás para una consulta, y mientras, practicamos la operación. A esta hora, todos los colegiales duermen, y el rector no tiene ya que volver al salón donde están los libros.

—Extrañará que á las nueve de la noche se le llame.

—Eso consistirá en el mayor ó menor interés que déis á la consulta.

Quedóse el obispo reflexionando un momento, y después dijo con tono de seguridad:

—Decid á uno de mis familiares que vaya á suplicar al señor Hidalgo y Costilla se digne pasar inmediatamente al obispado.

Restregándose las manos de placer, se escurrió el dómine y dió el recado al familiar, que fingía dormir profundamente en uno de los sillones de la antesala, pero que acechaba como un Argos, sin perder una palabra.

III.

Un cuarto de hora después, el rector de San Nicolás entraba en la sala de recepción del arzobispado de Vallodolid.

Dos embozados acechaban desde la acera de en frente.

Luego que las posadas hojas de la gran puerta del arzobispado se cerraron, los embozados se dirigieron al colegio de San Nicolás.

El eclesiástico, que ya conocen nuestros lectores, tomó asiento esperando la llegada del obispo.

Después de unos veinte minutos, el señor obispo se dejó ver en el salón.

—Perdone el señor Hidalgo si le he hecho aguardar demasiado, pero un asunto de urgencia me detuvo en el despacho.

—Estoy á las órdenes de su señoría ilustrísima, dijo el rector sin besar la mano que el obispo cuidó de recatarle. Deseo saber el objeto que me proporciona el alto honor de hablar con su señoría.

—El negocio, á primera vista, parece insignificante, pero puede traer algunos resultados desagradables.

—Ya escucho á su señoría.

—Sé que los escolares de San Nicolás han entablado cierta guerra con el «maestro de apocentos,» un tal Cipriano Pontolongón, que por recomendaciones de México está colocado en San Nicolás.

—Hay algo de eso, ilustrísimo señor.

—Es que esta noche se han permitido aporrear al susodicho Pontolongón, sin detenerlos el sitio donde se encontraban, que era nada menos que la capilla.

—Ya tuve noticia de ese suceso, y he aplicado el correctivo oportuno.

—Ya os confieso que estoy impresionado de una manera desagradable.

—Puede sosegarse su señoría ilustrísima; todo eso no merece la pena. Ese «maestro de apocentos» es la persona menos á proposito para el cargo que se le ha conferido; hombre sin talento, sin educación, ignorante, y sobre todo, no muy ortodoxo.

—¿Y cómo lo habeis consentido?

—¿Yo respeto siempre las órdenes superiores.

—¿Luego ese hombre es un hipócrita?

—No me he tomado la pena de tratarlo; pero ya he tenido quejas de algunos vecinos sobre su conducta, lo que confieso, ilustrísimo señor, que poco me ha conmovido, porque conozco el corazón humano.

—Es que la juventud...

—Sí, la juventud necesita hombres de ciencia que la guíen por el sendero de la verdad.

Chocaron algo estas frases al obispo, pero no se dió por entendido.

—Cuando veo, continuó el eclesiástico, que se pone al frente de los establecimientos el fanatismo supersticioso que enerva el sentimiento cristiano, no puedo menos que lamentar el porvenir de la juventud que mañana debe sucedernos en nuestro ministerio.

—Tenéis razón.

—Su señoría ilustrísima comprenderá con su claro talento la imperiosa necesidad de cortar abusos que tanto nos desprestigian.

El obispo se sintió halagado en su amor propio al oír las galanterías del rector, á quien tenía en un alto y merecido concepto.

—Y qué tal van los escolares, señor Hidalgo?

—Bien; yo deseara que su señoría propusiera la enseñanza de idiomas.

—¿Y pra qué?

—Oidme, señor obispo: las lenguas de los indios han muerto desde el primer día de la conquista; ya hemos aprendido en los monumentos y en las tradiciones, cuanto puede alcanzarse de su civilización; sucede lo mismo con el latín, ese legado histórico que conservamos como el tesoro de la educación literaria; el latín es una lengua muerta para los profanos y viva para los hombres de estudio y de la ciencia; ahí está la fuente del saber humano; la historia. Cuando hojeamos las obras de Cicerón, cuando devoramos la filosofía de los antiguos, vemos con sentimiento que

los sabios de hoy no pueden ni aún acercarse á los hombres de aquellas edades; entonces comprendemos todo lo que vale la posesión de ese idioma, enseñanza perpetua de todo lo grande y lo sublime. La traducción será siempre pálida y degenerada, los héroes bajan de sus pedestales en la versión de sus inscripciones; es necesario leer, estudiar, devorar esas páginas, conservarlas en la imaginación: porque están condenadas á perecer luego que el orgullo pretende interpretarlas y ponerlas en otros signos en la metamórfosis de la palabra.

El obispo fijaba su mirada tenaz en la fisonomía abierta y majestuosa del eclesiástico.

—Pero el latín, continuó Hidalgo, se inmortaliza en la biblioteca como en el nicho de un panteón; ha llegado á su término, mientras que por ejemplo, el francés, el inglés, el alemán se enseñorean del mundo de las letras.

—Este hombre es terrible! pensó el obispo.

—La mayor parte de las obras están escritas en esos idiomas, y es una necesidad aprenderlos para llegar al fin que nos proponemos: el conocimiento de las ciencias y el de la religión y la moral.

—Y vos, señor rector, sabeis algo de todo lo que habeis dicho?

—Conozco muy poco, pero deseo saber mucho.

—Puesto que sois un sabio...

—Perdone su señoría, se apresuró á interrumpir el eclesiástico, yo no tengo ni aún pretensiones.

—Bien, yo os tengo en ese concepto, y como tal os pregunto si no incurriremos en... en...

—En nada, contestó de plano el rector de San Nicolás; esos planteles fundados por nuestros antecesores, no son el asilo de la ignorancia y de la barbárie, son el porvenir de México.

—¿El qué? preguntó asustado el obispo, porque ciertas palabras le sonaban detestablemente.

El eclesiástico, sin contestar á la pregunta del obispo, continuó:

—Cuando vemos tantos sabios, cuando el clero español se distingue por su talento y conocimientos, cuando sus escritos son un reflejo de la luz del Evangelio y de las verdades que forman nuestro dogma, lamentamos que á la juventud se le entreguen libros que no contienen una sola enseñanza y que la ilustración tiene proscritos.

—¿Qué quiere decir «ilustración?» preguntó asustado el obispo.

—Esa palabra no tiene más que un solo significado: la ilustración es el homenage á los adelantos siempre crecientes de la humanidad. Vuestra señoría no es seguramente como los prelados del siglo IV, ni los cristianos de las catacumbas se hallaban á la altura de nuestro clero, á pesar del reconocido talento de San Pablo.

El obispo no entendió una palabra, sospechó alguna sátira del rector; porque nada hay más susceptible que la ignorancia.

— Es cierto lo que decís, señor rector; en tiempo del apóstol San Pablo no se inventaba la teología.

El eclesiástico guardó silencio, convencido de lo poco que adelantaba ante un hombre de la fuerza del señor obispo.

—Hablando de otra cosa, no sería malo dijo el prelado, que por escrito me dijéseis algo de la conducta del padre Pontolongón para remitirlo á México, ó por lo menos que lo «espiáseis.»

Alzóse el eclesiástico como movido por resorte, y con la faz ceñuda, pero majestuosa, y la voz vibrante, dijo al obispo:

—Fray Antonio de San Miguel, tened entendido que yo no he rebajado mi dignidad hasta «espiar» á un hombre, y que mi mano no trazará la página de una denuncia!

Asustóse el obispo ante aquella superioridad tan reconocida, y acercándose al sacerdote, le dijo, procurando dulcificar su voz:

—Sosegaos, señor rector, yo no he tratado de ofenderos, la hacía por vos mismo, por privaros de una persona tan molesta como el padre Pontolongón; ved lo que son las cosas, él os ama, me lo decía hace media hora.

—Señor obispo; yo no he mentido jamás, y me irrita la mentira Sé perfectamente que ese miserable ha venido á formular una acusación, á denunciarme de haber leído papeles «extranjeros;» porque ese hombre me «espía;» sé que me habeis hecho venir con un pretexto fútil mientras en este momento practica un cateo en la biblioteca del colegio el delegado de la Inquisición.

Santiguóse el obispo, creyendo firmemente que estaba en la presencia de un hechicero.

—No os asusteis, miradme tranquilo, yo os confieso que poseía esos papeles, que los he leído durante muchas noches; porque ellos traen la «reforma religiosa,» y sin conocerlos no los podemos combatir; ¿cómo hablar de Lutero y Calvino, sin estar al tanto de sus doctrinas? ¿cómo llevar triunfantes nuestros dogmas sin deshacer las argumentaciones de los sofistas enemigos de la Iglesia católica? Sabed, que aunque la multitud aparenta ignorar las ideas vertidas por nuestros antagonistas, está al tanto de ellas y germinan sin sentirlo en el seno de las conciencias. Combatamos lealmente, no nos engañemos, porque acabarán por desconfiar de nosotros y perderá su prestigio en el púlpito nuestra palabra.

—Tenéis razón, tenéis razón; pero debíais haberme hablado antes; sois un verdadero sacerdote, ese clérigo infernal me ha hecho dar un paso inconveniente, ya el Sr Abad y Queipo me ha hablado de vuestra capacidad, y yo la reconozco; perdonadme.

—Dios guarde á vuestra señoría ilustrísima, dijo el eclesiástico, y abandonó la sala del obispado.

IV.

—Vamos, que estoy corrido, avergonzado; el rector tiene razón que le sobra, soy una persona cuyo celo católico me lleva á extremos que.... vamos, estoy arrepentido.

Había pasado un cuarto de hora que el eclesiástico había salido del obispado, cuando llegaron fray Angel de la Divina Infantita y Cipriano Pontolongón.

—¡Victoria, victoria, ilustrísimo señor!

El obispo se quedó sentado haciendo una fría recepción á los recién llegados.

Fray Angel se acercó al prelado, y después de besar el «pastoral» dijo en tono de satisfacción:

—He aquí el cuerpo del delito; y presentó unas cenizas de papel perfectamente guardadas entre dos hojas de pergamino.

—¿Y bien? dijo el obispo.

—Que el rector, dijo Pontolongón, los ha hecho desaparecer.

—¡Calle la boca el muy soez! dijo con ira el obispo.

Pontolongón abrió la boca desmesuradamente.

Fray Angel se quedó aturdido.

Los documentos no se han encontrado en la biblioteca, pero esta prueba es irrecusable.

—¿Y es eso todo lo que tenéis que decirme?

—Esta es una cabeza de proceso.

—Pues esa cabeza no vale nada, las cenizas no prueban nada, ni nada prueba nada.

—Es que ese hombre no sabe lo que se dice; su conducta es un tejido de abominaciones que horripilan.

—¡Ilustrísimo señor! exclamó el clérigo.

—¡Calle! como si no se supieran los escándalos que han dado lugar á la insurreción de los escolares!

—¡Ilustrísimo señor!

—¡Calle! su conducta relajada ha hecho que los colegiales le pongan al sobrenombre de « Chincuete. »

—« Chacal, » ilustrísimo señor.

—Eso quise decir, Chacal, y sabed que os voy á separar del colegio por perverso consuetudinario.

—¡Señor!

—Nada de súplicas, estoy verdaderamente irritado; y vos, fray Angel, retiraos á vuestro aposento; mañana trataremos este asunto.

—Yo he formado concepto ya.

—Salga el clérigo pervertido.

—Al momento, ilustrísimo señor, dijo Pontolongón, y dando tres saltos con honores de caravanas, salió escapado del salón.

—¿Conque tenéis formado concepto, fray Angel?

—Sí, ilustrísimo señor, creo que el clérigo Pontolongón es un infame, que por odio al rector lo ha denunciado.

—Puede ser.

—Y lo es, porque durante el camino lo he oído casi blasfemar contra el rector, y me ha indicado la idea de sucederle en el rectorado.

—¡Horror! ¡horror! cómo atacaría ese hombre las doctrinas de Calvino y de Lutero, sin tener.... es decir....

—Ya, ya comprendo, dijo el fraile á quien el obispo le espetó un trozo del discurso del eclesiástico.

—El maestro de aposentos es un pájaro de cuenta; es de sentir que no tenga yo aquí algunos « útiles » de la Inquisición para hacerle hablar.

—Nunca es tarde, creo que ese será su paradero.

—Es muy robusto, aguantará dos « vueltas. »

—Doscientas le diera esta noche por bruto.

—Aquí hay « algo, » pensaba el fraile.

—En fin, es muy tarde ya, necesitamos descansar.

—El cateo ha sido escrupuloso y estoy rendido. Cuando creo empeñado el honor del Santo Oficio, no perdono trabajo, ilustrísimo señor.

—Bien hecho, no sería malo que espíaseis á ese escandaloso.

—Perfectamente, ilustrísimo señor, en eso no hago más que cumplir con mi obligación, la salvación de la « fe ».

Besó el fraile el pastoral, y se alejó diciendo entre dientes:

—No te has de escapar aunque lleves hábitos morados; la Inquisición nada respeta, yo daré parte de que has estado encerrado dos horas con un clérigo sospechoso, afortunadamente la tinta ha sobrevivido al papel y en las cenizas está la palabra « igualdad ».

El clérigo Pontolongón esperaba á su amigo en la puerta del arzobispado.

—Aquí estoy, le dijo en voz baja, os estaba aguardando.

—Poca paciencia tenéis, me quedé con el obispo para aplacarlo, os estaba «recomendando.»

—Gracias, reverendo padre, dijo Pontolongón haciendo una mueca infernal, que fray Angel no pudo distinguir en las tinieblas de la noche.

—Echemos á andar que nos esperan.

—Como que no dilata en sonar la « queda. »

El clérigo y el fraile se dirigieron á uno de los suburbios más lejanos de la población, escapando á ser reconocidos por la ronda, que á su vez temía ser reconocida por los malhechores.

CAPITULO IV.

Lino el mulato.

I.

El familiar del obispo salió inmediatamente á comunicar la orden al rector de San Nicolás, para que se presentase desde luego en el arzobispado.

El familiar era un zorro de cuenta, su fisonomía traviesa lo denunciaba al momento que se le ponía la vista encima.

Llamábase Antonio Pedraja, era natural de Morelia y tenía un talento natural, y sobre todo, una viveza admirable.

Antonio Pedraja hizo rápidos progresos en el colegio, y fué escogido para familiar, teniéndole el obispo entre sus consentidos.

El estudiante era un tronera de primera fuerza, y á la edad de veinticuatro años, había recorrido el mundo más de lo regular, y comprometido su pellejo en más de dos aventuras.

A pesar de su sotana y su tonsura, que era de rigor en el puesto que ocupaba, el bueno del familiar se inclinaba á las muchachas que era una gloria.

Por las noches, arrojaba el traje talar, se embozaba en su capa y colgaba á su brazo una tizona de cinco cuartas.

Pedraja se reunía con un grupo de amigos que armaban camorra por cualquier pretexto, y había la de Dios es Cristo, apaleando á las rondas y corriendo después á tomar iglesia en el obispado.

Ya el señor obispo había tenido repetidas quejas del familiar, le había reñido seriamente; pero el estudiante no hacía el menor aprecio de las «jaculatorias» del obispo, como él llamaba á los regaños.

Pedraja estaba á la sazón enamorado de una lindísima joven que vivía en la calle del Ratón, contigua á la del colegio; así es, que cuando sus amigos le preguntaban donde pasaba las horas, él contestaba con mucho donaire: en la «ratonera.»

—Cuidate de los gatos, le contestaban los concolegas.

—No hay cuidado, yo soy «cazador» de primer orden.

El padre de la joven estaba inquieto, porque en una especie de taberna establecida por Lino el Mulato en uno de los suburbios de la ciudad, el familiar había ofrecido robarse á la muchacha.

Pedraja era capaz de eso y mucho más, lo cual no le hacía gracia al viejo, que estaba como suele decirse, «con el Jesús en la boca.»

Pedraja no le tenía miedo ni al obispo ni á la Inquisición; era lo que se llama un desalmado: las viejas instaban porque aquel satanás se quitase los arreos eclesiásticos, por honor de los buenos sacerdotes, porque hubo vez que la sotana de Pedraja apareció colgada en el barandal de un balcón.

A una sola persona respetaba el familiar, á una sola consagraba el respeto más profundo y la veneración más completa. ¿Quién obraría ese milagro? preguntarán nuestros lectores; efectivamente, era un milagro ese rapto lírico del alma del estudiante.

La persona amada y temida de Pedraja, era el señor rector del colegio de San Nicolás.

Cuando lo veía aparecer por las naves sombrías de la Catedral, se le acercaba respetuoso, le besaba la mano, y decía para su coleto: «Me parece que es un santo que ha abandonado el corateral.»

El rector pasaba con su continente sereno, dirigía una mirada severa al estudiante, le decía una sentencia en latín (que Pedraja no entendía) con referencia á su conducta, y se deslizaba como una sombra.

—Este hombre me inspira más veneración que el obispo con su corte de sotanas; si el rector me echase una «jaculatoria,» estoy seguro que me haría más mella que los sermones del prelado.

El familiar seguía la carrera de la vagancia, y su intrepidez lo conducía á lances de los cuales no salía siempre airoso, lo cual no obstaba para que fuese calavera de más buen corazón, capaz de arriesgar la vida por el último de sus amigos.

II.

El estudiante apretó el paso, se entró en la calle Real, llegó al colegio, subió en tres saltos la escalera y llamó á la puerta del salón.

El eclesiástico se había quedado en ese sopor de la contemplación, sumido en profundas cavilaciones, cuando lo despertaron los toquidos del estudiante.

Levantóse, serenó su semblante y abrió la puerta.

—Buenas noches, señor rector.

—¡Hola! por aquí el familiar Pedraja.

—Vengo de parte de su señoría ilustrísima á suplicar al señor rector se sirva pasar inmediatamente al obispado para un asunto de mucha urgencia.

El eclesiástico plegó el ceño con extrañeza, y después contestó:

—Está bien, voy al momento.

El familiar reflexionó que aquel hombre, presa de la denuncia y la infamia, podía parar en las garras de la Inquisición y sufrir tormentos horribles.

Acercóse como indeciso al rector; éste, comprendió que algo quería decirle el estudiante, y pretestando arreglar unos libros le dijo:

—¿Y cómo está de salud su señoría?

—Bien, señor, ahora mismo acaba de concluir la tertulia, en ella precisamente se habló del colegio.

—Bien.

—Decía, continuó el familiar, que se habló del colegio y del desorden que tuvo lugar á la hora del «rosario.»

—Ya, ya.

El estudiante no era hombre de preámbulos, iba siempre en línea recta á su objeto; así es que encarándose al rector le dijo de una manera violenta:

—Señor, sé que me comprometo con lo que voy á revelar, pero nada me importa cuando cedo á las inspiraciones de mi corazón: usted ha sido denunciando esta noche por ese miserable de clérigo llamado Pontolongón, que asegura la existencia de papeles clandestinos en la biblioteca del colegio; y para decirlo todo de una vez, os llaman para deteneros en el obispado mientras practica un cateo el delegado de la Inquisición. Si es cierto, aun es tiempo, no hay más que quemar esos papeles, ó dármelos, yo les guardaré en el mismo obispado, allí no los encontrarán nunca.

—Gracias, joven, dijo el rector conmovido por aquel rasgo de generosidad; no olvidaré nunca acción tan noble y desinteresada, pero el padre Pontolongón se ha engañado.

—Me alegro, dijo el estudiante con satisfacción, ¡qué buen chasco el que van á llevarse esos malvados! yo me retiro con permiso del señor rector.

—Id con Dios, amigo mío.

El familiar corrió al obispado, y en tono compungido avisó al obispo que el eclesiástico estaba ya en camino, obsequiando las órdenes de su señoría ilustrísima.

—Que busque ahora ese mentecato de fray Angel, que busque; el rector es un lobo corrido, bueno es él para que el imbécil de Pontolongón le tome en su redes; en un descuido echa por un voladero al maestro de aposentos. Ahora, marchémonos á la taberna, que ya hago falta en la tertulia de los «cosacos.»

El familiar se embozó en su capa, tomó su espada y se dirigió sin más preámbulo á la taberna de «Lino el mulato,» mientras se practicaba el cateo en el colegio de San Nicolás.

III.

En una de las apartadas calles de la población, y hacia la salida de la ciudad por el lado Norte, había una casita de modesta apariencia, donde un mulato llamado Lino, tenía un «tendajo» con algunos comestibles y bebidas embriagantes, que eran precisamente las que atraían más parroquianos al establecimiento.

En una pieza interior «bebía» la gente decente.

Los muebles consistían en media docena de mesas hechas de madera ordinaria y varias sillas con asientos de vaqueta.

En aquella pieza sólo entraban los parroquianos de «confianza,» es decir, varios vecinos honrados, algunos clérigos, estudiantes, el barbero, y los aficionados á los buenos caldos.

Lino era uno de esos personajes siniestros, predestinados al mal, incapaces de afecto por nada ni para nadie, vengativo, insolente y bajo cuando se hallaba en situaciones apremiantes.

Lino aborrecía cordialmente á todos sus parroquianos, á quienes hubiera jugado de buena gana una de Lucrecia Borgía.

Lino había hecho una excepción de favor de Pedraja; su afecto llegaba hasta fiarle un real de aguardiente y dos cajas de cigarros; después de este rasgo sublime de longanimidad, se hacía inflexible hasta la petrificación.

El familiar conocía lo terrible del corazón del mulato y le tenía una especie de temor, lo que no era obstáculo para hacerle una trácala cuando se ofrecía.

Pedraja llegó á la taberna cuando los parroquianos ya estaban á media bolina; acercóse al mostrador y tendiendo la mano al mulato le dijo en un tono campechano.

—¿No ha venido el viejo?

—Ya está atarantado y podremos sacar algo en limpio.

—Todo lo que beba lo pago.

—¿Adelentado?

—No; porque sin saber lo que se consuma no es posible sacar la cuenta.

—Es cierto.

—Pues al negocio.

—Al negocio.

El mulato y el familiar se entraron en la pieza de los amigos, donde había varios grupos hablando en voz alta y atravesando apuestas y disputas sobre cualquier cosa.

Una salva de aplausos resonó al presentarse el familiar en la escena.

—Gracias, gracias, señores, decía Pedraja, estoy muy obligado á ese saludo de simpatía, y en prueba de ello voy á tomar un trago á la salud de la concurrencia.

Entre los grupos más lejanos á la mesa donde el estudiante había asentado sus reales, estaba el barbero que ya han visto nuestros lectores haciéndole la barba al padre Pontolongón.

Joaquín María de los Ramos veía con una especie de rencor al estudiante y parecía dispuesto á emprenderla con él.

El flebotomiano era joven aún, tenía treinta y cinco años de edad y los mismos de mañas, reticencias y malas intenciones.

Ramos era vigoroso bajo ese aspecto endulzado de los barberos; y en sus ataques de bilis cortaría hasta el hueso «Palomo» á cualquier hijo de vecino con la misma facilidad que á las sanguijuelas.

Ramos era hipócrita y solapado como un barbero de pueblo, y contador de historia, y llevador de chismes, é inventor de cuentos como un novelista.

—El señor de Ramos no bebe, dijo el familiar emprendiéndola con el barbero.

—Soy capaz, contestó Ramos, de apurar una botella sin resollar; aunque no soy «currutaco,» puedo habérmelas en esta y otras materias con el que mejor se porte.

—Eso es otra cosa, amigo mío, yo no soy conquistador.

—Yo no lo pretendo; pero estoy seguro de no quedarme atrás.

—Le costaría algo al que me disputase el puesto.

—Puede ser que muy poco.

—La cosa está en veremos.

—Puede ser, pero yo la veo muy clara.

La conversación iba tomando un giro no muy conveniente y por ello se adivinaba que entre el familiar y el barbero se atravesaba alguna rencilla antigua.

—Sosiéguese usted, señor de Ramos, dijo el mulato al oído del barbero.

—No me da la gana; ese jovencillo me anda disputando á una muchacha y no le he de consentir; figúrate que dentro de ocho dias me caso, y eso de comenzar por... no me parece.

—¿Conque se casa usted?

—Precisamente.

—¿Y la muchacha qué dice?

—No importa lo que diga, casándome con ella, el negocio está arreglado.

—¿Y su padre?

—Es negocio hablado entre los dos.

—Eso era lo que se trataba de saber, dijo para sí el mulato y se salió al mostrador.

Durante esta disputa nadie percibió la entrada de dos embozados que tomaron asiento en una mesa cercana al grupo de la disputa.

—¡Hola! ¡hola! gritó el estudiante; aquí tenemos al maestro de aposentos del colegio de San Nicolás, nos debe una copa por haber entrado con tanto silencio.

—Y las pago, dijo Pontolongón, es muy justo.

Lino volvió á entrar, y todos bebieron á la salud de los recién llegados.

El barbero se acercó al maestro de aposentos y le dijo al oído:

—Necesito á usted con urgencia.

—Aquí podemos hablar, ya todos están atarantados.

—Está bien, no hay inconveniente: he pedido ya á Rosalía, y su padre, para librarla de esta desgracia que la amenaza con las pretensiones del estudiante Pedraja, me ha concedido su mano.

—¿Y no ha surtido efecto lo de la vieja?

—Ninguno, si no es asustarla terriblemente.

—No importa, si ya todo está arreglado con el padre; además mañana yo estarè en la casa á exhortar á Rosalía á que acepte el matrimonio.

—Deseo que me favorezca usted con su empeño.

—Cuente usted con mi protección.

—Ya sabe su paternidad que no me daré por bien servido.

—Lo comprendo.

—Es necesario librarnos cuanto antes del estudiante.

—Buscaré una coyuntura para soplarlo á la Inquisición, que es el sitio más á propósito para esta clase de truhánes.

—Eso es, la Inquisición, perfectamente discurrido.

—Afortunadamente, mi dicho pesa algo en el ánimo del Tribunal, y entrará en el negocio que tengo pendiente con un alto personaje y el familiar.

—Luego se trata del obispo, pensó el flebotomiano.

Fray Angel de la Divina Infantita guardaba silencio, y de cuando en cuando apuraba un sorbo de catalán.

El fraile paseaba sus miradas indagadoras sobre cada uno de los personajes de la taberna.

Después que el barbero se retiró de la mesa donde estaba el padre Pontolongón, Fray Angel le preguntó á este de qué se trataba.

—Nada menos que de una fortuna inmensa, reverendo padre; figuraos que Don Manuel Pérez de Treviño es un portugués riquísimo, dueño de hacienda y ranchos, y tiene mucho dinero en numerario.

—¿Portugués? preguntó fray Angel.

—Portugués, reverendo padre, contestó el maestro de aposentos.

—Debe ser hereje por fuerza.

— Creo que no, porque su piedad es reconocida en la feligresía.

—Adelante.

—Pues el susodicho Don Manuel tiene en su casa á una niña hermosísima que se llama Rosalía, y á quien pretende el flobotomiano.

—¡Hola! ¡hola! el señor de Ramos.

—El portugués abomina al familiar, y ha jurado casarla con ese desgraciado antes que entregársela el estudiante; la muchacha no le ama precisamente, pero al estudiante le idolatra; cosas de la juventud, errores de las niñas inexpertas.

—No creo que sea este el caso, padre Pontolongón, porque entre el maestro de sanguijuelas y el familiar, no hay que pensar mucho.

—No importa, el barbero « nos » promete una cantidad regularcilla si le ayudamos en la empresa, que por otro lado nada tiene de reprobada.

—Ya lo creo.

—El familiar es todo un calavera, ya lo ve su reverencia, metido en la taberna.

—¡Qué escándalo! exclamó fray Angel dando un sorbo de aguardiente; cierto es que nosotros nos encontramos en el mismo sitio, pero es con permiso y venia del Santo Tribunal.

—Eso es, no había reflexionado.

—Concluya esa historia, que ya está la noche muy entrada.

—El barbero ha buscado á una vieja á quien llaman la madre Paulina, para que « hechice » á la muchacha.

—¡Ave María Purísima! exclamó el fraile santiguándose por tres veces.

—No os azoreis, reverendo padre, todo ello consiste en que hable de su amor, de sus sacrificios, del matrimonio, y le haga consentir en olvidar á ese zángano del estudiante.

—Ya tengo orden de praticar una averiguación.

—La practicaremos y veréis que en nada os he mentido.

—Padre Pontolongón, me parece que estais inficionado de heregía.

—Líbrame Dios de semejante cosa, reverendo padre; yo he hablado con esa mujer, porque á nosotros nos es licito en pró de la religión católica.

—¡Hum! ¡hum! dijo el fraile tomando otro trago.

—La bruja ha hecho su oficio, pero infructuosamente; la muchacha no ha cedido un ápice y es necesario ocurrir á la iglesia.

—Debía haberlo hecho antes de probar esos medios tan torcidos.

—Disculpad á un enamorado.

—¿Conque decís que es portuguès Treviño?

—Sí, reverendo padre.

—Pensaremos, pensaremos sobre el particular.

IV.

Mientras el barbero hablaba « sotto voce » con el padre Pontolongón, este á su vez con fray Angel, el estudiante salió á preguntar á Lino el mulato sobre su conversación con el flebotomiano.

—Nada tiene usted que esperar; dentro de ocho dias se casa con Rosalía, y punto concluido.

—No tan concluido que dígamos, porque esta noche mato á ese raspacarrillos.

—Poco á poco, porque eso sería en balde, cuando hay medios más á propósito para deshacerse de él.

—Indíquemelos.

—Mañana.

—No, ahora.

—Es que la cólera y el aguardiente os han cegado.

—Habla, Lino, ó cargan contigo todos los diablos.

—Cuidado conmigo, señor familiar, porque las bravatas harán que no diga una palabra.

—Bien, ya no insisto, seguiré tus consejos, dime lo que tengo de hacer.

—Por ahora nada, idos á recojer, porque un escandalo... sería un escándalo.

—Me hace muy mal estómago ese hombre, he sabido esta noche que una bruja obligaba á una hija de confesión de un clérigo asistente á la tertulia del obispo, á que se fuese con este saca-muelas, y he sospechado que.....

—He ahí el negocio de que pienso hablaros.

—¿Luego sabéis la infamia de la bruja?

—Sí, y mañana diré donde vive, para que se dé parte al Santo Oficio y se practique la averiguación.

Exaltado el familiar al relato del plan del barbero y á los menudos tragos del aguardiente, se entró en la trastienda, recargóse en la mesa, tiróse el sombrero á los ojos, y comenzó bajo el ala á ver de hito en hito al barbero.

Este quiso provocar una reyerta para dar con el estudiante en la cárcel, y parándosele frente á frente le dijo:

—¿Vuesarcé quiere algo conmigo?

—No, mañana será cuando os llame para que me hagais la barba.

—Es que mi mano puede desde ahora llegar á vuestras barbas.

—¿De que manera?

—Así, dijo el barbero, y dejó caer su mano sobre el rostro del estudiante.

Pedraja tiró de la espada y cargó con tal fuerza sobre el flebotomiano, que lo bañó en sangre y lo tendió á cintarazos medio muerto.

El sub-diácono Pontolongón quiso tomar parte por el barbero, y ya ciego el familiar arremetió contra el maestro de aposentos, dándole una felpa inolvidable.

Eran tales las blasfemias y los gritos, que fray Angel parándose sobre una mesa gritó con voz de trueno:

—¡Daos presos en nombre del Santo Oficio! y descubriéndose mostró un cerquillo y una insignia que llevaba á su pecho como delegado de la Inquisición.

Reinó un silencio profundo.

Repúsose el estudiante, reconoció á fray Angel, y le dijo:

—¿Conque vos estais también en la taberna?

—No teneis derecho de interrogación.

—Ni vos tampoco; porque este es el tribunal de los bebedores.

—Yo os conmino en nombre del santo Tribunal.

—Y á mi no me dá la gana, porque estais ebrio como nosotros.

—¡Favor á la inquisición! gritó el fraile en la puerta de la tienda.

La ronda acertó á pasar en aquellos momentos, y se entró en la taberna; entonces Pedraja dió un cintarazo al candil, que se apagó instantáneamente.

La confusión más grande se introdujo en la reunión, todos gritaban, sacudían las sillas y las tizonas, sin saber á quién herían ni en dónde daban.

Pedraja sintió que una mano áspera y nervuda, lo tomaba por el brazo; conoció que era la del mulato y se dejó conducir en medio de aquella tormenta.

El mulato entreabrió una puerta que daba á las habitaciones interiores y sacó al estudiante de aquella Babilonia.

Lino entró con una candileja de tres mechas al campo del combate y todo entró con la luz en reposo.

—Aquí hay brujas seguramente, dijo fray Angel, y vos me habeis hablado de ellas hace un momento, padre Pontolongón, os apreso en nombre del Santo Oficio.

—¡Piedad¡ siquiera porque estoy hecho pedazos, magullado y desconchavado á garrotazos.

—No hay piedad, lleven al herido al hospital, y todos los heridos quedan á disposición del señor justicia, dijo el iefe de la ronda.

—¿Y quién me paga los daños y perjuicios, señor alcalde?

—Este hombre tiene razón, llévenlo á la cárcel para que se ajuste la cuenta.

—No, excelentísimo señor, exclamó el mulato, todo se lo perdono.

—Bien, la declaración está hecha delante de testigos.

—Y lo repito, una, dos y tres veces.

—¿Y dónde está el joven que ha causado este escándalo? preguntó fray Angel.

—Ha desaparecido.

—Lo dicho, hay brujas en este asunto.

Toda la concurencia se estremeció de pánico.

Los parroquianos de Lino salieron en cuerpo de patrulla y derechos á la cárcel de la ciudad.

En cuanto al padre Pontolongón, fué conducido al arzobispado por tener fuero eclesiástico, cuya preeminencia nada pudo valerle á la hora de la paliza.

V.

Luego que desapareció la ronda con su cargamento de presos, una horrible vieja asomó las narices por la puerta que se tragó al estudiante y soltó una carcajada infernal.

El mulato respondió con una maldición espantosa.

—Madre Paulina, temo un cateo esta misma noche.

—Yo no, amigo mio; además, que la Inquisición me tiene sin cuidado, yo les sirvo mucho á esos señores para que quieran deshacerse de mi.

—Pero yo peligro, madre Paulina.

—Eso importa poco, tengo buenos empeños para sacarte de las garras de los golillas.

—Digo que estoy teniendo miedo.

—El miedo es la denuncia.

—No, eso jamás.

—Como que mis brujerías te han enriquecido.

—Es cierto, pero donde lo descubran me aporrean.

—Eres un mandria, luego que explotemos esta ciudad, recorreremos las otras, hasta tener mucho oro, mucho, entonces te hablaré de mis proyectos.

—Ya tenemos lo suficiente.

—Todovía no, me falta redondear el negocio de Treviño.

—Ese va mal.

—He variado de rumbo, protejeré al estudiante; como á ese lo ama Rosalía, no me costará trabajo arreglar hasta su matrimonio clandestino. el familiar es despilfarrado y le parecerá bajo el precio.

—Tenéis razón, madre Paulina.

—Mañana espero á Pedraja.

—Lo enviaré con cualquier pretexto, y os participo que ya sabe vuestro mamotreto y se lo ha dicho Rosalía nada menos que al padre confesor.

—Todas hacen lo mismo cuando no quieren á un hombre; te apuesto mi cabeza que no dirá nada cuando la bruja le proporcione una carta ó una entrevista con el estudiante.

—Sois el demonio, madre Paulina.

—Cerca le ando cuando estoy junto á tí, vamos, besa esta mano que te da tanto oro.

—Con mucho gusto, dijo el mulato, y estampó sus labios regordidos en los cartílagos de aquella mano huesosa.

—Así te quiero, obediente y sumiso, ya verás cuando seamos ricos, entonces sí que llevaremos otra vida.

—Ya lo deseo; porque ésta me va enfadando horriblemente.

—Concluyamos con lo de Treviño y nos marchamos á la corte; estoy por comprarte un título, este virrey su excelencia Branciforte, es capaz de vender hasta su fe de bautismo; non se ha sentado un hombre más rapaz en las sillas de palacio; vamos, que su excelencia es peor que Garatuza.

—La fama lo dice.

—Y él no lo niega.

—Tengo un sueño que me tira, dijo el mulato, idos á descansar.

— Buenas noches.

— Buenas noches.

La bruja desapareció tras la puerta, el mulato se acercó de puntillas, observó algunos momentos, y después, abriendo con el mayor cuidado la puerta de la calle, se escurrió en silencio entre las sombras del crepúsculo que comenzaba á dibujarse en el horizonte.

APITULO V.

La bruja y la inquisición.

I.

La ciudad de Valladolid supo al día siguiente que las brujas habían caído en la taberna de Lino el Mulato; que después de apagar las luces del candil, aporrearon á los parroquianos, y sólo huyeron cuando fray Angel las exorcizó; que el delegado de la Inquisición hizo capturas importantes, entre ellas una inesperada; porque nadie hubiera imaginado complice de las brujas al padre Pontolongón.

Los amigos del señor obispo ocurrieron al obispado en busca de noticias, que salieron á recibirlas, pues no faltó quien contase desde luego la paliza del señor de Ramos y la desaparación del familiar Pedraja á quien las brujas se robaron de la taberna.

Hubo vieja que aseguró haber oído los gritos del estudiante cuando lo pasaron por el techo de la casa montado en un palo de escoba.

Acrecentose el tumulto cuando fray Angel salió del obispado con fuerza armada en dirección á la casa de D. Manuel Pérez Treviño.

El pueblo siguió al fraile, que llamó á la puerta en nombre del Santo Oficio.

Presentóse airado el portugués, y preguntó de mal talante

—¿Qué se le ofrece al Tribunal de la Fe?

—Entremos, dijo el fraile, hay cosas que no pueden decirse en público.

—Entremos, contestó secamente el portugués.

El fraile penetró en la casa y entró en el escritorio de Treviño.

El portugués cerró la puerta y esperó á que le hablase el delegado del Santo Oficio.

—Señor de Treviño, dijo el fraile, hace algunos meses que la Inquisición sigue un juicio oculto acerca de vuestra conducta'

—¿Y qué ha investigado, reverendo padre?

—Que os hallais contaminado de herejía.

—¡Siempre lo mismo! gritó Treviño sin poderse contener.

¿Luego no es la primera vez que sois acusado de ese abominable crimen?

—Hablaba solamente del « pretexto ».

—Cuidad de no propasaros, señor de Trevino, que estais en mi presencia.

—Pero en fin, ¿qué quereis?

—Es facil imaginarlo; se necesita que os presenteis á la Inquisición en México.

—¿Y qué le diré á la Iinquisición?

—Será remitido con vos el proceso.

—Soy víctima de una infamia; lo que ha de cierto es que un familiar del obispo llamado Pedraja, se ha enamorada de mi hija, y para deshacerse de mí me ha denunciado, es decir, me ha calumniado.

—Os engañais, caballero, ese estudiante está inodado en el proceso; anoche ha desaparecido y ya se le busca con ahínco.

—¿Entónces quién puede ser?

—Es un secreto que no puedo revelároslo; entregadme las llaves de toda la casa, inclusive la de los cofres del dinero, porque sois immensamente rico.

—He aqui el secreto, pensó el portuguès, y luego añadió con acento de misterio:

—Reverendo padre, he aquí lo que son las casualidades; tenía una fuerte suma que entregar como un donativo, cuando se me denuncia de heregía.

Fray Angel abrió la boca come si se tratara de comerse al portugués.

—Bien entregadme esa cantidad, la prisión no obsta.

—Es que ya no tiene lugar hasta ver el resultado del juicio.

—¿Y á cuánto ascendía la donación? preguntó el delegado lamiéndose los labios.

—A sesenta mil pesos, oro.

—«¡Pecata!» exlamó el fraile, y continuó después de una breve pausa; el resultado puede ser dudoso vuestra piedad cristiana se acredita en grado supremo con esa acción digna de un emperador cristiano.

—Pues ya sabéis que al terminar el proceso, pondré en vuestras manos el oro.

—Francamente, señor de Treviño, me ha conmovido profundamente cuanto acabais de decirme, y estoy dispuesto á levantar una acta en que conste que sois el portugués más cristiano que se halla en el reino.

—Bien, estoy pronto.

—¿Tenéis algo que añadir?

—Tal vez.

—Hablad, que yo estoy á vuestras órdenes; pero de una manera tan absoluta como no os lo podéis imaginar.

—Lo creo, reverendo padre, y voy á ser franco; dos personas me inquietan terriblemente.

—Os libraré de ellas, señor de Treviño, y os juro que no las veréis más; decidme sus nombres.

—Una de esas personas se llama Antonio Pedraja.

—No se necesitaba vuestra recomendación, ese miserable se ha permitido poner la manos sobre un sacerdote y medio matar á un individuo.

—Ese individuo es la otra persona á quien abomino; porque á su vez se ha permitido pretender á mi hija Rosalía, á quien amo, después de Dios, con más idolatría.

—Tenéis razón, señor de Treviño.

—Habéis de saber que un día supe los amores del familiar y llevado de la cólera, dije delante de ese menguado del barbero, que primero la casaría con el que con el estudiante; desde entonces no ha cesado de dirigírsele, llegando su avilantez al grado de pedirmela en matrimonio.

—¡Dios mio, qué blasfemia!

—Yo le dije que lo pensaría, seguro de lo irrealizable de ese pensamiento absurdo.

—¿Y bien?

—A pesar de que asegura Ramos que es un negocio arreglado, yo creo que al perder las esperanzas, el muy solapado tendría la idea de denunciarme como á hereje y deshacerse de mí.

—No está mal pensado.

—Ya sabéis el odio que se nos tiene á los portugueses, somos fruto de hoguera; por lo que...

—No, no continuéis, todo está arreglado, os tomo bajo mi protección, seremos de hoy en adelante los mejores amigos, aunque en secreto.

—Contad conmigo en cuanto se oz ofrezca, por ahora podréis disponer de diez mil duros, llevaréis en oro el dinero, y pedidme cuanto queráis, que estoy dispuesto á serviros en todo.

—Bien, dijo el fraile, eso es lo que verdaderamente se llama amistad.

—Venid á mi aposento, pediremos la llave á mi hija.

—Andando, amigo mio, andando, ya nos la pagarán ese par de zánganos; no faltaba más que inquietasen á un hombre honrado; hoy mismo los remito á México, y dentro de quince dias están en los antros del Santo Oficio.

—Gracias, reverendo padre.

II.

El portugués y fray Angel entraron en una de las piezas interiores de la casa, donde se hallaba un gran estante de cedro con cerrojo y cerradura.

El fraile le dió una mirada de codicia capaz de romper las hojas.

—¡Rosalía! ¡Rosalía! comenzó á gritar D. Manuel; ya conoceréis de paso á mi hija, es bellíssima y llena de un candor angelical; ¡pobre niña! y pensar que iba á quedarse sin padre, merced á una calumnia.

—Decis bien, una calumnia; porque cuanto veo en esta casa denuncia á un verdadero cristiano: ese cuadro del apóstol San Pedro es magnífico y esa Virgen de Guadalupe es pintura exquisita.

—Mi hija, reverendo padre, es devota de estos dos santos, que encontrareis por toda la casa.

—Bien, bien, ese sentimiento religioso debe protegerse, para contar siempre con el favor divino.

—Pero esta niña no viene; ¡Rosalía! ¡Rosalía!

—Estará en alguna ocupación, se habrá atemorizado con mi presencia, id en su busca, aquí os aguardo, no os tomeis pena por la dilación.

—Pues con vuestro permiso.

—Id, señor de Treviño, id en pos de vuestra querida Rosalía.

El portugués salió de la estancia.

—Este maldito, decía el reverendo padre, debe estar podrido en pesos; ese estante trasciende á oro, vamos que ha sido una lotería el hallazgo del portugués: diez mil duros es un «¡boccato di cardinali!» y lo que se sigue... vamos, que yo estoy loco con este negocillo: si he llevado adelante mi plan antiguo, sigue precisamente la confiscación de los bienes y no me toca un solo maravedí, conozco á la Inquisición; además, yo cargaría con la odiosidad; y estos portugueses son el demonio... explotemos su miedo, que así nos irá bien á los dos, él me hace rico y yo lo declaro el más católico del universo.

Pusóse á medir á grandes pasos el aposento en espera de Treviño.

—¡Demonio! la ausencia se prolonga... si se habrá largado, jugándome una burleta... sería divertido que me hubiese fraguado la historia de los diez mil para librarse de mis garras,.. esperemos... esperemos...

No habían pasado cinco minutos cuando el portugués se precipitó en el aposento desesperado.

—¿Qué teneis, señor de Treviño? preguntó asustado el fraile al ver el rostro descompuesto de su interlocutor.

—¡Es increíble!

—¿Os han robado el oro que me ibais á entregar?

—¡Ojalá! exclamó llorando el portugués.

—No somos de la misma opinión, murmuró entre dientes el fraile.

—¡Pero esto es espantoso!

—Hablad, hablad.

—¡Mi hija ha desaparecido!

—¡Dios mío! ¿pero por dónde? ¿á qué hora?

—¡No lo sé; pero yo siento la muerte!

Acercóse Treviño al fraile, lo tomó fuertemente por la mano y le dijo trémulo por el dolor y la desesperación:

—Reverendo padre, soy inmensamente rico, rico, como no sois capaz de figuraros... pues bien, todo cuanto poseo es vuestro, si me ayudáis á encontrar á mi hija; poned en movimiento todos cuantos resortes tengáis en vuestra mano, trabajad, derramad el oro, pero encontrad á mi hija, porque me siento morir.

—¡Infeliz padre! exclamó hipócritamente fray Angel.

—¿Lo oís, reverendo padre? mi caudal, mi vida, todo es vuestro

—No necesito tanto, os empeño mi palabra que Rosalía volverá á vuestro lado; calmaos y veamos con sangre fria este negocio, es necesario reflexionar, para que surtan efecto nuestros planes.

—Haced lo que os parezca, yo necesito á mi hija, tomad para que el camino se os facilite.

El portugués tiró fuertemente del cerrojo del estante y la cerradura saltó en pedazos.

—Tomad, ahí tenéis oro, mucho oro.

El fraile se puso cartuchos de onzas hasta en los manguillos y con las lágrimas en los ojos de ternura metálica, le dijo al portugués:

—Si fuera necesario comprometer mi existencia, no vacilaría un solo momento; adiós, daré parte á la autoridad de vuestra inocencia, perseguiré al familiar y al señor de Ramos, y daré sobre la pista, Rosalía estará en vuestra casa dentro de algunas horas.

Salió fray Angel de la casa del portugués, diciendo claramente á la multitud que se había agrupado á la puerta:

—Todo ha sido una calumnia, el señor de Treviño es un buen cristiano.

Los soldados y gente de golilla, hicieron un gesto de desagrado; porque ya habían consentido en tener un «auto de fe» magnífico.

Las viejas se conformaron con la esperancia de que quedaban algunos reos en poder de la Inquisición, y no sería extraño un escarmiento público, cuya diversión no perderían, ni aun cuando se les ofreciese la salvación.

Luego que el fraile se alejó con la turbamulta, el portugués lanzó un blasfemia espantosa...

—Calma, sacia tu sed de oro, miserable; te he comprado las llamas de la hoguera, pero he perdido á mi hija... ¡hija mía! ¡hija mía!

Acercóse después al armario, tomó dos pistolas y su espada, embozóse en una ancha capa y salió rumbo á la taberna de Lino el Mulato.

III.

Volvamos á la hija de Treviño.

Rosalía se encontraba accidentalmente á la ventana de su aposento, que daba á la calle, cuando vió llegar el aparato sombrío de la Inquisición.

Púsose en acecho de lo que pasaba, oyó la amenaza del fraile y la acusación de herejía.

Asustóse la desgraciada joven, subióse á la azotea y se echó á andar hasta donde las bardas de los limites se lo permetían; encontró una escalera de mano puesta por una mujer que tendía su lavado en la azotea, descendió sin pensar en lo que hacía, encontróse en un patio aban-

donado; siguió por un pasadizo húmedo y estrecho que conducía á una puerta de salida, abrió las hojas y comenzó á andar por calles y callejuelas sin rumbo.

Ya en los suburbios, encontró á la madre Paulina, que la reconoció al momento.

—¡Salvadme, por piedad! ¡la Inquisición ha entrado en casa!

—Venid, dijo la bruja, venid y os pondré en lugar seguro.

Rosalía se dejó conducir sin preguntar á dónde la llevaban.

Anduvieron largo rato hasta llegar á una casita escondida entre unos fresnos.

A la puerta estaba un muchacho, que se levantó luego que vió llegar á la bruja, le habló al oído y se alejó silbando por un sendero de árboles que se perdía entre las lomas.

—Aquí estais segura y podremos tener noticias de lo que pasa á vuestro padre.

—¿Puedo fiarme de vos, señora?

—No abusaré de vuestra inocencia.

—Id á la ciudad, id en nombre del cielo, y avisadle á mi padre donde estoy, si acaso le han dejado libre.

—Bien, no os mováis de aquí, porque peligra vuestra existencia; si alguien llama, no lo habráis la puerta; mirad, aquí hay una tabla que cubren estas ramas secas; si la Inquisición llegara á venir, no hay más que levantarla y os encontraréis en una pieza subterránea; conque andad con cuidado.

—¿Volveréis pronto?

—Dentro de una hora, voy á ponerme en acecho.

—Adios.

—Adios, hija mia.

La joven se quedó á la puerta viendo desaparecer á la bruja que se internaba en la ciudad.

Cayó la noche, que era fría, y el viento azotaba con furor las copas de los árboles y crugía entre los carrizos de la choza.

La hija de Treviño comenzaba á tener un miedo horrible.

Las obscuridad era densa, sólo se oía el lejano ladrido de los perros y algunos de esos ecos producidos por el mismo silencio de la noche.

Una ráfaga de aire llevó al oído de la joven un ruido de pasos mezclados con el chasquido de una espada al dar sobre las piedras.

—¡Dios mío! exclamó Rosalía, la Inquisición!

Los pasos se acercaban, la joven levantó la tapa de madera y se entró en el subterráneo.

Nada pudo ver porque la obscuridad era completa.

Púsose en acecho y oyó una voz conocida que decía: ¡Madre Paulina! ¡madre Paulina! ¡abrid con mil demonios!

—¡Es él! ¡es Antonio! dijo la joven, y levantando la madera salió apresuradamente á recibir el estudiante.

—¡Antonio! gritó conmovida Rosalía.

—No, no es un sueño, murmuró el familiar, eres tú, es verdad que te siento junto á mi.

La joven lloraba en silencio al lado de su amante.

—Cuenta, cuenta, amor mío, el motivo de tu presencia en este lugar.

—No sé nada, me parece que aun no salgo de esta pesadilla, me parece escuchar la voz de ese fraile que acusaba de heregía á mi padre.

Pedraja ignoraba el resultado de la visita de fray Angel al portugués.

—Y tú, continuó Rosalía ¿qué buscas en esta casa?

—Yo vengo también huyendo de la Inquisición, he matado á ese hombre que te requería de amores y he dado contra un clérigo infame que ha denunciado al rector de San Nicolás.

—Ese sacerdote me infunde una gran veneración; mi primer pensamiento al abandonar la casa de mi padre, fué buscar un refugio en el Colegio de los Jesuitas, donde está de continuo el rector de San Nicolás.

—Rosalía, tú has lanzado un rayo de luz en mi cerebro, él nada más puede salvarnos; abandonemos esta casa, aun tenemos tiempo.

—Sí, huyamos porque tengo un miedo espantoso; la mujer que me ha traído aquí, es la misma que se empeñaba en protejer á ese miserable de Ramos.

—Aquí tu inocencia y tu virtud están en peligro.

—Ya lo comprendo, huyamos.

Tomóse Rosalía del brazo del estudiante y se entraron en las calles de la ciudad.

IV.

No bien los amantes habían abandonado la choza, cuando Lino el mulato pentró violentamente, abrió la trampa, sacó una linterna sorda, tomó una barra de hierro y cavó en un rincón del subterráneo.

A los cinco minutos de esta operación se dejó ver un cofre de hierro, lo sacó el mulato y hechó á huir como un desesperado.

V.

Dirigióse la madre Paulina en busca de Treviño para venderle á peso de oro el secreto; llegó á la calle del Ratón, y encontrándose con el tumulto, mezclóse entre la multitud y comenzó á indagar lo que pasaba.

—Dicen que hay pacto con el diablo en esa casa.

—¡Con el amo de ella?

—Precisamente, ese maldito portugués habla todas las noches con Satanás.

—Yo lo aseguro, dijo una vieja, por la noche se oyen truenos, y salen llamas por la chimenea y un olor de azufre y pólvora.

—Como que ayer oí unos gritos como de condenado y ruido de cadenas y de huesos.

—¡Malo! ¡malo! murmuró la madre Paulina, esto me huele á «quemadero;» pongámonos bien con la Inquisición, porque estoy muy cerca de sus mazmorras.

Salióse la bruja de la calle del Ratón y se entró en el zaguán del obispado.

Al cerrar la noche regresava fray Angel cuando salió de detrás de una columna la bruja y dijo al oído del fraile.

—Reverendo padre os necesito urgentemente.

El fraile hizo un gesto capaz de asustar al mismo Lucifer, y retirándose á una de las piezas bajas le dijo á la vieja:

—Hable sin acercarse.

—Ha desaparecido la hija de Treviño.

—¿Cómo lo sabeis?

—Ese es mi secreto.

—Pues yo arranco los secretos en el «tormento.»

—Estoy curada de espanto, reverendisimo padre.

—Ya veremos, daos á prisión.

—Eso no es posible, somos buenos amigos.

—Yo no soy amigo de las hechiceras.

—¿Y si pusiera en vuestro poder á la hija del portugués?

La cara arrugada de la vieja le pareció de un angel al fraile.

—Como lo oís, reverendo padre.

—Sería capaz de daros patente de cristiana si hiciérais acción tan meritoria.

—¿Nada más que eso, teneis que ofrecerme?

—Sería capaz de premiaros con bulas para un lance supremo, que me parece que no está muy lejos.

—Ya eso es algo.

—Y añadiría una onza de oro, una nada más.

—Aquí hay gato encerrado pensó la vieja.

—Ya lo oís, madre Paulina, una onza de oro no es de desperdiciarse.

—Si fueran veinte, el negocio era concluido.

—¡Bruja infernal! exclamó el fraille.

La vieja comprendió que fray Angel estaba interesado y se decidió á explotar al reverendo padre.

—No sabéis lo que decís, dijo éste, veinte onzas es una fortuna, no he dicho tantas misas.

—Pensadlo bien y nos veremos.

—Primero dejo salir á un reo del Santo Oficio, que á vos del obispado.

—¿De qué os servirá esa detención, si mi boca no dirá una sola palabra?

—¡Tenéis á los espíritus en el alma!

—Puede ser, reverendo padre.

—Te juro que dentro de un mes estarás con Satanás en el mismo infierno.

—Amén, reverendo padre.

—Pues esta bruja no se asusta, condescendamos porque Treviño me dará cien veces más.

—Parece que ya os humanizáis, reverendo padre.

—Bien, os daré diez onzas y no hablemos una palabra, porque os cuesta muy caro.

—Os he dicho que veinte y no rebajo un solo maravedi.

—Bien, os las entregaré luogo que me llevéis al sitio donde se encuentra esa desgraciada joven.

—No, adelantadas.

—Bien, tomadlas y carguen con vos todos los diablos.

El fraile entregó las onzas á la vieja, que las hizo desaparecer instantáneamente bajo su manto.

— Marchemos, marchemos, señora, que necesito volver á esa niña á su hogar.

La bruja se puso en camino seguida del fraile, y de una media docena de alguaciles que se fueron á la capa, creyendo firmemente que la madre Paulína iba á preporcionarles un rato de plática con el «enemigo malo.»

En una de las calles, dió el fraile con Treviño, que caminaba en derechura á la taberna del Mulato.

—Caballero, caballero, gritó el fraile.

Detúvose el portugués, y hablando por lo bajo con el delegado de la Inquisición, le dijo: ¿habéis adelantado algo?

—Mucho, muchísimo, retiraos á vuestra casa, que dentro de una hora estaré allá con vuestra hija.

—¡No me hagáis desesperar!

—Palabra de honor, caballero, esta vieja tiene á vuestra hija y vamos á buscarla en seguida.

—Ya os he dicho, reverendo padre, que cuanto poseo...

—Bien, bien, os lo habia jurado, y cumplo con esta alianza de amistad establecida entre ambos.

—Me habéis devuelto la tranquillidad, la vida.

—Se me hace tarde por ver á vuestra hija.

—Id, id, reverendo padre, volvedme á Rosalía.

El fraile apretó á andar hasta ponerse á tiro de ballesta de la bruja.

Treviño se puso en acecho del fraile, colocándose sobre las lomas para presenciar la escena, favorecido por las sombras de la noche.

Oíanse aún los pasos de Lino el Mulato entre la yerba seca del campo, cuando la bruja y fray Angel llegaron á la choza.

—Pasad, reverendo padre, pasad, aquí tenéis á la joven.

—Esperad, un momento, dijo el fraile, y comenzó á bendecir la choza y decir exorcismos y oraciones; después entró con recelo, asustado con los quejidos del viento en los carrizales.

—La pobre miña se ha ocultado en el subterráneo.

—¿Luego hay un subterráneo?

—Precisamente, reverendo padre.

Acercóse la bruja, abrío la puerta y se metío en el antro.

Prendió luz, registró aquella estancia, admirada de no encontrar la joven. De improviso reparó en la escavación y dió un terrible grito.

El fraile salió corriendo, dió tres palmadas y un grupo de embozados acudió violentamente.

—Entrad, entrad, gritaba el fraile y aprehended á esa bruja que pretende hechizarme.

La ronda se detuvo.

—¡Que entreis ahí, condenados!

Esas palabras en vez de alentar á la ronda más la retraían.

La bruja al comprender el robo, se sintió herida en el alma, dió un grito y tiró la luz.

La yerba comenzó á arder, y bien pronto se alzó una llama que envolvió á los pocos momentos toda la choza.

—«¡Vade retro!» gritaba el fraile.

—«¡Vade retro!» gritaban los alguaciles y echaron á correr en pos de auxilio á la ciudad.

La madre Paulina, que para un evento de persecución tenía practicada una salida por el lado de las lomas, se escapó á toda prisa.

Tornó el fraile con una patrulla y colocó centinelas en derredor de la hoguera para no dejar escapar á la bruja; exorcizó las cenizas de la choza y el alcalde registró el sótano, no encontrándose resto humano que indicara la muerte de la vieja.

VI.

Permanecía Treviño sobre las lomas viendo la escena extraña que se desarrollaba á su vista, cuando atravesó una sombra rozándole completamente.

Por un istinto desconocido tendió el brazo y detuvo á una mujer.

—¡Soltadme! gritó la madre Paulina.

—¡Sois vos, desgraciada! exclamó el portugués.

—Sí, yo soy, yo, que me han robado infamemente.

—¿Y quién os ha robado?

—La hija de Treviño.

—¿Mi hija?

Quedóse la bruja con la mirada énhiesta sobre el embozado.

—Sí, continuó rechinando las mandíbulas, la hija de Treviño, á quien yo había dado albergue en mi casa, me ha robado un cofre con dinero.... el dinero reunido durante toda mi vida.... mirad, mirad, aquellas llamas consumen el resto de mi fortuna, mis drogas, mis composiciones, todo perece entre el fuego!... y la bruja se echó á llorar con desesperación.

—Devolvedme á mi hija y recobrareis vuestra fortuna.

—¡Por Satanás, que os la devolveré!

—Duplicaré tu fortuna.

—¡Vuestra mano! gritó la vieja y oprimió la de Treviño entre las suyas heladas y huesosas, y huyó con una ligereza de murciélago entre las lomas.

—¡Maldición! gritó Treviño, ¡el cielo y el mundo se cierran delante de mí; yo me abriré paso ó dejaré mi existencia en este empeño!

Las ráfagas del aire llevaron las últimas palabras del portugués, que se hundió como una sombra en el silencio imponente de la noche.

CAPITULO IV.

Prisiones y puñaladas.

I.

Después de la zambra armada en la taberna del mulato, vimos al dueño de aquella abominable casa escurrirse de puntillas hasta la puerta por donde la madre Paulina había desaparecido.

Asomóse á la cerradura, y vió sacar de un estante un bulto parecido á un cofre. La mano débil de la vieja no pudo sostener el peso, y el cofre cayó produciendo un sonido metálico que no se escapó al oído templado de Lino.

Azoróse la bruja, levantó el bulto, lo puso entre los pliegues de su manto y se echó á andar hasta la casuca que ya han visto nuestros lectores.

El mulato seguía como un zorro la pista, por entre los carrizos, vió la trampa por donde la vieja desapareció y pudo oír el ruido seco de la escavación.

El mulato se ocultó dentro de los árboles y siguió en pos de la madre Paulina hasta presenciar el encuentro con Rosalía.

Lino estaba contrariado terriblemente al ver regresar á la bruja y á la muchacha; cuando ésta se quedó en la choza, tuvo intenciones de sorprenderla y matarla si era preciso.

Iba á consumar tan horrible crimen cuando se dejaron oír los pasos del familiar.

—Ya son dos, dijo el mulato con desesperación, pero el tiempo vuela y es necesario hacerme de ese tesoro.

Sacó su puñal y comenzó á arrastrarse por la yerba como las serpientes, cuando el estudiante y Rosalía abandonaban á toda prisa la choza de la bruja.

—Me he salvado milagrosamente, murmuró el mulato, y se lanzó como hemos visto á la trampa, hizo la escavación y sacó el dinero.

II.

Después de los sucesos referidos Lino se puso al mostrador de su taberna, sin darse por entendido de lo que pasaba; no esperando tener la visita de la madre Paulina, porque la Inquisición la buscaba con su rabia de perro bulldog.

Repentinamente la bruja se descolgó como llovida del cielo en la taberna.

—Buenas tardes, Lino, dijo la vieja en un tono agrio y regañón.

—Buenas tardes, respondió el mulato, ¿qué os habéis hecho?

—Entrémonos, dijo la vieja, tenemos mucho que hablar.

—Sea en hora buena.

La vieja y Lino se encerraron en la pieza interior.

—Mira mi rostro, dijo la bruja quitándose el manto y despojándose de la toca que casi la cubría por completo.

Lo que no era una novedad para Lino, sí lo será para nuestros lectores: aquella horrible vieja era una mujer hermosa.

Dos trenzas de cabello castaño caían sobre sus espaldas, su frente era despejada é inteligente, sus ojos grandes, algo maltratados por la costumbre de tenerlos entreabiertos.

La madre Paulina arrancó de sus dientes una pasta negra, descubriendo un limpio esmalte.

Alzóse aquella mujer, ostentando un cuerpo gallardo y arrogante, y su voz varió como un instrumento á quien se le hubiesen dado los tonos de la armonía.

—Veo vuestro rostro pálido, señora, dijo el mulato, dando prueba de un inmenso respeto.

—Sí, es que he sufrido espantosamente, tú sabes que he reunido una suma considerable en oro, merced á esas recetas que recibí en herencia de mis padres.

—Es cierto, señora.

—Que hasta hoy si he sido perseguida por la Inquisición, he sabido contener su furia.

—Me consta.

—Que doce años de sacrificios han sido un soplo, porque he venido buscando una venganza que ya estaba á punto de realizar.

—Yo ignoro...

—Sí, mi vida ha sido un secreto para tí, tú sabes que seducida por un hombre que me sacó del lado de mis padres, he sido burlada, escarnecida y nada más.

—Es verdad... es verdad.

—Pues bien, hace algunas horas que he tenido en mi poder á su hija, que quería arrancar á su padre un tesoro y matarle á la vez haciéndole perder á lo único que ama en el mundo, á esa niña. Después quise gozarme en verla en poder de la Inquisición, para que el infame apurase gota á gota el amargo sufrimiento que yo he domado á fuerza de padecer y de llorar. Una vez logrado mi intento, tenía oro para tornar á Europa... pues bien, añadió llorando aquella desgraciada, Rosalía ha desaparecido, llevándose el oro... el oro con que yo contaba para nuestra fuga, es decir, mi venganza y mi salvación!

El mulato inclinó la cabeza para ocultar su rostro.

La madre Paulina notó su turbación, y el pensamiento de una sospecha cruzó con la rapidez de un relámpago.

—Esa niña, pensaba la bruja, no podía adivinar dónde estaba el cofre, además, que no tenía fuerzas para hacer la excavación; sólo el mulato puede haberme acechado; disimulemos por ahora, que si es cierto, lo he de plantar en la hoguera.

—Dame papel, voy á escribir una carta que llevarás á la casa de Treviño.

—Estoy á vuestras órdenes

Después de un momento, el mulato trajo recado de escribir y la bruja se puso á la mesa.

—He concluido, dijo, después de trazar algunas líneas; esta noche arrojarás por la cerradura este papel.

—A la hora de la «queda» volveré á la taberna.

—Está bien.

La mujer aquella tornó á disfrazarse y salió á escape de la casa de Lino el mulato.

III.

—Maldita sea esta gitana, cargue el diablo con ella y toda su raza!... yo creía no volverla á ver, cuando de pronto se me cuela, sin temor á la justicia ni á la Inquisición; debe tener al diablo en el cuerpo.

—Si no fuera por el miedo que le tengo, abría esta carta; pero no, respetemos á esa bruja, porque su mano me alcanzaría á todas partes... temo que descubra el robo, ya otras veces me ha hecho amenazas terribles... ¡Demonio! sería capaz de arrancarme la lengua.

—¡Hola, hola, fray Angel, á estas horas por aquí! malo anda el negocio.

—Sea Dios bendito, dijo el fraile.

—Y venga con vos, reverendo padre.

—Vengo cansado y deseo sentarme un momento.

—Y tomaréis un refresco.

—Gracias, hermano.

Fray Angel se entró en la taberna y se sentó á una de las mesas donde el mulato le sirvió un vaso de «catalán.»

—¡Hum! exclamó fray Angel arremangando los labios, esto es de lo bueno.

—Como que es lo único «moro» que se encuentra en mi casa.

—El muy bellaco no debe chancearse con el sacramento del bautismo.

—Quería decir que no tenía agua ese catalán.

—Esa es otra cosa, echemos otro trago.

El fraile sacó despuès un famoso puro y se puso á dormitar.

—Estos frailes, pensó el mulato, son como los gigantes de los cuentos, cuando están despiertos tienen los ojos cerrados.

Pasó así un cuarto de hora.

El fraile volvió á remojar su gaznate.

—¿Y qué se ha hecho el padre Pontolongón, reverendo padre?

—No me habléis de ese monstruo.

—¿Monstruo?

—Sí, dragón infernal, tiene pacto con el diablo, está contaminado de herejía, y habla con las brujas.

El mulato se santiguó devotamente.

—Lo que oís, habla con las brujas y asiste al «Sábado.»

—¡Ave María Purísima! exclamó Lino.

—Pero ya las pagará todas en la Inquisición; mañana al amanecer

nos ponemos en marcha para México, aquí no tengo instrumentos para hacerlo confesar la verdad; algo podría suplirse; pero tendría escrúpulo de conciencia si el «potro» ó el «borceguí» no saliesen bien hechos, sería un caso de alta responsabilidad ante el Tribunal de la Fe.

—Y habría mucha razón.

—No tengo más remedio que cargar con los procesados y no parar hasta la capital.

—Muy bien pensando, dijo el mulato, que concebía el proyecto de denunciar á la madre Paulina para deshacerse de ella; eso debéis hacer, vuestra misión es evangélica, y además, que un «auto de fe» nunca sobra.

—La hoguera es la moral viva de las almas impuras pervertidas.

—Si el reverendo padre quisiera oírme en confesión, le refiría cosas que....

El fraile miró con extrañeza al mulato y dijo picado por la curiosidad:

—La Inquisición habilita «in extremis» la taberna, hablad, hablad.

—Pues reverendo padre, comenzó á decir con hipocresía el mulato, hace algunas semanas que la madre Paulina frecuenta mi casa noche á noche.

—¿Y bien?

—Que yo he sospechado algo de herejía en esa mujer.

—Eso ya lo sabe la Inquisición, adelante.

—Esa bruja persigue de muerte á una honrada familia de Valladolid.

—¿Qué familia es esa?

El mulato guardó silencio.

—¡Que habléis, os digo!

—Pues esa familia es la del señor Treviño.

—¿Y qué tiene que ver la hechicera con ese cristiano?

—No he podido sorprender el secreto, pero debe ser terrible.

—¿Y no sabéis el paradero de la madre Paulina?

—Hace una hora ha estado aquí mismo.

—¿Qué decís?

—Que ha estado en mi casa hace un momento.

—Eso no puede ser, anoche ha quedado sepultada entre las cenizas de su antro.

—Os digo reverendo padre, que la madre Paulina está buena y sana como nosostros.

—Mentís como un bellaco.

—Reverendo padre, os lo juro por los Santos Evangelios.

—Eso ya es otra cosa, ¿y dónde ha ido?

—No lo sé.

—¿Y de dónde venía?

—Lo ignoro.

—Entonces, ¡con mil demonios! ¿qué es lo que váis á confiarme?

—Que no ha de dilatar en volver á la taberna.

—Ya es otra cosa.

—Es necesario mucho tacto para aprehenderla, porque es un lince, reverendo padre.

—Con la Inquisición no hay linces, todas estas brujas caen como palomillas en la vela, apostaré á mi gente y no podrá escaparse.

—Recordad que anoche se ha escapado de las llamas.

—Yo haré antes conjuros y exorcismos capaces de amedrentar al mismo infierno.

—Las palabras son débiles, reforzad vuestra patrulla, porque de otra manera os burla.

—Tenéis razón, ¿y no os dijo algo sobre algun asunto?

—Sí, reverendo padre.

—¡Que habléis ya me estáis desesperando!

—Pues me dijo, que ya había logrado tener entre sus garras á la hija de Treviño.

—Seguid... seguid...

—Y que después la niña había desaparecido.

—Eso no me coje de nuevo, es precísamente lo que me tiene desesperado.

—Yo olvidé preguntarle, porque la madre Paulina no es capaz de satisfacer ninguna curiosidad.

—Pero debías haber indagado.

—Ya os he dicho, reverendo padre, la clase de persona que es la bruja.

—¿Conque decíais que estará bien pronto en la taberna .

—Luego que cierre la noche.

—¿Y el familiar Pedraja no ha venido?

—No, reverendo padre, dicen que se lo han llevado las hechiceras.

—Puede ser, aunque él no lo necesita, porque tiene á los espíritus malignos en el cuerpo.

—Aquí toma catalán hasta echar chispas por los ojos.

—A propósito de catalán, voy á concluir con el que me ofrecísteis.

El fraile apuró de un sorbo el líquido embriagante.

—Al caer la noche, estaré con la hermandad, yo os ofrezco que la reverenda bruja no podrá escaparse de la hoguera.

—Yo procuraré entretenerla hasta que lleguéis

—Mucho cuidado.

—Ese es mi encargo, mirad que en un descuido se os escurre como una anguila.

—Dios nos ayude, dijo el fraile y salió de la taberna.

IV.

—¡El diablo cargue contigo, fraile endemoniado! murmuró el mulato, y cerrando las puertas de la taberna, sacó el cofre, vació en su cama las monedas para que el ruido se apagase en la manta, y comenzó á contar su dinero con una avidez inconcebible.

Ocupado Lino el Mulato en la «delación,» no percibió varios pasos en el tejado de la casa.

La bruja sospechó desde luego que Lino la había robado, y se propuso espiar hasta sorprender el secreto.

Luego que salió de la taberna, hizo que se internaba en la ciudad por si alguien la seguía, pero se regresó violentamente á una casuca espalda de la que ocupaba el Mulato.

La vieja aplicó el oido, recogiendo los écos con el tornavoz formado con el cóncavo de su mano.

Subió con cuidado hasta el corredor, y con la agilidad de un gato trepó por el declive del techo, hasta dar con una separación de la madera que dejaba un claro por donde podía verse lo que pasaba en la pieza interior de la taberna.

La vieja aplicó el oído, recogiendo los ecos con el tornavoz formado por el cóncavo de su mano.

Después que fray Angel salió de la casa, aplicó su ojo perspicaz á la abertura y pudo ver á Lino sacar el cofre y vaciar las monedas en el colchón.

—¡Ah! ¡infame! exclamó la vieja: conque me engañabas, conque olvidando que me debes la vida, me has robado y después me denuncias á la Inquisición! ya tomaré la revancha, te unes desde hoy á las víctimas escogidas á mi venganza... todos, todos, se conjuran contra mí... no importa, lucharé sola... cuenta, cuenta ese oro que no disfrutarás, miserable!

El mulato recontaba las monedas, las acariciaba, las besaba, las oprimía contra su corazón como el rico avariento; después las envolvió separadamente y las colocó en el cofre que cerró con todo cuidado.

Volvióse por todo el aposento buscando un lugar seguro; nada encontraba en su desconfianza.

Decidióse á abrir un tercio de arroz que estaba en uno de los rincones del aposento.

Colocó el cofre en el centro y volvió á cerrar la «jarcia» de tal manera que nadie hubiera sospechado la presencia del tesoro en aquel lugar.

Registró la pieza, la taberna y tienda, dió vuelta en torno de la casa para observar si alguien lo acechaba, cerró con llave y se echó á andar en busca del estudiante Pedraja, por ver si daba sobre la pista de la hija de Treviño.

Luego que el mulato se perdió en las callejuelas de la ciudad, la madre Paulina bajó de la azotea, y con una llave falsa se abrió paso hasta el aposento, rompió el fardo, sacó el dinero y llenó de carbón el cofre, componiendo aquello como mejor le fué posible.

Al salir observó un papel que estaba sobre el mostrador; lo leyó, era la carta anónima que dirigía á Treviño, y que el mulato equivocó con otro papel.

—La ha hecho buena ese miserable, no sé que carta le habrá espetado al portugués; el cielo favorece mi venganza, esta carta es un cuerpo de delito; pongámosla bajo la candileja y agreguemos este admíniculo para que lleve su merecida ese ingrato.

La vieja descolgó un cuadro que estaba colgado en la pared de la taberna y que tenía en un lienzo la imagen de San Juan Nepomuceno, y en el reverso pintó con carbón una cara de diablo que podía pasar por un boceto.

El diablo reía sacando unos agudos colmillos.

—Bien, dijo la bruja poniendo el cuadro en su sitio, ya es un negocio arreglado, estoy segura de que ese bribón me llamará en su auxilio, lo dejaré que se retuerza en el tormento... ¡desgraciado!... no es tiempo de compadecerme de él... veremos... por ahora ya es tarde, escapemos á las garras de fray Angel y dejemos á Lino en mi lugar.

Tornó á cerrar la puerta, salió á escape de la taberna y fué á tomar asiento á su escondrijo para presenciar el asombro del mulato, no sin enviar antes un anónimo al fraile para que procediese á la captura de Lino.

V.

Estaba fray Angel de la Divina Infantita muy pacífico y quieto en en una de las celdas del convento de los jesuitas tomando un rico «Caracas» con unos bollos amantequillados cuyo olor trascendía á los corredores, cuando oyó caer tras de su sillón una carta.

Volvióse á ver lo que producía el ruido y se encontró con el anónimo de la madre Paulina.

—¡Dios mío! pero quién ha lanzado este papel sobre mi persona?... estoy sorprendido... ¿me atreveré á leer este papel?... En fin, para algo me le han arrojado.

Santiguó la carta, rezó álgunas oraciones y desdoblándola, leyó al fin:

«Reverendo padre. — El mulato Lino os trae hechizado.»

El fraile dió un salto sobre el sillón, que hasta los bollos volaron á la altura del techo.

—¡Yo hechizado! exclamó el desgraciado... sí, lo había conocido perfectamente... en el catalán me ha dado ese maldito la ponzoña... Dios mío, el espíritu malo se mueve en mis entrañas:... ¡hechizado...! no, yo no quiero tomar el chocolate, recuerdo á Carlos II... los bollos son más peligrosos aún que las tablillas de cacao.

—Prosigamos la lectura de la carta.

« Ese infernal mulato tiene la imagen de « Belial » tras el cuadro de San Juan Nepomuceno, Belial es su demonio familiar, podéis desengañaros descolgando la pintura que se halla en la pared de la taberna.»

—Esto es abominable! critaba el fraile lleno de inquietud; estoy seguro de que ese Belial ha probado el catalán y estoy endemoniado... adelante.

«Bajo la candileja, hallaréis una carta escrita por una bruja con quien tiene pacto el mulato; aseguráos de todo en nombre de la Inquisición.»

—¡Uf!... me ahogo... esto sì que es maravilloso, la carta me la han traído los ángeles, no dudo un momento de la verdad de ella... tomaré agua bendita para ahuyentar al demonio y poder practicar la operación sin inquietudes.

Acercóse á una fuentecilla que estaba á la cabecera de la cama, y tomó el líquido y lo aplicó á su frente y pecho, diciendo: sal de mi ánima, espíritu maligno.

Al pronunciar estas palabras dieron tres toquidos á la puerta de la celda.

VI.

—¡Cáscaras! gritó el fraile, el diablo toca.

Otros tres golpes tornaron á sonar en la madera.

—¡Pase! dijo fray Angel procurando serenarse!

El estudiante Pedraja entró en la celda.

—Lo dicho, murmuró el fraile, el diablo.

—Buenas, tardes, reverendo padre.

—Buenas tardes, señor familiar, ¿qué venís á buscar por aquí?

—Traigo un negocio de importancia.

—Pues decidlo al momento, porque tengo que practicar una diligencia lejos de aquí.

—¿A caso en la taberna de Lino?

El fraile vió con asombro al estudiante.

—Contestad, reverendo padre.

—¿Y qué os importa?

—Nada.

—Hablemos, pues, de vuestro asunto.

—Hablemos, vengo á deciros que si estáis espirituado para....

—¡Callad, callad...! ya lo sabe todo el mundo... bien os confesaré... pero no... yo no lo quiero creer... decidme,, ¿como habéis sabido que me han hechizado?

El estudiante hizo un gesto de extrañeza que el fraile no recogió.

—Decidme, decidme quién os ha puesto al tanto de este maleficio.

—Reverendo padre, ya el vulgo lo murmura.

—¿Conque lo murmura, eh?

—Sì, reverendo padre.

—Pues murmura en vano, porque « Belial » no es mi conocido ni tengo yo amistad con ningún demonio.

—Se habrá vuelto loco, pensaba el estudiante.

—Señor familiar, vos tenéis cuentas pendientes con la justicia, y acaso os las perdonen con tal que no vengáis á....

—No, no lo creais, reverendo padre; vengo á haceros una pregunta y nada más.

—¿Una pregunta? ¿no me la habéis hecho acaso sobre el hechizo?

—Creo que estáis de broma.

—Os juro por todos los santos que lo dicho es la verdad.

—¿De dónde se os ha metido esa idea, reverendo padre?

—Vos no sabéis que este padre Pontolongón me habló de una bruja y yo tuve la debilidad de no denunciarle incontinenti: después la bruja susodicha ofreció entregarme á Rosalía, ¡incauto de mí!

—Y os ha dicho acaso ¿dónde se encuentra? preguntó asustado el familiar.

—Sí, me condujo á una casuca situada á extramuros, y cuando me encontraba en ella, ¡Dios mio! sopló Satanás y la choza se incendió, convirtiéndose en cenizas instantáneamente.

—¿Y la bruja?

—Había desaparecido.

—Y bien.

—Vais á oír, amigo mío; después se ha presentado, es decir, yo me he presentado en la casa de ese infame de Lino y... me han hechizado!

—Vamos, reverendo padre, sosegaos, y no déis crédilo á esas preocupaciones.

—Sí, preocupaciones, murmuró el fraile; ved esa carta que me han arrojado no sé por dónde.

El estudiante tomó el papel y leyó el anónimo de la madre Paulina.

— No es todo eso, continuó el fraile, el mulato me ha ofrecido entregarme á esa hechicera, y dentro de un momento voy con la hermandad á prender á los dos.

—Muy bien pensado, reverendo padre, y si queréis yo os acompaño á ese negocio.

—No tengo inconveniente, me prestaréis un gran servicio.

Y el fraile pensaba: á este pájaro me lo llevo de encuentro.

—Poniéndome de acuerdo con este fraile, pensaba á su vez el estudiante, salvo á Rosalía de las garras de estos beduinos.

—La noche ha cerrado, marchémos á la taberna.

—Estoy á vuestras órdenes.

El fraile y el estudiante se pusieron en marcha para la taberna.

El mulato estaba de vuelta, ufano con su plan de deshacerse de la madre Paulina, y esperaba la hora en que llegara la vieja y el enviado de la Inquisición.

A todos los parroquianos los había despedido, diciéndoles que el catalán se había consumido; pero que al día siguiente lo tendría legítimo y más sabroso que el que usaba para hacer modestamente las «once» S. S. Ilma. el obispo.

Los parroquianos se marchaban halagados por una promesa tan consoladora.

La tarde había espirado ya, cuando fray Angel y el estudiante entraron en la taberna.

—¡Loado sea Dios! dijo el fraile.

—¡Con mil demonios! gritó el mulato, al fin os veo, señor de Pedraja.

—Lo dicho, murmuró el fraile, este hombre no es católico.

Lino continuó:

—Me debéis una gran cantitad, señor Pedraja, habéis descompuesto el candil y me habéis roto dos mesas y una silla, sin contar el espinazo del señor Ramos partido en dos fracciones.

—Esa es cuenta vuestra.

—Y vuestra también, yo soy comerciante y mi casa no es plaza de gallos.

—Tú quieres que haga una segunda edición de la del barbero.

—No sería muy fácil.

—Probemos, dijo el estudiante sacando su tizona.

Lino tomó una tranca, y ya iba á comenzar una de Dios es Cristo cuando fray Angel se interpuso.

—Tenemos un gran negocio esta noche, mañana se matarán descansadamente.

—Convenido, dijo el estudiante, mañana mataré á este rapaz.

El mulato hizo una mueca.

—Vamos, sírvame aquí algo.

Lino puso sobre la messa una botella de catalán y dos vasos.

—¡Fuera, fuera de aquí ese licor endemoniado! dijo el fraile.

—No, contestó el familiar, yo me tomaré las dos raciones.

Lino se llegó hasta el quicio de la puerta para ver si aparecía la madre Paulina.

—Sabéis, reverendo padre, que debemos comenzar por aprehender á este canalla si sale cierta la denuncia hecha en el anónimo.

—Sí, me parece bien, y acercándose á la puerta, dió un silbido.

Inmediatamente entró la « Hermandad. »

—Guardad las entradas y salidas de esta casa.

—¿Pero qué es esto reverendo padre? preguntó asustado el mulato.

—Nada, amigo mío, nada, lo vais á saber, descolgad señor estudiante ese cuadro de San Juan Nepomuceno.

El familiar obedeció al fraile.

—Acércate, Lino, continuó fray Angel, toma ese cuadro y vuélvelo al revés.

El mulato volteó la imagen; pero cuál fué su sorpresa al ver al diablo pintado en el lienzo.

—¡He aquí, infame hereje, la acusación y prueba de tus crímenes nefandos y abominables.

—Os juro que...

—Ponedle una mordaza.

—Por piedad, reverendo padre, os juro que estoy inocente.

—Vamos, levanta esa lamparilla.

Lino alzó la lámpara y apareció una carta que el estudiante leyó en voz alta:

« La gitana está sobre la pista, su venganza os sigue á través de los mares, no os valdrá el refugio que os habéis proporcionado en el Nuevo Mundo. El día de la justicia se acerca, ya estáis maleficiado, y al leer estos renglones, el espíritu de los tormentos se entrará en vuestro corazón. »

El estudiante soltó el papel, impresionado por el sombrío contenido de los renglones.

—¡Santa María!

—¡Kirie eleyson! respondieron los alguaciles.

—Vamos, maese, dijo fray Angel al jefe de la hermandad, tomad ese cuadro y esa carta, como cabeza de proceso; este hombre es un reo de mucha responsabilidad, se necesitará aplicarle un tormento que sepa apreciar.

—Ya lo creo, reverendo padre.

Los alguaciles tomaron á Lino por los brazos.

—Soltadme, que tengo algo muy grave que comunicar á fray Angel; pero necesito estar á solas con él.

—Bien, soltadle, y estad á la mira.

La hermandad se hizo á un lado.

El infeliz reo atemorizado hasta el pánico, dijo al oido del fraile:

—Soy victima de una intriga, pero deseo daros una prueba de que soy católico y de que la herejía no ha entrado jamas en mi alma.

—¿Y qué prueba teneis, hombre pecador?

—Escuchadme.

—Dime antes, hombre infernal, ¿por qué te has cebado en mí, dándome hechizos en las bebidas?

—Esa es otra calumnia, yo no intiendo de brujerías, y os voy á encomendar la fundación de una capellanía, para que digais misas por mi alma.

¿Y con cuánto dinero cuentas para esa piadosa fundación?

—Con cuatro mil pesos, que os daré en oro.

—Ya eso me reconcilia un tanto, dijo el fraile, calculando reunir la suma á la que Treviño liberalmente le había ofrecido.

—Entremos á la otra pieza donde está el oro.

—Entremos, entremos, hermano, que se trata nada menos de la salvación de tu alma.

El mulato no volvía en sí de su aturdimiento, ya se creía en el Santo Oficio y puesto al potro de la tortura.

— Voy á entregaros más de la mitad de lo que poseo, son mis ahorros de toda la vida.

—Bien, bien, con ellos compras la bienaventuranza.

Lino rompió el « tercio » y sacó el cofre.

Fray Angel se sonrió de placer y sus ojos bailaban de satisfacción.

Lino rompió la tapa, el fraile se precipitó con las dos manos como un tigre sobre su presa, y hundió los dedos en el carbón, que la madre Paulina había sustituido al dinero.

Lino y fray Angel dieron un grito.

Entonces se oyó resonar una carcajada estridente en la estancia, desprendióse el hilo que sostenía del techo la lámpara y todo se envolvió en una oscuridad espantosa.

—¡Socorro!... ¡socorro! gritaba el fraile con voz ahogada... el espíritu maligno me persigue... ¡estoy hechizado!

—¡Desgraciado de mí! murmuraba el mulato es ella que ha descubierto todo.

La hermandad entró en la estancia.

Entonces Lino sacó un puñal y se precipitó sobre los alguaciles, tendiendo muertos dos á sus piés.

El mulato no pudo resistir al número y se entregó prisionero.

El estudiante se había eclipsado.

—He perdido tres golpes, murmuraba rabioso el fraile; el dinero, la bruja y el familiar, los tres se me han escapado, ya caerán en mis garras cuando menos lo esperen.

Y dando órdenes como un general en jefe cargó con el reo, que blasfemaba espantosamente y hacía esfuerzos hercúleos para librarse de las ligaduras.

VII.

Al día siguiente y antes del amanecer, salían por las puertas de la ciudad dos jinetes.

—¿Vas bien, Rosalía? preguntaba el caballero á la dama que acompañaba.

—Perfectamente.

—No te molesta el paso del caballo.

—No.

—Pues apretemos á andar, porque temo que nos sorprendan.

—Han perdido el rumbo, nos buscan por otro camino, no han de creer que vamos para México.

—Pudiera ocurrirles.

—Estoy absolutamente tranquila.

— El rector del colegio de San Nicolás, creyendo que emprendía solo el viaje, me ha dado cartas de recomendación para todos los puntos del tránsito.

—Es un buen sacerdote.

—Excelente.

—Me has asegurado que encontraríamos á mi padre que debe estar ya en la capital.

—Así lo espero.

— Desde el día en que la Inquisición se presentó en casa no he vivido.

—Como que es terrible.

—Ya comienzo á pensar en el porvenir, Antonio, llegando á México nos casaremos.

—Inmediatamente, Rosalía.

—Tu conducta noble y caballerosa me ha hecho perder toda sospecha de deslealtad.

—Gracias, Rosalía de mi alma.

—Cuando me he encontrado sola delante de nuestro amor y tú me has respetado, mi amor ha crecido infinitamente.

—Es mi deber y no lo quebrantaré por nada del mundo.

Acercó la joven su caballo, y Antonio le tendió la mano que ella estrechó contra su corazón.

Llevaban los viajeros cuatro horas de camino, cuando salió por la misma puerta de la ciudad y hacia el mismo rumbo un coche con su camisa de « brín ».

Dos tiros de mulas arrastraban carga tan pesada, porque el susodicho coche contenía nada menos que á fray Angel, y cuatro familiares, seguían después en dos mulas y engrillados el padre Pontolongón y Lino el Mulato, después una camilla con el barbero, y todos entre las filas de la santa hermandad.

Aquella caravana iba formando un verdadero escándalo en cada población.

Los vecinos acudían amedrentados, y cuando se enteraban del asunto decían por lo bajo.

—Con el rey y la Inquisición... chitón!

CAPITULO VII.

Las piedras rodando se encuentran.

I.

La vispera de ese día memorable para la gente de cuentos de Valladolid, en que salió la caravana del Santo Oficio presidida por fray Angel de la Divina Infantita, Don Manuel Pérez de Treviño estaba en su escritorio, sombrío y meditabundo, por la pesadumbre que había caído á plomo sobre su corazón.

El infeliz portugués había llorado mucho la pérdida de su hija y culpaba de todo al fraile, que con su aparato aterrador había hecho que la criatura se escapase del hogar, siguiendo acaso una senda que diera en un abismo; porque el mundo lo menos que respeta es la desgracia.

Treviño estaba sentado con los codos apoyados sobre la mesa y el rostro sepultado entre las manos.

—¿Qué será de Rosalía? se preguntaba el desgraciado padre; estará en algún sitio donde la hayan ocultado la verdad de este fatal acontecimiento? ¿qué objeto llevarán en atormentarla? ¿por qué no me la devuelven...? creía que el oro podría servirme para... no, no, me he engañado miserablemente; yo veo en todo lo que acontece, una mano oculta, esa sombra que me persigue de continuo, que me hiere y busca mi corazón para lacerarle... la memoria impía de la gitana no se aparta de mi cerebro; esa mujer ha jurado vengarse de mi abandono... cumplirá su palabra... Dios mío...! yo no, no quiero que cebe su furor en mi hija... esto sería horroroso!...

Treviño golpeaba su frente sobre las tablas de la mesa como un desesperado.

—Sería capaz de llamar en mi auxilio al mismo lucífer.

Al pronunciar esta palabras, sintió que una mano le daba tres golpes en el hombro.

—¿Qué queréis en mi casa? preguntó asustado.

—Decis, señor de Treviño, dijo la madre Paulina, que serías capaz de llamar en vuestro auxilio al mismo infierno.

—¿Y qué tenéis que ver con lo que yo piense?

—Nada y mucho.

—Explicaos.

—Qué os pareciera, señor de Treviño, que tomando nota de vuestras palabras las trasmitiera al Santo Oficio.

—¡Idos de aquí, bruja infernal! gritó el portugués.

—No, no puedo irme, tenemos que hablar.

—Os arrojaré de mi casa como á una sabandija.

—Probadlo.

—Levantóse airado Treviño y tomó una de sus pistolas que tenía en el cajón de su escritorio; la preparó, y dirigiendo la puntería á la frente de la bruja, le dijo:

—¡O salís de aqui, ú os levanto la tapa de los sesos!

—¿Y quién os diría algo de vuestra hija? preguntó con calma la vieja.

Treviño arrojó el arma y tomó la trémula mano de la madre Paulina.

—¡Soltadme! gritó la vieja como si le hubiese tocado una vibora.

—Tened compasión de mí, clamaba lleno de emoción el portugués; si sabéis algo de Rosalía, no me lo calléis, por Dios, disponed de mi hacienda, pero qué digo, de mi alma, de todo mi corazón!

—Vuestra alma tiene dueño, y vuestro dinero será pronto confiscado.

—¿Qué mi alma tiene dueño?

—Sí, Satanás, dijo sombríamente la bruja.

El portugués se estremeció, comenzaba á influenciarle la presencia de aquella mujer.

—Pero hablemos claro, vuestra conversación es extraña, nada me decís, y sin embargo, por algo habéis venido.

—Efectivamente vengo á hablaros de Rosalía.

—¿Os burláis de la desgracia de un padre infeliz?

—¿Y vos, señor de Treviño, nunca despreciásteis el dolor de algun padre, de alguna pobre familia?

El portugués inclinó la cabeza.

—¡Pero lo que yo sufro es horroroso!

—Contestad á mi pregunta.

—No lo sé.

—Sois flaco de memoria.

—¿Pero á vos qué os importa?

—Nada, pero el destino tiene sus misterios, y no sería extraño que al raptor de una mujer, mañana le robasen á su hija; porque en el mundo con la vara que mides serás medido.

—Sentencia horrible!

La bruja volvió á su vez la cabeza y pareció sumida en el mar lejano de sus recuerdos.

—Yo necesito saber la verdad.

—Pues bien, dijo la bruja, vuestra hija está en poder de su amante.

—¡Ira de Dios! gritó Treviño, dando un golpe terrible sobre la mesa.

—Sì, vuestra hija, al huir de la catástrofe que os amenazaba, dió con el estudiante.

—¡Robada!... probadme lo que decís; pero al momento, yo necesito saberlo todo.

—¿Queréis más todavía?

—Sí, es preciso arrancar de su poder á mi hija, vengarme de ese miserable, matarle!

—Matarle... matarle... murmuró la vieja.

—Sí, matarle, porque atropellar la honra de una criatura, lanzarla en el mundo del desengaño, perderla, burlar las canas venerables de un padre, es una sentencia; pero una sentencia espantosa.

—Ved lo que decís, señor de Treviño.

—Acabemos de una vez con tanta reticencia, ¿qué os habéis propuesto al penetrar á mi casa y llegar á mi aposento?

—¿No hay nada en vuestra memoria que os traiga el recuerdo de una cita?

—Yo no os comprendo.

—Manuel de Treviño, acordaos que al tocar un buque las costas del Africa y dejar en sus playas á una niña infortunada, ella os gritó desde la arena: ¡le buscaré al través del mundo!

—Sì, sì; pero vos qué tenéis que ver con esa mujer que hace diez y seis años se ha hundido para siempre en la tumba de una juventud desastrada y perdida?

—Al atravesar el « Estrecho, » íbas sobre la cubierta viendo perderse en la bruma las playas y os alejábais satisfecho á las regiones del Nuevo Mundo!

Treviño se dejó caer en el sillón, mientras que la bruja se le acercaba dominándole con sus miradas de fuego.

—Recordad que una turba de gitanos atravesaba por Gibraltar, desheredados, miserables, hambrientos; que aquel grupo de infelices llegó a las puertas de un poderoso á pedir una limosna á cambio de unas tristes canciones, cantadas delante de su palacio.

—Callad... callad...

—Que el magnate vió á una niña que servía de amparo á un anciano ciego y sin refugio, y que ese miserable sintió amor por la criatura, y arracándola por violencia de su tribu, la llevó consigo, sin escuchar las amargas quejas del ciego, y despreciando las lágrimas de la inocencia!

—¡El cielo se conjura contra mi!

—Cuando aquella mujer se sintió amada, amó también con locura, con frenesí, con desinterés; porque ella, pobre gitana, no podía aspirar á la mano del poderoso. El mundo vedaba aquella unión; pero la joven creía que Dios la santificaba, y entregó con toda la pureza de su alma su existencia entera á ese cariño.

—¡Es verdad... es verdad!

—Aquel hombre, presa de un amor inmenso, llegó á creer en un «maleficio,» llegó á creer que estaba «hechizado.»

—¡La conciencia...! ¡el remordimiento...!

—Entonces, huyendo de la persecución que ya se desataba en su contra, quiso deshacerse de la gitana, sacrificarla, asesinarla sin piedad, y fingiendo un viaje, tocó las playas del Africa, y aprovechándose de un narcótico, dejó a la pobre niña en suelo extraño...

—¡Horror!... horror!...

—Levantóse la gitana entre el vapor del vértigo, y vió alejarse á su amante, cuya figura se destacaba sobre la cubierta del buque.

Entonces le aplazó para cuando el destino la arrojase en la misma senda, esa senda que ella ha buscado con avidez hasta encontrar vuestras huellas.

—¡Yo siento la muerte!

—La joven ha tenido que sacrificarse durante dos años mortales, viviendo bajo la tienda hospitalaria de un africano y en aquel clima abrasador.

Un día, día terrible... inolvidable, llegó una turba de españoles negreros y se arrojó sobre la tienda, y robándose al padre y á los hijos, los encadenó, y bajándolos á la bodega de un buque los trasportó á la América donde fueron vendidos en el mercado...

El portugués estaba pálido como la muerte.

—La gitana había seguido á la familia protectora, y se encontró en estas regiones sin amparo, sin una mano compasiva que enjugase lágrimas tan amargas.

El acento de la vieja pareció conmovido; pero tomando después su entonación violenta y sonora continuó:

—Un día en que la joven vagaba á merced de su destino, se encontró con su antiguo amante, acechó el lugar de su habitación y halló que se había casado... ¡miserable...! Una niña de cinco años estaba sentada en sus rodillas, la acariciaba, ensortijaba sus cabellos y parecía recrear su espíritu en aquel serafín.

La gitana intentó robarla, pero sorprendida y encarcelada, pasó cinco años en reclusión, allí aprendió á hacer brevajes para los que sufrían mal de amores, la instruyeron en la brujería, ella recordó cuanto había oído á los de su tribu en materia de quiromancia, y acabó por hacerse hechicera! Sí, enmedio de su desesperación, evocó al espíritu rebelde, y el espíritu tendió sus alas sobre aquella existencia en la calcinación de la rábia y del extravío.

—¡Pero había perdido el juicio esa mujer!

—Tal vez; pero se ha creído inspirada por Satanás.

—¡Dios mío! loca loca, como yo en los dias aciagos de nuestros amores!

—Comenzó por darle un bebedizo al alcaide de la prisión, á contarle leyendas, á entonarle cantares gitanos... á inficionarle hasta arrancarle las llaves de la prisión... entonces dejó aquella mazmorra y huyó dejando loco al alcaide y la memoria de sus brujerías como tradición en la carcel.

—Ese era su destino, murmuró el portugués.

—Sí, pero su destino no estaba eslabonado al vuestro para perderla.

—Es cierto... la predestinación.

—No llaméis en vuestro auxilio esas palabras para exculparos.

—Pero, en fin, gritó Treviño en un arranque de furor, ¿qué queréis de mí?

—En nombre de una mujer engañada, de un corazón lacerado por vuestras ingratitudes, vengo á gozarme en los tormentos que os despedazan como las furias del remordimiento!

—La maldición de esa mujer me alcanza, Dios poderoso!

—Y su venganza no está aún satisfecha: la gitana encontrará á vuestra hija, porque sabe el rumbo por donde marcha, tiene oro, mucho oro para arrebatarla de este suelo y llevarla á Europa. Cuando esto haya acontecido, entonces os entregará á la Inquisición, apelará la calumnia, como vos apelásteis al engaño; porque hay odios que sólo se extinguen en la tumba!

—¡Miserable! gritó Treviño, y fuera de si quiso arrojarse sobre la bruja.

—¡Atrás! gritó la veja dispojandose de la toca y echándose atrás el manto.

—¡Jesucristo! exclamó el portugués y cayó arrodillado á los pies de la madre Paulina.

Apagose de súbito la luz y todo quedó en tinieblas.

—Zaida, Zaida, exclamaba Treviño; perdóname..... perdóname.... vuélveme á mi hija... ten compasión de mí.

Arrojóse después sobre la puerta, la abrió con violencia y se encontró con el enviado del Santo Oficio.

II.

—¿Qué queréis aquí, fray Angel?

—Vengo a deciros que mañana salgo con los presos para México.

—No la habéis visto?

—¿A quién?

—No, nadie, nadie... parece increible.

—Serenaos.

—Mi cerebro ha sido presa de una fascinación espantosa... es decir, he creído ver la imagen de una mujer á quien creía muerta.

—¡Dios mío! exclamó el fraile, el «malo» anda entre nosotros, yo estoy trastornado, estoy seguro que en el catalán, precisamente en el catalán, yo no bebo otra cosa, es donde me han dado el «hechizo.» ¿Y á vos?

—Yo acabo de hablar con una aparición.

—«¡Sanctus fortis!»

—No, no he soñado, es ella, la misma, sus ojos, su voz, su semblante marchito por los sufrimientos.

—¿De quién habláis?

—Perdonadme, estoy malo con esta pesadumbre... necesito tranquilizarme.

—Es verdad.

—¿Me traéis alguna noticia?

—No, nada he podido averiguar.

—¡Fray Angel, la desgracia comienza á perseguirme... tengo miedo!

—Oídme, el lugar más á propósito para ocultarse decidídamente es la capital del reino.

—¿Y bien?

—No será extraño que vuestra hija haya tomado ese rumbo.

—Tenéis alguna probabilidad de...

—No, la sola presunción; pero en eso nada se pierde.

—Tenéis razón, buscaré hasta encontrarla.

—Pues marchemos.

—Oídme, aquí en este rincón del mundo estoy al abrigo de las persecuciones, al verme en la capital, se comienza á indagar el objeto de mi viaje, ya sabéis lo aborrecidos que estamos los portugueses, se me declara sospechoso y...

—No temais, yo os presentaré al inquisidor Don Pedro Núñez de Clavijero, le contaré vuestras desgracias y contaréis con su protección y amparo.

—¿Quién es ese inquisidor?

—Precísamente es un paisano vuestro, un portugués.

—Ese nombre, ¡Dios mío!

—¿Qué, lo conocéis?

—Sí, lo he oído alguna vez en mi país.

—Mayor razón para estar tranquilo.

El portugués se quedó un momento en la abstracción de sus recuerdos.

—Mañana, continuó el fraile sin curarse de que no lo escuchase Treviño, saldré con gran pompa de la ciudad, llevando conmigo á los presos. No será mala la figura que haga el clérigo Pontolongón en la mula aparejada... ¡Pobre maestro de aposentos! no le he permitido hablar ni una sola palabra, porque si se deja oír, de seguro se me escapa. En cuanto á Lino el Mulato, ya me pagará aquello del «catalán,» veremos si á las tres vueltas no despepita todo lo que sabe y no sabe. El barbero

está en « babia, » la paliza lo tiene descoyuntado, molido, y amén de sus dolencias le espera una « prueba, » que no ha de ser de lo más agradable. Ya saldrá lo de las brujerías. ¿Conque el señor de Ramos busca hechiceras para que le entreguen á las rapazuelas?.... ya.... ya. Mi entrada á México será solemne, rara, majestuosa como la de los virreyes; toda la capital de este reino sabrá que fray Angel de la Divina Infantita le ha prestado un gran servicio á la fe..... y después habrá auto; yo me conformo conque el padre Pontolongón salga con « vela verde » y « sambenito » y que chamusquen al mulato; en eso no transijo, yo afirmaré lo del « catalán »... ¡Demonio! desde entonces, cada vaso que me bebo lo bendigo lo menos por tres veces; de esta manera no surtirán su efecto los hechizos... ya estoy escarmentado:... me haré conjurar por los inquisidores, dispondré una ceremonia magnífica, yo espero que el diablo, correspondiendo á la magnitud del acto, truene como una bomba al abandonar mi cuerpo, haciendo visible su desaparición... Ya veréis señor de Treviño, que mi viaje á México es de suma importancia; hacía tiempo que no se daba un espectáculo tan sorprendente, ¿lo oís?

—¿Me hablais, reverendo padre?

—¿Cómo? si hace una hora larga que me la llevo de conversar.

—No había oído.

—Pues no hablo tan bajo que digamos. Pues decía que si os resolveis á marchar, sea esta misma noche; porque yo tengo dispuesto todo para la madrugada.

—Iré solo por mi camino.

—Bien, así no infundiremos sospechas de connivencia

—Saldré esta noche misma.

—Me aguardaréis en Toluca, voy á jornadas dobles, andaré ocho leguas por día, ya sabéis que estos coches son pesados; además, el cuidado de los reos, las actas que tienen que levantarse en cada pueblo, los obsequios... en fin no pasarán muchos días sin que llegue á ese punto; cuidaos del frío, es inmenso, capaz de enfriar á un cadáver que no tiene mucho calor que digamos.

—Bien, ¿sé os ofrece algo?

—No, nada, que me hagáis un préstamo; pero lo que se entiende un préstamo.

—Comprendo, dijo Treviño, y sacó dinero de un cajón del escritorio.

—Tomad.

—¿Ya lo contásteis?

—Eso no inporta, vos lo contaréis

—Gracias por la confianza.

—Voy á disponer mi marcha.

—Os dejo en libertad, no quiero ni por un momento ser importuno, quedad con Dios.

—El os guíe, reverendo padre.

El fraile salió haciendo mil genuflexiones y reverencias.

Treviño se alistó prontamente, y á las dos horas se encontraba en camino para la capital.

III.

Ya hemos visto á fray Angel y su comitiva emprender la peregrinación, llevando el escándalo en todos los pueblos y ciudades del tránsito.

A los diez dias de incesante camino, fray Angel había andado « cincuenta » leguas y hacía su entrada en Toluca.

Las autoridades salieron á recibir el convoy de reos.

Los católicos vecinos se regocijaban de una tan buena presa y el fraile era objeto de las alabanzas y de los obsequios .

La comitiva llegó ya muy entrada la noche y el viento delgado que soplaba por el rumbo del volcán, les helaba los huesos á los soldados, á los presos y al reverendo padre.

El fraile se escurrió en su alojamiento, parapetándose con las mantas que encontró á su paso, y después de una cena bien sazonada y suculenta, se entregó al sueño.

El padre Pontolongón se soplaba en la cárcel los dedos de frío, aunque su sangre arrojaba llamas de furor.

—No me ha dejado hablar este mentecato de fray Angel, yo le hubiera enseñado mis credenciales del Santo Oficio, y me trae como á un reo de herejía; me las ha de pagar todas juntas, yo declararé que se ha vendido al portugués, que es un hereje de cuenta... gócese en buena hora con mis sufrimientos, ya estos grillos me rompen los pies... no importa, he de tomar una revancha, que no quisiera haber nacido ese miserable.

—De gana os quejás, padre Pontolongón, dijo el mulato, vos estáis libre solo con llegar á México, nosotros...

—Sí, interrumpió el barbero, nosotros comenzamos entonces á saber lo que es amar á Dios en tierra ajena.

—Como que no os librará del tormento ni San Judas Tadeo.

—¡ Dios mío! exclamó el señor de Ramos, pero si yo nada niego, ni confieso nada.

—Para eso sirve precisamente el tormento para evitarse de dudas y contradicciones, además, que vos me asegurásteis haber comisionado á la madre Paulina para que...

—Para convencer á Rosalía de mi amor, lo cual nada tiene de particular.

—Sí que tiene, esa mujer es bruja.

—Es que vos conserváis amistades con ella.

—Callad, me estáis comprometiendo, yo sólo le he comprado algunas medicinas, ya sabeis que más sabe el diablo por viejo que por diablo.

—Es que la bruja vendía ungüentos para mal de amores.

—Yo lo ignoro.

—Señor jefe de la hermandad, dijo el padre Pontolongón, tenéis la bondad de que se nos dé un poco de catalán, para entrar en calor.

—Aquí no hay más que agua, y eso el rio está más seco que vuestros labios.

—Se pagará por su justo precio, dijo el mulato.

—Siendo así, no hay inconveniente.

Lino sacó un par de pesos que dió al alguacil, este salió y dijo á uno de sus soldados:

—Vete en busca de dos reales de aguardiente, para dar una frieg a al padre Pontolongón que se ha enfermado de reumas en el estómago.

El soldado fué á la próxima tienda, compró un real de aguardiente, lo completó con agua y lo llevó á la prisión.

—Vamos, aquí tenéis.

—Caro anda el licor por estos barrios.

—Ya lo véis, dijo el alguacil, como que hace tanto frío, y es casi una medicina.

El padre Pontolongón, que era conocedor, dijo en voz baja, « lo acaban de bautizar. »

Lino y el señor de Ramos, consumieron.

El mulato no cesaba de escudriñar las paredes de la prisión, porque la idea de una fuga lo traía preocupado.

El padre Pontolongón se metió en calor, y á los pocos momentos roncaba como un desesperado.

El barbero cedió al peso de la noche y comenzó á hacer duo á su compañero de prisión.

IV.

Reinaba la quietud en el aposento, cuando el centinela dijo al mulato:

—Mañana en el Monte de las Cruces.

—Bien, ya sabes que hay dinero, que fray Angel trae una cantidad inmensa.

—Buena presa.

—Es necesario todas las precauciones, porque la hermandad tiene al diablo en el cuerpo.

—El « Zurdo » es de primera para los « asaltos, » y conoce las entradas del Monte.

—Perfectamente, agarrotamos al fraile, ponemos en libertad á estos desgraciados y nos situamos en la montaña.

—Bien, á las cuatro de la tarde, pasamos por la garganta.

—Ahí está el « Zurdo » y los amigos.

—Silencio, que llega el jefe.

El padre Pontolongón se despertó al comenzar la conversación del centinela y el mulato, estúvose atento, comprendió lo peligroso de una aventura semejante, y se decidió denunciar la conspiración.

—Señor jefe, dijo al oído del alguacil, decidle á fray Angel que tengo un negocio de urgencia que comunicarle, que en ello le va la existencia; id, id, despertadle y rogad si es preciso; porque... porque... en fin, no perdamos tiempo.

El alguacil salió á escape y tocó á la puerta del aposento donde dormía fray Angel como un patriarca.

Después de un cuarto de hora de esta tarea, fray Angel se despertó.

—¿Quién? ¿qué se ofrece?

—Yo, reverendo padre.

—¿Y qué queréis para despertarme así, de una manera tan impertinente?

—Vengo á un asunto de gravedad.

—Pues adentro y cerrad la puerta, que se cuela un aire frío que da grima.

Entróse el alguacil y tomó asiento junto al lecho del fraile.

—¿Decíais que venían á felicitarme algunas comunidades?

—No es eso, reverendo padre.

—¡Ah! ya comprendo, será el jefe que vendrá por órdenes.

—Que no es eso, reverendo padre.

—Bien, bien, queréis que os comunique mis instrucciones reservadas para el viaje.

El alguacíl movía la cabeza con impaciencia.

—Eso no es raro, todo viene bajo mi responsabilidad y hacéis bien en consultarme.

—Dejadme hablar, reverendo padre.

—Estoy, estoy.

—No está su reverencia; porque no puede adivinar el negocio que me obliga á despertar á vuestra reverencia.

—Pues hablad, con mil santos.

—Os venía a decir, que el padre Pontolongón me envía, para que le concedáis comunicaros un secreto importantísimo.

—¡Como es eso! he proibido que pronuncie una palabra, ¿y me traes recados de su parte?

—Es que me lo da dicho por señas.

—Eso es otra cosa.

—¿Y que pretende?

—Que vuestra vida se halla en peligro si no lo escucháis.

—Decidle de mi parte, que no me diga nada.

—Me ha encargado que os suplique, que os ruegue, si es preciso, porque la vida de todos está en un peligro inminentísimo.

—Pues me felicito amigo mío, lo que tenga que decirme el padre Pontolongón, me tiene sin cuidado.

—Reflexionad, reverendo padre que...

—Buenas noches, y os prevengo que si ese semi-clérigo vuelve á hablar aunque sea por medio de señas, os destituyo y os aprehendo como contraventor á las órdenes del Tribunal de la Fe.

—Punto en boca, reverendo padre.

Salió el alguacil y regresó á toda prisa á la prisión.

—¿Me concede la audiencia?

El alguacil hizo un gesto.

—¿Qué significa eso?

El alguacil llevó la mano á la boca.

—Hablad, maese Torcuato.

El alguacil dió la vuelta haciendo muecas.

—Pues que se fastidien, murmuró Pontolongón, mañana á las cuatro nos asaltan; ya veremos la arrogancia de ese fraile... ojalá que lo despanzurren... ojalá que lo desuellen vivo... ese «zurdo,» lo va á agarrotar... le ha caído la lotería... ya veremos... voy á rezar tres credos al Buen Ladrón San Dimas para que favorezca á esos bandoleros.

El « zurdo » y su gente se lanzaron de improviso sobre la Hermandad; rodearon al coche y á los presos....

(Pág. 73).

V.

Al amanecer del siguiente día entraban en el cañón de Lerma los presos y custodios de la Hermandad.

El «zurdo,» que era un ladrón famoso que hacía sus viajes á Valladolid, trabó amistad con Lino el Mulato, que era un pícaro de cuenta.

El bandolero estaba en la taberna la noche de las puñaladas y prisión de Lino.

Como amigo íntimo, se propuso salvarlo y regresó al Monte de las Cruces, donde tenía una numerosa cuadrilla de malhechores.

Sucede regularmente que los ladrones tienen buenos amigos entre los que se dedican á la persecución de bandidos, y el « zurdo » tenía un compadre entre los soldados de la Hermandad, conducto de comunicación con Lino el Mulato.

Por el soldado supieron los bandidos que fray Angel llevaba una gran cantidad de dinero y multitud de obsequios recogidos en las poblaciones.

El valor de salvar á un amigo, unido con una buena presa, eran dos alicientes que el «zurdo» no echó en saco roto, así es que se situó con los suyos en una de las principales crestas de la montaña y esperó que apareciese la comitiva.

El Mulato Lino había calculado perfectamente; serían como las cuatro de la tarde cuando la cabalgada ascendió á la parte más elevada de la montaña, ese mirador gigante desde donde se descubren los valles hermosísimos de México y Toluca.

Aquella parte de la montaña es la más á propósito para cuidar el camino; porque un pasajero se percibiría a larga distancia.

La descubierta de aquella tropa iba en completo descuido, porque no podía imaginarse ni remotamente un asalto.

El fraile venía dormitando y los presos tiritando de frío; porque el aire es sumamente delgado en aquellas alturas.

El padre Pontolongón inspeccionaba con sus miradas recelosas los bosques de pinos que desprendían un continuo rumor azotados por el viento.

El «zurdo» y su gente se lanzaron de improviso sobre la Hermandad; rodearon al coche y á los presos, haciéndose con este golpe de mano dueños absolutos de la situación.

Fray Angel se quedó petrificado marcándose en su semblante las señales del pánico.

El padre Pontolongón cruzó los brazos humildemente, el barbero se fingió más enfermo de lo que realmente estaba, y Lino el Mulato se desprendió de los grillos con una habilidad sorprendente y saltó sobre un caballo que le presentó el «zurdo.»

Mientras los bandidos ataban á un árbol á fray Angel, el «zurdo» se hacía dueño del dinero, registrando los secretos del coche, de los cuales estaba informado con anticipación.

Ocupábase la cuadrilla en esta faena, cuando apareció en el camino una tropa que accidentalmente iba á Toluca por el dinero de los comerciantes.

El jefe de la escolta comprendió desde luego que se trataba de un asalto en cuadrilla y se puso en trén para atacar á los bandoleros.

El «zurdo» y el «mulato» organizaron su gente, poniendo sobre sus caballos las armas recojidas á la «Hermandad.»

El tiroteo comenzó á los pocos momentos.

Fray Angel y el padre Pontolongón estaban asustadísimos, temiendo que en la refriega los atravesaran de un balazo.

Soldados y bandidos se encarnizaron horrorosamente hasta batirse á pistoletazos.

De repente se oyó un grito espantoso.

Fray Angel, bañado en sangre y con una herida en el pecho, pedía misericordia.

Entre el polvo de la pelea atravesó una vieja á todo escape en un caballo magnífico; detúvose un instante y dijo al Mulato en un idioma desconocido:

—Huye pronto, que se acerca fuerza armada por el lado de Lerma.

La bruja siguió á todo escape el sendero hasta perderse en el recodo de la montaña.

—Vámonos, ya es hora, gritó el mulato.

Entonces el «zurdo» comenzó á hacer una retirada como un general, hasta internarse en las arboledas donde ya fué imposible seguirle la pista.

Diez soldados de la escolta estaban tendidos y agonizantes.

Ocho bandoleros habían muerto á manos de la tropa.

Fray Angel estaba desmayado á causa de la sangre que había perdido.

El barbero saltó de la camilla, le extrajo por casualidad la bala y le vendó. Pusiéronle en el coche con el mayor cuidado, y sin prestar atención á los argumentos que en latín y en castellano vomitaba el padre Pontolongón, siguieron paso adelante hasta llegar á Cuajimalpa.

VI.

Ya iba llegando la noche, cuando atravesaba por el mismo campo del asalto un jinete á todo correr.

El aire le arrebató el sombrero, entonces se detuvo para recojerle, volvió la vista hacia los árboles y contempló con horror los cadáveres de los bandidos meciéndose á los golpes del viento.

Al peso de uno de estos cuerpos horriblemente mutilados, la rama se había roto y el cadáver caído sobre las rocas.

El ginete no había reparado en ese espectáculo repugnante; pero tenía de precisión que pasar junto á él en su travesía.

Recogió el sombrero, saltó con agilidad sobre el caballo y emprendió su camino.

A poco andar se oyó un grito terrible de sorpresa.

El jinete contemplaba á la bruja que se ocupaba en empapar algodones en el corazón del bandido, abierto por una estocada.

La vieja alzó la cara y se halló frente á frente del portugués.

—Huye! huye de aquí, Manuel Treviño, este sitio es funesto para tí!

El portugués no acertaba á moverse; pálido, trémulo, no cesaba de ver á la vieja, recordando su aparición.

—¡Eres tú! prorrumpió al fin, tú cuya influencia me trae desesperado, loco, calenturiento!

—¡Huye! dentro de algunos momentos será tarde.

—¡La muerte! pero sácame de esta incertidumbre horrible, duélete de mi desgracia!

—Yo no quiero conocerte, estoy en el camino de la fatalidad y de la expiación... no me has querido escuchar, adiós!

—¡Bruja infernal! gritaba Treviño, detente, yo te conjuro en nombre de nuestros recuerdos á que rompas el velo misterioso que has tendido ante mi vista... detente... detente...!

Treviño no había notado que unos jinetes lo rodeaban.

—¿Conque hablábais con las brujas, señor mío? dijo un alguacil de la Inquisición enviado á dar fe de lo acontecido.

—¿Yo? dijo asustado el portugués.

—Todos estos señores son testigos.

—Os habrá parecido.

—No señor, que bien lo hemos escuchado.

—Os digo que no es cierto.

—Os aprehendo en nombre del Santo Oficio.

—Os juro por mi vida que todo es un delirio.

—Eso lo verá el señor inquisidor.

—Pero esa calumnia va á traer sobre mí una desgracia, os habéis fascinado, dejadme, dejadme! yo os lo suplico.

En aquel momento se vió por las rocas de la montaña, atravesar á la bruja con una tea encendida que el aire deshacía en llamaradas y nubes de humo.

Santiguáronse los alguaciles y miraron con horror al portugués.

—Salgamos de este sitio, salgamos, dijo el jefe de la ronda, y asegurad á ese hombre que tiene «pacto con el diablo.»

CAPITULO VIII.

La choza de los libertos.

I.

En uno de los barrios más apartados de la ciudad de México, que allá por los años en que comienza nuestra historia, eran el asilo de la gente perdida y de los ladrones famosos, antros verdaderos del crimen, donde la policía rara vez se presentaba y si lo hacía era para salir á pedradas y en fuga, porque el hormiguero de bribones era capaz de devorar, como Saturno á sus mismos hijos.

Los desertores, los prófugos de presidio, todos los que no podían

aparecer á la luz del sol en las plazas del centro, tenían en los barrios su guarida, allí estaban seguros de toda persecución.

En aquella especie de sociedad constituida en plena barbarie, la fuerza y el puñal dirimían todas las cuestiones, y, sin embargo, aquella gente toda era artesana, de allí salían los «zapatones,» los juguetes de vidrio, los «muñecos» para los niños, los «rebozos» y otra multitud de obras de arte que se vendían á precios sumamente baratos.

Decíamos que en uno delos barrios, que era nada menos que el de la Palma, y en una casuca de «adobe,» cercada de zanjas pobladas de « cañaverales, » vivía un negro ya muy anciano con una hija y dos nietos mulatos.

El infeliz abuelo estaba ciego.

Su crespa cabellera había emblanquecido, formando un contraste singular con su tez de ébano.

El negro estaba encorvado por los años, y sus ojos se habían cerrado para siempre.

La hija era una mulata hermosa en su género; inteligente y de un corazón generoso.

De los chicos, uno tenía diez años, maligno, mal intencionado y de perversas inclinaciones; esto agregado á su color, lo hacía un ser deforme.

El otro raquítico, enfermizo y de una índole suave.

Aquella pobre familia se mantenía de coser ropa para el ejército.

Camila velaba las noches enteras para sostener á su anciano padre y á sus dos hijos.

Pedro era, como hemos dicho, el zángano más terrible, ladrón ratero que salía por la mañana y poniéndose á la puerta de una tienda, robaba á los compradores cuanto podía, y al tendero si se descuidaba.

Pedro entraba en las iglesias para pillar pañuelos á las señoras y á los devotos; á veces le costaba este oficio una zurra de bastonazos ó una zurribamba de patadas; peró esto era nada, el muchacho acababa por inspirar compasión á los mismos robados, y así pasaba los días en la holgazanería, en el aprendizaje del crimen.

Camila reñía al pilluello; pero sin medios de contenerle ,acabó por dejarlo que hiciera lo que le diera la gana.

A ese rapaz le llamaban en el barrio «Pedro el Negro,» cuyo nombre y apodo encontraremos más tarde en nuestra historia.

La tarde en que llevamos á nuestros lectores á hacer conocimiento con estos personajes, estaba el infeliz ciego devanando una madeja de hilo, mientras el nietecillo llamado Gaspar pegaba los botones á un pantalón.

Camila cosía sin cesar, porque al contratista de la «munición» le urgía.

—Ya falta muy poco, padre mío, dentro de dos horas habremos concluido.

—Ya has trabajado mucho, Camila; mira que vas á caer en cama y entonces...

—Entonces, dijo Gaspar, yo seguiré en el trabajo, porque conozco bien esto de la «munición.»

El negro movió la cabzea y dijo después suspirando:

—¡A qué trance he llegado!... hace algunos años veía, sí; esta cortina oscura que se extiende delante de mí, aun no existía, y yo era fuerte, trabajaba para mis amos y para mis hijos!

—Dios os ha quitado la vista, acaso para devolveros la libertad.

—Triste dón, exclamó el negro, que no me es dado gozar.

—Al menos, dijo Camila, es un consuelo saber que no teneis dueño, que sois libre enteramente.

—Esos hombres despiadados que me robaron de las costas de Africa para hacerme esclavo, cuando me han visto viejo, inútil y miserable, me han abandonado... ya no les servía... tienen razón... dices bien, Dios me ha dado la libertad.

—Desechad esos pensamientos que os ponen tan triste, padre mío.

—¡Esto es horrible! exclamó el viejo, cuantos ahorros había hecho durante mi esclavitud, todo ha quedado en poder de mis amos.

—¿Lo sentís, padre? preguntó Camila llorando.

—No, no lo siento, hija mía; ese dinero fué dado por tu rescate, y tu libertad no tiene precio; hablaba de lo impío de esa acción... dejarnos en la miseria.

—Mientras tenga aliento no os faltará un pedazo de pan.

—Ya lo creo, dijo Gaspar, como que cuando hay trabajo, me parece que el sueño se me ha ido de los ojos, y tengo más ánimo... y el gusto que me da traer el dinero á casa... No había querido decir una palabra, pero tengo mis ahorros... estoy rico.

—¡Pobre niño! murmuró el anciano.

—Sí, rico, riquísimo, tengo veinte reales enterrados en el colchón.

—Bien, bien, dijo el negro, te comprarás algo para los días festivos.

—No, lo que yo deseo es regalaros... lástima que no podáis ver; pero os aseguro, abuelito, que mi regalo no lo desdeñaría ni el virrey.

—¡Pobre Gaspar! ¡pobre hijo mío! dijo Camila, dando un beso al mulatillo.

II.

Pedro iba á entrar en el aposento de su familia cuando escuchó á su hermano hablar sobre la riqueza y se detuvo para enterarse bien del negocio; después se adelantó, fingiendo que llegaba violentamente y dijo á Camila:

—Madre, ahí están dos forasteros que desean hablar con el abuelo.

—¿Conmigo? preguntó el ciego.

—Eso dicen.

—Pues que pasen.

Levantóse Camila y abrió la puerta.

Una joven bellísima al brazo de un caballero, y ambos con traje de camino, se presentaron en la habitación humilde de Melchor.

—Buenas tardes, dijo el caballero.

—Pasen adentro, señores, dijo el ciego.

—Esta señorita parece muy cansada, añadió Camila, puede tomar asiento en este banquillo.

—Gracias, repuso la joven, y se dejó caer en el asiento, agobiada por el cansancio.

—¿Podré saber en qué puedo servir á...

—Sí, dijo el caballero, adelantándose al negro, yo estoy perseguido y la joven acaba de sufrir un desprecio horrible de su familia; venimos de Valladolid á refugiarnos á la capital; sabedlo de una vez, la Inquisición nos persigue.

—¡Ave María! dijo Camila.

El negro movió con impaciencia la cabeza.

—Sin tener un amparo, sin un amigo á quien ocurrir, temiendo ser denunciados por cualquiera, porque estamos al arbitrio de todo el mundo, llamo á vuestra puertra, acaso vos que sois desgraciado comprenderéis lo horrible de esta situación, y no nos rehusaréis un abrigo por algunos días; tenemos dinero y...

—Guardad vuestro oro, no lo necesito; y en cuanto á vosotros, esta humilde casa es vuestra, mi obscuridad y mi pobreza podrán serviros de escudo; ¿no es verdad, hija mía?

—Con todo mi corazón, respondió Camila, acercándose á la joven.

—Gracias, dijo Antonio, á quien sin duda habrán reconocido nuestros lectores.

—¿Nadie os ha visto entrar?

—Nadie, contestó el estudiante; he procurado guardar las mayores precauciones.

—Habéis hecho bien; nada temo por mí, ciego, anciano y despreciado por mi color... pero vosotros seríais el blanco de esos malvados.

Rosalía se estremeció.

—Esta joven,continuó el estudiante, queda bajo vuestra protección, no es mi esposa aún... espero que bien pronto podré darle ese nombre, entretanto, hay un muro entre los dos, que no saltaré jamás.

Rosalía tendió la mano al familiar, y éste la besó con ternura y respeto.

—Caballero, dijo el negro, sois un hombre honrado, lo que acabáis de decir os abre las puertas de mi corazón.

Pedraja se acercó al ciego y estrechó con emoción su mano, diciendo:

—Aun hay almas buenas en el mundo; aún hay corazones que palpitan al amparo de la virtud!

—Quizá, dijo el ciego, porque he sido tan desgraciado compadezco el sufrimiento de las criaturas. Figuráos caballero, que yo vivía feliz en el suelo natal, allá en las arenas abrasadas del Africa; bajo mi tienda encontraban asilo los peregrinos, y no hubo uno solo que saliese desconsolado de la casa de Muley. Era joven y con mis armas defendí siempre del extranjero á mi país; cansado de la guerra tomé por esposa á una joven llena de virtud y de pureza, ella fué la madre de mi hija, de esa criatura desgraciada cuyo rostro ya debe estar surcado por las hondas huellas del sufriemiento; porque ella, como yo, también ha sido muy desgraciada.

La joven se puso á llorar amargamente.

—Ya llora ¿no es verdad? dijo el negro buscando á su hija enmedio de las tinieblas perpétuas que le rodeaban.

Camila besó aquella mano y la oprimió después á su corazón.

—Un día, caballero, un día aciago llegóse á la puerta de mí tienda

una joven hermosa, la recuerdo perfectamente, y si la viese... no, ya no puedo verla, ¡ciego! ¡ciego...!! Dios mío!

—Calmáos por compasión, dijo el estudiante.

—Decía, caballero, continuó Muley, que aquella joven venía llorosa, con el cabello destrenzado, los vestidos en jirones y la sangre en los labios.

—¿Qué tenéis, infeliz criatura? le pregunté.

—Me han abandonado en vuestras arenas.

—¿Quiénes son? ¿vuestros padres?

—No, un hombre á quien amaba, merced á una bebida narcótica, me ha sacado del buque en que hacía sus correrías en el Estrecho; porque aquel hombre era uno de los piratas más famosos.

—Nada temáis, bajo mi tienda no ha entrado la desgracia todavía.

—Aquella criatura, dijo Camila, me hizo una impresión desagradable; porque era la desgracia que penetraba en nuestro hogar.

—Sí, aquella mujer era una «gitana.»

—¡Una gitana! exlamó Rosalía extremeciéndose.

—Sí, una gitana, dijo el negro; durante la permanencia de esa mujer sucedieron desgracias horribles en mi familia: el marido de mi hija fué muerto á puñaladas en la puerta de mi tienda; dos camellos que poseía desaparecieron, fuimos saqueados por los beduinos, y al cabo de dos años... esto es horrible, caballero... sí, horrible... una turba de negreros españoles nos asaltaron, nos cargaron de cadenas y condujeron á la América, donde fuimos vendidos inhumanamente...

Pedraja sentía un nudo en la garganta y Rosalía estaba profundamente emocionada.

—¡Diez años de esclavitud! exclamó el ciego, diez años de miseria y abyección, acabaron por cegarme, por arrebatarme para siempre del mundo de las ilusiones del porvenir, porque yo había creído poder libertarme á fuerza de oro, es decir, á fuerza de trabajar.

—Cuado ya no pude trabajar... entonces me arrojaron de la finca y me exigieron en cambio de mi hija y mis dos pobres nietos, mi ahorros, esos ahorros arrancados al sudor de mi rostro y á las lágrimas de corazón...! no importa, ya somos libres, mirad, yo devano seda y mi hija cose la ropa de los soldados; así pasamos al menos la existencia enteramente tranquilos.

—Desde hoy, dijo Camila, nos haréis compañia ¿no es verdad?

—Sí, seremos vuestros amigos, contestó Rosalía.

—Dividiremos el pan como acostumbrábamos en Africa; esta hospitalidad es un recuerdo de la patria.

—Aquí no debéis temer, rara vez penetran en este barrio las gentes del Santo Oficio.

—Gracias otra vez, dijo el estudiante. Yo necesito deshacerme de los caballos y ahora mismo voy á venderlos.

—¡Pedro! gritó el abuelo.

—Señor padre, dijo el negrito, que durante la conversación, se había sentado mañosamente en la cama y sacado de dentro el colchón los veinte reales que su hermano guardaba como un tesoro.

—Lleva esos caballos al mesón de Santiago Tlaltelolco, ya te seguirá este caballero.

—Está bien.

—Hay que atravesar toda la ciudad, pero no importa, aquel lugar es el más á propósito para la venta.

—Gracias. Vuelvo al instante, Rosalía. Anda, muchacho, ya te sigo.

El negrito salió al pequeño potrero que mediaba entre la calle y la casa, tomó por las riendas á los caballos y se echó paso adelante seguido del familiar.

III.

«Pedro el negro» se escurrió por los callejones más escuetos y por las plazas más solitarias, hasta llegar á un antiguo mesón que se hallaba á extramuros de la ciudad, donde una turba de gente perdida, verdaderos gitanos, hacían un comercio de bestias robadas á los pasajeros y «haciendas» del «interior.»

Los ladrones del camino real, los truhanes y los rateros concurrían á aquella « lonja » á engañarse, jugando la estafa con una habilidad maravillosa.

Una multitud de caballos con mataduras cubiertas, lacras ocultas y llagas perfectamente barnizadas, mulas y burros en el mismo estado, con las marcas desfiguradas.

Entre aquella turba había quien expendiese armas de munición quitadas á las tropas en los asaltos del camino.

Todo comprador sabía que todos los objetos de aquella plaza eran de mala procedencia, y bajo tal concepto se celebraban los contratos.

En una tienducha de junto al mesón, estaba el tío Pablo «tlacoqui» de profesion, es decir, «receptador» en lengua castellana.

El tío Pablo compraba de «todo;» lo mismo un casacón que un asno, útiles de cocina, zapatos, estribos, tenazas, espejuelos, y cuanto se presentaba á las puertas de su tienda.

Aquel hombre tenía amistades con la gente más perdida, esa escoria de la canalla que no puede atravesar por una calle á la luz, sin ser notada por la justicia y aprehendida por la policía.

Hemos dicho que Pedro el Negro y el familiar se dirigieron á ese mercado; pero el estudiante tuvo temor ser conocido y se quedó en la plazuela después de darle instrucciones á Pedro, que avanzó en las calles hasta pararse frente á la tienda del tío Pablo.

—¡Hola, Pedro! ¡tú por aquí!

—Sí, señor, traigo el encargo de vender estos animales.

A cualquiera le llamaría la atención ver á un muchacho de tan corta edad traficando en aquel sitio pero la gente de esa calaña comprendió que el pilluelo los había robado, desatándolos de alguna ventana ó escapando con ellos cuando el dueño estuviese entretenido en alguna compra en el comercio.

—Yo no quiero animales, dijo el tío Pablo, el diablo que los mantenga.

—Sobran compradores.

—Lárgate con tus esqueletos, que nadie ofrecerá un maravedí por ellos.

—No los apoquéis, tío, que voy á perder la venta.

—¿Y te atreverás á pedir veinte pesos por esas sardinas enjaezadas?

—No, tío Pablo, valen cinquenta, nada menos.

—¿Estás en tu juicio, muchacho?

—Esa es la instrucción que me ha dado el dueño.

— El dueño estará tirándose los pelos.

—Os engañáis, tío, él me ha comisionado.

—Mientes como un aragón.

—En fin, eso no es de vuestra cuenta, dadme los cinquenta pesos y es negocio arreglado.

—Esos caballos no « beben agua. »

—Por todas partes, los podéis pasear frente al virrey.

—Entonces sí que corren peligro, porque ese Branciforte es más ladrón que Gestas.

—Pero no más que vos, tío Pablo.

—Conque te daré los veinte pesos por los dos caballejos así como están, y punto concluido.

—Cinquenta, y nada menos.

En esto se acercó un chalán y dijo al muchacho:

—¿Cuánto « pesan » los animales?

—Sesenta duros; mirad á ese tordillo, le llaman el « venado, » y á este otro el «conejo,» son lijeros como unos diablillos.

El chalán montó en uno de ellos, lo « movió » y encontró uno de esos magníficos caballos del « Interior ».

El tío Pablo notó las cualidades del caballo y se prometió no quedarse sin él.

—Amigo, este rapaz está en tratos conmigo.

—¿Y quién se lo pregunta á su merced?

—Es que ya estamos al ajustarnos.

—Nada importa, puedo hacerle postura.

—Es que yo no me « atravieso » entre dos amigos.

—Eso es otra cosa; pero el tordillo lo compro desde luego.

—Yo lo vendo á quién me dé más, dijo Pedro el Negro.

—Toma los cinquenta pesos y lárgate, dijo el tío Pablo sacando una talega de cáñamo con el dinero.

—Yo doy los sesenta, Pedro.

—Vengan ellos.

Yo doy el mismo precio sin los arreos.

—Me conviene.

—Vea si le tiene cuenta, amigo, hagamos el negocio por los dos.

—Convenido.

El chalán puso la mitad del precio y el tío Pablo su parte.

Pedro recontó el dinero, examinó las monedas, y luego que estuvo satisfecho, se guardó aparte diez pesos y se encaminó en busca del estudiante.

Iba ya entrando en la plazuela en que estaba Pedraja, cuando sintió una mano que le daba unos golpecitos en el hombro.

—¡Hola, muchacho! le dijo una vieja arrebujada casi por completo en su manto.

—¿Qué quiere la buena de la abuelita?

—Nada, soy forastera, mis señores han llegado á México y no los encuentro; dime si acaso has visto á un caballero y á una joven.

Quedóse el muchado reflezionando si serían los huéspedes de su casa.

—¿Qué piensas, muchacho?

—Nada, que mi respuesta vale algo, mi trabajo me cuesta poner cuidado en todo lo que pasa.

—Como que mi bolsa está repleta de mediecillos.

—¿Sí? pues adelante algo, abuela, y digo lo que quiere.

La vieja sacó unas monedas de plata y las entregó al muchacho, que las desapareció bajo sus harapos.

—Ya te escucho, rapaz.

—Pues abuela, he visto á esos señores que decís, pero no me conviene que sepan que ha salido de mis labios una palabra.

—Yo te juro que no revelaré....

—Bien, decidme, ¿se llama la señora, Rosalía?

—Y Antonio, el caballero.

—¡Ellos son! ¡ellos son! exclamó con un goce diabólico la vieja.

El muchacho se quedó mirandola, en espera de que le preguntase el domicilio, pero la abuela tenía más colmillos que un elefante y no le dirigió más la palabra al pilluelo.

—Nos veremos, respondió Pedro, y se detuvo unos minutos hasta ver desaparecer á la vieja.

IV.

Llegó el negrito al sitio donde el estudiante le aguardaba, desesperado de su tardanza.

—¿Has concluido?

—Sí, he vendido los caballos en cinquenta pesos.

—Perfectamente, mañana traéras las armas, me quedo solamente con la espada.

—Esa siempre hace falta.

—Marchemos á la casa, Rosalía estará con cuidado.

El familiar se puso en seguimiento del muchacho hasta llegar al barrio de la Palma.

Entráronse en la casuca, la joven salió con las lágrimas en los ojos al encuentro del estudiante.

—Creía que te pasaba algo, estoy alarmada, temerosa.

—Tranquilízate, vida mía, ya me tienes á tu lado.

—¿Nadie te ha visto?

—Nadie; pero es necesario salir de esta casa, la miseria es un espectáculo que me aterra.

—Es tan buena esta familia que ya sentiría dejarla.

—Sí. tienes razón, pero es preciso, esta noche iré á buscar otro lugar más cómodo y más seguro al mismo tiempo.

—Yo sé que nada tengo que temer á tu lado, que me cuida el angel do nuestros amores, que tu brazo me defiende de la desgracia.

—Sí, Rosalía, yo tengo valor para afrontar esta situación, tú y mi conciencia saben que antes que atentar á tu honor me levantaría la tapa de los sesos.

—Gracias, Antonio, gracias, dijo la joven deshecha en lágrimas; Dios te ha puesto á mi lado como una sombra amiga y protectora, yo te pagaré con este cariño que arde más y más en mi corazón.

El estudiante estrechó contra su pecho á la infeliz criatura.

Mientras los amantes entraban en esa confidencia amorosa, en que se exhala el perfume todo del corazón y del sentimiento, la cara abominable de la vieja se asomó como una aparición del infierno entre los cañaverales que rodeaban la choza de Pedro el Negro.

CAPITULO IX.

En nombre del Santo Oficio.

I.

El doctor D. Pedro Núñez de Clavijero, inquisidor de México, era uno de los personajes más influentes en la corte de su excelencia el virrey Branciforte, y su aristócrata persona rara vez se dejaba ver de los amigos y menos de las personas que tenían negocios con el Tribunal de la Fe.

El doctor Núñez de Clavijero era portugués, y á pesar de la odiosidad de los reyes de España, su majestad Carlos IV le tenía grande estimación por su talento y vastos conocimientos.

Hacía seis meses que la Inquisición de Madrid lo había nombrado Inquisidor de México y acababa de tomar posesión de su alto empleo.

Branciforte lo recibía en su intimidad y apreciaba en mucho sus consejos, que eran sabios y prudentes como de un docto varón y hombre de mundo.

El inquisidor era la persona más escrupolosa en materias de « fe, » acaso por estar tildados los portugueses de herejes.

El inquisidor era inflexible con los acusados de brujas y hechiceras, su corazón no se conmovía á los clamores de los infelices á quienes aplicaban el tormento, y sus sentencias eran terribles é inexorables.

Los acontecimientos de Valladolid habían llamado por entonces la atención pública, por estar relacionados con el asalto de las Cruces y el conato de homicidio perpetrado en la persona de fray Angel de la Divina Infantita.

El inquisidor tenía en sus manos la causa instruida por el delegado del Santo Oficio, en ella constaba el incendio de la choza, la reaparición de la bruja en las montañas del camino y la plática del portugués Treviño con ella.

Constaba, además que la hija del reo había escapado con el fami-

liar del obispo llamado Antonio Pedraja, y aquello de las brujerías del padre Pontolongón y del barbero.

Núñez de Clavijero leyó la lista de los presos, é inmediatamente y por auto en forma, mandó que se buscase á los prófugos suspendiendo el curso del proceso hasta el restablecimiento de fray Angel que se hallaba gravemente enfermo.

El padre Pontolongón pedía hablar; pero el inquisidor inflexible á todos los pedimentos de los reos, contestaba: que ya los haría hablar el tormento más de lo que ellos quisieran.

Agitado se encontraba Núñez de Clavijero con una causa tan ruidosa, y más aún, con la denuncia presentada por fray Angel acerca de ciertos rumores que se dejaban correr sobre el rector del colegio de San Nicolás.

Como las acusaciones hechas á los eclesiásticos eran delicadas, el inquisidor tomó el prudente partido de enviar una comunicación secreta al obispo de Michoacán para que se separase del colegio de Valladolid al rector y lo enviase á un curato.

El obispo nombró cura de almas de la Villa de San Felipe, al presbítero D. Miguel Hidalgo, lo que causó un gran sentimiento en la ciudad.

El inquisidor dió parte al virrey de esta providencia, y su excelencia se enteró de que había un eclesiástico peligroso por sus ideas avanzadas.

Decíamos que el inquisidor revisaba el proceso de los complicados en la acusación de Valladolid, pensando qué se habría hecho la joven á quien le enviaron la bruja para hacerla caer en los amores de Don Joaquín de los Ramos.

—Esa desgraciada, pensaba el inquisidor, será presa de algún maleficio, porque Pedraja está tentado por el demonio; ya aparecerá todo el día de la prueba. Ese portugués que está en los calabozos, debo conocerle, su apellido no me es extraño... tendré que ser severo, muy severo con él; porque según las declaraciones de los testigos hablaba con la bruja, acaso habrá entregado su alma á Satanás... esto sí es muy peligroso... el barbero me parece un desgraciado que apeló á hechizos para satisfacer su hambre de oro ¡miserable!... Ese clérigo Pontolongón... Pontolongón... me parece haber leído ese nombre en alguna parte... sea de ello lo que fuese, pronto veremos claro.

Quedóse el inquisidor pensando sobre los resultados de aquel proceso, cuando un lujoso camarista se presentó en la estancia.

—Perdone su señoría si entro sin ser llamado; pero hay en el zaguán una mujer que dice ser de urgencia hablar con el señor inquisidor.

—Que suba, respondió Núñez de Clavijero.

El camarista corrió á introducir á la mujer.

—¿Qué podrá ofrecerse?... esperemos... hace días y desde que esta causa ha venido á mis manos, recibo continuamente anónimos y amenazas... esto es ordenanza... se me asegura que hay una trama contra mi vida... pongámonos en guardia por lo que pueda acontecer.

El inquisidor abrió un cajón de su bufete, sacó un puñal y se lo guardó bajo los hábitos.

II.

El camarista dejó á la vieja en el aposento de Núñez y se retiró.

La mujer se acercó al inquisidor y le besó la mano que éste le alargó á la mayor distancia.

—Su señoría me perdonará el atrevimiento de presentarme en su casa en gracia de lo que voy á tener el honor de revelarle.

—No es adocenada esta vieja, pensó el inquisidor.

—Tal vez por mi edad se halle más exaltado el sentimiento religioso, no obstante de que siempre he sido fanática por la religión de mis padres.

—Bien, adelante.

—Público y notorio es el hecho escandaloso de la bruja de Valladolid, que apareció después en las Cruces y hablaba con el portugués Treviño, precisamente en los instantes de su aprehensión.

—Seguid.

—Público es también que la hija de Treviño desapareció favorecida por la hechicera, con ese hombre pervertido llamado Pedraja.

—¿Y qué tenéis vos que ver con todo eso?

—Creo que algo, señor inquisidor.

—Pues hablad claro.

—Esa criatura, hija de Treviño es inocente, como vos mismo en el crimen nefando de heregía.

—Se me hacéis sospechosa en alto grado.

—No lo temo, señor Núñez de Clavijero.

—Proseguid.

—Pues vengo á proponeros un convenio.

—¿Os atravéis á...?

—Silencio, caballero, no arméis un escándalo infructuoso, dijo la vieja, y se posesionó de la campanilla, que estaba sobre el bufete.

El inquisidor comenzó á influenciarse con la presencia de aquella mujer.

—Habladme claro, señora, decidme quién sois... porque me creo presa de un hechizo.

—Vos, hombre de talento, grande instrucción y capacidad, ¿creéis acaso en estas sandeces?

El inquisidor se santiguó devotamente.

—Vengo, señor, á proponeros un cange: os doy á Pedraja, á ese asesino de Ramos, por el portugués á condición de que no habéis de juzgarlo y me daréis una orden para verlo todos los días en su calabozo.

—¿Qué me entregaréis al familiar?

—Sí, al momento.

—¿Y qué interés puedo tener en ese convenio?

—Dios no quiera que lo lleguéis á descubrir.

—Explicad ese misterio.

—No, no lo diré jamás.

—¿Y vos para qué queréis á Treviño?

—Quiero verlo encadenado, temblando ante la hoguera á merced de mi voluntad, para satisfacer una venganza.

—¡Me horrorizáis!

—Os hablo la verdad.

—Pero, ¿quién sois?

—No lo sé, pero yo conozco á vos, Núñez de Clavjero.

—Os voy á hacer prender; hasta ahora no crèía en las brujas; pero sé que estoy delante de...

—Delante de una de ellas, ¿no es verdad? dijo la vieja soltando una terrible carcajada.

—¡No, esto no es un sueño!

—Ponedme la orden que solicito y ofrecedme no juzgar á Treviño.

—Sea, dijo el inquisidor; pero decidme dónde se encuentra Pedraja.

—Aquí tenéis en este papel una relación que os llevará hasta encontrarle.

Núñez puso la orden pedida por la vieja, seguro de retirarla inmediatamente, lo que trataba era de librarse de la bruja.

—Cuidado con aprehender á otra persona de esa casa.

—Perded cuidado.

—Ved que os costará mucho si no cumplís vuestra palabra.

—Está bien.

—Adiós.

III.

—Esta es una horrible pesadilla, dijo el inquisidor, los portugueses dan una guerra terrible; lo que acaba de pasarme es horroroso, esa vieja es una hechicera, Dios mío...! á qué fin querrá verse con Treviño?... quiere alejarme de ese hombre... no comprendo su objeto... pero yo no debo cumplir esa palabra, porque mi deber está por cima de todo... recuerdo la amenaza: «rogad á Dios no se descubra este misterio»... me hacen temblar esas frases... vaya, que estos negocios de la Inquisición son capaces de trastornar el juicio al menos nervioso!

Núñez de Clavijero estaba sobresaltado, sabía que un misterio le rodeaba sin comprender cuál fuera, y al mismo tiempo se sintía temeroso de que se descubriese.

A fuerza de reflexionar sobre la aparición de aquella mujer, trajo á su memoria algún recuerdo, le parecía conocer el timbre de aquella voz mal encubierta bajo el acento fingido de la decrepitud.

Desechó aquél pensamiento como inoportuno y tomando otros papeles que estaban sobre el bufete se puso á hojear los expedientes.

Había pasado media hora cuando el timbre de la campanilla anunció la llegada de alguna persona.

—Es don Blasao de Guevara, dijo el inquisidor, y se dispuso á recibir á su visita.

Abrióse la puerta, y un personaje alto, enjuto, pálido, de bigote y piocha blancas, vestido todo de negro, con vuelos blancos en el cuello

y mangas, y con una espada al cinto, se acercó al inquisidor con grandes muestras de consideración.

—Señor de Guevara, venís á tiempo.

—Será la primera vez, porque siempre me creo importuno.

—En eso hacéis ofensa á nuestra buena amistad; tomad asiento que tenemos que hablar.

Sentóse don Blasco y aguardó á que el inquisidor diera principio.

—Siempre he tenido fe en vuestros consejo, y ellos, aquí en México como en España, me han servido de guía en las horas comprometidas de mi existencia.

—Siempre me habéis dispensado grande afecto, á lo que estoy sumamente agradecido.

—Pues bien, me encontráis en un momento de agitación, acabo de hablar con una bruja.

Sonrióse Don Blasco.

—No os burléis, Guevara, que es verdad lo que estoy diciendo.

—Ya os escucho, amigo mío.

—¿Sabéis que en la carcel del Santo Oficio existen los reos de Valladolid y entre ellos un portugués?

—Algo sé de ese escándalo.

—Yo soy encargado de la formación de la causa y tendré que habérmelas con gente brava.

—Ya los conocemos.

—Pues oídme, hace un momento que se me ha presentado una mujer, sí, una mujer que ha ocupado ese sillón en que vos estáis.

—¿Y bien?

—Yo creía que era una de esas viejas miserables que se interesaba por aglún reo ó venía á contarme sus escrúpolos de conciencia; la recibí sin temor alguno, cuando se trasformó repentinamente en un ser vigoroso de fuerte acento y de actitud amenazante.

Don Blasco plegó el ceño.

Me ha arrancado una promesa con respecto al portugues que está en la Inquisición.

—¿Y cuál es?

—La de no juzgarle.

—¿Y cedísteis?

—Sus palabras estaban preñadas de reticencias que me asustaban, además, me ofreció entregarme al familiar del obispo de Valladolid, donde seguramente está la clave de este negocio.

—¿Y lo ha cumplido?

—Mirad, dijo el inquisidor, mostrándolo el papel que la bruja había dejado sobre la mesa.

—¡Demonio, exclamó Don Blasco, esta letra la conozco!

—¿Estáis seguro?

—Sí, muy seguro.

—Ved que podéis engañaros.

—La cotejaré.

—Temo que ya estóis envuelto en el hechizo.

—Seguid.... pero no, no puede ser, esa letra...

—Lo dicho, pensó Núñez de Clavijero, este otro pájaro está en la misma red.

—¿Conque decíais?

—Que me prohibió aprehender á persona alguna de la familia donde se halla Pedraja.

—Esto pica en la historia... ¿nada habéis alcanzado de los propósitos de la vieja?

—Nada, amigo mío.

—Es necesario pasar sobre todo, interrogar al portugués y aprehender á todos los de esa casa; estoy seguro de averiguar cosas de sumo interés.

—¿Y las amenazas?

—No creáis en ellas.

—Ved que las ha hecho en un tono que me aterroriza.

—Veremos cómo se presentan las cosas.

—Don Blasco, no sabemos aún lo que arriesgamos.

—No importa; sabremos conjurar el peligro; extended la orden que necesito para proceder, y mañana nos pondremos al tanto de este negocio.

El inquisidor se llegó al bufete y con mano trémula puso la orden que entregó á don Blasco.

Separáronse aquellos hombres hondamente preocupados con aquella trama que comenzaba á envolverlos en unos hilos de acero.

PARTE SEGUNDA

I.

Nuestros lectores querrán saber cómo la bruja descubrió al estudiante y vamos á satisfacer su justa curiosidad.

La madre Paulina vió desde la montaña la aprehensión de Treviño y siguió sus pasos hasta dejarlo en la puerta de la Inquisición.

—Ya me las pagarás todas juntas, murmuraba la vieja, ahora crujirás en el tormento como yo he crujido de pesar y de rencor con tu abandono, ¡miserable pirata!

La vieja se ocultó en el barrio de la Palma, precisamente en un lugar cercano á la casa del ciego.

A la mañana siguiente de su arribo á la capital, vió á Pedro el Negro con los caballos, que conocía perfectamente en Valladolid.

Púsose en acecho, y vió á Pedraja quedarse oculto en una de las casas de la plazuela.

Acercóse, como hemos visto, al rapaz, después de la venta de los animales, inquirió lo que deseaba, y se puso en seguimiento y á gran distancia del negro y el estudiante, lo vió en su coloquio de amores por entre los cañaverales y en seguida se marchó á hacer la denuncia al inquisidor para presentarse después en uno de sus disfraces, recoger á la desconsolada joven y retenerla como prenda de su venganza no saciada aún, al ver á su antiguo amante en las garras formidables del Tribunal de la Fe.

Luego que la madre Paulina salió de la casa de Núñez Clavijero, se situó en una casita desde donde podía percibirse cuanto pasaba en la casa de los negros.

Efectivamente, serían las seis de la tarde cuando se dejaron ver los alguaciles de la Inquisición por el barrio, precedidos de don Blasco de Guevara, primer empleado y agente del Tribunal.

Pedro el Negro se escurrió entre los cañaverales de la acequia, ocultándose como una culebra.

Ya hemos dicho que el estudiante salió en busca de un sitio más á propósito para ocultarse.

Don Blasco de Guevara se presentó en los umbrales de la casa y dijo:

—En nombre del Santo Oficio abrid la puerta.

Paróse Melchor trémulo y asustado.

—¡La Inquisición! gritó Camila, y el negrito Gaspar de un salto se puso bajo la cama.

—Os requiero en nombre del Santo Oficio á que abrais la puerta; tornó á decir don Blasco.

El ciego se adelantó, pero no pudo atinar con la puerta, entonces Camila, haciendo un supremo esfuerzo, tiró de las hojas.

Rosalía no pudo articular una palabra; fría, aterrada, casi sin sentido, apoyaba su cabeza en la pared y sus párpados estaban cerrados por el pánico.

—¿Quién es esta mujer? preguntó Don Blasco, señalando á Rosalía.

Camila no supo qué contestar.

—¿No oís lo que pregunto?

La joven se incorporó y dijo con acento apagado:

—¡Tened compasión de mí!

—¿Vuestro nombre?

—Rosalía Treviño, murmuró la joven.

—Ella es, murmuró Don Blasco; daos á prisión y vos tambien.

—¿Quién? preguntó el negro.

—Esta mujer.

—¡No, no puede ser, Camila es mi hija, y yo estoy ciego!... ¡tened piedad de unos desgraciados!...

—Sí, exclamó Camila arrojandose á los piés de Don Blasco, compadeceos de nuestra miseria, nada hemos hecho, nada, somos inocentes.

Don Blasco hizo una seña á los soldados, que se apoderaron de la desgraciada hija del ciego.

—Y vos señora, venid conmigo.

—¿Dónde me lleváis?

—Ya lo sabréis.

—¡Pero dónde, dónde está mi hija! gritaba llorando el negro, ¿por qué se la llevan? ¡matadme, matadme por compasión y no me abandonáis!... ella es mi amparo... sus hijos... en nombre de ellos y de su abuelo no consuméis la más grande de las injusticias.

Don Blasco oía con indiferencia las lamentaciones de Melchor, mientras los soldados se llevaron á Camila, que daba unos gritos espantosos.

Rosalía siguió maquinalmente á Don Blasco, dejando solo al infeliz negro presa de una horrible desesperación.

Luego que la patrulla se alejó, llevándose á las dos jóvenes, la madre Paulina se encaminó á la choza creyendo que el familiar Pedraja había caído en poder del Santo Oficio.

—Ya es tiempo de apoderarme de Rosalía, al fin he logrado mi intento y estoy vengada.

Avanzó la bruja al interior de la casuca, y lo primero que se presentó á su vista, fué el negro arrodillado en la mitad del aposento rasgándose el pecho con las uñas y aullando de furor.

—¡Infames! gritaba, ¡me arrebatáis á mi hija! que el cielo os confunda!

Quedóse la madre Paulina contemplando tan terrible espectáculo, fijó su mirada en el rostro descompuesto de Gaspar, y mientras más lo veía, una convulsión interior la agitaba profundamente.

—¡El!.. ¡él!... exclamaba la bruja; ¡Dios poderoso! y lanzó un alarido terrible.

Volvióse el ciego con violencia hacia el lado de donde venía aquel grito del infierno.

—¿Quién? ¿quién está aquí?

—Yo, yo por vuestro mal.

—¡Esa voz... ese acento que no he olvidado un solo instante!

—¡Sí, el mío, el mío! murmuró la bruja.

—¡No, no es ilusión, exclamó el negro; es Zaida... Zaida la gitana!

—¡Sí, Muley, yo soy la gitana!

—¡El infierno te arroja en mi camino!

—¡La fatalidad... siempre la fatalidad!

—¿Qué quieres de mí?... ¿no estás satisfecha con la desgracia de todos los míos? ¿no te basta verme ciego y abandonado?... ¡abandonado, Dios mío!

—Calmaos por compasión, vengo á salvaros, á salvar á vuestra hija.

—Sí, yo necesito de todo el mundo; porque no puedo arrancar este velo que tengo delante de mis ojos...

—Bien, dejaos guiar de mí, os pondré en un lugar donde estéis tranquilo, mientras puedo reuniros con vuestra hija.

—Que sea pronto, yo necesito ver á Camila... verla!... no, no puedo; pero la tendré á mi lado, la disputaré á esos malvados.

—Silencio y seguidme.

—Vamos; ¿pero mis hijos?

—Aquí estoy, abuelo, dijo el negrito saliendo de debajo de la cama.

—Ven tú con nosotros. Dime, ¿se han llevado al señor que llegó anoche?

—No, solamente á la señorita.

—¡Maldición! exclamó la bruja, todo me contraría; ¡pero yo me vengaré del destino! y presentando al ciego su mano tremula por el coraje abandonó la casa donde la Inquisición acababa de dejar sus huellas.

II.

El estudiante Antonio Pedraja creyó que tomando una casa de modesta aparencia en el centro de la ciudad, viviría tranquilo mudándose de apellido.

El familiar pensaba arreglar su casamiento lo más pronto posible, para poner término á una situación tan violenta.

Dirigióse al dueño de una casa situada en la calle de la «Acequia» y arregló el alquiler dando seis meses de adelanto.

El proprietario incluyó en el arrendamiento los muebles más necesarios, y la habitación quedó arreglada convenientemente.

Desde la salida de Valladolid era el primer momento de alegría y de tranquilidad; al fin iba á ser feliz, la mujer de su amor lo acompañaría en el silencio de su vida, en esa tumba donde encerraba hasta su nombre.

Cuando todo se hubiera calmado, pediría sus excusas al obispo y

perdón á Treviño, si como creía se librada de la persecución en Valladolid.

Ya era entrada la noche cuando el estudiante se dirigió al barrio de la Palma en busca de Rosalía, para conducirla á su nueva habitación.

En una de las calles encontró una turba de gente que seguía á la gente de la Inquisición que llevaba á las jóvenes.

—¡Malo! murmuró el familiar, el Santo Oficio no se descuida por estos barrios; ojalá que alguna vez se acordase de la madre Paulina que nos metió en ese lío que ha traído estos resultados... qué gusto me daría verla achicharrarse en la hoguera; ¡maldita vieja!... en fin, la perdono en gracia de Rosalía; ¡pobrecilla! se va á poner tan contenta que estoy seguro no duerme esta noche. Vamos, que esta mujer se me ha entrado por los ojos, la quiero como á cien mujeres juntas; si me oyera mi novia, me excomulgaba. Es el caso que yo no puedo vivir sin ella, á pesar del enojo de Treviño, ¡pobre suegro mío!

Fray Angel se entró en su casa, le ha caído la lotería, ese fraile es capaz de desollarlo vivo. Bueno es ese hombre para andarse en pelillos, lo menos que le pasa, es que tiene que entregar parte del dote de Rosalía... no es mal bocado ese dinerillo, el diablo de portugués está podrido en pesos... A propósito de fondos, no estoy de lo mejor que digamos; pero trabajaré en lo que pueda; además, que á mi regreso á Valladolid me haré rico, riquísimo, más que este ladrón de virrey Branciforte, que tiene uñas de buitre; ¡qué lindo palacio!... ese virrey me parece un sentenciado siempre rodeado de tropa y de soldadesca y de aduladores... ¡quién fuera virrey!...

Embebido el estudiante en sus desatinados pensamientos llegó al barrio de la Palma.

Pedraja notó que las mujeres estaban á la puerta de las accesorias, y que en la calle había corrillos de los valentones.

Al pasar el estudiante junto á uno de los grupos, escuchó estas palabras que lo inquietaron terriblemente;

—¡Pobre señorita...! era una foresta... malditos «soplones!» llevársela á la Inquisición!

El familiar sintió helársele toda la sangre, apresuró el paso y buscó la casa en la oscuridad de la noche.

—Aquí es, dijo, no puedo engañarme.

La puerta estaba abierta y todo envuelto en las tinieblas; arrojóse el estudiante fuera de sí en el aposento, buscó á falta de luz con las manos si alguno estaba en la estancia.

Repasó las paredes arañó en el piso, recorrió los cuartos de la casa, y cuando se hubo cerciorado que todo estaba desierto, se puso á dar gritos, á llamar á Rosalía, á dar gritos como un loco.

Salióse delirante, mezclóse entre los corrillos, preguntó, inquirió, maldijo, blasfemó, nadie quiso darle aviso de lo que pasaba, entonces se echó á andar por las calles sin rumbo, atropellando á cuantos encontraba.

Paróse al fin en la plaza, volvióse hacia todas partes y se encontró perdido sin atinar á donde dirigirse ni qué hacer.

Paseábase agitado por el atrio de la Catedral cuando la campana mayor dió la «queda» de la diez.

Ya no era posible permanecer en la calle, una ronda podía detenerle y descubrirle; el estudiante se olvidó del rumbo de la «Acequia» situado tan cerca de Palacio y se echó á buscarle por el lado opuesto.

Al llegar á la Alameda sintió que una mano robusta lo detenía fuertemente por el brazo.

III.

La gitana al reconocer á su bienhechor sintío el peso horrible de su desgracia y maldijo su estrella, puesto que al acercarse á aquella familia honrada, siempre le había causado males y desgracias instantáneamente.

Tomó al ciego por el brazo y lo condujo á una pequeña casuca de Tlaltelolco abandonada por sus dueños, que huyeron azorados creyendo que se albergaban en ella duendes y fantasmas.

El pobre nietecito siguió al abuelo haset la nueva habitación.

—Hemos llegado, dijo la gitana; estáis seguro, enteramente seguro, yo voy á salvar á vuestra hija.

—Id, id, decía sollozando el negro, necesito á mi hija, yo os lo ruego en nombre del cielo!

La madre Paulina dió algunas monedas al negrito para que se hiciese de provisiones, y salió envuelta en su manto de aquella casa maldita.

Echóse á andar por la vía que hoy marca el panteón de Santa Paula y el convento de las Hermanas de la Caridad, pasó la Plazuela de Villamil, hoy convertida en estación del tren de México á Guadalupe, dió vuelta por el colegio de Minería y se detuvo frente á ése edificio, en una casa magnífica para aquellos tiempos y hoy al derrumbarse; era la capilla de San Andrés.

La casa estaba marcada con el número 7.

La bruja tiró de un cordel que iba á dar á una campana interior, telégrafo de cáñamo que movió el bronce, avisando á los dueños que alguien pretendía pasar los umbrales.

Transcurrieron diez minutos, el portero se levantó pausadamente, espió por la cerradura y soltó la pregunta sacramental: «¿quién?»

—«Yo,» respondió la gitana.

El portero del número 7, se dió por satisfecho con aquella respuesta, sin más ni más que hoy en el día. «Yo,» esta palabra mágica, es el «ábrete» del cuento árabe, como dice uno de nuestros escritores.

Quitó el portero la «tranca,» pues entonces no se usaban cadenas ni cerrojos ingleses, la Inglaterra no tomaba aún posiciones en nuestro suelo.

—¿A quién buscáis?

—Al señor Don Blasco de Guevara.

—Está rezando el rosario.

—Lo esperaré.

—Está bien, ¿vuestro nombre?

—No me conoce, es en vano que se lo digáis.

—Le daré vuestras señas.

—Como gustéis.

El portero comenzó á ascender la escalera, volviendo la vista á cada escalón para contemplar á la luz del reverbero la exigua figura de la vieja.

Acercóse la gitana á la portería buscando la conversación de la mujer del portero.

—Estoy ansiosa, le dijo, de ver á su señoría don Blasco de Guevara; traigo un negocio tan importante que...

—Vamos, dijo la mujer, no andéis con secretos conmigo, ved que yo lo que no sé lo adivino.

—¡Hola! murmuró la gitana, tengo que habérmelas con una habladora.

—Conque abuelita, desembuche todo lo que sepa, que al fin yo estoy al tanto de lo que pasa y no pasa en el barrio.

—No es secreto, dijo la bruja, vengo á interesarme por una joven.

—Ya, ya, eso no es nuevo, hace una hora... pero cuidado con decir que yo os he revelado.

—Vamos, decid, que al fin yo soy la que os he comunicado todo.

—¡Y qué hermosa es la señorita, tiene cara de angelito!

—Pues no se trata de la negra, pensó la vieja aquí hay gato encerrado.

—Luego que la ví entrar, prosiguió la portera, me enterneció.

—Y que no la habéis tratado, dijo hipócritamente la bruja; un equívoco, en fin, un error ha hecho que la aprehendan.

—Es que mi amo, don Blasco, la trata con muchas consideraciones.

—Ya lo creo, que todo se lo merece la infeliz criatura.

—Don Blasco le ha destinado el mejor de los aposentos, la ha rodeado de toda su servidumbre, en fin, se porta, no hay que negarlo, como que es todo un caballero.

—No hay duda.

—Nos ha encargado el más riguroso silencio, y si lo he dicho es porque vos os habéis anticipado.

—Efectivamente.

No necesitaba tanto la gitana para enterarse de la verdad de los hechos.

—¡Ah, camastrón infernal! conque he trabajado para tí, murmuraba la vieja; no te regocijes con tu presa que yo te la arrebataré después de arrancarte la orden que necesito.

Después sacó una moneda y se la entregó á la portera.

—¡Oro! ¡oro! exclamó la mujer deslumbrada por el metal.

—Sí, oro, oro, si prometéis servirme con fidelidad.

—Mandad, señora doña...

—Paulina, para serviros.

—Gracias.

—Permitidme trazar cuatro renglones.

—Pasad.

La gitana entró violentamente y puso con lápiz algunas palabras, dobló el papel y entregándolo á la mujer le dijo: haced que eso llegue á manos de esa joven.

—Perded cuidado.

—Os daré el doble de esa friolera que os he regalado.

IV.

Al entrar Don Blasco de Guevara al aposento de los negros, notó desde luego á la afligida joven sentada en un rincón del aposento, prendóse instantáneamente de tanta belleza y se propuso desde luego escamotearle su presa á la Inquisición.

Ya hemos visto á la infeliz Camila ir casi arrastrada por la patrulla, mientras Rosalía, fuera del cuadro de la tropa, marchaba con todos los honores al brazo de su señoría don Blasco de Guevara.

Llamó el señor al jefe de la ronda y le dijo: llevad á esa mujer al Santo Oficio; en cuanto á la señorita, no hay motivo para proceder contra ella, es inocente y víctima al mismo tiempo de una trama horrible; será puesta en el acto en libertad.

Alejóse la patrulla con la rea y don Blasco preguntó á la joven dónde deseaba que la llevase.

—Caballero, yo estoy recién venida de Valladolid y no tengo abrigo en esta ciudad, toda vez que esa familia queda difunta.

Quedós perplejo don Blasco, aquella joven era nada menos que la hija del portugués, de aquel hombre que estaba en relación estrecha con las brujas.

—¿Y con qué fin habéis venido á la capital?

Rosalía guardó silencio un instante.

—Habladme con franqueza.

—Caballero, no sé mentir, vengo escapada por temor de la Inquisición que se ha apoderado de mi padre.

—¿Y quién os ha acompañado?

—Mi novio.

—¿Cómo se llama?

—¿Antonio Pedraja.

—A él, á él es á quien se busca precisamente.

La joven sintió opreso su corazón.

—¿Y dónde está ese joven?

—Lo ignoro, había salido en busca de una habitación para trasladarnos, cuando os presentásteis en la casa.

—¡Ya se le buscará!

—¡En nombre del cielo! no le hagais mal, ved que es inocente! El sólo trata de casarse conmigo y regresar á Valladolid, donde le conoce toda la ciudad; es uno de los jóvenes más apreciados del señor obispo.

—Ya eso se arreglará más tarde.

—Yo lo espero todo de vuestra bondad.

—Bien, bien, por ahora os daré abrigo en mi casa se os cuidará como en ninguna otra y.... veremos cuanto se puede hacer por vos y por vuestro padre.

—¡Gracias! exclamó la joven al escuchar esa palabra que le pareció de compasión y de esperanza; gracias, y Rosalía llevó á sus labios la mano nervuda del viejo.

Guevara se estremeció como un epiléptico.

D. Blasco y Rosalía llegaron á la casa á cuyo patio hanpenetrado ya nuestros lectores.

El viejo colocó á la joven, como lo había dicho la portera, en el mejor aposento, dispensándole todo género de atenciones.

Después despidió á sus criados, diciéndoles que iba á rezar el rosario, y se entró en la estancia de su huéspeda.

—Señorita, le dijo procurando dar un tono halagüeño á su ronca voz: estoy interesado vivamente en vuestro porvenir, vuestras desgracias las reputo como mías y bajo ese concepto comprometeré mi existencia si es preciso en este empeño.

La joven comenzaba á recelar de la conducta de aquel hombre.

D. Blasco se acercó más á Rosalía.

—¿Conque vuestro padre se llama Treviño? ese es un apellido portugués si no me engaño.

—Lo es efectivamente.

—¡Lo que son las desgracias, señorita! basta sólo el nombre de Portugal para hacer temblar de rabia á los españoles; esa nacionalidad ha dado alimento durante muchos años á la hoguera.

La joven estaba aterrada.

—La mayor parte de los reos son portugueses, ese es mi único temor con respecto á Treviño.

—¡Dios mío!... !Dios mío! exclamó la joven.

—Sosegaos, señorita, yo me jacto de tener influencia con los señores inquisidores y la haré valer en todo lo que sea posible.

—Yo os lo suplico, dijo Rosalía arrojándose á los piés de Don Blasco.

—Alzad, alzad y oídme.

—Ya os escucho.

—Hace un momento que os he conocido y una emoción secreta agita mi corazón.

—Ved, caballero, que estoy en vuestra casa y es inoportuna esa declaración.

—Perdonad, hasta ahora he vivido en la indiferencia, soy libre, absolutamente libre, he rehusado contraer siempre un enlace; pero ahora... ahora...

—Os suplico de nuevo que guardéis silencio, ya he tenido la franqueza de revelaros mis amores, no me pertenezco, soy toda de ese hombre que ha sacrificado su porvenir por salvarme.

—Ese hombre está sentenciado! gritó don Blasco lleno de furor.

—No, no decís la verdad, él ha escapado á vuestra saña, yo, yo seré la sola víctima.

—¿Y quién trata de inmolaros?

—Acabemos, caballero, estoy sola, en vuestra casa y á merced de una violencia que espero no cometereis.

—No, dijo Guevara encogiéndose de hombros, no cometeré un atentado, dejaré correr vuestra suerte á merced del destino, de nada soy responsable... ni de vuestro padre.

—¡Esto es espantoso!

—Sì, espantoso, murmuró don Blasco; y que vos no sabéis lo horrible del tormento, esos dolores intensos, esos sufrimientos sin nombre!

—¡Piedad! ¡piedad!

—Y después el fuego... sì, el fuego lento hasta consumir al hereje, al maldito, y esparcir sus cenizas por el viento!

—¡Misericordia! ¡misericordia! exclamó la joven casi loca de la turbación.

—Pues bien, dijo resueltamente don Blasco, si queréis huir de ese espectáculo espantoso y evitar el anatema que caerá sobre vuestra cabeza cuando sigáis á vuestro padre, puesto el «sambenito» y empuñando la «vela verde,» hasta dejarde en las llamas de la hoguera...

—¡Callad!... ¡callad!... me estáis haciendo pedazose el corazón.

—Sacrificio por sacrificio... vuestro amor por vos y vuestro padre.

—¡Jamás! exclamó la joven levantándose á impulsos de un valor desesperado.

—¿Jamás? preguntó con risa sardónica don Blasco.

—Ya os he dicho que amo á un hombre por cuya fe me dejaría llevar á la hoguera; probad si os atrevéis, me siento capaz de no exhalar una sola queja ni un grito de angustia; vos no conocéis el valor de la debilidad!

—Reflexionadlo bien.

—No abuséis de mi situación, volved á ser don Blasco de Guevara!

—Lo dicho y no retrocedo un solo paso.

—Pues al tormento! á la tumba si es preciso!

Aquel aranque fatídico impresionó hondamente á Guevara, que se quedó espantado con los ojos sobre el rostro iracundo de la joven.

V.

Unos toquidos dados sobre la puerta vidriera hicieron esremecer á aquel hombre.

Levantóse trémulo y acobardado y se acercó al dintel.

—Estoy salvada! murmuró la joven.

—Señor, dijo el portero, una santa abuela se empeña en veros á estas horas.

—Que pase á mi estudio, dijo Guevara temblando, y sin detenerse un momento salió de la estancia dejando á la joven recelosa por esa crisis violenta que atravesaba.

No bien don Blasco se perdió en las tinieblas del corredor, cuando la portera se deslizó cautelosamente en el aposento y dijo á Rosalía:

—Tomad ese papel y dadme la respuesta.

La joven tomó la esquela pasando sus ojos sobre los renglones con la violencia de un relámpago.

«Hay quien vele por vos, estad alerta.»

—Está bien, murmuró Rosalía, y luego dirigiéndose á la portera le dijo: no tiene contestación; pero os suplico que cuando oigáis golpes en el suelo de este aposento subáis, aunque vuestro amo don Blasco os arroje de la casa.

Y Rosalía le dió un anillo de brillantes.

—Me ha caído la lotería esta noche; sí que subiré y armaré jarana: comprendo de que se trata, y si quisiérais, en este momento os sacaba de esta casa para trasladaros á la de una parienta mía.

—Acepto, dijo la joven viendo abierto el cielo á sus esperanzas; llevadme y os recompensaré más de lo que habéis pensado.

—Pues bajemos antes de que mi marido se entere.

No había tiempo que perder y la oportunidad no volvería á presentarse.

Rosaliá bajó la escalera procurando no hacer ningún ruido, y temblando de congoja y sobresalto, salió de la casa de Guevara conducida por la mujer del portero.

Comenzaron á andar rumbo á los Angeles, cuando unos hombres se pusieron sobre la pista procurando descubrir algo de su fisonomía á la luz de los reverberos de las escasas tiendas del barrio.

De repente dijo uno de los hombres: «es ella» y los tres se lanzaron de súbito sobre Rosalía, le taparon la boca y cargando con la infeliz criatura, desaparecieron en las próximas callejuelas.

La portera huyó sin aventurarse á pedir socorro por no caer en desgracia de su amo y señor don Blasco de Guevara!

VI.

Don Blasco de Guevara encendió una bujía de cera y la puso sobre su bufete.

A pocos instantes el portero indicaba á la bruja el estudio de su señor, y dejándolos solos volvió á ocupar su puesto en el cuarto que estaba al pie de la escalera.

—Extrañaréis, dijo la bruja, señor don Blasco de Guevara, que me presente á tales horas en vuestra casa.

—No os conozco.

—Puede ser que sí, más tarde llamaré vuestros recuerdos; por ahora hablemos de nuestro asunto.

—Es que yo no tengo ninguno.

—Puede que tengáis alguno que pueda saliros demasiado mal.

Blasco de Guevara escuchó aquellas palabras con una inquietud sombría.

—Habéis nacido en el Portugal, continuó la bruja, y vuestro talento y finos modales os granjearon un alto puesto en la sociedad.

—¿Y bién? preguntó don Blasco.

—Nada, en una noche de sarao y de juego perdísteis vuestra fortuna, luchásteis, comprometísteis vuestro crédito, apelásteis á los amigos; todo fué en vano, el abogado Don Blasco de Guevara era ya un miserable. No quisísteis sin embargo bajar de vuestro escaño y pensásteis en el crimen.

—¡Callad, me estáis calumniando! si se dejase percibir una palabra me comprometeríais espantosamente.

—No temáis, vuestra escasa servidumbre se ocupa en estos momentos de un «negocio» que mucho os atañe y que precisamente es el objeto de mi visita.

Don Blasco comenzó á buscar en su mente algún medio para hacerse de aquella mujer ó demonio, que se había entrado por sus puertas.

—Parecéis divagado, y necesito que me escuchéis hasta el fin.

—Vamos, dijo el abogado, ¿que queréis de mí? todo está terminado.

—Bién, sé que estáis convencido de que conozco vuestros secretos y pensáis transar este asunto.

—No es eso, es que quiero ahorrar palabras, tengo negocios que me preocupan sobre manera.

—Necesito llevarme esa mujer que tenéis aquí encerrada, y que pongáis una orden de libertad para que deje las mazmorras de la Inquisición una joven mulata que aprahendísteis en la «Palma.»

—Me pedís un imposible.

—No creo que existan entre nosotros.

—Yo me he resistido siempre á faltar á mis obligaciones.

—¡Vuestra obligaciones!... ¡vuestras obligaciones! murmuró sardónicamente la vieja.

—Además, continuó Guevara, que... que...

—No prosigáis, caballero, os conozco perfectamente, esa joven que en son de lástima habéis traído á vuestra casa, la juzgáis presa en veustras redes y no la soltaréis así nada más.

Don Blasco guardó silencio.

—Y sin embargo, continuó la bruja, yo no saldré de esta casa sin ella.

—¿Me desafiáis?

—Tal vez. Y hablando de otra cosa, recordáis que existe una correspondencia entre vos y el hermano de vuestro amigo el inquisidor?

Don Blasco se estremeció.

—¿Me escucháis caballero?

—No sé quien sois, exclamó Guevara, pero el diablo os arroja en mi camino.

La bruja soltó una terrible carcajada.

—Creía que en las regiones apartadas de América podría vivir tranquilo.

—Y podéis, señor de Guevara.

—Decidme de una vez quién sois y lo que queréis.

—Ya he tenido el honor de hacéroslo presente.

—Pues bien, la orden os la extenderé al momento pero Rosalía no saldrá de esta casa aunque lo mande el rey y la Inquisición.

—Esa señora y ese señor no se tomarán la pena de ingerirse en asunto tan pequeño y miserable, teniendo otro de mejor calidad, por ejemplo, el de la captura de un pájaro de cuenta que «receptaba» los robos de los piratas de Gibraltar.

—¡Mentira! gritó Don Blasco, ese es un rumor siniestro lanzado para perderme; mis enemigos no satisfechos aún con este destierro voluntario que me he impuesto para librarme de su saña, hacen llegar á este suelo el veneno de la calumnia.

—¿Y es mentira, caballero, que vuestra amistad con el inquisidor Clavijero proviene de las relaciones que llevábais con su hermano cuya desaparición de España fué tan escandalosa?

—Mentira también, yo no he tenido más relación con los Clavijeros que la de una amistad verdadera.

—¿Es mentira también que el rey Caslos IV, sólo por el gran afecto que le profesa á Don Pedro Núñez de Clavijero lo ha enviado á las Indias, cuando debía estar en un presidio por las vehementes sospechas de complicidad con su hermano?

—Yo nada sé, nada quiero saber.

—¿Y que los adulones de ese miserable monarca, echando un velo sobre la causa seguida á Alfonso de Clavijero, no sólo han perdonado al cómplice, sino que le han hecho inquisidor de México?

—¡Pero esto es horroroso! exclamó Guevara.

La bruja continuó con más alteración:

—A vos también, Don Blasco de Guevara, os ha alcanzado en parte el favor del rey, los tribunales nada pudieron hacer por falta de pruebas; pero yo las tengo todas, todas, ¿lo entendéis?

Levantóse de improviso Guevara, y tomando un puñal que estaba sobre la mesa, se arrojó sobre la bruja, que dió un paso atrás poniendo entre ella y Don Blasco el bufete.

—¡Miserable! me das compasión, dijo la madre Paulina; has creído sorprenderme, sin saber que yo estoy resguardada por el diablo.

—No, no saldrás de aquí sin decirme donde están esas cartas, ó te servirá de tumba este aposento.

La bruja sacó del seno un gran reloj de oro, y haciéndole sonar la repetición marcó la sonora campanilla las once de la noche.

—¿Oyes esta hora? pues si pasados diez minutos no estoy en la calle, tus cartas serán puestas en manos del virrey Branciforte que te aborrece como á su mayor enemigo, y estás perdido.

Guevara arrojó lejos de sí el puñal, y se tiró en la silla desesperado.

—¿Os humanizáis, caballero? entremos en ajuste.

—Haced lo que gustéis, pero devolvedme esos papeles; nada quiero preguntaros sobre el modo con que han llegado á vuestro poder .

—Hacéis bien, porque yo no querría satisfacer vuestra curiosidad.

—!No me desesperéis por Dios!

—Pues bien, comencemos por partes: poned la orden.

Don Blasco puso una orden en blanco, que entregó sin reserva á la bruja.

—Falta ahora que Rosalía abandone esta casa.

—¿Y los papeles?

—Los tendréis ,os lo juro; aquí en esta cartera están algunos documentos, los otros serán devueltos mañana.

—Bien, prescindo de mi empeño con Rosalía, primero soy yo.

—Decís bien; vamos, ya es tarde.

VII.

Don Blasco tomó una bujía se echó á andar seguido de la madre Paulina con dirección al aposento de la joven.

Luego que llegaron á la puerta, Guevara tocó recatadamente.

La bruja comenzó á inquietarse.

Guevara tornó á dar golpes más fuertes sobre la madera.

—Se habrá dormido.

—Sería un sueño muy pesado.

—Entremos.

—Entremos.

La estancia estaba sola. Don Blasco lanzó una imprecación terrible.

—¡Miserable! me has burlado, exclamó la madre Paulina; pero yo daré contigo en la horca.

—¡Deteneos! ¡deteneos! gritaba Don Blasco, me habéis robado á esa joven y conserváis en esos papeles mi sentencia de muerte.

Salió corriendo, bajó las escaleras y siguió hasta el zaguán que encontró perfectamente atrancado.

—¿Dónde, dónde está? preguntó casi demente Don Blasco.

—¿Quién, señor? preguntó el portero.

—¡Esa bruja, esa hechicera infernal!

—!Ave María Purísima! estáis soñando, por aquí nadie ha pasado ni menos salido, á nadie hemos visto.

—No, no he soñado, estoy seguro de ello, murmuró el desgraciado.

Y tornó á subir la escalera.

Al atravesar un pasillo el aire le apagó la bujía y quedó hundido en las sombras.

VIII.

Lino el mulato, después de su trifulca en el Monte de las Cruces, y gozoso con haber embutido una bala en el cuerpo á fray Angel de la Divina Infantita, desperdigó la cuadrilla para que entrase cada cual como mejor pudiera en la capital.

El mulato sabía perfectamente las avenidas todas de la ciudad, así es que al día siguiente se descolgó por el camino del Interior vestido de «arriero» y poniendo una fisonomía más franca y honrada.

Vestía cotona y calzonera de cuero, y montaba una mula flaca y endiablada.

Llegóse á la tienda del tío Pablo, que ya hemes dicho que era receptador de cuanto le venía á manos.

¡Hola! Lino, dijo el tío Pablo, ya te esperaba, ese asunto de las «Cruces» era de mucha gravedad para que tú no te encontraras en él.

—¡Vaya con las tonteras del tío! si ahora mismo vengo de Cuautitlán con ocho días de Querétaro.

—Precisamente decía que eras uno de los del Monte, luego que he visto el rumbo que traías, y te advierto que tengo un piquito de dinero y que si hoy no tratamos con «algo» de lo que traes, pierdes una oportunidad magnífica.

—No traigo más que esta mula trotona, capaz de arrancarle el empacho al mismo Lucifer.

—Pierde cuidado, hijo mío, que esa jaca no comerá por mi cuenta un grano de cebada.

—La vendo baratísima.

—Ni dada, amigo mío, en cambio te compro los arneses.

—Esos no los puedo vender los necesito mucho.

—Ahí está el «veneno,» pensó el tío Pablo, que conocía perfectamente á todos los truhanes.

—Te doy unos doscientos «grullos» por la silla vieja que trae tu mula.

—No me conviene.

—Pues entra y hablemos.

El mulato se entró en el pequeño patio de la casa del tío Pablo, desensilló la mula y puso los arneses en la trastienda.

—Estarás muy cansado.

—Sí, mucho.

—Toma un trago de catalán, esto siempre viene perfectamente.

—Estáis muy liberal, tío Pablo.

—Con mis parroquianos estoy obsequioso en la víspera de arreglos. ¿No es verdad?

—Sí, tenemos algo que convenir, os váis á enriquecer de esta hecha, como que la « plata » pasta que traemos es de lo mejor.

Los ojos del tío Pablo brillaron en una irradiación de codicia.

—Traemos otras prenditas que se tienen de convertir en moneda.

—Ya saben que soy todo de mis amigos y no ando regateando un ochavo.

—Ya, ya conocemos vuestro desinterés.

—¿Y á que hora vendrán los compañeros?

—No deben dilatar, creía que ya estuviesen aquí, yo he dado un rodeo por las lomas de los Remedios hasta caer á este rumbo.

—Te la olí á leguas.

—Eso por sabido se calla; ¡maldita aventura!

—¿La pasaron mal?

—Nos mataron á unos muchachos de lo mejor.

—Ese paradero tienen los valientes.

—Pero diezmamos á los « soplones » y matamos al fraile que capitaneaba la caravana.

—Pero como todo está compensado en esta vida, os hicísteis de todo su equipaje.

—¡De todo, tío Pablo, buena presa!

—No hay mal que por bien no venga, con la muerte de los muchachos son menos al partir.

—Eso sólo puede consolarme, el Zurdo se ha batido como un general.

—Mentando al ruin de Roma es él que se asoma, dijo el tío Pablo, al ver entrar en su casa al famoso bandido.

—Te tardabas demasiado.

—Como que me han tiroteado los guardias y he tenido que huir como un desesperado.

—Pero ya estás sano y salvo, hijo mío, observó el tío Pablo.

—Perfectamente bueno y para serviros. ¡Hola muchacho! desapareja esas mulas que vendrán cansadas.

—Sí, señor amo, dijeron otros cuatro bandidos aparentado ser criados del Zurdo.

—Buen botín, decía el tío Pablo restregándose las manos de júbilo.

—Nuestro trabajo nos cuesta; ya dejamos á algunos de los amigos bamboleándase en los árboles del Monte de las Cruces; ¡canario! esto sí me pone de un humor endiablado.

—Cuidado con gritar mucho, ya sabeis que mi hija es una hipócrita endemoniada y no tolera nada que trascienda á manejos.

—Tío Pablo, sabéis que esa madama melindres es insoportable.

—Ya lo creo, pero no puedo ponerla en las cuatro esquinas.

—Tenéis razón; pero debéis al menos acostumbrarla.

—Eso es imposible; además, que yo la quiero como á mi vida y...

—Vamos, vamos, no hablemos de eso porque sois el padrazo más grande.

—Tienes razón; en fin, cada hombre tiene su flaco y el mío es esa niña.

—Cuidadla porque el día menos pensado os la virlan.

El tío Pablo dió un gruñido como de tigre.

—No os atuféis, amigo mío, la cosa no es para tanto.

—Que vengan los muchachos, dijo Lino, y vamos á hacer el reparto para que cada uno tire para donde mejor le cuadre.

Los cuatro bandidos entraron en la trastienda con los bultos robados á la caravana de la inquisición. Lino el mulato se sentó en el suelo y comenzó por abrir un cartapacio en que el reverendo fray Angel llevaba las onzas arrancadas al portugués.

Los bandidos hicieron una exlamación y el tío Pablo se saboreó como si viese el mejor de los manjares.

—Cuenta tú, Nazario, esas monedas.

El bandido se retiró á un rincón del aposento, sin que á él ni á sus compañeros les ocurriese que podía cometer un fraude; los ladrones son los más honrados en casos como el presente, y la razón era muy sencilla, donde el mulato le pillase una trácala al bandido lo despanzurraba incontinenti.

Seguió el reparto del robo con la mayor armonía del mundo. Fray Angel llevaba multitud de encargos para México, en cada papelito iba una ó dos anzas de oro, alhajas, medallas de plata y multitud de florecitas con escuditos, obsequios de sus hijas de confesión; llevaba además algunas imágenes pequeñas, como Vírgenes, Niños Dios y otras curiosidades para que las bendijera el señor arzobispo.

Todo aquel convoy religioso cayó en manos profanas.

—Vamos, tío Pablo, ya tiene usted para hacer una iglesia; tómese todo lo perteneciente á los beatos y estas diez onzas y déjenos en paz.

—¡Diablo de roñosos! exclamó el tío Pablo; estais ricos como un Branciforte y regateáis unas miserables onzas!

—No habéis ganado otras tantas en toda vuestra vida, viejo rapaz.

—No metamos jarana, echen otras diez y cuenta redonda.

—Ahí van cinco, dijo el mulato.

—Tú siempre has de meter tu cuchara; pareces un golilla; conque ocho y no hablemos más.

—Convenido, dijo el Zurdo y arrojó al tío Pablo las ocho onzas.

Esta liberalidad no extraña cuando cuesta tan poco ganar el dinero.

Cargaron los bandidos con su «reparto» y cada uno tiró según lo había previsto el mulato.

El tío Pablo, Lino y el Zurdo se quedaron en la trastienda jugando un «conquián» mientras llegaba la noche.

—Lino, dijo el tío Pablo, te juego en la partida un par de caballejos que he comprado esta tarde.

—¿Qué tal clase?

—Buena para tus aventuras.

—¿De veras, tío?

—Ya los verás, no saben lo que me han vendido.

—¡Demonio! tengo una gran curiosidad.

—Asómate por la ventana, están atados á una de las pilastras.

Levantóse Lino y asomóse por los opacos cristales de la ventana.

—¡Por Satanás que son los mismos! ¿Donde estarán esos muchachos?

—¿Qué muchachos?

—Unos amigos á quienes vi pasar por el monte algunas horas antes del asalto; deben estar muy mal donde se han deshecho de sus animalejos; es necesario buscarlos.

—¿Te parecen bien los caballos?

—Sí, y los juego contra cincuenta pesos.

—No, hijito, eso sería entregárselo á Lutero; los he comprado en cien para venderlos en cincuenta pesos menos del precio, no estoy loco, guárdate tu dinero.

—Juegan lo cien, tío Pablo.

—A ello respondió el viejo y comenzó la partida.

El Zurdo estaba admirado de la « habilidad » de los dos jugadores que en unos cuantos minutos apuraron cuantos elementos torcidos trae consigo el noble arte de Birján.

No había pasado un cuarto de hora cuando ya los caballos eran de Lino.

—Me has jugado á la mala, dijo el tío Pablo.

—Ese es vuestro juego tío, y vos habéis sido mi maestro.

—No importa, ya jugaremos esta noche las pesetas.

—Convenido.

—Soy del juego, amigos míos, dijo con efusión el Zurdo.

—A todas entramos, respondió el tío Pablo, y embozándose en su « jorongo » se puso á silbar en la puerta de su tienda, mientras Lino y el Zurdo dormían agobiados del cansancio.

IX.

Cayó la noche y el tío Pablo cerró su tienda.

—¡Hola! muchachos, habéis dormido tres horas largas.

—Es cierto, pero ya estamos recuperados, dijo el Zurdo.

—Echemos á andar, necesito estirar las cuerdas.

—Vamos.

—¿Volveís esta noche?

—Probablemente.

—¿Os espero?

—Sí, decididamente venimos á pasar la noche.

—Que no tardéis.

—Adiós.

Luego que los bandidos desaparecieron, el tío Pablo se entró en el

segundo patio, separó las hojas desvencijadas de una puerta y se entró en la parte interior de su casa.

La escena variaba enteramente de aspecto: la vivienda se componía de tres piezas elegantemente puestas con todo el lujo de la corte: la primera era una antesala con las paredes cubiertas de tapices de damasco encarnado con goteras y flecos de oro; en las paredes había cuadros de pinturas exquisitas y los muebles de nogal primorosamente labrados; dos candelabros de bronce con cinco luces cada uno, llevando bujías de cera blanca que ardía en un chisporroteo imperceptible.

La segunda pieza estaba tapizada de terciopelo azul y tenía muebles del color del terciopelo, todo resplandeciente de oro.

Dos espejos inmensos, aunque algo angostos, estaban á las paredes suspendidos de cordones de seda azul, y en el centro un retrato de cuero del marqués de Croix, virrey de México en esa época.

La tercera pieza era un oratorio magnífico.

El techo era un recogido de tafetán verde, teniendo por centro un florón de oro apagado y los pliegues del tafetán se apoyaban en los lados del cuadrilátero con remates de oro fijos en una varilla del mismo metal.

Un altar de estuco y mármol en esa combinación magnífica del arte se alzaba en la pared principal de la estancia, sosteniendo una escultura admirable que representaba á Jesucristo en los postreros momentos de su vida.

Frente al altar había un reclinatorio de nogal con un orario, lo que indicaba que una sola persona rezaba en aquel recinto.

¡Un Dios y un pecador!

El espíritu delante de su Criador al tocarse en el misticismo de la oración.

X.

En el gabinete y recostada sobre los almohadones del sofá, una mujer estaba sumergida en una indolencia profunda.

La fisonomía angelical de aquella criatura estaba en armonía con aquella estancia.

Un rostro perfectamente delineado y cubierto de una intensa palidez, unos ojos negros y resplandecientes velados por unas pestañas rizadas y unas ojeras dulcemente amoratadas, la nariz recta, la boca nacarada y pequeña como un botón de rosa, la garganta torneada como la de la Venus de Praxíteles, el seno elevado y agitado mansamente como las espumas de un lago, la cintura de avispa; los pies pequeñísimos y las manos de una blancura exquisita que formaba contraste con la rosa de las uñas pulimentadas como el mármol.

La joven tenía un vestido blanco, parecía que acababa de dejar el baño, porque sus cabellos caían sueltos y en profusión, flotando sobre su arrogante espalda.

Aquella criatura tendría diecisiete años; en su rostro se mostraba desde luego un abatimiento profundo: á pesar de ser la diosa de aquel retrete, de aspirar el perfume de las flores que había en los bócaros del

aposento y los aromas que arrojaban unos braserillos de plata; se mantenía en una postura indiferente, extraña á cuanto le rodeaba.

A sus piés estaba una joven del pueblo que hacía los oficios de camarista, y en aquellos momentos ensartaba en un hilo de oro unos magníficos corales, mientras que su señora dormitaba como hemos dicho sobre los almohadones.

—¿Dormís? preguntó la camarista.

—No, el baño me ha languidecido y sueño despierta.

—¿Y qué soñais, señora?

—La imagen de ese hombre siempre delante...

—Ya le he dicho que cese de rondar la calle y que pierda las esperanzas de vuestro amor.

—Esta lucha es desesperada, yo le amo con frenesí, pero si llegamos á una inteligencia le costaría la vida.

—El está resuelto á todo, á todo como le digáis una sola palabra de cariño.

—Oyeme, Luisa, tu sabes que Clavijero me guarda como á un tesoro, que me tiene sepultada en vida, que me rodea de cuanto puede halagar los sentidos de una mujer, y para librarse de la amenaza que pesa sobre él, no ha vacilado en proporcionarme unos amores que yo rehuso, con ese marqués de Broiz cuyo retrato ha hecho colocar en este aposento.

—Lo sé, señora.

—Dándole á este asunto un aire de misterio, trae al virrey, le hace grandes obsequios en esta casa, para comprar su silencio en esa trama oculta que...

—Pero el inquisidor os amaba.

—Yo lo comprendí; pero él jamás me lo dijo, y aun hoy apenas me indica la conveniencia de las relaciones con el marqués.

—¿Y no sospechais?

—Nada, nada, murmuró la joven y volvió su cabeza agobiada por un pensamiento tenaz é insistente.

Después de un momento, continuó:

—¿Cuándo hablaste á Don Félix?

—Esta tarde.

—¿Y bien?

—Me daba una carta para vos.

—¿Y la recibiste?

—Yo... en fin... se empeñó tanto que...

—Has hecho mal, muy mal... ¿Y dónde está ese papel?

—Tomadlo.

La luz de la estancia era tan viva, que la joven pudo leer desde su asiento el contenido de la carta del galán enamorado.

« Señora, estoy loco de amores por vos, y corro delirante tras una sola esperanza. Nada es la vida para poderla ofrecer en aras de ese cariño; pero estoy resuelto á perderla, á verter mi sangre toda por una sola mirada de vuestros ojos. Vedme á vuestros piés rendido y enamorado más que nunca; concededme un momento para deciros que os adoro, y después olvidadme, si así os place. — Don Felix. »

—Pero este hombre está verdaderamente loco.

—Así lo creo, señora, y si no le concedeis lo que tan rendidamente

os suplica, va á matarse irremisiblemente, me lo ha asegurado esta tarde misma.

—¡Dios mío! exclamó la joven, eso sería horrible ,es necesario salvarle... no, no quiero que vaya á cometer un atentado... al fin con decirle que no puedo amarle es suficiente... creo que debo evitar un crimen.

—Eso mismo pienso yo, señora.

—Estoy resuelta, y le concederé una cita; haz llamar á tu padre.

Luisa salió del aposento y tornó á los pocos instantes seguida del tío Pablo.

—¿Me llamáis, señora? preguntó el viejo trémulo de emoción.

—Necesito que busquéis al capitán de guardias, Don Félix de Quintanar.

—Al momento, señora.

—Es necesario que entre aquí esta misma noche; no se trata de amores, sino de un asunto de alto interés.

—Muy bien, señora.

—Si lo que va á pasar aquí esta noche, llega á oídos del inquisidor...

—Me quemará mañana.

—No quiero decir eso precisamente.

—Ya comprendo, contad con mi silencio.

—Ya sabes que sé premiarlo.

—Lo sé; ¿podrá indicarme la señora dónde podré encontrar al capitán?

—Probablemente en su cuartel.

—Está bien.

Salióse el tío Pablo pálido como un difunto, porque el mandato de la señora lo ponía en un grave compromiso.

El inquisidor le había confiado la guarda de la joven y le pagaba liberamente, confiado en su lealtad y buena fe; pero la señora se imponía altanera y pagaba tan bien, que el tío Pablo no podía rehusarse á servirla; esto traía el inconveniente, que una vez descubierto fuera ahorcado en su misma casa. Parvedad de materia, eso tenía de suceder tarde ó temprano con el muy bribón, así es que nada arriesgaba en la empresa.

Haciendo estas reflexiones, se dirigió al cuartel de los guardias de S. E. el virrey, y se encontró desde luego con el capitán Don Félix.

XI.

Lino el mulato y el Zurdo paseaban á favor de la oscuridad de la noche, hablando siempre de sus proyectos de robo y otros asuntos por ese estilo; sonaba la « queda » cuando atraversaban la Plaza de armas ,de donde había desaparecido la horca por mandato de Revillagigedo.

—Lo que es aquí ya no nos cuelgan, observó el Zurdo.

—Será más adelante, contestó Lino, el negocio se ha trasladado á la plazuela de Mixcalco.

—Por eso guardo estos « polvitos »; en cuanto me sentencien, me los echo al coleto y asunto concluido.

—Espero que me convidarás de ellos.

—Para todos hay.

—Convenido; pero ¿quién es ese loco que atraviesa á escape como un desesperado?

—¡Demonio! es el familiar del obispo de Michoacán.

—¡Hola! amigo mío, gritó el mulato.

El estudiante no lo escuchó, entonces el bandido lo tomó fuertemente por el brazo.

—¡Dejadme! gritó el estudiante.

—Eso no puede ser.

—Tomad el dinero que me queda.

—No se trata de eso, sino de que nos conozcáis.

—¿Y para qué?

—Para salvaros.

—¿Quién sois?

—Lino, señor de Pedraja.

—¡Lino!

—Sí, vuestro amigo.

—Llegas en la hora más desesperada de mi vida.

—Aquí me tenéis para lo que pueda ofrecerse.

—¡Lino, me han robado á Rosalía! exclamó llorando el estudiante.

—¿Que es eso de robar á una dama? dijo una voz robusta y vigorosa.

—¿Y qué os importa? preguntó con exaltación Antonio Pedraja.

—Caballero, esa pregunta es inútil, llevo al cinto una espada, y lo que acabáis de decir, compromete á un hombre galante á ayudaros en la empresa de buscar á una dama.

—Tenéis razón, dijo Pedraja, y perdonadme el tono tan inconveniente que he usado.

—Apretad estos cinco, caballero, y decidme qué podremos hacer.

Pedraja apretó la robusta mano del desconocido.

—Decidme, si os place, vuestro nombre.

—Antonio Pedraja.

—Félix de Quintanar es el mío, capitán de la guardia del virrey.

Lino y el Zurdo hicieron un movimiento, como retrayéndose á las miradas del capitán.

—Pues vengamos al caso, dijo Don Félix.

—Es que vos podéis hacer mucho por mí.

—Hablad.

—Me parece que la Inquisición anda en el negocio.

—¡Malo... malo!

—Me lo he sospechado y nada más.

—Esa gente es terrible, amigo, pero no importa.

—¿Tenéis amistad con alguno de esos señores?

—No puede llamarse precisamente amistad, porque los aborrezco cordialmente.

—¡Estoy perdido!

—¡Con veinte demonios! exclamó el capitán, no os desesperéis, tomemos noticias del primer alguacil que se nos venga á la manos.

—Hacedlo todo, porque yo soy un forastero y no conozco á nadie.

—Afortunadamente yo no tengo más ocupación que aguardar la una de la mañana, hora en que debo estar expedito.

—¿Tenéis cita?

—Precisamente, ¡y este maldito reloj que anda tan despacio!

—La hora llegará, capitán.

—La espero con una impaciencia que podría llamare « brutal ».

—Me gusta la palabra.

—Marchemos, señor Pedraja, y que ese par de tunos nos escolten; marchemos á ver á ese alguacil á quién le llaman Lanzarote; vive en uno de los suburbios más retirados de los Angeles.

Los cuatro embozados comenzaron á andar conversando en voz baja, cuando vieron desembocar á dos mujeres de una de las callejuelas y ponerse en la vía que va directamente á los Angeles.

—¡Hola! dijo el capitán, dos buenas mozas; apretemos el paso, puede ser que hagamos lance.

—Serán viejas tal vez; eso de andar en la calle á estas horas no es muy católico que digamos.

—Amigo mío, por ver no se paga; van á pasar junto á ese tendajo, echémosles el guante.

Y al acercarse á una de las mujeres reconoció á Rosalía á la luz pálida que arrojaba el moribundo candil de la tienda.

—¡Es ella! exlamó lleno de gozo.

Don Félix, que era un hombre ducho de aventuras, se lanzó sobre Rosalía tapándole la boca con el pañuelo, porque preveía que á los gritos de socorro, acudiría una ronda y esto acaso perjudicaría á la joven.

—Vamos, cargad á esa señora, se ha desmayado, y tened cuidado de no molestarla.

El Zurdo, que era un atleta, se echó la leve carga á sus espaldas de Hércules y siguió rumbo adelante sin saber donde dirigirse.

La vieja portera de Don Blasco, ducha también en estos lances, guardó silencio y se escurrió bonitamente sin que nadie pensara en detenerla.

—Caballero, me habéis salvado, murmuraba el estudiante lleno de alegría; vuestra inspiración ha sido la de... en fin, soy feliz, he encontrado á Rosalía... vos no sabéis cuanto la amo, figuraos que la Inquisición es terrible... me caso con ella... pues no faltaba más que cuando el cielo me la devuelve yo desperdicie la oportunidad de llevarla al altar... seréis mi padrino, porque como debéis comprender, yo necesito un hombre cualquiera que me apadrine, es decir, un padrino... qué bueno sois, capitán... y dónde la llevamos?... decid... hablad, yo os lo suplico!

—¡Pero si todo os lo decís, qué diablo voy á contestar!

—Vamos á la casa del tió Pablo, dijo el mulato.

—¿A dónde? preguntó con extrañeza el capitan.

—¿No lo habies oído? á la casa del tío Pablo

—¿Lo conoces?

—Es uno de nuestros mejores amigos.

—Pero yo no comprendo cómo...

—Es muy fácil, somos parroquianos antiguos de su casa de comercio y hay confianza para llevar á esta señora.

Quedóse el capitán reflexionando en la rara coincidencia de aquel encuentro.

—Sí, dijo Pedraja; yo no conozco al tío Pablo, pero debe ser un honrado y cumplido caballero; marchemos á su casa; por supuesto que yo

dormiré en el zaguán, porque eso sí, á mí nadie me gana á delicado; ese señor don Pablo verá cómo me porto; no llevo á Rosalía á la casita que había tomado, porque la descubrirán y entonces desandábamos todo el terreno ¿no os parece, señor capitán?

—Sí, me parece todo lo que vos queráis. ¡Hola! bellaco, ya te habrás cansado, yo llevaré á cuestas un rato á esa dama, á bien que estamos cerca de ese zangarro infernal del tío Pablo.

Diciendo y haciendo, tomó en hombros á la dama, y con la mayor facilidad del mundo y á pesar de las súplicas y cumplimientos de Pedraja, el capitán se llevó á la dama hasta descansarla en el quicio de la tienda del tío Pablo.

—Vamos, señorita, hemos llegado.

—¿Quién sois, caballero?

—Quién ha de ser, el capitán Don Félix de Quintanar, el mejor de nuestros amigos, dijo Pedraja.

—Silencio, dijo el capitán, apartaos que os comprometéis.

Pedraja se retiró, esquivándose de Rosalía.

—Señora, permitid que bese vuestra mano, dijo Don Félix.

Rosalía tendió su delicada mano al caballero y éste la besó con profundo respeto.

—¡Cáscaras! murmuró muy por lo bajo don Félix, jamás mis bigotes han rozado cútis más encantador.

—Yo os doy las gracias, caballero, pero os suplico que no nos abandonéis hasta dejarnos completamente tranquilos.

—Os doy mi palabra de honor.

—Gracias, capitán.

XII.

Lino se había adelantado, llamó á la puerta y el tío Pablo vió con asombro á Don Félix y al desconocido acompañados de una dama.

—Se necesita de vuestros servicios, dijo Don Félix arrojando una bolsa repleta de oro al receptador.

—Estoy á vuestras órdenes, señor capitán.

—Tenéis una hija recatada.

—Gracias al cielo.

—Lo único bueno y virtuoso que existe en todo este barrio de bribones.

—Ese es mi orgullo.

—Pues bien, la señorita va á ser recibida en tu casa.

—Al momento.

—Le guardarás cuantas consideranciones son debidas á una dama.

—Serán cumplidas vuestras órdenes.

—Cuanto quiera, cuanto necesite.

—Está bien.

—Y sobre todo, silencio y mucho silencio.

El tío Pablo inclinó la cabeza.

Rosalía hizo un saludo al capitán

—Y vosotros, dijo éste dirigiéndose á Lino y al Zurdo, cuidado con una imprudencia porque os cuesta las orejas.

—¡Ya! murmuró el mulato.

—Estos muchachos, observó Pedraja, son de entera confianza.

—Bien, bien, vámonos y buenas noches.

Los bandidos se quedaron en la tienda del tío Pablo mientras éste llevaba á Rosalía á la apartada habitación de su hija.

XIII.

El capitán y el esudiante se alejaron una cuadra de la casa del tío Pablo.

—Ahora os toca á vos, señor de Pedraja.

—Contad conmigo.

—Me váis á hacer la centinela.

—Dadme vuestros pistoletes.

—Ahí están.

—Y desprendiéndose las armas de la cintura se las entregó al estudiante.

—La una va á dar, á esa hora debo concurrir á la cita de la mujer que amo.

—Sed feliz, capitán.

—Ignoro si será un lazo.

—Comprendo perfectamente.

—Cuando oigas ruido de estocadas.

—Acudiré como el primero.

—Si dilato dos horas, penetrad en la casa del tío Pablo y hacedle á viva fuerza que os conduzca á donde yo voy esta noche.

—¿Luego váis á entrar á donde está Rosalía?

—Caballero, vos no me conocéis, estad seguro que vuestra novia será respetada en esa casa más que si se tratase de la dama á quien pretendo.

—Creo en vuestra palabra.

—Os empeño mi honor; ignoro el término de esta aventura, pero estoy ciego y necesito llegar hasta donde está la luz aun á costa de mi existencia; el misterio más profundo me rodea y voy á tientas; espero encontrar á una mujer puedo hallar la punta de un puñal.

—No lo digáis, capitán.

—En fin, la suerte está echada y no hay más que resignarse; yo no tiemblo sino ante la perspectiva de ser burlado.

—No lo creo, capitán, nadie se atrevería á semejante absurdo.

—Vos no sabéis del mundo.

—Puede ser; pero yo os aseguro que quien tenga de habérselas con vuestra espada lo pensará antes detenidamente.

—Sea de ello lo que fuere, estad en guardia.

—No me separo de aquí por ningún motivo.

—Si por acaso os detiene alguna ronda, tomad este papel, aquí está la «contraseña» de esta noche.

—Bien, ya nada tengo que temer.

En aquel momento sonó la una en el reloj de la Catedral.

—Es la hora, adiós.

—El os proteja.

El estudiante reconoció las pistolas, mientras Don Félix se encaminaba á un costado de la casa del tío Pablo.

Abrióse un postigo que parecía condenado, salío un embozado y tomando por el brazo al capitán le dijo en voz muy baja:

—Seguidme.

Y los dos encubiertos desaparecieron por el postigo, como si los hubieran tragado las sombras de la noche.

XIV.

La Inquisición de México, ese edificio sombrío con sus paredes de tezontle y su gran fachada, está situado en el ángulo noreste de la plaza de Santo Domingo, esa plaza histórica en cuyo centro había una fuente con un águila sobre un nopal, perpetuando el recuerdo de la fundación de México por los aztecas.

Dice la tradición que los poblodores de este encantado valle que según aseguran los geólogos se asienta sobre al apagado cráter de un volcán, determinaron levantar la ciudad en el sitio donde se paró la primer águila de las muchas que se cernían bajo aquel cielo bellísimo y despejado.

El águila no se hizo esperar.

Era una ave gigante cuyas alas tendidas al viento proyectaban una densa sombra que parecía acariciar el agua y deslizarse por los prados.

Revoloteó la reina del espacio algunos instantes y fatigada descendió á un «nopal,» que se alzaba en el centro de la laguna. Al caer sobre aquel asiento, pedestal de su soberbia, arrebató con su terrible garra una serpiente y la llevó á su corvo pico, oprimiendo la vibora que se agitaba en las convulsiones de la agonía.

Esa figura arrogante simbolizó el imperio azteca, fué una prenda de conquista y hoy se ostenta orgullosa en el pabellón sagrado de México independiente.

XV.

A la derecha del edificio de la Inquisición está el templo de Santo Domingo, cuyo convento era una sucursal de inquisidores, y tan distinguida orden contaba entre sus prohombres un virrey.

La Inquisición á la hora en que vamos á entrar en ella, tenía un pequeño farol casi en agonía, y sus patios y corredores estaban envueltos entre las sombras.

Las doce acababan de sonar en la torre de Santo Domingo.

En la portería del tribunal había una guardia, y sentado en un sillón de vaqueta un alguacil de vigilancia.

La ciudad dormía profundamente, así como los guardias todos de la población; las rondas habían cesado y el silencio no era interrumpido sino por esos ecos que nadie sabe de donde vienen ni qué los produce.

A lo largo de la calle de Midinas, adelantaba el paso una sombra, que tal parecía una mujer totalmente envuelta en su manto y con su saya escurrida.

Atravesó la plazuela y se llegó á la puerta del Santo Oficio.

—¡Ave María! dijo con voz gangosa.

—¡Por siempre alabada! contestó medio durmiendo el alguacil; ¿qué se ofrece?

—Nada, hermano, traigo aquí dos órdenes que presentar á vuestra merced.

—Veámos, respondió el alguacil, y se acercó al farol.

El alguacil era un hombrecillo pequeño, enjuto como una anguila, de ojos vivos como relámpago, cejijunto, con el labio inferior muy pronunciado y un bigote rubio y retorcido. Movía su cabeza de ganso entre la gola como un rehilete, y veía de continuo á todas partes.

—Bien, dijo al fin, elegid á quien queréis ver primero.

—A la mulata, señor Lanzarote.

—Cuidado, que puedo ser la de Córdova y escaparse pintando un barco en la pared.

—No digáis majaderías, señor Lanzarote, que hasta se encrespan los pelos al escucharos.

—Vamos, señora, que tengo un sueño espantoso.

—Ya os sigo.

El alguacil atravesó los patios, pasillos y corredores y llegando á los calabozos sacó un manojo de llaves, vió el número que correspondiá y abrió la puerta.

En el fondo de aquella cloaca estaba una mujer tirada en el suelo y casi desfallecida.

Unos enormes grillos puestos en sus piés le habían rozado el cutis hasta hacerle sangre, y sus manos estaban con esposas que las oprimían dolorosamente.

—¡Tenéis una suerte decidida, diablo de bruja! dijo Lanzarote; aquí está la orden de libertad.

La infeliz Camila contestó con un hondo suspiro.

La vieja con una habilidad sorprendente ayudó á quitar los grillos y esposas á la mulata.

—Estás salvada, dijo la vieja al oído de Camila.

La joven se estremeció; había creído reconocer el acento de aquella mujer.

—Salgamos, hija mía, salgamos que el señor de Lanzarote tiene que tomar una botella á vuestra salud.

Lanzarote alargó la mano y recibió una moneda de plata que la vieja le dejó caer.

—Marchaos y esperadme en la plazuela, dijo la vieja á la mulata; aun tengo que hacer una visita.

Camila salió del Santo Oficio y fué á sentarse en la puerta del atrio de la iglesia, pensando siempre en aquella mujer cuya voz le traía tan dolorosos recuerdos.

—¿Cuál es el calabozo del señor Treviño? preguntó la vieja.

—Este, y no permito más de un cuarto de hora; ved que hace una noche de perros y quiero dormir.

—Descuidad, señor Lanzarote, con tres palabras que hable á ese reo es suficiente.

Lanzarote se fué á tomar su asiento en la portería de la «casa,» mientras la mujer se entró al calabozo de Treviño.

XVI.

—¿Que me queréis? preguntó asustado el portugués.

—Nada, os vengo á visitar.

—¿Y quién sois?

—Una mujer que desea salvaros.

Treviño no podía distinguir entre aquella obscuridad á la vieja; le parecía que aquella voz se escaba de algún rincón del calabozo.

—¿Y bien?

—Podréis salir en libertad si consentís en lo que vengo á proponeros.

—Hablad.

—Llevaba una cartera ó la tenéis en algún lugar secreto, en que están unas cartas del señor Don Blasco de Guevara.

—No, yo no tengo nada, me tendéis un lazo para dar conmigo en el tormento.

—No os alarméis, querido señor Treviño, esos documentos servirán para salvaros.

—En caso de tenerlos me perderían; pero yo no poseo nada, ni conozco á ese caballero.

—Frágil sois de memoria.

—Pero decidme, ¿en nombre de quién venís?

—En el mío, caballero, y lo creo bastante para tener el honor de ser recibida por vuesamercd.

El portugués guardó silencio.

—Va á llegar el momento de las declaraciones y os arrepentiréis de no haberos prestado á mis insinuaciones.

—No sé de qué me habláis, ni lo qué queréis decirme.

—La cosa es más que sencilla, hay una correspondencia entre un aventurero que comerciaba con los piratas africanos y un señor de Guevara conplicado en el mismo asunto.

—¡Callaos, por compasión!

—Parece que nos entendemos.

—No; pero temo que esas palabras me lleven á ese tormento que es mi pesadilla.

—No sería muy difícil; indicadme el paradero de esas cartas.

—¿Cuál es vuestro interés.

—¿Qué os importa?

—Es que Guevara es mi amigo íntimo y no quiero comprometerlo; esa correspondencia sería un escándalo en la corte de Madrid.

—¿Y vos no sabéis que Guevara está en México?

—¿En México?

—Precisamente.

—¡Dios mío!

—¿Qué tenéis?

—Nada, ese hombre me salvará á toda costa.

—Es que yo haré que no llegue á sus noticias vuestra desgracia; merced á ese nombre supuesto que lleváis será imposible.

—¡Os digo que calléis por compasión.

—Bien, callaré á precio de esas cartas; ellas están dirigidas á un hombre que no es conocido, además, que una sola persona comprende la clave.

—Es verdad; pero esa mujer es mi enemiga y descubrirá esos crímenes que ya el tiempo ha envuelto en un sudario.

—¿Teméis á esa mujer?

—Ella puede llevarme al cadalso.

—¿Tenéis cuentas pendientes?

—¡La fatalidad!

—¡La ingratitud!

—¡Dios mío, esa voz, esa voz otra vez!

La vieja lanzó una carcajada estridente y convulsa.

—Soy presa de un sueño horrible, murmuró Treviño.

—Las cartas, insistió la vieja.

—¿Me garantizáis que saldré de estas mazmorras?

—Os lo afirmo.

—¿Y qué uso váis á hacer de esos papeles?

—Ya lo veréis más tarde.

—Oíme por compasión.

—Hablad.

—Mi hermano se ha salvado merced á que no ha aparecido un solo documento que le condene, yo lo mezclé en esa trama infernal que rehusaba; pero su nombre está en esos papeles, ved que ellos le matarían.

—Descuidad, mis planes no se extienden hasta él que goza de buena reputación en la Península.

—Es que he oído murmurar su nombre en la corte de México.

—No haráis aprecio, hay muchos parecidos; además, esa indagación os haría sospechosa, y más aún, en un lugar donde todo es espionaje.

—Pues bien, os voy á entregar los papeles; pero hacedme salir de aquí, porque yo solo sé el sitio donde se encuentran.

—Juradme que no lleváis encima esa cartera.

—Os lo juro.

—Yo te haré caer, pensaba la bruja, cuando menos lo espores.

—¿Qué persáis?

—Que es necesario un golpe de mano.

—Estoy pronto.

—Lo sé; á pesar de vuestra pretendida ancianidad sois fuerte como un oso; siempre estos hombres del mar son audaces hasta la temeridad.

—¡Que calléis, os ruego!

—Nadie nos escucha.

—Indicad lo que tenemos que hacer.

—Llamo á ese raquítico alguacil, lo encerramos en el calabozo, tomáis su capa y sus armas y asunto concluido.

—Bien, llamadlo.

La vieja se fué en derechura á la portería.

—Maese Lanzarote, he concluido, venid á cerrar el calabozo .

—Andando, que ya me habéis molestado más que si me hubiéseis echado al «potro.»

—¿Jé, jé, jé! deciá riendo la abominable vieja, estáis de humor esta noche; sois gracioso, señor de Lanzarote.

El alguacil llegó al calabozo, reconoció al preso con la linterna sorda y dijo con arrogancia:

—Ya nos la pagaréis, ojalá que pudiéramos quemar á todo el Portugal.

—No sería malo, dijo la bruja, dando á Lanzarote un fuerte empellón por las espaldas, que lo hizo caer en medio del calabozo.

Treviño, desplegando una fuerza que no revelaba bajo su apariencia raquítica, oprimió con una rodilla el pecho del alguacil, lo desarmó, le quitó la capa, y lo encerró en esa estancia donde la voz humana no encontró jamás un eco en sus aflicciones.

Bufaba rabioso Lanzarote; pero los calabozos distaban mucho del lugar donde estaba la guardia y no eran escuchados sus gritos.

—¡Estoy hechizado! ¡una bruja me ha hecho maleficio! gritaba el infeliz, dándose de calabazadas de furor impotente.

Treviño pasó entre los soldados sin ser conocido, la bruja dió las buenas noches y los dos personajes desaparecieron por uno de los ángulos de la plazuela.

XVII.

A la mañana siguiente el oficial de la guardia dió parte de que el alguacil de vigilancia Luis Lanzarote había desaparecido.

Cuando el alcaide fué á entregar á los presos el alimento, no quiso detenerse en el calabozo de Treviño.

—¡Muérete de hambre, maldito portugués! carguen todos los diablos contigo! no te daré un pedazo de pan sino hasta la noche. ¡Cómete las ratas, que bastantes hay en el calabozo, hereje del demonio!

Murmurando estas melífluas palabras, se alejó el alcaide, dejando en situación más difícil á Lanzarote.

Llegó la tarde, y el desdichado alcaide abrió el calabozo.

¡Cuál fué su sorpresa al encontrarse con el alguacil!

—Maldito seáis, dijo Lanzarote, me tenéis hecho un tigre enjaulado y hambriento.

—¡Dios mío! ¿pero qué significa esto?

—Significa que la bruja me ha hechizado.

—¿Qué bruja?

—La que vino anoche.

—¿Y el portugués?

—Se largó.

—¡Uf! ¡qué responsabilidad! ¿pero por dónde?

—Por la puerta.

—¿Y cómo lo dejásteis salir?

—Porque me dejó encerrado.

—Me parece sospechoso todo lo que pasa aquí, tal vez os habéis vendido.

—¡Callad, porque os ahogo!

—Esa cólera me es más sospechosa.

—Mirad que cometo un atentado.

—Eso es más sospechoso todovía.

—No le busquéis tres piés al gato porque...

—Nada, está bien, daré parte de lo ocurrido y disculpaos como podáis.

—Vos tenéis la culpa, os dormísteis como un podenco y yo, por no despertaros, fuí á abrir el calabozo á la vieja.

—¿Pero con qué orden?

—Con está.

Lanzarote buscó las órdenes del inquisidor y de Guevara; pero la vieja había tenido cuidado de extraérsela del cinturón luego que lo vió tendido en el suelo.

—Ya lo véis, murmuró el alcaide, todo ha sido obra vuestra; habéis relajado el orden de la «casa», os aprehendo en nombre del Santo Oficio.

Un guantazo dado sobre el rostro del alcaide, fué la respuesta á tal intimación.

El alcaide vió las estrellas, y aunque ese espectáculo es grandioso, no le hizo mucha gracia que digamos, así es que dió contra Lanzarote con el manojo de llaves rompiéndole el bautismo.

Esos fueron los primeros golpes, después continuaron tan rápidamente los subsecuentes, que se volvió el calabozo un campo de Agramante.

Acudió la guardia, que para separar de una manera humanitaria á los combatientes, les dió una de palos que en un tumbo de dados los desquebraja.

El oficial de la guardia del Santo Oficio, determinó encerrar á ambos en el calabozo para que se reconciliasen ó acabasen el pleito pendiente.

Luego que el señor inquisidor recibió parte de lo ocurrido, trató de echar tierra sobre el negocio, temiendo que apareciese su orden, y determinó que se levantase una información reservada sobre la fuga de Treviño, y se pusiese en absoluta libertad al alcaide y á Lanzarote, amonestándolos con que serían castigados severamente si volvían á romperse las narices.

XVIII.

La madre Paulína salió mas que de prisa de la Inquisición seguida del portugués.

Hemos dicho que la bruja era una gitana á quién Treviño había burlado, abandonándola después en las costas africanas, y que merced á ese comercio que aun hoy se hace por los traficantes negreros á pesar de los busques ingleses, la joven se encontraba en América.

Temiendo ser perseguida por su origen gitano, se había disfrazado de beata.

En Valladolid había encontrado á Treviño y quiso descubrirse; pero su instinto vengativo la hizo amurallarse en el silencio más profundo, meditando una revancha sangrienta.

Fingióse anciana, participó solamente su secreto á Lino el mulato que la acompañaba, y á quien había librado de la esclavitud en México.

Ya vimos de la manera con que el miserable pagaba deuda de tanta valía, robando á su protectora.

La gitana, durante el tiempo que Treviño la había tenido en España, conoció al hermano mayor de este, á Guevara y á otros muchos amigos que concurrían á la casa de su amante y estaban iniciados en esa trama obscura de sus negocios.

La gitana robó á Treviño cuantas cartas podían comprometer tanto á él como á sus cómplices, calculando que podían servirle en alguna ocasión.

Cuando la joven se encontró al despertar de su letargo en las arenas de Africa, juró vengarse de su amante. La ocasión no podía ser más propicia; el portugués llevaba consigo á su hija, y esa criatura podía ser la prenda de una venganza.

La madre Paulina, como llamamos á Zaida, sacó del Santo Oficio á Treviño para llevarlo á una casa en dónde guardarle en estrecha prisión bajo el amago que tenía sobre su cabeza.

Caminaban los dos siniestros personaje seguidos de la mulata, rumbo á Tlalteloico; en ese recodo que hoy se llama Puente del Clérigo se detuvo la bruja y dijo al portugués:

—Hablemos un instante mientras tomamos descanso.

—Hablemos, respondió sombríamente Treviño.

—Os he sacado del poder de la Inquisición.

El portugués no respondió.

—Me debéis la vida; porque vuestra nacionálidad y vuestras riquezas os sentenciaban cuando menos á una deportación perpetua, ¿no es verdad?

El portugués guardaba el silencio más profundo.

—El negocio más grande para vuestro corazón os trae á la capital, es decir, la esperanza de encontrar á vuestra hija.

Treviño arrancó de su pecho un hondo suspiro y dijo con voz apagada:

—Estoy á vuestra merced, creí por unos momentos conoceros, sé que me he engañado, os ví después como una aparición en la montaña de las Cruces, entonces os tuve miedo, miedo horrible que ha dejado aterrorizado mi espíritu... sí, como nunca lo había sentido. Vos estáis iniciada por artes del diablo en los secretos de mi existencia, y saléis que nunca he temblado ante ningúm peligro; pero que hoy me encuentro vacilante, anonadado... será tal vez este hondo pesar que me roe el corazón.

Treviño inclinó la cabeza y comenzó á llorar.

—¿Lloráis? dijo la bruja con acento trémulo, por una satisfacción salvaje.

—Sí, lloro por mi hija, por ese amor nunca sentido, por ese cariño que ha puesto límite á los desórdenes de mi vida y me ha hecho concentrar todo mi ser, todo mi aliento en esa criatura á quién Dios ha infiltrado todo el candor purísimo de la virtud.

—Así lloraba, dijo sombríamente la bruja, un infeliz padre á quién fué arrebatada su hija por un señor poderoso; así lloraba una madre desgraciada al ver perdido el fruto de sus lágrimas y de sus sacrificios; así lloraba una mujer abandonada!

—Por compasion, no lancéis á mi memoria esos recuerdos que os confieso me espantan.

—Bien, guardemos silencio sobre ello puesto que vos lo queréis, y hablemos sobre vuestra hija.

El portugués se arrodilló delante de la bruja, y con acento profundamente conmovido le dijo:

—Todo lo espero de vos, he llegado á creer en un ser misterioso que todo lo puede, á vuestro paso han caído los cerrojos de la Inquisición, y á vuestro poderío cedo lo mas formidable; ¡vos podéis volverme á mi hija!... Escuchadme, yo no tengo que ofreceros mas que mis riquezas, aceptadlas... tomad: con esta orden que entreguéis á un portugués comerciante, pondrá á vuestra disposición sumas enormes de dinero; yo os la entrego, pero ofrecedme al menos que veré á mi hija.

La vieja tomó el papel, lo dobló cuidadosamente, y lo puso dentro del escapulario que llevaba al cuello.

—¡Respondad por compasion! decía Treviño, siempre arrodillado.

—Si supiera este miserable, pensaba la bruja, que lo he sacado de la Inquisicion precisamente para perderlo!

—¿Me lo ofrecéis, señora?... sacadme de una situación tan desesperada.

La bruja no contestó una sola palabra.

—Esto es horrible, exclamó el portugués, levantándose del suelo.

—Sigamos nuestro camino, que son las dos de la mañana.

Treviño comprendió que no debía tener esperanza y se resolvió librarse á todo trance de aquella infernal mujer.

XIX.

Apenas habían andado un cuarto de hora, cuando se dejó oir un ruido de aceros, y gritos pidiendo socorro, y las carreras de la ronda, y voces de daos á prisión en nombre del rey, y confusión de clamores.

—Detengámonos tras estos paredones, que por aquí hay zambra, dijo la bruja.

Treviño, la mulata y la vieja se escurrieron tras unas ruinas, y esperaron el fin de aquella aventura.

Calmóse el ruido, alejáronse los pasos y la noche volvió á recobrar su silencio.

—Todo ha concluido, dijo la vieja, sigamos nuestra marcha.

—¿Y á dónde me llevais, señora? dijo el portugués.

La vieja siguió andando sin responder.

Detúvose Treviño y dijo resueltamente á la bruja:

—Seguid, que yo tomaré el camino que más me agrade.

—No haréis tal, respondió la madre Paulina.

—Ya me conocéis y no avanzaré un solo paso.

—¡Cuidado con enfadarme!

—Estoy resuelto á todo.

—Andad, y no arméis gresca, porque todo será en vano.

—¡Que no quiero! dijo el portugués alzando la voz.

—Vamos, y reflexionad todo el riesgo que corréis.

—Lo he medido ya.

—¿Calculadlo bien?

—Lo he calculado.

—¿Todo?

—Todo.

—Menos esto, respondió la bruja, y sacando una pistola de debajo del manto, la preparó con una violencia extraordinaria.

Treviño no aguardaba semejante cosa, así es que se quedó como petrificado delante de aquella mujer, que con el pulso firme le había puesto el cañon de la pistola en dirección á su cabeza.

—¡Andad! gritó la vieja ó disparo.

El portugués no dudó un momento de la verdad de aquella amenaza, y dijo para salvar su amor proprio.

—Decidme al menos el sitio á donde vamos.

—Adelante, caballero, no tengo que dar explicación alguna.

—Pero...

—Una sílaba más os levanto la tapa de los sesos.

No había remedio y era necesario ceder.

Treviño, con los ojos encandilados de rabia, se movió pausadamente.

—Acelerad el paso y no me desesperéis porque os juro que dejaréis de existir esta noche.

Treviño comenzó á temer por su vida, comprendió que iba en calidad de prisionero, teniendo delante la perspectiva horrorosa de aquella hidra, que por sus palabras revelaba un antiguo resentimiento. El portugués temblada como todo hombre ante la rabia de una mujer; porque la resolución en una alma débil es una de las cosas más terribles.

Resignarse á ser una víctima paciente, no entraba en el carácter audaz del aventurero, así es que se afirmó en la idea de deshacerse á toda costa de la bruja.

Aparentó ceder, y dijo con voz aplacada á la madre Paulina.

—El recuerdo de mi hija me sujeta á estas humillaciones y no el miedo á la muerte, podéis creerlo, señora.

—Sea como vos queráis, respondió la bruja; seguidme y es cuanto yo os exijo.

—Estoy á vuestras órdenes.

La madre Paulina se dejó seguir porque no podía creér que Treviño invocase á su hija en un arranque de hipocresía.

¡Qué cierto es que los corazones más encallecidos suelen responder á esa voz del sentimiento humano!

El portugués comprendió el efecto de sus palabras y continuó:

—En otros tiempos me hubiera sonreído de este instrumento de muerte, porque lo he visto cerca de mí tantas veces.... pero hoy no me pertenezco, mí existencia está en una de esas frases en que el espíritu se doblega, las propensiones enérgicas no tienen su desarollo y hay algo que se siente junto á nosotros que nos acobarda.

Al seguir en su discurso, se acercaba más y más á la madre Paulina, que parecía meditar en las palabras de aquel hombre.

—Os he dicho, continuaba Treviño, que estoy dispuesto á daros toda mi sangre, si lograséis entregarme á esa criatura.

Extremecióse el portugués, porque siempre el recuerdo de Rosalía era tan vivo, que no permitía confundirse con la trama siniestra que traía como una sombra sobre su corazón.

—Vamos, veremos, respondió la bruja; y luego añadió por lo bajo: ya te tengo entre mis garras, ya voy á saborear toda la hiel de mi encono, todo el veneno de mi venganza; sí, voy á desquitar tantos años de angustias horribles y de sufrimientos... al fin el destino me lo pone en mis manos... su estrella siempre luciente se apaga... La suerte me lo trae... cuando me hallé perdída, sola, abandonada, me arrodillé en las abrasadas arenas africanas y le pedí al cielo justicia... me ha escuchado al fin... sí, ya estoy á su lado, y ni aún lo sospecha... ¿qué dirá el miserable cuando caiga la máscara de mi rostro, esa máscara horrible que ya me pesa, y oiga el acento de Zaida, el acento terrible de la mujer burlada, pidiéndole cuentas de su porvenir?.. Sí, yo voy á enloquecer... Esperar... esperar... y cuando ya la esperanza se iba extinguiendo como el fuego de una hoguera, alzóse de improviso un sol de felicidad sombría; porque la dicha ha huído para siempre de mi corazón!... ¡pobre de mí!... pobre de mí!....

No bién había murmurado estas últimas palabras, cuando Treviño cayó sobre ella como un tigre, asióla de la garganta, como si una sierpe se le enroscara, y apretó tan fuertemente que la desgraciada no pudo articular ni una queja ni un grito.

Aflojáronsele los brazos que había llevado al cuello para deshacerse de las ligaduras; sus piernas se pusieron rígidas; su cabeza cayó hacía atrás.

—¡Está muerta! dijo Treviño poniéndola en el suelo.

Las tocas y el manto se arrancaron de la cabeza de aquella desgraciada, y la mata de su pelo se desgajó por sus hombros en la caída.

Treviño tomó la linterna sorda para buscar el escapulario donde la bruja se había guardado la orden para la entrega del dinero, y la luz dió de lleno sobre el rostro de aquel cadáver.

Contempló unos momentos el portugués aquella fisonomía, sus ojos amenazaron escaparse de sus órbitas, su rostro se desancajó como el de un espantado, y de sus labios trémulos ó más bien de su pecho se arrancaron estas palabras:

—¡Ella!... ¡ella!.... Zaida... la gitana.. ¡Dios mío!... ¡Dios mío!...

Desprendióse la linterna de sus manos, y al ruido que hiciéron los cristales que se estrellaron contra las piedras acudió la mulata.

Treviño escuchó los pasos y exclamó desesperado:

—La fatalidad me sigue, envolvámonos en su manto como en el sudario de mi porvenir.

Y dando otra mirada al cadáver, se envolvió en su capa y se echó á andar, como impulsado por la mano de su destino.

XXI.

Camila levantó la linterna y alumbró á la madre Paulina.

—La ha asesinado... ¡Socorro!... ¡socorro!... ¡socorro!..

La noche seguía en silencio.

—¡Infeliz, exclamaba Camila, infeliz! muerta por ese hombre á quién acababa de salvar de la hoguera.

Oyéronse ladridos de perros y pasos de gente que acudían al sitio dónde Camila estaba envolviendo en el manto el cadáver de la gitana.

—¡Daos á prisión! dijo el alcalde.

—Señor, han asesinado á mi protectora.

—Luego se la tomará la declaración. ¿Y por qué habéis cometido ese crimen?

—Yo no soy asesina; un hombre que va huyendo es el que ha cometido el crimen.

—¡Esta mulata tiene cara de embustera! dijo el alguacil; ella y no más ella, debe haber estrangulado á esa vieja.

—Yo os juro por la Virgen que no he sido.

—Razón de más, todos los tunantes son devotes.

—Callad, maese Pica-Anzuelo, que esas son cosas muy serias.

—Lo dicho, señor alcalde, y ojalá que los muertos hablaran, veríais si yo miento; pero la desgracia es ese silencio que se empeñan en guardar los difuntos cuando ya están muertos.

—Vamos, dijo el alcalde, ganapanes, cargad ese cadáver en una manta y llevadle al «déposito» para que mañana lo reconozcan sus parientes, si los tiene, y si no que no lo reconozcan.

—Eso se llama hacer justicia.

—Por algo me ha nombrado el rey alcalde.

—Me parece que el cadáver resuella todavía.

—Tanto mejor, cargad con él ú os voy á mandar pegar una zurribanba de palos.

—Al momento señor mío, dijeron dos sujetos de la ronda, y pusieron á la madre Paulina en una manta.

—Yo me voy con la «rea» para la cárcel á formar la averiguación, y vos, maese Pica-Anzuelo, id con la comitiva á donde os tengo dicho.

—Está muy bien.

—Aguardad.

—¿Señor?

—Que no se fugue el cadáver, ved que es un caso terrible de responsabilidad.

—Está muy bien.

—Aguardad.

—¿Qué?

—No le permitáis hablar con alma viviente.

—Señor, si los cadáveres no hablan.

—Es que este resuella todavía.

—No me acordaba.

—Aguardad.

—¿Señor?

—A propósito de resuellos...

—Vuestra señoría lo tiene muy grande.

—No, no es eso, registrada esa bruja cuando estéis en el « depósito », y guardad todo para el rey.

—Está bien.

—Aguardad.

—Señor, ya amanece.

—No importa, quería deciros que no « todo » fuera para el rey, reservad una parte para nosotros.

—Por sabido se calla, señor alcalde; S. M. el rey es bastante rico para ocuparse de estas friolera, así es que nosotros heredamos á esta bruja aunque resuelle.

—Eso es precisamente lo que quise deciros, me habeis comprendido á las mil maravillas.

El alguacil Pica-Anzuelo se marchó con la mitad de la ronda llevándose á la madre Paulina, mientras que el señor alcalde se encaminó á su casa á tomar descanso y primera declaración á la mulata.

XXII.

Seguía Pica-Anzuelo con su convoy, cuando se le metió en la cabeza que la bruja debía tener algunas oncillas que pelarle.

—¡Alto la ronda!

Los ganapanes pusieron en el suelo á la vieja.

—Retírese la ronda, que voy á practicar una diligencia con la « ocisa ».

—¿Cuál? preguntó un alguacil.

—¡No os importa! retiraos, ya está abierta la tienda de esa esquina, id á tomar un trago y volved.

A sordos se lo dijeron, la ronda se precipitó en masa en la vinatería.

Pica Anzuelo comenzó un registro escrupuloso.

Hemos visto cómo la madre Paulina había amartillado la pistola y preparada se la puso al cinto para un evento.

El alguacil tiró de ella y la pistola se disparó con la mayor facilidad.

—¡Muerto soy! gritó Pica-Anzuelo, y echó á correr en busca de sus compañeros.

Estos, al oir la detonación, como era muy natural, se pusieron en fuga sin preguntar siquiera lo que pasaba.

El aire de la madrugada comenzaba á soplar iniciando una de esas mañanas húmedas de Julio.

La madre Paulina cedió á la fuerza de la extrangulación, que por su momentánea ocasionó simplemente una congestión que cesó luego que las ligaduras dejaron de oprimirla.

Treviño la juzgaba muerta; así como la infeliz mulata á quién el alcalde hizo poner en cuerpo de patrulla.

El estallido de la pistola hizo volver en sí por completo á la gitana, y llevó instantáneamente las manos al escapulario en busca del papel.

—Aquì está, dijo con voz trabajosa, me he librado milagrosamente; ya me la pagará ese asesimo.

Y apoyandose con dificultad á las paredes de la calle, desapareció cuando ya el alguacil Pica-Anzuelo regresaba repuesto del formidable susto que le causó el disparo.

Los otros alguaciles acudieron con refuerzo de uno soldados y vieron con asombro que la muerta había desaparecido.

XXIII

—El señor alcalde Jiménez de Pinillos tomaba declaración á la mulata que trémula de miedo apenas podía responder al interrogatorio.

—¿Conque sois africana?

—Sí, señor.

—¿Precisamente de Africa?

—Así lo creo.

—¿Y qué religión tenéis?

—La catolica.

—¿Pues qué, se usan por allá los católicos?

—Mis amos me enseñaron en México.

—Bien, ¿y por qué la matásteis?

—¿A quién señor?

—A quién ha de ser, á ella, yo no sé cómo se llama.

—Os juro que estoy tan inocente como vos, señor alcalde.

—¡Ea! silencio y cuidado con comparaciones ni paralelos. ¿De que arma usásteis?

—De ninguna.

—Vamos, señor escribiente, poned que con las manos cometió el homicidio.

—¡Sí no he dicho tal cosa!

—Eso no lo escribáis. ¿Y con qué objeto la matásteis?

—Sobre que no la maté, señor.

—¿Conque no, eh?... pues entonces ¿quién la mató?

—Un hombre á quién habia sacado de la Inqusición.

—¡Hola! ¡hola! la cosa se presenta de una manera alarmante. ¿Y no sabéis con qué motivo.

—No.

—¿Ni lo que ocasionó la riña?

—Iba yo á larga distancia, cuando escuché el pataleo de la pobre vieja.

—Eso del pataleo me huele á complicidad; insisto en lo que he dicho á maese Pica-Anzuelo, que si los muertos hablasen, la verdad saldría limpia como la hoja de una espada al desenvainarla, ¿digo bien?

—Perfectamente, respondieron los asistentes y el escribano.

—Pues entonces, pened el parte y remitid á esta mujer á la cárcel de corte.

No bien el escribano había trazado las primeras letras del oficio.

cuando el alguacil Pica-Anzuelo se presentó en la estancia, seguido de los alguaciles.

—¿Qué pasa, maese? preguntó azorado el alcalde?

—Cosas verdaderamente graves y maravillosas.

—Hablad, hablad.

—El cadáver de la vieja ha hechado á correr.

—¡Lo dije! exclamó el alcalde; no en vano os lo recomendé tanto; yo sé lo que me digo, en esto de los crimenes soy hombre avanzado; contad, contad las circunstancias.

—Pués señor alcalde, estos hombres y yo, quisimos descansar un rato, á cuyo efecto pusimos el susodicho cadáver en la banqueta; estos hombres se ocupaban en rezarle un sudario, porque sabéis que son buenos cristianos, cuando al decir « Pater Noster, » ¡cataplúm!

—Qué, ¿reventó la vieja?

—No, señor, nos disparó á quemarropa un pistoletazo.

—Guardadme la pistola, es el cuerpo del delito.

Estos hombres lo primero que les ocurrió, fué echar á correr.

—En ese punto, estamos de acuerdo, yo hubiera hecho otro tanto, pensó el alcalde.

—Naturalmente, continuó el alguacíl, yo los seguí á toda prisa para convencerlos de...

—Sí, entiendo.

—Estos hombres se detuvieron, como era natural, en la vinatería.

—Con otra « naturalidad » de esas que me contéis de estos « hombres, » los soplo á la cárcel.

—Pues señor alcalde, cuando volvimos estos hombres y yo, naturalmente encontramos que la vieja había desaparecido.

—¿Y la pistola?

—Ignoramos el contenido de la pregunta.

—Escribid, señor alguacil, escribid, es necesario que el señor alcalde del crimen se ponga al tanto de estas abominaciones jurídicas y criminales que pasan en el foro de Nueva España.

El alguacil tomó la pluma y el alcalde dictó poco más ó menos el siguiente parte:

« Señor: El infrascrito que abajo firma, da parte á V. S. que anoche encontró andando á un cadáver que respiraba todavía, en unión de la matadora. Doy así mismo parte de que la relacionada difunta, luego que se vió en la calle y puesta en una banqueta, dijo: piés, para qué os quiero, y se fugó haciendo un fuego mortífero sobre los alguaciles, no se sabe si con instrumento cortante, por no parecer el proyectil ni el instrumento; constando del dicho de los testigos solamente la detonación, que acompaño para conocimiento de V. S.

« Dios guarde á V. S. muchos años.—El alcalde de la ronda de las doce á las cinco de la mañana. »

—Podéis firmar.

El alcalde tomó la pluma y escribió: « Francisco Xavier Ximenez de Pinillos. »

La mulata lloraba en silencio, por lo tanto sus lagrimas nada podían en el ánimo del alcalde.

Lleváronla á la prisión, donde se le recomendó por haber matado á una mujer que resultaba « viva. »

XXIV.

La hija de tío Pablo escuchó pisadas y vió unos bultos que se deslizaban en el patio interior de la casa. Llamólo la atención ver á una mujer entre aquel grupo de hombres, y sin poder contener su curiosidad se acercó.

—Hija mía, dijo el tío Pablo, te necesitaba para hacerte un encargo.

—No hay más que hablar.

—Esta señorita es novia de un caballero amigo mío, se encuentra perseguida y no tiene más apoyo que nosotros; yo la fío á tus cuidados, ya sabe cuánto es mi amor hacia tí, y jamás te pondría en contacto con una mujer que no fuera digna de tu amistad.

Rosalía levantó la cabeza, sus ojos se encontraron con los de Luisa y un rayo de simpatía se cruzó entre aquellas almas hermanas.

—La señorita, dijo Luisa, me inspira un gran interés, desde luego le ofrezco mi amistad si ella se digna aceptarla.

Rosalía tomó entre sus manos la mano que la joven le presentaba y la bañó con sus lagrimas.

—Aquí, dijo Luisa, aquí sobre mi corazón, desde hoy seré la confidente de vuestros sufrimientos; venid, venid conmigo.

—Ya lo sabía, dijo el tío Pablo, viendo la nobleza de su hija, ¡sobre que he dicho que eres un ángel! vamos, esta criatura va á acabar por hacer de mi otro hombre.

Luisa tomó del brazo á la joven hija de Treviño y la introdujo en el departamento.

—Sentaos y decidme ¿qué deseáis?

—Nada, todo lo que ha pasado me parece un sueño, no sé si estoy despierta ó sigo en esta pesadilla hòrrible.

—¡Pobrecilla! exlamó Luisa, tratando de tranquilizar á la joven.

—Haces algunas horas que la Inquisición trataba de apoderarse de mí; después una mujer, un ángel salvador, me sacó de esa terrible casa donde se tramaba contra mi honor, después... un rapto... no sé quién me ha traído aqui, debe ser la Providencia que nunca me ha abandonado!

— Sí, dijo Luisa, la Providencia, porque aquí nada tenéis que temer; mi padre es un hombre burdo, mal educado, peró tiene buen corazón; ademas que sois mía, y no consentire jamás en nada que pueda ofenderos ni molestaros.

—¿Y conocéis á la persona que me ha traído á vuestra casa?

—Sí, es el capitan Don Felix de Quintanar, guapo, mozo, galán, enamorado y hombre de aventuras; pero de honor á toda prueba.

—¿Y qué objeto le llevaría al arrancarme de esa mujer, que me llevaba yo no sé donde?

—No lo sé, él venía acompañado de un yoven que le llamaban Pedraja.

—¡Dios mío!... estoy salvada.

—¿Luego conocéis á ese caballero?

—Sí, es mi novio, con él he venido á México, estamos próximos á casarnos, seguramente él aconsejó al capitán lo del rapto.

—No hay duda, puesto que tenéis tales antecedentes.

—¿Y se ha ido?

—Aquí no entra ningún hombre, respondió la joven.

—Pero yo, si lo tenéis á bien, desearía verle; de él depende mi porvenir, yo os lo suplico.

—Bien, lo veréis, es muy justo, mañana vendrá aquí, y entonces...

—Si delante de vos declarará ese hombre que no es mi amante y la pureza de sus intenciones.

—Bien, bien, se hará como vos lo deseáis.

—¡Gracias, gracias!

—Ahora esperadme, la ana acaba de sonar y necesitamos recogernos; conque adiós y descansad.

—Adiós.

—Como os llamáis?

—Rosalia.

—Hermoso nombre.

—¿Y vos?

—Luisa.

—Pues bien, Luisa, hasta mañana.

—Adiós, Rosalia.

XXV.

La hija del tío Pablo se marchó en seguida al postigo por donde el capitán Don Félix debía penetrar á la casa donde se verificaría la cita concedida por Amparo .

El tío Pablo introdujo á Don Félix.

—Mi hija lo quiere, decía el viejo, luego debe estar muy bien hecho y muy bien pensado.

—Venid, caballero, dijo la joven, tomaos de mi brazo, no conocéis el terreno y podriáis haceros mal.

—Sea en buena hora, respondió Don Félix, y entregando su mano á Luisa atravesó los patios, entró en un corredor y se halló de improviso en la cámara de la señora de sus pensamientos.

Al aspecto de tanto lujo y riqueza, el jóven tuvo una sospecha y frunció el ceño con visibles muestras de descontento.

—Pasad, caballero, que la señorita os aguarda.

Don Félix penetró animosamente y se halló frente á frente de Amparo, que estaba immensamente hermosa.

—Señora, dijo algo cortado el capitán, me siento tan feliz en este momento, que falta hasta el aliento en mi pecho.

—Sentáos, capitán, respondió dulcemente la enamorada joven.

Don Félix se dejó caer en aquel estrado y aproximandose sin querer á Amparo, que lo atraía como la serpiente al pájaro.

—Habéis consentido en hablar conmigo, y os etoy profundamente agradecido.

—Estoy ansiosa por saber lo que me tenéis que decir caballero.

—¿No lo adivináis?

—Os confieso que no.

—Pues oidme.

—Yo os escucho.

—Capitán humilde de los guardias del virrey, rondaba por estos suburbios más bien por dar vuelo á mi mal humor, que por guardar el orden en la ciudad.

—Eso se comprende desde luego, dijo sonriéndose la joven.

—Una de esas noches en que parece conjurarse el cielo en nuestra contra, llegué al cementerio de esa capilla triste de Santiago, me senté en el quicio, y dormí profundamente. Los soldados de la patrulla no quisieron despertarme, pero la campana que llamaba pausadamente á la misa, me hizo volver de mi sueño. Levantéme de aquel sitio, el aire era tan penetrante, que me entré en el templo, esperando que amaneciese.

—¿Luego no estábais ahí por devoción?

—No sé mentir, señora.

—Proseguid.

—Apoyado en la fuente del agua bendita, veía entrar á los vecinos, cuando llegó una dama cubierta completamente con su velo, y seguida de una doncella y dos pajes. Acercóse á la fuente, entonces instintivamente le presenté el agua, que ella tomó con sus dedos blancos y delicados. Al través de aquel velo centelleaban dos ojos como unos soles y se trasparentaba el marfil puríssimo de su frente. Cuando aquella dama murmuró con voz imperceptible: « gracias, caballero, » aquel acento me pareció un remedo de la voz de los serafines. Adelantóse por la nave semioscura y entre las sombras crepusculares distinguí un talle gallardo y una majestad que subyugó mi corazón y todos mis sentidos: yo amaba á aquella mujer, no sabía quién era, no lo sé aún y sin embargo la idolatro. No pensé seguirla por temor de ofenderla, y esperé el domingo siguiente buscando ansioso y delirante la ocasión de verla; ella me encontró en el mismo sitio, y yo volví á tocar aquella mano encantadora á cuyo contacto me estremecía por un afán desconocido.

Pasaron así tres domingos; entonces comencé á rondar estas calles sin saber la puerta por donde se entraba mi desconocida, ni aún podía sospecharlo; la casualidad hizo que encontrase más tarde á vuestra doncella, que me hizo jurar bajo mi palabra de honor que no la seguiría.

Yo lo hice, y lo he cumplido, contentándome con dirigerle unas letras, manifestación apasionada de mi cariño. Un día, señora, el más feliz de mi existencia, recibí un aviso de que se me concedía una cita. Ese momento que he esperado un año, un año mortal en que he apurado los sufrimientos más espantosos y las contrariedades más terribles; pero al fin estoy á vuestros pies, al fin puedo acercarme y deciros con la voz del alma que os adoro.

—Alzad, capitán.

—No, yo debo estar de rodillas; despreciadme ahora si os place, arrojadme de vuestra presencia, mi alma está satisfecha con haberme acercado á vos... perdonadme, sí, necesito vuestro perdón por haberos amado; pero Dios ha encendido en mi alma este fuego inextinguible... insaciable!...

Arrebatada la joven por el lenguaje apasionado del capitán; opri-

mió su mano contro su pecho y le dijo excitada por cariño que se revelaba en su alma:

—Don Félix apeláis á la verdad de mis sentimientos y yo debo corresponder á ese llamamiento; os amo, pero entre los dos hay un abismo, os he hecho venir hasta aquí para daros una despedida eterna.

Don Félix inclinó su frente como herido por un rayo.

—¡Es increíble! murmuró el desgraciado.

—Y sin embargo, es la verdad.

—¡Pero una verdad espantosa!.. Llegar á las puertas del cielo, hablar con los ángeles, ver los horizontes de luz del porvenir para hundirse después en el abismo sin fondo de la desgracia!... aceptar para siempre esa noche sin término del olvido... de la muerte!... no, no, la muerte sería un bien, porque ella es la cesación del sufrimiento, el signo de ese llanto arrancado á las tribulaciones amargas del espíritu!...

—¡Callad por compasión! ved que yo participo de vuestras angustias; peró creedme, este es un amor imposible, un amor que causaría más desgracias aún que la nuestra.

—Decidme al menos si me es dado á costa del sacrificio más grande que se conoce en el ánimo inspirado de un hombre, salvar los inconvenientes que me rodean.

—Respetad mi secreto.

—Señora, en nombre del cielo, sacadme de este caos espantoso en que me habéis lanzado.

—Os digo que es imposible, capitán.

—Pues bien, yo no retrocedo un paso, no sé con quién voy á luchar, las tinieblas me rodean; pero yo no busco ya más que la muerte.

—¿Y queréis la mía?

—No, no, pero vos decís eso para retraerme.

—Os encuentro superior á los demás hombres, valiente, generoso, y me duele veros sobre una senda que va á parar á un abismo.

—Hasta ahora, señora, nada me ha amedrentado; pero aun suponiendo que hubiese sentido miedo, delante de este amor inmortal me haría un héroe!

Levantóse Don Félix y tomando su sombrero dijo profundamente conmovido á la joven:

—Adiós, mi destino está echado, desde hoy camino con una venda en los ojos; ignoro donde me llevará este frenesí, peró estoy decidido á todo; os pido perdón anticipadamente, sé que voy á causaros males incalculables, os ruego que no lo achaquéis á falta de consideración ni de generosidad, pero no tengo dominio sobre mi espíritu, os repito que voy arrastrado per un torrente impetuoso, envuelto en las olas tumultuosas de la desesperación.

—Os tiengo miedo, capitán, y me arrepiento de haberos hecho concebir una esperanza haciendo que llegáseis hasta mí! Sea lo que fuere, capitán, yo estoy en la atmósfera del infortunio y no agravaréis mi situación.

Don Félix se sintió helado ante aquella mujer, que veía con desdén la carrera de sacrificios que intentaba emprender en un rasgo de su carácter romancesco.

—Vuestro valor, vuestra abnegación, cautivarian á un corazón menos expansivo que el mio, que converge hacia lo grande y lo sublime.

—Lo sé, señora, y por eso os amo con delirio.

—Caballero, puesto que insistís en vuestro amor, es necesario revelaros el misterio de mi existencia.

Don Félix tomó asiento y esperó á que la dama comenzase su relato.

XXVI.

Oscurecióse un tanto el semblante de Amparo como si acudiese á su faz la tormenta de sus recuerdos.

—Nací en uno de los pueblos más humildes de la Peninsula, mi padre era uno de los capitanes más antiguos del ejército español, cuando á consecuencia de sus años colgó su espada y se retiró á la vida de familia. Yo tendría cinco años, crecí á su abrigo y todos sus ahorros se invirtieron en mi educación. Desde luego me hice notable por esta circunstancia, en aquellos tiempos en que se descuidaba tanto la instrucción de la mujer. Mis maestros tomaron empeño tan decidido, que revelaba á la memoria los hechos más gloriosos de nuestra historia y sabía mucho de lo que hoy ignora la sociedad distinguida de nuestro país. En aquella época, acaso la más feliz de mi vida, la muerte vino á arrebatarme á mi padre y quedé huérfana y desemparada... Perdonad, caballero, si aun pago con estas lágrimas un tributo á ese desgraciado anciano, sombra protectora de mis primeros años!...

Don Félix escuchaba con vivo interés á aquella mujer, absorviendola con sus miradas y con su aliento.

Uno de mis maestros me presentó en la corte como á la hija de Alfonso Núñes el veterano, y el rey me acogió con tal solicitud, que á los pocos días me hizo dama de la reina María Luisa. Vos no conocéis, capitán, las intrigas de la corte; comenzaron á llenarme de acechanzas, á requerirme de amores, á darme serenatas, inquietando á las señoras de la corte que me veían con envidia, lo que halagaba mi orgullo de mujer; en fin, caballero, me hicieron la dama de moda, y cuando se llega á ese lugar, á ese emporio, no hay más porvenir que el hundimiento, la muerte tal vez!... Una noche en que la reina se encontraba enferma, el rey salió de la cámara solo, me halló á su paso y me dijo: «Doña Amparo, es necesario que lo sepais, os amo,» y sin añadir una palabra más, se fué á su departamento. Aquella declaración capaz de trastornar el juicio á una mujer menos reposada que yo, me causó una pena terrible; desde aquel instante la tranquillidad huyó de mi alma, y la tristeza más profunda cayó sobre mi existencia. Pasaban los días, el rey visitaba con más frecuencia la cámara de Maria Luisa esperando la oportunidad de hablarme que yo siempre esquivaba. Desgraciadamente, capitán, caí enferma y... una noche...

—¡Seguid, gritó el capitán, que me estais asesinando!

—¡Don Félix, replicó la dama con altanería, hasta hoy mi frente no se ha humillado ante nadie y ved que la llevo alta, muy alta!

—Perdonad mis celos, tened compasión de un desgraciado!

—Decía que una noche llamó el rey Don Carlos á la puerta de mi estancia y yo sin sospechar que viniese á mi casa y á esas horas, grité

descuidada: « adelante. » Cuál fué mi sorpresa al ver al monarca llegarse hasta mi lecho y tomar asiento en el próximo sillón!

—Señor, ¿que hacéis? cualquiera pensaría que...

—Nada temáis, la hora es avanzada y á favor de este disfraz he penetrado en vuestra casa.

—Ved que estáis exponiendo mi honor.

—Soy el primero en respetarlo.

—Entonces no comprometáis á una mujer desgraciada.

—Amparo, dijo el rey, he luchado mi amor con todo lo que me rodea que es espantoso, he querido huir de vos, alejarme para calmar la pasión que me devora; pero todo ha sido en vano, quería imponerme á este cariño recordando á mi esposa y á mis hijos; pero todos estos obstáculos parecían aproximarme más á vos... falto de fuerza, vencido, humillado, llego hasta vos para ofreceros mi corazón en el silencio lúgubre de mi existencia.

—Es un amor imposible, señor.

—Sí, Amparo, imposible, y por eso es más vehemente!..

—Es necesario ponerse la mano sobre el corazón, desgarrarle si es necesario; pero triunfar; porque el crimem sirve de sombra á ese sentimiento en el terreno en que nos encontramos.

—Es verdad... ¡adiós, y conservad al menos un recuerdo bueno de mí!

—Un favor antes de marcharos.

—Hablad.

—Necesito salir mañana mismo de Madrid y regresar á mi pueblo, de donde no debí haber salido.

—Pensadlo bien.

—Estoy resuelta.

—¡Tomad la vénia de la reina y partid!...

—Gracias, dije oprimiendo la mano que el monarca me tendía y besándola llena de reconocimiento.

—En aquel instante, la puerta de mi gabinete se abrió con estrépito, y á la luz de la lámpara pude contemplar el rostro lívido de la reina.

—¡Sois un infame! dijo encarándose al rey. Vos, señora, una ingrata; habéis burlado esa fe que depositaba en vos con un cariño generoso.

—Señora, V. M. me acusa, y soy inocente.

—Sí, inocente, repitió el monarca; os confieso, señora, que en un momento de locura, he penetrado los umbrales de esta estancia; pero que esta criatura se ha mostrado digna.

—Callad, y no añadáis á la ofensa la mentira.

—¡Salgamos! gritó el rey lleno de furor; y tomando por un brazo á la reina, la sacó casi á fuerza de la estancia.

—¡Miserable! decía María Luisa, me habéis ultrajado delante de vuestra manceba.

—Yo me eché á llorar desesperada, resuelta á abandonar la corte y hasta España, sí, era necesario: convenid, capitán, en que la desgracia era injusta conmigo.

—Señora, sí, muy injusta, murmuró Don Félix.

—A la mañana siguiente, ya en tren de camino, fui detenida por el alcalde del crimen, acusada de haber querido envenenar á la reina.

—¡Pero esa trama es abominable! gritó el capitán.

—Cuando la invidia y la maldad se alían, no hay remedio, es necesario entregar el cuello á la fatalidad. La corte entera condenó mi conducta y mis enemigos tuvieron un pretexto para vengarse de las humillaciónes que yo les había causado involutariamente. Todos pedían un escarmiento, y yo deseaba la muerte, la muerte, capitán; porque el término de aquel proceso era el cadalso y yo no tenía valor.

—Y el rey, señora, ¿os dejaba en ese trance?

—Comprenderéis que nada podía hacer en esa situación excepcional; ya en la corte se murmuraba que estaba enamorado de mí, y su intercesión equivaldría á una complicidad.

—Yo hubiera arrostrado por todo.

—Gracias, capitán, ese rey desgraciado no tiene vuestro valor.

—No sentiría, decid más bien, este cariño que yo abrigo por vos, y ante el cual todo es pequeño.

—Un día ví penetrar en mi prisión á mi tío el abogado, don Pedro Núñez de Clavijero: aquella visita extraña me causó una impresión desagradable; sabed, capitán, que ese hombre, como todos los hermanos de mi padre, le había abandonado á su suerte, cuando merced á mi servicios habían tenido un nombre con que presentarse al rey. El monarca al prendarse de mí, protegió á don Pedro, hasta el grado de tolerar rumores siniestros que le acusaban, así como á mi otro tío don Alvaro, de no sé que connivencia con los piratas de Gibraltar. Don Pedro es hombre de talento y se hizo un lugar en la corte de S. M., hasta llegar á ser su consejero y confidente. Cuando lo ví en mi calabozo, no se me ocultó que algo grave venía á tratar conmigo.

—Querida sobrina, extrañarás mi visita, me dijo; pero un negocio de sumo interés, un sentimiento de familia me obliga á presentarme.

—Yo guardaba silencio.

—Se trata nada menos de tu honra y de tu existencia comprometidas de una manera desastrosa.

—Lo sé perfectamente y ya he tomado mi resolución.

¿—Podrías comunicármela?

—No tengo inconveniente, lo he meditado mucho, pero al fin me he decidido: entre el cadalso y el suicidio opto por éste sin vacilación.

—Estamos perfectamente de acuerdo.

—Y bien?

—Con una sola diferencia, yo quiero que vivas muerta entre los vivos.

—No os comprendo.

—Voy á explicarme mejor: de todos los testimonios de ese proceso fraguado por los aduladores de la reina, resulta, á no dudarlo, el cargo espantoso de « regicida; » porque la justicia tiene todo el plan, la combinación y hasta el veneno que debías propinar á la majestad de María Luisa.

—¡Trama infernal!

—Sí, pero inconjurable.

—Estoy perdida, pero me salvaré.

—Escúchame: merced á un tósigo, simplemente narcótico, pasarás por muerta; yo me encargo de extraerte de la tumba y partirás conmigo á América donde voy nombrado inquisidor.

—Yo me quedé meditando.

—Reflexiona, querida Amparo, que no hay otro medio para salir de esta borrasca.

—Lo acepto.

—Entonces Pedro Núñez de Clavijero sacó un pomo y me lo entregó.

—Esta noche, Amparo, y mañana estás salvada; adiós.

—¡Adiós!

XXVII

—El inquisidor se alejó y yo satisfecha de encontrar un medio que me arrancase de las manos impías de esos miserables; lo aceptaba, no por amor á la vida, sino con la esperanza de vindicarme alguna vez y que mi nombre pesase en las conciencias de los malvados. Vertí el narcótico en un vaso y lo apuré hasta las heces. A los pocos momentos el vértigo más terrible acudió á mi cabeza, turbóse mi vista, los oídos me zumbaban hasta atarantarme y mi corazón paralizaba sus latidos... Después nada sentí, es que había entrado en la plenitud del sopor y del narcótico.

Cuidé de escribír una carta quejándome de la injusticia y motivando en ella mi detrminación de suicidarme.

El alcaide ocurrió á mi calabozo, seguramente dí sin voluntad algunos gritos; el infeliz hombre dió parte y Madrid entero supo el suicidio de la dama predilecta de MaríaLuisa.

—Desperté en el cementerio y dentro de la caja... fué la impresión más fuerte de mi vida, capitán!

—Lo creo, señora.

—Fué una noche de tormento horrible; yo rompí la madera de la caja, que cedió al momento por estar preparada para el caso; me eché fuera y comencé a vagar como una loca, llena de un terror espantoso.

—Abrióse la puerta del cementerio y entró Núñez de Clavijero.

—¿Has despertado ya?

—Sí sacadme; porque temo seriamente la muerte.

—Permanecerás esta noche en la casa del sepulturero hasta mañana.

—Bien, pero pronto.

—Lindando con la barda estaba la humilde casuca del guarda-panteón, la casuca tenía una ventana para el cementerio, desde donde percibí mi entierro.

—¡Funesta impresión.

—Sí, capitán, yo siempre rodeada de lo más lucido de la corte, ví asistir á la cerimonia solamente uno que otro curioso; todos se alejaban más bien que del féretro de una suicida, del cadáver de una mujer que había caído en desgracia con la reina.

El inquisidor me sacó al fin de aquella mansión de espanto, y bajo la apariencia de una criada vine en el buque que nos trasladó á América. Yo conocía en todo la noble mano del rey.

Don Pedro, temiendo que al presentarme en la corte de México, no

tardaría en saberse mi nombre y mi historia, me ha hecho encerrar en esta casa de modesta aparencia, donde vivo sola y desesperada.

—Sois muy desgraciada, murmuró Don Félix.

—Ese miserable ha revelado el secreto al marqués de Croix, actual virrey, me lo ha presentado como un confidente de un secreto que no debía nunca haberle confiado, y ese hombre, capitán, se permite requerirme de amores. Don Pedro ha colocado su retrato en este aposento, y á fuerza de verlo he acabado por detestarle; sí, Don Félix, el virrey se ha dejado decir que tenía en sus manos mi destino, que el rey le mataría después, pero qué el satisfaría una venganza.

—¡ Terrible situación!

—Sí, terrible, hacedla más negra si queréis.

XXVIII

Oyóse un silbido prolongado y Luisa entró á pocos momentos pálida por la emoción.

—¡ Señora, señora, ellos son! venid, capitán.

—Id, Don Félix, permaneced en la casa hasta que salgan.

—Pero pronto, decía Luisa, sin poder contener su emoción.

Don Félix salió apresuradamente, y conducido por Luisa, se entró en el aposento de Rosalía.

La joven dió un grito al reconocer al capitán.

—¡ Ella otra vez! murmuró Don Felix, y sus miradas se fijaron con entusiasmo en el rostro encantador de aquella mujer.

XXIX.

El inquisidor Don Pedro Núñez de Clavijero y el virrey Branciforte penetraron en el aposento de Amparo.

El marqués de Croix era un hombre delgado, de nariz aguileña, lampiño, de labios finos, frente deprimida, y todo el rostro color de escarlata; los ojos surcados de venas denunciando la tendencia á los licores embriagantes.

Branciforte tenía mal corazón, y era uno de tantos hombre á quien el fanatismo de Carlo IV había colocado en el dosel de Nueva España.

Branciforte tenía un gran defecto, la avaricia, al encontrarse en las Indias, se propuso enriquecerse á costa de las arcas públicas y de las particulares, llegando su codicia hasta el grado de propagar la idea de que era de mal tono llevar « perlas » en el tocado, dándole preferencia al «corál.» Las señoras de la corte siguieron la corriente de la moda, y Branciforte compró una cantidad fabulosa de « perla, » haciendo esta operación por medio de sus agentes.

Enterados nuestros lectores de lo que valía el señor marqués de Croix, seguimos el hilo de nuestra historia.

Amparo cambió naturalmente de fisonomía, haciéndola alegre y bur-

lona: que tal era el carácter que se había propuesto seguir con aquellos personajes.

—Amparo, dijo el marqués, no debéis extrañar mi visita á esta hora; graves asuntos de Estado me han detenido en el despacho.

—Su Excelencia el señor virrey puede venir á esta su casa cuando lo tenga á bien.

—Gracias, señora.

—Y vos, querido tío, prosiguió la joven, os veo cabizbajo y tristón.

—Algo de eso, sobrina mía.

—Es que toma á pechos todas las cuestiones, dijo el marqués.

—Pues hace muy mal, la vida es broma aunque pesada, y es necesario no salirse del terreno bajo la pena de ponerse de mal humor.

Branciforte comenzaba a picarse con el tono de la joven.

—¿Y vos, señora, nada encontráis de serio en la existencia?

—Sí, el pasado, porque en él están las sombras de nuestros padres y esa edad en que los purísimos velos de la ilusión se tienden delante de nosotros; velos que se disipan momentáneamente para entrar en la realidad tranquila de la vida.

—Amable sobrina, dijo Clavijero, has hecho una disertación digna de un filósofo.

—Puede ser; acaso no tenga el mérito de ciertas consultas que S. E. tiene sobre el bufete de su despacho, pero esta conserba el tinte de la verdad.

El inquisidor se mordió los labios.

—Estáis terrible esta noche, Amparo, dijo el virrey

—Es que mi señor tío en todo habla con misterio; esto es racional atendiendo el oficio que desempeña en la corte de México.

—Cuidado con bromas, el Tribunal de la Fe no se presta mucho que digamos á esas sátiras.

—Voy conociendo, dijo el virrey, que vuestra sobrina no carece de razón.

Clavijero se sonrió por complacer á su amo; pero estaba ardiendo de coraje.

—Yo, señores, dijo Amparo, vivo tranquila sin inquietarme ni de la autoridad virreinal, por cierto muy respetable, ni de la no menos terrible del Santo Oficio.

—Veo, señora, observó el marqués, que esas aclaraciones no son del caso, si me lo permitís.

—Efectivamente, marqués, son dichas por lo que pudiera importar en nuestras relaciones amistosas.

—Me ahogo de calor, dijo Clavijero, y bajo el pretexto de tomar aire pasó á la pieza inmediata, dejando solos á la joven y al marqués.

XXX.

Señora, dijo Branciforte, hoy vengo resuelto á terminar de cualquier modo el empeño que me trae hasta vos.

—Cuidado, marqués, vuestros humos os llevan siempre á extremos terribles.

—Dejad por compasión ese tono, sed la que sois ó por lo menos la que debíais ser.

—Perdonad, caballero, para mí son un misterio vuestras palabras.

—Amparo, vuestro carácter no es ese que aparentáis; sois sensible, apasionada, comprendéis los sentimientos más elevados del espíritu y os empeñáis en vulgarizaros.

—Le doy las gracias á S. E. por lo mucho que me favorece.

—Es que mi amor os causa hilaridad y me hacéis víctima de vuestras sátiras siempre sangrientas.

—Dejadme así, señor, porque de tomar á lo serio vuestro amor, tendría que deciros cosas que os sonrojaran.

El marqués volvió la cabeza.

—Ya lo véis, prosiguió Amparo, no he hecho más que deciros una frase, una sola palabra y ya estáis confuso.

—Sí, murmuró Branciforte, confuso, anonadado ante vuestras reconvenciones; sé que es un crimen hablaros de amores, que esta proposición de crimen os debe injuriar; pero qué queréis, vedme ante vuestra belleza, ya al declinar de mis años, sufriendo los estragos de una pasión intensa, vehemente y que acabará por trastornar mi juicio!

—Señor marqués de Branciforte, Dios ha dotado al hombre de un espíritu fuerte, indomable, altivo, orgulloso, elementos todos para sobreponerse á las pasiones y á las vicisitudes; es necesario sacudirse de ese sopor calenturiento que abate el ánimo y lo degenera; hacéos grande ante vos mismo y seréis digno ante vuestra conciencia de hombre y de caballero.

—¡Luchar... sobreponerse!... decía el marqués, si aún vuestras mismas reconvenciones me llevan hasta vos, en el delirio de mis sueños y en el delirio sombrío de esta pasión.

—No podréis atribuirme parte en vuestros sufrimientos, desde que mi respetable tío tuvo á bien descubriros un secreto que no le pertenecía; yo he sido vuestra amiga y nada más, sin aventurar una palabra que pudiérais traducir como una esperanza.

—Es verdad, dijo el marqués.

—Sé que hay abismo entre nosotros, además que yo no siento nada en el alma por vos; mis simpatías son de amistad, señor Branciforte.

Humillado el marqués por lo palmario de esta confesión, se alzó orgulloso y dijo en tono de ira:

—Creía que la manceba de un rey no se desdeñaría en aceptar los amores de...

Amparo no le dejó concluir, alzóse á su vez más altanera que el virrey, y con un timbre de voz desconocido, dijo al marqués:

—Sois un miserable en insultar á una señora. Si yo hubiera sacrificado mi honra á Carlos IV, estarías á mis piés; pero he preferido morir en España para resucitar del otro lado del océano como si acabase de salir del seno de mi madre... Yo os desprecio, marqués de Croix, y os mando que salgáis de este aposento.

—¡Ved que está en mi mano vuestro secreto y puedo perderos!

—Os engañais, marqués, no podría exijirse más de una mujer y vuestra abominable acción realzaría tal vez mi conducta.

—María Luisa no perdonaría jamás esa humillación ni menos la celebridad.

—¿Y qué me importa esa mujer, cuyo corazón nutrido en el veneno de la corte se degradó hasta la calumnia para perderme?

—Ved que insultáis á la reina.

Amparo dejó oir una carcajada nerviosa que heló al marqués de Branciforte.

El inquisidor apareció en el dintel de la puerta lleno de emoción.

—He aquí vuestra obra, gritó la joven, habéis sido infiel al rey vendiendo al marqués el secreto de mi existencia; lo habeis traído para hacerle caer en la miserable intriga de unos amores á cuyo precio conservaríais el favor de ese hombre. Señor Don Pedro Núñez de Clavijero, os desconozco; una sola letra enviada á Carlos IV os perdería. No, no la pondré, pero libradme de vuestra presencia, y á vos, señor marqués, os prohibo que volváis á pasar los dinteles de esta casa.

Iba el virrey á contestar al apóstrofe de la joven, cuando se oyó en el patio un ruido extraño, después choque de armas y pistoletazos.

XXXI.

Hemos visto al estudiante Antonio Pedraja haciendo centinela y guardando las espaldas al capitán Don Félix, teniendo por consigna que si á las dos de la mañana el joven galán no salía por el postigo misterioso, entrase á sangre y fuego en la casa, porque algo acontecía.

Los minutos corrían pausados, y el desgraciado Pedraja armado de «punta en blanco» rondaba la calle poniendo en juego su perspicacia acústica al menor ruido que se dejaba oir en el silencio de la noche.

Sonaba la una y media de la mañana cuando el estudiante descubrió dos bultos que se acercaban hacia el lugar que él ocupaba.

Recatóse poniéndose en acecho de los embozados.

Pedraja se tiró de las orejas al ver tío Pablo salir de su tienda á introducir á los dos caballeros en la misma casa donde estaba su novia.

—¡Demonios! esto es horroroso, van ya tres hombres que se cuelan por ese endiablado postigo... esto no deja de inquietarme; sospecho que hay algo que no es conveniente á Rosalía... Ese infernal capitán me prohibió hablarla y ella estará desesperada creyéndose en poder de extraños... me parece que el tal Don Félix sufre esta noche cuando menos una paliza... deseo verdaderamente que suenen las dos para descubrir este enredo... si saliera Don Félix nada adelantaba yo, porque me quedaba á obscuras como en este momento... en fin, falta media hora... ya tenemos aventura, la ronda se acerca.

Efectivamente, el señor Jiménez de Pinillos, con quien ya tienen amistad nuestros lectores, alzó la voz y dijo á los alguaciles:

—Reconoced á ese embozado.

—¡Atrás! gritó Pedraja enseñando las pistolas.

Los alguaciles obedecieron, y de tan buena gana que llegaron á donde estaba el alcalde.

—Estos malditos, murmuró Pinillos, son unos cobardes de primera fuerza.

Esta era una verdad de folio.

—Que registréis á ese bulto, ó si no...

—¿Si no qué? preguntó el estudiante encarándose á Pinillos.

—Si no... daremos parte.

—Pues dadla ¡con mil demonios! que á mí la ronda se me da un comino.

—¿Qué dice ese desalmado?

—Algo de «cominos,» respondió el alguacil.

—Debe ser persona de alta alcurnia, pensó el alcalde, donde ve con tanto desdén á la justicia, entonces tiene razón; pero al menos debe explicarse.

Y dirigiéndose al estudiante dijo en tono respetuoso:

—¿Tiene á bien el señor embozado decir algo sobre su personalidad?

—Leed.

Y entregó el «santo y seña» al alcalde.

—Vamos, acercad la linternilla, maese Pica-Anzuelo..

El alguacil se llegó con la linternilla y alumbró para que leyese el alcalde.

—Efectivamente, dijo éste después de haber examinado el papel, perdone usarcé y nos retiramos.

—Sea en hora buena, respondió el estudiante.

El señor Jiménez de Pinillos se alejó diciendo entre dientes:

—Esto me conviene, se verá mi exactitud y quién duda que la autoridad me considere en más alta escala; siempre el talento es el talento.

XXXII.

Seguía el estudiante dado á todo el infierno con la tardanza de Don Félix.

—¿Si estaré haciendo un papel de sainete?... ¡Caracoles! esto me desespera... ya van tres embozados que se cuelan en esta casa misteriosa y yo aquí viendo las estrellas y bebiendo los vientos; vamos que estoy divertidísimo... ¿qué hará Rosalía?... nada, tal vez estará durmiendo, soñando conmigo á quien ama de todo corazón; ¡pobrecilla!... ha sufrido los horrores del viaje con tanta resignación, que verdaderamente me trae loco de cariño... no esperaba yo uno fortuna semejante... bonita, rica y de buen corazón, he aquí elementos contrarios que vienen á confluir en una sola alma, en la de mi Rosalía... ¿pero qué soy tan bruto de dejarla bajo la buena fe de esa muchacha del tío Pablo?... Es cierto que me ha parecido una buena persona y no hay que dudar de su honradez; pero si yo estaba siempre al lado de mi novia ¿por qué dejarla separada de mí?... soy un hipopótamo, un cafre, un hotentote... Aunque visto por otro lado, el peligro era inminente: amar á una mujer... idolatrarla, mirarse en sus ojos, beberse en su aliento y vivir solo con ella, enteramente solo, es exigir á un hombre más de lo que puede hacer... ¡Canastas! ha habido veces que me he salido de la casa y echado á andar como un loco por la ciudad como si alguien me siguiera... Dios me perdone, pero... no, no, Rosalía no conoce aún lo grande de mi sacrificio.. si su padre estuviera libre y consintiese en nuestro enlace, sería capaz de darle un abrazo y hasta un beso... si se dejaba.

Las dos de la mañana sonaron pausadamente en el reloj de la catedral.

—No espero más, la hora ha sonado, acaso don Félix haya corrido un bromazo. Loado sea Dios que me proporciona saberlo.

Dirigióse resuelto Antonio Pedraja al postigo, y llamó con la culata de la pistola.

Esperó algunos minutos, asomóse por la cerradura y nada percibió; era tan obscura la noche que su mirada no pudo penetrar las tinieblas.

Tocó con más fuerza y el mismo silencio volvió á responder á sus llamadas.

—Esto pica en historia, dijo el estudiante, y no se han de burlar de mí.

Buscó un par de piedras que halló en el momento, y una tras otra las dejó ir contra la puerta con tal furia, que la madera saltó en pedazos.

Al ruido, acudieron varios embozados que había dentro de la casa.

—¿Qué se ofrece? preguntó uno de ellos.

—Que abráis.

—¿Y con qué derecho os permitís hacer pedazos la puerta de una casa que no os pertenece?

—Es que busco á una persona.

—Aquí no hay nadie á quien vos conozcáis, idos pronto, ú os rompo las costillas.

—¿A mí, so canalla? gritó el estudiante, y precipitándose sobre el desconocido, le dió en la cara con el cañón de la pistola.

—¡Traición! gritó el herido, y sacando su espada, se lanzó sobre el estudiante, que lo recibió con la suya.

El grupo de embozados atacó á Pedraja y él se defendió valerosamente.

Cuando se vió acosado, se apoyó en retaguardia en un ángulo del patio, y sacando violentemente las pistolas, hizo dos disparos á quemarropa sobre sus perseguidores.

A la detonación, salieron dos caballeros y se aproximaron al lugar del drama.

—Excelentísimo señor, que ese miserable se ha permitido asaltar la casa.

—¡Demonio, el virrey! murmuró el estudiante, y se despojó del sombrero.

—¿Qué queréis? preguntó Branciforte.

—Señor, dijo Pedraja, el lance es muy sencillo, hace una hora que el capitán de vuestra guardia, llamado don Félix de Quintanar, ha entrado en esta casa, dándome la consigna de entrar por él si á las dos horas no había salido; la hora ha sonado y cumplo fielmente con mi comisión.

—¿Qué? ¿don Félix se encuentra en esta casa?

—Sí, señor.

Branciforte que era hombre de mundo, comprendió desde luego lo que pasaba.

—No es extraño, dijo por lo bajo al inquisidor, la resistencia obstinada de vuestra sobrina; decidle que no volveré á importunarla más, que la dejo entregada á los resentimientos de la reina María Luisa, á quien escribo esta misma noche, dándole parte de su resurrección.

—Señor, dijo Clavijero aterrado, ¡me comprometéis!

—Eso nada importa, señor Núñez de Clavijero.

—Señor, dijo el inquisidor, dejo este negocio encomendado á vuestra prudencia.

—Fiad en mí, señor don Pedro, fiad, que os dejaré del todo satisfecho.

El virrey, seguido de los embozados, se alejó de la casa del tío Pablo, resuelto á vengarse á todo trance.

Don Pedro Núñez de Clavijero se vió perdido desde aquel momento, no quiso ver á su sobrina por temor de una repulsa, y dijo á Pedraja:

—Vámonos, caballero, el capitán saldrá cuando le diere la gana.

—No me moveré de aquí hasta no ver á don Félix.

—No paséis pena por él, que en este momento estará más bien de lo que podéis imaginar.

Subióse la sangre á la cabeza del estudiante, su vista se turbó, quiso articular, pero sus mandibulas se mantuvieron rígidas como las de un epiléptico; era que un pensamiento siniestro había cruzado por su ardiente imaginación.

—Sosegáos, joven, sosegaos, dijo Clavijero, y seguidme, si no la que réis pasar mal en esta infernal casa.

—He dicho que no saldré sin ese hombre, gritó furiosamente Pedraja.

El inquisidor se alejó sin hacer aprecio del insensato, y se marchó á su casa resuelto á ver á don Blasco y contarle lo que le acontecía, que era sumamente grave.

XXXIII.

Don Félix. conducido por Luisa, entró, como hemos visto, en el aposento de Rosalía.

La infeliz joven estaba intranquila, todo lo que pasaba en derredor, le parecía extraño y misterioso; no obstante, la presencia del capitán la reanimó, porque veía en él á su salvador.

—Señora, dijo don Félix, siento haberos molestado, pero en estos momentos necesito ocultarme en este cuarto que os sirve de habitación.

—Caballero, después del lance de esta noche, sería la mujer más ingrata si os atribuyera miras innobles.

—Me hacéis justicia.

—Sentáos, caballero.

Don Félix se aproximó á la joven con aire galante y la dijo en tono de intimidad:

—Tenéis á vuestro lado al mejor de los amigos; en lances menos empeñados he jugado mi existencia, para no ofrecerla hoy á la más hermosa y buena de las mujeres.

Rosalía sintío una turbación desconocida.

—Sé que sois la novia de un joven, prosiguió el capitán, que os encontró por una gran fortuna, cuando menos lo esperaba.

—Caballero, mi historia es bien triste, y mi porvenir más obscuro todavía.

—Contadme, señora, acaso pueda hacer mucho por vos, á pesar de que mi condición es humilde.

—Sabed, capitán, que no tengo un ser á quien volver mi rostro, que estoy sola y desamparada, os ruego que no juzguéis mal de mí.

—Me basta oír vuestro acento y ver la pureza de vuestra frente angelical, para adivinar quién sois.

—He huído, no por las seducciones de un amante, sino por el terror espantoso de la Inquisición; sí, capitán, cuando he oído intimar á mi padre un mandato de ese tribunal, entonces Dios me ha prestado valor para abandonar mi casa.

—¿Y el jóven objeto de vuestros amores?

—Por una casualidad feliz le encontré en el camino.

—¡Casualidad feliz! murmuró don Félix.

—La joven que me ha dado albergue, asegura que Antonio...

—Sí, interrumpió el captán, vuestro novio ha hecho conmigo las amistades, y yo le acompañaba cuando os arrebatamos del lado de aquella mujer que os llevaba no sé donde.

—¿Luego Antonio está cerca de mí?

—Tan cerca, señora, que temo mucho se comprometa en el lance.

Rosalía se puso á temblar de miedo.

—Sosegaos, señora, ya lo sacaré adelante de esta aventura; por no comprometer á la mujer que amo, tengo que estar aquí en silencio; pero el corazón no me cabe dentro del pecho.

—¿La mujer que amáis, capitán?

—¿Sí, vos no amáis, acaso?

—Es cierto.

—Pero vuestro amor, dijo el capitán con entusiasmo, es grande, es sublime, encuentra un eco en el pecho de un hombre donde vive vuestra imagen, donde resuena vuestra voz con el acento de los ángeles, mientras el mío es triste, deseperado... lleno de amarguras.

—¿Sufrís, capitán?

—Tanto, señora, que deseara morir si no me alentara una esperanza ligera.

—¿Vos morir, don Félix?

—Sí, la vida es una carga insoportable, daría mi posición en cambio de la de Antonio, él, al menos...

—Me duele vuestro dolor, don Félix.

En aquel momento se oyeron las detonaciones de las pistolas de Pedraja.

Rosalía se rufugió en los brazos del capitán, que tiró de su espada y esperó á que entrasen los que reñían en el patio.

XXXIV.

Ya hemos visto salir al virrey y al inquisidor, dejando al estudiante dueño absoluto del terreno, sin inquietarse tan altos personajes de lo que pudiera acontecer entre aquel loco y los guardianes de Amparo.

Cuando la escolta del virrey desapareció, dos hombres se acercaron al estudiante en son de amenaza.

—¡Atrás! gritó Pedraja, trazando rápidamente un círculo con su espada.

—¡Salid! dijo uno de los enemigos del estudiante, y no arméis camorra.

—He de entrar ¡vive Dios! hasta dar con el capitán don Félix de Quintanar.

—Aquí no ha entrado ese caballero.

—¡Por los cuernos de Satanás! que lo he visto penetrar por este postigo.

—Os habréis equivocado.

—No estoy por sostener disputas, ¡dejadme el paso!

—A él, gritó uno de los desconocidos, y cinco ó seis embozados salieron de las sombras del patio y se lanzaron sobre el estudiante que iba perdiendo terreno y retrocediendo hasta apoyar su espalda en una puerta, que se abrió al empuje de su cuerpo.

Los hombres se detuvieron.

Entonces Pedraja vió á Rosalía desmayada en brazos del capitán.

El furor apagó la luz de su inteligencia, tuvo celos terribles de aquel hombre y le gritó como un furioso:

—¡Defendeos, miserable!

Don Félix comenzó á defenderse de los bruscos ataques del estudiante.

Rosalía cayó en el suelo sin sentido.

—Ya estoy expedito, exclamó el capitán; ved lo que hacéis, estáis sufriendo una alucinación espantosa.

—Os tengo de matar, gritó Pedraja lleno de ira.

—Pues sea, respondió don Félix, y se trabó un combate desesperado.

Al ruido de aquella zambra de cuchilladas, Amparo salió de su aposento con una bujía y vió al capitán dándose de estocadas con un desconocido.

Los combatientes seguían el duelo con un encarnizamiento horrible.

De repente el capitán bajó el brazo de la espada y llevó su mano izquierda al costado.

—¡Me habéis muerto! balbutió, y cediendo al dolor de la herida, se desplomó agonizante.

Amparo dió un grito de espanto, Rosalía se puso de rodillas con un terror pánico.

—¡He ahí vuestra obra! repuso con tono siniestro el estudiante, y poniendo en la vaina su tizona, se echó fuera de la casa, sin que nadie se atreviera á detenerle el paso.

XXXV.

El apóstrofe del estudiante hizo á Amparo volver la vista, y se encontró sorprendida delante de Rosalía, á quien la emoción producida por las palabras de Antonio, le había dado á su rostro el interés dramático de una trágica.

Las dos mujeres si vieron de hito en hito.

Amparo sintió en su alma el infierno de los celos.

Rosalía se acercó al capitán y puso su mano delicada sobre el pecho que palpitaba aún.

Amparo se acercó á su vez á su amante, celosa de que otra mano que no fuese la suya se posara sobre aquel hombre.

Parecía que aquellas dos mujeres se disputaban un cadáver.

XXXVI.

Amparo no pudo contenerse ante el desatado huracán de los celos, y tomando por un brazo á Rosalía, la dijo:

—Seguidme.

La hija de Treviño se dejó conducir sin pronunciar una palabra.

Las dos jóvenes tenían un parecido asombroso, se las hubiera tenido por gemelas.

Ambas conocieron esta singular coincidencia, y se midieron con la vista llenas de orgullo y arrogancia.

—¿Decidme, señora, dijo Amparo, como os encontráis en esta casa?

—No lo sé, dijo fríamente Rosalía.

—No me desesperéis... os encuentro de improviso puesta entre dos hombres, uno de los cuales ha muerto por vos.

—¿Por mí, señora?.. os engañáis... ese joven era mi amígo y nada más... ¡Muerto, Dios mio!... ¡muerto!...

—Sí, muerto por ese miserable que debe ser vuestro amante y quien os ha sorprendido...

—Callad, señora, callad, no sabéis todo el mal que me estáis haciendo... eso es abusar de la desgracia

—¡Pero yo necesito una explicación!

—Tenéis razón, pero yo no puedo deciros nada que os deje tranquila; porque el misterio más grande envuelve cuanto me rodea... la presencia de Don Félix... su duelo con Antonio... vuestra aparición... todo, todo es inexplicable para mí.

—Bien, señora, dijo Amparo; eso me es fácil averiguar; pero hay un secreto que sólo vos podéis revelarme.

—Preguntadlo de una vez.

—¿Amáis al capitán?

—Lo estimo como el mejor de mis amigos.

—¿Dónde le conocísteis?

—Verdaderamente aquí.

—¿Luego lo vísteis en otra parte?

—Sí, caminaba á la ventura después de un lance que me ha dejado sobrecogida, cuando el capitán me ha arrancado de manos de una persona á la que me confiaba acaso con imprudencia.

—¿No adivinásteis su intención?

—Señora, la de favorecer á un amigo; y ese amigo era el hombre de mi amor, que en un arrebato de celos le acaba de matar.

—¡Horror!... ¡horror! exclamó Amparo descubriendo la verdad de cuanto había pasado.

—¡Entre Antonio y yo, se ha abierto un abismo... un abismo insondable... él no volverá más... y yo estoy perdida para siempre!...

—Señora, os debo pedir perdón por mis sospechas... no imaginaba... perdonadme, sé que sois desgraciada... y para reparar la falta que he cometido desconfiando injustamente de vos, os ofrezco mi amistad... Esta misma noche debo abandonar esta casa... sed mi compañera... mi hermana.... yo también he perdido al hombre á quién amaba, y va á alzarse desde hoy una horrible persecución contra mí... que acabará por... no, no lo quiero pensar; pero la muerte me sigue muy de cerca!..

Rosalía encontró un fondo de verdad en aquel acento, y su corazón se abrió á la amistad como una flor á los rayos de la aurora.

—Acepto, dijo abriendo sus brazos á Amparo, de hoy en adelante hermanas!

—¡Sí hermanas! respondió la joven con entusiasmo, y estrechó á Rosalía contra su pecho.

Aquellos corazónes palpitaron juntos; pero al tocarse el corazón de Rosalía se plegó como una sensitiva, porque había algo que la obligaba á rechazar á aquella mujer.

—Id, señora, id á ver al capitán; acaso no haya muerto.

Amparo se separó de la jovén y corrió á ver al capitán.

XXXVII.

El virrey se dirigía á palacío, cuando lo detuvo la ronda del alcalde Jiménez.

—¡Alto el embozado!

El virrey siguió paso adelante.

—¡Alto el embozado! tornó á gritar el alcalde.

El virrey se detuvo.

—Esculcad á ese hombre.

—¡Atrás! gritó uno de los embozados que seguía á Branciforte.

—¡Cómo atrás! ¿qué quiere decir atrás?

—Dejad el paso, no vayáis á arrepentiros.

—¡Ea! señores alguaciles, en nombre del rey apoderaos de esos canallas y conducidlos á la cárcel.

Branciforte se quitó el embozo.

El alcalde lo reconoció y se puso á temblar como un azogado hasta caérsele la linterna de la mano.

Recobrado del susto, gritó con furia:

—Alguaciles del infierno, ¿quién os ha mandado tocar á...

—¡Silencio! dijo en voz baja el virrey.

—En nombre del rey habéis dicho y yo procedo á la aprehensión, que las costas no son de desperdiciarse, dijo Pica-Anzuelo.

—¡Mal nacido! exclamó el alcalde, retiraos ú os planto en el arroyo con una paliza.

—Yo no retrocedo.

—¡Que calléis! maese Pica-Anzuelo, porque de lo contrario la vais á pasar muy mal.

El alguacil temió al alcalde y desistió de su empresa.

Branciforte llamó al alcalde y le dijo en voz baja:

—Aprehended á Doña Amparo Núñez de Clavijero, que se encuentra dentro de esa casa y aseguradla en el Santo Oficio; ahí tenéis mi coche.

El alcalde hizo veinte reverencias, y empuñando la vara de la justicia, como un energúmeno se dirigió á la casa del tío Pablo.

Llamó á la puerta con tres golpes pausados.

La casa parecía desierta.

Tornó á llamar con más fuerza.

—¿Sois el médico? preguntó una voz aguardentosa.

—No, soy más que todo el proto-medicato, soy el justicia de la ciudad.

—No necesitamos á su señoría.

—Pero yo sí os necesito, abrid la puerta.

—No nos da la gana.

—¿Oís, maese Pica-Anzuelo? ese bribón se las quiere poner conmigo; ¡que abráis os digo!

—Y yo os repito que no quiero.

—¿Qué podemos hacer en este caso?

—Romper la puerta, contestó el alguacil; es lo más fácil del mundo.

—No tanto, contestó la voz, porque al primero que se acerque le disparo mis trabucos.

—Acercaos, señor alcalde, que si os mata, le ahorcarán como á un perro.

—Más vale que lo cuelguen por otro motivo menos plausible; avanzad vosotros y echad la puerta abajo.

Los algueciles, fieles á su programa, se pusieron de tal manera que los cubría perfectamente el cuerpo de la autoridad.

—Parece que no habéis oido, os repito que tiréis la puerta.

Los alguaciles, como era de esperarse, no obedecieron.

Oyóse por la puerta de adentro un altercado.

—Abrid, decía una voz de mujer.

—Esta casa no puede ser registrada por la justicia, contestaba otra voz que parecía de hombre.

—Ved que es el alcalde.

—Tengo orden del virrey.

—Os digo que abráis, pueden creer cosas que aquí no suceden.

—Lo dejo á vuestro parecer.

—Acepto la responsabilidad.

La puerta se abrió y el alcalde Jiménez se presentó con vara en mano diciendo para sí: « yo soy el Alcalde Ronquillo » de esta capital.

XXXVIII.

—Pasad, señor alcalde, dijo el tío Pablo.

—Sea en buena hora, y si dilatáis un momento más allano la casa y os ahorco como hay Dios.

—Haría muy bien su señoría, siempre que nada valga la orden de S. E. el virrey Branciforte, marqués de Croix.

—¿Qué fecha tiene esa orden?

—La de hoy.

—¿Y á qué hora la firmó S. E.?

—Hace veinte minutos.

—Pues guardadla, que para nada la necesito, y abrid las puertas todas de esta casa.

—Ved lo que hacéis, señor alcalde.

—Yo me toco y bailo solo, amigo mío, y no hablemos más; abrid todas las puertas y que nadie salga.

—¡Esto está de todos los demonios! murmuró el tío Pablo, me engañé de medio á medio.

—¡Ea, maeses alguaciles, gritó el alcalde, atajad á esa gente que trepa por la azotea, detenedla en nombre del rey!

—¡Alto!... ¡alto!... gritaron los alguaciles al Zurdo al mulato Lino y los otros bandidos que tomaban las de Villadiego al ver enseriarse el negocio.

—¡Deteneos, miserables! tornó á gritar el alcalde.

Una lluvia de piedras cayó sobre la ronda, que se dispersó como una parvada de tordos al rocío de la munición.

—¡Aprehended á este hombre! exclamó el alcalde señalando al tío Pablo.

—Pero su señoría no repara en que yo no soy de los agresores.

—Callad, yo no acostumbro irme así como así, sois un reo y ya os tenía señalado de antemano.

—Pues aprehendedme si podéis, babieca, dijo el tío Pablo y se escapó de entre las manos de la justicia á favor de la obscuridad.

Los alguaciles se revolvían fingiendo buscarle; pero el tío Pablo no llegó á parecer.

Los alguaciles de todos los tiempos conservan las mismas costumbres, como un legado precioso para conservarse en buen estado de salud.

—Sois unos imbéciles, unos mentecatos que no servís para maldita la cosa; ¡os he de dar una de palos, infernal canalla, que habéis de sudar la gota gorda!

—Bien hecho, dijo maese Pica Anzuelo, que siempre se ponía de parte del más fuerte.

—Prosígamos el cateo, que traigo órdenes que de no cumplirlas me cuesta la alcaldía, la vara y tal vez la cabeza.

Los alguaciles, seguros de encontrar la casa desierta, penetraron en el aposento de Amparo, donde Rosalía quedaba en espera de su amiga.

—Señora, dijo el alcalde, daos á prisión.

—Decidme el motivo.

—Lo sabréis más tarde, señora.

—Ved que cometéis un horrible atentado.

—No injuriéis á la justicia.

—Digo la verdad.

—Pues suprimidla.

—Yo creo, alcalde, que ignoráis la responsabilidad que os echáis encima con esta conducta.

—Son órdenes del virrey.

—Cumplidlas, alcalde, dijo Rosalía, fiada en que Amparo la sacaría de una situación tan comprometida.

—Acompañadme, señora, está un coche á la puerta.

—Sea en buena hora, respondió Rosalía; y siguiendo al pretendido alcalde «Ronquillo,» salió á la calle y montó en la «estufa» de Branciforta.

XXXIX.

Tornó Jiménez á continuar las pesquisas por ver si descubría alguna cosa que satisfaciese de una manera más completa las ideas de su amo, y se plantó en la estancia del enfermo.

Amparo era atrevida y encarándose á Jiménez le dijo con acento altanero:

—Hacéos atrás, alcalde, vos no podéis pisar los umbrales de esta casa.

Azoróse la autoridad ante el aspecto amenazante de la joven.

—Perdonad, señora, pero las órdenes...

—En mi persona y en mi casa, no puede dar órdenes autoridad alguna de ninguna especie; ¡retiráos!

—Es que estoy viendo un charco de sangre, y según parece ese hombre está herido.

—¿Y qué os importa?

—A la justicia le importa todo, si me lo permitís.

—Explicad vuestra presencia en este sitio, yo os lo mando.

—Nada tiene de particular, el señor virrey al salir de esta casa me ha ordenado bajo mi más estrecha responsabilidad que aprehenda á Doña Amparo Núñez de Clavijero, y la entregue á disposición del Santo Oficio.

La joven palideció mortalmente.

—¡Ese marqués es un miserable!

El alcalde se estremeció.

—Perdonad, señora, yo no he hecho más que obedecer á mi superior, motivo por el cual he conducido á Doña Amparo al coche de S. E. el virrey, y voy con vuestro permiso á consignarla al tribunal de la Inquisición.

La joven comprendió desde luego la equivocación y se alegró vivamente de encontrarse libre para poderse salvar, así como á esa joven amiga.

—Id, alcalde, á cumplir vuestra misión; ella no se extiende al catéo.

—Tenéis razón.

—Esa sangre no es producida sino por el bisturí de un barbero que acaba de sangrar á esa persona que véis en el lecho.

—Esa aclaración me satisface, y sin ella os juro que no hubiera abandonado el aposento.

—Marchad, que ya me estáis impacientando.

—Soy todo vuestro, señora, dijo el alcalde, y murmuró entre dientes: esa mujer es un dragón, vale más que todos los alguaciles, inclusive maese Pica Anzuelo que es de lo mejor.

—¿Hemos concluido, señor alcalde?

—Sí, y en marcha para la Inquisición.

—Vamos, que se hace tarde y el viento arrecia.

El alcalde se entró en el coche donde estaba la dama, que entre paréntesis le había parecido hermosísima.

XL.

Hemos visto al alcalde dejar en la « estufa » á Rosalía para volver á entrar en la casa misteriosa del tío Pablo.

La madre Paulina, repuesta del susto que le había dado el portugués, se escapó de la ronda que la custodiaba.

Aturdida aún con su aventura, se echó á andar sin tino por las calles, llevando siempre el rumbo de Tlaltelolco.

Al pasar por unas tapias, se dejó descolgar un hombre que estuvo á punto de matarla.

—¡ Ea! condenado, gritó la bruja, ved dónde ponéis los piés.

—¡ Hola! la madre Paulina.

—La misma, hijo mío.

—Supongo que estaréis hecha un tigre contra mí; pero ya estáis vengada.

—Está bien, está bien, murmuró la bruja, ya sé que te escapaste del poder del fraile y que le atravesaste al reverendo de un pistoletazo.

—Fué una broma, madre Paulina.

—¿ Y de dónde demonios caes?

—Ya lo veis de esa tapia. ¡ Demonio! y se nos ha escapado un buen negocio; el alcalde Jiménez de Pinillos acaba de aprehender á la hija de Treviño.

—Repite, Lino, repite lo que has dicho.

—Que la señorita Rosalía está en poder de la justicia; he estado acechando desde la azotea, y he visto que la han empaquetado en el coche del virrey.

—Esto es grave, pensó la madre Paulina.

—Sí queréis persuadiros, no hay más que dar vuelta á esta casa; aún permanece la « estufa » á la puerta, porque ese demonio de alguacil mayor practica un cateo de lo lindo.

—Sigueme.

—¿ Y si me atrapan?

—Ya sabes que á mi lado nada puede sucederte.

Lino tenía una confianza grande de la bruja, y la siguió sin recelo.

La madre Paulina volvió la esquina, dió tres vueltas en torno del coche, buscó, reconoció á la gente del alcalde y se dirigió á Pica-Anzuelo que se chupaba los dedos de satisfacción.

—Dispense usarcé, señor alguacil, que tengo que decirle dos palabras al oído.

—¿ Qué quiere la vieja? preguntó con desdén el golilla.

—Es muy sencillo, acaban de apoderarse de una sobrina mía y ponerla en ese coche.

—Ya, eso no es una novedad.

—Efectivamente; pero sí lo es una proposicioncilla que os voy á hacer.

—Desembuchad al punto.

—¿Pudiérais guardarme una bolsa con dinero que imprudentemente he sacado esta noche?

—¡Malo! ¡malo! esto huele á tentación.

—Vamos, no os escandalicéis, que la cosa no trae malicia.

—¡Pues digo!...

—Se trata de un «quid pro quo».

—No sé el griego, hablad en castellano.

—Se trata, amigo mío, de una substitución.

—No entiendo «enigmas.»

—Pues se trata...

—¡Basta de «tratados, bruja infernal!» ¡idos al diablo y no me molestéis!

—Vamos, sosegaos y guardad mi bolsillo.

Pica-Anzuelo alargó la mano como impulsado de un resorte, y sintiendo el peso del dinero, dijo con avidez:

—Decid pronto lo que queréis, ved que el alcalde no dilata en salir.

—Pues bien, vos tenéis que entregar á una mujer, ¿no es verdad?

—Sí.

—Pues haced que salga esa joven del coche y yo me constituyo vuestra prisionera.

—¡Vaya una ocurrencia! ¿tenéis ganas de bromas?

—Es asunto serio.

—No hay inconveniente, el chasco será para su señoría el alcalde; vamos, entrad en el coche.

La madre Paulina abrió la portezuela y dijo á la joven:

—Rosalía, salváos del poder de la Inquisición, yo os reemplazo en este lugar, buscad en la esquina un hombre, que os llevará á una casa dónde gozéis de entera seguridad. Id, id, no hay tiempo que perder.

Y sacó en peso á la joven que en su estupor siguió las órdenes de la vieja.

Rosalía llegó al sitio donde estaba Lino el mulato este la conoció al momento y la dijo:

—Vamos pronto, señorita, que esta gente tiene más olfato que un perdiguero.

—Vamos, respondió la joven.

Y conducida por el mulato se perdieron por las callejuelas del barrio.

XLI.

La madre Paulina tomó asiento en el coche del virrey, y esperó á que llegase Jiménez de Pinillos.

Luego que el alcalde se encontró al lado de la bruja, dijo con énfasis á los alguaciles:

—¡A la Inquisición!

—¿Podéis decirme el motivo de esta prisión? preguntó la bruja dando un acento juvenil á su cascada voz.

—¡Ay señorita!... nosotros, los hombres del deber, tenemos que ser fieles á los mandatos del superior bajo penas severísimas.

—Bien, ¿pero no habéis trascendido algo?

—Yo no trasciendo más que vuestra belleza, dijo el alcalde, soltando una galentería de mal tono.

—¡Hola! ¡hola! sois muy amable, dijo la bruja.

—No, no soy amable, dijo el alcalde, es que os confieso... que me habéis interesado desde el momento en que os puse la vista encima.

—No es raro, dicen que soy hermosa.

—Esa es una verdad de á folio.

—Y mis enamorados y galanteadores, dan en que mi ojos son capaces de alumbrar á media noche.

—Como que dan de lleno en mi corazón, señora doña Amparo.

—Tan seriamente lo decís, señor alcalde, que estoy á punto de creerlo.

—Cuando he visto vuestra cabeza sacudirse como la de una soberana, y revelar en vuestra actitud un orgullo noble y elevado... ¡ay!...

—¿Os duele algo, alcalde?

—No, nada; pero yo siento que si me diérais á besar vuestra mano, sería el más feliz de los mortales.

—Tomadla, dijo la vieja.

—¿Y la beso cien veces?

—Cuanta queráis, en eso no hay peligro alguno.

—Soy feliz... soy feliz, murmuraba el sesudo Jiménez de Pinillos, que había perdído por completo los estribos, creyendose en presencia de la sobrina del inquisidor.

—¿Y podréis hacer algo por mí?

—Señora, yo daría mi vida por vos, pero es el caso que el virrey, sin dar motivo ni explicación alguna, me ha dicho: llevad á la señora doña Amparo Núñez de Clavijero á la Inquisición.

—¡Dios poderoso! exclamó la bruja, y se dejo caer en el fondo del carruaje.

—¿Qué os pasa, señora?

La bruja se puso á meditar.

—No, no es posible, esa niña fué acusada como la querida del rey Carlos... ella murió... hay personas que presenciaron su entierro... ¿será cierta la resurreción?.. no, esto no puede ser sino intrigas de la corte y de María Luisa... ¿qué ha venido á hacer á México?... ¿vendría con don Pedro?... aquí anda la mano del rey... aquí el misterio del gran favor que disfruta en la corte Clavijero... y don Blasco debe estar en el negocio... El virrey salía de esta casa... yo desataré más tarde la maraña.. sin querer he prestado un gran servicio á los Clavijeros y al rey; porque Branciforte está de parte de la reina... quiére el escándalo de una resurrección en América... ya veremos... el virrey está en mis redes!

—Pero vos no respondéis á nada de lo que os pregunto, dijo el alcalde desesperado con la obstinación de la madre Paulina.

—Lo que me abisma es esa determinación; si pudiérais proporcionarne la fuga...

—¡Ave María Purísima! exclamó Jiménez de Pinillos.

—No he dicho nada, dijo la vieja, cumplid con vuestra consigna, pero os juro, alcalde, que os pesará.

Pinillos temblava ante la autoritad tiránica de Branciforte, y al oír la proposición de la vieja, se le olvidó hasta su amor.

—¡Caracoles! esto es muy serio... no, imposible... imposible...

—Os digo, alcalde, que no os necesito; tranquilizaos, que más tarde veréis los resultados.

—¿Me amenazáis?

—No, no os amenazo, dijo la bruja tornando á su acento gangoso.

—¿Qué voz es esa? preguntó asustado el alcalde.

—La, mía, señor Jiménez de Pinillos, la misma que os ha cautivado.

—¡Sanctus Fortis!... ¡Sanctus Inmortalis!...

—No recéis, porque estáis en presencia de una cristiana.

—¡Aguardad!... ¡aguardad! murmuró el alcalde, y levantando la linterna sorda, alumbró el rostro descarnado de la madre Paulina.

Quedóse su señoría el justicia de México, con la boca abierta, los ojos espantados y el rostro lívido como el de un difunto.

No pudo articular una palabra.

La bruja, al ver el estupor de Jiménez, que paró en un desmayo, abrió la portezuela y con la misma agilidad con que se había entrado. salió del coche y se escapó por la calle de los « Sepulcros ».

XLII.

El carruaje se detuvo á las puertas de la Inquisición.

—¡Su excelencia el virrey! dijo el oficial de guardias.

Formáronse los soldados para recibir á tan ilustre personaje.

Los alguaciles abrieron la portezuela y el alcalde Jiménez bajó asustado gritando:

—¡Socorro!... ¡socorro!... la bruja... esa mujer se ha trasformado... ¡seguidla!... ¡seguidla!...

Los alguaciles comenzaron por registrar el coche, nada encontraron, entonces se lanzaron en todas direcciones en persecución de la dama aprehendida en la casa del tío Pablo.

No volvía en sí el alcalde, cuando Branciforte se entró en el patio de la Inquisición, después de haberse dado á conocer al oficial de guardias.

—¿Dónde está doña Amparo?

—Señor, os juro por todos los santos que se ha convertido en una vieja abominable.

—Basta de supercherías, cuenta lo que ha sucedído.

—La verdad es que la requerí de amores al verla tan hermosa y...

—¡Habla!

—La besé la mano; ¿Dios mío! besar un cartílago de bruja!

—Prosigue.

—No sé con qué motivo, ni por qué razón, la voz angelical de aquella mujer se tornó en un acento espantoso y endemoniado; alzo la linterna y cuando creía encontrarme el rostro peregrino de doña Amparo ¡ángeles

del cielo! me encuentro con... con... ¡Dios mío! con una vieja.... sí, excelentísimo señor, con una bruja!... dejo caer la linterna porque su mirada caía á plomo sobre mí, como la de una sirena; pronuncié unas palabras misteriosas, y caí sin sentido... Cuando volvi en mí, la bruja había desaparecido.

—¡Hola! gritó el virrey al oficial de guardias, haced que encierren á este mentecato en un calabozo, hasta nueva orden.

—¡Señor, tened compasión de un desgraciado!

El virrey se envolvió en los anchos pliegues de su capa y abandonó aquel siniestro recinto.

XLI.

El 9 de Diciembre de ese año de gracia de 1796, la nobilísima ciudad de México, capital de Nueva España, ostentaba sus arreos de fiesta como una joven el día de sus esponsales.

Las campanas de los templos anunciaron la salida del sol con un repique á vuelo, capaz de despertar á todos los difuntos, los cañones saludaron á la aurora con sus detonaciones, y una infinidad de cohetes poblaron el espacio.

Como era natural, la población que dormía se despertó con aquella algazara y se echó á andar por las calles y plaza principal, donde las músicas se confundían entre aquel estruendo de voces y detonaciones.

Las tropas comenzaron á desfilar situándose frente al palacio de Hernán Cortés.

—Haí van los «Tolucos,» decía una mujer del pueblo, esos sí son valientes.

—Más lo son los « Poblanos », respondió una vendimiera.

—Puede ser, pero la gente de mi tierra es de lo bueno.

—Los de la mía á nadie le tienen miedo.

—Las dos tienen razón, dijo un viejo que medió en la disputa, esos batallones criollos pueden habérselas...

—¿Con quién? preguntó un sargento español, encarándose al viejo.

—Con el que lo busque, señor sargento

—Esa es otra cosa.

—Es la misma que yo decía.

—¿Y á qué hora comienza la fiesta, señor sargento?

—A las ocho de la mañana.

—Falta mucho tiempo.

—Su Excelencia el virrey saldrá como hace cinco meses rodeado de toda la corte.

—Y bien que me acuerdo, dijo la vendimiera; el señor Branciforte puso la primera piedra de la estatua: llevaba un baulito de cristal metido en otro de plomo, ¿y no sabe el señor sargento qué contenía?

—Perfectamente, las Guías de forasteros de Madrid y México y monedas de todos metales de aquel año, y una certificación de todo el acto grabada en una lámina de cobre.

—¿Y para qué es todo eso si nadie lo ha de volver á ver?

—¡Demonio! será para algo bueno donde lo hace S. E. el virrey.

—Eso es otra cosa.

—Yo tengo mejor idea.

—¿Cuál es?

—La de haber metido en baúl otra cosa más útil pongo por caso, la Ordenanza militar.

—Ya lo creo.

—¿Y quién ha hecho el «caballito?»

—Quién ha de ser, D. Manuel Tolsa.

—¿Tolsa?

—Sí, el mismo, en eso nada hay de extraño, quien hace «iglesias y colegios» ¿no ha de fabricar caballos?

—Como que tiene más talento que nosotros.

—¡Bah, bah! la buena mujer, figúrese que de esa cabeza salen tantas composturas, y estatuas, y pilastras, y torres, etc., etc.

—¡Jesús! ¡cómo la tendrá por dentro!

—Eso Dios lo da, no se aprende; yo le he oído al coronel de mi cuerpo que asiste con la gente de arriba, que Manuel Tolsa es una cosa como genio.

—Mi marido lo tiene malísimo, así es que sólo le sale de la cabeza una llamarada de disparates.

—¿Y de qué más?

—No sea chancista el señor sargento.

—¡Demonio! ¡demonio! ahí viene una turba de chicuelos gritones como los pitos de banda.

—Seguramente los trae el husmo de la jura.

—Precisamente, como que si no toman lugar, no pescarán una sola medalla.

—Me parece que nosotros venimos temprano.

—Así se hace, hoy come el pueblo por cuenta de S. M.

—A bien que S. M. come todo el año por cuenta del pueblo.

—Sois una habladora.

—Yo repito lo que dice todo el mundo.

—Adelante.

Un grupo de muchachos precedidos por Pedro el Negro se lanzaron entre aquel mar de gente, magullando viejas, haciendo llorar á los chicos y provocando la impaciencia de los hombres.

—¡A tomar lugar! gritó Pedro.

Y como un ariete se lanzaron sobre aquel muro viviente, hasta colocarse bajo el balcón del centro de palacio.

—Hemos llegado, compañeros.

—Y con buen viento.

—Te has traído entre las uñas tres pañuelos.

—Ese es mi botín de guerra.

—¡Demonio! hemos estropeado á un negro que es ciego según parece.

—Y lo es efectivamente, dijo Pedro; no tengáis cuidado, es persona de confianza; figúrense que es mi abuelo.

—¿Y así le tratas?

—¡Qué importa! con las gentes de casa no se gastan cumplimientos.

—Bien dicho.

—¿Y mi hermano no vendría con él?

—Le servía de díestro.

—Allá se las compongan.

Pedro el Negro, á pesar de su cinismo de pilluelo, guardaba un odio profundo á la Inquisición; creía que Camila se encontraba en su poder y ya le parecía verla sufrir aquellos tormentos que hacían, según el dicho de las viejas, enfriar las carnes del cristiano.

Pedro el Negro sentía hervir su sangre y no encontraba en su impotencia un desahogo á sus intenciones de venganza.

El infernal negro se aplazaba para cuando llegase el desarrollo de su edad juvenil; para entonces se creía fuerte y capaz de llevar adelante sus ideas, entre tanto sufría y se ensayaba en la escuela del pillaje. Aprendiz del crimen era un verdadero genio para las maldades; inventiva fecunda que determinaba una alma envuelta en las tinieblas de la predestinación, azote de la humanidad en el porvenir.

Pedro el Negro era un reptil venenoso que se trasformaba en una ceraste; porque hay seres que nacen para dar esos espectáculos que horrorizan á una sociedad y forman época en los anales del crimen.

Aquel muchaco, perdido por su color, deforme por sus facciones, horrible por sus instintos y repugnante por su conducta, lo conservaba la Providencia como el huracán, para la destrucción y el exterminio.

Tal era la misión de esa criatura y debía cumplirla.

XLIII.

El virrey Branciforte era un hombre terrible, que por conservar el favor del monarca, hacía cuantas atrocidades registra la bajeza y la miseria humana.

Aun no había comenzado á gobernar, dice un historiador, cuando la fama de su rapacidad se había extendido por toda la Nueva España. En unión de un señor Pérez de Soñancas, puso una «almoneda» de empleos rematándolos al mejor postor.

En aquella época estaba en su mayor fervor la guerra con Francia y se habían recibido órdenes muy estrechas para que se velase la conducta de los franceses residentes en México. Eran éstos poquísimos en número, pues se vigilaba sobre todo extranjero, negándoles á la mayor parte la entrada en las Américas como pudiera hacerse en China. Sin embargo, sobre este pequeño número descargó una horrible persecución Branciforte, cual pudiera Diocleciano sobre los cristianos; en un momento fueron arrestados en un calabozo y... robados sus bienes.

El asesor Francisco Javier de Borbón pedía con voz estentórea en la sala de audiencia que después de «agarrotados» lo sfrancese, se «clavasen» sus lenguas en escarpias de hierro á las entradas de la ciudad, porque habían hablado con poco decoro de la «castidad» de la reina María Luisa, esposa de S. M. Carlos IV, y cuya virginidad conyugal se puso en contradictorio juicio.

Era extraño que los infelices franceses fueran castigados por un negocio de pública voz y fama; porque el privado Godoy no se ocultaba ni del rey ni del marido.

Godoy fué el fundador de la familia «Marfori.»

Resultaba que los infelices franceses perdían sus bienes y eran expulsados, mientras Branciforte se colgaba el Toisón de Oro y gozaba de grande aprecio en la corte de Madrid.

Con muy pocas excepciones eran de la misma calaña los enviados á gobernar la Colonia.

Volvamos á nuestra historia.

Branciforte había pedido venia á S. M. Carlos IV para levantarle una estatua en la plaza mayor de México y el rey tuvo á bien concedérsela.

Hasta ahora no hay ejemplo de quel alguien se haya resistido á semejante petición.

El virrey había colocado el 18 de Julio de 96 la primera piedra del monumento , con toda solemnidad, encargando á Don Manuel Tolsa hiciese una estatua ecuestre de madera, mientras se fundía en bronce la que debía sustituirla.

El 8 de Diciembre, cumpleaños de S. M. la reina, el artífice colocó la estatua en el pedestal.

Decíamos que el día 9 de Diciembre había una gran concurrencia en la plaza y calles adyacentes esperando el momento en que S. E. apareciese en el balcón principal de palacio.

La nobleza, los tribunales y la Inquisición, precedidos por Branciforte, se presentaron en el palco de aquel teatro.

El pueblo guardó silencio.

El virrey hizo una seña con el pañuelo, y el velo que cubría la estatua se deshizo en gajos.

Un grito unánime de entusiasmo se dejó oir en la ancha plaza, las músicas rompieron en himnos marciales, la artillería atronó el espacio con sus detonaciones y las campanas de todas las iglesias repicaron á vuelo.

¡La estatua era magnífica!

El rey Carlos IV apareció montado en un soberbio caballo que parecía marcar arrogantemente el paso.

El rey ostentaba el cetro con majestad, mientras su caballo con arrogancia insolente, posaba una mano sobre el águila mexicana y estrujaba con la herradura de una de sus patas el carcaj indio.

Pasado el momento de la exaltación ante una obra de arte, fijóse la atención sobre la actitud del jinete y del caballo.

¡Humillación espantosa!...

Las armas de nuestros mayores, aquellas sagradas enseñas, ostentadas por Guatimotzín entre las llamas del tormento y ametralladas por Hernán Cortés en el inolvidable sitió de México, yacían á la faz del pueblo conquistado, holladas por el caballo del conquistador.

El pueblo se sintío herido en su sentimiento nacional, y las cenizas amortiguadas que no pudo dispersar el aire de la conquista, se reanimaron en una chispa, que pronto se convertiría en incendio que abrasaría todo un continente.

Branciforte y su esposa arrojaron multitud de monedas de plata al pueblo, que se agrupaba con ese desenfreno propio de tal espectáculo.

Era tal la confusión y el atropello, que la crónica refiere que á un

hombre que se puso la moneda en la boca por salvarla de la rapacidad de sus compañeros de tumulto, le rompieron las mandíbulas hasta extraerle la moneda.

La inscripción de las medallas en idioma latino, decía en el anverso, donde estaban los bustos de los reyes:

CAROLO. IV. ET. ALOYSIAE.
HISPAN. ET. IND. RR. AA.
MARCH. DE. BRANCIFORTE
NOV. HISPAN. PRO REX
C. F. ET. D. MEX. AN. 1796.

En el reverso se figuraba la estatua ecuestre del rey, con la misma inscripción colocada en las cuatro lápidas del pedestal.

CARLO. IV.
PIO. BENEF.
HISPAN. ET. IND. REX
MICH. LA. GRUA
MARCH. DE. BRANCIFORTE
NOV. HISP. PRO REX
GUAE MEHICANAEQUE. FIDELIT
H. M. P.

En el pedestal de la estatua se leía con letras de bronce dorado la siguiente inscripción en castellano:

A CARLOS IV,
EL BENFICO, EL RELIGIOSO,
REY DE ESPANA Y DE LAS INDIAS
ERIGIO' Y DEDICO' ESTA ESTATUA,
PERENNE MONUMENTO DE SU FIDELIDAD
Y DE LA QUE ANIMA
A TODOS ESTOS SUS AMANTES VASALLOS,
MIGUEL LA GRUA,
MARQUES DE BRANCIFORTE
VIREY DE ESTA NUEVA ESPANA
ANO DE 1796.

En seguida del descubrimiento de la estatua se pasó toda la comitiva á la Catedral, en donde cantó misa de pontifical el arzobispo y predicó un largo sermón el canónigo Beristain, y corre impreso, y se llamó por el pueblo «sermón del caballito.»

Después de dirigirse á la garita de San Lázaro, donde fueron recibidos por el consulado del comercio, el virrey hizo descubrir una lápida en que con letras de bronce se dice que en quel día comenzaron allí el camino de Veracruz de que estaba encargado el consulado: púsosele por nombre «El camino de Luisa,» seguramente por lo torcido.

Pasó después Branciforte al lugar donde habían de fijarse los cimientos, tomó en sus manos varios instrumentos de albañilería y los entregó

al tribunal del consulado en señal de la comisión que se le confería para dar principio á la empresa.

Publicóse un bando permitiendo elaborar libremente el aguardiente de caña, prohibido antes hasta con «excomuniones» porque perjudicaba al comercio de España.

Ya los conquistados podían tener «chinguirito» sin temor de condenarse.

La tradición ha llegado hasta nosotros, y por eso oímos en algunos pueblos á los vendedores de licor gritar «¿quién se condena?... ¿quién se condena?

¡Pobre Estado, que necesitaba para ser obedecido los anatemas de la Iglesia!

¡Pobre Iglesia, que para ser respetada necesitaba del apoyo del Estado!

La intolerancia era la «liga» de los dos poderes; una vez rota, quedarían separados para siempre.

XLIV.

Llegó la noche de ese día memorable, y el pueblo, que parecía no haber abandonado la plaza, recibió un refuerzo de todas aquellas personas que por diversos motivos no podían ver la luz en pleno meridiano.

Grandes fuegos artificiales debían divertir á la corte y á los fieles súbditos de S. M.

Junto á una de las fuentes de la plaza estaba el estudiante Pedraja con un grupo de amigos, todos «criollos.»

—¿Qué te ha parecido la solemnidad?

—Todo ha estado perfectamente.

—¿Todo?

—Sí, hombre, ya sabemos lo que quiere decir «todo.»

—Está bien, y entre paréntesis, el carcaj que está pisando el caballo está perfectamente trabajado.

Pedraja y el resto de amigos comprendieron perfectamente la sátira.

—Es de notarse que estos señores no pierden ocasión de humillarnos.

—Ese es su oficio.

—Yo no sé nada de historia; pero me basta retener en la memoria los hechos decantados de la conquista.

—Te estás comprometiendo.

—Hablo entre amigos.

—Pero las paredes oyen.

—No importa; decía que todo se redujo á sorprender á un pueblo desarmado y saquearlo á su sabor. ¡Vive Dios! que no sería malo hacer una de Luis XVI.

—¡Silencio, Pedraja!

—No me da la gana, ya estoy punto menos que fastidiado con esta gente; creo que el espíritu nacional se ha extinguido, y siento hoy más que nunca sublevarse mi sangre de raza.

—Podemos parar en la horca, como le acaba de pasar á esos infelices franceses con las órdenes de Branciforte.

—Los franceses siempre lo merecen.

—Esa es otra cuestión.

—Ya véis como se nos humilla á cada paso, nosotros no podemos obtener cargos públicos, ni en el gobierno ,ni en el ejército, ni en la Iglesia, ¡demonio! estamos en la misma condición que los judíos en España.

—Amigo Pedraja, el que manda, manda.

—Ya veremos más tarde.

—¡Queridos, dijo uno de los del grupo, esto me huele á conspiración; buenas noches!

—Yo no me comprometo, agregó un segundo, y se marchó á ejemplo del primero.

—La cosa anda mal, añadió un tercero, incorporándose á la multitud.

—Cuidado con la lengua, Pedraja, y siento mucho que ya no nos podamos ver en lo de adelante porque las delaciones están á la orden del día.

—Prudencia, chico, y haz por no encontrarme.

—Idos al demonio, exclamó Pedraja desesperado, al ver como huían sus compañeros. Me han dejado solo esos miserables... tienen razón, el espionaje es espantoso... además, ¿que me importa que el caballo pise ó no el carcaj?... Yo no soy un espadachín ni un conspirador... sin embargo, estos malditos españoles no los puede ver mi alma... cada vez que veo salir á un condenado por la Inquisición, la sangre me hierve como la olla de un puchero y sería capaz de... ¿Qué se habrá hecho Rosalía?... Esta vida es desesperada... ese demonio de capitán la tenía en sus brazos... vamos, que lo he matado sin saber lo que me hacía... Don Félix entraba en esa casa misteriosa en pos de otra dama... Bien pensado, fué una locura mía... matar á un hombre por nada... no, no, siempre es algo eso de que la mujer de uno, es decir, aunque no sea la verdadera, se desmaye en los brazos de un zascandil... Soy un bárbaro, Rosalía me ama, eso está fuera de duda; pero no me explico como... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!... ¡ese hombre! ¡ella!... ¡Deteneos!... ¡deteneos!...

En aquel momento un capitán de los guardias del virrey, tomaba del brazo á una mujer encubierta y atravesaba frente á Pedraja sin notar los gritos del estudiante.

XLV.

Recordarán nuestros lectores que Lino el mulato recibió á la hija de Treviño para conducirla á la casa de la bruja.

Efectivamente, el cómplice de la madre Paulina se dirigió con la joven á una casa lujosamente puesta en la calle de la «Enseñanza.»

Todo el menaje era de última moda y exquisito gusto.

La casa parecía abandonada, sólo se veían criados y lacayos, sin encontrar amo alguno; sin embargo, todo parecía dispuesto para recibir á una persona de alta alcurnia.

El mulato llamó á la puerta dando un número convenido de toques, y la puerta se abrió.

Rosalía, precedida por el mulato, subió la escalera, que tenía un magnífico alumbrado, atravesó un ancho corredor lleno de plantas y flores, y penetró en un salón ricamente amueblado.

Esperad aquí, dijo el mulato, la señora no debe dilatar.

La joven tomó asiento en uno de los sofás, y después de examinar cuanto la rodeaba se fué quedando insensiblemente dormida.

Habría pasado una hora cuando una dama de aspecto grave y en cuyas facciones se revelaban aún los restos de una belleza deslumbradora, se adelantó á la joven que dormía profundamente.

—¡Pobrecilla! el cansancio la ha rendido. ¡Rosalía! ¡Rosalía!

Despertóse la hija de Treviño y se paró violentamente.

—Señora, pordonad, me encuentro en vuestra casa sin saber como, y...

—Nada temáis, una persona á quien aprecio os ha recomendado conmigo; soy conocida antigua de vuestro padre, y esta casa es vuestra.

—¿Conocéis á mi padre?

—Perfectamente, fuimos amigos en España; conocí á vuestra madre.

—¡Dios mío!.... ¡mi madre!

—He sabido con verdadero sentimiento su muerte pero el cariño de Don Manuel vuestro padre, acaso os indemnice de esa pérdida tan sensible.

—¡Sois un ángel!

—Me han enterado de vuestros sufrimientos y desgracias, relato que me ha conmovido dolorosamente.

—Nada puedo añadir, señora, al aceptar vuestra protección, sino la ardiente súplica de que me volváis al lado de mi padre.

—Yo os lo prometo, hija mía; entretanto, ésta es vuestra casa, vivid, gozad, nada tenéis que os inquiete; porque yo no perderé momento hasta lograr mi objeto.

—¡Gracias... mil gracias, señora! dijo la joven con el llanto sobre las mejillas.

—No me llaméis señora, decidme solamente María, ese nombre me agrada más.

—Es que yo os veo desde hoy como á una madre.

—Y tú serás mi hija ¿no es verdad?

La joven se estrechó al corazón de la dama y lloró con esa expansión purísima de la gratitud.

Doña María le besó la frente y conduciéndola hasta la puerta del aposento que le había destinado, regresó al salón.

—Es hermosa... sí, muy hermosa... Si supiera que yo la he tenido sobre mis rodillas... que ella me ha acariciado; porque yo amaba á esa criatura con adoración... ¡pobrecilla!... ese miserable de su padre ha querido asesinarme esta noche, ya sabrá lo que valgo... insensato... jugar con el corazón de una gitana, es poner las manos sobre el fuego!... La hora de la venganza se acerca... Prescindir de ella sería abdicar de todo ese pasado de lágrimas y de sufrimientos... No, adelante... adelante!... siento que mi espíritu se debilita... el aspecto de esa criatura, su inocencia, su candor... todo me habla en un lenguaje extraño á mis sentimientos... Hace un momento cuando pensaba que la tenía en mi poder como los rehenes de mi venganza, estaba satisfecha, me preparaba á hacerla sufrir, á prolongar su tormento, á gozarme en su desgracia... pero des-

pués... no, no hay duda, yo dejenero de mi raza, mi corazón se vuelve al lado de la luz... tengo compasión de esa criatura... y juro á Dios que la respetaré hasta el último momento!... La he salvado del poder de su seductor , sí, la he salvado; pero no para su padre... él ignorará el paradero de su hija... lo entrego á la desesperación mientras llega mi día!... El lo ha dicho: mi sombra cae á plomo sobre su corazón, mi memoria le inquieta... cree ver una mano oculta que dirige los hilos de esta trama horrible que lo ha lanzado á un abismo de infortunios y da padecimientos... ¡La desesperación!... ¡oh!... es espantosa, roe la existencia hoja por hoja como un insecto hasta marchitarla... ¡Dios mío! yo la he sufrido tantos años!... mi juventud se ha marchitado con mis lágrimas... se ha secado con mis sollozos!...

—Sí, le he amado... le amo todavía. Cuando después de tantos años me volví á encontrar en su presencia, sentí la pasión de aquellos días de delirio; con todo, ese mundo de amor se torna en volcán de odio inestinguible.

La dama se dejó caer en los almohadones, retorciéndose en una convulsión desesperada.

Vuelta Doña María de aquel acceso terrible, se levantó, compuso su tocado, serenó el semblante y acercándose al cordón de la campanilla, tiró de él y apareció un lacayo á la puerta de la entrada.

—¿Ha venido el capitán Don Félix?

—No, señora.

—A cualquiera hora en que llame, abridle y conducidle á este salón.

El lacayo inclinó la cabeza y salió.

—Es extraño que el capitán no haya parecido; estoy inquieta por saber el resultado de esa cita con la dama misteriosa... ese hombre es un calavera simpático, me ha hecho su confidente, y en verdad que me intereso demasiado por él... Han dado las dos de la mañana... no importa, estoy segura de que vendrá; desearía acostarme, ese infame me ha lastimado la garganta de una manera horrible... si no he tenido serenidad para fingirme ahogada, ese miserable me estrangula... aún siento la presión de sus dedos en la garganta; ya le pasará otro tanto... el destino, siempre el destino.

—Veamos la carta-orden que guardé en el escapulario.

Doña María desenrolló el papel que le dió Treviño y lo leyó para sí: « Cuántas sumas están en vuestro poder ponedlas á disposición de la persona que entregue esta orden. — Treviño. »

—Mañana mismo haré uso de este libramiento, ese hombre paga el hospedaje á su hija.

XLVI.

Una camarera entró violentamente en el salón.

—¿Qué pasa, Teresa?

—Hay una señora que quiere hablaros, trae á un hombre en una camilla.

—Que pase al momento.

Una dama cubierta enteramente con un velo penetró en la estancia dónde aguardaba con impaciencia Doña María.

—Permitidme, señora, me excuso ante vos de presentarme á esta hora en vuestra casa.

—Hablad, señora.

—Sé que sois amiga del capitán Don Félix de Quintanar.

—Es cierto.

—Pues bien, le acaban de dar una herida que puede ser de muerte.

—¡Dios mío! exclamó Doña María, me figuré siempre que su aventura debía traerle fatales resultados. ¿Y dónde está?

—Le traigo en una camilla.

—¿Quién os ha indicado mi casa?

—Don Félix, señora.

Doña María ordenó á sus criados que subiesen al enfermo y con un grande cuidado le colocó en uno de los departamentos de la casa, haciendo venir á un médico inmediatamente.

—Servíos, señora, dijo Amparo, escucharme un instante; quiero daros una explicación franca y leal de mi conducta.

Al decir estas palabras se quitó el velo que la cubría el rostro.

—¡Ah! exclamó Doña María al ver la semejanza de Amparo con la hija de Treviño.

—¿Qué os sorprende, señora?

—Nada, continuad.

—Yo no quiero ocultaros mi secreto, porque mi situación es espantosa.

—No me conocéis aún; pero os advierto, que estoy dispuesta á serviros con toda lealtad; decidme vuestro nombre.

—Amparo Nuñez de Clavijero.

Doña María retrocedió espantada.

—No temáis que sea una aparecida, mi muerte fué un intriga política, vivo todavía.

—¡Coincidencia fatal! murmuró Doña María.

—Ya os pondré al tanto de esa resurreción; pero creed que estoy viva.

—Comprendo, señora, que vuestra desasparación de la corte de Madrid, tiene un significado altamente importante; sé los celos de la reina, y este negocio, es necesario confesar que ha estado hábilmente manejado.

—El rey es el autor.

—Era el interesado.

—Es verdad.

—La mano de vuestro tío se hace sentir en este asunto.

—Señora, he sido vendida miserablemente por Don Pedro.

—Yo le conozco demasiado.

—Necesito un refugio y lo busco en vuestra casa.

—Sea en buena hora.

—Nada os quiero ocultar: el virrey me requiere de amores, y al ver mi negativa avisa á la reina de mi pretendida resurreción, sin temor á Carlos IV, que no osará destituirlo interviniendo María Luisa.

—Sosegáos, joven, estoy acostumbrada á mayores peligros y no será éste ante el que retroceda; quedáos en mi casa, nadie sabrá vuestro paradero y aquí estaréis en perpetua seguridad.

—Gracias, señora, y acepto con el alma.

—Una condición, Doña Amparo.

—Hablad.

—Os exijo por nuestra mútua seguridad que don Félix no se entere de vuestra estancia en mi casa.

—Os lo prometo.

—Seguidme.

Doña María condujo á Amparo al departamento interior, dándole un aposento que, como el resto de la casa, estaba suntuosamente amueblado.

—Tomad posesión, Amparo, y descuidad por lo que venga, que todo será favorable.

Entróse doña María en su cámara, calenturienta y casi demente.

Los acontecimientos que se sucedían en una terrible rapidez, la tenían perpleja.

Ya poseía á la hijia de Treviño y á la sobrina de Clavijero.

Las dos jóvenenes podían servir á sus intenciones.

XLVII.

Habían pasado tres meses, durante los cuales, la salud del capitán don Félix se había recobrado por completo.

El joven calavera se volvía cálculos, y planes, y proyectos sin darse cuenta de la desaparición de su novia.

Acudió á la casa del tío Pablo; pero la encontró desierta y no halló una sola persona que le diese noticia sobre lo que tanto ansiaba saber.

Había buscado al estudiante Pedraja para pedirle una satisfacción; pero al estudiante parecía habérselo tragado la tierra.

En tal situación, comenzó á entrar en esa linterna mágica de sus recuerdos la imagen de Rosalía, mientras que la de Amparo se iba sepultando en la bruma del olvido.

—Pensando cuerdamente, decía el capitán, mi bella desconocida es una aventurera... estuvo á punto de costarme la vida... ¡qué mano tan pesada tiene ese infernal de enamorado! á poco andar me antraviesa... ¡no fué mala broma! darle un «paisano» una senda estocada á todo un capitán de guardias, esto pasa de castaño á obscuro. ¡Demonio! ya me pasaba del punto, entremos.

El capitán se entró en la casa de doña María.

—¿La señora está ahí?

—Sí, señor.

—¿Y recibe?

—Solamente á vuesamerced.

—Está bien.

De un salto subió el tramo de la escalera y se presentó en la antesala.

—¡Hola!, capitán! dijo doña María, os habéis desertado.

—Señora, estaba en el desempeño de una comisión infernal que me ha detenido más tiempo que el necesario.

—Nunca es tarde el bien cuando llega.

—Gracias, señora.

—Tengo que presentaros á una joven amiga mía, á quien me han recomendado.

—Tendré mucho gusto en ello.

La puerta se abrió y Rosalía se dirigió al estrado.

Adelantóse el capitán todo perplejo, porque creía reconocer á la joven.

—El señor capitán es mi conocido, dijo Rosalía.

—Efectivamente, he tenido ocasión de ver á la señora en otro lugar.

—Ya me ha puesto al tanto de todo mi querida amiga, observó doña María, y de vuestro comportamiento siempre leal y caballeroso.

—Me hacéis justicia.

El capitán sintió una simpatía vivísima al ver á la joven, que bien pronto se convirtió en un amor desesperado.

—Yo guardo con el recuerdo fatal de aquella noche, la más profunda gratitud hacia mi generoso protector.

—Estoy satisfecho, señora, con haber cumplido con mi obligación.

—¿Y vuestra novia, capitán?

—¿Cuál de ellas? preguntó doña María?

Don Feélix se halló terriblemente contrariado y apenas pudo responder.

—Serenaos, caballero, mi pregunta nada tiene de extraña.

—No, efectivamente; pero ya esas memorias me son importunas; figuraos simplemente un capricho, una aventura y nada más.

—¿Luego no amais á Amparo?

—Lo creí al principio; pero después me desengañé de que aquella mujer estaba envuelta en una trama obscura que, interpuesta entre nosotros, nos alejaba para siempre.

—¿Y la olvidásteis?

—Para siempre.

Rosalía fijó sus dolientes miradas sobre el capitán, como si encontrase en sus palabras algo que la consolase.

—Sí, continuó Don Félix; yo tengo un corazón ardiente, enérgico y lleno de esperanzas que desea abrirse á los horizontes sonrosados de un porvenir todo de amor y de fidelidad; porque yo me siento capaz de cuanto valor se necesita para arrostrar sacrificios y hasta la misma muerte por conquistar el cariño de un mujer.

—Así te quiero, pensó Doña María.

El capitán continuó más exaltado:

—Yo no había sentido hasta entonces más ambición que la de la gloria, ni más goces que el de pelear y distinguirme; pero vi á aquella mujer bajo un velo de misterio que sin querer me interesó profundamente... Me acerqué á ella: sentí que la amaba; pero su pasado me inquietó, haciendo oscurecer mi frente y mi corazón... A fuerza de pensar en esas circunstancias, su recuerdo se ha debilitado y creo que el olvido penetra en mi alma.

—¿Estáis seguro, capitán? preguntó Doña María.

—Señora, lo estoy, y más cuando amo á otra mujer; no es mujer; es un ángel, una aparición que recibió en su primero momento el bautizo de mi sangre.

Rosalía se puso intensamente pálida.

—¿Y quién es esa mujer que os ha encantado?

—No quiero que sea un secreto; sabed, Doña María, que yo amo á vuestra amiga.

Rosalía se cubrió el rostro con las manos.

—Pero ésta es una declaración inesperada, dijo Doña María.

—No importa, repuso Don Félix, dejo á los corazones vulgares prepararse, estar en acecho, buscar las oportunidades é ir en pos del silencio y de la soledad; yo soy franco y leal, y lo que he dicho es la verdad... Rosalía: el corazón no nos engaña jamás; yo he leido en vuestros ojos que no os soy antipático, que conserváis por mí un afecto sincero de amistad, que yo procuraré convertir en amor; porque la existencia sin ese cariño está sin luz, envuelta en las sombras de la desgracia y de la desesperación; vos habéis soñado también... olvidad como yo olvido y séamos felices.

Doña María se levantó para dejar en libertad á Rosalía de contestar la demanda del capitán.

—Espero á vuestros pies una palabra de compasión.

—Capitán, dijo al fin la joven, sentáos y oidme.

Don Félix se aproximó más á Rosalía.

—Habéis visto á un hombre...

—Sí, lo he visto; más aún he sentido su espada sobre mi pecho.

—Pues bien, si yo le olvidase, vos mismo condenaríais esta conducta.

—No, no lo créais: sé que Antonio es vuestra primera ilusión y esos albores están destinados siempre á desaparecer ¿no es verdad?.. pero vos no sabéis de mundo, mañana se os haría insoportable lo que hoy es cielo para vos.

—¿Y no teméis que suceda otro tanto con vuestros amores?

—No, mi cariño es el porvenir, es la existencia, el cielo tras de la tumba.

—Bien, capitán, yo resolveré.

—No insisto más; espero esa resolución como el rayo de mi destino.

Don Félix tomó su sombrero y haciendo una galante caravana á la joven, salió lleno de esperanzas, y soñando mundos de amor desconocido y de esperanzas.

XLVIII.

Seguía en la gran ciudad el alboroto producido por la solemnidad cívica de la colocación de la estatua, y todos los súbditos de S. M. se entregaban al regocijo purísimo de los vasallos en las fiestas reales.

La Plaza estaba completamente llena; y en los balcones del palacio se agrupaba la gente de pro con el objeto de presenciar los fuegos artificiales.

La señora virreina, rodeada de las damas principales, ocupaba el gran balcón, y S. E. el marqués de Branciforte el de la derecha, con sus favoritos y adulatores.

—S. M. Carlos IV decía el inquisidor Clavijero, quedará agradecido á esta demostración de cariño de parte de S. E.

—Cumplo con el deber de un leal y fiel servidor de S. M.

—La estatua hará eterno el nombre del rey y el de V. E., que ya se escribe en bronce y mármol.

—¡Ojalá que á mi memoria le acompañe la bendición de este pueblo á quien verdaderamente amo, como parte del suelo patrio! ¡oh! si tuviera un «erario» más rico, yo le trasformaría por completo.

—Yo creo que hay que convocar á la nación para que haga un pequeño préstamo, al menos para traer armas. V. E. comprenderá que la seguridad del país está comprometida con estos señores franceses, esa odiosa república trata en son de conquista á la Europa y V. E. debe estar preparado para un evento, casi lejano, pero que no está fuera de la posibilidad.

—Su señoría me ha sugerido una idea feliz, sí, un «préstamo»... un préstamo.

—Desde luego me anticipo con mi pobre ofrenda; me cuotizo con mil pesos.

—Sois un verdadero patriota.

—Gracias, señor marqués.

—Yo me apunto con diez, dijo un potentado que traía á su pecho la cruz de Carlos III.

—Y yo, con ochenta, dijo el almonedero de Branciforte, haciendo al virrey una seña de inteligencia.

Branciforte comprendió que su privado trataba de levantar el negocio.

Los cortesanos acudieron á subscribirse, y en un momento se levantó la suma á trescientos mil pesos.

Cierto es que aquella dádiva le iba á costar á la nación un ciento por uno.

—Gracias, gracias, decía el marqués restregándose las manos, os portáis como unos caballeros y desde luego voy á proponer que se os condecore.

Aquella promesa hecha en aquellos tiempos, en que un hombre daba su fortuna por un título, causó el más vivo entusiasmo.

—Hoy es día de felicitaciones, señor marqués.

—Hay días que parecen de bendición; yo lo celebro por el país, cuyos destinos me están encomendados por una nación á quién gobierno con gran perjuicio de mis intereses y sólo por no caer en desgracia con S. M.

—Todo ello se comprende, se apresuró á decir el inquisidor, que se había tornado en el órgano de la tertulia.

—A propósito de negocios, venid, señor de Clavijero, os tengo que decir algo con permiso de estos señores.

Todos los cortesanos se inclinaron como un haz de trigo á un golpe de viento.

El virrey y Don Pedro se entraron á una sala inmediata.

XLIX.

La señora virreina tenía una conversación muy empeñada con las damas.

—Yo os aseguro que no he oído jamás ese título, decía una muchacha alegre y burlona.

—No exageréis, Amelia.

—No es exageración, aun me parece ridículo ese nombre de « Condesa del Milagro », eso estaría bueno en un retablo de San Vicente Ferrer, por ejemplo.

—¿Y por qué os acordáis de ese santo? preguntó con intención una dama avechuco.

—Como de otro cualquiera, señora; ¿acaso es vuestro abogado?

—Lo fué un tiempo, cuando....

—Etcétera, respondió Amelia, pero volviendo á la señora del Milagro, yo le colgaré alguno por ese misterio en que se halla envuelta; el vulgo cuenta que por la noche se oyen lamentaciones y suspiros, y sollozos, y no sé que otras cosas horribles, todo á las doce en punto y precisamente en el dormitorio de la condesa.

—Me da calosfrío vuestra leyenda.

—Aun hay más, dicen que entran embozados, y hay quien asegure que al descubrir el viento á uno de éllos... no, no lo quiero ni recordar.

—Concluid por Dios, amiga mía.

—La váis á soñar durante tres noches.

—No importa, decidlo.

—Pues bien, la gente asegura que el embozado era un esqueleto.

—¡Qué horror! dijeron á una voz todas las damas.

—Ni más ni menos, señora virreina, el embozado llevaba desnuda la cabellera y había en las órbitas un foso de luz amarillenta que deslumbraba.

—¡Jesús, qué atrocidad!

—Al andar el esqueleto se oía el ruido de los huesos, como dándose unos con otros.

—Amelia, nos estáis horrorizando.

—Se asegura también, continuó la joven entusiasmada con el efecto que estaba causando su leyenda, que la puerta de esa casa donde habita la condesa del Milagro, no se abre, y que los fantasmas atraviesan los muros.

—No es de creerse que pasen esas cosas sin que el Santo Oficio tome providencias.

—Ahí está el secreto; la Inquisición, y esto sea dicho en reserva, no se atreve á llamar á la puerta de esa casa.

—¿Y no adivináis?

—Ni lo pretendo, hay negocios muy peligrosos.

—Indagaremos, indagaremos, yo estoy segura de descubrir el misterio que envuelve á la condesa del Milagro.

II.

—A vuestras órdenes, señora virreina, dijo doña María, saludando respetuosamente á la concurrencia.

Todas la damas influenciadas por la superstición se quedaron mudas de espanto, y apenas pudieron corresponder su saludo á la marquesa.

—Sentaos, señora, dijo la virreina, los « fuegos » van á comenzar.

—Perdonad, respondió galantemente doña María, he recibido muy tarde la invitación con que me habéis honrado.

—Disculpad, señora á los servidores, que hoy se han atarantado con el vértigo de la fiesta.

—Ni aun siquiera me ocurre el culparlos, toda vez que disfruto el alto honor de encontrarme á vuestro lado.

—Gracias, señora marquésa.

Doña María tomó asiento entre las damas, su fisionomía era severa, y su apostura completamente trágica.

La condesa llevaba unas alhajas valíosisimas, y su busto con toda la entonación judía, se destacaba hermoso é imponente con aquella cabeza ceñida de una aureola de brillantes.

La condesa llevaba un túnico de terciopelo negro con encajes de Flandes riquísimos.

Aquella mujer inspiraba respeto y tal vez espanto, después de oír el relato que la joven Amelia había hecho con tan vivos colores.

—¿Habéis pasado bien el día, señora marquesa?

—Perfectamente, señora; he estado escribiendo para España, y no cierro mi correspondencia hasta completar el relato de solemnidad tan brillante.

—¿Tenéis muchos amigos en la corte de Madrid?

—Me jacto de tenerlos buenos y generosos en la corte de S. M. Carlo IV.

—¿Conocéis á Godoy?

—Es un hombre de gran talento, insinuante, guapo mozo y buen caballero; no en vano S. M. le dispensa gran favor y cariño.

—Se dice, observó Amelia, que la reina es de la misma opinión que el monarca.

—Efectivamente, señoritá, S. M. María Luisa estíma altamente al ministro, porque está al tanto de sus trabajos, y de lo mucho que España le debe. La mordacidad ha inventado verdaderas calumnias, que no herirán nunca el honor inmaculado de la reina.

—Como que hace dos meses han pedido en la audiencia que se le queme la lengua á un francés por un solo epigrama que dijo contra S. M.

—El desprecio, señorita, es el mejor castigo.

—Hay quien diga que el virrey está influenciado per Godoy.

—S. E. la señora virreina, que tiene afinidad con el ministro de Carlos IV, podrá decir mejor que yo lo que pasa en la corte.

La esposa de Branciforte comprendió el veneno de aquellas palabras, dichas bajo la aparencia de un candor angelical.

—Ya sabéis, señora, que las cortes son un foco de hablillas y en

eso todas se parecen; la corte de Francia nos ha dado el ejemplo: con una palabra, con una sonrisa, con una mirada, se hace trizas la ejecutoria más limpia y se destruye la reputación más bien sentada.

—Es cierto.

—Los enemigos de Godoy, no encontrando en su conducta una tacha que ponerle, ni falta en su admnistración, se han adoperado de esa arma terrible que pudiera hacer caer su cabeza.

—¡Qué orror!

—Yo conozco á María Luisa y es incapaz de un escándalo.

—Es necesario resignarse con ciertas cosas que no está en lo posible remediarlas, tales como ésta.

—Es cierto, y porque la señora virreina vea hasta dónde cunden esos rumores, acabo de presenciar una escena desagradable.

—Referidla si no es inoportuno.

—Dos criollos hablaban en la plaza teniendo un diálogo abominable.

—Hablad, señora.

—Uno de esos miserables decía á su campañero:

—¿Qué te parece la estatua?

—Bien.

—Yo creo que está incompleta.

—No lo he notado.

—Pues falta una figura puesta en ancas de ese caballo.

—¿Cuál?

—La de Godoy, favorito de la reina.

—El marido y el... no está mal pensado.

Las damas se sonrieron al oír lo picante del epigrama, como todo lo que sale de los labios del pueblo.

—Esa osadía debe castigarse severamente.

—Soy de la misma opinión.

—¿Y decís que los han aprehendido?

—Yo lo he presenciado, el alcalde Pinillos los ha conducido á la cárcel.

—Le recomandaré el ejemplar castigo de esos miserables.

—El alcalde es propio para semejantes comisiones.

—Lástima que sea tan candoroso, dijo Amelia.

LI.

En aquel momento se dejó ver en el salón el alcalde Pinillos.

—Estamos de broma esta noche, señora virreina, dijo la joven.

—Así parece.

El alcalde se acercó á S. E. respetuosamente y fingiendo una gran fatiga.

—Sentaos, alcalde, y contadme algo de nuevo.

—Hay mucho, excelentísima señora, pero lo de última hora es la aprehensión de dos malhechores, que pretendían que se pusiese á horcajadas sobre el caballo de S. M. á vuestro noble pariente, el excelentísimo señor Godoy.

—Es una ocurencia de mal tono.

—Por supuesto que hoy eché una arenga en la plaza, desmintiendo á voz en cuello los amores de Godoy con S. M. María Luisa.

—Os lo había dicho, señora, dijo Amelia.

—No os engañásteis, este señor alcalde ve más alla de dónde debiera por ese celo excesivo que lo distingue.

—Gracias, excelentísima señora; yo no hago más que cumplir con mis deberes.

—Eso de la arenga ha estado perfectamente, dijo Amelia.

—Me glorio de ello, señorita, y estoy dispuesto á repetirla en pleno salón; porque me jacto de ser galante con las damas y más aún con mi reina.

—No hagáis semejante cosa, señor de Pinillos.

—Yo he formado empeño y proclamaré que es un absurdo lo del adulterio de S. M. y las citas con el ministro y las...

—¡Por Dios, alcalde, que nos estáis haciendo sufrir espantosamente!

—Lo cuál quiere decir que cuando se os ofrezca hallaréis en mi el más decidido campéon.

—Es un tonto de remate, dijo por lo bajo la virreina.

—No faltaba más, proseguía el alcalde, sino que dos mentecatos se propusieran mancillar honra tan pura.

—Hablemos de otra cosa, señor de Pinillos: ¿habéis dado con vuestra hechicera?

—No, pero mañana se procede en el Santo Tribunal á las primeras diligencias y de ahi saldrán cosas maravillosas.

—¿Y quiénes son los presos?

—Lo ignoro; pero al Padre Pontolongón se le hará hablar muy alto, así como á un sacamuelas; todos ellos tenían pacto y amistad con las brujas.

Las damas se santiguaron.

—Se verá también la causa de la familla Marroquín por infidencia y herejía.

—Lo primero se puede pasar, pero lo segundo es horrible.

—Hemos de extirpar á los herejes, los hemos de confundir y de pulverizar.

—Bien hecho, respondió Amelia.

—Parece que os burláis, señorita; pero esa familia Marroquín es de lo más criminal; figuráos que el padre de esa tribu es un herejazo más alto que esa puerta, y que merced á sortilegios se ha hecho de un gran caudal para ponerse de acuerdo con los franceses y entregarles el reino.

—¡Qué crimen!

—Ese hombre ha trazado circulos en las paredes con signos misteriosos; todo eso lo sabe el Santo Oficio, aunque el malvaldo Marroquín los había borrado cuando llegó la justicia.

—Bien, la cosa es clara como la luz.

—Ese hombre no se quita el sombrero á las oraciones, y se cuenta que pasó junto á una «ánima,» sin rezarle un sudario; que hace poco dijo que le molestaban las campanas porque le aturdían, y que los señores sacristanes iban á medias con las limosnas de los fieles; por supuesto que toda la gente de sacristía se ha puesto furiosa y acusa for-

malmente al impío de blasfemo y sacrílego. Aseguran también que se expresó mal y en términos indecorosos, de las mulas que tiran de la «estufa» del Viático.

—¡Sacrilegio espantoso! exclamó una vieja, que llena de adornos quería sobresalir en el círculo de la virreina.

—Yo creo, continuó Pinillos, que á la primer vuelta del tormento le arrancarán el secreto de sus abominaciones.

—Es natural, dijo Amelia, el tormento es un medio bien persuasivo para...

—¡Callad, señorita, estais diciendo herejías.

La esposa de Branciforte, que tenía un cariño especial por Amelia, trató de interrumpir el gracioso diálogo que la joven había entablado con el pobre alcalde.

—Comienzan ya los fuegos, amigas mías, acercaos que el espectáculo bien lo merece.

En aquel entonces la pirotécnia no estaba tan adelantada como hoy, y el espectáculo de los fuegos era sumamente cargante.

Un morillo que se prolongoba á veinte varas de altura, revestido de un armazón de varas á las que estaban atadas multitud de bombas y unas ruedas que arrojaban resplandores de luz, figurando soles, y en el remate de aquel aparato que llamaban «castillo» una «canastilla» de cohetes. Comenzaba á quemarse rueda por rueda, subiendo el fuego á su vez á los distintos cuerpos del «castillo» hasta prenderse la canastilla. Entonces el pueblo le silbaba al artífice, y la diversión estaba concluida.

No obstante la diversión, por ser gratis, era concurrida y los fieles subditos de S. M. se daban por satisfechos con aquel obsequio; cierto es también que los soldados para arreglar la fiesta repartían culatazos y bayonetazos á diestra y siniestra; pero los soldados tienen siempre razón y mientras esté la ordenanza de Carlos III, ellos tienen de vivir en el siglo feliz en que se puso en vigor ese precioso código: «Cartucheras al cañon.»

PARTE TERCERA

I.

Doña María dejó en su coche á la hija de Treviño mientras ella se dirigía al palacio, donde era recibida por la virreina bajo el título de condesa del Milagro.

La gitana se hizo por dinero de ese título y merced á él podía introducirse en los altos círculos de la corte, que regla antigua es que el oro abre todas las puertas.

La gitana estaba esa noche en una de sus metamorfosis; conocíasele sin embargo su poca versación en las maneras distinguidas de sociedad.

La noche del día en que se colocó la estatua de Carlos IV, Doña María quiso que la joven hija del portugués viese desde el coche el espectáculo de los fuegos artificiales, á cuyo efecto situó su carruaje en la bocacalle del Seminario.

La joven permanecía divagada, cuando vió atraversar á Pedraja con la carpanta de sus amigos.

—¡Cosa estraña! murmuró Rosalía, mi corazón no se altera á la vista de ese hombre; cierto que ese aspecto de miseria y el recuerdo de aquella noche cuando le vi empapado en la sangre de Don Félix, lo hacen aparecer repugnante ante mis ojos. ¿Qué hubiera hecho al lado de ese desalmado, sin porvenir y llena de desgracias?... Dios me ha salvado de una manera providencial... ¿Pero qué veo?... no me equivoco, he ahi á fray Angel de la Divina Infantita seguido de un lego; yo creía que había muerto; vamos, que el reverendo padre debe de tener los huesos muy duros.

Quedóse Rosalía pensando en todos los acontecimientos surgidos desde la noche memorable de su fuga.

brazos!... ¿qué hará sin mí?...

—¿Qué habrá sido de mi padre? Doña María me ha ofrecido indagar, y si es posible, lo que para mí es un sueño volverle á estrechar entre mis

Dos lágrimas corrieron á lo largo de sus pestañas á la influencia de aquel tristísimo recuerdo.

Preocupada estaba la joven cuando de repente una bomba caída entre los caballos de tiro los espantó; partieron de súbito sin obedecer la rienda y se lanzaron atropellando á la multitud, que entró desde luego en alarma.

Una de las ruedas delanteras del carruaje se desgranó y el se volcó poniendo en gran peligro á Rosalía.

El capitán de los guardias del virrey se acercó al carruaje y sin saber á quien se dirigía dijo en voz alta y tendiendo la mano.

—Salid, señora, salid al momento porque apenas puede contenerse á estos animales que están furiosos.

Abrió la portezuela, y la hija de Treviño con ese ánimo que da el terror saltó del carruaje y se encontró al lado de Don Félix de Quintanar.

—¡Siempre vos! exclamó la joven sin poder contener su alegría.

—Señora, respondió entusiasmado Don Félix, estrechando la mano de Rosalía, venid y os conduciré á vuestra casa.

Los dos amantes se echaron á andar por la plaza, cuando oyeron de improviso la voz de Pedraja que gritaba como un loco:

—¡Detenéos! detenéos!

En aquel momento Don Manuel Treviño descubrió al estudiante, y tomándolo por la garganta le dijo con voz terrible:

—¡Volvedme á mi hija, miserable, ú os arranco la vida!

—¡Mi padre! exclamó Rosalía, y soltándose del brazo del capitán corrió a arrojarse á los pies de Treviño.

—Una oleada de gente arrolló á Don Félix, que pugnaba en vano con toda su fuerza por huír de aquel torrente, pero que lo arrastró hasta el otro extremo de la plaza.

Fray Angel divisó al portugués y quiso apersonarse con su antiguo amigo, cuando el alguacil Lanzarote, como un buitre, reconoció en la oscuridad de la noche al padre de Rosalía y sin dar órdenes á sus subordinados, lo arrebató del lado de Pedraja y poniéndolo entre la patrulla lo llevó á las cárceles del Santo Oficio.

Rosalía daba de gritos y lloraba de desesperación.

Echóse á andar como una loca por las calles, atravesó las del «Reloj,» detúvose á la puerta de la iglesia, arrodillóse en el dintel y comenzó á orar fervorosamente.

Se había pasado un cuarto de hora cuando la puerta del convento se abrió dando paso á un fraile que salía de confesar á una religiosa.

Rosalía penetró en el recinto sagrado y acercándose á la monja tornera le suplicó llamase á la superiora.

La presencia de la joven á aquella hora, atrajo la curiosidad de la abadesa y bajó immediatamente á la portería.

Habló un cuarto de hora la hija de Treviño con la religiosa, como en el secreto de la confessión.

—Bién, hija mía, dijo la monja, pasad; y vos, madre tornera, cuidado con decir una palabra bajo pena de excomunión mayor. Las puertas del convento se cerraron como las de la tumba y Rosalía quedó bajo la sombra protectora del techo sagrado.

II.

El señor de Treviño estaba encadenado en uno de los calabozos más sombríos de la Inquisición y reencargado al terrible alguacil Lanzarote, que lo tenía por brujo, y quería vengarse de la mala pasada de la bruja.

En cuanto al padre Pontolongón y al barbero, los habían puesto en una misma estancia.

El maestro de aposentos de San Nicolás estaba horriblemente feo, los cabellos le habían crecido y una selva espesa de barba le cubría por completo el rostro; sus vestidos talares estaban en girones, y todo aquel conjunto inspiraba horror y repugnancia.

El señor de Ramos, con la miseria había tomado un aspecto simplemente ridículo: sus medias dejaben ver por sus boquetes las pantorrillas acartilaginadas, y sus codos salían por la chepa rasida; sus zapatos no tenían su forma primitiva y la «coleta» estaba destrenzada.

En el calabozo situado en el ángulo del patio, estaba la familia de Marroquín, un español honrado y perseguido inhumanamente por los favoritos de Branciforto, á quienes acusaba de aduladores y ladrones de los fondos públicos.

Una calumnia había sido suficiente para arrastrar á aquel desgraciado á la Inquisición, y á toda su familia, que consistía en una señora anciana, suegra de Marroquín, y dos hijos gemelos de quince años.

A toda esa familia la tenían exhausta de hambre, humillada, escarnecida por los carceleros y maldecida por los alguaciles que se gozaban en sus tormentos.

Los presos esperaban hacía muchos meses que se les tomase declaración.

Esperanza triste, porque el «tormento» no se haría aguardar demasiado.

El carceleo notificó a los presos que á las oraciones de la noche el señor Inquisidor en turno procedería a las informaciones.

Un terror pánico circuló entre aquellos desgraciados, que contaban las horas momento á momento.

—Ha llegado al fin la hora de mi salvación y de mi venganza, señor de Ramos, decía el padre Pontolongón lleno de entusiasmo y sacudiendo su cabeza de jabalí.

—Dichoso vos, que váis á salir de este infernal calabozo, donde las ratas se han alimentado hasta con nuestros sombreros.

—Muebles inútiles, porque el sol no ha asomado las narices por estos subterráneos.

—Es cierto, pero en cambio tenemos una humedad escandalosa.

—Ya las reumas me trituran los huesos; esto es un tormento continuo.

—No os quejéis de antojo, mirad á nuestro vecino Marroquín, á ese sí lo han fastidiado como á ninguno.

—¡Infeliz familia!

—Tan infeliz que no sale con bien esta noche.

—Así lo creo, ¿y nosotros?

—En cuanto a mí, señor de Ramos, tendré que despepitar la verdad, me hablásteis de la bruja y que estábais en su...

—Yo no os he dicho nada.

—No comencemos á negar tan temprano.

—¡Por todos los santos del cielo! gritó el padre Pontolongn, eso es negarme la luz del día.

—Decid, exclamó el barbero, que queréis disculparos conmigo, y sacrificarme.

—Eso no es cierto, lo único que pretendo es poner las cosas en su verdadero punto de vista.

—Lo que pondréis será mis pobres miembros en el tormento.

—Eso no es culpa mía, sino vuestra.

—Mirad, padre Pontolongón con solo hacer un esfuerzo de silencio.

—No, no me propongáis omisiones; porque no consentiré en mentir y menos en callar.

—Sois un ministro de Dios, y por vuestra causa no debe sufrir ninguna criatura.

—La criatura nace precisamente para el sufrimiento y os toca vuestro turno.

—¡No os chancéis, por Jesucristo!

—Ya veréis la chanza que os aguarda.

—Está bien; pero si decís una sola palabra que me comprometa, os levanto una calumnia y vamos los dos al potro.

—¡Ave María Purísima!

—Como lo oís, padre Pontolongón, ya me cansa tanto contemplaros, ya me aburro estar siempre con ruegos; ahora yo soy el que os impongo, y oidlo bien, juro por todos los santos, perderos si decís una sola frase que me lleve á un lance extremo.

—Yo denunciaré al inquisidor esa amenaza.

—Y no seréis creído.

—¡Ya veremos, hombre infame, calumniador!

—¡No me insultéis!

—Os digo la verdad.

—¡Mentís!

—¡Mentís vos!

—¡Yo no miento, gritó el padre Pontolongón y tomando el jarro del agua, lo estrelló en la crisma al señor de Ramos, que quedó escurriendo el líquido por todos sus harapos.

El barbero le puso por sombrero la candileja y se armó una de Capuletos y Montequios que acudió el alguacil Lanzarote con garrote en mano a sofocar el motín.

—¡Hola! ¡hola! espirituados, gritaba el alguacil, ¡deteneós ú os rompo el bautismo!

Sosegáronse aquel par de furiosos.

—Vamos, seguidme, que el señor inquisidor os espera.

A esa intimación los combatientes se apresuraron á componerse lo mejor que les fué posible, y siguieron a Lanzarote que para mayor seguridad de los reos había traído cuatro ganapanes armados de punta en blanco.

El salón del tormento estaba alumbrado por una lámpara de cadenas; la llama ni aún oscilaba, parecía que en aquel recinto hasta el aire tuviese miedo de moverse.

En uno de los extremos estaba el pupitre del inquisidor, y al frente un banquillo para los acusados.

En el centro y resto del salón, los aparatos formidables del tormento; y los verdugos que yacían inmóviles esperando órdenes de los terribles ministros de aquel tribunal.

El inquisidor Don Pedro Núñez de Clavijero se deslizó como una sombra, el eco de sus pasos se dejó oír en la bóveda.

Tomó asiento en el pupitre, puso los codos sobro la mesa, apoyó su frente livida en las manos y cerró los ojos como un hombre terriblemente preocupado.

Fray Angel hacía de Secretario y acusador á la vez, y guardaba también un profundo silencio.

El inquisidor movió la cabeza para indicar que iba á proceder á las primieras diligencias contra los reos.

Fray Angel bajó de la plataforma y habló en secreto al alguacil Lanzarote, que salió con pasos marcados del salón.

A los seis minutos tornó con los presos al lugar del interrogatorio.

Fray Angel hizo una seña al padre Pontolongón, que avanzó hasta el banquillo.

—¿Como os llamáis? preguntó el fraile.

—Cipriano Pontolongón, ordenado en primera tonsura.

—¿Habéis hablado con las brujas?

—No, reverendo padre.

—Yo os conjuro á que os conduzcáis con verdad.

—Yo lo prometo y vuelvo á jurar.

—¿Qué sabéis de los acentecimientos de Velladolid y del monte de las Cruces?

—Reverendo padre, este reo, que es el barbero de la ciudad, me comunicó che había visto una bruja para que le proporcionase entrar en relaciones amorosas con la hija de D. Manuel Treviño.

El Sr. de Ramos temblada como un azogado.

—Por qué no le denunciásteis al Santo Oficio?

—Por... por...

El inquisidor Clavijero tendió la mano señalando la «rueda» y volvió a hundirse en su contemplación.

Dos verdugos se apoderaron del padre Pontolongón, le ataron á la rueda, dió esta la primera vuelta y el clérigo exhaló un espantoso grito.

—Quitadle, dijo fray Angel.

Pontolongón volvió al banquillo, con su melena erizada arrojando espuma por la boca.

—Responded categóricamente.

—Os lo comuniqué á vos, reverendo padre.

El inquisidor vió al soslayo á fray Angel.

El fraile se estremeció.

—Vuelva al tormento, dijo Clavijero.

El padre Pontolongón fué atado segunda vez, entoces los verdugos dieron dos vueltas, y el miserable rugió como una fiera.

—Hablad.

—Señor, señor, decía jadeando de dolor, yo lo denuncié ante fray Angel, no sospechéis de mí, yo soy enviado secreto del Tribunal para espiar el rector de San Nicolás, al señor Hidalgo y Costilla.

—¿Vuestras credenciales?

—Aquí estan, señor, respondió el infeliz sacando unos papeles grasientos de entre sus harapos.

Examinó el inquisidor los documentos y llamando aparte al clérigo, empeñó con él una conversación acalorada á cuyo término le dijo:

—Marchad mañana mismo á la villa de San Felipe, levantad información de lo que pase, ese cura Hidalgo es un hombre pêligroso; debíais haber comenzado por donde habéis concluido. Yo os mando que sin pérdida de tiempo os pongáis en camino, id primero á Valladolid donde recibiréis las órdenes mayores; ya se le avisa al obispo, y os presentaris como vicario de curato; se os entregarán unos pliegos que abriréis ya en la villa de San Felipe; obrad como se os prevenga, vedme en mi casa para ministraros los recursos que necesitáis para ese viaje.

Padre Pontelongón, vos sois la persona más á propósito para ese asunto, ved que la religión peligra y algo más que vos no comprendéis... Olvidad lo del tormento, este fray Angel es un imbécil; se os recompensará como merecéis. Conque idos y no olvidar que os espero esta noche... En fin, me duele haberos maltratado; pero os aseguro una espléndida indemnización.

El clérigo olvidó el tormento por un instante para entregarse á la satisfacción producida por las palabras de Clavijero; no obstante, murmuró por lo bajo:

—Juro á Dios que con alguien he de desquitar las tres vueltas que me han dado en esa infernal rueda.

Besó la mano al inquisidor, quien ordenó fuese puesto en el acto en absoluta libertad.

III.

—Fray Angel, dijo el inquisidor, si no estuviérais compensado con la herida que recibísteis, os enviaba al «potro» como esta luz que nos alumbra.

Fray Angel de la Divina Infantita dió un salto como un mono de goma elástica.

—Sosegaos, y seguid en la averiguación.

El fraile hizo llamar al señor de Ramos, que hasta la figura había perdido bajo los harapos de la miseria.

—Decid cuanto sepáis sobre las declaraciones y aseveraciones y confesiones de vuestro cómplice.

El barbero no necesitó ser compelido con la amenaza del tormento para soltar la lengua, pero siempre se aterrorizó al siniestro aspecto de aquella escena de caníbales.

—Señor inquisidor, dijo el señor de Ramos, yo nací en Valladolid, mi padre fué el señor don Ignacio de Ramos, casó en segundas nupcias con la señora mi madre doña Fulgiencia Ordosgoiti y Berrenechea, de la vecindad de Purépero, siendo hija de don...

—No la toméis de tan lejos, contad lo que hay de positivo con respecto á la bruja.

—Decía ,señor inquisidor, que yo era hijo de la segunda esposa de mi padre, y que desde pequeño fuí educado en las máximas cristianas, y que soy católico apostólico romano, y traigo conmigo la bula de la

Santa Cruzada, y obedezco los preceptos emanados de la autoridad canónica y eclesiástica, á quien respeto y venero.

—Respondad á lo que se os tiene preguntado.

—Deseo, señor, no dejar punto omiso ninguno; porque debo observar á mis jueces, que sin necesidad del «corporis afflictive,» es decir, del tormento, soy muy capaz de responder á todo lo que sé y aun más si se me pregunta.

—Bien.

—Pues como iba yo diciendo, había en Valladolid una joven recatada, honesta, pura y amante á guardar los preceptos de la madre Iglesia; yo la amaba, por supuesto que con la intención cristiana de casarme con ella; ella no me amaba de ninguna manera; entonces busqué una tercera persona que me abocase con la joven, y como las viejas sirven para esas cosas de una manera tan eficente, ocurrí á una de tantas, llamada la madre Paulina. Protesto que ignoraba lo de las brujerías y aun lo dudo.

—¿Lo dudáis? preguntó agriamente el fraile.

El señor de Ramos creyendo llegada la hora del tormento, exclamó:

—No, no lo dudo, reverendo padre; por el contrario, lo creo como si lo viese, ¿yo dudar? ¡líbreme Dios! si eso de las brujas es tan cierto como que S. E. el inquisidor está delante de nosotros.

—Bien.

Los verdugos estaban deseosos de agarrar entre sus uñas al barbero, que se defendía como un desesperado.

—Su reverencia presenció lo demás, es decir, la zurribamba de palos que me plantó el estudiante Pedraja, (por cierto que conservo aún los cardenales en las costillas,) después, caminábamos por el Monte de las Cruces y yo os extraje la bala, ¿no es cierto?

—Que pongan en libertad á ese mentecato, dijo el inquisidor; ya estoy atarantado de oirle, quitadle de mi presencia!

—Yo desearía, excelentísimo señor, dijo el barbero, que V. E. me expidiera un...

Llegaba á esto de su discurso, cuando el alguacil Lanzarote le interrumpió, sacándole del salón casi suspendido de una oreja.

—Aunque me la hubiera arrancado, dijo el señor de Ramos, me daría por muy satisfecho al verme libre de las garras de estos beduinos.

IV.

La familia Marroquín se presentó en el banquillo.

Ya hemos dicho que Branciforte era implacable en sus odios, y aquella infeliz familia era presa de su rencor en una cuestión de vil interés.

El virrey quería ver desaparecer á Marroquín y tomar sus bienes en la confiscación, así es que había ordenado á Clavijero su muerte.

Espantoso es considerar que hay hombres que se prestan como un instrumento ciego á las venganzas sangrientas de los poderosos, y más aún, que otos miserables, por congraciarse con sus señores, refinen la crueldad en los momentos supremos de la realización.

—Estáis acusado de «heregía mixta,» dijo el fraile.

El viejo Marroquín quedó silencioso.

—Se os acusa de propagar ideas contra le religión católica, difamando al venerable clero, y haciendo mofa de las prácticas católicas.

—Eso es una impostura, dijo con dignidad el anciano, mientras sus hijos gemelos temblaban de terror.

—Medíos en vuestras palabras.

—Señor, dijo Marroquín, mi conciencia no me acusa de ningún crimen, soy hombre honrado y mis creencias son las cristianas.

—¡Sois un hipócrita infame! exclamó furioso fray Angel.

Encendióse el rostro del viejo, aquellas palabras lo electrizaron, porque un insulto, es un rayo sobre la frente de quien no cree merecerlo.

Marroquín volvió la vista y se encontró con la de sus pobres hijos, y guardó silencio ante la ofensa que fray Angel acababa de dirigirle.

—Se os acusa de haber evocado á los espíritus malignos.

—Señor, exclamó el anciano, dígase de una vez que se quiere perderme, y no se me sujete á un interrogatorio que no le hace honor al tribunal.

Clavijero lanzó una mirada de basilisco y entregó al anciano á los verdugos.

No era al tormento «previo» al que se condenaba á Marroquín, era á la misma muerte en los dolores más íntimos de agonía, de martirio y desesperación.

«Cuando el crimen, dice un historiador, estaba superabundantemente demostrado el tormento previo se hacía inútil; pero para que la barbarie no perdiese en ello nada, había la «tortura,» que era designada con el título paliativo del tormento ordinario ó extraordinario, según los medios más ó menos activos que desplegaban en ella.»

En el salón había útiles necesarios para aquella espantosa ceremonia: tenazas para arrancar las carnes, manoplas de hierro para ponerlas en las manos del condenado después de haberlas enrojecido al fuego; ingeniosos aparatos para hacerlos absorber agua fría ó caliente y aun plomo derretido; cuerdas, instrumentos y borceguíes para el caballete, y otra multitud de aparatos en que la inventiva y el genio del infierno nada dejaban que desear.

Los verdugos dispusieron el caballete en forma de «Cruz» de San Andrés.

A cada escalón del «potro,» fué amarrado cada uno de los miembros de Marroquín, y las ligaduras se entraron en la carne y penetraron hasta los huesos.

Los gemelos temblaban como las hojas de un árbol sacudido por el huracán.

Por medio de un mecanismo particular, le dislocaron simultáneamente las coyunturas de los codos y las rodillas.

El anciano, con una fuerza de voluntad que tenía confundido al inquisidor Clavijero, no exhaló una queja ni arrancó de su pecho un aye de dolor.

Adelantóse uno de los verdugos, y blandiendo una gran vara de hierro, la descargó sobre el brazo derecho de Marroquín, crujió el hueso al astillarse, y el anciano no pudo contener un grito de angustia.

El inquisidor estaba impasible.

Un segundo golpe hizo saltar en pedazos el hueso de la pierna, que rompió la carne al fracturarse.

Uno de los gemelos hijo de Marroquín, cayó muerto de terror, y el otro yacía con la mirada fija sobre el cuerpo mutilado de su padre, tenía los puños crispados y su cabello estaba erizado de espanto.

—¡Las «tenazas!» exclamó rabioso fray Angel, las tenazas!

Cuando uno de los asesinos llegaba con el aparato fatal, el anciano Marroquín exhalaba el último aliento.

—¡Hemos concluído! dijo fray Angel, ha muerto antes de lo que se esperaba, voy á hacerlo constar en el proceso.

—A ese niño y á esa anciana, dijo el inquisidor, entregadlos á la autoridad ordinaria.

V.

El inquisidor Clavijero ya estaba fastidiado con aquel espectáculo de sangre.

—Suspendamos esta diligencia para continuarla mañana

—Falta solamente el señor de Treviño, dijo fray Angel.

—¡El portugués! murmuró Clavijero, será preciso manejarse duramente con él; la imprudencia de revelar el secreto de S. M., me hará caer en desgracia, y no quiero dar pretexto á una persecución. Y luego añadió en voz alta: hacedle comparecer.

El alguacil Lanzarote trajo consigo á Treviño, que al oír los clamores de los condenados, se había preocupado de una manera siniestra.

El inquisidor se puso á leer los pliegos entregados por el clérigo Pontolongón, mientras fray Angel procedía al interrogatorio.

—Estáis denunciado de haber hablado en las Cruces con una bruja.

Treviño no desplegó sus labios.

—¿Qué respondéis?

—Que fuí presa de un sueño ó de un hechizo, porque en aquel fantasma descubrí á una persona conocida.

—¿Luego confesáis que vísteis y hablásteis á la bruja?

—He dicho que no puedo explicar lo que pasó en aquellos momentos.

—Ya sabéis, dijo Clavijero á fray Angel sin levantar la vista, ese hombre es portugués.

Fray Angel habló en secreto á Lanzarote, quien á su vez trasmitió las órdenes al verdugo.

—¿Qué van á hacer de mí? preguntó asustado el padre de Rosalía.

—Lo vais á saber.

Sentaron á Treviño y le hicieron meter el pie en el «borceguí.»

—¿Conque no podéis explicar lo acontecido? volvió á preguntar el fraile.

—He dicho que me es imposible.

Fray Angel hizo una indicación al verdugo, que haciendo uso del mecanismo, comprimió de una manera tan terrible el pie de Treviño con

el borceguí, que el portugués lanzó un prolungado alarido que hizo estremecer á los actores y espectadores de aquella escena.

El pié de Treviño metido en el borceguí comenzó á triturarse á la presión de los tornillos, los huesos á romperse incrustándose unos en los otros, los tendones á reventarse, quedando á pocos momentos soló una masa de lodo y sangre.

Un segundo alarido, más fuerte aún que el anterior, hizo levantar el rostro al inquisidor, y su torva mirada se cruzó con la del condenado.

Entonces los ojos de Clavijero se abrieron inmensamente como si fuesen á escaparse de las órbitas, sus labios palpitaron por una contracción nerviosa, sus brazos se pusieron rígidos como barras de hierro... al fin dejó oír un suspiro concentrado y dijo con voz entrecortada:

—¡Alvaro!... ¡Alvaro!...

—¡Hermano mío! exclamó el portugués, y cayó á plomo sobre el pavimento.

Al grito unánime de los hermanos Clavijero, á quienes la fatalidad colocaba en tan terrible situación, respondió una carcajada de mujer, carcajada estridente, nerviosa, satánica, que retumbó en las bóvedas de la sala del tribunal como un eco del infierno.

VI.

El 19 de Marzo del año del Señor de 1808, S. M. Carlos IV fechaba en Aranjuez su real decreto abdicando la corona en su heredero y muy caro hijo el príncipe de Asturias.

Fernando VII se presentó en el balcón del palacio real de la coronada villa y fué proclamado rey, con grande entusiasmo del pueblo español.

A los cuatro días entraba en Madrid el general Murat, duque de Berg, al mando del primer cuerpo del ejército francés, y era recibido con flores y coronas y con laudatorias que la prensa le prodigaba, elogiando hasta la hermosura de sus soldados.

Esta recepción oficial fué condenada por el pueblo, que veía inquieto la entrada del extranjero en su territorio.

El rey Fernando preparó su marcha hacía la frontera, diciendo que iba á recibir á su glorioso aliado Napoleón I, con objeto de cumplimentarlo.

Nombró una junta de gobierno presidida por el infante don Antonio, que obraría según las circunstancias y con arreglo á las instrucciones que le dejaba.

El pueblo comenzó á desconfiar, sospechando algo en aquella marcha inusitada, y ya en Vitoria, quiso impedir el viaje; pero Fernando insistió y pasó á Irum trasladándose después á Bayona, acompañado de algunos cortesanos y de su servidumbre.

Dueño Murat de la situación, se arrancó la máscara y comenzó á desplegar un despotismo militar espantoso, sin hacer el menor caso de la junta ni del infante.

Murat trasladó á Carlos IV y su familia á San Lorenzo del Escorial,

Un segundo alarido, más fuerte aún que el anterior, hizo levantar el rostro al inquisidor, y su torva mirada se cruzó con la del condenado.

(*Pág. 180*).

iniciando la idea de no reconocer como rey á Fernando sino á su padre, quien había protestado solemnemente contra la abdicación.

Estos impíos manejos llegaron á preocupar al pueblo español de una manera tan profunda, que comprendió desde luego que Napoleón atentaba contra su independencia, jugando vilmente con aquella dinastía que débil y cobarde arrastraba por el fango la dignidad de una nación.

«El odio entre españoles y franceses, dice el conde de Toreno, narrando los acontecimientos del 2 de Mayo, había llegado á tal punto de exasperación, que unos y otros buscaban con afán la ocasión de una demostración solemne y de vengarse de sus mutuos agravios. Murat, por vía de provocación ó de amenaza, celebraba todos los domingos aparatosas revistas de sus tropas en el paseo del Prado, después de misa; y los madrileños le insultaban abiertamente por éste que miraban como escarnio de la religión, y se mofaban en su propia presencia de aquellos alardes de fuerza. Cuando publicaba en la Gaceta noticias que tendían á amedrentarlo, aparecían en las esquinas papeles manuscritos, que el pueblo leía apiñado y en alta voz, en los cuales se desmentían aquellas y se exhortaba á sacudir el yugo ignominioso de los extranjeros. En la casa de correos había siempre un inmenso concurso comentando las noticias. Tan audaz llegó á ser con estas excitaciones el odio de los madrileños, que un domingo, al atravesar de regreso de la revista el gran duque, seguido de su numerosa y brillante comitiva, la multitud que entonces como siempre en circunstancias extraordinarias concurria á la Puerta del Sol, como punto céntrico de la capital, un sordo murmullo principió á levantarse, concluyendo en una estrepitosa silba. El impetuoso y altivo Murat sufrió en silencio el insulto; pero juró vengarse y la ocasión no tardó por desgracia en presentársele. Aquel domingo fué la víspera del tristemente memorable 2 de Mayo.

«El día anterior había el gran duque entregado al infante don Antonio una carta de su hermano Carlos, en la cual se le prevenía marchase á Bayona el más joven de sus hijos, el infante don Francisco de Paula y la reina de Etruria con los suyos. La junta, tomando conocimiento del asunto, envió á decir á Murat que la reina podía marchar si á bien lo tenía; mas el infante, siendo un niño de trece años, no podía salir sin un mandato expreso de su padre. No se crea por eso que esta negativa encerraba una firme decisión. Al otro día, el de la silba, contestó aquel con imperio que estaba resuelto á hacer marchar también al infante á la mañana siguiente; y la junta, después de una larga y prolongada deliberación, no sólo consintió en la partida, sino que acordó reprimir con las pocas tropas españolas que tenía á sus órdenes, cualquier conato del pueblo para impedirla. No satisfecha su flaqueza con poner á la nación inerme delante de su enemigo, se ofrecía atarla en unión con sus verdugos.

«Hubo ánimos esforzados y corazones nobles que al primer impulso rechazaron con indignación tan menguado papel; pero prevaleció la impresión del miedo producida por la pintura, en verdad nada lisonjera, de la situación de Madrid, cercado por todas partes de tropas enemigas. Ocupaba la capital la brillante guardia imperial de á pie y de á caballo con la división de Mussnier y una brigada de caballería; numerosa artillería llenaba la plazuela del Buen Retiro, pronta á cubrir cualquier sitio; en la Casa de Campo y el convento de San Bernardino y los pueblos comar-

canos de Chamartín, Fuencarral y Pozuelo, estaban acantonadas las divisiones de Monceny, formando una imponente masa de veinticinco mil hombres. Dupont ocupaba además al Escorial, Aranjuez y Toledo. Para oponer á estas fuerzas la junta no podía contar más que con tres mil hombres, número harto miserable seguramente si en él sólo hubiera debido poner sus ojos. ¿Pero no veía á su derredor una población entera ardiendo en deseos de abrir la lucha? ¿no habían llegado á sus oídos los audaces silbidos de la Puerta del Sol? ¿Tan pobre idea tenía del poder de un pueblo á quien inflama el santo amor de la patria?

«Señalada la partida de los restos de la familia para la mañana del día 2, el pueblo fué acudiendo desde muy temprano á las puertas del palacio y llenó la plazuela de su frente cuando vió en ella preparados, en efecto ,tres coches de viaje. Rodeólos la multitud inquieta y bulliciosa, manifestándose en unos semblantes la tristeza de negros presentimientos, en otros la desesperación de una alma impaciente, y en todos el común deseo de evitar á cualquier precio la separación de los únicos objetos queridos que le restaban. Cuando á eso de las nueve de la mañana se presentó la reina de Etruria á su vista y montó en uno de los carruajes con sus dos hijos, el pueblo la dejó marchar sin muestras de pena y aun con indicios de contento, porque sabidas ya sus secretas relaciones con Murat y la parte que había tenido en la libertad del valido, la miraba como una princesa extranjera vendida á los enemigos de la patria. De los dos carruajes que quedaron, se sabía que uno era para el infante don Francisco; pero se ignoraba generalmente el destino del otro, hasta que una voz salida de la muchedumbre, dió la nueva de que era para el presidente de la junta, el infante don Antonio. Ya no quedó duda de que las miras de Napoleón eran arrebatar á toda la familia real de España, dejar como huérfana á la nación y uncirla á su carroza imperial. La agitación se embravece, y al oir de boca de los criados de palacio que el pobre niño don Francisco llora porque lo llevan, y no quiere partir, la ternura de las mujeres rompe en amargo llanto y el enojo de los hombres se cambia en furor. En esos críticos momentos se presenta un ayudante de Murat, Mr. Augusto Lagrange á informarse de la actitud del pueblo; cree éste que su objeto es hacer ejecutar á la fuerza la salida del infante que se resiste llorando, y en terrible ademán se lanza á él, lo rodea lo insulta; y sin el oportuno socorro, primero de un generoso oficial de walones, y después de una patrulla francesa, hubiera sido él la primera víctima de su ira contra su jefe Napoleón. Terminaba ya esta escena, cuando se esparció eléctricamente por la alborotada multitud, la voz de que los infantes bajaban la escalera para montar en los coches y partir. En medio del universal clamor que se levanta, óyese la voz lastimera de una mujer del pueblo que grita con la energía de la desesperación: «¿por qué nos los llevan?» y este grito, que despertaba á la vez las ideas del rebato de la real familia y de la orfandad de la nación, es la chispa que hace estallar la tempestad. Mientras unos se arrojan á los carruajes á cortar los tiros, otros se disponen á impedir que los infantes se entreguen á su escolta y todos braman de coraje cuando de súbito se oye una descarga y se vieron caer algunos cadáveres.

«Murat pronta y minuciosamente informado de lo que pasaba, por la inmediación de su alojamiento al sitio del tumulto, había mandado á

sofocarlo su batallón del piquete con dos cañones; y tan bárbaramente fué ejecutada su orden, que, sin aviso previo, sin ninguna de las formalidades que la ley y la humanidad imponen á quien tiene de su parte las ventajas de las armas y la disciplina, apenas asomaron á la entrada de la plazuela, henchida de gente, hicieron sobre ella una descarga alevosa. Al oírla y contemplar su estrago, el pueblo se dispersa, pero no huye acobardado: es que no tiene medios de defensa.

«Desparrámase por la población dando el grito de «¡á las armas!» y al contar en la calle y en las casas la nueva felonía que acababa de sacrificar á varios patriotas, cuya sangre muestran algunos salpicada en sus vestidos, resuena por todas partes la voz de «guerra á los traidores,» y el estruendo pavoroso de un gran pueblo en conmoción.

«Hombres, muchachos, ancianos y hasta mujeres, que también á ellas arrebató de una manera singular el sentimiento de la independencia, empuñaron cualquier arma, un trabuco, un chuzo, un puñal ó un simple palo, lo mismo que una escopeta, un sable ó una pistola, salieron á la calle sedientos de venganza y exterminio. Desde la puerta de su casa hasta la del Sol, á donde todos se dirigieron, cada cual emprendió la lucha con los franceses que á su paso halló. Sólo fueron perdonados, y no siempre, los que se rindieron pronto y los que se hallaron bajo el amparo del hogar doméstico, porque en casos tales el amor de la patria ahoga hasta la natural piedad del corazón. Mas, así como fueron considerables los casos de tan difícil generosidad en medio de tan ciego furor contra los franceses, nadie perdonó á un mameluco, porque al matarlos se creía privar á la patria de dos enemigos, el de su independencia y el de su religión, ó como dice Foy, aquel golpe hacía desaparecer al francés y al musulmán juntos en uno.

«La inmensa muchedumbre que llenó la Puerta del Sol y las inmediatas calles Mayor, Montera, Alcalá, Carrera de San Gerónimo y Carretas rechazó diferentes masas de infantería y caballería que intentaron penetrarla; pero, falta de dirección, no viendo á su cabeza á un general, ni un miembro de la junta, ni un hombre cualquiera de prestigio porque los sucesos no habían permitido formarlo todavía, no aprovechó la fuerza que esos triunfos desenvolvieron en ella, y en vez de obrar con celeridad y energía, cuando vió desaparecer de su vista á los enemigos, creyó poder ya celebrar su victoria. ¡Lamentable error!

«Murat, informado de que ni las descargas de infantería, ni las cargas de caballería, podían aventar aquella mole, mandó deshacerla á cañonazos, y en breve la artillería del Retiro subió por la calle de Alcalá y la Carrera de San Gerónimo sembrando con la metralla el terror y la muerte. Huye despavorida la multitud ante un arma á que no tiene que oponer sino el ciego valor de la desesperación, y en efecto hay muchos, que ó permanecen inmóviles aguardando á la caballería de polacos y mamelucos que avanza á completar el estrago, ó se abalanzan á la muerte con el puñal ó la pistola en la mano contra un ginete ó contra un cañon. ¡Inútiles esfuerzos de un valor temerario! Los vencedores los sacrificaban despiadadamente, distinguiéndose en la crueldad los mamelucos y los polacos, que no tenían como aquellos la disculpa de vengar á sus compañeros. Forzaron varios edificios de donde se les había hecho fuego, y no calmados con el pillaje, sacaron á sus moradores y los fusilaron á las puertas de su propia casa, á la vista de la madre, de la esposa ó de la hija implorando perdón desfallecidas.

La muchedumbre dispersada por la artillería, no toda se había retirado á buscar en la fuga la salvación.

Un número considerable voló al parque de artillería, situado en el barrio de las Maravillas, para apoderarse de algunos cañones y volver á la lucha con menos desigualdad.

Estaba el puesto custodiado por ochenta franceses y catorce artilleros españoles, al mando del capitán don Luis Daoiz, que se negó á las primeras intimaciones del pueblo subyugado al penoso deber de la subordinación militar. El acuerdo de la junta de emplear hasta sus propios esfuerzos en contrarrestar cualquiera tentativa popular contra la partida de los infantes, había originado una orden del capitán general Don Francisco Javier Negrete, encerrando á las tropas españolas en sus cuarteles, temeroso, no sin razón de que tomarían parte en la insurrección del pueblo.

Difícil hubiera sido a éste vencer la pundonorosa obstinación del capitán Daoiz, á no haberse presentado allí al frente de treinta voluntarios del Estado otro capitán de la misma arma gritando como él: « ¡Viva Fernando VII! ¡Viva España! á quien aclamó por caudillo.

Era este capitán don Pedro Velarde. Había sido un de los más entusiastas admiradores de Napoleón hasta que le vió apoderarse villanamente de nuestras plazas y fuertes, y más particularmente, hasta que por la comisión que lo dió Godoy antes de los sucesos de Aranjuez, de averiguar las intenciones de Murat, se persuadió de que se proyectaba alguna maquinación contra España. Volvió á Madrid resuelto á trabajar cuanto pudiese en prevenir de cualquiera acechanza á los campañeros, al pueblo y á las autoridades; pero Ofarril, aunque no repugnó sus sospechas ni desaprobó sus trabajos, oyó con frialdad sus respetuosos consejos.

Murat, por el contrario, habiendo conocido su mérito, y que como secretario de la junta superior y económica del cuerpo de artillería, podía darle exactas noticias del estado de la plaza, trató de seducirlo convidándole con este objeto dos veces á comer. Era un alma noble, incapaz de sacrificar su dignidad y el interés de la patria á los cálculos del vil egoísmo.

El 2 de Mayo, al atravesar las calles hacia su oficina, sita en la calle Ancha de San Bernardo, notó los primeros síntomas de la conmoción popular, y se encendió su alma de entusiasmo, cual si presintiese la imperdurable gloria que iba á alcanzar en aquel día. Entró silencioso en la oficina, y apenas se había sentado á su mesa y principiado á borronear distraídamente un papel, se levantó de súbito, y dirigiéndose á un comandante que ocupaba una mesa inmediata y era individuo de la junta, le dijo lleno de emoción:

—Mi comandante, es preciso batirnos, vamos á batirnos.

« En vano su jefe trató de calmarle, pues á sus reflexiones y al recuerdo de los deberes de la disciplina, contestaba con acento solemne:

—Es preciso morir por la patria.

« Oyéronse en estos momentos algunos disparos de fusil, y nada fué ya capaz de contener la fogosidad de aquel joven de ventiocho años, que había previsto de los primeros la perfidia de Murat. Toma un fusil, y seguido sólo de un escribiente meritorio y de un ordenanza, se dirige al cuartel de voluntarios del Estado, situado en la misma calle, á provocar su insurrección á los gritos de ¡viva Fernando! y ¡viva España! repe-

tidos por una porción del pueblo que le había seguido en el tránsito. Los soldados ardían en deseos de secundarlos: mas su coronel no osó cubrir la ordenanza en el conflicto de la patria, y sólo á las vivas instancias de Velarde, consintió en darle la tercera campañía del segundo batallón con su oficialidad, que era de las más reducidas! No vaciló por eso en dirigirse desde luego al parque, donde engrosó sus filas con el pueblo que allí estaba clamando por armas.

« Su voz, conocida de Daoiz, le abrió las puertas, y entrando él solo con el teniente Ruiz, se dirigió á intimar la rendición al comandante francés. Dió muestras de resistirse; pero Velarde enseñándole el pueblo y la tropa que le siguen ansiosos de una señal para precipitarse contra ellos, logró que le entregasen las armas los ochenta franceses, á los que encerró en una cochera. Quedaba empero otro obstaculo que vencer, pues Daoiz, aunque había permitido la entrada á su compañero, no estaba en ánimo todavía de quebrantar sus deberes militares. Velarde se dirige á él, y ambos entablan á vista de sus soldados un diálogo que concluye al anuncio de que uno de nuestros cuarteles ha sido atacado por los franceses y una columna enemiga avanza á paso de carga, rasgando Daoiz la orden del capitán general que tenía en sus manos y gritando: « ¡ Viva Fernando VII ! »

« Daoiz, que tenía entonces cuarenta y un años, era uno de los más brillantes oficiales del ejército. Se había distinguido como artillero en las defensas de Ceuta y Orán, y en la guerra con la república, en la que fué hecho prisionero. Entró después en la artillería de marina; y la guerra con los ingleses le ofreció ocasiones de singularizarse, tanto al frente de su batería como de parlamentario por su conocimiento y fácil manejo de las lenguas francesa, inglesa, italiana y latina. Dos viajes redondos al continente americano le habían dado esa fría serenidad en los peligros que sólo se adquiere luchando con los gigantes del mar.

« Unida su experiencia al ardor juvenil y á la palabra entusiasta de Velarde, hubieran podido oponer resistencia, apoyados en el pueblo, si la posición fuese militar. Pero el parque no era lo que por su nombre pudiera suponerse, sino una grande y vieja casa que había sido del duque de Monteleón, y se vieron con tal escazes de municiones, que sólo se hallaron diez cartuchos de cañon. Fué preciso organizarlo todo instantáneamente: una partida de paisanos y soldados sube á tomar las alturas del parque, desalojando á los enemigos que ya poseían; otros arrastran á brazo cinco cañones y colocan dos enfilando la calle de San Pedro, desde la parte interior, con las puertas cerradas; fuera del número que basta á su acertado servicio, los artilleros se ocupan en fabricar cartuchos para ellas; y á fin de proteger sus fuegos, los voluntarios del Estado son distribuidos en las ventanas de la casa; el pueblo, apoderado de las armas de los soldados franceses prisioneros y algunas otras se reparte en todos los puntos para suplir con su número y su desesperación la falta de instrucción militar. Apenas habían sido tomadas estas disposiciones cuando se anuncia la llegada de una columna enemiga á las órdenes del general Lefranc por la calle de San Pedro. Daoiz y Velarde la esperan inmóviles al pie de los cañones hasta que los gastadores empiezan á trabajar para romper la puerta y entonces los disparan al través de ella á fin de que el estrago sea mayor. En efecto, el pueblo ruge de alégria al ver cubierta la calle de cadáveres, y los enemigos tienen que retirarse.

Murat conoció luego que era allí adonde tenía que dirigir su principal atención y mandó contra el parque á la división westfaliana al mando del general Lagrange con caballería y artillería. Cuando éste llegó vió que los españoles habían colocado fuera dos cañones más, uno en la parte más elevada de la calle de San José en la confluencia de cuatro, y otro en la Ancha de San Bernardo, y que era preciso un ataque simultáneo por las tres vías que conducían á la improvisada fortaleza.

Espantoso fué el fuego que se cruzó en ellas por espacio de tres horas, durante la cuales el espíritu que animaba á los españoles produjo hechos de extraordinario heroismo: los franceses estaban maniobrando á metralla, y los paisanos avanzaban sueltos contra ella á disparar un simple fusil ó una escopeta; á cada cañonazo que diezmaba los reducidos pelotones contestaban con el grito animador de « viva Fernando y viva España, » última palabra también de los que sucumben: muertos todos los artilleros que servían las piezas de la calle de San José, se vió que seguían ejecutando cargadas por mujeres; herido gravemente Ruiz por un exceso de bravura, lo es también Daoiz en un muslo, mas no se separa de su cañon ni suspende el fuego sino cuando le faltan del todo las municiones.

Traele Velarde un cajon de piedras de chispa para que dispare con ellas á metralla y él, casi solo ya, lo carga y prende fuego por dos veces. Al fin la sangre que pierde le obliga á apoyarse en la cureña, y entonces hacen señal de parlamento con un pañuelo blanco. Era una infame traición.

A las pocas palabras que cambia con el oficial que avanza, se ve que ambos se ponen en guardia y empiezan á batirse personalmente con sus espadas, sosteniéndose Daoiz en su cañon. Los granaderos, que habían seguido al supuesto parlamentario, cortan luego el combate cercando al oficial español y acometiéndolo á bayonetazos.

Entretanto la columna, despreciando el fuego de la fusilería, avanzó con denuedo á la bayoneta y penetró hasta el patio del parque, donde encontró á Velarde que volvía con otro cañón y más municiones para su compañero. Quiso defenderse de los que le atacaron; pero á él también un oficial polaco le dispara un pistoletazo por la espalda y cae sin vida. Todavía siguieron sosteniendo el fuego por las habitaciones interiores los voluntarios y gente del pueblo hasta que se llenaron de enemigos.

Entonces capituló el capitán de aquellos, don Rafael de Goicoechea, por salvar los pocos soldados que le quedaban.

« ¡ Así terminó el más terrible episodio de aquel aciago día y así terminaron su carrera Daoiz y Velarde los dos primeros mártires de la independencia española ¡ Modelo de patriotismo y de valor, ellos serán eternamente honra de España y sus ángeles de guarda, que nada defiende tanto á las naciones como la memoria de sus mártires y de sus glorias!

« Pero en tanto que el pueblo lucha y derrama su sangre por la salvación de España ¿ que hacían sus generales? ¿ qué hacían sus magnates? ¿ que hacía la junta de gobierno? ¡ Triste es decirlo! Entre los mártires de aquel luctuoso día no se ve uno solo de esos herederos de nombres ilustres que en los tiempos de paz brillan cargados de oro alrededor del trono. Se escondían quizá en el último rincón de sus grandes casas, mientras las mujerzuelas sin hogar siquiera que defender salían á pelear por la patria. Los nombres de aquel día todos son desconocidos, y los que más á la vista sobresalen entre aquella muchedumbre de rudas formas y de grosera ropa, so-

dos simples capitanes. ¡Honor al pueblo, pues que suya es la gloria de la jornada del 2 de Mayo!

« Los generales repetían á los soldados españoles la orden de permanecer encerrados en sus cuarteles, meros testigos de la matanza del pueblo, cuando ya se sabía por declaración de Murat que Napoleón no reconocía al rey que había jurado; y la junta embargada por la turbación y la flaqueza, facilitaba el último golpe á los asesinos del pueblo y se preparaba á sí misma el tormento que debía recibir en castigo de sus debilidades.

« Ofarril y Azanza, montados á caballo, no logrando ser escuchados de los franceses á quienes se acercaron corren á avistarse con el gran duque, que desde el principio del tiroteo se había trasladado con su escolta á la montaña del príncipe Pío, fuera de la puerta de San Vicente para con más desembarazo dictar sus órdenes á las tropas de adentro y de las afueras y le ofrecen apagar el combate y restablecer el sosiego si manda suspender el fuego y le da un general que los acompañe á recorrer lo puestos. Murat consintió en su petición y designó al general Harispe para que les siguiese. Vuelan á los Consejos, comunican su misión á los demás miembros y todos se reparten por la población agitando pañuelos blancos y ofreciendo la paz y el olvído de lo pasadó. Oficiales de ambos ejércitos los siguen reiterando sus promesas, al par que librando á muchos de una muerte segura. Y los combatientes los escuchan, y el pueblo se retira á sus hogares, sucediendo al fragor del combate un profundo silencio.

« Pero fué de corta duración. De repente se exstienden por todo Madrid las tropas de Murat, y colocan en las boca-calles cañones con mecha encendida. Tras este siniestro anuncio se esparció una voz horrorosa, el rumor de un atentado feroz que nadie se atreve á creer y que, sin embargo, era cierto. Apenas restablecida la calma en virtud de las promesas hechas á su nombre por los miembros de la junta y los oficiales franceses, el gran duque había dictado, ardiendo en sed de venganza, esta bárbara orden del día á su ejército « Soldados: La población de Madrid se ha sublevado, y ha llegado hasta el asesinato. Sé que los buenos españoles han gemido de estos desórdenes: estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no deséan más que el crimen y el pillaje. Pero la sangre francesa ha sido derramada; clama por la venganza: en su consecuencia mando lo siguiente:

« Art. I. El general Grouchi convocará esta noche la misión militar.

« II. Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano serán arcabuceados.

« Art. III. La junta de Estado va á hacer desarmar á los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes quienes después de la ejecución de esta orden se hallaren armados ó conservaran armas sin una permisión especial, serán arcabuceados.

« Art. IV. Todo lugar donde sea asesinado un francés será quemado.

« Art. V. Toda reunión de más de ocho personas será considerada como una junta sediciosa y desecha por la fusilería.

« Art. VI. Los amos quederán responsables de sus criados; los jefes de talleres, obradores y demás de sus oficiales; los padres y madres de sus hijos; y los ministros de los conventos de sus religiosos.

« Art. VII. Los autores, vendedores y distribuidores de libelos impresos y manuscritos provocando á la sedición, serán considerados como unos agentes de la Inglaterra y serán arcabuceados. »

Si la lectura de este bando sanguinario inspira horror, ¿cuánto no deberá arrancar de toda alma noble su inícua ejecución? Sin darle publicidad hasta el día siguiente, sin aguardar á la reunión de la comisión militar, sin que tenga Madrid el menor conocimiento de la voluntad del vencedor, descansando por el contrario en fe de las promesas que se le hicieron, las patrullas francesas prendieron á cuantos encontraron por la calle á quienes pudieron achacar que llevaban armas ofensivas, y principiaron á fusilarlos en el sitio más concurrido de la capital, al pie de la iglesia de la Soledad, en la Puerta del Sol. Armas ofensivas eran para aquellos hombres despechados de que los hubiese humillado repetidas veces un pueblo inerme y sin jefes, los instrumentos del artesano ó del jornalero, el serrucho del carpintero, el estuche del barbero, la navaja del fumador, el cortaplumas de todo el mundo y hasta la tijerilla de la inofensiva costurera á quien tampoco salva el sexo de la fiereza del ignorado bando. Amontonáronse los presos en la casa de Correos, é instalada al fin de allí la comisión militar, presidida por Grouchi, y ¡vergüenza es decirlo! por un general español, el capitán general Negrete, empezaron á caer sobre ellos feroces sentencias de muerte, que se ejecutaban en el acto sin hacer comparecer á juicio á las víctimas, sin permitirles defensa ni aclaración, sin otra indagación que la del nombre, y sin concederles siquiera el último consuelo de la religión. ¡Noche horrible! Jóvenes y ancianos, sacerdotes y mujeres, marchan atados de dos en dos al lugar del sacrificio, en el Prado y en el Retiro, y allí, reunidos en el montón, al reconocerse tal vez los hermanos ó los amigos, una descarga de fusilería ó un disparo de metralla por dicha les arrebata de una vez la vida. ¡Por dicha, pues hay infelices á quienes la descarga no ha hecho más que destrozar un miembro, y son levantados del charco juntamente con los cadáveres, para hacer lugar á nuevas víctimas, y son enterrados con ellos!!

¡Noche espantosa, cuyos roncos ecos oía Madrid sin acertar á creer que le cubrían de luto y de dolor!

El sol del siguiente día 3, vino á iluminar la horrible realidad de aquel misterio, y aun alcanzó á alumbrar la última ejecución de ¡veintitrés víctimas!»

VIII.

Este ejemplo sublime de heroísmo, cuadro grandioso donde se destaca la figura gigante de un pueblo en la lucha de su INDEPENDENCIA, era una lección palpitante, una enseñanza histórica á los pueblos subyugados.

La América recogió las palabras de los mártires del 2 de Mayo como la manifestación de la humanidad en ese camino sembrado de espinas y salpicado de sangre, que la lleva al Gólgota de su emancipación.

La palabra INDEPENDENCIA, no sería en adelante una frase sin sentido, repetida al acaso, como la inscripción puesta sobre esa bandera que llevaba el pueblo español á la arena de los combates; simbolizaría el pensamiento, cuya llama mal apagada bajo la armadura de Hernán Cortés, y avivada por el soplo vivificante que partía de las playas del Viejo Mundo, se alzaría terrible en el porvenir como las erupciones del Vesubio.

IX.

Desquiciada la monarquía española, presa la familia real en Bayona, y el territorio español hollado por los cascos de los caballos del invasor, el pueblo se alzó terrible para defender palmo á palmo la herencia de sus mayores.

Derrotadas las masas, perseguidas, acribilladas, pero luchando sin tregua ni descanso, mantenían viva la antorcha que alumbraría más tarde el campo de su victoria.

Entretanto la América partecipaba de aquellas convulsiones y se encontraba de improviso abandonada, sin encontrar un centro á quien obedecer y en espectativa de los acontecemientos de España.

El virrey Iturrigaray sostenía una tan difícil situación cuando un acuerdo del Ayuntamiento dió la voz de alarma, tornando en actores á los que hasta entonces habían permanecido como espectadores.

La revolución invadía el suelo de la colonia.

El día 15 de Julio se hallaba reunido el excelentísimo ayuntamiento de la capital. Los regidores Azcárate y Verdad, conversaban en el salón de descanso y tenían una discussión muy empeñada.

—Señor licenciado, decía Azcárate, las cosas han llegado al último extremo, la audiencia quiere abocarse el poder supremo y el virrey por su parte no lo quiere soltar.

—Es cierto; pero tenemos que esperar las últimas noticias de España.

—Nos dirán lo mismo que las anteriores, levantamientos por todas partes, creaciones de juntas, ambiciones y todo lo que sobreviene á una catástrofe social.

—¿Y cuál es vuestra opinión?

—Ya he tenido el honor de manifestárosla en multitud de ocasiones sin este motivo.

Quedáronse los dos abogados un momento en silencio.

—La empresa es grande, dijo Verdad.

—Más de lo que pensáis, se trata nada menos que de la independencia.

—Hay un buen pretexto, digamos que para conservar estos dominios, nos rehusamos á reconocer la autoridad francesa que hoy manda en la Península.

¿Y os atravéis á proponerlo?

—Luego que comience la sesión.

—¿Y cómo organizáis?...

—Perfectamente, interrumpió Azcárate, la mayor parte de los regidores se compone de gente ignorante á quienes será fácil hacer caer en nuestras redes.

—Es que el tal Fagoaga es...

—Sí, un espía nuestro, que denuncia á la Audiencia cuanto pasa en el cabidlo.

—Bien lo conocéis.

—En todo caso será un voto en contra.

—Pues ya sabéis que contáis conmigo para todo.

—Necesito del auxilio de vuestro talento.

El licenciado Verdad hizo una inclinación de cabeza.

Azcárate continuó:

—Sabemos donde comienzan las cosas, pero ignoramos donde vayan á parar.

—Es muy serio el paso que vamos á dar, la Audiencia va estar en contra y mucho temo que Iturrigaray esté de acuerdo; aunque de improviso se encuentra con más poder que los reyes en América.

—De todos modos, repuso Azcárate, la revolución es inevitable, es cuestión de tiempo.

—Sí; pero el que ponga la primera chispa á la pólvora puede perecer.

—Otra cuestión de tiempo, replicó Azcárate.

—Meditad mucho lo que váis á decir.

—Preparemos el terreno y hablemos del asunto en pelícano.

—Me parece bien; se acercan varios regidores; comencemos el ataque.

X.

Varios concejales se acercaron á los asientos, donde los abogados Azcárate y Verdad habían concertado su plan de batalla.

—Señores, dijo Azcárate, el ayuntamiento de la capital debe tomar parte en los acontecimientos y no estar simplemente como una veleta obedeciendo al viento que sople.

Los regidores guardaron silencio.

—Sería de opinión, continuó Azcárate, que elevásemos una representación al virreinato, manifestándole que no obedeceríamos al gobierno establecido por los franceses en España.

Gran sensación produjeron las palabras del concejal en el ánimo de sus compañeros.

Azcárate continuó con una audacia inconcebible en aquella época.

—Si la sorpresa ha hecho doblar la cerviz al sorprendido pueblo español, nuestro deber es conservar la América y no reconocer la dominación francesa.

—Me parece, dijo Verdad, haciendo una seña de inteligencia á su compañero, que esa ceremonia es digna de los tiempos antiguos, y en cuanto á vuestra pretensión en nada adelantaremos.

—Soy de la misma opinión, gritó Fagoaga montado en ira; además de que esa proposición es un atentado, se trata de una independencia, de una desunión de España, es decir, de un absurdo político; México tiene que seguir la suerte de la Metrópoli y no faltarán leales españoles que sostengan á costa de su sangre este principio; no se nos venga con teorías ni discursos capciosos, esa semi-independencia, traería el ejemplo tres veces pernicioso de... no lo quiero decir y... no lo diré.

—Pero señor de Fagoaga, dijo Azcárate, V. S. encuentra algo de sedicioso en lo que propongo, y se engaña por completo, ninguno más leal que yo, pero considere su señoría que en España no hay más gobierno que el de las juntas que se disputan el poder.

—¡Nada importa! exclamó exaltado un tal Villaurrutio, los españoles

harán lo que les diere la gana allá en su país; México es colonia, y no tiene lo mismos derechos; no faltaba más, sino que se atrevieran en América á tomar resoluciones sin esperar las órdenes de S. M.

—Pero si S. M. no puede darlas, esto es un absurdo de V. S.

—Más absurda es la proposición de V. S. y sin embargo la sostiene.

—Todo está en la manera de redactarse dijo el licenciado Verdad; esperemos á que el señor Azcárate la presente, puede que satisfaga los deseos de todos; el sentimiento público condena á los franceses.

—En eso estamos de acuerdo.

—Ya comienza su señoría á humanizarse.

—Yo no me humanizo sino ante la razón.

—Bien, su señoría estará también conforme en que el país no se les debe entregar á esos miserables cuando toda la España lucha por arrojarlos del territorio.

—Esa es precisamente mi opinión.

—Vea V. S. que, sin querer, ha aceptado la proposición del señor Azcárate.

Villaurrutia, encontrándose derrotado, trató de evadir la cuestión.

—No es lo mismo, dijo un tanto calmado, que se independa México de España en estos momentos, á que se proteste contra esa abominable conducta de Napoleón, negándole aquí su autonomía.

—No falta, dijo Verdad, sino que se redacte la nota.

—Sea; pero bajo la base de la más extricta sumisión á la Audiencia y a todo el gobieraio representante de S. M. el rey, y sin que se entienda, ni aún lejanamente, que los « criollos » toman parte en este negocio puramente nuestro.

—¿Quién mete á los criollos en nada? dijo con sorna Azcárate, cada uno estése en su puesto y nada más.

—Creo que los señores regidores están de acuerdo ¿no es cierto?

Todos inclinaron lo cabeza y se dieron por citados para la sesión extraordinaria que tendría lugar á la mañana siguiente.

—Muy bien dicho.

XI.

Los abaogados Azcárate y Verdad se encerraron en su estudio y escribieron la exposición que presentó el último al cabildo.

Discutióse sobre palabras solamente, porque el pensamiento estaba aceptado.

En seguida los maceros, precediendo á la corporación, echaron paso adelante rumbo al palacio del virrey Iturrigaray.

Las campanas repicaban á vuelo y los cohetes poblaban el espacio.

El pueblo acudió en masa llevado de la curiosidad, y halló que el ayuntamiento en procesión, iba á presentarse á la primera autoridad á proponerle el desconocimiento del gobierno francés impuesto al pueblo español.

La guardia del palacio batió marcha y presentó las armas al ayuntamiento é hizo honores de soberano.

El pueblo victoreaba (aquello era una costumbre antigua).

Los regidores se presentaron á Iturrigaray, que los recibió con muestras de extrañeza; oyendo con más aún, la proposición del cabildo.

S. E. no encontró por el momento respuesta alguna que dar y ofreció consultar con la Audiencia.

Los oidores se montaron en cólera creyendo que se trataba de la proclamación del virrey y se negaron á esa petición tan patriótica.

Azcárate había ido más allá en su dictamen, pues aconsejaba y proponía un «gobierno provisional.»

Mientras que los regidores hablaban con Iturrigary, la multitud crecía más y más, llenando el ámbito de la plaza.

Repentinamente se dejó oir un rumor por uno de los ángulos.

Un hombre de cabellera entrecana y alborotada, la barba crecida, los ojos sombríos y el traje en girones, atravesaba corriendo, seguido de los muchachos que en tropel le seguían gritando « ¡el loco!... ¡el loco!... »

El desgraciado demente comenzó á defenderse de aquella turba arrojándoles piedras; pero la algazara y la jácara continuaban.

El loco se detuvo frente á palacio á la hora precisamente en que el cabildo salía de su entrevista con el virrey.

Quedóse como pensando al ver la comitiva y comenzó á gritar desesperadamente:

—¡Viva Iturrigaray! viva el virrey! mueran los franceses.

La multitud sigue siempre al primero que levanta la voz, y la del loco fué secundada por el pueblo, ignorando que después de la pretensión del cabildo aquello tenía visos de una sedición.

Los oidores y sus agentes, temblaban ante aquel motín y juraban tomar venganza; porque la popularidad del virrey los inquietaba.

El loco echó a correr seguido siempre de la tropa de pilluelos que gritaban sin cesar:

—¡Viva Pedraja! ¡viva el loco Pedraja!

Antonio Pedraja el estudiante se escurrió por una de las calles adyacentes temblando de terror ante sus perseguidores, mientras que la multitud continuaba impulsada por su misma fuerza gritando sin cesar ¡mueran los franceses! ¡viva Iturrigaray!

En una de las fuentes de la plaza estaba un anciano con su hijo, mancebo de veinticuato años.

—Mira, Andrés, en lo que paran los extravíos; ese loco desgraciado era un joven apuesto, familiar del señor obispo de Michoacán, iba á casarse con la hija de un portugués llamado Treviño; pero en vez de ir por un camino derecho, se sacó á la muchacha de su casa, esta joven tomó asilo en el convento de la Enseñanza, de donde desapareció repentinamente sin que nadie haya vuelto á saber de ella.

—¿Y eso le ha hecho perder la cabeza?

—Precisamente, es un desgraciado, ya lo ves, víctima de la rechifla popular.

—¿Y sabes cuál es su tema?

—Sí; que ha matado á un hombre, y que el virrey Branciforte le ha robado á su novia.

—Da compasión ese miserable.

—Tengo curiosidad, hijo mío, de saber la contestación que ha dado el

virrey al ayuntamiento; se trata de establecer como en España, una junta provisional de gobierno.

—Padre mío, yo lo deseo con el alma, porque odio de muerte á los franceses.

—Es una infamia haberse apoderado de la Península por sorpresa y tener revuelto al reino y presa á la familia real.

—Estamos en pleno tumulto, padre mío.

Esta conversación fué interrumpida por el concejal Fagoaga que se llegó al viejo.

—Señor de Fagoaga, dadnos algunas noticias.

—Todas son malas, amigo mío, se trata nada menos que de una usurpación al poder.

—¿Usurpación?

—Sí, lo dicho, amigo mío, este señor virrey tiene tendencias que son sospechosas altamente.

—Querrá aprovecharse de la situación.

—Precisamente, y con mengua del gran valimiento de la Real Audiencia, sin saber que por nuestra leyes se le puede aun hasta desconocer.

—No sería el primer caso.

—Los oidores no se dejan manosear las barbas, y me temo un conflicto muy serio.

—En estas circunstancias sería muy trascendental.

—Ya veremos, por ahora me voy á explorar el campo.

—Adiós, señor de Fagoaga.

—Ya os pasaré á ver esta noche.

Alejóse el municipal con vivas muestras de descontento y resuelto á hacer liga con los oidores contra la autoridad de Iturrigaray.

XII.

Los oidores Aguirre y Bataller se encontraban reunidos conspirando, cuando Fagoaga se presentó en su estudio.

—Os necesitamos urgentemente, dijo Bataller.

—Estoy á las órdenes de V. S.

—Decidnos, ¿qué pasa por el municipio?

—Allí, señores, hay una revolución completa, se trata de no reconocer ni la Junta de Sevilla, ni la de Oviedo; sino la que se forme en México y asuma todo el poder de S. M.

—Esto es horrible, amigos míos, dijo Aguirre; precisamente en los momentos en que vamos á hacernos de la situación se nos quiere arrebatar.

—¡Este señor Iturrigaray es un traidor! exclamó Bataller, yo estoy porque se le aprehenda, estamos en nuestro derecho para hacerlo, la Audiencia se hará centro de la administración, y todo quedará arreglado.

—Le mandaremos á España bajo registro.

—No es hombre que se dejará aprehender fácilmente.

—Eso consiste en la combinación.

—Estrechémosle á convocar otra junta, y nos aprovecharemos de una sola palabra que se le escape, para lanzar la tempestad sobre su cabeza.

—Afortunadamente se han puesto de su lado esos revoltosos de abogados Verdad y Azcárate, cuyas ideas traen alarmada á la población.

—Esos señores caerán en nuestro poder.

—Os recomiendo al padre Talamantes; ese es más revoltoso aún, verdaderamente insufrible y enemigo mortal de la Audiencia.

—Ya nos la pagará ese fraile bribón.

—Señores, dijo Bataller, no es tiempo de hablar, sino de obrar, yo he propuesto que se obedezca á la Junta de Sevilla como al soberano sólo en materias de «guerra y hacienda; pero ese marqués de Rayas ha dicho que la soberanía es indivisible.

—Esas son barbaridades, dijo Fagoaga, como si estuviera al alcance de la cuestión.

—No puedo más, que precipitar los acontecimientos; lancemos á Iturrigaray en la senda revolucionaria y lo tendremos cogido en nuestras redes, ya vísteis, señores, que el día en que se supo que los franceses tomaron el puente de Córdoba y apoderádose de España, este infernal virrey tenía retratado el gozo en el rostro.

—Este debe ser el primer capítulo de la acusación de «infedelidad.»

—Cuando hayamos acumulado cuanta odiosidad sea posible sobre Iturrigaray, le damos el golpe de gracia y lo hundimos.

—Convocaremos á la Audiencia á un acuerdo secreto y hablaremos del asunto.

—Estoy seguro que todos los oidores serán de nuestra opinión.

—Así lo espero.

—Yo, entretanto, formaré en el municipio la oposición, para exaltar los ánimos de Azcárata y Verdad, que cuentan con una mayoría respetable.

—Pues á trabajar, dijo Bataller, á trabajar y ya sabéis el adagio: «á rey muerto príncipe coronado.»

XIII.

Al anochecer del 30 de Agosto de ese año de 1808, dos caballeros llegaron al palacio en un carruaje de camino.

La esposa de Iturrigaray salió á su encuentro, y estrechando á uno de ellos, le dijo:

—Tomás ¿á qué has venido?

—Tranquilízate, hermana mía, mi presencia no puede nunca causarte inquietudes, sabes lo mucho que amo á tu esposo y vengo á afirmarle en el gobierno de las Indias.

La virreina disimuló la impresión desagradable que le causaba la presencia de su hermano y del personaje que le acompañaba, llamado Don Juan Jabat.

—Caballero, al veros en la corte de México después de vuestro destierro...

—No lo extrañéis, señora, ese acontecimiento lo he olvidado ante el gran peligro que corre nuestra amada patria en estos momentos.

—Estoy al alcance de vuestro patriotismo.

—Razones de alta política obligarían sin duda á S. E. el señor Iturrigaray para decretar mi destierro; razones que yo respeto aunque las ignoro.

Don Tomás Jáuregui, hermano de la virreina, trató de variar la conversación, diciendo:

—Necesitamos hablar con tu esposo, porque traemos negocios de suma importancia.

En aquel momento se presentó el virrey é hizo á sus huéspedes un recibimiento glacial.

—Caballero, dijo al brigadier de marina Jabat ¿cómo os permitís presentaros en la corte de México?

—Perdonad S. E.; pero la junta de Sevilla, esa junta que asume el poder de nuestros soberanos, me envía á México para tratar con S. E., según el tenor de las instrucciones que tengo el honor de presentaros.

—Las veré cuando os reciba en audiencia, respondió Iturrigaray rehusando tomar el pliego que se le presentaba.

Los enviados de la junta se sintieron terriblemente contrariados con aquel tan manifiesto desaire.

—¿Y vos, hermano mío, continuó el virrey dirigiéndose á su cuñado, de cuando acá os habéis tornado en agente diplomatico?

—No es estraño hermano mío, ya sabéis que toda nuestra familia está avocada á...

—Comprendo, y siento una positiva satisfacción al encontrarme con una persona de mi familia en los negocios que os traen á la corte de México.

—Desearia hablaros cuanto antes.

No quiero molestar vuestra impaciencia; entremos á mi despacho.

Los tres personajes se entraron en la sala donde Iturrigaray celebraba sus acuerdos.

—Hé aquí, hermano mío, el pliego de instrucciones.

El virrey lo abrió, pasó sus miradas por los artículos singulares de aquel pliego en que se pedía por la Junta de Sevilla que se le reconociese como el centro del poder y de la soberanía de España, y se le obedeciese en América, poniendo á su disposición los tesoros de la colonia.

—Yo no puedo resolver sobre esta petición, que me parece demasiado árdua y delicada; en consecuencia, citaré á los oidores y fiscales para oír su opinión.

—No creímos, hermano mío, que tuvieseis duda sobre la autoridad de la junta de Sevilla.

—¿Y qué me decís de la Oviedo, caro hermano?

—Que eso no tiene forma alguna ni cuenta con la voluntad del pueblo español ni de los hombres influentes en la política.

—Sin que lo que os voy á decir tenga forma el carácter de una resolución, os manifestaré que en el estado de desquiciamiento en que se halla España, debemos atenernos cada uno á nuestros propios esfuerzos para la salvación de la patria. Esas juntas que brotan en el suelo español sirven para alentar el espíritu público y mantener viva la llama de la revolución; pero no pueden estimarse como depositarias del poder soberano; acaso más tarde sea necesario establecer una en América que represente la auto-

ridad Real, conformándonos todos con declarar que todo gobierno es provisional y duradero hasta el restablecimiento del trono. En cuanto á S. M. le rendiremos acatamiento y le tenemos como á nuestro único soberano.

—Pero la revolución española necesita recursos.

—Puede proporcionárselos en la misma España.

El brigadier hizo una seña de inteligencia al cuñado del virrey.

—En fin, la resolución no ha de ser mía, en consecuencia podéis esperaros á la reunión que voy á convocar para mañana, en que sabréis definitivamente el resultado; entretanto os podréis alojar en el palacio.

Los dos personajes se inclinaron saludando á Iturrigaray, que no insistió en su ofrecimiento.

XIV.

—Ya lo habéis oído, señor Jáuregui, vuestro cuñado quiere alzar con el reino y para este caso son las instrucciones.

El hermano de la virreina parecía meditar sobre el paso que proponía su compañero de comisión.

—Bien sé el sacrificio que aceptáis al proceder contra el esposo de vuestra hermana; pero hay algo que está por cima de nuestros sentimientos, el deber, sí, el deber de conservar intactos los derechos de nuestros reyes, porque la América aprovechándose de esta crisis podría, Dios no lo quiera, proclamar su absoluta independencia.

—Pudiera ser, dijo Jáuregui; orientémonos, marchemos á la casa del oidor Bataller; he enviado aviso á Martiñena y ya estarán en espera de nosotros; es necesario ponernos al tanto de la situación para obrar según las instrucciones reservadas.

—Soy de vuestra opinión.

Los dos enviados de la Junta de Sevilla se encaminaron á la casa del oidor, que los recibió con grandes muestras de simpatía, lo mismo que Martiñena, intrigante audaz y puesto á las órdenes de Aguirre y otros oidores para conspirar contra la persona de Iturrigaray.

—Por el mismo buque que os ha conducido llegó mí correspondencia y estoy al tanto de vuestra misión.

—Me lo anticiparon los miembros de la Junta de Sevilla y aun me ordenaron me pusiera de acuerdo con vos para la realización de nuestros planes.

—Bien.

—Deseamos, señor Bataller, que nos digais algo sobre la situación para saber el terreno que pisamos.

—Me parece muy importante, y sabréis que se nos quiere no sólo arrebatar, sino negar el poder de la Audiencia bajo tales ó cuales pretextos; porque la Audiencia quería en cumplimiento de su deber hacerse la autoridad conservadora.

—No está mal pensado.

—Oidme; las cosas van tomando un caracter alarmante y terrible: el 9 de Agosto se ha celebrado una junta á la que han asistido los tribu-

nales, ayuntamiento y personas notables de la capital; el señor arzobispo tomó parte en ella como representante de la Iglesia católica. El virrey invitó al licenciado Verdad para que explanara el pensamiento que había formulado en el cabildo y presentado al virreinato.

—Todos son atentados, señor Bataller.

—Os falta aún que oir, señor Jáuregui: levantóse el licenciado Verdad y empezó á decir abominaciones, palabras subversivas jamás pronunciadas en España ni en América, y sacadas de los discursos de los convencionales; habló de la «soberanía del pueblo»... ¡infame!... llamar soberano al populacho, buscar en él el principio de la autoridad, convocarle para elecciones ¡horror! ¡horror!

—Eso está envuelto en un caos, señor Bataller.

—El señor inquisidor general Don Bernardo del Prado, dijo anatema á tales doctrinas por inauditas é infernales, publicando por un edicto «scindamos vestimenta nostra... blasfemavit,» aquí está pues, presente su señoría el señor Aguirre, dijo exaltado Bataller, viendo entrar al oidor que saludó cortesmente á los comisionados.

—Señores, dijo Aguirre, llego á tiempo, mi ilustre compañero está como yo, indignado al presenciar los atentados de ese hombre que se hace llamar virrey, y no es más que un «traidor.»

—Perdonad, caballero, dijo Bataller dirigiéndose á Jáuregui, sentimos, expresarnos así de vuestro hermano, pero aun S. E. la señora virreina tiene un gran pecado, una falta imperdonable; cuando ha llegado la noticia de la colocación en el trono, de S. M. Fernando VII, ha permitido que en su alta presencia ese demonio de licenciado Azcárate haya pisoteado las «Gacetas,» y vuestra hermana, caballero, vuestra misma hermana, ha exclamado con rabia: ¡Vaya, que nos han puesto la ceniza en la frente!

—Pero ved qué malicia hay en esa conducta, señores, yo he presenciado esa escena que aun me horripila; al saberse la toma del Puente de Córdova por los franceses y la ocupación casi total de la España, ese señor Iturrigaray tenía en su rostro pintada la alegría y no faltó quien oyese sus palabras, complaciéndose y jactándose de que S. M. no volvería al trono.

—¡Qué infamia!

—Decid, ¡qué traición!

—Señores, ese mandarín, asustado por los crímenes que estaba cometiendo y el escándalo que causaban sus procedimientos, trató de hacer una farsa diciendo que iba á separarse del virreinato; pero todo estaba dispuesto de antemano, ese licenciado Verdad, ese demonio en carne y hueso, manifestó los gravísimos males que se causarían con la separación del virrey: el regidor Méndez Prieto, suplicó á nombre de la ciudad, que nos hiciera S. E. el alto honor de continuar al frente del Estado. S. E. se hizo el melindroso; pero al fin se resignó á llevar en sus hombros la pesada carga del reino.

—Señores, dijo Jáuregui, he ahí la oportunidad para haberos hecho del poder.

—Ya he tenido el honor de deciros que todo era valor entendido, juego de bastidores.

—Iturrigaray es un hombre peligroso, aprovecha todas las oportunidades; sin ir muy lejos, hubo hace tres días un motín en la plaza de Ve-

racruz habiendo arribado en la barca «Bayllant,» el francés «Charpantier» procedente de Bayona, trayendo una gran correspondencia; el pueblo se arrojó sobre los papeles, y encontró con asombro, que el llamado rey José confirmaba el empleo de virrey en la persona de Iturrigaray, y además lo condecoraba con el cordón de la Legión de Honor.

—Eso manifestaba connivencia con el enemigo.

—Se trató de hacer este cargo; pero en la correspondencia venían cartas para S. S. I. el señor arzobispo. El virrey, que se cubre perfectamente, mandó hacer fuego á la barca que tenía bandera tricolor, hasta que enarboló otra blanca.

—Puede esa conducta servir de punto de apoyo.

—Os he dicho que el hombre es vivo y tiene mucho talento; para desvanecer toda preocupación, armó una frasca espantosa, mandó colocar el retrato del rey en el balcón, arrojó monedas, dilapidando así un dinero que debe servir para la guerra, y juró como rey á Fernando VII.

—Ese hombre tiene todas las avenidas.

—No todas, caballero, su delito de infidencia está probado, no entra en acuerdo con los franceses, por la sencilla razón de que él ambiciona para sí el gobierno de las Indias.

—Y dispondrá de sus tesoros.

—Y se hará poderoso.

—Y nos mandará á la horca.

—¡No por mi vida! gritó el brigadier de marina, tenemos orden de la Junta de Sevilla de apoderarnos de la persona del virrey, y lo haremos, ¡vive Dios!

—Nosotros os ayudaremos, caballeros ,mañana debe celebrarse la última junta.

—No importa el pretexto ni la resolución, obrarémos según lo convenido.

—Os opondréís; señor oidor Bataller, á la celebración de esa junta, le negaráis su autoridad y orillaréis un rompimiento.

—Convenido.

—La Audiencia tomará las riendas del poder.

—Sí; pero en cambio reconocerá á la Junta de Sevilla sin las restricciones que se han pretendido.

—Lo juramos.

—Sea, dijo el hermano de la virreina, mañana nos reuniremos para acordar el gran golpe.

Los oidores acompañaron hasta la puerta á los comisionados y los despidieron renovándoles la promesa de orillar el conflicto para apoderarse de Iturrigaray.

XV.

Luego que Jáuregui y el brigadier se alejaron, Don Gabriel de Yermo que había escuchado la conversación desde la pieza inmediata, salió al encuentro de los oidores.

—Ya lo habéis escuchado, caballero, y no pondréis en duda la legitimidad de nuestras pretensiones.

—Es negocio concluido, preparémonos para la revolución, la gente toda de mis haciendas está organizada, sólo espera mis órdenes para acercarse á la capital.

—Ahí tenéis recado de escribir, el correo está á vuestra disposición lo enviaremos por extraordinario.

Don Gabriel del Yermo se acercó al bufete mientras Aguirre, Bataller y Martiñena conversaban con acaloramiento sobre el asunto.

—He aquí mi correspondencia, enviad desde luego al correo y dentro de poco tendréis á la puertas de la ciudad á mi gente.

—¿Toda es de fiar?

—Toda, señores oidores.

—Es que los paisanos pueden acobardarse á los primeros disparos.

—Descuidad, dijo Martiñena, he hablado con un oficial que está resuelto á abrazar nuestro partido y espera que los señores oidores le señalen el momento: es un joven atrevido y que odia terriblemente á Iturrigaray.

—En eso estamos completamente de acuerdo.

—Es necesario no olvidar, dijo Bataller, que Iturrigaray ha mandado traer del cantón de Jalapa al regimiento de infantería de Celaya, y de Tierra Adentro al de caballería de Nueva Galicia.

—No hay más que anticiparnos, dijo Yermo, porque la empresa crece en proporción que los elementos contrarios se multiplican.

Aguirre, que era vivo y desconfiado, manifestó ser de la opinión de Yermo y opinó por interceptar los correos de Iturrigaray.

—Yo me ofrezco á ello, dijo Martiñena, porque se á la hora en que debe salir el extraordinario, pero no puedo comprometerme sino á la mitad del plan, por ser distintos rumbos los que llevan los correos.

—¿De cuál os encargáis, señor de Martiñena?

—Me es indiferente.

—Os encargo del camino de Puebla.

—Aceptado.

—Pues en marcha, porque la hora se avanza.

—Ya es tarde, y ojalá que no lo sea para nuestros planes.

—Adiós.

—El os guarde.

XVI.

A las dos horas de esta entrevista, unos ginetes tomaban el rumbo de San Lázaro y otros el del Interior.

Sigamos á los del camino de Veracruz que se detuvieron á desayunar en una venta.

—Muchacho, ¿á dónde te dirijes?

—Señor, voy hasta Jalapa con algunas comunicaciones interesantes para el señor que manda las tropas del Cantón.

—Allá voy precisamente.

—Seremos compañeros.

—¿Vas muy de prisa?

—Como que voy de extraordinario.

—¿Y no sabes lo que contienen esos papeles?

—Creo adivinarlo.

—Dilo, si no crees comprometerte.

—Me llamaron al palacio, yo entré al cuarto donde un señor escribía y oí la conversación que tuvo con otro señor militar.

—Preparad alojamiento para esas tropas.

—Sí, mi general, respondió el jefe, y luego preguntó: ¿para cuándo estarán en México?

—Para el *16* de Septiembre.

—Estamos á 9, para dentro de seis días.

—No hay duda, la cuenta sale cabal.

—Según dijeron esos señores, quería S. E. el señor virrey, que no se detuvieran ni un sólo momento; hablaron algo de temores y yo no sé qué otras cosas que yo no puse cuidado.

—No importa.

La patrona había estado escuchando la conversación y salió inmediatamente á la vía carretera.

—¡José! gritó con voz sonora.

Acercóse un indio, joven y robusto, con una cara de malicia y socarronería pronunciadísima.

—¿Qué quieres, señora? preguntó quitándose el sombrero.

—Marcha violentamente á México y busca á tu ama, díle que han llegado dos caballeros y que he sabido que va á haber novedades, porque mandan por las tropas de Jalapa.

—Está bien, señora.

—¿No se te olvidará?

—Pierda cuidado su merced.

—Toma este peso para lo que necesites en el camino y márchate.

El indio entró en la cocina, hizo el «itacate,» acopio de provisiones, y atravesando las veredas, se descolgó al Valle de México.

La patrona comprendió desde luego que el correo era seguido por el caballero, quien había averiguado el objeto de su misión.

—¡Traed más vino, patrona!

—Aquí está un catalán de lo mejor, señores.

—Vamos, muchacho, toma un trago, que tenemos mucho que andar.

—A la salud de su merced.

—A la tuya, chico.

Continuó el almuerzo y los pasajeros menudeaban los tragos que era un contento.

El pobre correo comenzó á atarantarse hasta el grado de perder la cabeza.

—Veo que tienes gana de dormir.

—Una poca señor amo.

—Pues durmamos para proseguir nuestro camino.

—Me conviene.

El correo recostó su cabeza en una de las bancas de la fondita y roncó como un patriarca.

La fondista se puso á acechar desde la puerta que daba á las piezas interiores.

Luego que el caballero se creyó solo, registró al correo y le robó la correspondencia; pidió su caballo inmediatamente y huyó á todo escape rumbo á la capital.

Pasaron tres oras cuando el correo se despertó, vió que el sol estaba muy alto, y sin acordarse de su compañero de viaje, montó á su vez á caballo y partió á todo escape con dirección á Puebla, sin notar el robo de la correspondencia.

XVII

Sigamos á los ginetes del interior que caminaban á toda prisa.

Llevaban medio día de camino, cuando un caballero les dió alcance.

—Muchacho, ¿eres el correo del gobierno?

—Si señor dijo el mozo con muestras de profundo respeto.

—Saca tus papeles, que ha habido una equivocación en los pliegos.

El correo no sospechó que aquello era una trama, y con el candor de todo un hombre de bien, entregó los pliegos cerrados al caballero, que los cambió por otros al portador.

—Marcha, aunque te advierto que ya no es necesario que te apresures tanto.

—Está bien, señor.

—Toma, hijo mío.

—Gracias, señor, dijo el correo tomando las monedas que le ofrecía la liberalidad del caballero.

El mozo azotó su caballo y á pocos instantes se le vió encumbrar las cuestas que forman el camino del Interior.

—Ya he realizado mi plan, ese hombre lleva las cartas de Urías, buena la va á llevar cuando entregue los pliegos en blanco que le he cambiado por la correspondencia de Iturrigaray.

El caballero rompió los sobres y se impuso del contenido de las comunicaciones; nada se traslucía por las órdenes, estaban redactadas en ese sentido altanero de los déspotas militares y nada más.

—Cuando se averigüe el caso ya no habrá remedio, ganamos por lo menos seis días, ese es nuestro plazo... ¡demonio! eso de tirar á un virrey, es mucho cuento... malditos oidores... pagan tan bien, que se les puede servir de rodillas... en algo me había de entretener... al menos ya tengo para darle con que vivir á mi inolvidable condiscípulo Pedraja que tiene trastornado el sentido... es necesario haber estado loco desde el vientre de... pero en fin, no vale la pena una mujerzuela que se larga con otro para llorarla día y noche... ese hombre no tiene remedio, sabe á más no dudar que la novia se le escapó con un Don Félix, y todavía cree que... doce años de sufrir, pues digo... de que la luna está en creciente el hombre se hace insoportable, quiere matar á todo el mundo; ¿y dónde demonios andará que hace tres noches se me ha escapado de la casa?... es necesario buscarle... estoy satisfecho de haber cumplido con la comisión de los oidores, voy á pedir un empleo luego que triunfemos y seré algo, comeré de la nación y me pagarán con el dinero de las contribuciones, y me casaré con ella.

Embebido en estos jardines iba el viajero, cuando de pronto cuatro ginetes le rodearon.

—¿De dónde venís? le preguntó un enmascarado.

El sorprendido no pudo articular una palabra.

—Hablad ú os levanto la tapa de los sesos.

—Señores, perdón, le he sacado al correo los pliegos con engaño; pero aquí están los papeles, tomadlos, os juro que no los he leído.

El enmascarado se hizo de la correspondencia.

—¿Sabéis que os podemos ahorcar por ladrón en un palo del camino?

—Sí, lo sé; pero no deseo que lo ejecutéis.

—¿Quién os ha enviado?

—El señor oidor Bataller.

—Bien; marchaos y decidle que por miedo de no ser sorprendido habéis roto los papeles.

—Mil gracias, señores, y adiós.

Ligero como el rélampago huyó por la carretera envuelto en una nube de polvo.

—Son unos miserables, reverendo padre.

—Sí, la Audiencia conspira incesantemente contra el virrey.

—Volvamos á México, esta noche precisamente tengo una junta con los señores abogados Azcárate y Verdad; esos hombres quieren la felicidad de México; yo los amo y los respeto.

—Reverendo padre: el señor canónigo Beristain está de acuerdo con nosotros.

—Como lo están todos los hombres honrados.

—Afortunadamente hemos sorprendido una de tantas infamias de la Audiencia.

—Sí, amigos míos, la casualidad nos hizo presenciar la escena de ese bribón.

—Padre Talamantes, vos sois muy benigno, yo hubiera colgado á ese ladrón.

—No está bien esa crueldad con los miserables instrumentos de ese poder; ellos no hacen sino seguir las inspiraciones de aquellos que los subyugan.

—Es verdad.

—Comprenderéis por estos pliegos que S. E. el virrey teme una conspiración y se pone en guardia.

—Esta misma noche le remitiremos al virrey esta correspondencia para que esté sobre aviso.

—Reverendo padre, la Audiencia es terrible.

—Veo venir una tempestad preñada de rayos, algunas cabezas van á caer dentro de pronto; Dios no lo quiera, pero el suelo de la patria va á ensangrentarse.

—Sabremos á qué atenernos.

—Amigo mío, dijo fray Melchor de Talamantes; nadie sabe donde termina el curso de los sucesos; los ríos caminan al abismo del mar, como los hombres y los pueblos al abismo de su destino. Nuestra misión es la templanza: inclinémos al lado que traiga menos querellas, faciletemos algún respiro á los que padecen, y enjuguemos las lágrimas del esclavo.

—Sí del esclavo, dijo el interlocutor; ya es necesario aprovecharnos,

como vos habéis dicho en otras ocasiones, de la revolución de España, para variar nuestra condición; la América es hoy la caja que provee á las necesidades de la Península; tenemos en nuestras manos una situación: no la dejemos escapar.

—¡Callad! no os adelantéis á la marcha del tiempo... ¡esperad!... ¡esperad!

Fray Melchor de Talamantes era un venerable sacerdote, dotado de un corazón virtuoso, donde resplandecía el amor á la patria. En medio del caos en que se envolvía la situación, aquel hombre percibía la antorcha luminosa de una idea: aquella idea apenas delineada en su cerebro, era la de la independencia.

Fray Melchor de Talamantes secundaba el pensamiento de Verdad y Azcárate, de cortar esa cadena que ataba á los dos mundos, bajo el pretexto de rechazar la dominación francesa.

. . . . . .

La caravana que había sorprendido al enviado de los oidores entró al cerrar la noche por la puerta Norte de la ciudad

XVIII

La tormenta política seguía desencadenada como el huracán.

La Audiencia y el virrey, estaban frente por frente, y aquella lucha debía tener un resultado funesto.

Los abogados Verdad y Azcárate, fray Melchor de Talamantes, el abad de Guadalupe Francisco Cisneros, y otra multitud de amigos de Iturrigaray, conspiraban contra las decisiones de las Juntas de España y de los oidores.

Todos aconsejaban al virrey la formación del «gobierno provisional, desconociendo á los avaros del poder.

Iturrigaray estaba en un período de crisis superior á sus fuerzas, y se dejaba arrastrar por las olas de aquel mar embravecido.

El 9 de Septiembre se reunieron en el palacio los principales personajes de la corte y los comisionados de Sevilla, para tratar las altas cuestiones de la política.

Los partidarios de la Audiencia iban resueltos á promover un disturbio, y los del virrey á contemporizar en cuanto pudieran.

Iturrigaray, cuyo pensamiento era el de la formación de un nuevo gobierno, hizo que el secretario leyese las comunicaciones de la Junta de Oviedo, de Asturias y de Sevilla.

Los comisionados se encontraban de pronto en una mala situación.

—Señores, dijo Iturrigaray, se ha verificado lo que anuncié á usías; la España está en anarquía, todas son « juntas supremas », y así á ninguna se debe obedecer.

El brigadier de marina, Don Juan Jabat, tomó indignado la palabra.

—Señores, dijo, nosotros representamos aquí á la de Sevilla, cuya autoridad no puede desconocerse, sino por aquellos cuyas miras son ya bastante conocidas y tienden á suplantarse...

Iturrigaray interrumpió á Jabat diciendo con voz trémula por la rabia:

—Se os ha permitido la concurrencia á esta junta por un exceso de bondad; pero vos señor brigadier, no tenéis derecho de usar de la palabra, ni menos para lanzar calumnias á las autoridades supremas de este país.

—Señor exclamó Jáuregui, reflexionad que no somos simples particulares, sino comisionados de la autoridad que asume la del rey.

—Escribid, señor secretario, dijo el virrey.

El secretario tomó la pluma.

« Los comisionados de la Junta de Sevilla, saldrán inmediatamente de América, en el mismo buque que los ha conducido, y dirán á las personas que los envían: que el representante de S. M. en América, no acata más autoridad que la del rey. »

El brigadier y su compañero dejaron el salón de sesiones, jurando la pérdida de Iturrigaray.

Los oidores no perdieron la moral con este golpe súbito que hubiera pesado en el ánimo del más iluso, y Bataller, tomando una entonación humilde, dijo:

—Señores, la resolución que hoy se toma va á influir de una manera poderosa en el sistema que hasta hoy ha regido á la colonia, y traerá acaso consecuencias que en estos momento ni se preveen; yo desearía saber de dónde viene la autoridad para crear esta junta ni hasta que punto sus determinaciones sean válidas y deban obedecerse, y si sus votos son decisivos ó consultivos.

El fiscal Borbón algo asustado, respondió que Iturrigaray era el lugar-teniente del rey y estaba en su derecho con arreglo á las leyes para convocar la junta.

Esta evolución del fiscal le fué al virrey altamente sospechosa, así es que le contestó con muestras de desdén:

—Bien, bien, si yo soy el lugar teniente de S. M. ocupen usías el lugar que le corresponde y no hay que extrañar si en alguno ó algunos tomo providencias.

Esta amenaza era la que esperaban los oidores; guardaron silencio y aparentaron oir con recogimiento el discurso del Lic. Verdad, en que repitió sus ideas sobre la la soberanía del pueblo, y su derecho de reunirse conforme á la prescripción de las leyes en los casos de conflicto y resolver por sì las dificultades.

Aguirre no pudo contenerse, y suavizando lo más que pudo su acento, dijo:

—Señor Licenciado Verdad, me permitirá V. S. hacerle una ligera observación: la ley recopilada manda, que en los negocios árduos, en que se necesite de los vasallos del rey, se junten las cortes y se tenga consejo de los tres Estados, según lo hicieron los reyes antecesores, pero á S. E. le falta la calidad de la « soberanía » tan indispensable en este caso, por tanto, le negamos, protestando nuestra sumisión, el derecho que cree tener en este negocio.

Alzóse Iturrigaray, y con la exaltación propia de su carácter contestó al oidor:

—No pongamos ya en tela de discusión los hechos consumados; desde el 1 de Septiembre he expedido mis circulares á los ayuntamientos para que nombren la persona que los represente en la junta que debe instalarse para formar el gobierno de México.

Viérnonse entre sí los oidores; aquella noticia cayó como un rayo.

Terminóse la sesión: ya no tenía objeto; la Audiencia estaba perdida y los comisionados de todas las juntas desechados.

Una era nueva se preparaba para el país: iba á establecerse un gobierno bajo las bases democráticas, sin sospecharse por Iturrigaray que los hombres que le ayudaban en su golpe de Estado, iban hasta la « independencia. »

XIB.

Doce años hacía que la condesa del Milagro se hallaba establecida en la corte de México; pero la noble señora sufría una metamorfosis completa; había abandonado las fiestas y diversiones para seguir en una vida ejemplar, dedicada a la contemplación y el recogimiento.

Se le veía al sonar el toque de «Ave Maria» dirigirse á la iglesia, esconderse entre la obscuridad de las naves y rezar con un fervor que paraba en llantos y sollozos.

Después de cuatro horas de rezo montaba en su coche, llegaba á su casa, donde la esperaban multitud de pobres á quienes repartía limosna.

En las tardes recibía á varios sacerdotes y en las noches rezaba en su oratorio rodeada de su servidumbre.

El 5 de Septiembre en la noche se encontraba Doña María hablando con los oidores Bataller y Aguirre en su tertulia nocturna.

—Ya es un negocio arreglado, señora; ese rey de baraja caerá en nuestra manos: ya no es posible sufrirle por más tiempo.

—Estáis terrible esta noche, señor oidor.

—Es que ese miserable se ha permitido amenazarnos y ya he descubierto su plan.

—Decidlo, señor oidor.

—Se piensa nada menos que en nuestra destitución.

—¿Nuestra? preguntó Aguirre.

—Sí, compañero, «nuestra;» se trata de sustituirnos con los corifeos de Iturrigaray, es decir, con los abogados Verdad y Azcárate.

—Eso es alarmante; pero afortunadamente no podrá tener lugar á no ser en estos días, lo cual nos tiene sin cuidado.

—Contadme, señores.

—Ya lo vais á oír como nuestra confidente; hemos interceptado los correos que iban en pos de la fuerzas del virrey, y comprado ó seducido á un bravo oficial de artillería llamado Luis Granados, que será el alma de este negocio.

—¿Y Don Gabriel Yermo?

—Ese cumplirá con lo qué nos tiene ofrecido; su gente estara muy en breve en la ciudad, ya han comenzado á entrar por diferentes rumbos para no dar sospechas á los partidarios del «traidor.»

—De suerte, dijo la condesa, que cuando menos se espere tendremos un gran acontecimiento.

—Sí, señora condesa, nos apoderamos de todos, absolutamente de todos, incluso ese fraile excolmulgado, fray Melchor de Talamantes.

—Nadie conoce mejor que yo á Talamantes, dijo Aguirre; no sólo apoya á Iturrigaray, sino que tiene el plan de derribarle á su vez para combinaciones que no he podido descubrir.

—Hay una ocurrencia graciosísima, señora condesa, y habla muy alto á los lazos de parentesco.

—Contad, señor oidor.

—La Junta de Sevilla ha comisionado al hermano de la virreina, sí condesa, al mismo hermano, para que aprehenda á su cuñado.

—¡Dios mío!

—Como lo oís, él se ha prestado á ese plan y no hay remedio, será el ejecutor.

—¿Y el brigadier?

—Ese hombre es más temible de lo que se cree, nos ha propuesto, y hemos aceptado, que él se hará cargo de las armas la noche en que aprehendamos á Iturrigaray.

—¿Desconfiáis de Granados?

—No, pero podría faltarnos en un momento dado y es necesario macizar el golpe.

—¿Y para cuándo lo preparáis?

—Para la noche del 15.

—Perfectamente.

—Todas las avenidas están tomadas.

—¿Y á qué persona queréis colocar en la silla?

—A un viejo temblón y desgraciado que vos conocéis perfectamente; no será sino una sombra de poder y la Audiencia gobernará á su antojo.

—¿Como se llama ese viejo temblón, como vos decís?

—Escoged entre nuestros personajes al más incapaz al más nulo, y ese es precisamente nuestro candidato.

—Estáis en broma, señor Bataller.

—No es broma, es la verdad, aunque hay verdades que parecen bromas.

—No atino, señores oidores.

—Es un mariscal de campo.

—Vamos, ya caigo, es el señor D. Pedro Garibay; pero estoy muy lejos de considerarle como una nulidad; por el contrario, veo al hombre de la administración y de las simpatías.

—Precisamente esa es la razón por la cual lo subiremos al poder, verá en nosotros unos protectores, y el pueblo un testimonio de sinceridad ¿no es cierto?

—El señor oidor es un conspirador.

—Señora condesa, me parece demasiado.

—Os hago justicia y nada más.

—Nada tengo que recomendaros, señor Bataller, sino la prudencia, porque esta es una cuestión que donde se pierda el equilibrio...

—Sí, puede costar la cabeza; nosotros los conspiradores, dijo con énfasis, sabemos lo que se arriesga y estamos resueltos á todo.

—Me parece, señor, que estáis en broma.

—Nada de eso, señora, contestó Aguirre, en vuestra presencia no podemos dar el tono que verdaderamente tiene este asunto, pero os juro que es verdad cuanto hemos tenido el honor de deciros.

—¿Pero no hallaréis dificultades en la realización de este plan?

—En un país, señora condesa, en que no se acata voluntad alguna, en que se reconoce el imperio de los hechos y sólo se invoca el nombre del rey por fórmula, no hay que extrañar nada. Eu México hay tres entidades: la Inquisición, el virrey y la Audiencia. Tres poderes incombinables y cuya existencia es incompatible; media el mar entre el rey y los tribunales de América; aquí todo lo hollamos, lo vejamos lo desconócemos, el más audaz asalta el primer puesto, y los ministros se conforman con recibir su parte en el botín.

—¿Y las leyes, señor oidor?

—Palabras escritas sobre un papel frágil, bellas teorías para conservar ante el mundo el prestigio de nuestros reyes; pero burla sangrienta para estos imbéciles de conquistados... cuando yo veo esa Recopilación de Indias, esas disposiciones favorables á los indígenas, esos pergaminos en que se consignan los derechos nunca ejercidos, me río, señora condesa, porque los pueblos son el juguete miserable de las ambiciones... hay en el corazón humano algo que se levanta de grande y dominador que nos impele á sobreponernos á la multitud; entonces el hombre se hace un ser superior y marcha á su destino por la primera senda que halla á su paso sin detenerse en obstáculos; todo lo arrastra,, todo lo abarca, todo lo destruye como se oponga á sus intenciones; he ahí el principio del crimen; una vez aceptado, la sangre es un lago trasparente, la existencia del hombre una sombra, los ayes de la humanidad un eco de armonía...

—Me horrorizáis, señor Bataller.

—Y sin embargo, os digo la verdad, la verdad entera.

—¿Y vos sois de esos hombres?

—No me lo preguntéis, condesa, porque puedo responderos afirmativamente; el círculo que me rodea me impulsa y yo obedezco á mi destino; hay un hombre que quiere arrojarnos desde la pendiente cuando ya escalamos la cumbre del poder, y... es necesario derribarlo... minar el pedestal... matarlo si es preciso...

La voz del oidor se hizo lúgubre, sus ojos resplandecían con un fulgor del infierno.

—Señor de Bataller, dijo Martiñena, os encontráis mal, retirémonos que aun hay mucho en que pensar.

—Perdonad, señora condesa, mi exaltación, pero este señor virrey me tiene ofendido, sumamente ofendido.

—Señora condesa, dijo Martiñena, rogad á Dios que nos saque bien de esta aventura.

Doña María inclinó la cabeza y aquellos hombres siniestros abandonaron la casa de la condesa del Milagro.

XX.

Luego que el oidor y su compañero dejaron á Doña María, esta se dirigió á su oratorio, donde la esperaba fray Melchor de Talamantes.

—¿Habéis concluido, señora?

—Se han ido ya.

—Os tengo prohibido que recibáis á los agitadores.

—Procuro, reverendo padre, no entrar en conversación alguna con ellos, aunque sus visitas me proporcionen la oportunidad de hacer bien cuando sé que alguna persona se halla en peligro.

—Bien, señora, pero temo que vuelvan á despertar en vuestro corazón esos sentimientos que os han sido tan fatales.

—No receléis, padre mío, he sufrido en mi alma el azote del remordimiento, esa tormenta que obscurece mis postreros días y sólo anhelo el descanso siquiera sea el de la muerte.

Doña María se echó á llorar amargamente.

—Sosegaos, señora.

—No puedo olvidar aquellas imágenes sombrías, me parece ver á los verdugos apoderarse de aquel hombre, calzarle el «borceguí» ¡terrible tormento!... después oigo aquel grito, aquel grito espantoso que aun resuena en mi alma con un eco aterrador... veo al hermano del inquisidor, á ese hombre que fué la ilusión más ardiente de mi vida, pálido y demudado entregarse á la tortura... en aquellos momentos hubiera dado mi existencia por librarlo de aquella angustia espantosa.

Doña María se mesó los cabellos en un arranque de desesperación.

—He ahí, exclamó fray Melchor de Talamantes, he ahí la cólera del cielo, la justicia de Dios!... habéis causado muchos males, habéis perseguido á un hombre hasta verle en el tormento, y cuando los días se han sucedido, como las olas en el mar agitado de la vida, entonces la hiel de los recuerdos, la ponzoña de esas memorias viene en la metamorfosis de la expiación á roeros las entrañas... ¿qué tenéis delante?... sangre... horrores... remordimientos!..

—¡Es verdad!... ¡es verdad!... exclamaba la infeliz gitana.

—Vuestro dolor, continuó fray Melchor de Talamantes, ha sobrevivido al tiempo y á la edad... el invierno de la existencia ha tendido sus hilos de plata en vuestra cabeza, vuestras mejillas llevan el surco de las lágrimas, vuestra vida está en el último declive y la imagen vive, vive en vuestro corazón y parece acompañaros hasta el sepulcro.

—Y acabará por hundirme en el abismo de la desesperación.

—Aun guarda Dios en vuestro corazón el tesoro de las lágrimas, vertedlas, refrescad con ellas el árbol decaído de la fe, sufrid, aceptad la angustia como la redención de vuestras faltas, y esperad.. .esperad.... porque Dios llega á nosotros cuando lo invocamos en el naufragio de la vida!

Doña María se hundió en el silencio de su desventura.

El padre Talamantes se levantó para despedirse; pero la gitana le detuvo.

—Me falta deciros aún una palabra que atañe á vos y nuestros amigos.

—Hablad, señora.

—La Audencia conspira sin cesar, y está resuelta á apoderarse del virrey y de vosotros.

El padre Talamantes oyó con tranquilidad á doña María.

—Hace un momento, continuó la condesa, ese oidor Bataller ha tenido un arranque verdaderamente terrible, arranque sangriento que me ha asustado.

—¡Miserias de los hombres! murmuró fray Melchor.

—Es un negocio absolutamente resuelto, avisad á Iturrigaray.

—Señora, si el virrey supiese por mis labios esa trama abominable, las cabezas de esos miserables caerían irremisiblemente; ¿y creeis vos, señora, que la voz de un sacerdote debe ser la señal de la matanza?... Sé la tempestad de odios y resentimientos que nos amenazan; sé que debe estallar próximamente, y sin embargo, estoy perfectamente tranquilo; porque el destino del hombre es invariable y no está en el arbitrio de la criatura el contrariarle.

—Es que vuestra existencia está en peligro.

—Desde que nacemos vamos á la muerte, ella tiene de salir á nuestro encuentro, esperémosla, que ella sabe bien cuándo se acerca.

—Padre Talamanes vos no conocéis á vuestros enemigos.

—Conozco al corazón humano y me basta.

—Ved que han interceptado los correos que iban en demanda de las tropas.

El padre Talamantes se quedó pensativo, pero luego dijo á pocos momentos:

—¡No importa, Dios dirá!

—Es que hay entre los soldados, traidores que entregan al virrey y sus partidarios.

—Puede ser, S. E. ha convocado ya á las personas que deben formar la junta que debe resolver tanta dificultad.

—La Audiencia se opondrá á la instalación.

—Veremos.

—Señor, yo que os venero, que os amo por vuestras grandes virtudes, porque habéis vertido con vuestras palabras y consejos un bálsamo en mi corazón, os aconsejo en nombre del cielo que os cuidéis... vos ignoráis de cuánto son capaces esos hombres, no os perdonarán nunca el haber hablado con la verdad y rectitud que acostumbráis en todos vuestros asuntos; creedme, os aborrecen y están animados del espíritu más horrible de venganza.

Fray Melchor de Talamantes señaló con su diestra al cielo, y calándose la capucha de su hábito, salió de la estancia de la condesa.

—Yo lo salvaré, gritó la gitana, y salvaré á cuantos amenaza el azote de la perfidia; esos hombres no me conocen, fuí terrible para el mal, lo seré para el bien; he conspirado contra la humanidad, me pondré de parte de ella; le vuelvo el rostro al crimen y me hallo decidida á luchar en pro de la virtud... ¡la denuncia!... sí, es terrible, pero no queda otro arbitrio.

Agitó la campanilla y se presentó una camarera.

—¡El coche! dijo la gitana, disimulando su turbación.

La camarera salió inmediatamente, mientras doña María se envolvió en su manto, y sin aguardar á que le diesen aviso, bajó precipitadamente las escaleras y se entró en su carruaje.

—¡A palacio !gritó al conductor, y salió á escape rumbo á la plaza central.

XXI.

El virrey Iturrigaray había enviado sus circulares, como había dicho fray Melchor de Talamantes, para la reunión de la junta provisional.

El guante estaba arrojado, los dos antagonistas frente á frente.

En aquella lucha se libraba la vida de uno de los contendientes.

El jueves 14 de Septiembre la Audiencia tuvo sesión á puerta cerrada, y en ella se convino el golpe de mano.

Bataller y Aguirre fueron el alma de la discusión y los agitadores más turbulentos de la Audiencia.

Los agentes de los oidores comenzaron á repartir dinero entre el pueblo, que se puso en guardia para entrar en el motín.

Los barrios todos se armaron en el mayor sigilo, y el punto céntrico ó de reunión se estableció en el cuartel de San Pedro y San Pablo, junto á la iglesia de jesuitas, donde estaba la artillería al mando de Granados, comprado por los oidores.

En una de las cuadras del cuartel estaba un tal Ceballos hablando con varios compañeros.

—No pudo ser peor la aventura, amigos míos; figuraos que ya tenía en las manos los pliegos del reyezuelo, cuando cuatro embozados me dieron el alto, ¡cuerpo de Cristo! Me quedé punto menos que petrificado: pusiéronme las pistolas sobre el corazón y no hubo más que entregarles la correspondencia.

—¿Y por qué no diste espuelas á tu caballo?

—¡Ya! Se conoce que ignoras lo que es una sorpresa.

—Para correr siempre es tiempo.

—Menos cuando el susto embarga los sentidos.

—¿Y no te vapularon?

—No, querían hacer algo peor.

—¿Qué?

—Esas son palabras mayores.

—Estamos á punto de tomar la revancha.

—La deseo ardientemente.

—Esperamos el momento para hacer una que suene.

—Esas son las que me gustan, yo estoy templado como mis paisanos de Veracruz; ya sabéis como se portaron en el último tumulto.

—Ya sabemos algo.

—Mis paisanos no entienden de dianas, se lanzaron sobre la casa de ese señor que casualmente lleva mí apellido, se llama Ceballos; el pueblo creía que ocultaba á los emisarios franceses, y esto fué arrojar por balcones y ventanas los muebles; ya vuela una butaca, ya una mesa, ora un espejo, hasta dejar escueta y limpia la finca.

—Eso se llama mudarse sin cargadores.

—Precisamente.

—Continúa.

—Fué necesario para aplacar aquella tormenta, que el señor cura llevase el «Sagrado Viatico.» Gracias á que eran católicos los marineros y á que no quebada en casa ni un palo, si no... sigue la danza!

—Eres un animal; todo ese tumulto fué dirigido por los señores de la capital del reino.

—Cá! eso no puede ser; vamos, tú estás loco.

—Lo sé positivamente.

—Eso es otra cosa. ¿Y qué nos tocará en esta revolución?

—Dicen que trabajaremos sin sueldo y con «manos libres.»

—Así me gusta, que cada cual pille lo que pueda.

—A eso venimos.

—En cuanto á mí, poco me importa que mande la Audiencia ó el virrey, todos son lo mismo; lo que quiero es motín para avanzar algo.

—Pues al negocio, ya es asunto arreglado.

—Donde nos descuidemos nos ahorcan.

—Pelillos á la mar.

—Desde que los enmascarados me ofrecieron columpiarme de un árbol, le tengo un miedo cerval á la cuerda.

—Todo ello es que falte el resuello, mientras llega ese momento, metamos al «buen día» en casa.

—Mientras llegan los jefes, echaremos algo de cartas.

—Sí, sí, gritaron todos los del corrillo; ahora que estamos habilitados es tiempo de «jugar.».

Aquella turba, cuyas ideas políticas acaban de escuchar nuestros lectores, se puso al juego, costumbre inveterada en las clases todas de la sociedad antigua.

XXII.

El virrey Iturrigaray tuvo una larga conferencia con un abogodo «criollo» que lo puso al tanto de los impíos manejos de la Audiencia.

El virrey despreció el aviso, manifestando una ciega confianza en su posición, y sin tratar de oponerse á los planes de sus enemigos, que consideraba como irrealizables.

La tarde del 15 de Septiembre entró en su carruaje y se dirigió al palacio de Chapultepec; jamás había estado de mejor humor.

—Señor capitán González, dijo á uno de los oficiales de su comitiva, dadme una caña de pescar, la alberca está preciosa y su espejo atravesado sin cesar por pececillos á quienes pienso tomar en mis redes.

Algunos oficiales que estaban de acuerdo con la Audiencia, creyeron encontrar una alusión en las palabras de Iturrigaray.

El oficial le presentó al virrey la caña, y estuvo algunas horas muy entretenido, dirigiendo bromas á los individuos que le acompañaban.

—El señor virrey, dijo una vieja acercándose á Iturrigaray, es un buen pescador, pero no sabe tomar la caña.

—Enseñame, buena vieja, que cuando esté de regreso en España pienso pescar algo á orillas del Guadalquivir.

—Si su excelencia quiere hacer lance, no hay más que tomar las corrientes, que los peces caerán solos.

—De eso se trata, buena vieja.

—Pues tomad la caña de esta manera para conservar el tacto.

Diciendo esto, deslizó en la mano del virrey un papel.

Iturrigaray que era hombre muy avisado, disimuló delante de su comitiva este accidente, y siguió en su tarea.

Después de algunos momentos dijo á la viejecilla.

—Id con Dios, que no olvidaré vuestras lecciones.

—Mucho cuidado, señor virrey, los peces son gente mala y no hay que descuidarse.

Iturrigaray se internó en el bosque, y cuando se encontró solo abrió el billete misterioso que estaba concebido en estos términos:

«Esta noche es la señalada para aprehenderos; desconfiad de cuantas personas os rodeen y estad alerta.»

—Vamos, dijo el virrey algo alterado, que ya son tres avisos con éste y por distintos conductos; este demonio de abogado me ha hecho vacilar un tanto ,la visita que recibí hace algunas noches de esa dama misteriosa, sus insinuantes palabras, todo me augura un desenlace horrible... ¡Demonio! esos señores oidores quieren que haga una que les pese; me tienen fastidiado soberanamente, y donde llegue á apurar la paciencia... Dios no lo quiera, pero se han de acordar de mí... no doy un solo paso sin que me encuentre con ellos. Hoy he sabido que han tenido una larga sesión... no puedo creer tanta audacia... ¡atreverse á mi persona!... se guardarían de intenrarlo.

Iturrigaray acompañó estas palabras con un ademán resuelto.

A su lado se dejó oir una estrepitosa carcajada.

El virrey se volvió con violencia.

—¿Quién anda ahí? preguntó alarmado.

—No tema su excelencia, soy yo, el loco Pedraja.

—¿Y qué buscas aquí?

—Nada, ando como su excelencia, pescando... pescando.

—¿Qué querrá decir este desgraciado?

—¿Lo oís, señor? lo que sucede es que yo tengo otro método, pesco sin caña.

—Explícate.

—No sé de qué, sólo que os hablé de la alberca. Y á propósito, señor virrey, no os engañe esa agua serena y transparente donde se refleja tan puro el cielo, porque puede enturbiarse.

—Que te expliques, miserable.

—¿Yo, miserable? ¡já! ¡já! ¡já!

Aquella carcajada le hizo una gran impresión á Iturrigaray.

—Vos sois el miserable, señor virrey, vos á quien la fortuna ha puesto una venda sobre los ojos... entretenido en las distracciones de un grande hombre, no percibís la tormenta que se os viene encima.

—Pedraja, tú no eres un loco.

—¿Yo?... ¿yo loco?... ¡Dios mío! sí, ¡he perdido el juicio por una mujer!... conozco algunos momentos, cuando mi razón me alumbra, que estoy hecho un desgraciado á fuerza de padecer... En este momento mi juicio no sufre... yo recuerdo que he oido, y no sé dónde, que unos hombres trataban de aprehenderos, que se reunían, que conspiraban metidos en los patios de un convento... de un convento, ¡Dios mío! gritó el pobre Pedraja.

Y sus ideas comenzaron á extraviarse al recuerdo de Rosalía.

—Allí, continuó, allí estaba ella; tal vez escuchaba cuanto decían...

pero no, no era ella, me hubiera hablado; porque habéis de saber que me ama.... nadie podrá separarnos... sí, ¡la Inquisición!... ¡el fuego!... ¡el tormento!... ¡las llamas!...

El infeliz loco, dando gritos de espanto, se perdió en la espesura do los sabinos que cubren con una densa sombra el parque de Chapultepec.

—Ya es necesario no despreciar tanto á la fortuna; regresémonos á México y pongámonos en guardia... la tropa del comercio y la artillería me son fieles; aun puedo librarme del golpe que aun no creo se me prepare.

Entróse en un coche; y seguido de su comitiva se echó á andar violentamente hasta llegar á Palacio.

XXIII.

Los conjurados se presentaron en el arzobispado, y su señoría ilustrísima bendijo sus armas, como las de los caballeros de las Cruzadas.

Más de trescientos voluntarios llamados de Fernando VII, y á quienes decían « chaquetas », aludiendo al uniforme que adoptaban, se situaron en varios puntos, y el grueso de ellos ocupó el Portal de las Flores y la Diputación.

El fiscal Robredo tuvo la temeridad de presentarse en palacio á visitar á Iturrigaray.

Platicaron dos horas largas sobre asuntos del Estado y proyectos para el porvenir.

El insolente fiscal se levantó, tendiendo al virrey la mano le dijo con un tono particular:

—« Os deseo una feliz noche. »

—Vamos, dijo Iturrigaray, en todo encuentro algo alarmante; ¿pues no me ha parecido que ese hombre me dirigía palabras intencionales? « que paséis una noche feliz: » ¿será otro aviso?... me han trastornado los cascos, durmamos, que ya con las providencias que he tomado puedo estar tranquilo... esa junta debe reunirse próximamente, los minutos me parecen años... esta gente conspira sin tregua ni descanso... de buena gana les dejaría yo su gobierno y me marcharía á España... hice mal en traer á mis hijos... esta tierra anda revuelta y yo debía estar solo para cualquier evento.

Asomóse al balcón por ver si observaba algún síntoma de tumulto; pero las sombras eran tan espesas y el alumbrado tan escaso, que no pudo ver los grupos de conjurados que misteriosamente atravesaban en todas direcciones.

Desde la esquina de Provincia un embozado vió perfectamente destacarse en el foco de luz del balcón la figura de Iturrigaray.

—¡Malo, malo, ese demonio está en vela! es necesario esperar algunas horas.

—Esperemos, señor Bataller, no vayamos á fracasar.

—Señor de Cancelada, el golpe está perfectamente combinado, pero una indiscreción puede costarnos la cabeza.

—La ansiedad me devora.

—¿Habéis hablado á última hora con García?

—Está dentro de palacio y espera también como nosotros, con la mayor impaciencia.

—¿Nos engañará?

—No lo creáis, señor oidor, está interesado en la aprehensión de Iturrigaray.

—Luego estos comerciantes hacen barbaridad y media.

—Este García las hace con frecuencia; pero ahora conspira con nosotros.

—¿Nada falta?

—Nada; las casas de los abogados Verdad y Azcárate están rodeadas, así como la de fray Melcher de Talamantes, la del licenciado Cristo y las de todas las personas que habéis señalado.

—Bien señor Cancelada, yo desde aquí veré todo, por lo que pudiera ofrecerse.

—Se acerca un embozado.

—Debe ser amigo.

—Yo soy, dijo la voz conocida del brigadier de marina, Don Juan Jabat.

—¡Adelante!

—¿Qué sucede que la gente está como muerta?

—Esperamos que el virrey esté durmiendo; porque es necesario no olvidar que jugamos el todo por el todo.

—Eso por sabido se calla; pero creo no es un motivo para tanta inacción.

—Iturrigaray es hombre que no se sorprende sino durmiendo.

—Sois unas palomas, señores conspiradores.

—No es eso, es que conocemos el terreno.

—Estos golpes de mano deben ser violentos, inesperados y audaces; de lo contrario, es preferible prescindir de la intentona.

—Ya que el señor brigadier da el «consejo» no sería malo diese el «tostón».

—Estoy dispuesto y veréis cómo me porto; estoy acostumbrado á lances más serios para que me acobardase ante esta aventura, que por el riesgo es insignificante, aunque sus resultados gigantes.

—Es verdad, dijo Bataller, soy de la opinión de Cancelada, id al momento, vos tenéis un genio impaciente y es necesario aprovecharlo.

—Id, señor brigadier, y Dios nos ayude en esta empresa.

Don Juan Jabat se fué á poner al frente de los conjurados, mientras Bataller y Cancelada se quedaron en el puesto en espera del resultado.

XXIV.

El primer grupo de los pronunciados se arrojó sobre el centinela que ocupaba el garitón de la esquina de Provincia.

El centinela, llamado Miguel Garrido, granadero del comercio, disparó su fusil sobre el grupo que retrocedió al momento.

Jabat aprovechándose de la obscuridad, tomó la retaguardia del ga-

ritón y asesinó por la espalda al granadero, que á la bayoneta se lanzaba sobre los conjurados.

El capitán de la guardia, Santiago García, que estaba vendido á los oidores, franqueó la entrada á Jabat y á los amotinados, dándoles paso hasta la habitación de Iturrigaray.

Detúvose tímida la multitud ante aquella puerta; pero los instigadores que veían comprometida su cabeza en aquel lance incitaron á los rebeldes y penetraron á la estancia donde el virrey dormía profundamente.

Ramón Ibarra le intimó la orden de prisión, Iturrigaray se mostró digno en aquellos momentos.

El español Roblejo Lozano, luego que los soldados se apoderaron de la persona del virrey, por la traición más infame y escandalosa, se puso á rebuscar en los roperos, robándo cuanto encontró á la mano y un valiosísimo hilo de perlas destinado á la reina María Luisa.

Un hijo de Iturrigaray quiso hacer fuego sobre los cospiradores, pero su padre lo contuvo, y se entregó en manos de sus enemigos.

El virrey fué llevado á la Inquisición.

Pusiéronle en su carruaje con el alcalde de corte Don Juan Collado, y el canónigo de México, Don Francisco Xarabo, marchando un cañon á vanguardia y otro á retaguardia, que situaron en la puerta principal del edificio y casa del inquisidor Prado, donde se transladó, permaneciendo en la prisión hasta la mañana del 18, en que con igual aparato fué llevado al convento de Betlemitas.

La desgracia fué insultada allí por boca de uno de los agitadores, que cobarde y ruin á la hora del peligro, se colocó en un alto asiento próximo á la estancia que servía de calabozo al virrey destronado, y leyó en voz alta unos papeles en que se trataba de « traidor » al prisioniero.

La palabras de Cancelada dieron el último toque á ese cuadro vergonzoso de desmanes y desafueros.

XXV.

Al mismo tiempo de efectuarse la prisión de Iturrigarary por Ramón Ibarra, don Juan Jabat intimó á la virreina se diese por presa.

—Caballero, dijo la esposa de Iturrigaray; sois un insolente.

—Perdonad, señora, pero yo soy mandado.

—¿Y quién os manda, señor brigadier?

—La Real Audiencia.

—Sois un miserable.

—Es verdad; pero tenía una cuenta pendiente con vuestro esposo por aquello del destierro y ahora la saldo.

—No me insultéis.

—Os guardo los miramientos debidos á una dama y por lo tanto tengo el honor de suplicaros me sigáis.

—Estoy á vuestras órdenes, permitidme llevarme á estos tiernos niños á quienes no puedo dejar abandonados.

—Como gustéis, señora.

Aquella infeliz madre tomó en sus brazos á una tierna niña y por la mano á un niño; ambos lloraban asustados.

La dama entró en su carruaje y fué conducida al convento de San Bernardo.

Los emisarios de la Audiencia aprehendieron á los abogados Verdad y Azcárate, al abad de Guadalupe y á fray Melchor de Talamantes, que se entregó á los soldados con una resignación heroica.

Redujeron también á prisión al canónigo Beristain y al abogado Cristo.

La Audiencia se vengaba de un solo golpe de sus enemigos.

La Audiencia dictó una nota hipócrita y plagada de absurdos, dando cuenta de los sucesos.

Ya hemos dicho que en América los hechos consumados determinaban la legitimidad de una situación.

Los oidores remitieron al virrey, por su propia seguridad, al castillo de San Juan de Ulúa.

XXVI.

Hacia el costado del palacio que ve al Norte y forma la calle conocida con el nombre del « Arzobispado, » está el palacio del primado de la Iglesia mexicana.

Uno de los lados del edificio da á la calle cerrada de Santa Teresa, precisamente frente al convento de ese nombre.

Esas paredes son las de la cárcel del arzobispado, que su señoría ilustrísima prestó bondadosamente para poner en guarda á algunos presos políticos.

Aunque hoy ha cambiado la forma del edificio por mutilación, aún puede reconocerse lo perteneciente al arzobispado.

La casa marcada con el número 4, que hoy sirve de estancia á uno de nuestros más célebres abogados, era la prisión, y la pieza más elegante de la finca que tiene su tragaluz de vidrios de colores, sirvió de calabozo al licenciado Verdad.

Pasábase inquieto el gran letrado midiendo con sus pasos el pavimento de su prisión, temiendo resoluciones de la Audiencia.

Ya hemos dicho que Verdad era considerado como el enemigo más encarnizado del gobierno emanado del motín del 15 de Septiembre.

El abogado estaba preocupado hondamente porque veía el gran trastorno del país los papeles subversivos y las caricaturas que circulaban secretamente y percibía ese rumor que precede á los grandes sacudimientos. Todo esto influiría de una manera terrible en su suerte.

La mañana del 4 de Octubre, el carcelero se presentó á Verdad con una fisonomía tan consternada que el prisioniero se impresionó vivamente.

—¿Qué pasa Gabriel?

—Señor, hay cosas horribles.

—Vamos; serénate, y cuéntame cuanto sepas.

—Hace un momento que un escribiente del señor Bataller me ha comunicado una conversación que ha oído á los de la Real Audiencia.

—Habla.

—No, yo quisiera ocultaros todo; pero al fin lo tenéis de saber.

—Nada me aterra; puedo escuchar tranquilo hasta mi sentencia de muerte.

—Precisamente se trata de vos, todos vuestros enemigos conspiran por arrebataros la existencia.

—¿Y qué hay en ello de extraño?

—Una cosa muy grave.

—Dila.

—No os asustéis, señor, pero esta noche...

—Esta noche... esta noche, murmuró Verdad algo divagado. ¿Van á sacarme de la prisión?

—Nada sé: pero lo que puedo aseguraros es que dentro de algunas horas ya habréis dejado de existir.

Estas palabras hicieron palidecer al licenciado Verdad, que, aunque dotado de un gran valor, le sorprendía la atrocidad de un crimen horrendo.

—Bien, dijo después de algunos momentos, este lance había de llegar al fin.

—He estado pensando, señor, la manera de salvaros... imposible, estáis encomendado al oficial de la guardia y nada tenéis que ver conmigo.

—No te comprometería jamás.

—Disponed de mí como gustéis, estoy pronto á sacrificarme por evitar esta escena de sangre.

—Déjame solo.

El carcelero salió llorando del calabozo.

Luego que el licenciado Verdad se encontró solo en estancia, se arrodilló, enclavijó las manos y comenzó á orar con fervor.

En medio de aquel recogimiento religioso, un llanto abundante comenzó á deslizarse por sus mejillas como el desahogo postrero de su espíritu.

Levantóse después con esa tranquillidad que lo acompañó hasta su último instante y esperó la llegada de sus verdugos.

La luz comenzó á apagarse y las sombras á lanzar una obscuridad más densa en el calabozo.

Las horas corrían y no escuchaba en la prisión sino los pasos de los centinelas.

La perspectiva era espantosa.

Pasaron dos horas más y la «queda» se dejó oir como un toque de agonía.

Al cesar aquel fúnebre tañido, los cerrojos se corrieron y un grupo de enmascarados entró en la estancia.

El licenciado Verdad no se movió de su asiento.

—Señor, dijo la voz conmovida de un oidor, vais á morir; aquí está un sacerdote pronto á daros los auxilios espirituales.

—Tengo arregladas mis cuentas con Dios, disponed de mí.

—No os mostréis contumaz.

—Os he dicho que he hablado ya con mi Creador, me ha escuchado y espero el perdón des mis culpas.

—Estáis loco, caballero, ved que no podemos esperar mucho,

—Sea, dijo Verdad, y quedándose á solas con el padre, hizo una breve confesión.

El sacerdote estuvo conmovido y apenas pudo dar consuelos al sentenciado.

—¿Pero qué clase de muerte me preparan, padre mío?

El sacerdote no respondió.

Abrióse la puerta, el padre salió pausadamente y los verdugos entraron en el aposento.

Colocaron pegado á la pared un aparato de madera, sentaron en un banquillo al licenciado Verdad y le pasaron la « mascada » de hierro por la garganta.

—Ahorcado, ¡Dios mío! exclamó aquel hombre y dos lágrimas de dolor corrieron por sus mejillas.

El verdugo dió vuelta al fatal tornillo y la extrangulación se verificó instantáneamente.

Estremecióse el reo con una convulsión prolongada de agonía y espiró.

Quitáronle inmediatamente del banquillo y pusieron el cadáver sobre el lecho.

—Ha muerto repentinamente ese hombre, dijo un embozado al carcelero; no olvidéis, ha muerto repentinamente

El carcelero hizo una inclinación de cabeza.

Luego que los verdugos desaparecieron, entró un hombre embozado en capa, se acercó al biombo y contempló el cadáver á la apenada luz que yacía puesta en el suelo.

Sus ojos brotaron un raudal de lágrimas, abrazóse de aquel cuerpo exánime, lo besó en la frente y comenzó á maldecir en voz alta y entre sollozos á los verdugos y pidió al cielo justicia.

El alcaide lo tomó por el brazo y lo hizo salir del calabozo.

Aquel hombre era nuestro viejo historiador Don Carlos María Bustamante, testigo presencial de las escenas de sangre y de muerte que forman el prólogo de nuestra independencia.

XXVII.

En el calabozo inmediato se oían gritos de dolor.

El guardián de la prisión entró á ver al reo.

El Lic. Azcárate se revolcaba en su lecho presa de una angustia espantosa.

—¿Qué tenéis, señor?

—Nada, dejadme.

—¿Estáis enfermo?

—¿Queréis que haga venir á un médico?

—No, es inútil; decidme de dónde han traído la comida que me han dado esta noche?

El carcelero no respondió.

—¿No oís qué os pregunto?

—Señor, de vuestra casa.

—¿Y nadie la ha tocado?

—Sí, el oficial de la guardia ha visto si traía alguna correspondencia secreta.

—Está bien, todo lo comprendo.

—En nombre del cielo, decidme qué comprendéis.

—Que estoy envenenado por manos de mis enemigos.

—¡Envenenado!

—Sí, y el tósigo me deshace las entrañas.

El carcelero salió corriendo dejando al Lic. Azcárate entregado á la lucha de su agonía.

A la media hora volvió con el doctor.

—Caballero, habéis venido inútilmente, mi mal no tiene remedio.

—Veremos, respondió el doctor, y comenzó á medicinarlo con la certeza de tener un caso desesperado.

Azcárate era un hombre muy obeso, á lo que atribuyeron que el veneno no hubiese hecho el estrago que se aguardaba.

Merced á los esfuerzos de la ciencia pudo salvarse, sin que su gravedad sirviese para ampliarle la prisión, ni sus sufrimientos conmovieran á sus enemigos que habían jurado perderlo.

XXVIII.

Trasladémonos al castillo de San Juan de Ulúa donde yace en un estrecho calabozo Fray Melchor de Talamantes víctima del contagio.

A la cabecera del lecho está llorando una mujer.

—Vuestra congoja es un tormento más, decía el sacerdote viendo la pena de aquella dama.

—Os he jurado acompañaros hasta el último trance y aquí me tenéis.

—Gracias, ya nos restan pocas horas, la fiebre me devora las entrañas.

—¿Queréis que os mueva?

—No es posible, estos grillos son tan pesados que no me dejan movimiento.

—¡Infames! exclamó la dama, encadenar á un hombre en la hora de la muerte, se necesita tener entrañas de fiera!

—Callad, señora, esta es la humanidad... llegará día en que las cadenas se rompan... porque Dios no permite que los pueblos sufran eternamente... yo muero, pero sé que la libertad pronto hallará asilo entre nosotros... yo tengo fe en el porvenir... veo que el pueblo tiende á sacudir el yugo que le sofoca y que logrará emanciparse de los tiranos, nosotros estamos predestinados al martirio... lo sufrimos con resignación... estas cadenas se quebrantan en las piedras de nuestras tumbas... pero las del pueblo se rompen en las frentes de sus opresores. Ya véis, ese atentado con el mejor de los hombres... con Iturrigaray, no puede quedar impune... esos monstruos tarde ó temprano... van á espiar sus crimenes... Qué diferencia... entre ellos y nosotros... ellos, morirán entre el fuego del remordimiento... de la locura con su faz de sangre y de crimen...

nosotros tranquilos con la mirada vuelta á los que sufren... y la esperanza en Dios!

Dejóse caer en sus almohadas en el delirio de sus pensamientos para continuar después siempre preocupado con sus ideas.

—Licenciado Verdad... Azcárate... ¿dónde estáis que no respondéis?... ¡ya... ya comprendo... vuestro labio ha enmudecido... el mío también va á callar para siempre!...

—Sosegaos, padre mío, exclamaba la dama, os ponéis más enfermo con esa agitación.

—Dejadme, me están llamando, ¿no oís cómo piden la independencia? me necesitan, piden el auxilio de mi palabra, allá voy... allá voy...

Quiso levantarse, pero los grillos eran demasiado pesados y volvió á derrumbarse rebotando su cabeza en la madera del lecho.

—Estoy encadenado... pero mi espíritu vuela libre en el cielo de la verdad y de la inteligencia... ese no pueden necarcelarlo... no, es imposible.

El viento crugía en las rejas del calabozo y el mar azotaba con furia las paredes del castillo.

—Oid, es el pueblo que se alza, escuchad su aliento; muge como yo, encadenado!...

—¡Volved en vos, padre mío!

—¿Cómo?... vos aquí, perdonad... ¿qué buscáis entre las sombras?... ¿no tenéis miedo?... ved que hay una mano que alcanza á todos, que hiere como el rayo... idos... idos de aquí, infeliz criatura.

Entró después en un sopor de silencio y sus ojos empezaron á perder el brillo de fiebre, y sus mejillas á ponerse lívidas y transparentes.

Ya no volvió á hablar sino momentos antes de morir, en que el nombre de Dios se le oía pronunciar por intervalos.

Serenóse su frente, sus ojos irradiaron con la ùltima luz y entregó su alma en las manos de su Criador.

Dos carceleros le pusieron al cadáver de Melchor de Talamantes la mortaja, y lo tendieron en el suelo del calabozo sin quitarle los grillos.

Parecía que la rabia humana desconfiaba aún de aquel cadáver, temiendo se levantase airado del silencio de la tumba.

Al obscurecer sacaron al cuerpo para sepultarle, y ya estando en el seno del sepulcro le arrancaron las cadenas.

La tiranía tiene páginas horribles; pero siempre junto á ellas se levanta la figura majestuosa de los mártires de la libertad!

XXVIII.

Cerró la noche, el viento se había aplacado, y sólo se escuchaba el perenne ruido de las olas al estrellarse contra los arrecifes.

Oyéronse dos toques en la campana del castillo de Ulúa, anunciando que una barca salía de la fortaleza.

Los marineros comenzaron á bogar, cuando la persona que iba en la lancha, tocó el hombro á uno de ellos.

—¿Se ofrece algo, señora?

—¿Me conoces?

—¡Dios mío, ella!... ¡la señora!... ¡la madre Paulina!

—¡Silencio!

—Pero si...

—Estás...

—No, estoy sentenciado por veinte años á la marina.

—¿Y encargado de tu custodia?

—El jefe de esta barca.

—Háblale.

—Jefe, esta dama le quiere decir algo.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Necesito que ese mozo me acompañe.

—No es posible, lo tengo muy rencargado.

—Ya lleva mucho años de presidio.

—Sí, vos no lo conocéis, es Lino el Mulato, uno de los bandidos más atroces.

—No importa, yo voy á hacer vuestra fortuna en cambio de la libertad de este hombre.

—No deja de ser una gran tentación.

—Pensadlo, vivís en el castillo como un esclavo, esta vida del mar es inquieta y desastrosa.

—Lo conozco, pero no soy hombre á quién gusta andar á salto de mata, ocultándose de todo el mundo.

—¿De dónde sois, caballero?

—De la América del Sur.

—Hoy se da á la vela un buque, tomad pasaje y es negocio arreglado.

—Me ponéis unos planes que...

—Resolveos, y decidme cuánto necesitáis.

—Con diez mil pesos estoy conforme.

—Ved que ese hombre no los vále.

—Sí, pero la acción de poner á un reo en libertad, es algo.

—Bien, cobrad en la plaza esta libranza por medio del capitán del buque y partid.

—Convenido.

La lancha siguió hasta tocar la orilla, dejando en tierra á Lino el Mulato y á la gitana.

XXXIX.

El señor rector del colegio de San Nicolás, cura de Dolores, había salido de su feligresía en dirección á Queretáro, y pasaba á la sazón por la Villa de San Felipe.

Los repiques á vuelo y los cohetes anunciaban que el antiguo párroco de la Villa entraba en la población, y pernoctaba allí donde sus buenos amigos y feligreses le preparaban alojamiento.

Todos los muchachuelos de la Villa, los campesinos que tornaban de sus labores, y las mujeres, salían á su encuentro á besarle la mano.

El cura cargaba á los niños, decía palabras de cariño á las madres, y gastaba bromas con los aldeanos.

—Señor cura, decía una aldeana, ya el ahijado de su merced sabe rezar el « Padre Nuestro. »

—Bien, hija mía; ahora es necesario que aprenda á leer. ¿Y qué hace tu marido? ¿en qué se ocupa?

—En la labranza.

—¿Y que tal van los sembrados?

—Perfectamente; pero se trabaja mucho.

—No olvidéis que el hombre está destinado á regar la tierra con el sudor de su frente, y que el sudor es la sangre... la sangre, murmuró el párroco.

—Se os extraña mucho, señor cura; ya la música del pueblo está incompleta, falta un clarinete.

—Yo enviaré á un buen músico por acá. ¿Y no han seguido en la escoleta?

—No, señor, desde que su merced se separó todo se halla abandonado.

—Es necesario « despertar á los que duermen. »

—Toda la animación de otros días ha desaparecido, vos érais el alma, ahora estamos tristes.

—Ya os alegraréis más tarde.

—La cuaresma, señor cura, nos ha costado muchas lágrimas; figúrese su merced, que el vicario nos ha dicho que todos nos hemos de condenar.

—No le hagáis caso al padre vicario, que no sabe lo que se dice: Dios es siempre grande y misericordioso; no penséis más en el infierno.

—Como que he estado tan preocupada, que ya les veía cuernos á todos mis amigos.

—Mi mujer dice tonterías, señor cura.

—¡Hola, Julián! ¿por qué no me has ido á ver?

—He estado en la siembra; pero tengo algo que contar al señor cura.

—¡Bien! ¡bien¡ decía Hidalgo atravesando entre la multitud.

El cura de San Felipe y el vicario salieron al encuentro del párroco.

—¡Hola, señores compañeros! ya me tenéis aquí por un día.

—Señor cura, tenemos un gran placer en que permanezcáis en la Villa, y sentimos que vuestra estancia sea de tan corta duración.

—Cuando se está entre buenos amigos, sucede siempre lo mismo.

—¡Muchacho! gritó el vicario, toma los caballos; y vosotros despejad y no molestéis al señor cura.

—Dejadlos son mis antiguos feligreses, y yo los quiero á todos: figuraos que he visto nacer á todos estos mozos; y las muchachas ¡qué guapas están! ya es necesario que se casen; el hombre y la mujer, toda vez que se encuentran aislados, son plantas sin fruto, como esas jaras que se encuentran en los caminos, nidos de viboras y de reptiles. El hombre está llamado á su destino, que es la familia, la educación de los hijos; vamos, que estas muchachas no lo harán mal.

Las muchachas se cubrían el rostro con sus « rebozos. »

El cura de San Felipe, queriendo echarla de culto, dijo con énfasis:

El señor cura Hidalgo dice muy bien el hombre que no tiene familia es un pecador, y los pecadores, según la epístola de San Judas, son « nubes sin agua. »

—¡ Pues de qué otra cosa habían de ser? observó Hidalgo.

Los aldeanos, aunque ignorantes, estaban al tanto de aquella pregunta.

El cura de San Felipe no supo qué responder.

—Os he dicho, gritó el vicario, que os vayáis; el señor cura tiene que rezar el Oficio Divino.

—Puede quedarse esa gente, ya hace mucho tiempo que no lo rezo.

—Como yo soy predicador, dijo el cura de San Felipe tratando de contemporizar con Hidalgo, desearía dispensar del rezo á todos los de la orden.

—Pues yo, dijo Hidalgo, dispensaría á los del « coro » y á los de « fuera. »

El vicario estaba en ascuas.

Toda la gente reía al ver al párroco y vicario desesperados con las palabras de Hidalgo.

—Sé, dijo el vicario, que pernoctásteis en la hacienda del Cubo.

—¡ Sí, y que diferencia entre aquella gente y esta! no parece sino que se « han olvidado de su fin. »

Las palabras de Hidalgo formaban una continua reticencia, parecía que todas ellas eran la emanación de la idea que abrigaba en su cerebro, y cuya luz ya no cabía dentro su cráneo.

XXX.

Dispersóse la multitud y el cura se entró en la sala, donde había una especie de tertulia; pero toda de eclesiásticos.

Fray Joaquín de Huesca, Mercenario y lector de filosofia, hombre ignorante y tonto por añadidura, lleno de ínfulas y con un gran caudal de latinajos, propios de la educación de entonces.

Fray Manuel de Estrada, Mercenario también y predicador, finchado y petulante, ergotista y sabio en cánones y libros santos, perspicaz, malicioso y lleno de pretensiones.

El padre Cipriano Pontolongón, á quien ya conocen nuestros lectores, era también individuo de la reunión.

Los tres presbíteros se acercaron respetuosamente á Hidalgo, que los saludó con la mayor afabilidad.

Sentáronse los seis eclesiásticos, y el padre Cuenca, queriendo llevar la voz con su jactancia de hombre sabio dijo al cura Hidalgo:

—Ya sabéis, señor cura, la gran conquista que ha hecho la Inquisición.

—Hace tantas y todos los días, señor, que ya no me extraña.

—Es que se trata de la conversión de un judío.

—¿ De la conversión de un judío?

—Nada menos que la de Rafael Gil Rodríguez.

—Pues no lo creáis, reverendo padre, porque ha de haber sido simplemente de boca.

—¿Y por qué lo dudáis, señor Hidalgo?

—Porque ningún judío que piense con juicio se puede convertir, pues no consta en ninguno de sus textos la venida del Mesías.

El fraile Cuenca dió un salto, que la silla crugió como si se fuera á desbaratar.

Hidalgo, como todo hombre sabio jugaba con los ignorantes, poniéndoles argumentos y dificultades que estaban fuera de su inteligencia.

Los frailes Cuenca y Estrada eran rutineros en la escuela teológica, enteramente profanos en historia, así es que Hidalgo los desesperaba sin que ellos pudieran romper los hilos de acero en que los envolvía.

—Isaías lo dice claramente en su texto, gritó Estrada encendido en cólera: « Ecce Virgo concipiet et pariet. »

—Reverendo padre, ¿á qué no me enseñais esa palabra en el texto, sin otra voz hebrea que no sabréis traducir?

—Ya tendré á mano mis autores y os contestaré; por ahora permitidme que os diga que lo que decís es una herejía.

—No os asustéis, reverendo padre.

—No es que me asuste, es que temo el castigo que Dios puede darme en el mundo por escuchar semejantes cosas y el que se aguarda en la eternidad.

—Pues reverendo padre, os aconsejo que desechéis la mitad de esos temores, porque Dios no se ocupa de enviarnos castigos temporales.

Fray Joaquín de Cuenca se tiró del copete con desesperación.

—No es artículo de fe, reverendo padre, y sólo es propio de la ley antigua ese castigo como el de las siete plagas.

—Pero señor Hidalgo, os atreveréis á negarme la epístola de San Pablo á los Corintios: « ideo inter vos multi imbeciles »...

—Eso sí me parece auténtico.

Hidalgo tenía desesperados á sus contertulios.

—Hemos alcanzado unos tiempos de corrupción escandalosa, dijo Estrada.

—Sí, repuso el cura Hidalgo; tiempos de barbarie y de fanatismo horribles; me parece la época en que un Papa, cuyo nombre no recuerdo, envió á dos gañanes como representantes á un concilio; según el gobierno que rige hoy nuestra iglesia, nada hemos aventajado. Ya veis qué plaga de ignorantes; verdaderamente se hace necesario extirparlos como á los herejes. Ya veis, en Roma, se han permitido canonizar á Gregorio VII, al pontífice que causó más males á la Iglesia con su ignorancia, que todos los cismáticos y enemigos de la Iglesia católica: ese pontífice debería estr en...

—Vámonos, padre Cuenca, vámonos, el señor Hidalgo tiene ideas tan extraviadas que no podemos ni entrar en discusión; sería bueno ponernos esta misma tarde en camino.

—Señores compañeros, dijo Hidalgo, no es motivo para molestarse, se trata de arguir solamente.

—Bien, eso es otra cosa.

—Deseaba probar vuestro talento y quedo muy satisfecho.

Los dos frailes se arellenaron en sus hábitos y tomaron asiento.

—No creáis, señor, cura, que nos malestamos, hace mucho tiempo que soy lector de filosofía y estoy acostumbrado á estas disputas que sirven para robustecer la fe.

—Es verdad, ya estamos hechos, repetió Estrada con énfasis.

—No hace mucho, prosiguió Cuenca, leíamos aquí al señor cura de San Felipe y su digno vicario, algo de la madre Agueda.

¡Dios mío! exclamó Hidalgo, ¿os ocupáis de las locuras de esa mujer?

—Estáis de broma, señor Hidalgo, la madre Agueda es una verdadera inspirada.

—Sí, una ilusa, seguramente la reverenda señora llevaba algunos días de ayuno y privaciones cuando escribió su libro; creedme, reverendos padres, la debilidad produce cuentos sumamente divertidos.

—Hablemos de otra cosa, señor Hidalgo; me hacéis mucho mal á los nervios con vuestras observaciones, aunque sean para probar nuestro talento.

El cura de San Felipe, para cortar la conversación, llevó al cura Hidalgo al comedor para que tomara algo antes de cenar.

Hildalgo notó la presencia del padre Pontolongón.

—¡Hola! señor presbítero, ¿ya estáis aquí? parece que me veníais siguiendo la pista; vamos, que vuestra compañia me hace mucha gracia.

—Señor... la casualidad... la... el...

—Bien, padre Pontolongón, ya hablaremos más despacio.

—Estoy a vuestras órdenes, señor cura.

XXXI.

—Yo me abogo, gritaba el padre Cuenca agitando sus hábitos, ese hombre es un hereje de los principales, yo he traslucido en sus palabras mucho, lo que se entiende mucho.

—Sí, y muchísimo, exclamó fray Manuel Estrada; ese cura es un corrompido, un hereje, un demonio!

—Es necesario tomar medidas muy serias.

—De eso se trata, dijo el padre Pontolongón, ya le tengo un expediente, que le costará mucho trabajo...

—Sí, sí, hacéis bien, es necesario atajarle en el camino; figuraos que al pueblo de Dolores le llaman « la Francia chiquita; » porque allí todo el mundo es igual, todos se « tutean » y no obedecen « rey » ni « roque. »

—Ya eso es escendaloso, infame, subversivo.

—Vos que estáis á su lado, decidnos algo.

—¡Qué de abominaciones y herejías! exclamó el antiguo maestro de aposentos.

—¿Y es cierto que hay un desorden horrible en el curato?

—Ni me preguntéis; figuraos que este señor cura le da asilo á la canalla, proteje á lo más perdido de la población, recoje á cuanto huérfano se le viene á las manos, y por ese orden anda la danza que es una gloria.

—Seguid, seguid.

—Pues reverendos padres, el señor Hidalgo trae un teje maneje espan-

toso; cultiva los gusanos de seda, hace vino « in ocultis, » diciendo que donde Dios ha puesto las uvas, ahí se debe hacer vino.

—Ese es un atentado contra el rey mismo.

—Evidentemente.

—Ha puesto fábrica de porcelana y la plebe, la brosa, la canalla, toda se encuentra en esas fábricas; ya os he dicho que el cura manda más que su majestad.

—Lo dicho, es un revolucionario.

—Y luego, continuó con más entusiasmo el padre Pontolongón, hace bailes los domingos y permite que se juegan cartas; en fin, consiente al populacho que... un día va á tronar el pueblo de Dolores como una bomba.

—Y tronará, gritó el padre Cuenca, como un triquitraque, ese será el día de la venganza del Señor.

—Procedamos seriamente, reverendo padre, dijo Estrada, acusemos en toda forma á ese réprobo.

—Bien, me parece que basta la conversación que acabamos de tener para denunciarle como hereje y cismático.

—Soy de la misma opinión.

—Pues escribid, reverendo padre.

El padre Pontolongón, consecuente con sus antiguas mañas, « espió » por la cerradura.

—Están muy entretenidos, podemos escribir sin cuidado.

—Pues á ello, reverendos padres.

Los frailes Cuenca y Estrada redactaron á su sabor la denuncia.

El padre Pontolongón puso también de su caudal cuanto le vino á su obtusa imaginación, y el pliego fué dirigido al señor Comisario de Valladolid.

El cura Hidalgo volvió á la sala, entonces tuvo una conversación seria con sus contertulios y estos admiraron la suma de conocimientos que revelaba aquel hombre extraordinario.

Hidalgo ejercía cierta fascinación en quienes lo escuchaban.

—Es enteramente peligroso, pensaban los frailes.

Hidalgo habló de sus moreras, de sus fábricas y de lo adelantado que estaban sus colonos.

—A propósito del gusano de seda, deseariamos, señor Hidalgo, que nos enviaseis algunos por acá, tenemos mucho empeño en el cultivo.

—Soy de vuestra opinión, pienso traeros muy pronto una gusanera muy regular.

—Os lo agradeceremos.

—Os dejo, señores, porque estoy invitado esta noche para una diversión de familia; mis antiguos feligreses han dispuesto un baile y pienso pasar algunas horas con los muchachos.

Cuenca y Estrada se dieron una mirada de basilisco.

—Id en buena hora, señor cura; y divertíos; nosotros vamos á rezar el Oficio Divino.

—Hacéis muy bien, yo me voy á divertir.

El cura salió precedido de un indiano que llevaba en farolito.

—¡Miserables! murmuraba Hidalgo, siempre la máscara de la hipocresía... ignorantes!... han hecho de los hombres un rebaño de ovejas, han opiado á tres generaciones... ya despertarán y entonces, entonces...

Detúvose el eclesiástico embebido en sus pensamientos, y después de algún tiempo notó que su guía le aventajaba una gran distancia.

—Vamos, que estoy preocupado, mañana estaré en Querétaro... estoy seguro que algo importante debe resolverse... estas cosas cuanto más prontas son mejores.

El ruido de la música y el resplandor de las teas lo hizo volver en sí de su abstracción.

—¡Viva el señor cura! ¡Viva el señor Hidalgo! gritaban los muchachos saltando per encima de las luminarias.

El curá entró en la sala del baile, los hombres y todos los aldeanos salieron á su encuentro, viendo con respeto y veneración al parroco de de Dolores, en cuya frente veneranda resplandecía un mundo de esperanza y de cuyos labios salían siempre voces de consuelo y misericordia.

Aquel hombre se preparaba con anticipación, venía haciendo una carrera de popularidad, venía señalando de antemano á sus soldados y formando una gran cruzada que atravesaría el glorioso camino de la revolución, esa vía luminosa que lleva á un pueblo á las remotas playas de su independencia.

XXXII.

Ya entrada la noche, un clérigo montado en una mula, salía de San Felipe, rumbo á San Miguel el Grande.

Era el padre Pontolongón, el espía del cura Hidalgo, que le seguía como su sombra.

XXXIII.

En una de las casucas que están situadas á orillas del río de la poética ciudad de San Miguel el Grande, estaba una joven desnudando á un chiquillo de cuatro años, hermosísimo con una caballera rubia que gotaba sobre sus desnudos hombros.

El chico acariciaba á la madre, mientras ésta le acababa de despojar de sus vestidos para llevarlo á bañar á la corriente.

—Vamos, Gabriel, estate sosegado, que ya me importunas.

—Pues acaba pronto, mamita, que ya tengo deseo de entrar al agua.

—Pues no te muevas tanto, que van á saltar los botones.

El niño quería escaparse de los brazos y pugnaba por desasirse.

—Félix, gritó la madre, dí á este muchacho que se sosiegue.

De la pieza interior salió un joven como dei treinta y ocho años, con toda esa energía que da á las facciones la edad en su época más brillante.

—¿Qué pasa, hija mía, dijo con voz dulce el caballero.

—Lo de siempre, que Gabriel no hace aprecio de mí.

—No, papacito, mi mamá es la que no hace aprecio de lo que yo quiero.

—¿Y qué quieres, rapaz?

—Bañarme.

—¿Y eso es todo?

—Sí; pero quiere meterse al río con toda la ropa.

—No está mal pensado; mira, Rosalía, déjalo que haga lo que le dé la gana.

—Buena educación.

—No es mala, peor es tiranizarle, es lo único que tenemos en el mundo y sería curioso que nos ocupásemos en maltratarle.

—No digo tanto, pero este Gabriel es insufrible.

—Vamos, pilluelo, ven acá.

El niño se encaramó en las rodillas de su padre y le tiró de los bigotes.

—Cuidado con arrancarlos, que estos me han servido cuando era yo capitán de la guardia civil del virrey Branciforte, á quién se lleven todos los diablos.

—Quién es ese señor?

—No era señor, era un picaro de cuenta, un bandido, un miserable! vamos, que todavía se me sube la sangre á la cabeza... mandar requisitoria para aprehenderme como desertor!... eso pasa de castaño á obscuro; si me han afianzado me truenan como un cohete... no es mal papel el de ahorcado.

—No hables así, Félix.

—Basta, no me riñas; ya sabes que te obedezco en todo; mira, soy más sumiso que Gabriel.

—Ya lo sé, dijo Rosalía reclinando su frente sobre la cabeza de Don Félix.

—¡Voto al demonio! cuando veo á mi mujer y á mi hijo en esta situación, gana me da de echarme sobre la espada y clavarme como un tigre.

—Vamos, Félix, ten resignación, á nosotros nos basta con tu cariño, lo demás nada nos importa.

—Pero á mí sí, yo estoy acostumbrado á los trabajos; pero tú y este muchacho...

—No te enfades, papacito, ya no me bañaré.

—No es eso, haz lo que te dé la gana, ya sabes que nunca me enfado contigo.

—Pues venga esa frente.

Don Félix bajó la frente, donde Gabriel dió una multitud de besos.

Rosalía se puso á llorar al contemplar aquella escena conmovedora.

—Fuera de aquí este rapaz, lárguese, pero muy pronto, y cuidado con estarse mucho en el agua.

El niño salió corriendo; en la puerta le esperaba una indita que le servía de guarda, y lo llevó al río, donde se deslizaba una corriente mansa y cristalina sombreada por los árboles de la ribera.

XXXIV.

Nuestros lectores estarán curiosos por saber algo sobre los personajes á quienes encuentran de improviso en San Miguel el Grande.

Rosalía fué recibida en el Convento de la Enseñanza, luego que hubo confiado su secreto á la abadesa.

La hija de Treviño permanecía terriblemente inquieta en el convento; porque el recuerdo de D. Félix la seguía tenazmente en la soledad del claustro.

El capitán estaba desesperado, la había buscado en vano por todas partes sin poder descubrir su huella.

Doña María estaba reducida á una existencia de misticismo y concentracíon que había alejado á D. Félix de su amistad.

El capitán sabía que el virrey Branciforte entraba en la casa de la condesa ya en las altas horas de la noche y salía al disiparse las primeras sombras de la mañana.

El amante de la hija de Clavijero ignoraba que su bella desconocida estaba en relaciones con Branciforte cuyos amores protegía la condesa con el mayor misterio.

Una noche recibió esquela de Doña María y corrió al momento, creyendo que se trataba de la aparición de Rosalía.

—D. Féliz le dijo la condesa, sois un hombre de honor y os voy á confiar un secreto.

—Hablad.

—¿Recordáis á Doña Amparo?

—En este momento que pronunciáis su nombre.

—¿Ya no la amáis?

—Sabéis, señora condesa, que mi corazón batalla con un cariño inmenso, gigante, con una ilusión que será la última de mi vida.

—Sé que amáis á Rosalía; pero no estaba al alcance de vuestra fe cuando esa infeliz criatura ha desaparecido y acaso para siempre.

—No lo digáis, señora, porque aumentáis mi desesperación y mi tormento.

—Bien, me basta saber que no la habéis olvidado.

—Pero explicadme...

¿Y si doña Amparo exigiese de vos un servicio?

—Lo haría bajo mi fe de caballero.

—Gracias, capitán.

—Espero vuestras órdenes.

—Esa infeliz, creyendo que vuestros amores habían sido una burla y que la habíais desechado de vuestro corazón y de vuestra memoria...

—Hablad.

—Se ha lanzado en un camino desesperado.

—¿Qué decís, condesa?

—Que Amparo aceptó los amores del marqués de Croix.

—¿Del virrey?

—Precisamente.

—Perdonad, señora condesa, esa mujer me hizo llevar á su presencia para encubrir sus amores vergonzosos.

—Os engañáis, capitán.

—No, no me engaño; afortunadamente me ha salvado un ángel en esa misma noche en que hubiera caído en las redes que se me tendían.

—No juzguéis mal á Doña Amparo.

—Le hago justicia, señora.

—Os repito que vivís engañado.

—Mi rostro se enrojece al pensar solamente el papel humillante que se me destinaba; me vió joven, sin fortuna, dado á las aventuras, y le parecí el hombre á propósito para cubrirla; ¡maldición á esa mujer que jugaba con la honra de un hombre!

—¡Callad, capitán.

—¡Es una infamia!

—Estáis maldicendo á una sombra, Doña Amparo acaba de expirar.

El capitán inclinó la cabeza y guardó un silencio siniestro.

—Venid, dijo la condesa.

Penetraron en un aposento alumbrado por una bugía de cera.

La condesa apartó las colgaduras del lecho y el capitán contempló el cadáver de aquella mujer á quien había amado hasta la locura.

—¡Muerta! dijo al fin.

—¡Muerta! repitió la condesa.

Don Felix fijo su mirada tenaz en aquel rostro pálido como el marfil.

Las sombras de la muerte no se habían atrevido á descomponer aquella fisonomía angelical.

—Ahora sí ha dejado de existir, murmuró la condesa.

El capitán se volvió al escuchar una observación tan extraña.

—Sí, Don Félix, esta joven fué sepultada en Madrid.

—Explicaos por Dios, señora.

—Algo alcanzáis de esta historia, Amparo fué perseguida por la reina que sospechó de su esposo, y...

—Lo sé todo, pero...

—Aquella muerte fué ficticia; Amparo llegó á las Indias de incógnito, y al verse amenazada por Branciforte, que era dueño de este secreto por una indiscreción del inquisidor Clavijero, cedió á los amores del virrey, quien la ha abandonado.

—¡Miserable!

—¿Oís llorar á un niño en el próximo aposento?

—Sí.

—Pues ese niño hace dos horas que ha nacido y esta desgraciada ha muerto al darle á luz.

—Esto es espantoso.

—Pues bien, el virrey cree que Su Majestad puede llegar á saber su infame conducta; es necesario alarmarle más y más, ocultarle esta desgracia, y decirle que Amparo se ha marchado á España á denunciarle como traidor á su rey.

—¡Castigo merecido á sus infames manejos!

—Yo recogeré á la criatura; vos dispondréis el entierro de la madre; es necesario que sea en una iglesia para que se ignore en el registro de los cementerios.

—Está bien; me ocurre un templo humilde.

—¿Cuál?

—El de la Enseñanza.

—Id, podéis disponer del dinero que fuese necesario; pagad bien el secreto.

XXXV.

Don Félix se dirigió al convento y llamó resuelto á la portería.

Al abrirse las hojas de aquella puerta sagrada, el capitán vió en el fondo del salón á Rosalía, y dió un grito de sorpresa.

Rosalía levantó la vista y se encontró con la mirada de su amante.

El ánimo de la mujer es más fuerte siempre que el de los hombres; así es que la joven se levantó con el mayor disimulo y se internó en el claustro.

—¿Qué se le ofrece al señor caballero? dijo la madre tornera.

—Se trata, señora, de que hagáis un gran favor.

—Diga el caballero.

—Voy al grano: acaba de morir una señora, que se distinguió en la vida por su piedad cristiana.

—¡En Dios haya, hermano!

—El cementerio aunque es lugar sagrado, no lo es tanto como el suelo de un templo.

—Comprendo, señor capitán; pero ese es negocio que debéis tratar con la abadesa.

—Esa es una nueva dificultad.

—No lo será si os doy un consejo.

—Hablad.

—Si ofrecéis una gran cantidad, estad seguro que accederá á vuestro empeño.

—No hemos de parar por esa friolera, y en prueba de ello, tomad esa onza carolina, es para misas.

—Gracias, hermanito, dijo la monja tornera y desapareció la onza con una rapidez admirable.

—Y decidme, madre tornera, ¿qué tal os va con las novicias?

—Muy bien, todas son dóciles y cariñosas.

—¿Y Rosalía se porta bien?

—¿La conocéis acaso, señor capitán?

—Fuimos compañeros de la niñez.

—Es que hasta ahora nadie ha venido á verla; por el contrario, se ha prohibido...

—Vaya, madre, otra onza para oraciones.

—Gracias, gracias; pues decía que á esa joven...

—No andemos con rodeos, necesito hablar á Rosalía.

—Jesús, María y José, exclamó la monja santiguándose.

—No hay que asustarse, aún es novicia esa joven.

—Sí, pero... en fin... venid mañana á las oraciones; pero un solo instante y sin darle la mano, ni verla así... de esa manera con que ven los mundanos.

—Os juro estar ciego y manco y cuanto más exijáis de mí.

—Convenido; llega la abadesa.

Don Félix entregó una suma á la superiora del convento como un legado, y en la noche fué sepultada Amparo en el coro bajo del convento de la Enseñanza.

XXXVI.

Don Félix estuvo puntual á la cita.

El cariño inmenso que se presentaban los amantes, los llevó como era natural al borde de un abismo, toda vez que no podían libremente contraer un enlace, por estar acusada Rosalía ante el Tribunal del Santo Oficio.

Era necesario huir, sí, huir del convento, huir de la sociedad entera, esconderse en un rincón del mundo para evitar la persecución.

Cuando se ama, todos los obstáculos desaparecen, todas las dificultades se vencen; los jóvenes amantes aceptaron la situación, Rosalía abandonó el conveto y Don Félix abjuró de su bandera.

En aquellos tiempos todo pasaba en una gran reserva para evitar el escándalo, así que en el convento de la Enseñanza se buscó á la novicia, no se la encontró y hubo prohibición de volver á tratar del asunto.

Libráronse requisitorias para la aprehensión del capitán, todo en el mayor sigilo: al principio se murmuró en el cuartel; pero después se fué olvidando insensiblemente la memoria de Don Félix en el regimiento.

Sólo en la Inquisición no pudo pasar desapercibido aquel crimen de violación de asilo religioso, y el nombre de los culpables se puso en el registro de los reos prófugos, y se reencargaron á las autoridades eclesiásticas y civiles.

El capitán anduvo oculto mucho tiempo huyendo de sus perseguidores, mudó de nombre para la sociedad, conservándolo para la intimidad de familia.

Rosalía, queriendo salir de una existencia que le parecía de crimen, propuso á Don Félix el matrimonio, y lo celebraron bajo nombres supuestos.

La joven quedó perfectamente tranquila y el capitán se entregó al amor apasionado de aquella mujer sublime.

Habían transcurrido algunos años y una sorda persecución los atormentaba; acaso lo mismo horrible de su situación mantenía viva la llave de aquel amor que sobrevivía á tantas vicisitudes.

¡El amor es la abnegación, el heroísmo, la virtud, Dios ha puesto ese gérmen sagrado como el depósito de la divinidad en el ser humano!... ¡Dios ha querido que la criatura llegue á él por el amor!

XXXVI.

Por aquellos tiempos un grupo de padres misioneros recorría las comarcas predicando el Evangelio.

La multitud seguía á la cruzada católica, y los frailes llevaban por doquier la propaganda religiosa.

Era costumbre dejar plantada una cruz como una memoria de las «misiones.»

Una turba de campesinos, precedidos por los misioneros, llevaban la cruz para fijarla á orillas del río de San Miguel.

Dos misioneros se habían adelantado buscando en la ribera un lugar á propósito para su recuerdo.

Bajaban en silencio á las márgenes, cuando oyeron un canto particular que llamó profundamente su atención.

Una mujer que estaba lavando á orillas del río cantaba «maitines» con la maestría de una monja de coro.

Acercáronse los frailes hacia el lugar por donde se escuchaba la voz, y vieron á una joven que tenía á su lado un chiquillo que jugaba con las piedrecillas de la ribera.

—¿Oís, reverendo padre? dijo uno de los misioneros.

—Sí, es el canto de «maitines.»

—En este lugar, y por una mujer como esa...

—Sí, es altamente sospechoso.

—Recordad, reverendo padre, que hace algunos años una novicia huyó del convento de la Enseñanza.

—¿Si fuese ella?

—Es necesario de todas maneras averiguar.

—Detened la procesión y volved para hacer lo que conviene.

El misionero se alejó precipitadamente hasta encontrar á sus compañeros, les habló con reserva y la multitud se detuvo.

El fraile volvió donde le esperaba su compañero.

Acercáronse con pasos silenciosos como los del tigre y se echaron de improviso sobre su presa.

La joven, aterrada, no pudo dar un solo grito y se dejó conducir por los misioneros:

Cuando volvió en sí de la sorpresa y del espanto, comenzó á gritar con desesperación:

—¡Hijo mío!... ¡hijo mío!...

Nadie la escuchaba. Gabriel entrenido en su juego de arrojar piedras sobre las olas, se había separado de Rosalía y no vió cuando los misioneros arrebataron de las márgenes á su buena madre.

El niño tornó al sitio donde la había dejado, el cual estaba marcado por la ropa que yacía esparcida por el suelo.

Entonces la criatura comenzó á llorar con desesperación.

El capitán don Félix oyó los clamores de su hijo, y saliendo de la casa, bajó precipitadamente á la ribera.

—¡Gabriel!... ¡Gabriel!...

—¡Papá! ¡papá! respondió el niño, se han llevado á mamá.

Si una vibora hubiera mordido á aquel hombre, le hubiera causado menos impresión que las palabras del niño.

Lanzóse como un loco buscando á Rosalía en todas direcciones, llevando en sus brazos á Gabriel.

Internóse á lo largo del río, buscó en los sitios más escondidos, ¡nada! ¡todo silencio!

Gritó, lloró, se desesperó, quiso estallar su cráneo sobre las rocas del río; pero la presencia de su hijo le contuvo.

Tornó á su casa cuando ya entraba la noche y se devuto frente á la cruz plantada pos los misioneros.

El hombre más incrédulo acude al cielo en el último extremo de sus angustias.

Púsose aquel hombre de rodillas delante del sagrado símbolo, inclinó su frente hasta tocarla con el polvo y oró con el fervor de la tribulación.

Cuando concluyó su oración, se levantó, un sacerdote estaba á su lado.

—Qué tenéis caballero?

—¡Que el cielo se desploma sobre mi cabeza!

—Dadme á vuestro hijo, os ayudaré á llevarle.

El niño por una oculta simpatía se acercó al sacerdote, que lo tomó en sus brazos.

—Señor, no vais á poder, vuestro brazo está trémulo.

—No importa, me sobra vigor.

—Para confiaros mi secreto necesito saber vuestro nombre; perdonad, me hallo proscritto, perseguido, y la madre de este niño, mi esposa, acaba de desaparecer; tened compasión de mí!

—¡Tormento horrible sobre el mezquino corazón humano!

—Sí, tempestad del destino sobre mi alma atribulada... ¡Dios y los hombres me han abandonado!

—¿Y quién sois vos, miserable criatura, para acusar á la Divinidad?... ¿No sabéis que el hombre ha nacido para el sufrimiento y las vicisitudes?

—Sí, yo acepto los padecimientos; pero mi hijo, mi hijo, señor?

—Dios que envía á nuestra alma el rayo de su castigo, tiene una sonrisa para la inocencia, tened fe, no dudéis.

—Yo necesito buscar á esa mujer.

—Sea, yo le ofrezco un albergue á este niño en mi casa; llevadlo al pueblo de Dolores, llevadlo, allí le tendréis seguro mientras seguís en vuestras pesquisas.

—Gracias, señor, dadme á besar vuestra mano.

El sacerdote tendió su mano á don Félix.

El capitán la besó con respeto y dijo con voz apagada:

—¿Por quién pregunto en el pueblo de Dolores?

—Preguntad por el cura Miguel Hidalgo y Costilla.

XXXVII.

El cura Hidalgo llegó á Querétaro la tarde del 11 de Septiembre y se dirigió á la casa del corregidor.

Don Miguel Domínguez era un magistrado apreciable por sus conocimientos é integridad; había desempeñado empleos de categoría en el virreinato y tenía marcada propensión á favorecer al pueblo.

Era esposo de esa mujer sublime, esa heroína, cuyo nombre aparece en las páginas de nuestra historia, Doña María Josefa Ortiz.

El corregidor salió al encuentro de su huésped.

—Señor cura, mucho os dáis á desear.

—No es con mi voluntad, señor Domínguez, los asuntos de mi colonia me traen tam ocupado que apenas me dejan tiempo para otros negocios.

—Sentaos, señor Hidalgo.

La esposa del corregidor entró en la sala y dió un abrazo al cura de Dolores.

—Siempre tan buena y tan de buen humor la señora corregidora.

—Y siempre tan bromista el señor Hidalgo.

—Os traigo un obsequio; nada vale, pero es obra de mis artistas.

—Veremos.

El cura desenvolvió un papel y entregó un rebozo de seda á la corregidora.

—Bien, muy bien, os felicito.

—No es esta pieza como las que vienen del otro lado del mar, pero..

—Señor cura, el día en que se pueda trabajar libremente en nuestra tierra, nos pondremos al nivel de la industria extranjera.

—Lo creo, señora, porque veo los grandes elementos con que contamos.

—Será obra del tiempo, dijo Domínguez.

—No sería malo acelerar los días, observó Doña Josefa.

—Eso es imposible, esposa mía.

—No mucho, apelo al señor cura.

—Yo soy de opinión que todo tiene su hora, y creo que infaliblemente debe llegar.

—Parece que el reloj de los acontecimientos sufre una parálisis en su máquina.

—No lo creáis, señora, cuando el mar está más sosegado, la tormenta llega con más presteza y más terrible.

—Yo confieso mi impaciencia.

—Josefa, Josefa, tu carácter es de pólvora, necesitas tener mucho imperio en tu ánimo para no cometer una imprudencia.

—Mira Miguel, que tú no sabes lo que te dices, hay ciertos negocios que deben hacerse inmediatamente, porque de lo contrario fracasan, y el que hoy tenemos es de los más peligrosos: ¿qué decís, señor cura?

—Digo, señora, que la magnitud de la empresa me abruma, temo que el extremo contrario haga venir abajo un plan meditado tanto tiempo... no es temor ruin y cobarde de perder la vida; ya he vivido demasiado y el género de vida no me preocupa, es que veo comprometida la suerte y el porvenir de un pueblo, y esto es demasiado sagrado para aventurarle en un lance.

—El Sr. Hidalgo tiene sobrada razón, dijo Domínguez; mientras no se cuente con todos los elementos, debe estarse á la espectativa y trabajando incesantemente.

—Yo no sé que hay en la atmósfera, continuó Hidalgo ,que se comienza á percibir; si viérais, Sr. Domínguez, que en todos los pueblos de la comarca se dice, no sé con qué fundamento, que va á haber tumulto.

—La situación que guarda el país lo augura.

—No obstante; creo que para principios del mes entrante podemos dar el grito de alarma; las guarniciones donde están las personas comprometidas pueden mudarse, y además de ser un trabajo perdido podía suceder que nuestro plan se descubriese.

—Ya lo había pensado, dijo el corregidor.

—Hay algo que sí me causa verdadero temor.

—Hablad, señor cura, dijo la esposa de Domínguez.

—Los jóvenes Allende, Abasolo y Aldama, adolecen de un carácter impetuoso, están ya desesperados con la tardanza, desean hacer partícipes á multitud de personas, con esa imprudencia que da la poca edad, y no es extraño que á la hora menos pensada se nos denuncie.

—Tenéis razón.

—Esta noche debe verificarse la junta á que he sido llamado, veremos lo que se ha avanzado, é insisto en que la revolución comience el mes entrante.

—Estamos de acuerdo, señor cura, yo procuraré alejar de Querétaro á las personas que puedan inquietaros para que obréis con entera confianza, aunque algo me detiene el pensar que os falta el principal elemento, el dinero.

—Eso es lo menos, señor corregidor.

—¿Tenéis acaso de donde tomarle?

—Sí.

—¿De dónde?

—De las cajas de los europeos, de las del gobierno, en fin; de quien le tenga y nada más.

—Os chanceais seguramente, eso que decís es un atentado á la propiedad.

—Señor corregidor Domínguez, la revolución es la revolución, no esperéis nunca que en un gran sacudimiento las cosas permanezcan en su estado normal, eso sería tanto como buscar un círculo cuadrado... Yo he pensado durante mis vigilias en los grandes trastornos que va á sufrir la sociedad, y como vos, me he asustado; pero veo que no hay remedio, una gota de sangre vale más que el oro que encierran las entrañas de nuestra tierra, y sin embargo, se va á verter á torrentes! Encontraremos una gran resistencia en nuestros enemigos, nos responderán con un eco de muerte, y tendremos que afrontar la lucha, lucha terrible que nos envolverá en una tempestad que sólo podrá conjurar el aliento de Dios!

El corregidor y su esposa oían asombrados al párroco de Dolores.

—Yo, continuó Hidalgo, nada ambiciono para mí, y llevaré sin embargo la maldición de mis enemigos y reportaré todo el peso de su encono... qué importa, me absolverá la historia, á ella apelo!

El corregidor guardó silencio, su espíritu se abatía delante de aquel hombre conformado para crisis producidas por una gran revolución.

—Es ya la hora, dijo la esposa de Domínguez; id, señor cura, hablad con esos hombres, con esa elocuencia que resplandece en vuestra actitud noble y generosa; hablad, comunicadles vuestro espíritu y no dudéis en el éxito de vuestra empresa, el pueblo lo espera todo de vos y yo al escucharos me siento cautivada... nada valgo, para nada me necesitáis, y no obstante, yo estoy dispuesta á todo... en estos momentos mi persona no es sospechosa, utilizadme, ya veréis cómo sé guardar un secreto, seré el punto de comunicación entre vosotros.

—No necesitaba tanto para conocer que en vuestro pecho se esconde una alma capaz de todo lo grande. El corazón de una mujer encierra un tesoro de abnegación y de heroísmo, rogad al cielo, señora, que dé su protección á la tierra de vuestros padres.

Hidalgo dejó la casa del corregidor Domínguez y se encaminó á la de de los conjurados, donde debía celebrarse la última sesión.

XXXVIII.

Le casa del Lic. Parrá era el punto de reunión para tratar de la independencia.

La noche del 1 de Septiembre se hallaban en ella los abogados Lazo y Altamirano, los capitanes Allende, Aldama y Abasolo, D. Joaquín Arias, capitán del regimiento de Celaya, que se hallaba de guarnición en Querétaro; Lanzagorta, oficial de Sierra Gorda; los hermanos Epigmenio y Emeterio Gonzáles, y otros individuos de poca importancia.

Don Mariano Galván era el Secretario de la Junta.

El capitán Miguel Allende era de una fisonomía hermosa é interesante, un gran talento natural y un valor á toda prueba; se había distinguido en el manejo de las armas y pericia militar, había estado en un regimiento que era el de milicias de la reina, en el cantón de San Luis, á las órdenes de Calleja, y en el de Jalapa, formado por Iturrigaray.

Cuando la caída del virrey, Allende se puso furioso y quería hacer una contra-revolución; desde entonces parece que abrigó la idea de la independencia.

Allende llevaba la palabra en el corrillo de amigos antes de comenzar la junta.

—Compañeros, decía á los capitanes de su regimiento, Aldama y Abasolo, en nuestro genio de soldado no están estas esperas, os confieso que me irrito á la menor contradicción, que abomino á mis jefes, que detesto al gobierno, y no deseo más que su caída; la insolencia de los españoles me tiene colérico y desesperado.

—Soy de tu misma opinión, dijo Aldama; no has de creerlo, ni duermo pensando en el día del tumulto, aquí va á ser ello: verán si con gente como la nuestra se apagan con tanta facilidad las revoluciones.

—Este señor Hidalgo siempre con su retentiva.

—Son cosas de la edad.

—En fin, no debe dilatar, estará en coversación con la corregidora.

—Esa es buena aliada.

—Ya lo creo, como que tiene buena capacidad y una audacia á toda prueba.

—Ojalá que todos los comprometidos tuviesen un valor semejante.

—Creo que no le ha de faltar.

—Estos abogados están macizando el golpe, amigos míos, les tengo más miedo á las plumas que á uno de los cañones de San Juan de Ulúa.

—Tienes razón.

—Ya me figuro, dijo Allende, mandando un ejército y dando una batalla; pero una gran batalla como jamás se ha visto en nuestros tiempos, y que se cuenta del tiempo de la conquista.

—Somos de esa raza, observó Abasolo.

—Y no la desmentiremos, capitán, hasta ahora estamos humillados por los jefes que nos vienen de España ,y no hemos tenido lugar de batirnos; pero va á llegar el momento y verán si los «criollos» somos ó no capaces de habérnoslas con cualquiera que se nos ponga delante. Cuando estaba en el cantón de Jalapa, me decía, ¿de queé sirven tantos soldados si los franceses no han de llegar?

—Ahora es otra cuestión.

—Sí, enteramente, se trata de arrojar á los extranjeros y quedarnos solos en nuestro país, enteramente solos, sin dependecia de España ni de ninguna otra nación: ¡qué hermoso ha de ser gobernarse por sí mismo!

—Sí, dijo Aldama, no tener por señores sino á nuestros amigos, y paisanos, llamarnos libres é independientes, poderle decir al pueblo: ya no eres esclavo, estas tierras son tuyas, estas minas te pertenecen, estos sembrados que riegas con el sudor de tu frente vuelven á tu dominio, te los habian usurpado, tú eres su lejitimo dueño.

—No hables así porque me siento enloquecer... cuando veo azotar á los pobres indios en las «haciendas,» y tratarlos peor que á los animales; cuando veo al pueblo entero en esclavitud, porque nosotros no somos más que siervos de los españoles, y pienso que nos hemos de levantar contra tanto reyezuelo, no me cabe el corazón de gozo y de alegría.

—Mira, Abasolo, todos esos desgraciados vendrán á nuestras filas y serán buenos soldados, yo te lo aseguro.

—Comenzarán por matar á los mayordomos que los han vapulado durante tantos años.

—Eso me parece natural, no tiene la culpa el oprimido, sino el opresor.

—Estamos de acuerdo.

—Ya está ahí el señor cura, ese es el cerebro de la junta, su capacidad alumbra.

—Trae un semblante particular.

—Sí, le noto algo extraño.

—Hay tormenta.

—Vamos, que ya comienza la sesión.

El grupo de jóvenes se dirigió á saludar al párroco, que les tendió la mano con afabilidad.

XXXIX.

Presidida por el cura Hidalgo se instaló la junta, siendo como hemos dicho, el secretario Don Mariano Galván, alma pusilánime y cobarde, arrastrada por compromiso á aquella situación.

—Señores, dijo Hidalgo, ha llegado el momento de poner en planta cuanto hemos acordato en las juntas celebradas en el trascurso del año.

Un rumor de aprobación surgió entre los concurrentes.

—He querido hablaros por la última vez, para haceros presente todo el riesgo que hay en la empresa y todos los peligros que vamos á afrontar una vez lanzados á la arena. Vamos á combatir con un coloso armado; yo sé que los iniciadores de una grande obra nunca ven el fruto de sus trabajos; esa sentencia jamás ha dejado de realizarse; nosotros dejamos la semilla sobre el campo de la patria; entre este día y el de su cosecha media un abismo que debe llenarse acaso con nuestra sangre.

Me habéis encontrado indeciso hasta hoy; las páginas de la experiencia me han dicho que aun no era tiempo todavía; yo sé que en 1794 don Juan Guerrero trató de alzarse con el reino; pero su programa era malo porque, no traía el pensamiento de la independencia, y fuera de esa idea nada ha de surgir en el suelo americano. Guerrero el europeo salió desterrado al Peñon de Africa, merecido castigo á su torpeza. Por

aquel tiempo denunció Francisco Várquez una conspiración que no llegó jamás á estellar porque adolecía de la falta de una bandera. En 1799 fué la célebre conspiración de los « trece, » que llamaron de los « machetes; » ella traía el estandarte de la verdadera revolución, en ella sí se proclamaba la independencia; pero el pensamiento se desvirtuaba con los demás artículos del programa, porque se descubrían miras bastardas y criminales, que no oscurecen el sol purísimo de nuestra revolución. Los indios de la nueva Galicia han iniciado un tumulto acaudillados por el hijo del gobernador de Tlaxcala que pretendía hacerse rey, y naufragó en ese piélago de los motines sin nombre. Acabáis de ver fracasar el movimiento de Valladolid, lo que revela, señores ,que el hombre no debe anticiparse al destino.

Todos esos síntomas de una grande erupción distan mucho de la hora de la catástrofe.

La hora ha sonado en el reloj del porvenir; ya no hay más que afrontarlo.

Ya os he dicho que soy viejo, y no arriesgo sino unos cuantos días, últimos pasos hacia la tumba: vosotros sois jóvenes; pero os conozco, no podréis sufrir por más tiempo la condición que han impuesto á la América los conquistadores... Se os ha arrebatado vuestra patria, no podéis alcanzar ni altos empleos, ni dignidades, estando vuestros dominadores en el suelo donde habéis visto la luz... Vosotros acaso pudiérais resignaros; pero ¿es esta la herencia que preparáis á vuestros hijos?

—No, mil veces no, gritó el capitán Allende, y poniendo su mano sobre el pomo de su espada, continuó entusiasmado:

—Juro por mi patria y en nombre de mi bandera, derramar mi sangre en defensa de la libertad de México.

—Todos lo juramos! exclamaron á una voz los conjurados.

—Bien, dijo Hidalgo, así os quiero, vuestra sangre se enciende en el fuego del patriotismo; nada os arredra; impetuosos, valientes, denodados, desafiáis el peligro: yo os acompaño y mi pecho servirá de muralla para guardaros de los primeros tiros... Nada vale mi sangre nada mi existencia, pero toda es de la patria, toda de las generaciones cuyos destinos fijamos en esta noche solemne!

Epigmenio Gonzáles se levantó lleno de entusiasmo y dijo con voz conmovida por tan fuertes impresiones:

—Yo no sé hablar ni decir lo que pasa por mi corazón, pero vuestras palabras son la expresión de lo que pasa en mi pecho y en mi cerebro. Ya sabéis que he aceptado cuanto pudiera sobrevenirme; ya os puedo dar cuenta de mis trabajos, he fabricado miles de cartuchos, no he cesado de elaborar en el silencio de la noche, y estoy satisfecho: cuando queráis podéis disponer de todo empezando por mi vida.

El licenciado Altamirano dijo que la fabricación de armas continuaba en la hacienda de Santa Bárbara; que ya había un gran número de lanzas, las que agregadas á las que el señor Hidalgo tenía en Dolores, podían servir para armar á los primeros soldados.

El capitán Arias, joven de valor, ofreció ser el primero en iniciar el movimiento con una compañía del regimiento de Celaya.

Allende y sus compañeros juraron cien veces que estaban dispuestos á dar la señal de la revolución y pelear como buenos.

¡La independencia ó la muerte! gritó Allende.

—La independencia ó la muerte! repitieron los conjurados.

—Fijemos el día, dijo Allende.

—Para primero de Octubre, respondió Hidalgo.

—Convenidos.

—Estaréis dispuestos al primer aviso; la suerte de América está echada, juguemos el todo por el todo, yo os conjuro en nombre de nuestros antepasados que murieron luchando por la libertad, que espiraron en las llamas del tormento antes que doblar su cuello al yugo de la conquista; os conjuro e nnombre del porvenir y de la emancipación de este pueblo.

Repartiéronse los conjurados por distintos rumbos á ejercer la propaganda revolucionaria, como los apóstoles con el Evangelio de Jesucristo.

XI.

El cura Hidalgo se fué á la casa del corregidor Domínguez á contarle la última determinación de la junta.

El corregidor la escuchó tranquillo.

Doña Josefa Ortiz resplandecía de gozo, acaso sin pensar en las escenas sangrientas que iban á desarrollarse á su vista.

—Os dejo, señor corregidor, tengo que hablar con dos individuos.

—No tengo que recomendaros la prudencia; faltan treinta días y durante ese tiempo pueden acontecer cosas muy graves .

—Dios dirá, respondió el párroco, y retirándose á la pieza que le habían destinado hizo entrar á una de las personas que le esperaban.

—¡ Hola ! Don Juan Garrido, ¿qué hacéis por Querétaro?

—Vine á un negocio y recibí vuestra esquela llamándome.

¿Qué dice ese famoso batalion de Guanajuato?

—Cada día está mejor organizado; los jefes valen bien poco, pero los sargentos son de lo mejor.

—Por supuesto todos amigos del señor músico mayor.

—Me jacto de ello, son mis camaradas y yo soy el de las confianzas del batallón.

—Bien, ¿y creeis en la sinceridad de vuestros amigos?

—Metería mi mano en un horno ardiendo.

—Y hablando de otra cosa, ¿estáis contento con vuestra suerte?

—No hay un solo hombre, señor cura, que lo esté con su condición.

—Es bien triste que los « criollos » no puedan ascender en vuestra profesión.

—Señor cura, á veces me pone esto de mal humor.

—Tenéis razón; pero es el caso que vosotros no hacéis nada por variar vuestra suerte.

—¿Y qué podemos hacer?

—Ya que queréis saber mi opinión, os la diré francamente: que después de tanto ruego al gobierno, de tanta súplica porque os conceda alguna merced, no se ha alcanzado sino repulsas y desaires.

—Es cierto.

—Es necesario apelar al último extremo, á un levantamiento.

—¿Contra el rey?

—No precisamente, sino contra los que mandan en México; porque ya es tiempo de que conozcan que vosotros no debéis ser tratados de una manera tan despreciativa.

—Yo la verdad tengo miedo.

—¿Miedo un soldado?... vamos, señor Garrido, que no pensáis lo que decís.

—Tenéis razón, es necesario pensarlo bien; ya me ha invitado un sargento que concurre á la junta donde vos asistís, señor cura.

—¡Malo! pensó el cura, el secreto anda ya entre muchos.

—Cinco ó seis sargentos me han hablado ya en ese sentido, y por lo que he oído están dispuestos á entrar en el « tumulto. »

—¿Y vos?

—Yo también entraré, señor cura, pero con la condición de que se ha de reconocer siempre como á nuestro soberano á su majestad Fernando VII.

—Precisamente esa es la idea.

—Pues entonces contad conmigo.

—Habladles á los camaradas de más confianza, mirad que nos va en ello la existencia.

—Ya lo creo, no tengáis cuidado, que toda es gente buena.

—Una indiscreción nos perdería.

—No lo esperéis, señor cura; por mi parte os recomiendo que se respete siempre á su majestad.

—Está bien.

—Buenas noches, señor cura.

—Id con Dios.

El sargento Juan Garrido salió del aposento.

—¡Miserable! si como él fuesen todos los conspiradores, la independencia no se llegaba á hacer nunca.

—Entrad, señor de Buera, dijo Hidalgo.

Un español bien parecido, pero con la mirada oblicua y metida bajo el ceño, habló con el párroco hasta muy entrada la noche, en que abandonó la casa del corregidor.

No amanecía aún, cuando el padre Pontolongón, que había seguido los pasos á Hidalgo, sin perderle movimento, adelantaba por la cuesta de Santa Rosa en dirección al Bajío.

Por la misma vía atraversaron á escape cuatro jinetes.

—Comprendo, comprendo, dijo el padre Pontolongón, los señores oficiales que han venido de San Miguel el Grande « de ocultis »... el cura ya estará saliendo de Querétaro, es necesario que me halle en Dolores á su regreso; ya le tengo en mis redes; ¡vive Dios que es un hombre á toda prueba! pero yo valgo mucho más que él, puesto que lo he sorprendido... ¡Demonio! de esta hecha si nos descuidamos nos ahorcan, les tomaremos la delantera, el negocio está más serio de lo que parece, mucha gente hay comprometida, es necesario salvarla.

El padre Pontolongón arrimó con entusiasmo las espuelas á su magnífica mula y se perdió por las veredas de la montaña.

XII.

Los reverendos padres misioneros se apoderaron de la hija de Treviño, y con la mayor precaución la condujeron á una de las casucas que están á la enrtada de San Miguel el Grande.

Luego que la joven se encontró sola con los frailes un terror pánico se apoderó de la desgraciada.

—Nada temáis, dijo uno de los misioneros.

—¿Qué queréis de mí?

—Una confesión explícita.

—Hablad, por compasión.

—¿Vos habéis estado en un convento?

Rosalía guardaba silencio.

—Responded bajo la pena de excomunión mayor.

—Compasión.

—Hablad.

—¡Tened piedad de mí! exclamó la joven poniendose de rodillas.

—Responded, ó formulamos el anatema.

—Es cierto, padre mío.

—¿Dónde profesásteis?

—No llegué jamás á pronunciar votos.

—¿Luego estuvísteis en noviciado?

—Sí, padre.

—¿Y en cuál convento?

—En el de la Snseñanza.

—Es la misma, dijo el otro misionero.

—¿Con quién huísteis del convento?

—Con el capitán Don Félix de Quintanar.

—¿Vuestro amante?

—No, mi esposo, dijo con dignidad la hija del portugués.

—¿Vuestro esposo?

—Sí, por la iglesia.

—Decid dónde se celebró ese matrimonio para buscar en los registros.

—¡Dios mío! exclamó la joven, eso es imposible.

—¿Por qué?

—Señor, nos hemos casado ocultando nuestros nombres.

—¡Desgraciada! preparaos á salir al amanecer.

—¿Y mi hijo?

—Ya lo sabréis más tarde, por ahora haced lo que se os previene. Antes decidnos dónde se encuentra el capitán?

—Ya he dicho más de lo que debía, no me podréis nunca oblígar á una denuncia.

—Bien, ya lo haréis más tarde.

Los frailes volvieron hacia donde los esperaba la gente, predicaron el último sermón, clavaron la cruz, y á la mañana siguiente se pusieron en marcha llevándose consigo á la esposa de Don Félix.

XLII.

Al anochecer de ese día entró la cabalgada eclesiástica en la muy noble ciudad de Querétaro.

Detúvose á la puerta de Santa Clara, el convento de la aristocracia, que ha servido tantos años de asilo á la désgracia, de cárcel á la juventud y de tumba á las esperanzas.

—Decid á la madre abadesa que necesito hablarle, dijo uno de los misioneros á la madre portera.

—Voy á avisarle á su reverencia con permiso de su paternidad, respondió con voz gangosa la monja.

— Que no tardéis.

—Figúrese su paternidad que soy la monja más activa de todo el convento, razón por la cual las reverendas madres definidoras me han colocado en este puesto, que tanto cuadra á mi carácter é inclinaciones.

—Bien, avisad.

—Sí, reverendo padre, calculad que hace siete años, desempeño este empleo, ¡y qué cosas he visto! Cuando su señoría ilustrísima el señor obispo Abad y Queipo estuvo de paso por la ciudad, aquí, en el mismo sitio en que estáis, se paró su señoría; ¡y qué guapo! ¡es tan gordito y rozagante! vamos, que yo no le había conocido.

—Tenga su reverencia la bondad de avisar á la superiora.

—Eso es, eso es, esas fueron las palabras del gran prelado: « que tenga su reverencia la bondad de avisar á la superiora; » parece que lo estoy oyendo. Yo por supuesto que no sabía de qué se trataba.

—Otra vez seguiréis contando historia.

—¿Os parece historia, reverendo padre? tenéis razón, el señor obispo insistía como vos; per yo, firme en hacerle multitud de preguntas; porque eso sí, de que viene persona de fuera, le hago que me cuente todo lo que ha visto.

—Bien, avisad.

—Sois tan impaciente como su señoria ilustrísima; pues señor, el prelado tuvo que confesarme que era el obispo, y cómo me reía yo después con la novicias, ¿no es cierto, sor Refugio?

—Sí, madrecita, respondió una monja de ojos negros, cuyas miradas se le escapaban al soslayo bajo sus rizadas pestañas.

—Ved, madre portera, que estamos de prisa y van á sonar las oraciones, hora en que debéis cerrar la portería.

—Acabadme de escuchar: su señoría ilustrísima el obispo me cobró una gran simpatía; porque el prelado es una persona que aprecia mucho la reserva y economía de palabras.

—El señor obispo daba en el clavo.

—¿En el clavo? que gracioso es su paternidad, yo les contaré á las monjitas eso que dice con tanta gracia su paternidad, de dar en el clavo.

—Vamos, madre portera, ya me estáis impacientando, os mando que aviséis á la superiora.

—Así me dijo su señoría ilustrísima al fin de nuestra conversación.

—Pues su señoría estaría aburrido como nosotros de estar oyendo tanta impertinencia.

—Eso es otra cosa, yo creía haberos disgustado, y os ruego me disculpéis; el año pasado me sucedió un lance semejante; pero os aseguro que me porté cómo...

—Sor Refugio, dijo el misionero dirigiéndose á la monja, avisad vos á la madre superiora que los padres de las misiones la necesitan urgentemente.

Sor Refugio salió de la portería en dirección al cuarto de la abadesa.

—¿Por qué no dijisteis eso mismo desde el principio?... vamos, reverendo padre, que vos tenéis la culpa: á saber yo quien érais, hubiera avisado desde luego; pero todo está arreglado, Sor Refugio ha ido en mi lugar y pronto bajará la madre á contestar con su paternidad.

XLIII.

Los misioneros se alejaron huyendo de la charla majadera de la monja.

—¡Qué mujeres! ¡qué mujeres!

—Siempre las mismas, cabe el sayal ó la mantilla.

—Tenéis razón, pero hay algunas verdaderamente insufribles; no deja de ser ocurrencia poner á esa taravilla en este lugar, nos ha detenido una hora contando simplezas.

—Y si le damos hilo es cuento de nunca acabar.

—Según parece, es la aburrición de cuantos tienen la desgracia de oirla.

—Buena torta le ha dado al obispo.

—No se le ha de olvidar por mucho tiempo.

—Ya lo creo.

—¡Inventar que yo era jocoso! vamos, que es la primera persona que se permite decírmelo.

—Es su positivo descubrimiento.

—Donde la abadesa sea de la misma cuerda, quedamos divertidos.

—Os aseguro que como esta monja no hay dos en todo el convento.

—Ella asegura que por su reserva y silencio le han dado el puesto que ocupa.

—No lo creáis, porque todo el monasterio sería una gran caja de cascabeles.

—Ha llegado la superiora.

—Dios nos saque con bien.

—¿Tenemos el honor de hablar con la madre abadesa del convento de Santa Clara?

La monja inclinó la cabeza.

—Bien, un asunto de gravedad y sobre todo de conciencia, nos obliga á pediros un momento para hablar reservadamente.

La monja se volvió á inclinar.

—Si os parece, podéis mandar retirar á la portera.

La monja hizo una genuflexión volviendose á la monja taravilla, y le hizo seña de que despejase.

—Parece que estamos enteramente solos.

La monja se volvió á todas partes y luego volvió á hacer su inclinación de la cabeza.

—Vamos, pensó el fraile; he dado con el extremo contrario.

—Ha de saber vuestra reverencia, que una novicia de la Enseñanza de México huyó del convento.

—¡Oh!

—Y no es esa sola la culpa.

—¿Eh?

—Esa desgraciada fué seducida.

—¡Ay!

—Como lo oís, seducida por un calavera, capitán de guardias.

—¡Huy!

—Ese atrevido se permitió profanar el recinto sagrado.

—¡Hum!

—Y se extrajo del asilo de Dios á la novicia.

—¡Emmm!

—Ya véis que esto es un escándalo, del cual debe tomar conocimiento el Santo Oficio.

—¡Pues!

—Pero aun no es tiempo, porque al trascenderse en el público, el capitán puede tomar las de Villadiego, y toda averiguación será infructuosa.

—¡Ya!

—Necesitamos proceder á un aseguramiento precautorio.

—¡Ps!

—Aseguramiento confiado á vuestro celo religioso.

—¿Eh?

—Vuestra misión es muy alta, estáis al frente de la casa de Dios y debéis cuidar de las ovejas que os están encomendadas.

—¿Yo?

—Precisamente, y os suplicamos que destinéis una celda para la guarda de la profesa; ¿qué respondéis?

La monja guardó silencio.

—Esperamos vuestra respuesta.

La monja guardó el mismo silencio.

—¡Esto es para desesperarse! pensaban los misioneros.

—¿No quieren tomar algún refresco sus paternidades?

—¡Esto ya es burla! murmuró el fraile.

—Señora, no ha comprendido vuestra reverencia de lo que se trata.

—Ya, es un friolera, ¿ó preferís agua de rosa con azucarillo?

—¡Esta madre está loca!

—Entéreme vuestra paternidad bien de todo porque soy algo sorda.

—¡Por Santa Bárbara que hemos perdido el tiempo miserablemente!

—Soy de opinión que nos marchemos.

—Haré el último esfuerzo.

El misionero se puso al oído de la abad esa y emprendió por segunda vez la conversación.

Las monjas regularmente son crueles; arrancadas del hogar en la edad más tierna de la vida, rompiendo los resortes más armónicos del corazón, como son los de la familia, el alma se concentra en el egoísmo, y acaba por volverse contra la sociedad entera.

Velando siempre el corazón bajo la capa de una hipocresía forzada, porque en aquellos lugares que felizmente son ya un recuerdo histórico, la franqueza era un crimen, en aquellos asilos tenía que disfrazarse «hasta» la voz, la mirada, la actitud, todo, hasta ponerse un molde particular inventado por el refinamiento ascético de la edad media.

En el aislamiento y silencio del claustro, en el combate perpetuo de las pasiones, en la tiranía del alma y el encadenamiento del cuerpo, la luz resplandeciente del espíritu se apaga, y todos los seres aparecen como verdugos ó como enemigos; de aquí los odios hasta la muerte, el histérico, la desesperación... el suicidio.

La abadesa de Santa Clara era un tipo vulgar de monja, es decir, cruel y egoísta, así es que al oír que se trataba de tiranizar á un semejante, su corazón convirgió hacia el lado de su instinto.

—Tengo una celda donde pongo á las sentenciadas; es una prisión solitaria en el lugar más apartado del edificio, sólo se comunica por un torno pequeño y la incomunicación es completa.

—Así se necesita.

—Traed á esa desgraciada, traedla, ya las monjas están en coro y no podrán verla, con excepción de sor Refugio que es mi secretaria y la de todas mis confianzas.

—Está bien, os encargamos que la portera no se entere, porque habla sin cesar y creemos muy poco seguro el secreto.

—Bien, afortunadamente ha ido al refectorio, le he dado licencia de anticipar su colación.

Los frailes salieron á la calle, se acercaron al coche é hicieron bajar á Rosalía.

La abadesa « tosió » y al momento entró sor Refugio.

Hija mía, queridita mía, dijo la monja, nos van á traer á una novicia escapada de la Enseñanza de México, vos sola sabéis esto y cuidado con decirlo á nadie; la vamos á poner en el « apartado ».

—Ya he oído todo.

—Os prohibo que escuchéis.

Es regla del convento, ninguna religiosa puede hablar con alguien sin tener una escucha.

—Sois muy sabidilla y por eso os quiero.

Los misioneros condujeron á la hija de Treviño á la portería.

—Quedáis en este convento hasta nueva orden.

Rosalía sollozaba terriblemente.

—Nos veremos, reverenda madre.

—Cuando guste su paternidad.

Los frailes salieron dejando á la infeliz joven en aquel nido de palomas, bajo la vigilancia de un gavilán.

XLIV.

—Pase la condenada, dijo la abadesa; y vos, sor Refugio, llevadla á donde os he dicho.

La joven se arrojó á los pies de la monja llorando de desesperación.

Rosalía estaba en la mitad de la vida, en el zenit de la belleza y del encanto, cuando la mujer se encuentra en la plenitud del desarrollo.

La abadesa fijó sus miradas indagadoras en el semblante de la hija de Treviño y le pareció sumamente hermosa.

La belleza física determina siempre en favor de quien la posee.

—Alzaos, joven, alzaos, aquí estaréis á nuestro cuidado: sor Refugio, que pase primero á nuestra habitación, la oiremos y después se verá la determinación que se toma.

Sor Refugio, acostumbrada á ver que una nueva simpatía quitaba de la privanza de la abadesa á la monja más predilecta, se sintió ofendída y temerosa.

—Ved, madre abadesa, que eso es contravenir las órdenes que habéis recibido de los reverendos padres.

—No os importa, haced lo que mando.

—Caí de su gracia, pensó sor Refugio, y sin replicar llevó á Rosalía á la celda de la superiora.

XLV.

El convento de Santa Clara estaba en un silencio tenebroso, el aire azotaba los faroles de los corredores, cuya luz vacilaba á los golpes del viento.

La esposa del capitán Don Félix esperaba en la celda á la superiora, que después de recorrer los dormitorios se entró en su aposento.

—¿Habéis descansado, hija mía?

—El dolor que hay en mi alma no me ha permitido un momento de reposo.

—Ya os iréis tranquilizando: contadme vuestras desgracias, me interesa por vos; en presencia de los misioneros he tenido que aparentar un genio cruel del que estoy muy distante.

Rosalía refirió sus infortunios á la abadesa de Santa Clara, que sintió algo de conmoción al escuchar un tan verídico y triste relato.

—Me habéis contado, hija mía, una historia anónima, habiendo tenido cuidado de ocultar los nombres; aún no sé quién sois ni cómo os llamáis.

—Me llamo Rosalía Treviño.

—¡Treviño exclamó la abadesa, ¿sois hija del portugués á quien dieron tormento en la Inquisición?

—¡Dios mío, Dios mío, gritó la joven; mi padre en el tormento!...

—Sosegaos, yo creía que eso estuviese á vuestro alcance.

—¡Yo no sabía esa infamia!

—¡Callad!

—Padre mío! padre de mi alma!

—Volved á vuestro juicio, esto hace algunos años.

—¡Pero si es increible tanta maldad!

—Vos ignoráis un lance que pasó en aquella hora; vuestro padre no se llama Manuel Treviño, es Alvaro Núñez de Clavijero, hermano del inquisidor.

—¡Eterno Dios!... ese monstruo no tiene la sangre de mi padre!

—Los juicios de Dios!

—Decidme, por compasión, si sabéis algo de él, decidme si existe.

—Lo ignoro, he sabido todo lo que os he dicho y no me he aventurado.

—Ese miserable debe estar apurando la hiel de su abominable crimen digno castigo á sus maldades.

—El señor inquisidor se ha retirado al convento de Carmelitas.

—En el silencio de la celda verá la sombra de su hermano sacrificado impíamente á sus ambiciones, porque sabedlo, señora, mi padre era inmensamente rico y sus tesoros le han abierto las puertas del Santo Oficio.

—¡Callad! no sabéis que las paredes oyen?

La joven enmudeció de repente; porque á las palabras de la abadesa pareció responder el eco de unos pasos que se alejaban á lo largo del corredor.

—Somos perdidas, dijo la abadesa, nos han escuchado, entrad en ese aposento.

Rosalía, asustada, penetró en la estancia y se arrojó en el lecho llena de desesperación.

La abadesa tomó asiento en un sillón próximo á la mesa y esperó la llegada de una persona.

Había pasado media hora cuando entró en el aposento fray Angel de la Divina Infantita.

Cruzóse el fraile de brazos ante la abadesa, y le dijo en tono de reconvención:

—¿Así os portáis, señora, cuando el Santo Oficio hace tanta confianza de vos?

—En nada he delinquido.

—Habéis revelado el secreto de los hermanos Núñez de Clavijero.

—Fué en un acto de irreflexión.

—¿Qué esperáis de esa mujer?

—Nada.

—¿Entonces?

—No lo sé.

—Pues bien, tras la huella de Rosalía, hace catorce años anda la Inquisición, y súbitamente me la encuentro en este lugar.

—Yo ignoraba...

—Sí, porque vos no podéis estar al tanto de los negociso de la «casa.»

—Es verdad.

—Pues bien, necesito que me entreguéis á esa mujer.

La abadesa no respondió.

—¿No me habéis oido?

—Perfectamente; pero esa criatura no está á mi disposición, está en depósito solamente.

—Lo sé, pero la Inquisición está sobre toda autoridad y yo os la reclamo en su nombre.

—Necesito una orden por escrito.

—No es necesaria, firmaré yo mismo la orden.

—Creo no se extienden á tanto vuestras facultades.

—¿Me desafiáis?

—No, señor.

—Pues entregadme á la hija de Alvaro de Clavijero.

—Perdonad, pero...

—Yo os conjuro á...

Tres golpes sonaron sobre la puerta de la celda

—Dejad que me oculte.

—Que sea pronto.

El fraile se puso tras la mampara de la pieza interior.

—¿Qué se ofrece, sor Refugio?

—Señora, el sacristán avisa que un alguacil de la ciudad acompañado de una dama, llama á la portería del convento.

—Bajad y preguntadles qué se ofrece, advirtiendo que es contra nuestra regla recibir á nadie á estas horas tan avanzadas.

Sor Refugio atraída por la curiosidad, bajó precipitadamente las escaleras y se presentó en la portería.

—¿Qué se ofrece?

—Abrid en nombre del rey.

—Esa es persona muy respetable; pero, ¿quién sois?

—Un alguacil de la ciudad.

—Sea en buen hora.

—Sor Refugió entornó la puerta.

—Necesito hablar con la abadesa: decidla que la condesa del Milagro la necesita.

—¡Hola, una condesa! murmuró la monja.

—Aguardad un momento, añadió en voz alta.

—Está bien.

Sor Refugio volvió á la celda de la superiora.

—¡Señora! señora! la condesa del Milagro os espera.

—Se trata de una condesa, ¿eh? pues al momento.

Rosalía al escuchar el nombre de su protectora, salió en pos de las monjas sin que estás lo notaran, mientras fray Angel quedaba secuestrado en la celda de la abadesa, donde había entrado por orden del Santo Oficio.

XLVI.

—¿Qué manda la señora condesa?

—¿Sois la superiora?

—A la órdenes de la señora condesa.

—Os traigo una orden del señor corregidor.

—Está bien, señora condesa.

—Aquí la tenéis.

—Con vuestro permiso, señora condesa.

La superiora leyó para sí: «La abadesa del convento de las Claras de Querétaro, mantendrá en depósito á una jóven que ha sido traída por los misioneros y confiada á su cuidado; no permitiendo á ninguna autoridad disponga de la señora Rosalía Treviño, teniendo solamente permiso para hablarla la señora condesa del Milagro.»

—Serán acatadas las órdenes del señor corregidor, señora condesa.

—¡Señora! ¡señora! exclamó Rosalía arrojandose en los brazos de doña María; os vuelvo á ver después de tantos años!

—¡Hola! conque se había deslizado! dijo por lo bajo la abadesa; es necesario mucho cuidado, ya se ha huído de un convento y temo que consume deserción á la hora menos pensada.

—Sosegaos ,dijo doña María, muy pronto estaréis en vuestra casa.

—Yo lo espero todo de vos.

—Estad tranquila, no pasarán muchos días.

Fray Angel de la Divina Infantita se fastidió de estar solo y bajó á espiar lo que pasaba en la portería.

Fijóse en el semblante de la condesa, y dió un grito de espanto, había reconocido á la madre Paulina.

XLVII.

Luego que la junta de los conspiradores se divolvió, la atmósfera del entusiasmo comenzó á entibiarse en los ánimos vulgares de algunos conjurados, que se estremecían sólo al pensar que iban á levantarse contra su rey.

El secretario don Mariano Galván se retiró á su casa lleno de inquietud, no pudo conciliar el sueño, le parecía oir el tumulto revolucionario, la detonación de las armas y creía ver correr á torrentes la sangre.

Levantóse muy de mañana y se dirigió á la casa de correos, llamó

aparte al administrador Don Joaquín Quintana y trémulo de emoción le dijo:

—Señor, tengo que comunicaros un gran secreto.

—Estoy pronto á escucharos.

—Señor, he cometido una falta horrible, mi conciencia me acusa de un crimen, y en descargo á ello vengo á denunciarme.

El administrador esperó á que continuase Galván.

—Sabed, señor, que he partenecido hace algunos meses á una junta de conspiradores.

—¡ Desgraciado!

—Sí, muy desgraciado, pero mi falta acaso sirva para salvar la existencia de los europeos.

—¿ Qué decís señor Galván?

—Que se trata de asesinar á todos los españoles.

—¿ Y han meditado ese plan abominable?

—Señor, oidme con calma, cred que yo fuí á las juntas por curiosidad y sin querer lo que esos hombres querían, ni pensar lo que ellos piensan, estuve en su compañía... ¡ qué horror!... ¡ qué horror!...

—Vamos, señor Galván, tranquilizaos; el gobierno y yo os lo garantizo ,perdonará vuestra falta en gracia de la delación: ponedla por escrito, firmadla y yo la presentaré; pero antes contadme todo, absolutamente todo.

—El señor cura de Dolores, dijo Galván, trae revueltos á los pueblos y tiene seducidos á varios jefes del ejército.

—¿ Sus nombres?

—Allende, Abasolo, Aldama, los hermanos González y multitud de personas cuyos nombres ignoro.

—Seguid, seguid, que yo tomo nota de vuestras palabras .

—El señor Hidalgo, que tiene un lenguaje ardiente y terrible, los ha hechizado con la magía de su palabra: los más de la reunión que son jóvenes, se han dejado llevar por su ardimiento y la revolución está al estallar .

—¿ Nada más eso sabéis?

—Hay algo más, señor de Quintana.

—¡ Cuidado con callar circunstancia alguna!

—Señor, el corregidor Domínguez es uno de los conspiradores.

—¡ Imposible!

—Creedlo, y su esposa doña Josefa Ortíz está en la trama, ya conocéis qué viva es y qué inteligente.

—Ved lo que decis, señor de Galván.

—Así mi alma se salve, como es absolutamente cierto cuanto os he dicho.

—Ved que os comprometéis en una falsa denuncia.

—Estoy pronto á probar cuanto he tenido el honor de deciros.

—Escribid de vuestro puño y letra, no hay que perder tiempo.

—Creo que el tumulto debe ser muy pronto.

—¿ Y no sabéis el plan ?

—Apoderarse de todos los europeos y proclamar la «independencia.»

—¡ La independencia!... horror!... abominación!... escándalo!... vamos amigo mío, escribid, esos monstruos deben sufrir un castigo terrible quererse robar una nación!.. no, esto no se comprende, es imposible...

avisaré al señor Riaño, ese hombre sí es de fibra y sabrá reprimir á los revoltosos.

Galván se puso á escribir con mano trémula su delación infame, y la entregó al administrador de correos.

XLVIII.

Quintana se puso en camino para México, donde llegó á los cuatro días y se encerró con el oidor Aguirre y le entregó el pliego firmado por Galván.

El oidor, que seguía en sus luchas acostumbradas y tenía una gran desconfianza del regente Catani, no quiso darle á este el triunfo de apagar una revolución y previno á Quintana que Fernando Romero Martínez, uno de los principales europeos del comercio de Querétaro, y don José Alonso, sargento mayor y comandante de las compañías del regimiento de Celaya, observasen los pasos todos de los conspiradores introduciendo agentes en las juntas para descubrir los planes todos de los conjurados.

Luego que Quintana salió por la posta regresando á Querétaro con las instrucciones del oidor, hizo llamar á los comisarios regios D. Juan Antonio Yandiola y D. José Luyando, que acudieron á la cita del oidor.

—Graves noticas, amigos míos, muy graves.

—¿Se alza Catani con el gobierno?

—No es eso.

—¿La audiencia se resiste á la recepción del nuevo virrey?

—Eso no vale nada.

—La Inquisición se apresta á....

—No adivinaréis nunca.

—Pues sacadme de esta incertidumbre.

—La provincia de Guanajuato está ardiendo.

—¿Se trata de alguna reacción?

—Caballeros, se trata de la Independencia de México.

Aquellas palabras cayeron como una bomba entre aquellos hombres.

—Repetid, señor oidor, repetid, me parece que hemos escuchado mal.

—No señores, habéis oído perfectamente: los principales personajes de esa provincia están comprometidos y son los autores de la gran revolución que va á estallar.

—¡Pero eso no pasará de!...

—Ved, señores, este documento.

Los comisarios tomaron el papel y lo leyeron detenidamente.

—En efecto, la cosa es grave, dijo Aguirre; esos jóvenes soldados son atrevidos y valientes, pero no me causan tanta inquietud como el cura de Dolores.

—¿Y por qué os habéis fijado en esa persona?

—Señores comisarios, hemos procurado desde los primeros días fanatizar al pueblo, tenerlo bajo la presión de la autoridad civil y religiosa, pesar en su ánimo con la voz del rey y el aliento de Dios; así ha vivido extinguiéndose uno á uno sus recuerdos y tradiciones prosternado

delante del altar y con la rodilla en tierra ante el trono; pues bien, luego que un sacerdote levante la enseña de la revolución rasgando ese velo que ha contenido la luz y mantenido una densa tiniebla delante de sus ojos, entonces, todo ese gran trabajo de tres siglos, vendrá por tierra como un castillo levantado sobre la espuma de las olas!

Aquel lenguaje sombrío y fatídico impresionó á los interlocutores.

—Es necesario evitar el primer grito, la primera palabra, porque ella será el relámpago que preceda al trueno, nuncio de una tempestad terrible.

—Me acobardáis, señor oidor.

—Y sin embargo, es la verdad.

—¿Y qué pensáis hacer?

—No he querido confiar el secreto á ese miserable de regente, porque es un hombre sin talento ni discreción.

—Es verdad.

—Ese hombre comprometería una situación tan difícil.

—Encontrad un medio.

Después de algunos momentos de reflexión, el oidor tomó por el brazo á los comisarios y les dijo:

—Fío á vosotros el éxito de esta empresa.

—Ordenad, estamos prontos á todo.

—Venegas, el nuevo virrey, acaba de desembarcar; poneos en marcha, lo encontraréis en Jalapa y lo pondréis al tanto de lo que pasa; le hablaréis con voz autorizada del peligro que está corriendo la colonia!... ¡ay de la América si llega á estallar esa revolución!

—Dentro de dos horas estamos en camino.

—Es necesario que vayáis á recibir órdenes del regente, decidle que vais á anticiparos con Venegas para hablarle de vuestra misión; creed, caballeros, que vais á prestar un gran servicio á la España.

—Comprendemos perfectamente vuestra intención.

—Escribid luego que lleguéis, regresad con Venegas, no os separéis de su persona ni un solo momento, y ponedme al tanto de las providencias que tome.

—Está bien, nos tenéis á vuestras órdenes.

—Cumplid fielmente y mereceréis bien de la nación española.

Los comisarios dejaron la casa del oidor y fueron en seguida á palacio, se despidieron del regente y se pusieron en camino para Veracruz.

PARTE CUARTA

I.

El sargento Garrido que había hablado con el cura Hidalgo, y de quien éste desconfió á primera vista, entró en una profunda inquietud no pudiendo vencer sus escrúpulos; le parecía un sacrilegio atentar á la autoridad puesta por el rey, no alcanzaba cómo se tomaría una arma para dispararla contra los soldados de su majestad, ni con qué aliento sería capaz de gritar en contra del soberano.

Su espíritu pusilánime cedió á la fuerza de la costumbre, á la presión ejercida en su alma desde sus primeros años, y se resolvió á la denuncia.

Garrido estaba de regreso en Guanajuato.

Llamó á la puerta de la casa de D. Francisco Bustamante con esa solemnidad de los que van á comprometer con su dicho la existencia de algunos seres confiados á su buena fe, y lo reveló todo al capitán de su regimiento, quien puso al tanto al Mayor de su cuerpo Diego Barzabal, que dió parte al intendente Riaño.

El intendente hizo comparecer al pérfido Garrido, supo de sus labios cuanto había éste presenciado, y reveló la conversación que tuvo con el cura Hidalgo.

—Yo me ofrezco, señor intendente, decía Barzabal, á traeros aquí los conspiradores; démosles el golpe de gracia, vea su señoría que mañana puede ser tarde, y considere que se trata de la existencia de todos nosotros.

—Habéis cumplido con vuestro deber, ahora á mí me toca mi turno; marchad á la hacienda de « La Tlachiquera » decidle á D. Francisco Iriarte que desde aquel punto esté en observación de lo que pase en el pueblo de Dolores y avise luego que note cualquier movimiento.

—Sería mejor aprehenderles.

—Haced lo que os ordeno.

—Acordaos, señor intendente, que fuí el primero en aconsejaros cortar el mal de raíz.

—Me olvidaba, dijo Riaño, es necesario cubrir las apariencias: poned preso al sargento Garrido para evitarle la nota de denunciante.

—Así lo haremos.

—Guardad el mayor sigilo, porque si lejamente se entendiese que la conspiración está descubierta, no será posible averiguar algo; conocéis á los criollos, ni en el tormento confesarían su crimen.

Salió Barzabal á cumplir con las órdenes del intendente.

Riaño tocó la campanilla y se presentó un ayudante.

—El secretario.

A pocos momentos entró en el despacho del intendente su secretario, que se puso al bufete esperando que se le mandase escribir.

Riaño acostumbraba dictar desde su asiento y en voz alta.

Estuvo largo tiempo meditando; levantóse al fin, acercóse á la mesa

y en voz sumamente baja dictó una orden, que debía ser de suma importancia, porque el secretario se puso densamente pálido y la pluma comenzó á temblar entre sus dedos.

—Mucha reserva, señor secretario, dijo el intendente.

—Ya me conoce su señoría.

—Es el negocio tan grave, que no está por demás la recomendación.

—Está bien, señor.

—Entregad vos mismo la comunicación al correo, y que salga por extraordinario inmediatamente.

El secretario dejó el despacho, salió á la calle, donde encontró á un embozado.

—Señor ,dijo el desconocido, que era un hombre del pueblo, aquí me tiene su merced.

—Mira, «Pípila,» dijo el secretario, vas á hacer una de las tuyas que todas son buenas.

—Diga su merced.

—Está en peligro la vida de tus amos y amigos míos.

—¡Demonio! soy capaz de...

—Se necesita que salgas al momento para San Miguel el Grande y entregues este papelito al capitán Allende.

—Al instante.

—Mira, «Pípila,» que va á salir un extrardinario dentro de un cuarto de hora y si te toma la delantera todo se ha perdido.

—No tenga cuidado su merced, á mí no me alcanza ni el diablo en figura de golondrina.

—Toma dinero.

—Guárdeselo su merced, que ese es mucho peso para quien va tan de prisa.

—¿Tienes caballo?

—No importa, lo buscaré.

—Pero ¿dónde?

—Donde haya caballos, y hasta luego, que se pierde el tiempo en tanta contesta.

—Dios vaya contigo.

—Y quede con su merced.

Fuese el « Pípila » pensando la maña que se daría para hacerse de una cabalgadura, cuando tropezó á pocos pasos con un reverendo fraile que venía á la intendencia.

—Muchacho, toma esta mula mientras llegan mis criados.

—Está bien, señor.

—Te he visto salir del palacio; está haí el señor Riaño?

—Como que acabo de hablar con él.

—Bendito sea Dios, que lo encuentro á tan buen tiempo.

—Suba su paternidad, que yo le cuido la mulita.

Subió el fraile, que era nada menos que fray Angel de la Divina Infantita, que iba á Guanajuato en pos de Riaño á contarle que el corregidor Domínguez se rehusaba á entregarle á una novicia que él pedía en nombre del Santo Oficio.

Luego que el « Pípila » vió al fraile tocar el último escalón, trepó en la mula y azotándola sin misericordia se dirigió á todo escape ganando el camino de San Miguel.

II.

El capitán Arias, nombrado iefe principal del movimiento, supo la prisión de Garrido, y desesperando al creer descubierta la conspiración, en un arranque de despecho se delató en Querétaro ante el alcalde Don Juan Ochoa.

Manifestó el capitán, en presencia del sargento mayor Alonso, todos los planes de Hidalgo y sus compañeros; diciendo que aun era tiempo de evitar ese torrente de sangre próximo á desbordarse.

Aquella denuncia era la más terrible por todos los visos de certeza; así es que Ochoa envió al capitán Juan Fernández Domínguez al encuentro del virrey Venegas, que venía en marcha triunfal y entre arcos de flores á la capital de Nueva España.

Domínguez llevaba consigo la lista de las personas comprometidas en la revolución, y las instrucciones todas para dar cuenta al virrey de la trama de los conspiradores.

La revolución estaba perdida, las nubes cargadas de eletricidad desprenderían el rayo y caería irremisibilmente sobre la cabeza de los primeros hombres de la independencia.

IV.

Al anochecer del 13 de Septiembre, el español Francisco Buera, á quien hemos visto hablar con el cura Hidalgo, y comprometerse en el « tumulto, » se llegó al juez eclesiástico de Queretaro, doctor don Rafael Gil de León, y le hizo una delación minuciosa de lo que había pasado en las juntas y de cada una de las circunstancias que mediaban en el negocio de la revolución.

Buera afirmó que aquella misma noche iba á estallar el « tumulto » y que los españoles serían pasados á cuchillo irremisibilmente.

Denunció el lugar donde estaban las armas, quienes fabricaban cartuchos, y el acopio de materiales que se encontraba en las casas de Sámano y Epigmenio González.

Púsose el reverendo padre como un energúmeno, y envolviéndose en su manteo, se dirigió á escape en busca del corregidor Domínguez, ignorando que estaba iniciado en la revolución.

—Señor de Domínguez, señor corregidor, nuestra cabeza está en peligro, estos miserables nos tratan de degollar vivos.

—No comprendo al señor juez eclesiástico.

—Señor corregidor, señor Domínguez, nos están bebiendo los vientos, hoy nos cuelgan de los barandales.

—Expliquese con claridad el señor doctor, yo se lo ruego.

—Señor corregidor, señor Domínguez, esta misma noche estalla la revolución, si no aprehendéis á los infames que constan en esta lista y les capturáis las armas y el parque.

Domínguez era un hombre de calma, pero no pudo menos que inmutarse, considerando que no solo su existencia estaba en peligro, sino la de sus amigos.

La esposa del corregidor, que había escuchado desde la pieza inmediata las palabras del juez eclesiástico, temblaba como un epiléptico.

—Llamad al escribano que lleva vuestro mismo apellido, al escribano Domínguez, es hombre vivo y propio para estos lances, él ayudará.

El doctor tocó la campanilla, á cuyo toque se presentó su criado.

—Llamad al escribano que debe estar en la oficina, dijo el corregidor.

Domínguez acudió como los buitres al husmo de algún cadáver.

—Vamos á la prática de una diligencia, señor escribano.

—Al momento.

—Se trata de unos conspiradores, exclamó el doctor.

El astuto Domínguez, enterado de la denuncia de Arias, estaba al alcance de los trabajos revolucionarios, y hasta de que el señor corregidor pertenecía al número de los conjurados.

—¡Hola! ¡hola! señores, se trata nado ménos que de los revoltosos que conspiran hace tiempo con desprecio de las autoridades!

—¿Sabíais algo de esos manejos, señor escribano?

—Rumores, señor doctor, rumores que siempre reconocen algún origen y que ahora mismo vamos á averiguar.

—Id presto, señores.

—Enviad señor corregidor, un aviso al comandante de brigada para que nos auxilie en el cateo, diligencia que probablemente vamos á practicar.

—No tengo inconveniente, dijo el corregidor.

—Para mayor seguridad irán con nosotros mis yernos el capitán Rubio y Fernando García.

—Me bastan el cochero y el lacayo, señor escribano, yo jamás he tenido miedo.

—Ya lo comprendo, señor corregidor.

—Afortunadamente, pensó el escribano, si es un lazo el que se me pone, me acompaña una pistola y un puñal,

El comandante de brigada, llamado por Dominguez, acudió con cuarenta hombres.

—Tomó veinte soldados y se dirigió á la casa de Sámano, mientras el corregidor y el escríbano marchaban á la de los hermanos González, que dormían tranquilos sin sospechar que la conspiración estaba descubierta.

IV.

El infeliz corregidor, presa de una angustia mortal, iba á aprehender á sus mejores amigos y compañeros en el plan de la independencia de México.

Domínguez temblaba, no ante el peligro, porque era hombre de mundo y acostumbrado á las vicisitudes, sino al pensar que se le juzgaría traidor por aquellos á quienes había lanzado al terreno escabroso de un levantamiento.

La palabra « traición » sonaba en sus oídos con un eco terrible, su corazón de hombre honrado rechazaba toda tentativa de sospecha.

¿Cómo salvar á sus compañeros? ¿Cómo indicarles el peligro que corrían?

Era necesario hacer algo, por lo cual comprendiesen lo que pasaba.

Los hermanos Gonzáles vivían en la plaza de San Francisco; el corregidor llamó con estrépito á la puerta con objeto de introducir

alarma; pero el infernal escribano había prevenido de antemano al jefe de la fuerza y las azoteas estaban coronadas de soldados.

—¿Quién llama? preguntó la voz conocida de Epigmenio Gonzáles.

—Está en la ratonera ese hombre, murmuró el escribano.

Y luego alzando la voz dijo:

—Abrid, caballero, á la justicia.

—No os conozco.

—Aquí está el señor corregidor Domínguez.

—Os digo que no os conozco.

—Señor capitán de guardias, echad esa puerta abajo.

Los soldados, que tienen gusto particular por esas escenas, se acercaron para cumplir las órdenes del escribano.

Entonces el corregidor Domínguez dijo con acento trémulo:

—Abrid, señor Gonzáles, soy yo.

—Eso es otra cosa: pasad, señores, y perdonad; pero corren unos tiempos en que es necesario desconfiar de todo el mundo.

—Tenéis razón.

El corregidor estaba en ascuas.

Penetró violentamente por las piezas todas del edificio, fingiendo examinarlas con cuidado y cubriendo las apariencias del modo que lo permitía la agitación de su espíritu.

—Vámonos, aquí nada existe de lo que nos han dicho, ya hemos registrado toda la casa.

—Pero, señor, observó el escribano, éste ha sido un paseo, falta catear.

—¿Y qué os importa á vos? dijo con altanería González.

—Ya, ya veréis lo que me importa, conozco bien la casa y estoy seguro de no dejarme sorprender como el señor corregidor; ved, señor Domínguez, esta es la puerta del comeder, aquí debe existir otra de comunicación para la recámara; vedla, ó por mejor decir, adivinadla, porque esos tercios la cubren; vamos, muchachos, retirad este algodón.

Epigmenio Gonzáles y el corregidor palidecieron.

Los soldados mudaron los tercios y la puerta apareció.

El escribano, que parecía tener cien ojos como los mónstruos del Apocalipsis, se arrojó sobre la cerradura que cedió al empuje de sus recios pulmones.

En la pieza se encontraban algunos hombres que elaboraban parque con una actividad asombrosa.

No sólo se hacían cartuchos, sino que se disponían picas y otros útiles de guerra.

El corregidor insistía en separarse de la casa; pero el escribano poseído de Satanás, siguió de oficio sus investigaciones, entrando en otras piezas donde exstían acopios de armas y municiones.

Domínguez, en vista de aquel resultado, dijo á Gonzáles y á su hermano:

—Quedáis presos en vuestra casa, así como todas las personas que os acompañan.

Gonzáles notó en el semblante del corregidor lo que pasaba en su alma y esperó á ver claro, entregándose sin resistencia á prisión.

—Yo me quedo á custodiar á los presos, dijo el escribano, me quedo con la tropa y no me moveré de aquí de ninguna manera.

Epigmenio Gonzáles, que era un hombre terrible, se adelantó al escribano y dijo con acento iracundo:

—Ya me tenéis reventado con vuestra presencia é infamia; si no os largáis en el acto, le pego fuego al parque y volamos todos hechos cenizas.

—Al istante, dijo el escribano aterrorizado; sois muy capaz de realizar vuestra amenaza; yo os dejo bajo la responsabilidad de la fuerza armada; buenas noches, señores.

Y se escapó lijero como una exhalación.

IV.

La señora doña Josefa Ortiz, esposa del corrigidor, quedó profundamente inquieta al saber que todos los hilos de la conspiración estaban en la manos de las autoridades.

Impetuosa y llena de un ardor heróico y patriotico, siguió su primer instinto, tomó un « rebozo » para disfrarse de mujer del pueblo y quiso lanzarse en busca de los Gonzáles para salvarlos; pero el escribano había puesto llave al zaguán.

Romper la puerta, hubiera sido difícil y ademas escandaloso.

La infeliz matrona recordó que no solo peligraban las personas de Queretaro; sino el cura Hidalgo y los jóvenes militares.

La recámara de su habitación caía á la vivienda del alcaide de la cárcel, la que, como en casi todas las capitales de provincia, estaba en los bajos de la casa del gobernador.

El alcaide, llamado Ignacio Pérez, era una de las persona comprometidas en el movimiento por sugestiones de la señora Ortiz y ambos estaban de acuerdo en ese grave asunto.

La señora Domínguez comenzó á dar fuertemente en el piso, que como hemos dicho daba á la vivienda de Perez.

—Buen jaleo traen allá arriba, decía el alcaide.

Los golpes contínuaban.

—Vamos, no puedo escribir con esta lluvia de tierra.

Los golpes se hacían cada vez mas fuertes.

Este no es baile... pero Ignacio Pérez, algo debe acontecer, seguramente el corregídor está enfermo, y como ya está la noche tan avanzada me pide auxilio.

Calóse su birrete, se envolvió en su ancha capa española y salió á la calle.

—¡Señor Pérez! ¡señor Pérez! gritó la corregidora desde el balcón.

—¿Hay novedad?

—Hablad más bajo, ved que os comprometéis.

—Subiré entonces.

—No puede ser, se han llevado la llave.

—¿Qué diablos pasa? murmuró Pérez.

—Estamos perdidos, alcaide.

Ignacio Pérez abrió inmensamente la boca.

—Nos han denunciado y en este momento catean la casa de los Gonzáles.

—¡Dios mío! exclamó el alcaide.

—Serenaos; porque si no, todo se pierde.

—Hablad, señora, tiemblo como un azogado.

—Nuestros amigos van á ser aprehendidos y tal vez pasados por las armas.

—¡Callad, señora!

—Se necesita que aviséis con una persona de confianza al capitán Allende.

—¿Pues qué pensáis?

—Iré yo mismo, sí, en persona.

—¡Gracias, Dios mío! exclamó la esposa de Domínguez; Ignacio Pérez, marchad al momento, decidle al capitán lo que pasa y el corregidor se ha visto en el lance más terrible al tener que sujetar á la acción de la justicia á los conjurados; pero que cuenten con nosotros, yo nada temo y estoy dispuesta á sacrificar la existencia por el pensamiento santo de esta revolución... No dilatéis, ved que el tiempo vuela y los instantes son preciosos... si Allende no esta en San Miguel, volad al pueblo de Dolores, hablad con el cura Hidalgo, decidle la angustia que sufrimos y la situación terrible en que nos encontramos.

—Adiós, señora.

—El os ilumine para salvar tanta existencia comprometida.

La esposa de Domínguez, aquella mujer sublime á quien le rinde culto nuestra historia, ignoraba en aquellos momentos que su nombre sería guardado con infinita ternura en las páginas benditas de nuestra independencia.

Luego que Ignacio Pérez se entró en la cárcel para disponer su violenta marcha, nuestra heroína se arrodilló delante de la Virgen, enclavijó sus manos, y fijando sus pupilas llenas de lagrimas en el rostro angustiado de la madre de Dios, oró con ese aliento que presta al corazón la angustia humana en las horas más negras de la tribulación.

. . . . . .

A los diez minutos se oyó el galope de un caballo que tomaba rumbo á las cuestas de Santa Rosa.

VI.

Luego que amaneció, la Sra. Domínguez envió á llamar al padre Sanchez, su confesor.

El padre Sánchez era un buen sacerdote, no había tomado participación en la revolución, pero la deseaba con ansia, porque en ella veía la emancipación de un pueblo.

—Padre mío, dijo la Sra. Domínguez, anoche se ha verificado con el mayor sigilo la aprehensión de todos mis amigos.

El religioso se extremeció.

—Sabedlo de una vez, nos han denunciado.

—¿Y qué hacer, señora?

—Es necesario dar conocimiento de todo á los amigos que permanecen libres.

—Estoy dispuesto á salvarlos.

—Para evitar sospechas, mi hijastra os acompañará; id á la casa

de Arias, decidle al capitán que su arrojo puede salvar la situación; que no vacile en dar el grito de libertad; grito que será secundado instantáneamente, porque los ánimos se encuentran preparados para la revolución... sí, yo estoy segura que una sola chispa provocará el incendio... Decidle que la patria lo espera todo de él, que cuenta con armas y con hombres, que salve á todos sus compañeros; id, id al momento, no es tarde aún, y puede recuperarse todo lo perdido hasta ahora.

Levantóse el sacerdote, y seguido de la joven fué en busca de Arias, el famoso capitán que debía ser el alma de la revolución, y que en un acceso de despecho había arrastrado á los conjurados á un abismo con su delación.

Arias escuchó con enfado al sacerdote que le transmitía las palabras entusiastas de la Sra. Domínguez.

—Decidle á la esposa del corregidor, que me veo en este compromiso por haberme fiado de quien no debía; agregad que tengo tomada mi resolución.

Dios no quiso que un miserable delator fuera el primer héroe de nuestra independencia.

Arias se marchó en seguida á la casa del alcalde Ochoa y delató impíamente á la Sra. Domínguez.

—Señor alcalde, dijo aquel hombre degradado, el corregidor está representando una farsa tristemente ridícula, ese hombre es nuestro cómplice, y su esposa, mas atrevida que él, ejerce la propaganda con una audacia sin nombre.

—Es necesario poner en cintura á esa familia, la tranquilidad y el porvenir del reino están comprometidos; sí, nos provocan, nos insultan, quieren nuestra sangre: veremos cuál se derrama primero... esta lucha es horrorosa... ellos la han provocado, les hemos ganado por la mano, veremos si se alza un brazo vengador; sabemos que se juega el todo por el todo en cada tumulto y no nos arredramos... estos criollos se han alentado con los sucesos de España, pero es necesario hacerles comprender que esos negocios nada tienen que ver con ellos, la obediencia es su consigna, y ¡ay de los que se rebelen!

—Procedamos á la prisión del corregidor y su esposa.

—Es de urgente necesidad; vos me ayudaréis señor capitán Arias.

—Estoy dispuesto á cuanto ordenéis; pero salvadme.

—Ese es asunto arreglado, haced traer á vuestros soldados.

—No creo que haya resistencia por parte del Sr. Domínguez.

—Es que tiene mucho partido entre el pueblo y pudiera haber un conflicto.

—Es ya tarde y los vecinos de Querétaro están entregados al sueño.

—Ne están por demás las precauciones.

—Como gustéis, señor alcalde.

Dirigiéronse á efectuar la prisión; pero el Sr. Domínguez estaba en visita.

Señor comandante Alonso, dijo el alcalde, hacedme el favor de llamar al Sr. Domínguez, que está en la tertulia del Sr. Don Juan Lozada.

—Al momento, señor alcalde.

Durante la ausencia de Alonso, el infernal escribano Domínguez llegó donde estaban el alcalde y Arias.

—Os he buscado toda la noche .

—Como que ya nos estabais haciendo falta.

—Ordenad, que ya sabéis que soy el mejor de los alguaciles y escribanos de la provincia.

—Pasad inmediatamente á la casa del corregidor y aprehended á Doña Josefa Ortiz.

—Hum! hum! murmuró el escribano; eso de habérmelas con esa señora, tiene sus puntos y comas.

—¿Le tenéis miedo?

—Más que á Epigmenio Gonzáales que trató de poner fuego á la pólvora.

—Eso sí es original.

—En fin, si me sucede algo, vosotros tenéis la culpa.

—Respondemos de todo.

—¿Hasta de una bofetada que pueda darme la corregidora?

—Manos de dama no ofenden.

—Pero lastiman.

—Id, señor escribano, y no malgastemos el tiempo.

—Dios me preste su ayuda.

El escribano tomó un coche y fué á ejecutar las órdenes del alcalde.

Alonso llegó con el corregidor.

—Perdone su señoria, dijo Ochoa; pero tengo orden de proceder á vuestra prisión.

—¿Vos, señor alcalde?

—Precisamente.

—¿Podreis indicarme el motivo?

—Se os ha denunciado como cómplice de los revolucionarios.

—¡Es original!

—Hay datos, entre ellos el dicho del capitán Arias, á quien tenéis delante.

El corregidor fijó una mirada tenaz en Arias, que bajó los ojos no pudiendo resistirla.

—¿Ese hombre es el que me ha denunciado?

El capitán dijo algunas palabras entrecortadas.

—Señor alcalde, continuó Domínguez con dignidad, disponed de mi persona, pero os suplico que me evitéis la humillación de estar en la presencia de ese miserable.

¡Señor!

—¡Callad! el hombre que se atreve á lanzar á sus semejantes en el abismo de la muerte, no merece que un hombre honrado le dirija la palabra.

Avergonzado Arias ante el aspecto severo del corregidor, se retiró con sus soldados.

—Vamos, Sr. Domínguez, dijo Ochoa, quedaréis preso, ó por mejor decir, detenido en San Francisco.

—Como gustéis.

Era ya tan avanzada la hora, que el hermano portero se había dormido profundamente, y no oyó los fuertes toquidos dados por los alguaciles.

Algunos aseguraron que no fué el sueño del portero, sino que ese día todos los frailes pernoctaron fuera del convento.

Fastidiado el alcalde con la dilación, condujo al señor Domínguez al convento de la Cruz, donde quedó en prisión bajo una fuerte custodia.

VII.

El escribano se fué temblando en derechura á la casa del corregidor.

Llamó á la puerta con más temor que un marido cuando llega tarde al hogar, esperando las furias de una mujer celosa.

—¿Quién diablos llama? preguntó entre diente el portero.

—Avisad á la señora.

—Esa no es respuesta.

—¡Pues soy yo!

—¿Y quién es yo?

—Pues quién ha de ser si no el escribano.

—Eso es otra cosa, entrad.

Domínguez subió la escalera y encontró a la esposa de Domínguez que, alarmada con las prisiones, estaba en vela.

—¿Qué se ofrece, mi querido amigo?

—Nada... es... que... en fin...

—Se os traba la lengua, señor escribano.

—Hay veces que al más valeroso le sucede otro tanto.

—Pues explicadme vuestra presencia á estas horas en casa.

—Ese es precisamente el negocio... hay deberes cruelísimos, señora...

—¡Malo! pensó la Ortiz, se trata de mi esposo.

—¿Le ha pasado algo á Domínguez? añadió en voz alta.

—Es decir... no... pero...

—¡Que habléis, escribano!

—Ya voy, señora.

—Que sea pronto, me tenéis ya los nervios atacados.

—Pues señora, el alcalde Ochoa le acaba de reducir á prisión.

—¡Miserable! exclamó la señora Domínguez, mi esposo es ya la víctima señalada por todos esos hombres declarados sus enemigos personales.

—Le han denunciado.

—Estoy al tanto de todo.

—Item, hay más todavía.

—¿Qué más puede haber después de un atentado tan escandaloso?

El escribano á pesar de su audacia, no tenía el valor suficiente para hablar á la esposa de Domínguez.

—Os veo tan perplejo, que me estáis dando grima; me juzgáis cobarde y apocada y receláis darme noticias más funestas aún: yo os mando que habléis con claridad.

—Sea, puesto que vos queréis.

—Ya os escucho.

—Tengo orden de aprehenderos.

La señora Domínguez dió un paso atrás.

—¡Atreveos, escribano! dijo con resolución.

—Considerad que yo soy enviado.

—¿Y si yo me rehusara á obedecer esa orden tan ridícula?

—Entonces... entonces....

—Vamos, que sois un hombre sin corazón.

—No me insultéis, yo no soy más que el instrumento de ese mandato.

—Si no temiera comprometer á mi esposo, os juro, señor escribano, que pondría á prueba vuestro valor y ese alarde de fuerza que no me impone.

—Esta es mucha mujer! pensó el escribano.

—¿Y dónde me lleváis?

—A mi casa, por ahora, donde se os guardarán todas las consideraciones á que sois acreedora.

—No habléis por Dios de consideraciones, cuando venis atropellando cuantas se le deben á una dama.

—Señora...

—Decís bien, sois un instrumento y nada más; pero os anticipo que no iré á vuestra casa, vuestra presencia me es molesta en extremo, llevadme á otra parte.

—Elegid la que os parezca.

—El convento de Santa Clara.

—Sea como vos lo disponéis.

La señora Domínguez bajó la escalera, rehusando el apoyo del escribano.

Entróse en el coche, que la condujo al convento más aristocrático de la ciudad de Querétaro.

VIII.

El comandante de brigada puso orden al mayor del regimiento de la Reina, para que prendiese á Allende y Aldama. é hizo partir con ella al teniente de dragones de Querétaro, don José Cabrera, que salió para la posta para San Miguel el Grande.

Todos estos acontecimientos pasaban el 14 de Septiembre del año histórico de 1810.

IX.

La junta de Sevilla había nombrado virrey de Nueva España á Don Francisco Javer Venegas, uno de los militares que más se habían distinguído en esa lucha del pueblo español con las hordas de Napoleón I.

Venegas concurrió á la célebre batalla de Baylen, y desde entonces fué derrotado en todos los combates.

Comandante en jefe del cuerpo de reserva, que debía protejer los restos del ejército derrotado en Tudela, fué batido completamente en Uclés.

Diósele en seguida el mando en jefe del ejército de la Mancha, y después de muchos movimientos y operaciones sobre Aranjuez y Toledo, fué derrotado en Almonacid, sobre lo que le hizo varios cargos el general Cuesta.

Cuando se verificó la invasión de las Andalucías y la disolución de la junta central, se hallaba Venegas de gobernador en Cádiz, á cuja junta y á circunstancias de parentesco con Saavedra, individuo de la regencia, debió su nombramiento de virrey de México.

X.

El 12 de Agosto de 1810, avisó el gobernador de Veracruz á la audiencia gobernadora, haber fondeado en aquel puerto la fragata « Atocha » procedente de Cádiz, conduciendo á Don Francisco Javer Venegas, virrey de Nueva España.

El 14 de Septiembre y en los momentos en que la conspiración de Hidalgo era descubierta, hacía su entrada triunfal en México el derrotado de Uclés.

Venegas, dice un historiador, era alto, fornido, avinagrado, labios gruesos, mirar ceñudo y amenazante, cabeza enorme é inclinada sobre el hombro izquierdo... « saevuislle vultus, » como describe la historia á Domiciano.

Presentóse con una enorme « furia » alborotada, y gran patilla.

La « patilla » la usaban entonces en México, los pachones ó « esbirros » del Tribunal de la Acordada, los « matones y toreros » el andar era de un sargento ó cabo furriel atufado y dispuesto á dar muchos palos.

Venegas prestó el « juramento » acostumbrado en la sesión del 14 Septiembre.

Ya hemos descrito las festividades de la colonia, reducidas á poner cortinas en los balcones, repicar incesantemente, quemar miles de cohetes, y hacer salvas de artillería añadiendo el perpetuo clamoreo de vivas á sus majstades y á los virreyes.

El pueblo se divertía gratis, y formaba la diversión de sus amos, que le veían rebullirse en las plazas y seguir á las bandas de música, y pararse frente á palacio esperando que su excelencia el virrey se asomara á recibir los aplausos y palmoteos.

Era ya tal el disgusto de las clases todas de la sociedad, que las fiestas cívicas no pudieron galvanizarlo.

Venegas venía aparejado á la francesa.

—Qué « furia » amigo Marroquín, decía un torero á uno de los de su cuadrilla.

—Ya estamos de moda, respondió Marroquín; nuestra patilla es igual á la de su excelencia.

—De « patillas, botas pantalón, » hechura de Napoleón.

—Cabalmente, y mira, Saca-vueltas, esa fisonomía nada tiene de simpática, yo conozoo á los « bichos » desde que asoman al toril: este tiene mala catadura muy mala.

—La cabeza es de jabalí.

—Y nos ve con un desprecio, que parece perdonarnos la vida. ¡Vive Dios que ya estoy harto de esta gente!

—Tu, aborreciendo siempre.

—Sí, respondió Marroquín; aborreciéndoles; porque tengo mucho que vengar y puede que no esté lejos el día.

—¡Demonio! tu manía de siempre; vamos, que hoy estás en cuerda para manejar la espada y harás lance en la « corrída » de esta tarde.

—Ya estoy más que templado.

—Así me gusta verte.

—Ya me verás en ocasiones mejores.

—Cada vez que te escucho, me da más tentación el motivo de tu enemistad.

—Mira, Saca-vuelta, que hay cosas que es mejor no mencionarlas, porque me pongo hecho un furioso.

—No comprendo nada.

—Es que cuido mucho de que no se me escape una palabra porque temo no poderme contener.

—Yo soy tu amigo, Marroquín, soy hombre de pelo en pecho y no he de descubrir ni pizca.

—La verdad es que ya siento gana de desembuchar; figúrate que hace catorce años que guardo un secreto y ya me ahoga.

—Ya lo creo, á mí me sería imposible callar catorce horas.

—¿Y así quieres que te lo revele?

—Se entiende que hablo de cosas mías, enteramente mías.

—Esos es otra cosa.

—Entre paréntesis, tengo un calor endemoniado, vamos á remojar el gaznate.

—No está mal pensado.

Los dos toreros se dirigieron á la próxima vinatería y tomaron un trago de aguardiente, encendieron sus cigarros y se echaron á pasear por el atrio de la Catedral.

—Vamos, Marroquín, dijo el torero Saca-vueltas; desembucha tu historia, que tengo apetencia de saberla.

—Voy á hacer el disparate de contarla; ¿pero me juras no decir jamás una palabra?

—Te lo juro por nuestra patrona, y así me ensarte un toro por el redaño si digo esta boca es mía.

—Pues bien, óyeme con atención.

—Todo me vuelvo orejas.

—Mi padre era rico, inmensamente rico; nació en Portugal.

—País de brujas.

—Precisamente... y casó en México con una muchacha guapísima que fué mi madre.

—En paz goce.

—La pobre murió al dar á luz á unos gemelos.

—¡Demonio!

—Yo soy uno de ellos. Mi madre era mexicana y nosostros nacimos en su país. Mi abuelita quedó encargada de cuidarnos, y mi padre caminaba con una deshecha fortuna en todos sus negocios. Comenzaron las invidias y las rivalidades en los negocios, y no sé qué diablo de asunto se atravesó con uno de esos señores de la audiencia y hasta con el virrey Branciforte, á quien Dios confunda, que mi padre fué denunciado á las Inquisición.

—¡Caracoles! eso pasa de castaño á obscuro.

—El cebo de tanta riqueza orilló a esos hombres infernales á levantarle calumnias espantosas.

—¡Malditos sean todos ellos! gritó el torero, que era un hombre de corazón excelente.

—Dijeron algo de hechizos.

—¡Qué más hechizos que el oro!

—Alegaron que era portugués, y sin más averiguación aprehendieron a toda la familia.

—¿Y vosotros érais hechiceros también?

—También.

—¿Y la santa de la abuela?

—También.

—Vamos, que ya comienza á subírseme la sangre á la cabeza.

—Un año entero estuvimos en un calabozo horrible.

—¿Un año?

—Poco más, hasta que un día se notificó á mi padre que el inquisidor Núñez de Clavijero iba á proceder á las declaraciones.

—¿Te acuerdas de ese nombre?

—Perfectamente, como que he de buscar al miserable para « beberle la sangre. »

—¡Demonio! ¡demonio! esas son palabras mayores.

—Y tan mayores, que lo juro por la memoria de mi padre.

—Adelante.

—Mi padre estaba ignorante del motivo de la acusación... Mira, Saca-vueltas, tú me has hecho hablar, y esto me indica que después de un silencio tan grande va á caer fuego del cielo.

—Prosigue.

—¡Noche espantosa!... me parece ver el salón; estaba envuelto en tinieblas, sólo se distinguían los aparatos del « tormento. »

—Hasta se me encrespan los cabellos, dijo el torero.

—El inquisidor Núñez de Clavijero estaba arrebujado en un manto negro, y tenía puesto también un birrete negro que le llegaba hasta las cejas; su faz estaba amarilla como una vela de cera y sus manos algo trémulas. Con aquella mano dió la señal de muerte. Es necesario que lo sepas todo. Mi padre, al verse presa de una traición tan desleal é infame, se indignó con esa energía de los hombres honrados, y vertió palabras tal vez inconducentes.

—¿Y entonces?

—Entonces, aquella mano trémula y descolorida se alzó, y... rayos y truenos!

—Hola! hola! gritó el torero.

—El verdugo se adelantó y puso á mi padre sobre unos maderos en forma de cruz; rechinó la madera y los huesos de mi padre crugieron.

—Que cargue el infierno con esa gente, exlamó Saca-vueltas, dando un puñetazo en el muro de la Catedral.

—Mi padre dió un alarido espantoso, al que respondí con otro más hondo de dolor.

Dos enmascarados, sin compadecerse de aquella situación, le descargaron sobre el pecho un golpe con una vara de hierro, que se introdujo en el pecho de donde salió un torrente de sangre.

—¡Eso es más que inhumano, es bárbaro.

—Aquella sangre salpicó mi rostro y aun la siento arder sobre mi frente!

—Marroquín, tú has sufrido lo que ningún hombre.

—Sí, aun falta todavía.

—¡Ira de Dios!

—Me volví para estrechar á mi hermano á quién sentía temblar junto á mí. Estaba en el suelo con los ojos desencajados y los brazos contraídos. Había muerto de terror.

—¡Abominación, infamia!

—Sí, dijo Marroquín con voz ronca, en aquel salón había dos cadáveres, el de mi hermano y el de mi padre.

Algo debió notar el torero en el semblante de su amigo, porque con voz trémula le dijo:

—Marroquín, llora, da gritos, mira que te vas á sofocar.

El joven no respondió.

—¡Que llores, con dos mil demonios! ¡más valía que hubieras callado siempre! Vamos, que uno no es de piedra, y...

—No importa! balbutió Marroquín.

—Pero eso ya debe haberse calmado con el tiempo.

—¡El tiempo! ¡el tiempo! Tú ignoras que hay llagas que el tiempo las haonda en vez de cicatrizar... la mía es una de ellas. Yo necesitaba algo que apagara la sed de venganza que me consume desde entonces. Al fin encontré algo en que desahogarme y acepté esta profesión de sangre y de peligro. Cuando me ves blandir la espada sobre el terreno y aguardar á la fiera con serenidad, no creas que es valor, es que hay algo dentro de mi que me impulsa á la muerte, á paladear la sangre, á empaparme en ella. Entonces mis recuerdos se exaltan, creo que mi hora ha llegado, veo en el toro el fantasma de mi venganza, y lo acometo, y lo extermino, y lo derribo y lo venzo! Sí, mi brazo está empapado en sangre hirviente; yo, jadeante de cansancio y satisfecho!

—Tienes razón.

—Por la noche sueño, sueño con las visiones de mi memoria, con el mundo obscuro de mis recuerdos, y me agito en negras pesadillas, y me parece oír á lo lejos la voz de mi destino.

—Este hombre me asusta, pensó el torero. Vamos, Marroquín, se hace tarde y la corrida comienza á las cuetro.

—Vamos.

XI.

El virrey se entró en el salón de palacio, leyó los despachos de la junta y una lista larga de condecorados, concluyendo con una exposición sencillísima en que pedía á los leales vasallos de su majestad un préstamo de « veinte millones de pesos. »

Acabada la ceremonia se dió un convite espléndido que no supo bien á las autoridades después de la píldora de los millones.

A las cuatro de la tarde avisaron á su excelencia que se le esperaba en la plaza para comenzar la corrida de toros que se hacía en celebración de su llegada á la capital del reino.

En la plazuela del Volador, donde hoy existe el mercado, se improvisó la plaza de toros.

Unos palcos preciosamente adornados con trofeos y banderas y una suntuosa galería, formaban el círculo.

Distinguíase el palco del virrey por su lujosa ostentación.

Cuatro músicas de viento alternaban, y la multitud inmensa que poblaba la plaza no cesaba de gritar.

Presentóse su excelencia y fué saludado estrepitosamente por el pueblo y por los grandes.

Sonó el clarín y la cuadrilla de toreros salió por la puerta que veía al palco de la autoridad.

Marroquín era el capitán; traía un vestido de seda carmesí con borlas y fleco de oro.

La chaquetilla y la gonita cargadas de bordados magníficos, las medias de seda finísima y las zapatillas de seda con moños de oro y listones carmesí.

La camisa de batista y la corbata bordada de oro.

Marroquín era un buen mozo, lucía con todo su esplendor su cuerpo gallardo y su pantorrilla.

Los ademanes eran estudiados, y tenía, sin saberlo, las reglas estrictas de la mímica.

Saca-vueltas era el segundo capitán; su arreo era de azul y plata, y tan rico y lujoso como el de Marroquín.

Seguía el resto de la cuadrilla, tanto de á pie como de á caballo, vestidos con un gusto exquisito.

Llegóse aquella deslumbrante comitiva, saludaron al virrey y se dispersaron por la plaza.

Los caballos ganaron á escape los lados del toril.

Cesó la gritería por un momento en espera de la señal.

Oyóse el eco del clarín y las puertas del toril se abrieron.

Un arrogante toro de Atenco se dejó venir sobre la arena.

Plantóse en la mitad del estadio, reconoció el terreno, escarbó la tierra con su pata y buscó enemigo con quien combatir.

Fijose en un jinete que se le acercaba á galope tendido... retrocedió algunos pasos y se lanzó sobre él con ese arranque indomable de su raza.

El hábil picador lo recibió con la garrocha conteniendo su empuje terrible.

Un aplauso se levantó de aquel mar de gente.

Bramó el toro y buscó instantáneamente la revancha.

Entonces el jinete, queriendo repetir su golpe, no cuidó de presentar el menor blanco á la fiera, y ladeando el caballo más de lo que debía, según las reglas de la tauromaquia, se encontró en una postura incómoda que le impedía manejar su arma con la extensión le su fuerza.

El toro dió sobre el blanco é introdujo el asta en el vientre del caballo, levantándolo en peso con el jinete... ¡asombro de fuerza y de bravura!

Aquella situación no podía prolongarse; derrumbóse el animal herido, dejando cogido al jinete por una pierna.

El grupo de toreros se lanzó á defender al picador, que pugnaba por safarse de la silla.

El toro se encontró rodeado, y separando sus astas ensangrentadas comenzó á seguir a los toreros que no cesaban de agitar sus capas para atraerle.

El picador pudo entre tanto salvarse.

El caballo, pisándose las visceras, desapareció por una de las puertas para expirar á pocos momentos.

Un segundo toque de clarín sonó en el palco del virrey.

Saca-vueltas se presentó en la arena llevando en sus manos un elegante par de banderillas con listones donde se leían varios lemas.

Púsose en el centro de la plaza, dió tre golpes con el pie en la arena y llamó á gritos al toro.

La fiera se sintió provocada, y cerrando los ojos se vino en derechura del torero ufano de su primera victoria.

Saca-vueltas no esperó más, se lanzó en su busca, encontrándolo á poca distancia, y con una habilidad reconocida le colocó las banderillas y sacó el cuerpo con una evolución sorprendente.

Un golpe de música saludó al torero, que con el mismo éxito banderilleó repetidas veces á la fiera.

Un tercer toque hizo callar á la música y guardar silencio á la multitud.

Marroquín, sin apercibirse de que el toro estaba á corta distancia, se adelantó pausadamente hasta colocarse frente al palco principal, pidió la venia, y tomando la espada buscó al toro para darle la muerte.

Despejóse la plaza enteramente.

El hombre y la fiera quedaron solos en el terreno.

La lucha era desesperada.

Marroquín escondió el arma echando hacia atrás el brazo con que empuñaba el acero y con la otra agitó su lienzo encarnado provocando le embestida del toro.

La fiera entró en el recelo y escarbando la arena más y más lanzando nubes de polvo.

Marroquín hizo varios movimientos para azuzarle hasta conseguir se le viniese encima.

Esquivó por tres veces el golpe; la fiera empeñada en desaparecerle, hizo su último esfuerzo concentrando todo su empuje.

Entonces el torero tendió la espada sobre la muletilla, le esperó á pie firme y le introdujo el acero que penetrándole en el corazón le hizo rodar instantáneamente por la arena.

Marroquín apoyó su pie sobre la cabeza del toro y saludó vencedor á la concurrencia.

Las señoras agitaban sus pañuelos y las músicas tocaban himnos marciales.

Un aplauso unánime,, atronador, gigante, se levantó por todo el ámbito de la plaza como un homenaje al valor y destreza del torero.

El virrey arrojó multitud de monedas de oro lo mismo que los concurrentes.

Marroquín volvió á la barrera, dejando que uno de los toreros recogiera las galas.

Siguió la corrida con lances más ó menos difíciles, manifestando siempre la cuadrilla su pericia y habilidad.

En medio de la gritería se distinguió un acento robusto, que sobresaliendo de aquella tempestad decía claramente:

—Desquítate con los toros! desquítate!... toda es sangre, toda es sangre!... Marroquín! Marroquín!... acuérdate de tu padre!...

Volvióse Marroquín lleno de coraje buscando á la persona cuyo acento respondía á los gritos de su corazón, y se encontró con el loco Antonio

Pedraja, que, riendo á carcajadas no cesaba de gritar: ¡toda es sangre!... ¡toda es sangre!...

XII.

El virrey se ritiró antes de que concluyera la función; porque en la misma plaza recibió unos pliegos de la mayor importancia.

—¿Hay alguna novedad? se atrevió á preguntarle el regente que se hallaba en su mismo palco.

—Hemos estado á punto de tenerla, y muy grave, respondió Venegas; ya verán como me porto; afortunadamente ya están en nuestro poder los perturbadores; sin tener la pretensión de justiciero como el conde Revillagigedo, verán si sé hacerla y muy cumplida: este será mi primer acto en el gobierno de las Indias.

Aquel hombre ignoraba que en aquellos momentos estaba próximo á su erupción el volcán revolucionario.

XIII.

Ignacio Pérez salió de Querétaro á escape rumbo á San Miguel el Grande, donde le importaba llegar antes que la fuerza de los españoles.

Caminaba el bueno de Ignacio Pérez aguijoneado por el miedo, que comunica la velocidad del vapor, cuando se destacó uno de esos terribles aguaceros de Septiembre, que le imposibiltaron seguir su camino.

Detúvose en una casuca donde se habían acogido varios pasajeros huyendo del estrago de la tormenta.

—¡Hola, patrona! dijo el alcaide á una moza que repartía aguardiente entre sus huéspedes, necesito de vuestro auxilio porque estoy hecho una sopa.

—Señor caballero, en mi pobre choza nada se encuentra sino una buena voluntad, tomad un trago y os sentiréis aliviado de la fatiga; dadme vuestro « jorongo » para acercarlo al fuego; porque supongo que deséais dormir abrigado.

—Os equivocáis, patroncita, espero que calme el agua para seguir.

—¿Y hacía dónde os dirigís?

—Voy á un negocio a San Miguel, figúrese la patrona que me quieren birlar unos « zarapes » magníficos que tengo compromiso de entregar en Querétaro.

—Eso no vale la pena.

—Patrona, no sabéis lo que se pesca.

—Contadnos algo de novedades.

—Yo no me meto donde no me llaman, ni esos negocios me importan un comino, yo soy hombre trabajador.

—Nadie dice lo contrario, creía que algo alcanzábais de los rumores que han corrido.

—En fin, patrona, con vuestro permiso me acerco á la lumbre, si no molesto á estos señores.

—Por mí, dijo un anciano, me felicito de tener tan buena compañía.

—Hola, señor de Sariñana, ¿vos por las ventas del camino?

—Qué queréis, voy para Dolores.

—Me alegro, si deseáis partir conmigo, dentro de un cuarto de hora, ya estaremos corriendo por esos mundos de Dios.

—Me conviene, sobre todo, por ir en tan buena compañía.

—Gracias. ¿Y cómo seguís de vuestro pie?

—Ya os he contado que hace muchos años me hicieron la amputación, pero tan mal ejecutada, que una pequeña llaga se me ha hecho crónica en el muñón.

—Os hará padecer mucho.

—Mucho, amigo mío; pero no me priva de montar á caballo como el más diestro.

—Eso quiere decir, que inválido como estáis...

—Sí, me hecho con vos en esto de correr.

—Haremos una apuesta.

—La acepto.

—El que llegue más fatigado á San Miguel paga el almuerzo, porque llegaremos un poco tarde.

—Patrona, compadeceos de mi caballo que no ha cenado.

—No necesito de advertencias, ya el animal está tomando pienso antes que el señor caballero.

—Gracias.

El inválido y Pérez se pusieron al fuego para recuperarse porque la caminata era larga.

A pocos momentos se oyó un tropel de caballos.

—Señores, dijo la patrona, el señor teniente Cabrera acaba de llegar con cuatros dragones, viene punto menos que empapado.

Al oír Ignacio Pérez que estaba en la venta el teniente, dijo al inválido:

—El agua ha cesado un poco, marchémonos.

—Sí, esta gente me fastidia, soldadones más estúpidos y canallas!

—Callad, que ya entra ese teniente.

—Aligeremos el paso.

—Patrona, ya nos veremos.

—Señores caballeros, el agua cae á torrentes.

—No importa, haced que dispongan los caballos.

Salió la patrona, que volvió á pocos minutos.

—Adiós, señores, y pasadla bien, dijo el inválido

Ignacio Pérez llamó fuera de la casa á la patrona y en voz baja le dijo:

—Conviene mucho que el teniente Cabrera permanezca aquí algunas horas.

—Os diré que me enamora.

—Ese es un motivo más para que le obliguéis á quedarse.

—Bien, pero explicadme lo que pasa.

—Vuestro querido cura Hidalgo esta en peligro.

—¡Dios mío!

—El teniente Cabrera lleva orden de aprehenderle.

—Os juro, señor Pérez, que detendré á ese majadero más de lo que piensa.

—Yo marcho á avisarle.

—Id, señor Pérez, pero decidme antes qué hago con los papeles que tengo.

—Guardadlos y no déis á entender nada.

—Es que tengo algunos pertenecientes al capitán Allende para entregárselos al capitán Arias.

—Ni lo digáis, ese infame ha denunciado á todos.

—Echaré al fuego todos los papeles.

—Al istante. Temo un cateo, ya saben que los hilos de la revolución se extienden por todas partes, y que en cada pueblito hay agentes para la correspondencia y dar avisos.

—¡Me dejáis temblando, señor Pérez!

—Como cumpláis con mi encargo, respondo, de dar el aviso á tiempo.

—Descuidad, con una mirada clavo al teniente Cabrera lo menos cuatro horas.

La patrona tenía unos ojos tan traviesos que Pérez no puso en duda su aserto.

—Idos, señor Pérez, idos y que Dios os proteja.

El inválido y el alcaide se pusieron en camino, en medio de una tormenta espantosa.

XIV.

El valiente «Pípila» saltó sobre la mula de fray Angel de la Divina Infantita, dejando al eclesiástico en audiencia con el intendente Riaño, quejándose amargamente de que el corregidor Domínguez se rehusaba á entregarle á la novicia escapada del convento de la Enseñanza.

Mientras fray Angel hacía argumentos y echaba latinajos, y ponía los ojos en blanco para interesar en su causa al intendente, éste no ponía el menor cuidado, bajo la preocupación de la denuncia.

Después de una hora larga de tolerar á fray Angel, le dijo:

—Ya veremos lo que se hace, por ahora, permaneceréis en Guanajuato, mientras resuelvo lo conveniente.

—Señor, respondío el fraile, mire usía que el Santo Oficio está interesado en la conservación de la fe y de la religión; ese señor Domínguez no es tan ortodoxo como se cree, yo he llegado á sospechar que....

—¿Qué habéis sospechado, fray Angel?

—Que... que...

—Si no habláis, no habrá modo de entendernos.

—He sospechado que no es muy católico.

—Vamos, yo creía que era otra cosa.

—¿No os parece demasiado?

—Sí, nos veremos mañana.

—Quede su excelencia con Dios.

Salió el fraile y se encontró con que su mula había desaparecido.

Renegando del intendente que le había detenido tanto en la antesala, y del ladrón á quien calificaba de sacrílego, se echó á buscar á la justicia de la ciudad para denunciarle el crimen de abijeato.

El «Pípila» era «barretero,» y por consiguiente, adolecía de ese carácter franco y abierto que distingue á esos hombres atrvidos que trabajan en las entrañas de la tierra.

Pasan las semanas en las tinieblas y al aparecer en la superficie, se sienten animados por la luz, por el aire, por el calor del sol, y su alma llena de expansión alienta libremente en los sentimientos de generosidad.

El pueblo de Guanajuato es indomable, altanero, atrevido; pero se le dulcifica con una palabra, como el acento llegue á tocar su corazón.

Ese pueblo ve el oro con desprecio, quizá porque le es familiar.

El oro cae á sus pies al golpe de su brazo, parece que él lo produce en el choque del hierro contra la roca, como el relámpago en el atropello de las nubes.

Guanajuato es una ciudad de las «Mil y una noches;» un genio la ha colocado sobre un pedestal de oro.

¿Para que necesita el agua, si la atraviesan corrientes de plata?

El mundo nuevo pega su labio sediento en sus manantiales, el mundo viejo le pide ansioso sus lágrimas.

Guanajuato era un altar en el paganismo azteca, donde se liquidaban los rayos del sol, para que los hombres los recogiesen sobre la tierra.

La conquista de aquel suelo de promisión calmó el hambre de la Europa, que lo asaltó de harapos bajo el hierro de sus broqueles.

En el tiempo á que nos referimos, yacía encadenada á sus montañas como Prometeo, devorando sus entrañas las aves carnívoras.

Prometeo es el mito del fuego.

Guanajuato es el mito de la riqueza.

El oro es el fuego del siglo XIX.

XV.

Seguía el « Pípila » á todo correr, contra el sentir probablemente de la mula, que durante muchos años no había salido de su paso.

El «Pípila» se desesperaba porque el animal se detenía en cada casuca del camino.

—¡Demonio! decía el barretero, esta mula es muy habil, no hay choza donde non haya una guapa moza, que no se pare por instinto, no parece sino que las husmea.

Efectivamente, el animal acostumbrado á las visitas de fray Angel, se detenía por costumbre frente á las puertas, las muchachas salían á ver si era su confesor (se entiende no lo mula, sino el jinete), pero luego que reconocían al minero, hacían una mueca y le daban con las ventanas en la cara.

El barretero arremetía á chicotazos contra el animal y seguía su camino.

—Voy bien, el extraodinario no pasa aún... si nos encontramos sobre la vía lo detengo, y si resiste le abro un «barreno» en la barriga, como hay Dios... he prometido llegar antes que la orden y lo cumplo... si me sucediera un chasco me dejaría ir al « tiro » de la Valenciana de cabeza...

eso de tocarme al «curita,» ni lo sueñen... lo cierto es que le han cogido la podrida y en un descuido lo «calan»... Está muy fatigada... no importa, á caballo ajeno, espuelas propias.

La mula estaba á punto de hablar, cansada de tanto correr y molesta por tanto azote.

Aseguran algunos peritos en la materia que no sería el primer caso.

—¡Viva la libertad! gritó el barretero al ver las torres de San Miguel ya están salavados... he triunfado... ¡victoria!... ¡victoria!...

—Muchacho, ¿estás loco? dijo un jinete acercándose al «Pípila.»

—No, señor, sino que me da gusto ver el río de San Miguel.

—¿Eres aficionado á la agua?

—Sí, muchísimo.

—¿Y de dónde vienes?

—De Guanajuato.

—¿Cuándo saliste.

—Desde ayer mañana.

—Eres muy feliz, yo me puse en camino entrada la noche y he corrido con desesperación; figúrate que vengo de extraordinario.

—Malo... malo... murmrró el «Pípila,» este es mi hombre!

Y luego dijo en voz alta:

—¿Quiere su merced desayunarse?

—Ya nada más falta media legua.

—Eso ha de ver su merced, nos detendremos en esta casita que es de mi compadre Marcial; descansarémos un momento y estamos de refresco á San Miguel.

El extraordinario, que estaba magullado con la caminata, aceptó la invitación del barretero.

Llegaron á la choza y entregaron á un indito sus cabalgaduras.

—Compadre Marcial, necesitamos meter algo debajo de las narices.

—No uso polvo.

—Mejor, habrá algo de «caracas» y buena leche.

—Eso sí, compadre, éntrese y lo mismo el señor compañero.

—Gracias.

El «Pípila» y su compañero entraron en la casa. El «Pípila» hizo una seña á su compadre, que en el momento entabló conversación con el acompañante del barretero.

—Con el permiso de las buenas personas, voy á hablar á la comadre y á hacerle un cariño al ahijado.

—Está bien.

El «Pípila» penetró en el interior de las habitaciones.

—Compadre, dijo la mujer de Marcial, bendito sea Dios que lo vemos por aquí.

—No hay tiempo que perder, comadre: el señor cura de Dolores y el amigo Allende están descubiertos en lo del «tumulto,» ya los señores de Guanajuato se han puesto al tanto de todo y los mandan poner presos.

La mujer de Marcial se puso pálida como un difunto .

—Cristiano, ¡qué me cunta!

—Lo que oye, y no levante la voz; porque está hablando con el compadre el señor que trae la orden.

—¿Y qué hacemos?

—Dilatarle el desayuno mientras llego á San Miguel y le aviso al capitán.

—Váyase, compadre, está ensillado el caballo de Marcial, tómelo y no pierda tiempo.

—Nos veremos muy pronto, adiós.

—No tenga cuidado, yo le hecho una plática al amo que dure media hora.

—Se lo recomiendo, y adiós.

La mujer de Marcial desempeñó perfectamente su papel: el marido la reñía por la dilación á grito partido.

Después de media hora presentó al huesped el chocolate y se puso á darle conversación, mientras el «Pípila» á todo escape llegaba á la ciudad de San Miguel el Grande.

XVI.

El capitán Ignacio Allende era un guapo mozo y ya lo hemos visto en las juntas lleno de entusiasmo, ser el alma de la conspiración.

Allende todo se lo prometía de su arrojo, y tenía razón, porque su alma no conocía horizonte.

Preocupado con la empresa gigante que iba á acometer, su cabeza era un mundo de pensamientos encontrados, hablaba solo, en el espejismo del porvenir se había soñado grande y lo sería, porque su voluntad era inflexible.

Joven, valiente, afortunado é instruido en el arte de la guerra que había estudiado, en la predestinación de su espíritu alumbraba con su genio al abismo que otros hallaban obscuro y cubierto de sombras.

La mañana del 15 de Septiembre se encontraba en su casa y en el departamento más retirado, haciendo planes de fortificación y defensa de plazas.

Estudiaba el modo de convertir en soldados á hombres que jamás habían empuñado las armas, todo por medio de la estrategia.

Veía el modo de duplicar la fuerza por medios de parapetos y pensaba en la fabricación de armas.

Aquella imaginación volcanica presentaba ejércitos, trenes de guerra, mentía combates y asaltos, y al pensar que sería la figura prominente en medio de aquel huracán de gloria y de peligro, se enloquecía de entusiasmo.

Immortalizar su nombre, hacer libre á un pueblo; luchar, vencer, he aquí el orgullo de su alma y la ambición gigante de su espíritu.

Envuelto en aquel mar agitado, no apercibía los golpes que una mano robusta daba sobre la puerta del aposento.

Cuando arrojó el lápiz de la mano, con que había estado trazando líneas en el papel, y volvió en sí de su vértigo, notó que llamaban.

Abrió la puerta y se encontró con el barretero.

—¿Qué me quieres?

—Necesito hablar á su merced

—Entra.

—El «Pípila» sacó del forro del calzón un papelito y lo entregó al capitán.

Allende pasó la vista por la esquela trazada violentamente, la volvió á leer y la hizo pedazos.

—¿Sabes tú el contenido de este papel?

—Sí, señor capitán, la persona que me encargó entregarlo me dijo dí al capitán Allende que lo han denunciado, que se salve.

—Está bien.

—No mucho, he dejado á media legua de aquí al extraordinario que trae la orden para que arresten á su merced.

—¿Le has visto? preguntó Allende con ansiedad.

—Ha sido mi compañero de viaje, y á propósito le he mandado detener en la casa del compadre Marcial.

—Muchacho, tú eres un valiente, y te debo la vida; marcha inmediatamente á Dolores y avisa al cura; dile que arregle lo que le parezca mientras yo concluyo este negocio.

—Está bien, capitán.

—Toma dinero.

—Me sobra, respondió el Pípila dándose un golpe en la bolsa del calzón que llevaba llena de plata.

—Bien pronto nos encontraremos sobre el camino.

El Pípila se marchó rumbo á Dolores.

Allende salió inmediatamente, montó en su caballo y se dirigió al encuentro del extraordinario.

El compadre Marcial y su esposa desempeñaron fielmente su comisión.

El enviado del intendente Riaño se impacientó con la tardanza del barretero y sin esperar más tomó el rumbo de San Miguel. Diremos de paso, que ignoraba la comisión importante que lo llevaba á esa ciudad.

A la entrada á San Miguel se encontró con Allende.

—Disimulad, vos sois el comisionado de Guanajuato que trae unos pliegos?

—Precisamente.

Os habáis detenido más de lo regular, sabiendo que interesan al bien público.

—Os juro que lo ignoraba.

—Primero han llegado otros avisos que vos.

—Perdonad, señor capitán, me detuve un instante.

—Mal hecho; dadme los pliegos.

El exstraordinario, sin sospechar nada, entregó el cartapacio.

—Tomad la cubierta y regresad en el acto.

—Estoy sumamente cansado.

—No importa ,en servicio del rey no debe haber omisiones, tomad ese dinero y regresad.

—Está bien.

—Decídle al intendente que sus órdenes serán cumplidas al momento.

—Dios guarde al señor capitán.

Cuando el enviado se perdió en las sendas del camino que va para Guanajuato, Allende abrió el pliego y vió que tenía en su mano la orden fatal de su arresto.

—Me he salvado... yo podía en este momento dar el golpe; pero nece-

sito consultar con el señor Hidalgo... Vamos, que es un lance que no esperaba... los momentos urgen, marchemos, no es difícil que llegue otra orden y entonces no hay remedio.. .Es necesario avisar á los compañeros; pero la dilación puede causar un mal irreparable, además, que Aldama y Abasolo se encuentran de destacamento y llegan esta tarde.

—¡ Demonio! en este momento llega Aldama, esperemos que pase por este sitio.

—¡ Hola! Ignacio, ¿ qué andas haciendo por los suburbios? seguramente estás de conquista.

—¡ Para conquistas estamos!

—Estás muy raro.

Allende se acercó al oído de Aldama y le dijo algunas palabras.

—No importa, ya lo esperaba, dime lo que piensas.

—Marchar al momento.

—Soy de tu opinión, y lo más pronto que sea posible.

Sin vacilar, azotaron fuertemente sus caballos y á todo escape se dirigieron al pueblo de Dolores.

XVII.

Mientras que Ignacio Pérez y el inválido Sariñana volaban rumbo a San Miguel, el inocente teniente de dragones era presa del magnetismo impío de los ojos de la patrona, que alegre y vivaracha daba un rudo ataque de coquetería á su pretendiente.

—Vamos, Petronila, si me ves de ese modo, voy á perder el juicio.

—El señor teniente está de broma.

—¡ Qué broma ni qué juego! si estoy enamorado hasta los tuétanos.

—Eso me dicen todos mis novios.

—No importa, puede ser cierto; porque con tus miradas eres capaz de quemar al sol.

—¿ Y todo eso á qué viene?

—A que estoy por tí que me bebo los vientos y...

—Yo no me atengo sino á las pruebas

—Estoy dispuesto á darte cuantas exijas.

—¿ A que no cumple el señor teniente lo que ofrece?

—Probemos.

—Pues al terreno; necesito que se quede esta noche para poder hablar.

—¡ Cascaras! eso es imposible, muchacha, voy de extraodinario.

—Ya esperaba la respuesta.

—Me comprometería espantosamente.

—No quiero ser impertinente, váyase su merced.

—Perder un lance tan bueno es una barbaridad, decía entre dientes el militar.

—Quedaos hasta la tarde.

—Imposible.

—Pues voy cediendo más de lo regular.

—Mira, chica, un par de horas será lo más que pueda estar en tu casa.

—Vaya tres; porque mi padre tiene que salir al campo.

—Convenido.

—Pues ya sabéis, dentro de tres horas nos veremos en el próximo bosquecillo.

—No faltaré.

Tres horas, decía Petronila, y una que le haga esperar, son cuatro; el negocio es hecho.

El teniente de dragones salió al terreno convenido y se apostó en el bosque.

La impaciencia más grande le devoraba, el aguacero seguía con toda su fuerza y el infeliz amante de la patrona corría un bromazo de lo lindo.

Aburrido soberanamente con la tardanza y no queriendo faltar á sus deberes, azotó su caballo, que resbalando en el lodo apenas podía dar un paso.

Desde la puerta de la casita lo vió marchar la patrona con una risa de burla tan incisiva, que si el teniente la hubiera visto, se tira de las orejas como un desesperado.

XVIII.

Ignacio Pérez y el inválido llegaron a San Miguel el Grande.

El alcaide corrió en busca del capitán Allende, que había partido ya, y no tuvo más remedio que pasar al cuartel donde el capitán Abasolo llegaba de partida.

—¿Qué hace por aquí el señor alcaide?

—Señor, un negocio de urgencia me trae á vuestro lado.

—Bueno será ello.

—He buscado el señor capitán Allende, cuyo paradero se ignora.

—¿Y qué le queréis?

—Señor, la conspiración está descubierta y viene tras de mí un teniente de dragones de la reina, con la orden de arresto.

—¡Malo, malo!

—Creedme, señor, y salvad á todos los compañeros.

—¿Decís que Allende no está en su casa?

—No, señor.

—¿Habrá sabido algo?

—Lo ignoro.

—¿Y has visto al capitán Aldama?

—No señor.

—Amigo mío, dijo el capitán, estas cosas no tienen remedio y es necesario darles una pronta solución.

—Estamos perdidos; en Querétaro han arrestado al corregidor y á todos los comprometidos.

—La cosa va de mal en peor.

—Se han ensañado contra los amigos.

—Era natural; ¿y estáis muy cansado?

—Disponed de mí.

—Pongámonos en camino para Dolores.

—Al momento.

—Es necesario que el cura Hidalgo esté al tanto de lo que pasa.

—Me parece muy bien.

—Pues andando, que el tiempo vuela.

—Por mí á la hora que gustéis.

Abasolo llamó á uno de sus sargentos que estaba también en la conspiración y le dijo:

—Estamos descubiertos, vuestros nombres no aparecerán en la lista de los denunciados, estad alerta y esperad mis órdenes; buscad á los capitanes Allende y Aldame y avisadles.

—Está muy bien, mi capitán, ya sabéis que nosotros seremos fieles hasta la muerte.

—Lo sé, hijo mío, si encontráis á mis compañeros, decidles que parto en este momento á Dolores en busca del Cura Hidalgo.

—Adiós, y no hay que desmoralizarse.

—Es muy poco eso para nosotros.

El capitán Abasolo estrechó la mano de su sargento, y acompañado de Ignacio Pérez y el inválido, emprendió el camino ya cerca de las tres de la tarde del día 15 de Septiembre de 1810.

XIX.

El víajero que sále de la encantadora ciudad de San Miguel el Grande, caminando hácia el Norte, encuentra un sendero pedregoso que guía á la ruta que parece encumbrarse á la cima gigante de la Sierra.

Una pendiente suave por el costado de las montañas conduce á un valle solitario y amullado, excepto por el rumbo donde se observa el camino real, aparcibiéndose en el fondo una claridad purísima, en cuyo azul del horizonte se dibujan rocas y montañas como las olas de un mar lejano.

Siguiendo ese sendero abandonado y silencioso, en cuyos lados se extiende una sucesión de nopales y arbustos, se devisa una torrecilla que se destaca como una aguja en el poético caserío.

La torre es blanca y se alza sobre el vapor rocijo del valle, teniendo á su pie un canastillo de yerba que parece alfombrar el átrio de la iglesia.

Poco á poco el viajero descubre una casa aislada, después otra, á gran trecho otra, hasta penetrar en una calle formada por dos hileras de habitaciones bajas, algunas con rejas de madera y otras de fierro.

Todas las ventanas están cerradas, la calle sola.

Por intervalo se oye el chasquido del látigo y el silbo del arriero que conduce su « atajo, » y el monótono ruido de los cencerros.

Uno que otro postigo se cierra instantáneamente.

Los muchachos lanzan algunos gritos azuzando á los perros que siguen ladrando á las mulas, y todo vuelve á quedar en silencio.

La plaza del pueblo la forman algunos edificios, dos portales y la parroquia, que es una capilla modesta, rústica, se puede decir, con toda sencillez de los tiempos primitivos de la colonia.

Unos arriates enjarrados de colorado forman un cuadro en la plaza, y los árboles que contiene, dan abrigo y sombra á multitud de pajarillos, que al caer de la tarde cantan sus últimos trinos sobre las ramas.

Detras de la paroquia, y á los costados en dirección al camino del Interior, se extiende una sucesión de casas de un solo piso, que cada una tiene un jardín lleno de flores, y sus vides que tepan por las cercas tapizando los muros medio derruidos.

Este grupo de casitas y de viñas que parecen buscar arrimo en la Iglesia; es lo que aparece en lontananza como un canastillo tirado al descuido al pie de la torre.

Tal es el pueblo histórico de Dolores.

Desde el momento en que el viajero sabe que se encuentra á corta distancia, comienza á fijar tenazmente su vista con aquella emoción ardiente con que un hijo se acerca al hogar de sus abuelos.

Los árboles, las piedras, las casas, la arena, el rumor, el silencio, todo envuelve el más sagrado de los recuerdos.

Algo se busca en aquel sagrado recinto.

Por instinto invencible el viajero se descubre la frente, sus ojos se llenan de lágrimas y su corazón se extremece de ternura!

Nosotros hemos pasado por su suelo en los días más aciagos de la revolución, y hemos caído de rodillas y empapado con nuestro llanto aquella tierra sagrada.

—Salve! salve tres veces cuna de la libertad y del heroísmo! Que el sol de los recuerdos ilumine tu frente en un día inmortal ,que la sombra de nuestros mayores que vaga indecisa sobre tus muros, vele tu sueño, y el genio te cubra con sus alas como el sagrario que contiene la hostia de nusetras esperanzas y de nuestras creencias!

XX.

La memorable noche del 15 de Septiembre de 1810, Hidalgo se encontraba en su cuarto de Dolores.

El transcurso del tiempo había obrado una completa metamorfosis en el alma gigante del antiguo rector del colegio de San Nicolás.

Ya no era aquel hombre que despertaba al estruendo de la revolución francesa y saturaba su espíritu con las corrientes abrasadas de aquel pueblo en el movimiento más asombroso que se registra en el album del siglo que acaba de hundirse.

Las ideas habían tomado otra forma real en su desarrollo práctico; Hidalgo había establecido una colonia modelo bajo la base civilizadora del progreso y del adelanto.

Llamó, como el Salvador al ciego, y le hizo ver la luz.

Trabajando en el silencio místico del confesionario, había infiltrado en sus colonos la idea de la emancipación en el trabajo.

Estableció fábricas, hizo plantíos, inauguró academias, llevando como guía el pensamiento de la libertad.

—Este pueblo, decía Hidalgo, tiene que tropezar ante el obstáculo de la dominación y marchará sólo á romper el dique que se opone á sus avances; pongámosle en el camino y encomendemos al tiempo lo demás.

La tierra dió sus frutos y los colonos no pudieron aprovecharlos, porque tenían sobre su frente el anatema civil y religioso.

Este encadenamiento del trono y el altar era peligroso en los momentos de la revolución, porque esa liga podría arrastrar á ambos poderes á un abismo.

El pueblo dormía en el letargo de la conquista, era necesario que una mano atrevida hiciera crugir los hierros para despertarle.

Ante los obstáculos de una negativa perpetua y perenne contradicción, los ánimos se exaltarían hasta lanzarse en el terreno de la revolución.

He aquí lo que esperaba Hidalgo.

El sacerdote fiaba al tiempo la ejecución de su obra; pero llegó á comprender que la humanidad no puede dar un solo paso sin estremecer al mundo.

Que esperar el derrumbamiento del edificio era aplazar al porvenir y encadenar á las generaciones indefinidamente.

La revolución española estaba en la crisis más terrible y el momento no podía ser más oportuno.

El pueblo conquistado oía hablar de independencia y presenciaba los preparativos para la eventualidad en que el pabellón francés quisiera llegar á nuestras playas.

Entonces pensó en su situación, supo que era legítimo el derecho de defender el suelo de la patria y comprendió que la libertad es el arco de la alianza entre el hombre y su Creador.

Hidalgo había hecho un gran acopio de conocimientos, estudiando en la enciclopedia todas las materias sobre fundición, porque estaba seguro que llegaría el momento de fabricar cañones.

Era una evolución excepcional, tenía que formarse desde el hombre en su calidad de ciudadano hasta la arma que debía de servirle para defender sus libertades.

Era necesario anticipar el destino.

Hidalgo estaba en el momento de la predestinación, su espíritu inquieto le anunciaba que la hora había llegado.

Hay veces que el cerebro se ilumina de súbito como uno de aquellos relámpagos que preceden á las grandes creaciones.

Hemos visto á Hidalgo presentarse en el tumulto de los conjurados á explicar su tardanza y señalar el día de la erupción.

Era que ya la atmósfera le ahogaba, que las almas pedían espacio para ensancharse, que el genio encarcelado en el recinto estrecho de su cráneo, quería dilatarse, volar, abarcar el cielo é inundar en olas de fuego la extensión de su continente.

XXI.

El cura de Dolores se paseaba inquieto por su aposento, preocupado por la constante idea que bien pronto debía realizarse.

Deteníase algunos momentos frente á su mesa, tomaba un libro, lo hojeaba y volvía á dejarle sobre su carpeta.

Aquel hombre había envejecido, sus condiciones físicas habían cedido más bien á las agitaciones del espíritu que al peso de los años.

Ya no era el sacerdote de frente erguida y dominante; aquella cabeza encanecida en el estudio, se doblegaba en el apoteosis de la veneración.

La mirada se había dulcificado intensamente, y toda aquella faz antes nerviosa y contraída, aparecía serena en la irradiación de un profundo amor á la humanidad.

Estaba en la plenitud del sacerdocio.

Si aquel hombre hubiera desaparecido en aquellos momentos, hubiera arrastrato tras sí el cadáver de un pueblo.

Era un astro visible para la humanidad al tocar el último punto del horizonte.

Había consumido su existencia en la elaboración del pensamiento, para realizarlo en la duración del relámpago.

Aquel hombre tenía puesta la mano sobre la carta del mundo.

Aquella noche solemne tenía una cita histórica con Jorge Washington.

Sacerdote, con el misterio de sus palabras haría descender á Dios á sus manos sobre el ara.

El pueblo acudiría al acento de sus libertades.

El vino se convertiría en sangre, porque la sangre es el precio de la redención del hombre.

La sangre correría á torrentes hasta redimir á un pueblo esclavizado.

La América está en la noche de su destino.

El cura Hidalgo sentía algo estraño en su alma; su ser todo le revelaba la tenmpestad que tronaba sobre su existencia; pero aquel huracán desaparecía en el horizonte como las tormentas boreales.

Agitado, inquieto, y abrumado por el mundo despierto de su imaginación, quiso dar tregua á aquella lucha perenne, aspirar el aire libre.

Tomó su sombrero, se envolvió en su capa y tomó la dirección de la plaza.

Sentóse bajo de uno de los copudos árboles, descubrió su frente y se puso á contemplar el abismo del cielo.

Las nubes volaban en grupos impulsadas por el viento, y las estrellas se destacaban en el fondo obscuro del cielo.

El aire corría saturado con el perfume de las flores húmedas aún con la lluvia de la tarde.

La naturaleza parecía hundirse en el profundo letargo de sus sueños.

XXII.

Las campanas de la parroquia dieron el toque de « ánimas ».

El sacerdote dejó su asiento y se dirigió á la casa de Don Nicolás Fernández de Rincón, subdelegado del pueblo, donde se hallaban reunidos los principales señores en la tertulia nocturna.

—Muy buenas noches, señores, dijo Hidalgo acercándose á la mesa de « cartas. »

—Hola señor cura, dijo Rincón, tenemos hoy novedad.

—¿Cuál? preguntó alarmado el cura.

—La tertulia cuenta con un socio más.

—Hacedme el favor de presentármelo para hacer las amistades.

Un español llamado Ignacio Díez Cortina, que había llegado á encangarse de los diezmos, era el nuevo compañero de los tertulianos.

—Ya nos conocemos, dijo Cortina; aunque el señor Hidalgo ha faltado á las reuniones, no por eso hemos dejado de vernos. Efectivamente, el señor cura es una persona que me distingue con su aprecio y vive correspondido.

—Gracias, señor Cortina.

—Pués á lo que se juega señores, acérquese el señor cura y tome las cartas para la « malilla. »

—Yo tengo un duelo ajustado con mi amigo Don Encarnación Correa, y vengo á batirme.

—Estáis esta noche terrible, señor cura, no parece, sino que trais humor de verdadero soldado.

—Bien puede ser; pero os aseguro que esta noche estoy de fortuna y no me ganaréis una sola partida.

—Me estáis provocando, señor cura, y no me queda otro recurso que aceptar el desafío.

—Pues al terreno.

Los dos amigos se pusieron á jugar su partida, mientras los demás contertulios se entregaban á juegos de estrado.

Según la costumbre de entonces, se servía un refresco, á lo que nuestros mayores llamaban « hacer las ocho. »

El refresco consistía en sendas copas de catalán y una colación de puchas, rodeos y otros adminícules, todo lo cual tenía muy animada la reunión.

Los lances y relances de la « malilla, » formaban un verdadero alboroto, se empeñaban las apuestas, se enteblaban las disputas, se embrollaban las opiniones, formando un « maremagnum » capaz de atarantar á un sordo.

Las señoras se ponían del lado del señor cura, y tenían razón, porque Hidalgo era sumamente agradable y sabía tratar con exquisito refinamiento á las damas.

Llegaba la partida á lo más reñido, cuando entró un mozo y dijo en voz alta:

—Buscan al señor cura.

—Será alguna confesión.

—Probablemente, respondió Hidalgo; mientras vuelvo, encomiendo mis intereses al señor Cortina.

—No acepto, porque este señor Correa me derrota.

—Estáis bajo mi bandera, contestó Hidalgo, y nada tenéis que temer.

—Fío en vuestra suerte; señor cura.

—Hacéis bien, y con permiso de la reunión, voy á ver á la persona que me busca.

Hidalgo llegó al zaguán de la casa, donde lo esperaba un hombre del pueblo.

—Hijo mío, ¿tú me buscas? preguntó con dulzura el sacerdote.

—Señor cura, en este momento llego más fatigado que mi caballadura.

—¿Y bien?

—Salí de Guanajuato muy tarde, pero me importaba mucho veros.

Hidalgo comenzó á inquietarse.

—Traigo orden, señor cura, de decir á su merced que han denunciado el « tumulto » y que han dispuesto aprehender á todos los comprometidos.

—¿Y sabes perfectamente lo que me dices?

—Como que el secretario del intendente Riaño me lo ha dicho, y por más señas que me traigo robada la mula de un fraile.

—¿Vienes directamente de Guanajuato?

—No, señor, de San Miguel, donde dí aviso al capitán Allende que no dilata en llegar.

—Está bien, espérame en casa.

El correo, á quien seguramente habrán reconocido nuestros lectores,

pues no era otro que el « Pípila, » se marchó al curato á descansar de tan penosa fatiga.

El cura volvió risueño á la tertulia y con la mayor serenidad concluyó su partida.

Levantóse después, y dió las buenas noches.

Cortina lo fué á dejar hasta la puerta.

—Señor Cortina, hacedme el favor de prestarme doscientos pesos de ese dinero que tenéis en depósito perteneciente á los « diezmos. »

—Con mucho gusto, señor cura.

Cortina envió á su mujer por el dinero.

—Aquí tenéis, señor Hidalgo, la cantidad; si se os ofrece más ya sabéis que podéis contar con todo.

—Gracias y nos veremos.

—Buenas noches.

XXIII.

El cura Hidalgo, por uno de aquellos fenómenos inexplicables, entró en una calma completa, toda la agitación de su alma pareció acallarse como las olas del mar al mandato de Dios.

No parecía sino que su sangre había experimentado un súbito enfriamiento.

Aquella calma era tal vez la ceniza que cubría por algunos momentos el fuego del volcán.

El párroco llegó á su casa, se detuvo unos instantes junto al correo, que dormía profundamente, tuvo tentación de preguntarle algo, vaciló y al fin llegó á su recámara, se desnudó pausadamente y se entró en el lecho.

Comenzaba á dormitar, cuando unos aldabonazos sonaron fuertemente en el zaguán de la casa.

Pocos momentos después se presentaron Allende y Abasolo.

No habían acabado de saludar á Hidalgo, cuando el aldabón tornó á sonar con más fuerza.

Oyéronse pisadas de caballo en la calle.

Allende montó sus pistolas.

—Sosegaos, capitán, dijo Hidalgo, es necesario más que nunca conservar la calma de espíritu.

Abrióse la puerta y apareció Aldama.

—¡Señores, buenas noches! ¡gracias á Dios que os encuentro aquí! he llegado á temer seriamente por vuestra existencia.

—Muy agitado viene el señor capitán, dijo Hidalgo.

—Demasiado, os supongo ya al tanto de lo que pasa.

—¿Y bien? dijo Hidalgo.

—Vuestra calma me sorprende aun más, señor cura; no sabéis que dentro de algunas horas ya estaremos en manos de la justicia europea?

—Vamos, capitán, sosegaos y tomad descanso... ¡muchacho! haz que sirvan chocolate á los señores.

Los jóvenes estaban admirados de la sangre fría del anciano.

—¿Conque decías que nos han denunciado?

—Precisamente.

—Era natural: de las juntas celebradas en Valladolid, Guanajuato, Querétaro, y en la misma capital, debía surgir la denuncia.

—Efectivamente, los conjurados de Querétaro han sido víctimas de sus compañeros, y merced al corazón noble y generoso de la esposa del corregidor Domínguez, nos encontramos reunidos en este lugar.

—Esa señora es un angel, dijo Aldama.

—Es más, añadió Hidalgo, es un héroe.

—Yo recibí oportunamente el aviso, dijo Aldama; pero cuando os busqué, capitán Allende, ya habíais partido.

—De Guanajuato me enviaron á mí un anónimo, lo primero que me ocurrió fué interceptar la orden, así lo verifiqué para contener el golpe y tomar algunas horas y determinar lo conveniente.

—Tengo positivos deseos de consultar vuestras opiniones, dijo Hidalgo, porque de lo que hablemos esta noche depende el porvenir de una nación entera.

—Lo conozco, dijo Allende, y temo aventurar con mi idea ese porvenir que tanto nos interesa.

—Hablad, capitán.

—Lo más conveniente, sería citar á todos los comprometidos á última hora, hagámosles saber lo que pasa, elijamos de entre ellos el número necesario para que vuelen á los pueblos y ciudades donde tenemos los hilos de la revolución, y demos simultáneamente el grito de Independencia.

—Joven, dijo Hidalgo tocando con su mano el hombro del capitán Allende, cuando esas comunicaciones lleguen á los pueblos, ya las noticias de las aprehensiones de Querétaro los habrá sobrecogido de espanto y el terror habrá substituito al entusiasmo.

—Señor Hidalgo, eso es desconfiar de los hombres y del porvenir.

—No olvidéis que estamos sobre el cráter de un volcán, y que apenas contamos con algunas horas.

—Nos queda un día.

—Os engañáis, capitán, en estos momentos circulan los correos y nuestras cabezas no están seguras sobre nuestros hombros.

Levantóse Allende, y parándose frente al lecho que ocupaba Hidalgo, dijo con voz alterada:

—Pues bien, señor cura Hidalgo, echémonos el lazo, seguros de que ningún poder humano podrá quitárselo.

—Así os quiero, capitán, respondió Hidalgo, y comenzó á vestirse con la calma que era de costumbre al levantarse al toque del alba, cuando comenzaba á oír el toque de misa de la parroquia.

Agitó después la campanilla, á cuya seña se presentó el mozo.

—Llama á mi hermano Don Mariano y al señor Don Santos Villa; díles que los necesito urgentemente.

El criado salió corriendo á cumplir con las órdenes del señor cura.

—¿Qué vais á hacer? preguntó Aldama.

—Lo vais á ver, señor capitán.

El cura salió del lecho, se puso su levita y comenzó á pasearse á grandes pasos por la estancia.

—Caballeros, dijo al fin, esta situación es nuestra pérdida, lo he pensado ya bien; no hay más que apoderarnos de los europeos.

—Señor, ¿qué vais á hacer? dijo Aldama, que joven aún y acostum-

brado á la obediencia militar, le sorprendía el primer paso de la revolución.

—Vamos á entrar en un camino desconocido para vosotros; es necesario guardar el corazón en lo más profundo del pecho, y no obrar bajo la impresión de sus arranques; obedezcamos al pensamiento, el será nuestro mejor consejero. Vamos á atravesar una via sangrienta y dolorosa, cada paso de avance dejará un abismo tras de nosotros pronto á devorar al que retroceda. Va á estallar la gran revolución de la humanidad, el primer sacudimiento del gigante al despertar de un letargo. Nada podrá detenerla, nosotros mismos saremos impotentes, porque seguiremos envueltos en las olas de ese torrente que atravesará los valles y las montañas. Mañana ya no nos conoceremos, el destino se ha anticipado á nosotros. Yo tenía el presentimiento de esta hora que yo buscaba con los latidos de mi corazón. Dios nos impulsa, obedezcamos, su mandado. Veo lucir en vuestras frentes el rayo de la inspiración, la mirada de Dios que refleja sobre vuestro semblante en la irradiación sublime del heroísmo! La noche está obscura como el fondo del océano, en su seno hay un pueblo encadenado, rompamos esas cadenas, ha llegado el día de la resurrección: ¡pueblo, levántate y anda!

Allende se precipitó llorando en los brazos de Hidalgo.

Aldama estaba influenciado siniestramente por las palabras del inspirado cura, y el hermano de Hidalgo y Santos Villa, que se habían detenido en la puerta al escuchar la voz sonora del caudillo, estaban asombrados.

—Sí, continuó Hidalgo, con las pupilas húmedas por la emoción, vosotros partiréis conmigo hasta el cadalso; ya os he dicho que los promovedores de una gran revolución no llegan á ver su obra; no importa, vuestros nombres quedarán en la historia, y delante de nuestra tumbas irá el pueblo, si esclavo, á llorar nuestra pérdida, si libre, á convertir nuestras tumbas en altares. Cumplamos nuestra predestinación, la patria es digna de nuestro sacrificio, la libertad digna de la ofrenda de nuestra sangre.

—¡A morir, gritó Allende!

—¡A morir, repitieron todos con voz conmovida!

—Juremos en nombre de tres siglos de oprobio y de esclavitud, conquistar nuestra independencia ó morir en la demanda!

—¡Lo juramos!

—¡Independencia ó muerte!

En aquel momento sonaron las « Once de la Noche. »

¡La hora de Dios!

XXIV.

Diez hombres salieron de la casa cural, como un tropel de nubes á formar los pabellones de la tormenta.

—Capitán Allende, dijo el cura, dividámonos en dos grupos; marchad con Aldama y otros tres compañeros á la casa del subdelegado, proceded á su arresto y continuad la operación con el resto de los europeos; dejadme á mí lo demás.

—Al momento, respondió el capitán, y se puso en marcha para la casa de Rincón.

Hidalgo se dirigió á la cárcel, porque se había reservado los puntos más peligrosos.

El sacerdote se había transformado en caudillo.

Acercóse resuelto al centincla y poniéndole una pistola en el pecho, lo hizo rendirse.

Penetró animoso al recinto de la prisión y se apoderó de las armas de la guardia

—Ahora al cuartel, dijo á sus compañeros, es necesario enervar cualesquier movimiento y evitar una reacción.

—¡ Alto! gritó la voz del sargento Martínez.

Hidalgo avanzó solo hasta encontrarse con el soldado.

—¡ Señor cura!

—Sí, yo soy, que vengo á que me cumplas tu palabra.

El sargento se estremeció.

—Martínez, dijo el cura apretando convulsivamente el brazo del soldado, la hora es esta y no hay que perder el tiempo, franquéame la puerta del cuartel.

—¿ Os atrevéis?

Hidalgo se sonrió desdeñosamente y dijo á Martínez:

—Condúceme y que sea al instante.

El sargento obedeció al mandato de superioridad que encontraba en aquel hombre, se encaminó al cuartel donde entró seguido de Hidalgo y de su gente, que veloz como el rayo se apoderaron de las armas del regimiento de la reina.

Los soldados no pudieron rehacerse, algunos huyeron amedrentados y otros se agregaron á las filas.

—El golpe está dado, dijo el caudillo; y sereno, magestuoso é imponente, esperó la llegada de sus compañeros.

XXV.

La combinación de Hidalgo estaba felizmente realizada.

Allende en compañía de Aldama y sus tre asistentes entraron en la casa del subdelegado Rincón y lo aprehendieron.

Dirigiéronse á la habitación en que estaba Cortina, el español que hacía algunas horas formaba la partida de juego con el cura.

Cortina sintió el tropel y montó sus pistolas; toda resistencia hubiera sido inútil ante la decisión de los caudillos.

El subdelegado le rogó que depusiesen las armas en vista de las circunstancias y al fin se entregó prisionero.

En el mayor sigilo siguieron el resto de la noche efectuando las prisiones de todes los europeos sin que el pueblo se apercibiese de lo que pasaba.

Allende buscó al cura, á quien halló en el atrio de la parroquia.

—Señor cura, le dijo, vuestras órdenes están cumplidas.

—Capitán, sois todo un hombre.

—Nos falta lo más difícil, que es apoderarse de la fuerza armada. Estoy decidido á asaltar el cuartel.

—Mirad, dijo Hidalgo señalando á un grupo de sesenta hombres que se hallaba formado en el atrio; haí tenéis á los soldados del regimieto de la Reina, todos á nuestras órdenes.

El joven capitán se descubrió la frente delante del sacerdote.

—Señor, le dijo con entusiasmo, con hombres como vos se conquista al mundo.

—Capitán, hemos dado el primer barretazo al edificio antiguo, y puede envolvernos en sus escombros; no importa su ruina la decretamos en esta noche solemne, de esta obscuridad saldrá mañana nuestro nombre, el porvenir es nuestro.

Hidalgo le hablaba á aquel corazón joven y generoso en el lenguaje de la gloria, le daba el temple que necesitaba, en los momentos de esa crisis que surgía en los primeros instantes de la revolución.

—Capitán Aldama, continuó Hidalgo, dividiréis la gloria con nosotros, nacemos juntos al mando de la libertad, vos seréis uno de los generales de América; vive Dios! que conquistaréis laureles no cosechados hasta hoy en nuestro suelo.

—¡Mi sangre, mi existencia, todo en aras de la patria! gritó Aldama lleno de ardor y de emoción.

—¡Bien, muy bien! respondió el cura, y luego tendiendo su diestra al capitán Abasolo, le dijo: yo os saludaré vencedor en la primera batalla, porque Dios ha puesto en vuestro cerebro la luz del genio, y en vuestra alma el valor de los héroes.

—¡Yo sé que hay en mi corazón un culto por mi patria y que dividiré con vosotros hasta la tumba!

—¡Dios está con nosotros, mis vaticinios se cumplen, mis esperanzas se realizan, necesítaba los hombres de fe, como Jesucristo, para que la idea volara por todo el mundo... estoy en la plenitud de mi inteligencia que en sus horas de predestinación me arrojaba las imágenes y sombras de esta noche, como el principio de la emancipación de un pueblo.

Efectivamente, Hidalgo, estaba en la calma de los hombres de corazón ante la primera oleada de su destino. Desde el Tabor de sus esperanzas veía el cielo del porvenir.

Le acometía el fanatismo de los héroes.

Profeta de su inspiración, le parecía atar á su carro á la fortuna, dominar el destino, encadenar al porvenir, despertar á la humanidad, extremecer al mundo...

XXVI.

La noche había expirado, y sus celajes nocturnas, mortaja que envuelve al cielo en una profunda oscuridad, comenzaban á teñirse con la vaga luz del crpúscolo que reventaba en el confin del horizonte.

Las estrellas palidecían y el azul del firmamento se abrillantaba.

El aire purísimo de la mañana sacudía sobre las flores sus alas húmedas con el rocío y acariciaba las hojas de los árbolles que se mecían sobre las flexibles ramas en una muelle ondulación.

Los vapores del campo formaban una niebla trasparente, envolviendo en sus gasas la frente de las montañas, que aparecían como una sombra en el fondo de un cielo medio oscuro.

Los pájaros atravesaban en parvadas saludando la primera emanación de la luz precursora del sol.

Esa hora de silencio fué interrumpida por el tañido de una campana.

Tres siglos hacía que aquel bronce sagrado llamaba á los habitantes del pueblo de Dolores al sacrificio de la misa; aquel toque había anunciado que la religión azteca desaparecía bajo la lava de una civilización nueva y que el templo cristiano reemplazaba á la piedra de los sacrificios.

La mano trémula del indio conquistado, tocaba á « muertos » con aquella campana; porque su libertad, su religión y sus tradiciones se hundían en el polvo de la tumba, en ese polvo que levantaban los corceles al atraversar el suelo ensangrentado de la conquista.

Como se perciben entre las agitadas olas de nuestro golfo las corrientes marinas, así se determinaba la raza proscrita entre el tumulto de la inmigración europea.

Raza infeliz, exhausta, pobre, miserable, teniendo de continuo abiertas las arterias del corazón, desangrándose por tres siglos.

El tiempo avanzaba, y aquel pueblo cuya existencia era un misterio para sus dominadores, se levantaría alado como las crisálidas para atravesar el espacio, en el profundo cielo del porvenir.

El tañido de la campana de la iglesia de Dolores era el toque de la « resurrección. »

¡ Era el llamamiento de la historia, la convocación de una raza, para vindicar á la humanidad !

XXVII.

Era domingo y los habitantes de la comarca acudían al templo.

El templo estaba cerrado.

La multitud se agolpaba en el atrio.

El bronce no cesaba de tañir.

De repente se dejó el párroco ver como Jesucristo en sus predicaciones del desierto.

La muchedumbre le abrió paso, como á Moisés las olas del mar Rojo.

Hidalgo se paró sobre el dintel de la puerta y con voz vibrante, con ese acento que presta Dios á los inspirados, se dirigió á la multitud que estaba ansiosa de sus palabras.

—Hijos míos, aquí á la sombra del templo donde vive el Dios que adoraron nuestros padres, os he convocado en nombre de vuestra patria.

La multitud se agitó en torno del párroco, porque aquellas frases extrañas sonaban de un modo vago á sus oídos, traían un eco armónico nunca oído hasta entonces.

La palabra « patria » siempre es conmovedora; aquellos hombres ignoraban que tenían « patria, » lo acababan de saber en ese momento.

—La nación española, continuó Hidalgo, es presa de la Francia y se quiere que corráis la misma suerte, encadenaros al extranjero, sufrir su yugo y haceros sus víctimas... Yo que os amo, que estoy al tanto de vuestros sugrimientos, he creído un deber impuesto por Dios y nuestra religión libraros de ese azote que os amenaza.

El pueblo, con su instinto, comenzaba á ver algo tras aquella súbita revelación.

—¿Consentiréis en ser esclavos de los franceses?

—¡No! ¡no! gritaba frenética la multitud.

La frente de Hidalgo se aclaró como si un rayo de luz hubiese resbalado sobre ella.

La idea estaba salvada.

—Sabed, hijos míos, que conociendo vuestro patriotismo, me he puesto á la cabeza del movimiento que se ha efectuado hace algunas horas, para arrebatar el mando á los europeos y dároslo á vosotros!

—¡Viva el cura Hidalgo! ¡Viva nuestro querido padre! gritaba el pueblo entusiasmado.

—Yo estoy delante de vosotros, y pronto á recibir el primer golpe; nada es mi sangre ante la idea de la independencia y de la libertad!

Hidalgo le decia al pueblo lo que Jesucristo á la humanidad en la última cena: «Tomad y comed, este es mi cuerpo: tomad y bebed, esta es mi sangre.»

—Estoy satisfecho de vuestro amor á la patria, hoy mismo salgo de aquí, seguido de los que quieran acompañarme para llevar á cabo el pensamiento de la independencia.

—¡A la guerra!... ¡á la guerra!... gritaron cien voces.

—Sì, á la guerra, dijo Hidalgo, sois un pueblo de valientes, armaos como podáis, que con ese arrojo la victoria es vuestra!... Id ,que aquí tenéis capitanes esforzados, Allende, Aldama, Abasolo y otros mil que se reunirán á vosotros; ¡á las armas! ¡á las armas!

En aquel momento sonó el toque del Ave María.

El sol resplandeció con más brillo que en el primer horizonte del Génesis.

Los hombres y la naturaleza, al saludar á Dios, daban la bienvenida á la aurora de la libertad.

XXVIII.

La multitud se desbandó por las calles de Dolores en un clamoreo terrible.

Las campanas repicaban á vuelo, los cohetes poblaban el espacio.

El pueblo celebraba de antemano su victoria.

—Capitán, dijo Hidalgo señalando á la multitud, os lo había vaticinado, dentro de algunos momentos contamos con un ejercito, vuestro es al mando, vos seréis el brazo vengador, yo llevaré el estandarte de nuestro pensamiento.

—Señor, contestó Allende, sois el alma de esta revolución, sin vos, nosotros estaríamos perdidos y el pueblo sin esperanza.

—No, capitán, yo he seguido vuestros pasos, he sorprendido vuestras ideas, y las he admirado, tenéis el temple de los hombres grandes... Dios quiera que no os alcance su predestinación.

Hidalgo se compadecía de aquella juventud, su corazón le revelaba que vendría la hora del martirio; pero esta idea no le hacía vacilar un sólo instante ni añadía un latido más á su corazón.

—Caminemos unidos, démosle forma á este movimiento, organicémoslo, de ahí depende el éxito, decía Allende.

—En estos momentos debemos recibir en nuestras filas á todos los que se presenten.

—Necesitamos soldados, observaba Allende, y la gente inútil nos servirá de estorbo; pensad en la derrota y no en la victoria, las masas se desmoralizan con facilidad é introducen el desorden.

—Capitán, es nesesario que no olvidéis que es un movimiento popular, llegará tiempo de improvisar las armas en ejército, no hiramos el amor propio de alguien.

—Tenéis razón, señor cura; pero no prescindiré ni por un momento de la idea de organización.

—Sois el árbitro, os entrego la cera, vaciadla en el molde y tendréis la forma que buscáis.

En aquellos momentos pasó un grupo, llevando á empellones á un clérigo que vomitaba excomuniones y anatemas.

—¿Qué pasa? dijo Abasolo.

—Es el sacristán mayor, el padre Bustamante, á quien llevan preso.

—¡Señor! ¡señor! gritaba el padre sacristán, ese infernal del padre Bayera me ha despojado de las vestiduras sagradas y me ha intimado arresto, socorredme!

El grupo atravesó llevando á remolque al clérigo, que Hidalgo hizo poner en libertad lo mismo que al subdelegado.

Al otro extremo de la plaza, un segundo grupo rodeaba al español Larrinúa, que resistiendo á sus aprehensores, había resistido una zurra terrible de cintarazos.

—Señor cura, ya comienza el desorden, decía un bonachón á Hidalgo.

—Dejadlos, amigo mío, las revoluciones traen males inevitables.

—!Idos con dos mil diablos! gritó uno de los voluntarios, no se trata de un sermón de cuaresma, sino de acabar con los europeos, y al que no le agrade que se vaya del otro lado.

—¡Bien, bien! gritaron algunos soldados.

El buen hombre se puso lívido y murmuró algunas palabras.

A las dos horas, ya los habitantes del pueblo de Dolores se formaban en la plaza, armados de lanzas, palos, hondas, instrumentos de labranza y cuanto podía servir en el ataque y defensa.

—¡Qué bello y grandioso espectáculo!

Parecía un grupo de marineros prontos á darse á la vela con la inquietud del que va en pos de un mundo desconocido.

Trabajadores de la libertad, formaban la primera fila que es la de los héroes.

Ninguno sobreviviría á tan gigante empresa.

Mártires sin nombre, serían arrastrados por el oleaje de la revolución.

XXIX.

Trescientos hombres se reunieron en la plaza de Dolores.

No había que perder un solo momento.

Hidalgo, á la cabeza de su pequeño ejército, se dirigió como un gran capitán á San Miguel el Grande.

Las mujeres, los viejos, y los niños, salieron á acompañarle hasta una legua de Dolores.

Como bagajes del ejército iban en mulas todos los españoles aprehendidos, á quienes se llevaba por precaución.

De los pueblos y haciendas del tránsito, salián los labradores y se unían á las filas de los independientes.

Jamás se vió movimiento más expontáneo.

Una nube pequeña había aparecido en el cielo de Dolores, y al ir avanzando crecía y crecía como una manga de tormenta, que al desplomarse, llevando en su seno al rayo, asolaría los campos y las ciudades.

Los caudillos al abandonar aquel pueblo histórico de Dolores, dejaron sobre los muros la página más gloriosa en el album de nuestras glorias.

La caravana revolucionaria llegó al santuario de Atotonilco, donde tomó descanso.

El tumulto crecía de una manera terrible.

Hidalgo aceptó el plan de Allende, era ya tiempo, porque la revolución corría el peligro inminente de convertirse en un azote de las poblaciones, en un amago que resistiría la sociedad y en que se perdería hasta la fe del pensamiento.

Procèdióse á la organización.

La infantería la formaban los indios, divididos por pueblos ó cuadrillas, armados de palos, flechas, hondas y lanzas.

Los caporales ó mayordomos de las «haciendas» hacían jefes de la caballería, armada de machetes y espadas, que como hombres de campo estaban acostumbrados á llevar en sus trabajos ordinarios los labradores.

Cuando aquella masa convertida en ejército, pasó junto al santuario en cuya puerta estaba Hidalgo presenciando el desfile, el sagrado caudillo tuvo una inspiración divina, una sublime emancipación del genio que se había apoderado de sus sentidos.

—¡Capitán! gritó con voz de trueno al joven Allende, detened á vuestro ejército, es necesario darle una BANDERA.

Allende sacudió la frente con orgullo y vibró su espada con aquella arrogancia que debía distinguirle bien pronto en los combates.

—Ese hombre es el Dios de la revolución, exclamó el valiente capitán, y detuvo á sus soldados.

Entróse Hidalgo en la sacristía del santuario y su mirada se fijó inspirada en la imagen de la Virgen de Guadalupe.

—¡Ella! murmuró el héroe, ella protejerá á su pueblo, yo se lo encomiendo con la fe de mi alma.

Sacó el lienzo del marco, é improvisándolo en una bandera, lo colocó en una asta de lanza.

Presentóse el caudillo á la faz del pueblo armado.

No había pronunciado una sola palabra cuando el ejército se sintió conmovido, electrizado, á la vista del lábaro de la independencia.

Un inmenso clamoreo, una agitación entusiasta resonó como los golpes rudos del océano.

El aire mecía aquel estandarte sagrado, y á los rayos solares resplandecía la imagen de la Virgen de Guadalupe sobre el pabellón.

La idea de la independencia, unida al sentimiento religioso, era una feliz combinación ,un golpe de alta política en un pueblo semi-idólatra.

Se combatía al coloso con sus mismas armas.

La Virgen de Guadalupe aparecida sobre las rocas del Tepeyac, encar-

naba un sentimiento patrio, ella no había venido á bordo de las naves conquistadoras.

Si el obispo Zumárraga hubiera pensado que la imagen llevada á su palacio por el indio, habría sido la patrona de la independencia, la habría hecho desaparecer como los geroglíficos de la civilización azteca.

Hidalgo puso en manos de Allende la bandera.

El joven caudillo se adelantó á su ejército y dijo con voz de trueno:

—¡ Mexicanos! ¡ Viva la Virgen de Guadalupe! ¡ Viva la Independencia!

—¡ Viva la Virgen de Guadalupe! respondió el pueblo!

Como á la proclamación de una idea se sigue la proscripción de otra, y el caudillo había hablado terminantemente de quitar el mando á los europeos, el pueblo exclamaba:

¡ Viva la Virgen de Guadalupe!.. ¡ Mueran los «Gachupines!» *

Cuantas imágenes había en el santuario de Atotonilco fueron puestas en lienzos y atadas á las lanzas y cañaverales, formando multitud de estandartes.

Desde entonces la Virgen de Guadalupe fué la enseña de la revolución y su nombre saludado en medio del estruendo de las batallas.

Hidalgo emprendió su marcha y al cerrar la noche del 16 de Septiembre, se posesionó de la ciudad de San Miguel el Grande.

La población en masa salió á recibirle participando del entusiasmo que ardía en el corazón de los patriotas.

Era tal el tumulto y alboroto, que los españoles creyeron llegado su último momento y se refugiaron en la sala de cabildos de las casas consistoriales.

Allende procedió á su aprehensión.

* Gachupines. — Presumo que la antigua significación de esta palabra, hasta hoy no muy claramente deslindada, puede haber tenido bastante parte en las severas calificaciones del Sr. Alamán por el carácter tan acerbo de odio, de desprecio y de sarcasmo que tomó desde que formó parte de la revolución. La obscuridad comienza desde la etimología. El erudito P. Mier la deriva de *catli* (zapato) y *tzopini* (cosa que espina ó punza,) resultando por la elidicóin del final *tli,* la palabra compuesta *cazopini* (hombres con espuelas.) El Sr. Alamán la ha reproducido (Historia de México, tomo I, página 7) con la muy respetable autoridad del señr Lic. D. Faustino Chimalpopocatl Galici, quien ya como mexicano de origen' y ya como catedrático de la lengua, es de gravísimo peso. Según esta opinión, significa aquella palabra punzar con el zapato ó punta de él, pues que ambos etimologistas le dan por origen la espuela ó acicate que usaban los españoles y no conocian los indios.

Pasando ahora de la etimología, que dicho sea de paso, no presenta graves dificultades gramaticales, al examen de la significación primitiva que tuvo la palabra «Gachupines», encuentro datos que convencen no tuvo en su origen ninguno que pareciera hostil ú ofensiva, habiendo aún razones para presumir que fué creada para los mismos españoles; y si no lo fué, ellos la prohijaron otorgándole todos los derechos de la nacionalidad castellana

. . . . . .

. . . . . La palabra «Gachupín» no era un apodo popular, sino una expresión hasta cierto punto técnica: mercaderes ó pasajeros que antes llamaban viandantes, y que recorren el paí sin radicación.

Noticias históricas y estadíticas de Durango, por D. José Fernando Ramírez. — Páginas 78 y 79. — Nota.

—Necesitamos, dijo uno de ellos para entregarnos prisioneros, que venga el señor coronel Corral, que representa lo autoridad del rey.

Indignado Allende respondió que esa autoridad había dejado de existir en América y que intimaba la orden en nombre de la nación.

Aquellos desgraciados no pudiendo resistir á la fuerza, fueron conducidos al convento de San Francisco donde estaban sus compañeros .

El regimiento de la Reina, reconociendo á sus valientes capitanes, se puso bajo el estandarte de la libertad.

En los primeros momentos de la revolución, es difícil contener el torrente de las pasiones en sus deseos de represalias y de venganza.

El populacho se arrojó sobre la casa de un español llamado Landeta y la saqueó completamente.

No acababa aún el saqueo cuando Allende se presentó en aquel sitio, y haciendo uso de su espada dispersó á aquella gente.

Hidalgo y los otros caudillos tomaron personalmente la ciudad hasta restablecer el orden.

Al dar la «queda» la ciudad» estaba en un silencio profundo; parecía quel el fuego de la revolución no la estaba abrasando.

Hacía veinticuatro horas que diez hombres habían dado el grito de insurreción, y ya estaban al frente de un ejército, apoderados de una ciudad, en tren completo de guerra.

El sol del 16 de Septiembre de 1810 vive inmortal sobre la frente del pueblo de Dolores como un brillante engastado en su diadema.

Las generaciones se prosternan delante de esos muros, en el solemne y respetuoso homenage de su patriotismo.

El pueblo de Dolores se marcará con una llama perenne, como los volcanes encendidos, en las cartas geográficas.

XXX.

El padre Pontolongón se había constituido por orden del Santo Oficio espía del cura Hidalgo y lo seguía como su sombra.

El antiguo maestro de aposentos apareció como vicario en el curato de San Felipe y no cesaba de acechar, dando cuenta de todos los pasos de Hidalgo.

Un expediente voluminoso tenía ya la Inquisición, y se practicaban diligencias en secreto, y se llamaban testigos, y se citaba á personas de alto coturno para sacar reo á Hidalgo, todo con ese misterio que acostumbraba tan respetable tribunal.

Cuando el cura de San Felipe fué promovido al curato de Dolores, su constante pesadilla, el padre Pontolongón, asentó sus reales en el pueblo.

Hidalgo sabía de antemano que se le vigilaba, y traía inquieto al esbirro entregándole á la hilaridad de sus amigos.

La tarde del 14 de Septiembre había llegado el espía infernal á Dolores, convencido de que el cura conspiraba, y en aquellos momentos escribía su delación, que fué enviada el 15 á la madrugada.

Dormía á pierna suelta el reverendo padre, cuando el toque de misa dado antes de amanecer lo hizo despertar.

—¡Es raro, dijo, que me haya despertado tan tarde! todos los días me encuentro en la iglesia con media hora de anticipación; seguramente la inquitud me ha hecho el efecto del ópio; levantémonos.

Comenzó á ponerse sus calcetas con toda parsimonia, cuando el sacristán entró lleno de espanto á la estancia.

—¿Qué sucede, señor Crispín?

—Mucho, muchísimo, padre Pontolongón.

—Hablad.

—Dejadme tomar resuello.

—Seguramente al señor Hidalgo no le da la gana de decir nisa, y me encarga...

—No, no es eso, interrumpió el sacristán.

—¡Hablad, con mil santos, hombre mentecato!

—Señor, hay tumulto.

—¡Cáscaras!

—Y quien se ha puesto al frente, es...

—Ya lo comprendo, el subdelegado.

—Comprendéis mal, reverendo padre, quien es autor de todo, es el mismo señor Hidalgo.

—¡Lo dije! gritó el padre Pontolongón mordiéndose los labios.

—Se están cometiendo horrores, se han robado el dinero del diezmo, han aprehendido á todos los españoles y al señor sacristán mayor lo han maniatado como á un galeote.

—¿Y qué hacemos ahora?

—Escondámonos, yo tengo las llaves de la sacristía.

—Marchémonos, bajémonos, escondámonos de esos infernales revolucionarios.

—Seguidme.

—Ya os alcanzo, si nos ven juntos, nos ahorcan.

—Así lo creo. ¡Dios mío! hubiérais visto al cura Hidalgo echar un parangón al pueblo, azuzarle contra nosostros, y hablar contra el rey!

—¡Horror! ¡horror!

—Apresurémonos, porque...

—Sí, andad, por San Judas que no me llega la sotana al cuerpo.

El señor Crispín y el padre Pontolongón se encaminaron á la sacristía, y se atrancaron por dentro y después se pusieron á buscar sitio á propósito para ocultarse.

—Tras este corateral estamos bien.

—Sois un bruto, señor Crispín, ahí precisamente nos buscaran.

—Pues en un confesionario.

—Menos.

—Pues en un armario.

—Mucho menos.

—Pues en el coro.

—Muchísimo menos.

—Escondeos entonces donde os dea la gana y dejadme.

—Eso es otra cosa.

El padre Pontolongón se subió á uno de los altares, abrió el nicho y se agazapó tras una imagen.

El sacristán se metió bajo el altar mayor y así esperaron sacristán y vicario á que amaneciese para ver claro.

XXXI.

El inválido Sariñana llegó á Dolores el 15 al anochecer.

Vivía en una modesta casa á extramuros del pueblo, solo, enteramente solo.

Dos piezas tenía ajuareadas, una para recibir sus amigos, y otra que le servía de recámara.

El señor de Sariñana era cojo, y con motivo de su excentricidad, las viejas del pueblo la habían tomado con él.

—Haí viene el tío muleta.

—Ya se acerca pata de palo.

—Ya se va el diablo cojuelo.

El inválido oía estos apóstrofes, fruncía el ceño y pasaba sin ver á los que lo insultaban.

Sariñana salía por las noches á sentarse á los arriates de la plaza á tomar el fresco.

Los muchachos pasaban delante de él muy de prisa, le habían cobrado miedo.

Un portugués, dueño de una tienducha, era amigo íntimo del inválido y conversaban ambos con el mayor misterio.

La noche del 15 de Séptiembre, estuvieron observando cuanto pasaba, las prisiones, el tumulto, el asalto al cuartel y cuantos detalles caracterizaron el movimento.

—¡Bien, amigo Sariñana, la cosa marcha!

—Ya lo veo, respondió el inválido, esta chispa no es fácil apagarla.

—Nos están vengando.

—Falta mucho, tenemos cuentas muy atrasadas, señor de Conejares.

—Todo es comenzar á cobrar.

—Este señor cura es todo un revolucionario.

—Yo creo que esta noche ha buscado intencionalmente la muerte.

—Así parece, pero todo le ha salido á pedir de boca.

—Todos los elementos de resistencia los ha destruido instantáneamente: ya véis, se ha echado sobre la fuerza armada, mientras ese desalmado del capitán Allende no ha dejado títere con cabeza en todo el pueblo.

—Eso se llama entenderlo.

—Alguien se acerca, entrémonos.

El inválido y su compañero cerraron la puerta.

Un hombre de largos bigotes y facha militar que llevaba á un niño de la mano, se acercó al dintel de la puerta y llamó.

—¿Qué se ofrece?

—Abrid.

—¿En nombre de quién?

—De un compatriota.

—¡El diablo cargue con todos ellos! murmuró el inválido.

—Soy enviado del señor cura Hidalgo.

—Pasad, caballero.

—Gracias.

—¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Decidme antes si sois el señor de Sariñana.

—Muy señor mío.

—Pues yo soy don Félix de Quintar.

—¿Y bien?

—El cura Hidalgo acaba de tener conmigo uno de aquellos rasgos que acreditan su alma grande y sublime.

—No os entiendo, caballero.

—Escuchadme: yo he vivido hace días bajo su protección, recibiendo de su mano hasta el pan para alimentar á mi hijo.

—Había oído hablar algo.

—No es extraño, yo he procurado no ocultarlo á nadie.

—Bien.

—La revolución de la independencia acaba de estallar formidable, terrible, y la colonia entera se está hundiendo. Yo soy español, y no podía traicionar mí bandera.

—¿Sois soldado?

—Lo fuí.

—Entonces ya se comprende.

—Me he presentado á mi protector, le he hablado con la rudeza de un soldado y me ha comprendido.

—El cura es todo un hombre.

—Yo le he dicho que no podía seguirle, que en las filas contrarias estaba mi lugar, y me ha permitido salir de Dolores á unirme con los españoles mis compañeros.

—No comprendo aún.

—El señor Hidalgo me ha dicho: buscad al señor de Sariñana, decidle de mi parte que guarde á vuestro hijo hasta que podáis reuniros con él.

—¿Eso ho dicho el señor cura

—Palabra de honor.

—No hay más que hablar, este niño queda en mi casa bajo mi salvaguardia, y no habrá poder humano que baste á arrancarle de mi lado sin vuestra orden.

El niño comenzó á llorar.

—Vamos, hijo mío, te quedas ahí con el señor de Sariñana, es tu padre por ahora, yo voy á México y vuelvo por tí.

El niño por uno de aquellos arranques inexplicables se acercó al inválido, que lo tomó en sus brazos y comenzó á acariciarle.

—¡Y qué guapo es! ¡qué ojos!... caballero, yo tenía una hija con unos ojos y una frente muy parecida á los de este niño.

—¡Pobre hijo mío!

—¿Será tal vez huérfano?

Don Félix hizo una seña al inválido y este guardó silencio.

—Vamos, que el niño es un hallazgo! me quedo con él, ahí tengo muchas cosas que van á divertirle mucho, además se le comprarán otras mejores. Vamos, ¿cómo te llamas?

—Gabriel, respondió el niño.

—Es un nombre precioso; Gabriel, no se olvidará, mi hija quería mucho á ese ercángel. Ya véis, amigo Conejaras, hace unos minutos que le conozco y ya le quiero como si le hubiese visto nacer.

—Gracias, amigo mío, dijo enternecido Don Félix, me voy tranquilo, os lo encargo mucho... es lo único que poseo en el mundo.

—Id sin cuidado, este niño me lo encomienda el señor Hidalgo y eso me basta.

—Gracias otra vez.

—Permitid, señor Don Félix que os dé un consejo

—Me favorecéis con ello.

—Pensad bien el paso que váis á dar, esta revolución no es eso que llamáis un tumulto, es un movimiento que va á cambiar por completo en una nueva forma el ser de este país, todo el que se oponga á su torrente perecerá, no hay remedio.

—En la cuestiones de delicateza, dijo el capitán, yo no sé medir el peligro, mi deber está antes que todo.

—Sea como vos queráis.

El capitán abrazó tiernamente á su hijo, y estrechando la mano del inválido le dijo con voz conmovida.

—Nada quiero añadir... sois un hombre de corazón... adiós...

XXXII.

Seguía el estruendo de la revolución, y el repique á vuelo de las campanas y la gritería y los disparos.

—Zambomba, decía el padre Pontolongón desde su escondite, esto crece como una tempestad.

—¿Oís, reverendo padre? preguntaba el sacristán.

—Sí, que escucho cuanto pasa, toda esa gente está espirituada, ya me figuro los desórdenes que están cometiendo, será de oir en el confesonario... vamos, que ya dudo salir con bien de este lance.

—Señor, señor, me parece que ya empujan la puerta de la iglesia.

—¡Dios mío! aquí va á ser ello! querrán arrojarse sobre las imagenes y me descubrirán, y... rezad la « Magníficat, » señor sacristán.

—La he olvidado con el susto.

Como una tempestad que se aleja en el horizonte, se iba perdiendo el eco de los gritos y del tumulto.

—Parece que se marchan.

—Dios nos haga ese milagro.

—Ya no escucho nada.

—El silencio se va recobrando.

—Salid, señor sacristán, y espiad.

—Salid vos.

—Yo estoy muy ocupado.

—Entonces aguardad.

—Os encargo que no me dejéis mucho tiempo solo.

—Vuelvo al istante.

—Id con mucho cuidado.

—El sacristán salió empolvado y lleno de talarañas de debajo del presbiterio, y fué á asomarse por la cerradura de la sacristía que daba á la calle.

La plaza estaba escueta, uno que otro grupo de mujeres y de muchachos atravesaban en pos de sus hogares; el pueblo de Dolores volvía á su calma habitual.

—No hay que temer, los revoltosos se han fugado, voy á avisar al padre Pontolongón, que ya estará desesperado en el nicho.

El sacristán volvió á la iglesia lleno de alegría.

—¡Ya estamos libres! ¡ya estamos libres!

—¿Libres de qué?

—De esos endemoniados.

—¿Se marcharon?

—Así lo entiendo.

—Pues dad una vuelta por la plaza, indagad las menores circunstancias, para que así tomemos la resolución definitiva.

—Está bien.

El sacristán con la mayor precaución del mundo se deslizó por las calles del pueblo.

—¡Hola! señor Crispín, qué azorado anda vuesa merced!

—No hay motivo, amiga mía, dijo el sacristán á una mujer del pueblo.

—Sí que lo hay, al señor sacristán mayor se lo llevan en una mula.

—Eso nada tiene de particular dijo el tío Crispín, mordiéndose los labios.

—No quisieráis hallaros en su pellejo.

—Ciertamente; pero contadme algo, amiga mía, porque yo no he sacado las narices de mi casa.

—Ni muerto que hubiérais estado.

—Os juro que no sé otra cosa, sino que el Sr. Hidalgo ha formado un tumulto.

—No es tumulto, tío Crispín, la gente de saber dice que es revolución.

—Da lo mismo, contadme.

—Todo es muy sencillo, han aprehendido á los europeos, á algunos de ellos les han hecho ver lumbre á cintarazos, ya no queremos al mal gobierno, ni que nos entreguen á los franceses, como lo han hecho en España, y sobre todo, la independencia y la independencia.

—¡Jesús, María y José! exclamó el sacristán sin poderse contener, ¡y cómo han adelantado esos labriegos en seis horas!

—Eso ha de ver vuesa merced.

—¿El Sr. Hidalgo ha pronunciado esas palabras?

—Y otras muchas que se me han olvidado, pero que son verdades como puños; ya verán si se juega con nosotras; porque aunque somos mujeres, tenemos nuestros hombres y nuestros hijos, que no han de hablar esa lengua de perros.

—En eso estamos de acuerdo.

—Es que nadie se lo pregunta, y lo que debe hacer es tomar un cirial ó la mano del tinieblero y agregarse á las filas del cura Hidalgo.

—Muy bien pensado.

—Aquí en el pueblo para nada necesitamos á los hombres.

—Esta mujer es un dragón, pensó el sacristán.

—Ya vamos á hacer juntas las mujeres para que no quede un solo varón entre nosotras, menos los muy viejos y los niños.

—Yo soy de los primeros.

—Miren al Maricón, pues me hace gracia la disculpa, el señor cura Hidalgo tiene sesenta años y va en primer lugar, eso se llama valor, y ya veréis si sabe sostener ó no la espada.

—Esto no se puede tolerar, todos se han vuelto revoltosos, á todos los ha tocado Satanás.

—No murmure, señor sacristán, porque estamos muy exaltados y puede, puede que...

—Contenga su furia la tía Zenona, que yo soy del partido y dentro de una hora me veréis con los compañeros.

—Venga esa mano.

—Diablo, y cómo aprieta, soltad que voy á arreglar el viaje.

—Ya sabe el tío Crispín, no hay más que echar por el camino de San Miguel.

—Perded cuidado.

—Os encargo las orejas del alcabalero.

—Os las traeré luego que regrese.

—Vaya con Dios y acuérdese que no es lo mismo vestir santos que dar de balazos.

—¡ Adiós, adiós! dijo el sacristán despidiéndose de la mujer.

A los cinco minutos estaba el buen hombre en conversación tendida con el espía del cura Hidalgo.

—Salvémonos de estos excomulgados, salvémonos; porque va á caer fuego del cielo.

—Así sea, señor Crispín.

—Figuraos que hasta las mujeres hablan ya de las cosas políticas y de la independencia y de la guerra.

—Si Dios no nos ayuda, cargan con nosotros todos los demonios.

—Me parece que tenéis razón.

—Mirad, esperemos á que caiga la noche.

—¿ Para qué?

—Para escaparnos, yo soy realista y me van á degollar vivo estos caribes.

—No lo dudéis, sobre que esa inferanl de la tía Zenona me ha encargado unas orejas.

—No se os meta en la cabeza llevarle las míaa.

El sacristán guardó silencio.

—¿ En qué pensáis, tío Crispín?

—En que estoy ya tocado de Satanás

—¿ Por qué?

—Ya me siento con deseos de ir con el señor cura.

—« ¡ Vade retro Satanás! »

—No os asustéis, es sólo un pensamiento.

—Tomad agua bendita y dispongamos el viaje.

—Yo siempre me quedo.

—Malo, malísimo, murmuró el padre Pontolongón.

—Mirad, tío Crispín, luego que caiga la noche, ensillaréis mi mula, pondréis en las árganas una buena provisión tomaréis, unos mediacillos que tengo en la alacena de mi cuarto, los escondéis en los bastos de la silla, tomáis para vos el caballo y á las oraciones tomamos las de Villadiego.

—Muy bien pensado, dijo el sacristán, voy entretanto á traeros algo de comer, supongo que tendréis necesidad.

—¡ Y como que la tengo! no nos hemos desayunado.

—¿Nada más se os ofrece?

—Id á la casa de mi hija de confessión la de la calle de... y decidle que me encomiende á Dios.

—Muy bien.

El tío Crispín fué á la casa del padre Pontolongón, y sin necesitar del tumulto, ni del estruendo, le dió una saqueada de moros que la dejó temblando.

Ensilló la mula, le dió á un monaguillo el caballo y para ponerse en bien con la parte feminina de la población, salió por la plaza vitoreando á la independencia y tomó con su compañero la vía del ejército de Hidalgo.

XXXIV.

El ejército de Hidalgo se aumentaba de una manera sorprendente: los pueblos se alzaban en masa y salían á su encuentro y quedaban filiados entre los defensores de la Independencia.

Los grados se daban según el número que presentaba cada caudillo, comenzando por el de coronel, para el que se fijó el de mil hombres.

Allende con su genio organizador, comenzó á darle forma á la multitud; ya no era aquella avalancha que parecía una tríbu bárbara en emigración, era un ejécito en su primer día, con sólo el elemento del patriotismo y de la abnegación.

Los caudillos hicieron una correría por la sierra de Guanajuato, y conferenciaron sobre su plan de operaciones.

—Señor Hidalgo, decia Allende, apoderámonos de Querétaro, y cerremos la puerta del « Interior; » allí ha estado el foco revolucionario y nos aguardan con ansia nuestras amigos y partidarios.

—¿Olvidáis, capitán, que la retaguardia de vuestro ejército está á descubierto y en un momento dado nos veremos aislados en nuestro centro de operaciones?

—Yo voy directamente al corazón, señor cura.

—Vuestros arranques son temibles, capitán; pero otra cosa es lo que aconseja la calma y la meditación.

—No podemos dudar del éxito, ya véis que no hemos encontrado obstáculo.

—Es que en estos momentos se preparan á batirnos; en San Luis está la división de Calleja, en Guadalajara la de Abarca y en Guanajuato se reunirán cien partidas que formarán bien pronto una fuerza respetable.

—Señor cura, tenemos un ejército fabuloso, sólo con el choque de la masa podemos destruir á nuestros enemigos.

—Capitán, yo soy viejo, y no veo las cosas bajo el mismo aspecto: esa multitud puede desmoralizarse al escuchar el primer cañonazo, es necesario no hacerse ilusiones, ved que la disciplina es la base de un ejercito, y aunque veáis á todos sumisos á nuestra voluntad, no es eso lo que requiere la ciencia de la guerra, vos lo sabéis mejor que yo.

—Me desesperáis, señor Hidalgo.

—Ya tendréis oportunidad de lucir vuestro valor, señor capitán; jamás pensé en adularos, pero sois todo un hombre capaz de llevar esta carga gigante que pesa sobre nuestros hombros.

—Determinad, pues, yo estoy acostumbrado á la obediencia, no quiero ni por un sólo momento ser responsable con mi opinión, si por acaso se malogra nuestra empresa.

—Capitán, sois el rayo que tengo en mis manos, dejadme que lo lance.

—Hablad, señor cura.

—Es necesario dirigirnos violentamente sobre Celaya, circundemos de fuerzas enemigas á Guanajuato, que caerá irremisiblemente en nuestro poder.

—Bien, señor cura.

—Alistad vuestra gente que el movimiento debe ser rápido; es necesario no dejar que se preparen nuestros contrarios.

Allende dió sus órdenes, y luego que se supo la determinación de los caudillos, se alzaron mil gritos de entusiasmo, se agitaron los estendartes, los clarines se dejaban oír en una gran confusión, y aquella catarata tomó corriente por el camino que conduce á Celaya.

En las azoteas y torres de la población se habían agrupado los habitantes de la ciudad en espera del ejército de Hidalgo.

La tropa y las autoridades habían huído.

Hidalgo ignoraba el estado acéfalo de la ciudad y envió su intimación.

Unos ginetes se adelantaron rumbo á Celaya.

A pocos momentos se descolgaba en el valle aquella serpiente terrible, y se enroscaba con sus escamas de acero en torno á la ciudad.

A la contracción de sus anillos, la ahogaría irremisiblemente.

El pánico más horrible se apoderó del pueblo.

El subdelegado Muro abrió temblando la comunicación.

—« Nos hemos acercado á esta ciudad con objeto de asegurar las personas de todos los españoles europeos: si se entregarán á discreción, serán tratadas sus personas con humanidad; pero si por el contrario, se hiciere resistencia por su parte y se mandase hacer fuego contra nosotros, se tratarán con todo el rigor que corresponda á su resistencia: esperamos pronto la respuesta para proceder. — Dios guarde á vds, mucho años.— Campo de batalla, Septiembre 19 de 1810. — Miguel Hidalgo. — Ignacio Allende. »

« P. D. En el mismo momento en que se mande hacer fuego contra nuestra gente, serán degollados setenta y ocho europeos que tenemos á nuestra disposición. — Hidalgo. — Allende.

« Señores del Ayutamiento de Celaya. »

El Ayuntamiento contestó que la ciudad estaba á merced de los caudillos.

El día 21 de Septiembre Hidalgo hizo su entraba con gran solemnidad.

Dice un historiador que el héroe de Dolores marchaba á la cabeza de su ejército, acompañado de Allende y Aldama y otros jefes de distinción, llevando en su mano el estandarte sagrado de la Virgen de Guadalupe.

Seguía la música del regimiento de Dragones de la Reina, y cien soldados de ese batallón como escolta de los caudillos.

Marchaba una columna de caballería y después los batallones independientes, no formando sino un corto número, porque la ciudad no podía dar cabida á un ejército tán numeroso.

Al llegar á la plaza la comitiva, un fanático realista disparó un tiro, que á ser certero, da muerte á uno de los caudillos.

Le respuesta no se hizo esperar: de las filas salió un proyectil que atravesó el corazón de Guadalupe Cisneros, cuyo cadáver quedó insepulto por tres días.

El pueblo de Celaya se declaró instantáneamente por la causa de la indipendencia, y en aquellos momentos, como era natural, buscó desahogo su rencor, y se lanzó á las casas de los europeos, arrojando los muebles por las ventanas y saqueándolas completamente.

—Señor, dijo Aldama, este desorden es horrible, es necesario castigar á los perturbadores.

—Aprehended á todo el pueblo, dijo Hidalgo, y traédmele para castigarlo.

Luego añadió ez voz baja y al oído del capitán:

—Esta es la revolución, mañana no se romperán muebles, se despedazarán hombres en el campo de batalla.

Aldama guardó un silencio sombrío.

XXXV.

—Sñor capitán Allende, dijo una vieja que se había entrado en la sala donde conversaban los caudillos, disimulad una palabra.

—Tenéis trazas de bruja, dijo Allende que era humorista.

—Somos paisanos, capitán, ya sabéis que San Miguel el Grande es pais de hechiceros.

—Cabalmente, ¿y qué me queréis?

—Es una friolera, ¿queréis soldados?

—Tengo más de los que se necesitan.

—Es que yo puedo daros muchos.

—¡Ea, buena veja! retiraos, que tenemos mucho en que ocuparnos.

—Sois muy violento, capitán.

—¿Venís á ofrecerme vuestros nietos?

—¿No, os vengo á ofrecer soldados de plata.

—No os comprendo.

—Ya sabéis que el dinero hace ejércitos.

—Entendida es la abuela.

—Pues plata y más plata vengo á poner á vuestra disposición.

—¿Y es vuestra ó del diablo?

—Casi, casi.

—Es singular, pensaba el joven, lo que me está diciendo esta mujer.

—¿Seríais capaz de bajar á la tumba por dinero?

—No os comprendo.

—Pues bien claro me explico: ¿os repíto señor capitán, que si tendríais valor de entrar á un sepulcro?

—Es un lugar al que tarde ó temprano tengo de hacerle una visita.

—Pues anticipadla.

—Estoy dispuesto.

—Pues seguidme.

—¿Solo?

—Sí, ¿tenéis miedo?

Allende sonrió con desdén, porque en su alma no había cabido ese sentimiento.

—Echemos á andar, señor capitán.

—Andando, buena vieja.

XXXVI

El Carmen de Celaya es uno de los edificios que honran la memoria del inmortal Tres Guerras.

Aquella torre puesta con tanto atrevimiento sobre el arco gigante da portada, aquellas columnas elegantísimas, aquella suntuosidad, hija de una imaginación del artista, y los detalles preciosísimos de la escultura en ese lujo del genio y la inventiva.

No en vano la ociosidad sibarita de los frailes había elegido ese recinto como cuna de filigrana á su oriental pereza.

Ya la noche había comenzado á extender sus sombras en el convento del Carmen, cuando la vieja y el capitán penetraron en aquel edificio, recuerdo de la edad media.

Los pasos resonaban en las bóvedas y se perdían á lo largo de las galerías.

Llegaron al fin á una puerta que daba á un patio semiobscuro cubierto de yerba, donde estaba el cementerio de los religiosos.

—Hemos llegado, señor capitán.

—Estoy á vuestras órdenes, contestó Allende influenciado por lo tétrico de aquel lugar y por la hora.

—¿Veis estos nichos?

—Sí.

—Ellos no guardan solamente cadáveres.

El capitán no respondió.

Se ha buscado la obscuridad para ocultar un tesoro.

—Comprendo.

—Fijad en vuestra memoria los números.

—Bien.

—Treinta y nueve, cuarenta y hasta el cuarenta y ocho.

—Hablad claro.

—Quitad esa lápida.

Allende se creía presa de un sueño: el cementerio, la vieja, el silencio, todo le impresionaba vivamente.

—Que quitéis esa lápida os digo.

Allende obedeció al mandado de la vieja sin explicarse el motivo.

Derrumbó la piedra del « nicho. »

—No podréis ver con los ojos, porque la noche ha caído completamente, pero con las manos también se vé.

—No os comprendo.

El joven introdujo el brazo en el sepulcro y el contacto de su mano sobre un objeto, produjo un sonido-metálico.

—Salgamos, y no olvidéis los números.

—La vieja tornó a deslizarse por las bóvedas del convento.

Al llegar el capitán el atrio de la iglesia, quiso dirigerle la palabra á la vieja; pero ésta había desaparecido.

Al día siguiente, los dragones de la reina conducían al cuartel general el dinero escondido en los sepulcros de los religiosos del Carmen.

XXXVII.

La vieja se quedó oculta tras uno de los pilares del claustro y cuando vió desaparecer el capitán ascendió por la ancha escalera que conduce á los corredores y buscó la celda número 46.

Acercóse á la puerta y dió tres toquidos con interrupciones de un segundo.

La puerta se abrió.

La celda número 46 era una estancia cómoda y con todo su «confortable.»

Un lecho mullido estaba en uno de los rincones y en el opuesto un bufete con varios libros.

En la pared del centro había una puerta secreta que comunicaba con un corredor; esto lo ignoraba el fraile que ocupaba la estancia en la noche del 21 de Septiembre.

Dos armarios con libros y tres sillones de baqueta completaban el ajuar.

Seguramente el fraile no esperaba la visita de la vieja, porque se alarmó terriblemente con su presencia.

—¡Traición!... ¡traición!...

—No gritéis, señor Núñez de Clavijero, que podéis denunciaros y seguir la suerte de los europeos.

—¿Qué queréis aquí?... ¿qué buscáis?... ¿quién os ha dicho mi nombre?

—Somos conocidos viejos.

—Yo nunca os he visto.

—No me pasa á mí lo mismo, por cierto que la última vez me reí mucho cuando presencié vuestra toma de hábito.

—¡Sois Satanás!

—No, os equivocáis, soy simplemente una vieja.

—¿Qué queréis de mí?

—¿De vos? nada, vos sólo habéis dado pesares, y la verdad, señor de Clavijero, no estoy por ese artículo.

—Pero en fin, vos venís aquí para algo.

—Precisamente.

—Pues hablad.

—¿Estáis muy violento?

—Horriblemente.

—¿Como en aquella noche en que disteis tortura á vuestro hermano?

—¡Callad, callad por compasión!

—No creía haberos producido esta impresión tan viva.

—Mirad, dijo el fraile, bajo este sayal palpita un corazón emponzoñado por los remordimientos.

—Ya lo creo, murmuró sombriamente la vieja arrancando un hondo suspiro á su pecho.

—Llevo muchos años de expiación... los ayunos... las vigilias, la penitencia, todo, todo lo que pudiera atormentar el espíritu, lo he hecho, para calmar este fuego que me consume y que al mismo tiempo parece reanimar mi existencia. Mis lágrimas se han vertido á torrentes, y sin

embargo los fantasmas de ese terrible sueño están implacables dentro de mí! Cuando creo que han desaparecido, que Dios me ha perdonado, mi corazón se alienta y doblego mi cabeza en pos de un sueño tranquilo... ¡pero ay! aún no ha llegado ese día; los fantasmas tornan con más desesperación y me acosan y me martirizan como á un condenado!

La vieja tenía enclavijadas las manos y apoyaba en ellas su frente pálida y llena de arrugas.

Las palabras de Núñez de Clavijero resonaban en su alma, donde rugía á su vez el volcán de los remordimientos.

—¿Sabéis de vuestro hermano? dijo al fin la vieja saliendo de su estupor.

—Señora, la Inquisición me ha prohibido preguntar bajo la censura eclesiástica; pero yo creo que debe haber muerto víctima del tormento.

—¡Murió! dijo la vieja.

—¿Murió! repitió Clavijero con voz ronca.

—Yo os he seguido como la fatalidad, porque el mismo crimen pesa sobre mi corazón.

—¿Vos, vos señora?

—Sí, yo, vos ignoráis que mi mano es la que ha conducido á D. Alvaro al Santo Oficio, mi mano la que os ha lanzado en ese terreno ensangrentado.

—¿Pero quién sois?

—No os importa, he venido á daros un aviso y nada más.

—No os comprendo, y dudo de vuestra presencia real en este instante; me parece que estoy loco, que sois uno de esos fantasmas que la fatalidad ha lanzado en mi cerebro.

—Núñez de Clavijero, ¿os acordáis de esa noche en que vuestro destino se obscureció para siempre?

—Callad, por Dios.

—Allí en la sala del tormento acabábais de ordenar la muerte de un hombre.

—¡Es verdad, es verdad!

—Junto al cadáver y salpicado con la sangre del condenado, estaba un niño trémulo de espanto.

—Callad, me estáis asesinando.

—Ese niño ha crecido y se encuentra en el ejército de Hidalgo.

—Dios poderoso.

—La memoria de su padre lo lleva á la venganza, y os busca al través de la revolución, ha jurado beberos la sangre.

Al oír Clavijero aquellas palabras como la sentencia de su destino, dejó caer su cabeza sobre el pecho con una desesperación concentrada.

—Pero esto es horrible, exclamó furioso, y tú, aparición fantasma que vienes á despedazar mi corazón vas á decirme quién te envía!

El fraile se lanzó á la puerta de la celda, la cerró y se precipitó en los rincones todos del aposento en busca de la vieja, que se había escapado por la puerta secreta.

XXXVIII.

Al día siguiente, 22 de Septiembre, convocó Hidalgo al Ayuntamiento de la ciudad, en una sesión solemne é histórica, y explicó el plan de la revolución al que se adhieron todos; porque la voz del caudillo

tenía una influencia irresistible. Allende, que era entusiasta por Hidalgo, propuso que se le nombrase general del ejército independiente.

Una aclamación unánime y espontánea respondió á la voz del valiente caudillo.

—Tributáis un homenage á la ancianidad y no al mérito, contestó Hidalgo; esta revolución grandiosa es debida al esfuerzo de los hombres de corazón que han dividido conmigo los peligros y es suya toda la gloria. Yo acepto el encargo que confiás á mi patriotismo, como centro de unión entre nosotros, y en virtud de este mando con que me revestís, designo en nombre del pueblo que compone mi ejército, teniente general á D. Ignacio Allende.

El entusiasmo rayaba en locura, todos aquellos hombres abrazaban á los caudillos, lloraban de emoción y clamaban por el momento de batirse. Los demás jefes fueron también nombrados dignidades del ejército independiente.

Hidalgo salió de la sala de cabildos, llegó á su alojamiento, asomóse al balcón y dirigió al pueblo palabras tan elocuentes, tan sabias, tan patrióticas, que su aliento parece haberse estacionado en la atmósfera de aquella ciudad, como una herencia de patriotismo á los hijos de aquel suelo histórico, que conserva como una tradición religiosa la memoria de ese día espléndido de esperanzas y recuerdos.

XXXVIII.

Estamos en el año de gracia 1810.

La tierra conquistada por el más bravo de los aventureros del siglo XVI, lleva sobre su frente las gloriosas insignias de los reyes católicos en cuyo nombre ocupó Cristobal Colón el mundo desconocido.

El señor virrey Don Francisco Javier Venegas, « vera efigie » de su majestad Fernando VII, yace en el palacio de México, rodeado de su corte y alumbrado por las tres luces de la monarquía, esa gigante trípode, base formidabel de la dominación conquistadora.

« El Tribunal de la Fe, » llevando en su pabellón « la ira, el rigor y la justicia » del Señor, teniendo á su lado la hoguera encendida de la intolerancia y en su mano el hierro candente para los blasfemos.

« El venerable clero, » compuesto de comunidades, que en austera penitencia como los de la edad media, ejercían la propaganda católica, llevando su celo hasta la «denuncia.»

El « ejército, » en cuyas filas entraba la nobleza, dispuesto á herir cuando se negase « homenaje y pleitesia » á la Majestad.

A estas tres clases del Estado se unía una grande masa de golillas, alguaciles, hermanas y hermanos de cofradía, seminarios, parroquias, conventos de religiosas, beatas, beatos, devotas, penitenciados, mayordomos, colectores de diezmos, sacristanes, gente de Iglesia, espías, pretendientes y hermanos del Santísimo.

El « fuero » de la nobleza, el « fuero » militar, el « fuero » eclesiástico, á lo que se agregaba la apelación á los tribunales de la Metrópoli, hacían que la aministración de justicia fuese una institución inútil en la colonia.

Frente á esos poderes estaban los señores oidores formando la Real

Audiencia, tribunal muchas veces de los virreyes y antagonista perpetuo de los gobiernos, aliándole de continuo con el Santo Oficio.

En cuanto al pueblo, no formaba clase alguna de la sociedad; servía para varias cosas en el régimen colonial, trabajaba hasta el último aliento en las minas y los campos, daba su contingente para la « horca, » la « picota » y la « hoguera, » arrastraba la carroza del virrey en las entradas triunfales, se agolpaba á las plazas en los días de « jura, » se le daba de bastonazos por los nobles, se le comisionaba para verdugo y pregonero, se escogía para las rondas y en cambio se la llamaba « El siempre fiel y sumiso vasallo de su majestad el rey. »

Esto era más que una recompensa, era un alto honor.

El virrey guardaba para su excelentísima persona una gran parte de las rentas públicas, la Inquisición se reservaba las « confiscaciones, » el clero los « legados » diezmos y primicias, la Audiencia sus gajes, los golillas las « costas, » y cada uno en su esfera las partes que legitimamente le pertenicían por las leyes.

Tal era la situación de la colonia en los momentos de estallar la revolución de independencia.

XXXIX.

Revuelta andaba la corte de México con las noticias de la revolución: las antesalas de palacio estaban llenas de curiosos ó interesados en la causa española. Los guardias arrastaban sus sables sobre las alfombras, los clérigos formaban corrillos y había pareceres y opiniones encontradas.

Cada vez que se presentaba un personaje que atravesaba las antesalas para dirigerse á la cámara del virrey, se alzaban rumores y cuchicheos, todo indicaba la crisis y el estado de efervescencia de aquella sociedad.

En el salón de despacho de Venegas se hallaba la crema de la aristocracia celebrando junta.

—Señores, decía el virrey, es necesaria la concentración de las fuerzas; Calleja debe estar avisado de lo que pasa y se habrá puesto en guardia; lo mismo acontecerá en Guanajuato, Jalisco y Valladolid.

El coronel Manuel Flon, conde de la Cadena, era uno de los más entusiastas de la reunión y decía con cierta prosopopeya y petulancia:

—Ese tumulto nada vale ni significa nada; al primier cañonazo se ahuyentarán como parvada de langosta.

—Mucha fe tenéis, señor conde.

—Mucha, excelentísimo señor; creo que se les está dando á este asunto más importancia de la que en sí tiene.

—Es que los noticiosos exageran; dijo el alcalde de corte D. Juan Collado, y es necesario creer siempre la mitad de la mitad.

—Mucha prudencia es esa, señor alcalde.

—Señores, ya soy viejo y estoy acostumbrado á crisis más peligrosas.

—Decidnos vuestra opinión, señor alcalde.

—Ya que me lo preguntáis, tendré el honor de manifestarla.

—Hablad, Sr. Collado.

—Toda revolución que se le deja tomar incremento, es difícil oponérsele después, y menos aún cuando se cuenta con pocos elementos.

—Eso es muy sabido, dijo el conde de la Cadena.

—Si el señor conde me lo permite voy á continuar

—Proseguid.

—No veo en la revolución de Hidalgo un simple levantamiento, sino una verdadera revolución.

—Todo da lo mismo, dijo Cadena.

—Es un error muy grande en el que incurrís, señor conde, el motín es la revolución del momento, sin trascendencia alguna; es el período de fiebre y exaltación que puede hacerse crónico; la revolución es la tendencia de una idea á sobreponerse sobre un régimen, á variar el modo de ser de una sociedad, y esa idea es precisamente la de Hidalgo, porque tiene en su estandarte el pensamiento de la independencia.

—Tenéis razón, señor alcalde, dijo Venegas.

—No me parece, dijo Collado, que esto pueda contrariarse con sólo el elemento de las armas; es necesario apelar á la imprenta y á todos los medios que estén á nuestro alcance, porque la simple emisión de la palabra libertad, es un atractivo para un pueblo que hoy despierta al estruendo revolucionario; ya veis el número de hombres con que cuenta Hidalgo, esa cifra os dirá la verdad de mi razionamiento.

—Bien, dijo Venegas, no habléis en general de la cuestión, indicad las bases de mi conducta.

El conde de la Cadena estaba furioso el ver la preponderancia del alcalde.

—Yo opino, dijo levantando la voz, porque se extermine á esas turbas de bárbaros y se castigue á todos los que hayan tomado parte en el motín.

—Tenía la palabra el señor alcalde de la corte, observó Venegas.

—Señor, continuó Collado, la conspiración descubierta en Querétaro, puede darnos algunas luces, y el Gobierno, con esa calma que debe distinguirlo en todas sus providencias, debe mandar se continué la causa de los conjurados, aunque sea en medio de la tempestad revolucionaria, porque la moralidad y grandeza del poder así lo exigen.

—Señor alcalde, marcharéis á Quéretaro; dijo el virrey, os nombro para que continuéis el proceso y determinéis lo que os parezca conveniente.

—Gracias, señor, acepto con gusto el honor que me dispensáis.

—Continuad.

—Reunidas nuestras fuerzas, poneos en comunicación con las de Calleja y Abarca; la capital no necesita por ahora de soldados; convocad la guardia ciudadana para la conservación del orden y enviad á vuestros soldados al encuentro de la revolución.

—Acepto vuestra idea por completo y nombro al señor Flon, conde de la Cadena, comandante en jefe de la fuerza que mañana al amanecer debe ponerse en marcha.

—Acepto, gritó Flon, yo escarmentaré á esos miserables.

—Cuidaos mucho, señor conde, ved que los miserables son muchos.

—No importa.

—Os lo digo, porque la empresa recomendada á vuestro reconocido valor es muy delicada, y no hay que aventurar un lance, porque se comprometen los intereses de la nación.

—El verdad, dijo Venegas, moderad vuestro ardor.

—Ya veréis cómo me porto.

—Toda la fuerza que existe en la capital marchará para Querétaro y á vuestras inmediatas órdenes.

—Está bien.

—Dentro de tres días os seguirá la columna de granaderos con dos batallones y lo regimientos de dragones de México y el provincial de Puebla; llevaréis una dotación completa de artillería.

—Muy bien, señor.

—Señor secretario, contestó Venegas, poned al instante un extraordinario á Veracruz y decid al comandante Porlier haga desembarcar á toda le gente de la fragata « Atocha, » haciéndola venir á la capital lo más pronto posible.

El secretario se marchó á cumplir con las órdenes de Venegas.

—Ahora es necesario dar libertad á la imprenta, como ha indicado con mucha oportunidad el alcalde, libertad completa para combatir la revolución. Sr. Collado, tened la bondad de redactar una nota á la Universidad, para que borre del número de los doctores á ese cura Hidalgo, y comunicad lo mismo al Colegio de Abogadas, porque D. Juan Aldama, el revolucionario, es abogado. Pondréis en seguida notas á la autoridad canónica y al Santo Oficio para que procedan á lo que haya lugar, lo mismo que á las comunidades religiosas.

—Perfectamente, muy bien, decían los aduladores.

Venegas, creyéndose un hombre de Estado, continuó:

—Mañana saldrá el bando perdonando el tributo á los indios; con eso demostraré al pueblo mi benevolencia.

—Ese, ese es el modo de contrariar la revolución.

—Esa es mi táctica, señor alcalde.

—Seguid por ese camino.

—No sólo eximiré á los indios del tributo, sino que mi providencia se hará extensiva á todas las castas.

—Su excelencia está de vena, decían los palaciegos, este es talento, esta es política, esta es diplomacia...

—Señores, continuaba el virrey, yo daré el golpe de gracia á esa revolución; saldrá un decreto poniendo á precio las cabezas de los jefes; diez mil pesos entregaré al que me traiga á esos sacrílegos.

—Esa idea es la mejor, repetían los aduladores; al cebo de los diez mil se lanzarán los que verdaderamente aman á su majestad, y entonces el golpe es segúro, segurísimo, como si lo estuviésemos viendo.

—Creo que por ahora no hay más providencias que tomar, nada tengo que recomendaros, señor conde de la Cadena, ni á vos, señor alcalde. Poneos desde luego en camino, que hoy premiaré vuestros servicios.

—He salvado la situación, dijo Venegas inflando los carrillos, la he salvado.

Fijose al día siguiento una proclama, en que el virrey daba cuenta á la ciudad del levantamiento de Hidalgo; y el pueblo supo de una manera cierta que en el pueblo de Dolores se había proclamado la independencia mexicana el 16 Septiembre de 1810.

XI.

La Iglesia quiso rivalizar con el Estado, y revolvió sus pergaminos buscando cánones y disposiciones, y encíclicas, y bulas y cuanto encontró en su archivo, padrón de la barbarie y gran protocolo del error humano.

Dice el historiador Alamán, cuyas palabras recojemos por ser el escritor que más se ha distinguido en denigrar á Hidalgo, y por lo tanto su dicho no será sospechoso á los que puedan tacharnos de parciales, que las armas de la iglesia se emplearon también con el mayor empeño para reprimir la revolución.

Luego que el obispo electo de Michoacán, Abad y Queipo, tuvo conocimiento de ella, publicó en 24 de Septiembre un edicto, en el que calificando á Hidalgo y sus compañeros de « perturbadores del orden público, seductores del pueblo, sacrílegos y perjuros, » declaró que habían incurrido en la excomunión mayor del cánon «si quis suadente diávolo,» por haber atentado contra la persona y libertad del sacristán de Dolores, del cura de Chamacuero y de varios religiosos del Carmen de Celaya, aprisionándolos y manteniéndolos arrestados: prohibió bajo la misma pena de excomunión mayor «ipso facto incuarenda,» que se les diese socorro, auxilio y favor, y exhortaba y requería bajo la misma pena, al pueblo que había sido seducido, y seguía al cura con título de soldados y compañeros de armas, á que lo desmparasen y se restituyesen á sus hogares dentro del tercer día del en que tuviesen noticia de aquel edicto.

El arzobispo de México, Lizana, declaró en un edicto, que el del obispo de Valladolid estaba hecho por superior legitimo y con entero arreglo á derecho y que los fieles cristianos estaban obligados en conciencia, pena de pecado mortal y de quedar excomulgados, á la observancia del edicto.

El mismo prelado dirigió otra pastoral á todos los curas del arzobispado, combatiendo los principios en que Hidalgo pretendía fundar la justicia de la revolución, la que mandó se leyese y fijase en todas las iglesias.

El obispo de Puebla, Campillo, persuadido del influjo que el clero podía ejercer, y para evitar que el de su diócesis lo empleara en fomentar la revolución, como había sucedido con varios individuos del obispado de Michoacán, convocó una junta solemne en el coro de la Catedral, á la que concurrieron el cabildo eclesiástico, los curas de aquella ciudad, todos los que habían venido de fuera con motivo de hacerse actualmente concurso y todos los ordenados « in sacris; » y después de exponerles cuales eran sus deberes en las circustancias, hizo prestasen juramento de no apartarse jamás de la obediencia al gobierno, «sostener los derechos » del rey Fernando y sus sucesores, tanto en los ejercicios propios de su ministerio como en las conversaciones familiares y que usaría de todos los medios oportunos para dirigir la opinión pública, cuidando de averiguar si en los lugares de su residencia había algunas personas que fomentasen la sedición ó tuviesen juntas, para « dar cuenta » al Gobierno, al que todos se ofrecieron servir con su personas y facultades.

He aquí el clero armándose caballero y velando sus armas, para entrar en esa lucha que ha durado más de medio siglo, hasta caer agonizante ante la majestad callada de la soberanía de un pueblo!...

Grande fué la turbación que introdujo en las conciencias la conducta de algunos fraiies imprudentes y perversos que convirtieron el confesionario en garita de espionaje.

Dice otro historiador, que había una comunidad de españoles, que se sentaban á los confesionarios llevando papel y lápiz, llegaba el penitente, se le preguntaba por su nombre, donde vivía y como « pensaba, » si tenía correspondencia con los insurgentes ó sabía que algunos la tuviesen; tal era el interrogatorio previa la confesión.

Si el penitente era incauto, y respondía á todo, manifestando su afecto á la insurrección, he aquí un alcalde que á media noche y cuando reposaba tranquilo, le arrancaba de los brazos de su familla y le hundía en un calabozo, sin más testigo ni acusador que el fraile que había abusado de su candor y buena fe. De este modo se llenaron las prisiones, empezando por las de la Inquisición, y se perdieron algunas familias.

Algo más: se inquiría si el penitente había sido antes absuelto por algún confesor, y si éste le había mandado que le denunciase; entonces el anterior confesor era también denunciado y perseguido. El resultado de esto fué, que los confesores adictos á la independencia se abstuviesen de confesar, y que los penitentes viesen con tedio y horror la frecuencia de los sacramentos.

« La Inquisición, entonces tan temida, publicó también un edicto en que hizo cargo á Hidalgo, de todos los errores de que había sido acusado ante aquel tribunal y por los cuales se había comenzado causa contra él, desde el año de 1800, no habiendo continuado, ni procedido á su prisíon, por la reforma que en él se había notado. Según esos cargos, Hidalgo parecía negar absolutamente las «verdades reveladas» ó propender á las opiniones «protestantes», acusándole también de otros delitos de tal manera contrarios á todos los principios de moral y aun de decencia, que el decoro prohibe transcribirlos. El edicto terminaba citándole á comparecer, dentro de treinta días, en la Sala de Audiencia del Tribunal, so pena de seguirle la causa en rebeldía hasta la «relajación en estatua,» imponiendo «excomunión mayor,» quinientos pesos de multa y las demás penas que establece el derecho canónico y bulas apostólicas, contra los fautores de «heregía,» á todas las personas sin excepción, que aprobasen la sedición, recibiesen proclamas, mantuviesen trato ó correspondencia epistolar con Hidalgo, ó le prestasen cualesquiera género de favor ó ayuda, esí como también á todos los que favoreciesen las ideas revolucionarias, ó de cualquiera manera las promoviesen ó propagasen.»

«Estas excomuniones, dice un testigo presencial, pusieron en combustión ó cisma á todo el reino, empezando por las familias más distinguidas. Notábase en ellas que á proporción que los «españoles» sus «padres,» pretendían la dependencia de la América, los «hijos,» «mexicanos,» deseaban su emancipación. La mesa, este lugar sagrado y de delicias inocentes, en que el corazón se espacia y dilata hallándose la familia, y cuyo padre á semejanza del Universal que existe en los cielos, se goza con ver alimentar á sus hijos ó esposa de sus trabajos y afanes, era por lo común un lugar de tormento; suscitábanse en ella conversaciones sobre la revolución, declamaban los padres «españoles» contra los habitantes de este suelo; los hijos con su madre «criolla»

respondían á sus invectivas, altercaban, reñían, y concluía la comida con lágrimas é increpaciones...»

De esta combustión en que había entrado la sociedad se acusaba á Hidalgo, por aquellos hombres que desconociendo el principio religioso de su gran revolución se fijan en detalles, que por dolorosos y sangrientos que sean, no deben tomarse en cuenta ante la grandeza y majestad del «pensamiento.»

XLI.

Avanzaban las horas con una lentitud terrible y desesperante para el infeliz Cipriano Pontolongón, que yacía encarcelado en la iglesia de Dolores en espera del sacristán que había puesto pies en polvorosa.

Eran ya las cinco de la tarde y el infeliz no había probado una migaja, ni había llevado al belfo una gota de aguardiente.

¡El, él, que se levantaba con la aurora y después de una misa de diez minutos tomaba una colación modesta, de seis huevos pasados por agua, un gran pocillo de chocolate y una taza de atole, alternando con cucharadas de frijoles refritos en una sartén!

¡El, él que á las once ya se sentía con laxitud de estómago y se soplaba una docena de bizcochitos duros y rodeos, remojando su garganta con dos copas de licor!

!El, él, que á la una en punto se sentaba á la mesa, donde se servía una gran taza de caldo, un plato de fideo, y el famoso «puchero» á la española con todos sus «dimes» y «diretes,» y un gran trozo de carnero asado á la parrilla y sazonado con salsa «borracha,» y daba término con una segunda edición de la sartén de los frijoles, rematando con una taza de café con aguardiente!

El, él, que á las cinco de la tarde se ponía de mal humor si no oía remolinear el molinillo y no percibía el olor del Caracas y de los bizcochos calientes!

El, él, que á las ocho hacía otra colación de vinos y soletas. Y él, en fin, que á la «queda,» se aproximaba al comedor en busca del pollo asado, el «chile» con «queso» y otros antojillos que le dieran ánimo, porque la debilidad le acometía de una manera formidable.

Ese hombre estaba hidrofóbo, calenturiento, desesperado, y así como el tígre hambriento desciende á los valles cuando se siente acosado por el hambre, el clérigo, en un arranque de ira, abrió la puerta, tendió la vista y encontrando que no había gente en la plaza ni en lo que se alcanzaba á ver de las calles adyacentes, se dirigió violentamente á su casa.

—¡Señora Fernanda! ¡señora Fernanda! gritó el clérigo con una voz de mal humor reconocido.

—Ay padrecito de mi alma! dijo una viejita alta, de pelo entrecano, morena y de ojos grandes, ya creía que...

—¿Qué creías, señora Fernanda?

—Que le había pasado algo á su paternidad.

—No es nada lo del ojo, ¿y por qué lloráis?

—Porque mi hijo Juan Piñón se ha ido con los revoltosos, con ese señor cura que ha hecho un tumulto tan fuerte; yo le decía á mi hijo, que es un mozo tan tentado del diablo: no te vayas, Juan, mira que se va

á enojar el padrecito; pero el muy bribón me respondió: señora madre, tengo á todos los gachupines montados en las narices y me marcho donde sólo vea indios.

—¡Excomulgado! gritó el padre Pontolongón.

—¡Ay padrecito de mi alma! estoy con el alma en un hilo.

—Pues debe ser un hilo muy grande ,porque no sabemos lo que durará esta revuelta.

La viejita seguía hecha un mar de lágrimas por la suerte de su hijo, que en tela de verdad era un perdulario.

—¿Ha venido el sacristán?

—Sí, le entregué la mula y el dinero, además, se llevó todo lo que encontró de valor, cargó hasta con el ramito con escudos que regalaron las monjitas de Querétaro por aquel sermón tan bueno que dijo su paternidad.

—¿Y dónde está ese hombre?

—¡Ay padrecito! luego que se vió en la plaza, se fué gritando: ¡viva la independencia! y se marchó con Juan al tumulto.

—Esto es horrible, inícuo, infame, ¡escandaloso!... si lo llego á pillar lo soplo al Santo Oficio.

—¿A mi hijo?

—No, mujer al diablo del sacristán... ¿Pero qué hacéis que no me dáis de comer? estoy que agonizo.

La señora Fernanda se entró en la cocina, y con aquellas manos que Dios le había dado, improvisó una comida suculenta y magnífica.

La señora doña Fernanda dió un ataque al gallinero, hizo cuatro víctimas, entre las que se contaba un gallo y un conejo, desplumó, desolló, frió é hizo cuanto puede ocurrírsele á una buena cocinera, y avisó al padre Pontolongón que todo estaba dispuesto.

Sentóse el clérigo con más hambre que un náufrago y espabiló su pollo en cuatro dentelladas.

La señora Fernanda estaba admirada de la velocidad gastronómica del clérigo.

Al cuarto de hora, el padre Pontolongón había fracturado hasta los huesos de pollos y conejo, y los platos parecían lunas de Venecia por lo limpios.

—Parece que estoy refocilado, ahora dadme un consejo, ya os escucho.

La señora Fernanda le dijo al clérigo:

—Señor, más sabe el diablo por viejo que por diablo; marchaos del pueblo; porque si vuelven á entrar esos hombres, os cuelgan de la torre: mi hijo Juan me lo ha asegurado.

—Vuestro hijo es un bárbaro, y un presbiteriano, y un luterano, y un etcétera...

—¡Ay señor! eso de la etcétera es lo peor.

—Lo creo... conque me marcho y quedad al cuidado de la finca: escondedlo todo, recojedlo todo, libradlo todo del alcance de esos endemoniados.

—Así lo haré padrecito.

—Y si se descuelga por aquí vuestro hijo Juan, decidle qué «anatema sit.»

—Pierda cuidado su paternidad, yo le diré todas esas cosas.

—Haced que ensillen la mula.

—¿Cuál mula?

—¡Cuál ha de ser! la mía.

—Ya le dije á su merced que el señor Crispín cargó con ella.

—Ella cargó con el señor Crispín, que es un macuteno, un foragido, un... que me ensillen el caballo.

—¡Ay padrecito! su merced ya sabe que mi hijo Juan Piñón fué el que...

—¡Cargue el diablo con vos y con vuestro hijo, que es un bandolero! yo no estoy aquí para comprar caballos y que se los robe vuestro hijo Juan; mandádselo pedir pero en el acto.

—Si al marcharse el muchacho dijo que así le gustaban gordos y de buen paso.

—Por esas cualidades lo compré.

—No se aflija su paternidad, el padre sacristán ha dejado á guardar dos caballitos muy regulares.

—Señora Fernanda, me habéis salvado, ¡sois un ángel!

—¿Yo, señor?

—Sí, una mujer que me da esa noticia debe ser un ángel; yo montaré al que me parezca mejor, que al fin voy á servir á la religión.

—¿Va su paternidad á montar á los ángeles?

—No digáis herejías, hablaba de los caballos del padre sacristán.

—Esa es otra cosa.

La señora Fernanda mandó al criado que ensillase y avisó al padre Pontolongón que podía emprender su camino.

Desde la azotea de la casa veía la señora doña Fernanda alejarse al padre Pontolongón por la ruta de la Villa de San Felipe y le echaba la bendición con las dos manos.

XLII.

El padre Pontolongón se fué á refugiar al obispado de Michoacán, presentándose á Abad y Queipo, que tenía deseo de saber los detalles del levantamiento.

—¿Dónde estábais esa noche? preguntó el obispo.

—Yo estaba... naturalmente... como ya eran las once, estaba dormido.

—¿Y os despertaría el rumor de los conjurados?

—Sí y nó; es decir, precisamente no supe nada hasta que oí llamar á misa más temprano de lo regular... entonces me levanté para ir á la iglesia, cuando entró el sacristán y me avisó que el cura Hidalgo era jefe de los revoltosos; yo, señor, quería salir á combatir, pero no tenía á mano más que la lanza de San Longinos y la espada de Santa Catarina... me entraba solo; porque el sacristán estaba comprometido en la revolución... ¡ah! señor, se ha llevado la mula más hermosa del pueblo, porque al grito de... perdóneme su señoría ilustrísima, yo no pronunciaré esa palabra... al grito de... se lanzó en pos del tumulto y la parroquia perdió dos personas, no, dos mulas, es decir, una mula y una persona, porque el señor Crispín es ya soldado de caballería á mis expensas.

—¿Y eso es todo lo que sabéis?

—Como su señoría ilustrísima comprenderá, es lo que más me interesa.

—Bien, os necesito para que digáis sermones en los pueblos, contra esa revolución acaudillada por los impíos.

—Estoy dispuesto á lo que ordene su señoría ilustrísima.

—Por ahora, id en persona á fijar la excomunión en las puertas de las iglesias, y exhortad á los fieles á que no se mezclen en la revolución.

—Al instante, señor obispo.

—Volved, que tengo una idea.

—¿Tiene su señoría un idea?

—Sí, conociendo vuestro valor y vuestros sentimientos cristianos, os voy á fiar una misión de alta importancia.

—Deseo servir en cuanto pueda á su señoría ilustrísima.

—Os conozco, padre Pontolongón, y os aseguro que recibiréis un premio digno á vuestros merecimientos.

El clérigo hizo una genuflección tan pronunciada, que estuvo á punto de tocar el suelo con las narices.

Besó el anillo del Pescador y se marchó en seguida á fijar los edictos.

El pueblo comenzó á seguir al clérigo, que armado de papeles y una olla de engrudo, se paró en la puerta de la Catedral, y dijo un sermón plagado de barbaridades, concluyendo por leer la excomunión con voz estentórea y descomunal.

Las viejas, según su antigua costumbre, lloraban a todo llorar, sobre todo, cuando oían los latines del clérigo.

Las beatas admiraban la santidad del señor obispo y su sabiduría; pero la multitud comenzaba á poner en tela de duda los exorcismos y los anatemas de la Iglesia, porque veía á Hidalgo al frente de la revolución, y el cura de Dolores era reputado por un sabio en todas las ciudades del interior.

El clérigo recorrió las iglesias de Valladolid con una peregrinación de disparates que llevaban consigo el desprestigio.

—¡Hola, hola, decían algunos, es el antiguo maestro de aposentos del colegio.

—Sí, sí, ¿quién le había de decir cuando bebíamos juntos en la casa de Lino el Mulato, que hoy manejaría e latín y echaría excomuniones?

—Estará atarantado con el aguardiente.

—Ya es hora.

—¡Y qué feo se ha puesto!

—Es que siempre lo ha sido.

—¡Y cómo estira el labio inferior cuando maldice!

—Y le suda la cabeza como á un marrano.

—Sí, echa chispas por los ojos.

—En eso de saber no ha adelantado mucho.

—Ni poco.

—¡Y qué sotana tan mugrienta!

—Es la misma de hace seis años.

—¿Y qué dicen esos papeles?

—Nada, que es un hereje el señor rector de San Nicolas.

—Eso no lo creen ni los niños.

—Y que todo el que se reuna con él está excomulgado.

—¿Y quién lo dice?

—El señor obispo.

—¡Ya!

Estas conversaciones se llevaban en voz alta, porque el pueblo de Valladolid era partidario del cura Hidalgo.

La multitud acabó por burlarse del padre Pontolongón, y luego que cerró la noche, los edictos desaparecieron de las puertas de las iglesias, y esto hizo comprender al obispo que estaba pisando fuego.

XLIII.

El padre Pontolongón regresó al palacio episcopal muy fatigado.

Ilustrísimo señor, todo ha salido á pedir de boca, la Iglesia y el gobierno de Su Majestad, cuenta con esta cristianísima población; ¡qué llanto! ¡qué lágrimas! ¡qué imprecaciones á los revoltosos!

—Bien, bien, os voy á comunicar mi pensamiento.

—Si viera Su Señoría ilustrísima el efecto que ha hecho el edicto en las mujeres! ¡oh! ese espectáculo es verdaderamente patético, estuve á punto de enternecerme; he predicado muchos sermones en cuaresma y nunca tuve un auditorio tan escogido, esa idea de la... ya he dicho á su señoría que no pronunciaré nunca la palabra «independencia.»

—Os decía, Sr. Pontolongón...

—Continúo con permiso de su señoría, todos los devotos y devotas me rodearon y bendecían al señor obispo porque no consiente que se extravíe el sentimiento religioso; todos exclamaban con una emoción católica: ¡bendito sea el Sr. Abad y Queipo! ¡bendito sea el señor obispo de Valladolid!

—Basta, basta, dijo el obispo fastidiado de las majaderías del clérigo.

—No basta, ilustrísimo señor, no basta, porque ningún elogio es suficiente para tributarlo á nuestro distinguido prelado, y yo seré el primero en publicar en partes y por los cuatro vientos que sois un santo.

—Os mando que me escuchéis.

—Soy todo de su señoría ilustrísima.

—Es necesario que finjáis ser insurgente y...

—¡Dios mío! exclamó el padre Pontolongón.

—No os asustéis, que no llegarán las censuras á vuestra persona.

—No comprendo.

—Os presentaréis á Hidalgo, os filiaréis entre sus soldados y daréis cuenta de todos sus pasos.

—¡Y si me aprehenden las fuerzas del rey?

—Os daré un salvo-conducto.

—¿Y si me lo atrapan las fuerzas de Hidalgo?

—Sois un majadero.

—Así lo creo, ilustrísimo señor, pero cuando se juega el pescuezo, se tiene doble vista.

—A nadie se ocurrirá el que estáis de acuerdo con nosotros.

—No sería una ocurrencia que me hiciera mucha gracia que digamos.

—¿Sois católico?

—Sí, por la gracia de...

—Bien, pues entonces estáis obligado á todo.

—No me rehuso, tomo precauciones; porque cuando uno arriesga el pescuezo!...

—Basta y retiraos, dijo con aspereza el obispo, no os necesito.

—Perdonadme, ilustrísimo señor; yo os lo ruego, mandad y estoy pronto á obedecer.

—Decía que conviene á nuestros intereses y los del rey que os mezcléis entre esas turbas y nos pongáis al tanto de sus movimientos; fingid valor y desdén por nosotros, y...

—Ya comprendo, tomaré una espada, me quitaré los hábitos, me echaré á las cejas un sombrero paisano, fumaré un gran puro, montaré en un caballo que su señoría ilustrísima me va á regalar y estaré hecho un insurgente.

—Ya vais comprendiendo.

—Escupiré de lado, seré maldiciente, recibiré mi propina y...

—Ya sabéis lo demás.

—Por última vez, señor obispo, y perdonad: cuando á uno le va el pescuezo.. .

—¿Qué queréis?

—Que pongáis una circular á las autoridades por si caigo en el garlito.

—La pondré, dijo el obispo, resuelto á no hacer tal tontería, porque estaba convencido de que en todas partes había agentes de la revolución.

—Tomad el caballo que más os acomode, llevaréis veinte onzas para el camino, se os dará el salvo-conducto que necesitáis...

—Dadme vuestra absolución por si me mataran antes de presentar el salvo-conducto, porque cuando uno arriesga el pescuezo...

—¡Yo os absuelvo. y marchad! Hidalgo está sobre Guanajuato.

—No está muy distante.

—Aprovechad todas las oportunidades; un aviso á tiempo puede salvar á la nación de un desastre, ya lo comprendéis.

—Sí, ilustrísimo señor, y permitidme otra bondad.

—Decid.

—Me llevaré dos caballos, así estaré más expedito para correr; porque cuando uno arriesga el pescuezo.

—Haced lo que os parezca.

—Quede con Dios su señoría.

—El os acompañe, padre Pontolongón.

—Está visto, dijo el clérigo cuando salió del obispado, que estoy en el mundo para servir de sombra al rector de San Nicolás.

A la mañana siguiente, el padre Pontolongón se dirigía á Guanajuato, á cuyas puertas tocaba Hidalgo con la empuñadura de su espada.

XLIV.

¡Mirad esa corona de montañas graníticas que parecen llegar al cielo con su frentes!

Contemplad esas rocas gigantescas, pirámides lanzadas por algún cataclismo y que dominan la inmensidad, como las esfinges de aquella zona atravesada por arterias de oro!

Trepad por aquellas piedras y asomaos como las águilas á contemplar el valle!

Todo esperáis ver en aquel suelo encantado, menos una ciudad.

Y sin embargo, sacudid vuestras sandalias, descubríos la frente como los peregrinos de Tierra Santa á la vista de Jerusalén, y saludad á la sultana de América, que cubierta de pedrería goza indolente, sentada sobre sus rocas!

Allí estás, ciudad de los recuerdos, como una página de gloria respetada por el tiempo y venerada por las generaciones!

El ala de los siglos pasará acariciando tu cabeza, y tú vivirás siempre como la tradición sublime de nuestras memorias!...

Vive sobre tus catacumbas, apoyando tu planta en el abismo, y tocando el cielo con tus montañas, que son la cifra de tu nombre!

Duérmete al rumor de tus fiestas populares, goza al són de la lira de tus bardos, sonríe con la belleza deslumbrante de tus beldades y cubre tu frente con los combates!

XLV.

Guanajuato ocupa el lecho de un profundo valle, y se ensancha apiñándose en las laderas de la montaña; los edificios pierden el alineamiento en un desorden bellísimo, parece una ciudad en marcha, tiene el desorden de la oda, la novedad de la imaginación, aquella ciudad no se semeja á ninguna, parece que las rocas se improvisaron en palacios sin perder su formación.

La entrada á Guanajuato está formada de la prolongación del valle y se llama la cañada de Marfíl, que termina en las cuestas de Jalapilla, tomando la dirección de los llanos de Cuevas.

El río que toma origen en un arroyo nacido al levante de la ciudad y al que dan alimento las vertientes de los cerros comarcanos, sigue su curso por los campos de Silao, se mezcla al Río Grande que desemboca en la laguna de Chapala para perderse en el mar del Sur.

Al Mediodía de Guanajuato y cerrando la ciudad se levanta sombrío el cerro de San Miguel, en cuya cima se forma una pequeña llanura que se llama de las «Carreras» por verificarse en ella las de los caballos en los días de fiestas populares.

Por el Norte se alza el escabroso cerro del «Cuarto,» cuyo nombre tradicional viene de que en tiempos remotos permaneció en las rocas la pierna de un malhechor ajusticiado.

Bordando la cañada de Marfil están las haciendas de beneficio, donde las piedras se convierten en el pan de la actual civilización, es decir, en oro.

Entre los edificios de más nombre en la ciudad se cuenta el tristemente célebre de la Alhóndiga de Granaditas.

El señor intendente Riaño, caballero de la Orden de Calatrava, lo había hecho construir para el acopio de semillas, desplegando todo el orgullo de su genio artistico y la ostentación de sus riquezas.

El aspecto del edificio es el de un castillo feudal coronado por un cornisamiento dórico formado con piedra verdinegra y rojiza, sacada de las magníficas canteras de Guanajuato.

El edificio tiene la forma de un cuadrilongo, cuyo costado mayor tiene ochenta varas de longitud.

En el inferior se ostenta un pórtico de dos cuerpos, el inferior se sostiene con columnas y adornos toscanos, y el segundo con balaustres de piedra en los intercolumnios.

Dos escaleras perfectamente construidas y elegantemente dispuestas sirven de comunicación á los dos piso.

Las piezas ó trojes están techadas con bóvedas magníficamente labradas.

Hay una puerta que ve al Oriente ostentando dos columnas y entablamento toscano, que le da entrada por la cuesta que llaman de Mendizábal y forman el declive de la loma que se extiende hasta la calle de Belén, dejando á la derecha el convento y á su izquierda la hacienda de Dolores, situada en el punto de intersección de los dos ríos.

Del Sur al poniente de Granaditas atraviesa una estrechísima calle que la divide de la hacienda de Dolores, terminando en el ángulo del Nordeste la cuesta que conduce al río de Cata en la plazoleta donde está la principal entrada de la Alhóndiga.

Desemboca en ese mismo lugar frente al ángulo Nordeste la calle de los Pozitos y la subida de los Mandamientos, que es el camino para las minas.

El descenso del terreno hace que por el lado Norte y por el de Oriente y Poniente se vean dos pisos, y tres en el resto de esos mismos lados y en el lienzo del Sur.

Este grandioso edificio es el centinela avanzado de la ciudad; pero está perdido, toda vez que las montañas del Cuarto y San Miguel se tornen en reductos ocupados por el enemigo.

XLVI.

La mañana del 15 de Septiembre se celebraba una misa de «requiem» en uno de los templos de Guanajuato, después de depositar en la última morada los restos mortales de Don Martín Riva.

El intendente Riaño presidía la fúnebre ceremonia, á la que asistía la distinguida sociedad de la provincia.

El caballero de Calatrava estaba triste bajo la influencia de aquel acto, y parecía absorto en la contemplación de sus pensamientos, cuando uno de los empleados de su secretaría le presentó un pliego, con el carácter de «urgente.»

Riaño leyó aquel pliego y una inquietud terrible se apoderó de su espíritu; larga le pareció la ceremonia, que no quiso interrumpir por honor á su difunto amigo.

El intendente salió de la iglesia y se dirigió al cuerpo de guardia de las casas reales y mandó tocar «generala.»

La campana de «entredicho» causa menos terror entre los católicos, que el producido por aquel toque en el ánimo de los habitantes de Guanajuato.

Cerráronse las casas y el comercio, armóse el pueblo y los vecinos sin distinción de clases, y toda aquella multitud se precipitó como una avalancha á donde la llamaba el son de alarma.

—Señores, dijo el intendente, acaba de estallar una revolución en el pueblo de Dolores acaudillada por el cura Hidalgo, que marcha sobre esta ciudad; estáis amenazados en vuestros intereses y en vuestras vidas; creo contar con vosotros para la defensa de la ciudad.

Disolvióse aquella multitud armada, no sin pensar en el principio que debía servir de bandera á la revolución.

El caballero de Calatrava sentía sobre sus hombros el peso del gobierno en la difícil situación por que atravesaba: reunió al ayuntamiento, á los prelados y á las personas notables de la población les manifestó los informes que poseía, y con un acento sombrío y de vaticinio dijo:

—«Dentro de algunas horas, mi cabeza rodará ensangrentada por las calles de la ciudad.»

El angel de la muerte tocaba á las puertas de su corazón.

Comenzaron los aprestos de guerra, cerráronse con parapetos las calles principales, practicáronse fosos formando un último perímetro en el recinto de la plaza y parte céntrica de la ciudad.

Servía de base al ejército de paisanos el regimiento provincial que estaba continuamente de fatiga; mandó poner sobre las armas á los escuadrones del regimiento de caballería del Príncipe, y envió correos por la vía extraordinaria para avisar á Calleja lo librase de una situación tan apremiante.

La avanzada de Marfil avisó que el ejército de Hidalgo se adelantaba en dirección á Guanajuato.

Coronáronse los cerros de gente armada con piedras, ocuparon las alturas y las azoteas, mientras el caballero de Calatrava salió con la tropa al encuentro de los insurgentes.

Los vigías se habían engañado.

Al regresar el intendente Riaño, notó que el entusiasmo del pueblo se había entibiado, que en los corrillos comenzaban las disputas, y que todo aquel mar agitado se calmaba de improviso.

Riaño era un hombre muy hábil; luego que desconfió del pueblo proyectó defenderse en el castillo de Granaditas, donde con la mayor precaución hizo trasladar á la ropa y españoles del comercio, así como los caudales reales y municipales y los archivos.

La suma depositada en la Alhóndiga ascendía «á tres millones de pesos.

Todo este movimiento se verificó la noche del 24 de Septiembre.

—Noto un tráfago muy activo decía un barretero á un hombre que lo acompañaba.

—Parece que hay novedad, compadre Lino.

—Tengo para mí que se quieren fugar.

—Es necesario ponernos en acecho, ya sabes lo que tenemos pensado.

—Como que estoy resuelto á llevarme á los muchachos de Valenciana y reunirnos con el cura Hidalgo.

—Hay muchos que piensan como nosotros.

—Ha llegado esta noche un amigo tuyo y dice que ha estado con los del tumulto de San Miguel.

—?Y qué dice?

—Que hay mucha gente, muchas armas, y sobre todo, muchísimo dinero.

—Tras él vamos, ¿y quién es el amigo?

—El Pípila, que quiere ver si cuenta con nosotros.

—¿Y dónde está?

—Presente, respondió el barretero.

—Dame un abrazo.

—Lo merezco, amigos míos, porque me he arriesgado á venir, sólo por los amigos.

—Tuyos hasta la muerte.

—Miren, dijo Lino el Mulato, cada uno señale la casa que quiera, y luego que se tome la ciudad nos repartimos.

—Yo no quiero nada, respondió el Pípila, ¡viva la libertad!

—Pues yo la plata, contesó el salteador.

—Yo me « arrabiato » á lo que dice el Pípila.

—Si hubieran oído al señor cura Hidalgo, dijo el honrado barretero, no se pensaría en robar, él quiere que seamos libres y lo mismo nuestras mujeres y nuestros hijos: ¡válgame el Señor de los Trabajos! ¡si el señor cura es un santo! de que yo lo veo tan viejecito, pero dando disposiciones tan buenas y aconsejando á todos, me dan ganas de besarle la manos .

—¿Y trae mucha gente?

—Si parecen parvadas de patos y golondrinas; figúrense que toditos los pueblos se le juntan y están dispuestos á dejarse matar por la libertad y por el señor cura.

—¿Y ya cuenta con muchos de los amigos?

—Todos esperan que se acerque el tumulto para pasarse, ya verán estos señores el susto que llevan.

—Mira, Pípila, ya se están previniendo, hace dos horas que estamos viendo pasar dinero, todo lo están encerrando en Granaditas.

—¡Mejor! habrá para mantener á tanto soldado como trae el cura Hidalgo.

—Nos ocultaremos, porque si nos pillan ya no vemos la entrada.

Lino el Mulato y los dos barreteros se dirigieron á una de las calles más obscuras, donde presenciaron la translación del dinero y de los archivos á la Alhóndiga de Guanajuato.

Al rajar la mañana del 25 de Septiembre la población vió con asombro que las trincheras estaban derribadas, los fosos cegados y destruidos todos los aparatos de defensa.

—Nos quieren abandonar, decían los del pueblo, y salvarse los europeos con sus caudales.

Esta idea era el triunfo decidido de Hidalgo; ya no era una ciudad la que debía asaltar, era un edificio.

El Ayuntamiento, los soldados y las personas influentes opinaron en contra de la decisión de Riaño; pero éste se mantuvo firme y esperó al enemigo.

Un desaliento grande cayó, cómo una nube de plomo, sobre la ciudad; las familias emigraron y todo quedó envuelto en una atmósfera de muerte.

XLVII.

El 28 de Septiembre se presentó Hidalgo frente á la ciudad de Guanajuato, enviando al intendente su arrogante intimación.

« He sido electo capitán general en América en los campos de Celaya al frente de cincuenta mil hombres. Con esto verá V. S. que tengo autoridad suficiente para intimarle me entregue todos los españoles que con V. S.

se hallan encerrados en esa Alhóndiga, ocupando por ahora sus intereses hasta las modificaciones que pienso hacer en el Gobierno.

« Dios guarde á V. S. muchos años. — Cuartel General, Septiembre 28 de 1810.—*Miguel Hidalgo y Costilla* »

Riaño recibió el pliego, y después de consultar con los defensores del fuerte, que ofrecían acompañarle hasta el último trance, escribió con pulso firme estas líneas:

« El intendente de Guanajuato no reconoce otro capitán General que el virrey de Nueva España, ni más modificaciones en el Gobierno que las que acordasen las Cortes reunidas en la Península. »

Riaño dirigió su ultima nota á Calleja en la suprema agonía de su situación, y comenzó á organizar la defensa del castillo; porque el ejército de Hidalgo comenzaba á descolgarse como una serpiente por la cañada de Marfil.

Riaño situó sus puntos de defensa en la Alhóndiga y hacienda de Dolores, contigua al castillo, colocando en ésta á los paisanos armados y situando á su caballería en la bajada del río de la Cata.

El pueblo se había apoderado de las alturas dominantes, dispuesto á formar parte del ejército independiente.

Destacóse la primera avanzada y atravesó el puente de Marfil, llegando á la trinchera colocada al pié de la cuesta de Mendizábal.

Gilberto Riaño, hijo del intendente, defendía aquel punto, y mandó hacer fuego sobre los indios que retrocedieron.

Allende se llegó á la avanzada y personalmente la condujo al cerro del Cuarto, cuya altura dominaba las posiciones del enemigo.

El pueblo de las minas y el de la ciudad saludaron con ardiente clamoreo á la bandera de Hidalgo, declarándose filiados en el ejército independiente, y se posesionaron de las alturas y casas adyacentes á Granaditas, envolviéndolas en un cerco de hierro.

Hidalgo, á quien escoltaba el Regimiento de la Reina, subió con dos mil hombres de caballería por el camino de la Yerba Buena á las Carreras, y descendió á la ciudad que atravesó rápidamente hasta situarse en la calle de Belén.

¡Qué hermoso espectáculo presentaba aquel ejército con sus mil banderas flameando á la luz purísima del sol!

Desprendíase de aquella muchedumbre un incesante clamoreo que repercutía en el fondo del valle y vibraba en el granito de las montañas! ¡Después de tres siglos se reproducían las escenas sangrientas de la conquista!

Oíase otra vez el silbo de la honda contestando al estruendo de la artillería.

Un genio había evocado á los hijos de Moctezuma y á los soldados de Hernán Cortés sobre los campos del siglo XIX!

XLVIII.

Hidalgo dividió en trozos su grande ejército, colocando á los fusileros en el cerro del Cuarto y del Venado, y á los honderos en los puestos más avanzados, dejando en el lugar que hemos indicado á la caballería.

La retaguardia y reserva era el pueblo todo, y miles de hombres que no tenían campo donde combatir por lo estrecho del terreno.

gaban á los proveedores que salían sin cesar como hormigas por las veredas y rocas de las montañas.

Allende. que era el alma del asalto, dirigióse sobre la trinchera de la boca-calle de los Pozitos, que Riaño reforzó en persona.

Trabóse un combate horrible y simultáneo por los lados todos del cuadrilongo y sobre la hacienda de Dolores.

Riaño observó al regresar á Granaditas, que el centinela de la escalera había abandonado el puesto, tomó el fusil, y con una serenidad asombrosa comenzó á hacer fuego.

Distinguióse su noble figura en aquel cuadro de matanza, y un cabo del regimiento de Celaya, teniendo su escopeta fijó tan bien su puntería, que aun no había cesado la detonación del disparo, cuando Riaño cayó revolcandose en su sangre y con el cráneo hecho pedazos,

Así murió don Juan Antonio Riaño, caballero del hábito de Calatrava, corregidor y comandante de armas de Guanajuato.

XLIX.

Los españoles recogieron el cadáver de Riaño, y ante el aspecto de aquel hombre mutilado por el plomo y que pocos momentos antes conservaba el espíritu sobre sus soldados, comenzó la desmoralización precursora de la derrota.

Los soldados cerraron la puerta de la Alhóndiga cortando la comunicación con la hacienda de Dolores y dejando aislada la caballería.

La unidad de acción estaba perdida y el castillo no tardaría en caer en poder da los asaltantes,

El estrago de la fusilería era espantoso en la masas, que retrocedían y avanzaban como las olas del mar enfurecido: la sangre corría á torrentes y los cadáveres se veían sobre las trincheras como los despojos de la jornada.

Dice un historiador que la muchedumbre reunida en el cerro del Cuarto comenzó una descarga de piedras á mano y con hondas, tan continua, que excedía á un costante granizo.

Las azoteas del castillo no pudieron defenderse, y los parapetos fueron abandonados.

Entonces avanzó el ejército, se apoderó de todas las avenidas y se lanzó como la lava de un vulcán, arrollando á la caballería española, que no pudiendo contra tan gigante empuje, desapareció en aquel mar de fuego.

El punto de Dolores, débil con el aislamiento, fué atacado a su vez y tomado á viva fuerza: los españoles que no murieron al hierro de las armas, se precipitaron en la noria, donde quedaron ahogados.

La posición de los defensores del castillo se hacía cada vez más apremiante; Gilberto Riaño, deseando vengar á su padre, arrojaba cascos de hierro, cuya explosión hacía un estrago espantoso sobre los asaltantes.

—Señor general Allende, dijo Hidalgo, el ataque es demasiado fuerte para prolongarlo, es necesario hacer el último esfuerzo.

—No doy un cuarto de hora á los defensores, contestó el bizarro joven, cuya figura se destacaba en los cuadros todos de aquel terrible combate; pero esa puerta me está inquietando demasiado.

Hidalgo se volvió hacia el castillo, fijando su mirada en el punto indicado por Allende.

—¿Lo veis, señor cura, lo véis? se defienden valientemente, y mientras ese punto no se tome, poco hemos adelantado.

Hidalgo tuvo una inspiración.

—¡Muchacho! gritó dirigiéndose al barretero.

—Señor, estoy á las órdenes de su merced.

—« Pípila, la patria necesita de tu valor... ¿Te atreves á prender fuego á la Alhóndiga? »

El Pípila fijó su mirada en el semblante de Hidalgo, como bebiendo los rayos de aquel espíritu gigante, y poniéndose súbitamente su sombrero dijo con tono resuelto:

—Mande su merced que estoy resuelto á perder la vida.

—¡Fuego á esa puerta! gritó Hidalgo.

Lino y otros barreteros se entraron en una tienda que había en la esquina de los Pozitos y subida de los Mandamientos, y sacaron porción de « rajas de ocote », y formando un haz, lo prendieron y se lo entregaron al Pípila.

El valiente barretero tomó una losa, se la puso á la espalda cubriendo su cabeza, y tomando la tea se dirigió con un arrojo inimitable en medio de una tormenta de proyectiles hasta la puerta de la Alhóndiga.

Arrimó la tea y la puerta comenzó á arder.

Un aplauso gigante resonó como el saludo de la revolución al héroe de aquel día.

Produjo tal entusiasmo la acción del barretero, que la multitud se precipitó como una avalancha y acabó por derribar la puerta que devoraban las llamas.

En medio de aquella confusión, se le ocurrió á uno de los jefes del castillo enviar parlamentarios al campo enemigo, á cuyo efecto descolgó á un oficial por una de las ventanas.

Al ver la multitud deslizarse por una cuerda á aquel hombre, creyó que se trataba de una fuga, y una descarga de piedras tirada con la fuerza terrible de la honda, hizo pedazos al desgraciado cuya sangre salpicó las paredes del edificio, antes de que tocase el suelo.

Entretanto, un grupo considerable afrontando la exsplosión de los frascos de cobre, minaba el edificio, practicando barrenos en los cimientos.

El espectáculo era espantoso.

Aquella corriente arrastraba en su impulso hasta los cadáveres.

Berzábal, el segundo de Riaño, hacía esfuerzos desesperados en el interior del edificio; oíanse los gritos de los heridos y multitud de voces pedían « capitulación; » todo era desorden y algazara, los indios habían invadido los patios, las escleras y todos los departamentos.

Los españoles se refugiaron en un ángolo del patio último atrincheramiento á tan bizarra defensa; Berzábal tomó la bandera en una mano y su espada en la otra hasta caer atravesado por las lanzas.

Cesó entonces la resistencia y comenzó la matanza en lances parciales.

Los realistas se ponían de rodillas suplicantes, demandando perdón.

No hubo misericordia. El pueblo enfurecido y ya en el vértigo de la victoria, acalló todo sentimiento de generosidad y se revolcó en la sangre de los vencidos, agitado por la tormenta de su furor indomable.

El hijo de Riaño yacía agonizante sobre las baldosas que servían de lecho al cadáver de su padre, debiendo á pocos días acompañarle en el silencio de la tumba.

La noche había llegado: entonces los insurgentes se hicieron de teas, que reflejaban siniestramente sobre aquel cuadro de horrores.

A la matanza succedió el saqueo con el botín más esplendido que registra la historia de aquellos días.

La multitud recorría el edificio hollando los cadáveres en su saturnal de rencor y de matanza.

El castillo estaba tomado y los defensores muertos.

Hidalgo y Allende se presentaron en aquel siniestro lugar y todo pareció calmarse.

Allende estaba vivamente impresionado con las escenas de la jornada. Hidalgo permanecía majestuosamente sereno, como el genio de la justicia en la hora suprema de la revolución.

La idea, la grande idea de la « independencia, » comenzaba desde aquel instante su peregrinación sangrienta, como ua barca empavesada que parte sobre un mar inquieto á los lejanos horizontes de su destino.

L.

Hemos presentado en un golpe de vista el cuadro sombrió del castillo de Granaditas la tarde del 28 de Setiembre de 1810, en que fué asaltado por el ejército independiente. Permítasenos descender á particularidades.

Fray Angel de la Divina Infantita, á quien había sorprendido en Guanajuato la revolución, salió corriendo por las calles de la ciudad con un gran Cristo en la mano, anunciando que la turba impía se acercaba y que era preciso combatirla y exterminarla.

Una turba de viejas, beatas y devotas de ambos sexos formaron el motín y juraban defender la sagrada religión.

Fray Angel hacía una segunda edición de los sermones que el antiguo maestro de aposentos predicaba á su vez en Valladolid.

—¡ Matar !... ¡ descuartizar !... ¡ aniquilar ! gritaba el fraile, tal es vuestro deber como ovejas del Señor.

—¡ Matar !... ¡ descuartibar !... ¡ aniquilar ! repetían en coro las viejas hechas unos energúmenos.

—Ya habéis comprendido lo bastante para la hora del peligro, ahora... dadme una limosna para hacer oraciones y preces y otras cosas que traigan sobre nosotros el favor del cielo.

Aquí hicieron un gesto las devotas, y las viejas dijeron un « sea por Dios» que aplacó en cierta manera el entusiasmo clérico revolucionario de aquel motín anfibio.

Recogió el fraile lo que pudo y se marchó en seguida á la iglesia, pretendiendo continuar en ella su alboroto.

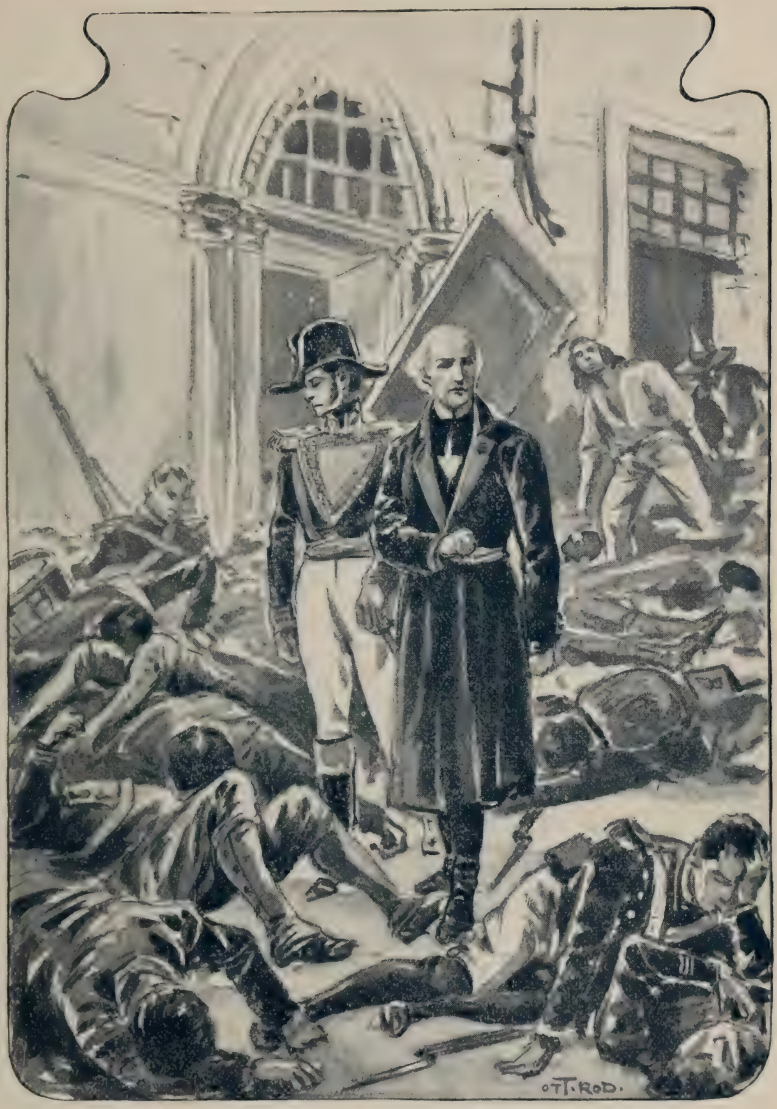
—Idos de aquí, le dijo un anciano sacerdote, nuestra misión no es esa, no profanéis la cruz con hacerla bandera de revolución, rogad al cielo por la paz entre los cristianos y no excitéis á la sangre ni á la matanza.

—Es que los impíos atentan contra la religión.

—La religión no necesita de nadie para su defensa, ella es sagrada y se sostiene por sí misma; vosotros sois los que la desprestigiáis.

—¿ Como se entiende? preguntó fray Angel un tanto desmoralizado por las palabras del sacerdote.

—Se entiende de esta manera: si continuáis conmoviendo al pueblo con vuestros desatinos ó impertinencias, ó impidiendo con estos desórdenes el



Hidalgo permanecía majestuosamente sereno, como el genio de la justicia en la hora suprema de la revolución.

(*Pág. 326*).

que la autoridad haga libremente uso de sus facultades para organizar lo que juzgue más conveniente, os hago salir de esta demarcación.

—Sin duda sois partidario de los insurgentes.

—Fray Angel, dijo indignado el sacerdote, soy partidario del cristianesimo que nos manda aplacar las pasiones y arrodillarnos delante de los que van á matarse, para impedir que la sangre corra y las almas se pierdan.

—Eso no es de incumbencia y no permito que...

—Su paternidad, dijo el sacristán, no sabe que habla al señor cura eclesiástico.

—Eso es otra cosa, yo no lo sabía y le pido perdón.

—Id con Dios, fray Angel.

El fraile se salió rechinando los dientes, entre las burletas de las viejas y la sonrisa sarcástica de los beatos.

LI.

Entróse en el mesón donde estaba alojado y se encontró con un fraile, de la misma orden del Carmen.

El personaje era alto, enjuto, los ojos sombríos rodaban como dos carbunclos en aquellas órbitas pronunciadas.

No era la penitencia austera la que había causado aquel estrago, sino los gritos de la conciencia, los clamores del corazón!...

Aquel desgraciado creía que con las vigilias y cilicios aplacaría el remordimiento que le devoraba, y debilitado por el ayuno, su constitución nerviosa se exaltaba más y más hasta el amago de la locura; estaba preocupado, sombrío, absorto, próximo á un acceso de «lipemanía.»

Aquel hombre era el antiguo inquisidor Núñez de Clavijero.

La noche que recibió la visita de la gitana estuvo á punto de perder el juicio; aquel siniestro aviso permanecía grabado con caracteres de fuego en su memoria: «ha jurado beberos la sangre.» ¡Si ya no la tengo! decía el fraile viendo sus manos secas y descoloridas, ¡si apenas laten mis pulsos y tiene aliento mi corazón!...

El histérico produjo el fenómeno de la reacción; aquel espíritu apocado y miserable se exaltó con la fiebre de la desesperaicón, y tornó á levantarse con la energía de la juventud; se creyó fuerte para combatir, lo había sido para martirizarse hasta languidecer, y lo sería para tornar á la vida, para emprender la lucha contra un vaticinio, y contrariar si era posible la implacable sentencia que pesaba sobre su frente.

Su intención vengadora lanzó la vívida llama que precede al apagamiento del espíritu; aquella cabeza envuelta en la oscura capucha de la mortaja, se sacudió atrevida, los nervios tomaron el temple del acero y la voz las vibraciones de la fuerza y de la pujanza.

No se dejaría arrancar impunemente la vida; entre su perseguidor y él mediaría un mar de sangre, estaba resuelto á todo.

Colgó el cilicio y los garfios, arrojó de sí el craneo humano que tenía sobre una mesa en las horas místicas de la contemplación, cerró los libros santos que había bañado con sus lágrimas durante tantos años, y ceñio el acero bajo sus hábitos: se improvisó en un soldado de las cruzadas.

Abandonó la celda que había juzgado como el último asilo de sus diás, como el postrer horizonte de su vida... de alli debía salir para el

sepulcro; pero Dios le reservaba otro destino: tras aquella puerta donde se veía el signo de la redención rugía la tormenta del mundo que le asustaba, y sin embargo, era necesario entrar en él sin vacilar; porque el destino había llamado á los muros del convento y era necesario obedecer.

Núñez de Clavijero aceptó entero el porvenir y se lanzó á la lucha con la desesperación de un condenado.

II.

—¡Hola! dijo Fray Angel, ¡su paternidad por estos mundos!

—Sí, creo que ha llegado el momento en que la religión necesita de nuestro brazo, he oído el toque de alarma y me presento como el primer soldado de nuestra fe.

—Señor de Clavijero, nuestro entusiasmo está calificado punto menos que de herejía por el cura eclesiástico, quien me ha puesto á dicterios hecho un mártir.

—Eso no importa, nosotros tenemos ya trazada la senda, é iremos sobre ella pese á quien le pesare.

—Señor Núñez de Clavijero, la ciudad se encuentra en este momento muy mal parada; el intendente se ha encerrado en Granaditas.

—Pues marchemos al castillo, allí venderemos caras nuestras vidas; porque esos hombres no nos perdonarán.

—Tenéis razón, marchémonos.

Los dos frailes se pusieron en camino, llegaron á Granaditas cuyas puertas se les franquearon como á todo español, y después de armarse esperaron la llegada de los insurrectos.

El ataque comenzó de una manera vigorosa. Núñez de Clavijero buscaba entre aquella masa de combatientes al hijo de Marroquín que había jurado su muerte; creía verlo en todas partes y rogaba á Dios desde el fondo de su alma que lo hiciese desaparecer porque el inquisidor tenía un terror pánico.

Animado por la fiebre del miedo, no al peligro sino á su angel malo, hacía fuego con su fusil desde lo alto del edificio y no temblaba ante el abismo que el peligro abría á sus pies.

Una piedra le había hecho una ligera herida en la cabeza, y la sangre caía por su rostro; sacó su pañuelo, se vendó fuertemente y continuó en su tarea con más ardor.

—Si al menos muriese aquí, pensaba el desgraciado, no vería á ese hombre, ni sentiría el hielo de su puñal; ¡qué horror!... es necesario caer como bueno, bajo esta bandera, recibir la muerte cuando menos la espere; ¡Dios mío! ¡oye mis súplicas!...

El combate continuaba, y la gritería terrible, y las detonaciones y la muerte; aquello era un vértigo de sangre, una tormenta implacable de fuego.

Fray Angel, que era bueno para la «proclama,» no servía para la guerra, así es que se escondió en la «troje» y desde allí rogaba al cielo por el triunfo de los españoles.

—¡Fuego, fuego! gritaban los defensores del castillo, al ver incendiar la puerta.

—¡Carámbano! gritó el fraile, esto sí pasa de castaño á obscuro! véamos por dónde puede escaparse; pero antes es necesario habilitación.

El desgraciado se puso de rodillas suplicante; pero esa palabra no era escuchada y la turba cayó sobre él...

(*Pág. 329*).

Rompió uno de los sacos del dinero y se surtió de oro hasta los manguillos, salió al patio que en aquellos momentos era tomado por los insurgentes y retrocedió espantado.

—Venid, venid, le gritó Clavijero, probemos á salir, y tomándolo por una mano lo sacaba entre la multitud que no se percibía de ellos en el ardor del combate.

Un grupo numeroso de insurgentes les impidió la salida, arrollándolos hasta la mitad del patio é interponiéndose entre ellos como un choque de mar entre dos náufragos.

—¡Estoy perdido! exclamó fray Angel, y al sacudir sus brazos cayeron las monedas de oro.

Los indios que le cercaban se apercibieron instantáneamente y pudieron fijarse en el infortunado fraile.

—Muera! gritaron cien voces.

El desgraciado se puso de rodillas suplicante; pero esa palabra no era escuchada en esos momentos y la turba cayó sobre él como un azote de tempestad y lo hizo pedazos.

El cadáver mutilato de fray Angel quedó desnudo y perdido entre el tumulto.

Núñez de Clavijero vió la muerte de su campañero, y armándose de valor siguió al cura Septiem, que se abrió paso hasta fuera del castillo entre una nube de proyectiles.

—Pára! pára! gritó una voz ronca y estentórea; vas á morir, asesino de mi padre!

—¡El, él! murmuraba el inquisidor, y seguía su fuga sintiendo sobre los suyos los pasos de su enemigo.

LIII.

La noche había caído y el recinto era alumbrado por las teas, reflejando sobre aquel cuadro de pesadilla, rostros descompestos por el furor, fisonomías siniestras, miradas sombrías, cabelleras ensagrentadas, cadáveres hechos pedazos, y en medio de esos horrores oíanse clamores y gritos salvajes y maldiciones.

En medio del patio se dejó oir una algazara como la del infierno; un hombre cubierto de harapos ensagrentados arrastraba por un pie á un cadáver mutilado que llevába de fuera el corazón y las entrañas.

—Ya va uno!!... ya va uno! gritaba furioso, y después soltaba una carcajada terrible, estridente y espantosa.

—¡El loco, el loco! decían los soldados.

—¡Ya va uno, ya va uno!... y continuaba arrastrando aquellos despojos sobre los cuales daba al reflejo de las teas.

—¿A quién llevas ahí. Pedraja? preguntó la conocida voz de Marroquín.

—A fray Angel, respondió el estudiante con ferocidad; ellos me han arrebatado á Rosalía y he jurado vengarme. ¡Ya va uno, ¡ya va uno!

Como si aquel recuerdo hubiera exacerbato su alma, rechinó los dientes, miró al soslayo el cadaver y lo agitó con furor golpeando el cráneo sobre las losas.

Marroquín alumbró con la tea y sus ojos se abrierón como si fuesen á escapársele de las órbitas.

—El... él!.... decía con voz ronca, no lo he olvidado... estaba...

junto al inquisidor la noche del tormento; él ordenó al verdugo la muerte de mi padre!

El torero sacó un puñal, y como un buitre se lanzó sobre el cadáver de fray Angel, y lo hundió por tres veces en su pecho.

—¡Así, exclamaba, así! pero con todos ellos... hace un momento que me ha parecido ver al inquisidor entre el tumulto; le he gritado y se me ha perdido entre las sombras; pero yo le buscaré hasta encontrarle!

. . . . . .

En el cementerio de Belén se dió sepultura á los muertos.

A la media noche llegaron unos frailes del mismo convento con un cadáver amortajado, que depositaron en un sepulcro distante de la fosa común.

Era el intendente Riaño, que hacía siete horas se encontraba en la plenitud de su poder y en el apogeo de su fortuna; el caballero del hábito de Calatrava, que descendía á una cuna humilde; porque el libro de su destino acababa en una hoja obscura como la noche de la vicisitud y del infortunio.

LIV.

Al día sigueite, 29 de Septiembre, el ejército celebraba el cumpleaños de su caudillo.

Hidalgo estaba en su alojamiento, donde recibía á sus amigos que lo felicitaban con entusiasmo.

Presentósele una señora accompañada de un niño mostrando una grande aflixión; el niño estaba pálido y terrorizado.

Hidalgo recibió á ambos con aquella dulzura y amabilidad que le eran geniales.

—Señor, en mi casa hay un depósito perteneciente al Sr. Posadas, que ha muerto anoche en la Noria y el pueblo amenaza saquear. Vos habéis sido un buen amigo de mi familia, salvadnos .

—Señora, contestó Hidalgo, mi amistad no degenera; sean cuales fueren las vicisitudes de esta empresa que he creído de mi deber afrontar, soy el mismo hombre de ayer, y os lo voy á manifestár.

El niño veía de hito en hito al cura de Dolores, y después paseaba su mirada indagadora por toda la estancia.

Hidalgo estaba sentado en su catre de camino frente á una mesa pequeña; el héroe llevaba su traje ordinario y sobre la levita un tahalí morado.

En un rincón del aposento había una porción considerable de barras de plata recogidas en la Alhóndiga y manchadas todavía con sangre, en otra una cantidad de lanzas, y arrimado á la pared y suspendido de una de éstas el cuadro con la imagen de Guadalupe.

—Centeno, gritó Hidalgo, y al instante se presentó un capitan.

—Estoy á las órdenes de mi general.

—Partiréis al momento con esta señora y defenderéis su casa á todo trance de cualquier intento de los que han creído que la revolución se ha hecho para el pillaje, todo queda bajo vuestra responsabilidad.

—Está bien, señor cura.

Despidiéronse la señora y el niño, que entraba en la adolescencia, revelando en su fisonomía las dotes de un gran talento.

Habían pasado unos diez minutos cuando un soldado avisó de parte de Centeno que no podía contener el tumulto.

—A caballo, señor general, gritó Hidalgo á su joven compañero.

—A caballo, señores, dijo Allende, y todos se pusieron en marcha.

Llegaron á la plaza, donde la plebe se revolvía intentando el saqueo.

Allende corrió las espuelas por los hijares de su caballo y se arrojó sobre los revoltosos, dispersándolos á golpes de su espada.

Hidalgo siguió recorriendo la plaza y mandó hacer fuego sobre unos miserables que estaban arrancando los balcones de una casa abandonada, con lo que la multitud se fué disipando.

Aquel niño cuya madre fué á implorar la protección á Hidalgo en una hora terrible de conflicto, y á quien el héroe amparó hasta salir personalmente á defender su hogar amenazado; aquel niño después de medio siglo tomó en su mano la pluma del historiador y descargó su injusta saña sobre el caudillo, á quien ha puesto su eterno sello la heroicidad y la justicia humana!

Aquel adolescente que escuchaba aún como un eco pavoroso el estruendo de la revolución que había oído mil y mil veces en los días primeros de su juventud, lleva un nombre que se registra en una de las páginas más obscuras de nuestra história contemporánea: se llama Don *Lucas Alaman.*

PARTE QUINTA

I.

El desorden había cesado enteramente, y la ciudad yacía desfallecida en el cansancio de tantas horas de agitación y de vértigo.

Parecía una mujer arrancada del tormento.

Oíase por intervalos el silbo de alguna piedra lanzada al acaso, algún grito perdido, alguna detonación en los cuarteles de los suburbios.

Las patrullas rondaban las calles, dejando oír el ruido de sus pasos en el silencio de aquella noche espantosa.

En la tienda que existía en la esquina de los Mandamientos, se encontraba Lino el Mulato, Marroquin, su compañero Saca-vueltas y el Pípila, todos tomando aguardiente y hablando de la jornada.

—Pípila, dijo el Mulato dando con su mano sobre el hombro del barretero, ¿cuánto has pillado?

—¿Yo? preguntó el Pípila; ¿acaso iba á robar?

—Eso es apearse por las orejas, replicó Lino, todos hemos tomado parte del botín, y siendo tú el primero que pasó aquella infernal puerta, es extraño que no estés provisto como nosotros.

—Lléveme el diablo si me acordé de tomar un ochavo; además, que pensando en el gran riesgo que llevaba...

—¡Demonio! gritó Marroquín dando un puñetazo sobre el mostrador, como que el lance fué más que pesado; mira, Pípila, primero toreo con una venda en los ojos que hacer eso que tú has hecho.

—No vale la pena, yo tenía vergüenza de llevar la losa á la espalda.

me parecía que todos se burlaban tomándolo por cobardía; pero juro por la virgen de Guadalupe que si temía algo, era el fracaso de lo que me encomendaba el señor cura.

—Tienes razón, y sobre todo, arrieros somos y en el campo andamos, el que sea hombre se ha de ver.

—Veremos entonces; yo les confieso que el general Allende me ha dejado admirado; eso de estar en todas partes y por delante, dando esos gritos que suenan más que los fusiles, y no tener ni pizca de miedo... da gusto pelear con hombres así.

—¿Y tú, Saca-vueltas te has habilitado?

—Les he comprado á los indios las onzas de oro; creían que eran medallas.

—¡Demonio! ese comercio no estaba en mi librito, ya lo pondré en planta mañana.

—No me hubiera ocurrido nunca, dijo el Pípila.

—¿Y qué hay de marcha?

—Salimos para Valladolid.

—Mis antiguos y conocidos terrenos, dijo Lino el Mulato; ya verán cuando lleguemos, aquella tierra es mía, los alojaré en mi casa si no la han quemado.

—¿Y por qué la habían de quemar? preguntó el Pípila.

—Porque un tal fray Angel dió en que los diablos y las brujas se albergaban en ella; en cuanto á lo segundo tenía razón.

—¿Estás de broma?

—No, que hablo de veras. Figuraos que la madre Paulina, que así se hacía llamar la bruja, me ha sacado de muchos conflictos, entre ellos uno, que le conservaré en mi memoría toda la vida.

—¿Cuál?

—Estos diablos de gachupines dieron en que yo era un famoso ladrón.

—¡Qué injusticia! dijo el torero Marroquín en tono compunjido.

Lino continuó:

—Es cierto que decían la verdad, pero á ellos no les importaba; el hecho fué que me soplaron ocho años al castigo de San Juan de Ulúa, donde me han dado un tratamiento de los perros; tengo las costillas hechas pedazos á palos y dos ó tres cicatrices en la cabeza: qué ocho años! aquel sol es lo más terrible del mundo ¡ay amigos! en medio del día y cuando se estaba quemando el mundo, nos sacaban con la cadena al pie, por eso ando un poco «rengo» la costumbre de arrastrar tanto tiempo el grillo. Y nos hacían acarrear carbón para los buques, y barrer los patios, y regarlos, y nos encerraban después en unos calabozos por donde jamás entra la luz, y allí les atacaba el «vómito» á muchos infelices, y había algunos que morían antes que el carcelero se enterara de que existían enfermos en la prisión. Después nos hacían cargar con los muertos, cavar la sepultura y cerrarla; vamos, que ya me faltaban las fuerzas para soportar esa vida condenada... Ya verán, ya verán, me decía á mis solas cuando salga de aquí, me he de vengar de los malditos europeos, yo me desquitaré de ocho años de garrotazos y bofetadas; si tengo á la mano á mis jueces les haré escupir la lengua.

Los toreros y el Pípila escuchaban con atención el relato del bandido, que con aquella lógica que distingue á esos enemigos de la sociedad, quería vengar en ella sus crímenes; esos miserables desearían un aplauso pos sus delitos.

—Un día que la prisión estaba conmovida, dijo el mulato, porque acababa de morir un fraile llamado Talamantes, que entre paréntesis lo habían martirizado hasta arrancarle el último aliento, me llamaron para que lo condujese en una lancha hasta el puerto de Veracrúz; cual fué mi asombro al encontrarme con la madre Paulina!

—¿Con la bruja? preguntaron simultáneamente el Pípila y los toreros.

—Precisamente con ella, y lo más gracioso es, que salía de la fortaleza; reconocióme al momento, habló con el patrón de la barca, y cuando menos lo esperaba me dijo:

—Lino, salta en tierra, y deja atracada la lancha.

—Yo obedecí sin réplica, y esa misma noche salimos para México, donde se me desapareció como un fantasma.

—¡Diablo! volvió á gritar Marroquín, brindemos por la bruja tu protectora.

El bandido apuró el jarro del aguardiente.

—Ese fray Angel que díces, veo que tenia razón en perseguir tu casa.

—Lo que me tenía sin cuidado, porque la madre Paulina no se deja llegar al manto por nada de esta vida.

—¿Qué señas tenía ese fraile? preguntó Marroquín?

—Era alto, rubio y delgado como un esqueleto.

—Vamos, qué he visto á ese hombre.

—¿Adónde? preguntó Lino.

—En Granaditas.

—¿Te chanceas?

—El loco Pedraja lo llevaba tirando de un pie.

—¿El estudiante Pedraja?

—El mismo; por cierto que aquello no era nada divertido, el fraile llevaba arrastrando el corazón y las entrañas; por el cerquillo se le conocía el oficio.

—Esa es otra historia, dijo el mulato; tenía cuentas atrasadas con el fraile que le ha soplado el suegro á la Inquisición y hecho desaparecer á la novia.

—Pero tú conocías también al fraile, observó el Pipila dirigiéndose á Marroquín.

—¿Yo?

—Sí, te he visto hundir en el cadáver por tres veces el puñal.

Lino y Saca-vueltas se volvieron al torero, cuya frente se había oscurecido.

—Vamos, que la cosa no merece la pena, dijo el barretero, yo lo decía porque...

—No importa, respondió el torero Saca-vueltas, sabemos bien que tienes pendiente un negocio de corazón.

—¿Y tienes secretos para tus amigos y camaradas? preguntó el Pípila.

—¡Por Dios que no! gritó Marroquín, y yo necesito de vuestra ayuda. Os diré en dos palabras, que quiero vengar á mi padre sacrificado por los inquisidores.

—¡Tienes razón! gritaron el Pípila y el mulato, cuenta con nosotros.

—Y la muerte de mi hermano, agregó el torero.

—¡Rayo de Dios! exclamó el Pípila, que tenía una alma de niño, hay cosas que no pueden tolerarse.

—Pues bien, estamos comprometidos en la revolución y yo puedo morir de un momento á otro, ya véis que entonces...

—Ya comprendo, dijo el Pípila, quedarías sin venganza y hay cosas que deben de quedar concluidas antes de marcharse al otro barrio.

—Tú me comprendes, Pípila, porque eres hombre de corazón; vosotros sois mis amigos.

—¡Como los primeros! gritaron los camaradas.

—Pues bien, ese fraile á quien le dí de puñaladas como un insensato, cuando no podía apreciar mi venganza porque había dejado de existir; ese fraile, amigos míos, fué el que recibió la orden del inquisidor para el asesinado de mi padre... ya su sangre ha empapado la tierra y ese miserable ha sufrido la agonía más espantosa en medio del tumulto, ya el rayo de Dios ha caído sobre su cabeza... ese loco Pedraja ha servido á mís intenciones, dos rencores se apagaron con la misma sangre y en misma hora... queda aún una existencia en pie, que me hace daño... sí, la de ese verdugo infernal, del inquisidor que ordenó aquella matanza impía!

—Su nombre, su nombre! gritaron lo amigos de Marroquín.

—Núñez de Clavijero.

—¡Núñez de Clavijero! repitieron los interlocutores.

—No sé, continuó Marroquín, si habré sido víctima de una pesadilla en esa hora en que la sangre sube á mi cerebro en la erupción de mis resentimientos. Pero yo he visto al inquisidor en aquella tempestad de fuego; á la luz de las teas lo ví luchar como un náufrago entre las oleadas de la revolución en medio de la matanza de ayer. Le grité, y estoy seguro que escuchó mi voz porque el terror se pintó en su horrible semblante. Ya no es el hombre de hace doce años, su rostro está enjuto y ha sufrido un cambio completo, ha abandonado las vestiduras negras por el sayal, se ha hecho fraile, pero le he reconocido.

—¿Estás seguro? preguntó el Pípila.

—Sí, como de que vosotros me estáis escuchando.

—Le buscaremos, dijo el Pípila, debe estar oculto, pero él saldrá y entonces le haremos expíar sus crímenes.

—Yo me encargo de eso, dijo Lino con una ferocidad salvaje.

—Si muero, os encomiendo la venganza, juradme que ese hombre no podrá escaparse ni escondiéndose en las entrañas de la tierra.

—Lo juramos, dijeron los camaradas, estrechándose las manos y apurando sus vasos de licor.

—¿Queréis más aguardiente? preguntó la voz cascada de una viejecita que había estado á la puerta de la trastienda escuchando la conversación de los amigos.

—Trae más, buena vieja, dijo el Pípila, que pagamos triplos de lo que vale, y arrojó unas monedas de plata sobre el mostrador.

La vieja sirvió con un gran botellón el licor.

—¿Qué me decís de noticias?

—¡Hola! ¿conque os interesáis en la revolución?

—El señor cura Hidalgo ha sido mi confesor y yo por él daría la vida.

—Un trago por la patrona!

—Sea, dijeron los camaradas.

—Gracias, señores insurgentes, mil gracias. Acaba de llegar un amigo que trae algunas nuevas.

—Hable la vieja.

—Dice que el Sr. D. Félix María Calleja organiza á todo correr su fuerza para atacar al señor cura.

—Pronto estallará en San Luis la revolución.

—El señor brigadier ha previsto lo mismo y ha sacado á la tropa á una hacienda próxima con objeto de instruirla; pero todos adivinan que tienen temor de un pronunciamiento.

—No importa, ya veremos las cosas.

—Agregan que el señor virrey Venegas, ha reunido cuanta tropa ha podido, y el señor Flon, conde de la Cadena, está ya en Querétaro de donde saldrá á reunirse con Calleja, y juntos darán batalla al ejército de Hidalgo.

—No está mal pensado.

—Yo no sé de guerras; pero sé que pueden más los «muchos» que los «pocos,» y si los insurgentes quisieran pelear primero con Calleja y después con Flon, les sería más sencilla la victoria.

—La patrona sabe más de lo que le han enseñado.

—Hay cosas muy claras ¿no es verdad?

—Clarísimas, dijo el Pípila.

—Yo, señores insurgentes, repito que nada comprendo; pero creo por otra parte, que estando sola la capital...

—Ese es el pensamiento del señor Hidalgo, tomar la capital; una vez dueño de ella, todo está terminado, no es lo mismo tomar trincheras que defenderlas.

—Es la verdad.

—Pues hacedle esas observaciones al señor Allende y decidle que la persona á quién conoció en Celaya y lo llevó al convento del Carmen, se ha encargado de espiar los movimientos todos del enemigo y le dará cuantos avisos sean oportunos para evitar un desastre.

—Malo, pensó Lino, aquí hay gato encerrado.

—Me estáis pareciendo sospechosa, tras de vuestros espejuelos creo adivinar una realista.

—¡Jé! ¡jé! ¡jé! dijo la vieja, os chanceáis, señor de Marroquín.

—¡Vive Dios que os ha de costar cara vuestra risa!

—Tú nada puedes contra mí, te conozco y conocí á tu padre.

—¿Quién eres?

—Nadie, una pobre vieja que dió sepultura á tu hermano y á tú padre cuando sus cadáveres fueron arrojados al camposanto de San Pablo, como despojos del tormento.

Marroquín sentió helársele la sangre y un temblor nervioso recorrió todo su cuerpo.

—He oído tu juramento, continuó la vieja haciendo más templado el eco de su voz, y yo sé que tiene de realizarse; el inquisidor Clavijero está aquí, búscalo, y si el destino lo pone en tus manos, ¡mátale!

Lo toreros y barretero estaban temblando.

—Ha llegado esta noche un espía del Santo Oficio y del gobierno, no lo perdáis de vista y estad alerta.

—¿Su nombre?

—Prometenme respetarle hasta que Dios ó la suerte depare su fin.

—Lo prometemos.

—Pues bien, ese miserable es el padre Cipriano Pontolongón.

—¡Siempre él! gritó el mulato.

—¡Siempre él! repitió la vieja, y adiós, ya nos encontraremos.

—No sin antes decirme quién eres, gritó Marroquín influenciado por las palabras de la bruja.

La vieja mató la luz y todo quedó envuelto en una densa obscuridad.

II.

—Aquí está el mechero, dijo Lino el mulato prenliendo una pajuela y acercandola á la lamparilla.

—¡Demonio! dijo Marroquín, estoy temblando.

El mulato soltó una carcajada.

—¿Te ríes?

—Sí, porque esa vieja es la madre Paulina.

—¡Satanás cargue contigo, bruja de los infiernos!

—Cuidado, que esa mujer nos puede ser de mucha utilidad.

—Su lenguaje revela que tiene talento.

—Es necesario guardar un profundo silencio, dijo Saca-vueltas, yo le tengo miedo á la bruja.

—Y yo, dijo el Pípila.

Oyóse parar un caballo á la puerta de la tienda, apearse un jinete y sonar tres golpes á la puerta.

—¿Quién? gritó Marroquín?

—Un compañero y amigo que pide hospitalidad por esta noche.

Saca-vueltas abrió la puerta, y un personaje obeso, de cabeza de toro, labios gruesos y cútis arrebolado se presentó en la tienda.

—Pase el caballero.

—Soy insurgente que viene á presentarse al señor cura Hidalgo para lo que se ofrezca, traigo un buen machete, un par de pistolas y un corazón como hay pocos.

Lino reconoció al momento al padre Pontolongón y se escurrió por la trastienda, no sin decir al oido del Pípila: «este es el espía.»

—¿No habéis estado en el ataque?

—Sí que estuve, ¡y vive Dios que estuvo bien el jaleo!

—¿Y qué os habéis hecho que aun no vistéis al señor cura?

—He estado ayudando á la tropa que ha trasladado á todos los presos europeos al castillo de Granaditas.

—¿Al castillo?

—Sí, el general Allende ha mandado disponer todo para su custodia en ese edificio, donde se ha colocado guardia.

—Es el lugar más seguro.

—¿Y de dónde viene el señor insurgente?

—De Valladolid.

—Y qué cuenta de esa tierra?

—Nada y mucho, ya está excomulgado el señor Hidalgo y todo el ejército.

—Eso no importa, dijo Marroquín.

El clérigo hizo un gesto marcado de disgusto que disimuló perfectamente.

—¿Nos aguardan á mano armada?

—Puede ser, eso se pensaba á mí salida.

—¿Hay algunas fuerzas?

—Muy pocas; pero se contaba con el vecindario.

—Eso no vale nada.

—Efectivamente, nada vale; ¿el señor cura cuándo sale?

—No lo sabemos, somos soldados, y cuando se nos dice «en marcha,» sin preguntar nos ponemos en camino y nada más.

—Bien hecho.

—Supongo, dijo el Pípila que traerás gana de cenar y remojar el gaznate.

—Eso, eso precisamente, respondió en el acto el padre Pontolongón.

—Pues al ataque, dijo Marroquín, y sirvió un gran vaso de aguardiente al clérigo ,que lo sorbió con una prontitud admirable.

—Sois del arma, compañero, dijo Saca-vueltas.

—No lo hago tan mal.

—Pues otro, que yo os hago compañía.

—¡Adelante! y tomó otro vaso que contenía un porción considerable de aguardiente.

El maestro de aposentos era buena espada para la bebida; pero falto su estómago de alimento, no tardaría en comenzar á atarantarse.

—Tomad esa tajada y ese trozo de queso, que no os vendrà tan mal que digamos.

—Ya se ve que nó, dijo Pontolongón, y de tres dentelladas se sopló el queso y la tajada.

—¿Dónde está Lino? preguntó por lo bajo Marroquín.

—Se ha ocultado, contestó el Pípila, ese hombre lo conoce, es el padre Pontolongón.

—¡Maldito sea! gritó Marroquín, dando con su sombrero sobre el mostrador.

—¡Cáscaras! ¿qué sucede? preguntó asustado el clérigo.

—Nada, que me acuerdo de la zurra que les pegamos á los defensores de Granaditas.

—Estuvo de primera, respondió el clérigo lamiéndose los labios de rabia.

—Ya asegundaremos con los demás, dijo Saca-vueletas intencionalmente. ¿Y cómo os llamáis?

—Cipriano Pontolongón, presbítero como el señor cura Hidalgo; para serviros.

—Gracias.

—No hay duda, murmuró el Pípila, es nuestro hombre. ¿Y sois capaz de pelear?

—Con el mismo demonio, respondió el espía.

—Ya nos veremos en el primer encuentro.

—Nos veremos, dijo el clérigo dando un golpe sobra el puño de su espada.

Aquella mímica dejaba sin embargo descubrír su cobardía.

—Otro vaso, amigo.

—Otros tres, que á mí nada ne arredra.

—¿Cuántos habéis dicho?

—¡Tres!

—No soy capaz de cumplirlo.

—Veamos.

Marroquín llenó los vasos, que quedaron vacios á la primera de copas.

—¡Y va uno! dijo el Pípila.

—¡El segundo gritó Marroquín.

—El segundo repitió el clérigo.

Al concluir el torero de apurar el licor, su cabeza se trastornó por completo, el gas subió instantáneamente y comenzó á vacilar hasta desplomarse.

El padre Pontolongón estaba amenazado de apoplegía.

—Yo concluiré por Marroquin que está fuera de combate, dijo Sacavueltas.

—Sea, dijo el clérigo, pero todos y á la vez.

El Pípila, que no era gran bebedor, estaba ya ebrio; sin embargo tomó el vaso, y á una señal bebieron.

Saca-vueltas cayó redondo á pocos momentos, el Pípila clavó la cabeza en el mostrador y el clérigo quedó dueño del campo

Cuando vió á todos en tierra comenzó á mirar los papeles que traían en las bolsas y encontró una orden reservada de Hidalgo, para que haciendo Marroquín una marcha falsa sobre Querétaro con la vanguardia del ejército, convergiese hacia Valladolid rápidamente para ocupar la ciudad cuando menos se le esperase.

El clérigo sacó su cartera y escribió con lápiz algunas lineas, salió á la calle y entregó la esquela á su asistente, que montado en un buen caballo, desapareció con la prontitud del relampago por el camino de Valladolid.

III.

Dicen unos manuscritos de aquella época «que el lunes 8 de Octubre de 1810 salió de Guanajuato una vanguardia de tres mil hombres á las órdenes de Don Mariano Jiménez, hecho coronel por Hidalgo, y este lo siguió con los demás generales y toda su gente el día 10, llevándose todo el dinero que tenía y treinta y ocho españoles; los demás con los que se continuaron trayendo de todos los puntos de la provincia, quedaron en la Alhóndiga, en la que se reunía el número de 247 europeos.

Dijose que la marcha era sobre Querétaro; pero tomando hacia el Sur, dividida la gente en dos trozos, se dirigió á Valladolid por el Valle de Santigao y Acámbaro, engrosando su número los indios y gente del campo de todos los lugares del tránsito.»

Grande era la alarma que reinaba en Valladolid desde que se supo el movimiento revolucionario.

La ciudad levítica, como la llama un historiador, estaba dominada no sólo por el obispo Abad y Queipo sino por el prebendado D. Agustín Ledos, que se había puesto á la cabeza de unas compañías que unidas al batallón provincial debían contener el avance del ejército de Hidalgo.

Llegó á tal grado el neo-católico, que el mismo señor obispo dirigió la fundición de artillería, aunque con éxito muy desgraciado.

Bajóse entre gritos y aplausos el esquilón mayor de la Catedral, queriendo convertir el bronce sagrado en arma de fuego.

Esperábase con impaciencia á los coroneles García Conde y Rul, y al intendente Merino, que venían á disponer la defensa de la ciudad.

—Señores, decía el obispo, en una reunión de clérigos y españoles, que le veían como á un oraculo, estoy seguro de rechazar esas chusmas de herejes y de bribones.

—Segurísimo, agregaba el prebendado, ¿quién puede oponerse al ejército y la iglesias?

—A la Iglesia y al ejercito quisistéis decir.

—Precisamente, las armas de la madre Iglesia no se embotan jamás; se trata de defender la religión, es una nueva cruzada y poca será nuestra sangre para derramarla por tan sagrado principio.

—Todo está dispuesto, el estado moral de la tropa se encuentra perfectamente.

—Yo prometo abrirle las pueratas del cielo con mis bendiciones á los que mueran por mano de los insurgentes.

—Con eso basta, decía el prebendado, yo nunca he sido militar, y sin embargo me siento con un ardor marcial poco común entre los de mí clase.

—Así quisiera ver á todos los habitantes de esta provincia, exclamó entusiasmado el antiguo amigo del cura Hidalgo.

—Ya véis que mi edicto de excomunión está surtiendo un efecto admirable.

—¡Sì, admirable! replicó el prebendado.

—¿Es cierto que desertan de ciento en ciento los hombres al saber el edicto?

—Ya se ve que desertan, ilustrísimo señor; y seguirán desertando hasta no quedar más soldados que el mismo cura.

—Ilustrísimo señor, dijo un clérigo entrando en la sala obispal que ya conocen nuestros lectores.

—¿Qué se ofrece, padre Milicua?

—Esta comunicación.

El obispo abrió el pliego y leyó para sí el contenido. Frunció el ceño, vió al soslayo, apretó los labios, revolvió la mirada y dió una especie de mugido.

—Vamos, dijo el prebendado Ledos, se nos cayó el gozo en el pozo: seguramente esas chusmas ya no nos atacan, nos han robado un día de gloria, ¡infames! cuando íbamos á cosechar laureles para la Iglesia y para el Estado.

—Leed, Sr. Ledos, dijo con voz opaca el obispo Abad y Queípo.

Tomó el prebendado la comunicación, y comenzó á hacer tales contorsiones como si lo hubieran sentado á la pila de Volta.

Entretanto el señor obispo leía un papel cuyos renglones estaban trazados con lápiz y decían así: « Salvaos, son muchos y caerán como rayo exterminador sobre Valladolid; no esperéis, toda resistencia sería infructuosa están estos condenados ávidos de vuestra sangre. »

Revolviase toda la clerecía cuchicheando y devanándose los sesos sobre el contenido de aquel pliego, que fué pasando de mano en mano.

Todos los soltaban como si picase ó estuviese envenenado.

Luego que se enteró hasta el último de los circunstantes, el señor obispo arrancó un suspiro con honores de berrido, el que repitieron en coro legos y tonsurados.

—¡Infames! gritó al fin su señoría ilustrísima.

—¡Infames! repitió la comparsa.

—Me parece imposible que se hayan permetido apresar á los coroneles que venían á defender la plaza.

—Esa es una traición, una alevosía, una cosa impropia, aun hablando con arreglo á las leyes de la guerra.

—¡Eso, eso es lo que digo yo! gritaba Ledos; de esa manera no será difícil que se atrevan á... á... á...

—A... á... á... decían todos lo clérigos.

—A... á... repetía maquinalmente el señor Abad y Queipo.

—Sí, señores, á batir á la ciudad, porque su ventaja es conocida, la superioridad númerica, la calidad de armas, el empuje, la...

—Vosotros diréis si estáis en disposición de defender la plaza.

—Yo... dijo un español, acompañaré á su señoría ilustrísima hasta el último momento.

—Y yo, y yo, repitieron cien voces.

—Es que...

—¿Qué? preguntó el prebendado.

—Que no siendo mi misión la de le guerra, debo retirarme dejando á la gente de armas el terreno.

La palabra estaba dicha, el señor obispo tocaba retirada.

—Es cierto que no somos gente de espada, continuó el prebendado; pero eso no impide que vosotros, señores españoles, defendáis la ciudad hasta morir.

Profundo era el silencio que reinaba en la reunión.

—Yo, dijo el intendente, desconfío de la oficialidad que, según creo, simpatiza con los revoltosos, y no quiero ser victima de una traición, así es que, si el señor obispo se marcha, yo tomo el mismo partido.

—Y nosotros también, toda vez que no hay quien dirija las operaciones y los insurgentes se han apoderado tan cerca de Acámbaro de los enviados, para ese objeto.

—Pues dispongamos la marcha y que sea por rumbos extraviados, porque Hidalgo está sobre el camino.

—Eso corre de mi cuenta, soy conocedor del terreno y no nos pillarán esos malévolos.

—¡Señor, señor! dijo un clérigo entrando precipitadamente en el salón, hay novedades.

—¿Qué, ya vienen los insurgentes?

—Corramos, gritó el prebendado.

—Esperad, señores, no hay que desmoralizarse.

Todos se detuvieron esperando oír las noticias.

—Hablad y no nos impacientéis.

—Se ha sabido la captura que ha hecho el torero Luna llamado Saca-vueltas, de los coroneles que venían á defender la plaza de Valladolid, y ya todos los vecinos se preparan á abandonar sus hogares.

—En eso mismo pensábamos nosotros.

—No podemos estar más acordes, observó Ledos.

—Hay más.

—¿Todavía más? preguntó el obispo.

—Sí, ilustrísimo señor, sí que hay más y muy grave.

—Decid pronto, que ya me atacan los nervios con tanta espera.

—El Sr. Don Agustín de Iturbide, con sesenta hombres de su regimiento que han querido seguirle, ha tomado soleta para México.

—Esto es horroroso. Ved si le pueden dar alcance, díganle que no nos abandone, que estamos enteramente solos.

El clérigo salió corriendo.

El intendente se marchó como extraordinario pero fué detenido en Huetamo por el cura, que poniendo en alarma al pueblo, lo aprehendió y condujo á la presencia de Hidalgo.

El señor obispo Abad y Queipo logró poner pies en polvorosa y llegar sano y salvo á la capital del reino.

IV.

El ejército independiente se acercaba impasible sobre Valladolid, sin preguntar si le esperaban, tan seguro estaba de su victoria.

Una comisón compuesta de un canónigo, un capitán y un regidor, salió hasta Indaparapeo á recibir á Hidalgo, y á entregarle las llaves de la ciudad.

El 15 entró el coronel Rosales, el 16 Jiménez con la vanguardia y el 17 hizo su entrada Hidalgo al frente de ochenta mil himbres.

Las campanas de todas las iglesias repicaban á vuelo, oíase la detonación de las armas que lo saludaban y el clamoreo de aquel pueblo al recibir el primer ambiente de la libertad.

El caudillo venía á caballo entre el grupo de generales, llevando siempre el estandarte de la Virgen de Guadalupe como la enseña de su grandiosa revolución.

El clero acudió á rendirle sus homenajes, y el canónigo Conde de Sierra Gorda, que ocupaba la Mitra de Michoacán, levantó solemnemente la excomunión, comunicándolo á todos los curas del obispado.

Celebraron una misa y se cantó un solemne «Te Deum» en acción de gracias al Todopoderoso por no haber permitido la efusión de sangre, ni que aquel suelo privilegiado hubiera sido el teatro de una batalla.

El ánimo inquieto de algunos soldados comenzó á provocar el desorden; pero Allende que era el espíritu del orden en la revolución, hizo un disparo de artillería sobre los alborotadores, y la calma no fué más interrumpida.

Uniéronse al ejército el regimiento de infantería provincial, compuesto de dos batallones, ocho compañías de infantería que había levantado Larios, y todo el regimiento de dragones de Pátzcuaro.

Cuatrocientos mil pesos fueron tomados de las arcas de la iglesia.

Hidalgo instaló el gobierno y se retiró á Acámbaro donde pasó una revista á su ejército.

El caudillo llevaba un vestido azul con collarín, solapa y vuelta encarnadas, con un bordado de labor muy menudo de oro y plata, un tahlí negro también bordado y todos los cabos dorados, con una imagen de Guadalupe de oro colgada al pecho.

Allende, cuya presencia hemos dicho que era muy arrogante, llevaba el uniforme de capitán general ,que consistía en un chaqueta de paño azul con collarín, vuelta y solapa encarnada, galón de plata en todas las costuras y un cordón en cada hombro que dando vuelta en círculo, se juntaba por bajo el brazo, con botón y borla colgando hasta medio muslo.

Los uniformes de los demás generales variaban muy poco del de Allende.

Marcharon los batallones con sus banderas, desfilaron frente á los caudillos, á quienes saludaban con entusiasmo.

Más de ochenta mil hombres componían aquel ejército, que había comenzado por diez hombres la memorable noche del 15 de Septiembre.

En treinta y cuatro días se había operado ese fenómeno, que difícilmente volverá á presentarse en el cielo de esta generación.

La libertad hace milagros.

Delante de aquel pueblo que llevaba en sus banderas los laureles del primer encuentro, fué proclamado Hidalgo generalísimo del ejército independiente.

El caudillo se sintió grande ante aquel espectáculo ,y con aquella inspiración que irradiaba en su cerebro, tendió su vista sobre aquel mar agitado de hombres que se revolvían en olas inquietas sobre la llanura, y agitado su estandarte, aquel estandarte sagrado mecido por los genios tutelares de la libertad, gritó con voz de trueno que parecía llenar el espacio con sus vibraciones:

—¡A México!

—¡A México repitió la muchedumbre, y las mil banderas se desplegaron en un saludo gigante al númen de la victoria y del porvenir.

V.

El alcalde Juan Collado, regente de Caracas, había llegado á Querétaro en unión del conde de la Cadena, para encargarse de la causa formada á los conspiradores, entre los que figuraban el corregidor Domínguez y su esposa.

El señor regente se manifestó terrible, y deseaba hacer un escarmiento y ejemplar castigo; pero tenía que habérselas con pájaros de cuenta que no se dejarían tomar en sus redes.

El infeliz alcalde pugnaba por sacar la verdad; pero ésta se había ido á fondo en el mar del sumario y sería muy difícil dar con ella.

Una mañana, cuando el señor juez comisionado venía del convento de Santa Clara de tomar su milésima declaración á la señora Ortiz de Domínguez, le anunció su secretario que una dama pretendía hablarle.

—¿Una dama? preguntó el alcalde con extrañeza.

—Sí, señor regente, respondió el secretario, la señora condesa del Milagro pide audiencia á su señoría.

—¡Una condesa! ¿y no habéis hecho entrar inmediatamente?

—Yo aguardaba...

—Pues sois un torpe, las condesas tienen siempre la puerta franca en todas partes.

—Yo, señor...

—Vamos, no me hagáis pedazos los nervios, y decidle á la señora condesa que pase, y que estoy con ella al momento.

—Muy bien, dijo el secretario, y fué á cumplir su cometido.

—Es un bruto enjalmable este secretario, dijo el regente, ignora las ceremonias de la corte, está visto que en este país de salvajes todo se ha de hacer al contrario... ¡una condesa!... seguramente que debe ser rica, inmensamente rica, riquísima, y su amistad puede serme de muchísimo provecho... Luego, que los nobles en América no son desarrapados como muchos por allá, aquí todo se hace con oro, y esta señora habrá dado muchas amarillas por el título!... ¡carámbano! donde me necesite para

algo, voy á hacerme rico, y entonces dejaré la regencia de Caracas y con más razón que... que... en fin, que aquel país anda poco menos que en rebelión completa... la fortuna se entra en mi casa cuando menos lo creía... veamos que se le ofrece á tan respetable condesa, y... vendámonos caro en lo que pueda ofrecerse.

Don Juan Collado, hombre avaro en extremo, se propuso sacar ventajas de la visita, que presentada de una manera tan extemporánea, no podía menos que traer un asunto de importancia.

Salió el regente á la sala de recibir, é hizo tres caravanas furibundas á la condesa, revelando en sus genuflexiones que era un hombre muy «elástico.»

—Señor regente, dijo la condesa cuya perspicacia conocen nuestros lectores, me presento en la casa de su señoría sin previo anuncio porque...

—Hacéis muy bien, dijo el regente interrumpiendo á la condesa, me honráis demasiado, para que reparo en frioleras que no merecen la pena.

—Decía, señor Don Juan Collado, que sólo el asunto que me trae á vuestra presencia puede excusarme.

—Señora, estoy avergonzado de vuestras disculpas y lo que deseo es serviros siempre que mi deber no se oponga á ello.

—Comienza á venderse muy caro, pensó la condesa.

—Pero sabéis, señora, que desde luego estoy á vuestras órdenes.

—Se ablanda antes de entrar al fuego, murmuró la condesa.

—Ya os escucho, señora.

—Voy á ser muy breve.

El regente no perdía una palabra.

—El virrey Venegas os ha encargado del proceso que seguís en la actualidad contra los conspiradores del 13 Septiembre.

El regente se inclinó.

—Entre las personas denunciadas hay dos por las cuales me interesa vivamente: el señor corregidor y su esposa.

—Ya, los más comprometidos.

—Eso aun no se averigua señor regente.

—Algo se percibe.

—Algo, pero muy turbio.

—La justicia lo hará trasparente.

—Puede ser muy bien.

—Y le será, señora condesa.

—Veo que nos extraviamos, no es mi cuestión la defensa de esas personas, sino su salvación.

—¿Su salvación? dijo aparentando extrañeza .

—No está en mi mano, veremos lo que arroja de sí el proceso.

—¿Y cuánto «vale» vuestro parecer señor alcalde? preguntó osadamente la condesa.

Alzóse el regente, aparentando una grande insolencia, cuando apenas podía disimular el placer que le causaba semejante pregunta, y dijo en tono brusco:

—Yo no valgo nada, porque no me vendo.

—Sosegáos, caballero, yo no he querido ni tratado de ofenderos, sé que tenéis un corazón de ángel, y que veis como todo el mundo, que el sacrificio de dos personas sería estéril á la causa del rey.

—Veo, señora, que conocéis mis sentimientos y váis á jugar con mi corazón.

—Vuestro gran talento, señor regente, ve á la luz de la verdad esta cuestión.

El regente infló los carrillos.

La condesa continuó:

—Yo sé las prácticas sociales, comprendo que siendo vos el motor de esta máquina, tenéis que poner de vuestro lado á los inferiores; esas gentes hacen por oro, lo que vos hacéis por humanidad; disponed de cuanto necesitéis para salvar á dos desgraciados.

El corazón desconoce los sentimientos más puros, y las prácticas más loables de la conciencia... los comprarémos á esos miserables, los ahogarémos en oro ó en plata, da lo mismo, y pondrémos á salvo de los rencores á ese matrimonio eminente, cuya criminalidad no aparece en la causa.

—Os advierto que se harán pagar demasiado caro.

—Eso no importa, cuando váis á hacer completa justicia restableciendo al corregidor Domínguez en su puesto de corregidor.

El alcalde abrió la boca, amenazando devorarse á la condesa.

—Como lo oís, señor regente, vos no podéis declarar la inocencia del corregidor, sin ser consecuente con ella, ¿no es verdad?

Sí... pero... yo... no creía... que...

—Habéis recibido un anónimo?

—Sí

—¿Qué os dicen en él?

—Que si el corregidor sigue en prisión, habrá un movimiento para arrancarle de la cárcel y nos ahorcarán á todos.

—Pues no lo pongáis en duda, vuestra cabeza está en peligro.

—Todo me lo temo de los insurgentes.

—Y en caso de no poder estallar una revolución, cuando menos lo penséis os buscará el corazón la punta de un puñal.

—¡Ave María Purísima!

—Vos no conocéis este país.

—¿Y cómo salvarme?

—Luego que concluya la causa llevadla á México ;en el camino seréis asaltado, los papales serán robados y todo desaparecerá entonces.

—Vos garantizáis que...

—Nada puede acontecer de desgraciado, yo estoy de por medio.

—Fío en la palabra de la señora condesa.

—Vos sois hombre de estado, y sabéis que en los negocios se juega el todo por el todo.

—Efectivamente; pero eso demanda gastos que yo no puedo hacer.

—Tomad esta firma en blanco y poned la cifra que os acomode.

El alcalde tomó el billete con una rapidez que estropeó la mano de la condesa.

—Creo, señor regente, que este es un negocio terminado.

—Como que voy á extender mi sentencia en el acto. Mañana volverá el señor Domínguez á tomar posesión de su empleo.

—¿Podríais darme la orden para la libertad de la señora?

—Al instante, dijo Collado, y dirigiéndose al bufete puso la orden que entregó á la señora condesa del Milagro.

—Me resta pediros un último favor.

—Soy todo vuestro.

—Existe en convento una joven que siendo novicia de la Enseñanza de México huyó con su amante.

—¡ Carámbano!

—Déspués se ha casado con él.

—Eso varía de condición.

—Unos frailes misioneros la capturaron declarándola por si y ante si, hereje y no sé que otras cosas.

—¿ Y bien?

—La condujeron al convento de las Claras, donde permanece sin que nadie haya vuelto á recordarla.

—Y qué pretendéis ahora?

—Que me déis orden para que salga en depósito á mi casa.

—Eso si me es imposible, la Inquisición es terrible, y yo no me pongo frente á ella por nada de este mundo.

—Señor regente, una carta mia puesta al rey de España, ha hecho confiscar todos sus bienes á Branciforte; porque ese miserable osó perseguir á una familia á quien peretenece esa joven que se halla en las Claras: si no accedéis á lo que os pido, podéis arruinaros...

—Ignoro...

—Mi presencia en este lugar, mi arrojo al abordaros, las inmensas sumas de que dispongo os revelarán lo que puedo; creedme, señor regente, os conviene mi amistad.

—No hablemos más de ello, aqui está la orden y quedáis servida en todo.

La condesa temiendo que repuesto de la sorpresa pudiese arrepentirse, quitó de sus dedos una valiosa sortija y poniéndola en manos del regente le dijo:

—Conservad, señor de Collado, esa prenda en memoria de mi gratitud.

—¡ Señora! ¡ ah! ¡ oh!...

—No es difícil que repita mi visita, caballero.

—Siempre estaré lá las órdenes de la señora condesa.

VI.

¡ Estoy de fortuna! dijo Collado luego que oyó partir el coche de la señora condesa del Milagro; ya soy rico, esta América es bendición para nosotros... ¿ qué me importan ese par de viejos?... por el contrario, apareceré como hombre recto de conciencia... ¡ Dios mío! ¡ cuánto dinero voy á tener!... ¡ y cómo relucen los brillantes de esta sortija! estos insurgetnes son el demonio, tienen agentes en todas partes... ¡ pobre España! está al perder las Indias... todo eso me tiene sin cuidado, ¡ soy rico, soy rico!... en la primera oportunidad regresaré al suelo patrio... sería la última que me ahorcasen los insurrectos.

Agitó la campanilla y apareció el secretario.

—Poneos á escribir, amigo mío.

—¡ Habéis meditado la sentencia?

—¿ La del corregidor?

—Sí, y la de su esposa, que fué el centro de la conspiración, como vos mismo habéis convenido.

—Vos no sabéis nada de eso, yo por no externarme os llevaba el barreno, pero ha llegado la hora solemne de la sentencia y es necesario hablar la verdad, la verdad entera, porque los jueces representamos á Dios sobre la tierra.

El secretario se encongió de hombros.

—Sí, dijo Collado con énfasis, voy á sentenciar.

—Señor, yo os suplico que seáis humano si bien es cierto que todos han delinquido, lo es también que el señor corregidor es un hombre honrado y la señora muy caritativa.

—No me conmováis, señor secretario, porque yo debo ser inflexible, ponerme la mano en el corazón, y caiga quien cayere.

—Yo...

—Callad y leed, es decir, que guardéis silencio en materia de recomendaciones, y habléis leyendo.

—Muy bien, señor alcalde.

El secretario comenzó á leer aquel cúmulo de declaraciones, citas y oficios, mientras el regente hacía jardines sobre su fortuna.

Ya la lectura había terminado y el alcalde no salía de su absorción.

—Señor, se aventuró á decir el Secretario, hace un cuarto de hora que he terminado.

—Pensaba, recapacitaba, acumulaba, discurría...

—¿Qué discurríais, señor?

—Que ese Domínguez es inocente.

—¿Inocente? preguntó el secretario.

—Las pruebas deben ser claras como la luz del día, y en ese proceso nada aparece probado.

El secretario hizo dos oscilaciones de cabeza.

—Yo quiero demostrar patentemente que la justicia del rey no teme rebelarse ni aun en presencia de la revolución, y que se cumple sea cuales fueren las circunstancias, y yo enviado de regente á Caracas y juez especial para esta causa de conspiración, declaro, que el corregidor Domínguez no es culpable ni la señora su esposa; ¿qué os parece?

—Yo nada digo, señor alcalde.

—Pues decid, que yo os lo pregunto.

—Esa es mi opinión.

—Item más, quiero dar una reparación completa para que no se diga que los agentes del gobierno español se vuelven contra sus reyes, haciendo que el corregidor Domínguez vuelva á su empleo.

—¡Señor!

—Item más, que sus derechos quedan á salvo contra los revoltosos que lo aprisionaron.

—¡Pero señor!

—Item más, que la señora quede en absoluta libertad, y que no habiendo pruebas para proceder contra ella, se le dejará lo mismo que á su esposo, todos los derechos á salvo, hasta la indemnización si cupiere.

—Señor!

—Veo que admiráis mi rectitud; escribid, escribid, que ya bastante ha sufrido esa familia honrada é ilustre .

El escribano estaba en Tebas, no comprendía ni una palabra de aquel enredo.

—Como he de administrar recta y cumplida justicia, escribid que condeno á los hermanos Gonzáles á la pena capital.

—¡Señor!

—Lo que no obsta para que empeñe cuanto valgo en que esa pena sea conmutada por un destierro á Filipinas. En cuanto á ese truhán de Arias que se le ponga en libertad.

—¡Señor!

—Porque su prisión ha sido una verdadera fórmula.

Publicóse la sentencia del alcalde Don Juan Collado, pusiéronse en libertad á los presos, y como lo había previsto el regente, la pena capital impuesta á los hermanos González fué conmutada en destierro á Filipinas, en cuyas playas murió uno de ellos abandonado y en la miseria.

Púsose en camino Collado para la capital; en el camino lo apresaron los insurgentes robándole el proceso de los conspiradores, y este accidente evitó el examen de la causa, cuyo término causó un enojo terrible al virrey Venegas, y grande escándalo en la corte de México.

VII.

Al estallar le revolución de Hidalgo, todas las clases de la sociedad se sintieron conmovidas, marcándose en el acto el partido independiente

La insurgencia contaba con las simpatías de la mayor parte de los mexicanos; ya hemos dicho que la discordia estalló hasta en las escuelas; y ahora vamos á llevar á nuestros lectores á un campo de Agramante donde el sexo hermoso se disputaba el terreno con bravura.

El convento de Santa Clara de Querétaro era la prisión de la señora corregidora, y con este motivo se formaron dos bandos entre las monjas.

Excusado es decir que las viejas eran realistas y las jóvenes independientes; allí se seguía la regla que en el siglo: los viejos creen que todo lo nuevo es malo, y mueren en el catrabón donde nacieron.

Era la hora de «prima,» y las religiosas estaban en coro, donde se les hacía rezar una oración por su majestad el rey.

La abadesa observó que Sor Refugio y aquella tornera tarabilla que ya conocen nuestros lectores, permanecían en muda. En aquel entonces se tenía mucho cuidado en todas estas minuciosidades.

—¡Que recéis, Sor Refugio! dijo algo atufada la superiora.

—Ya recé, madrecita.

—Pues volved á rezar, hermana; porque no he percibido vuestra voz.

—Si ya recé, madrecita.

—¡Por las once mil vírgenes que no os he escuchado!

—Que lo diga la madre tornera.

—Es verdad, madrecita, por más señas que al pronunciar el nombre de su majestad el rey, oímos un suspiro que debe haberse oido en España.

—Callad, habladora.

—Madrecita, no habéis oido di aun siquiera las maldiciones que les hechamos á los revoltosos.

—Esas dos hermanas, dijo una vieja, son «insurgentes.»

—Y vuestra reverencia «gachupina.»

—Y vosotras partidarias de ese monstruo que se permite traer á Nuestra Señora de Guadalupe en su bandera.

—Eso no es pecado, respondió Sor Refugio.

—Sí lo es, exclamó irritada la abadesa, y está excomulgada toda la que profese esas ideas diabólicas.

—Amén, respondió la tornera.

—Es malo desear mal al prójimo, dijo Sor Refugio.

—Esos insurgentes no son prójimos, sino herejes de marca mayor, dijo una monja semi-cotorra y fortachona, llamada Sor Bárbara de San Cristóbal.

—Como la madrecita es «gachupina,» respondió la tornera, no puede ver á los «criollos.»

—Eso es mentira, yo amo á los hijos de Dios, pero no á los excomulgados.

—Y como su confesor es «gachupín»...

—Calle la deslenguada, y siga el rezo.

—Ya nos veremos, dijo Sor Barbara de San Cristóbal.

—Ya nos veremos, contestó la tarabilla.

—Basta de insultos, exclamó la abadesa, ordeno y mando que las hermanas Sor Refugio y la tornera queden tres días á pan y agua.

—¿No quiere su reverencia que mejor quedemos á pan y carne?

—¡Chist!

—No le encajen una cólera á la madrecita, gritó Sor Bárbara, que la de él dolor de hígado; después que por los españoles, es decir por nosotros, tienen estas criollas «pan y tela.»

—El trigo se da en nuestro suelo, y en cuanto á la tela, nos la venden bien cara.

—¡Que calléis espirituada!

—¡Pues que la «gachupina» no me busque!

—¡Esto es horrible! las «criollas» malditas se insurreccionan, á mí me va á dar algo... póngase en cruz la tornera, y diga en voz alta lo que le dicte.

La monja tarabilla obedeció á la abadesa y se puso con los brazos abiertos en la mitad del coro.

—Que Dios Nuestro Señor, dijo la abadesa.

—Que Dios Nuestro Señor, repitió la tornera.

—Proteja á su majestad el rey.

Proteja al señor cura Hidalgo, gritó despechada la monja tarabilla.

—¡Jesús!... ¡Jesús!

—¡Sacrilegio!

—¡Herejía!

—¡Profanación!

—¡Santos cuatitos!

—¡San Eluterio! Sanctus fortis! Sanctus inmortalis!

Introdújose una confusión horrible entre las monjas, la abadesa hizo tocar á silencio, las religiosas se encerraron en las celdas y todo quedó aparentemente en calma.

VIII.

—Hija mía, querida Rosalía, dijo la abadesa precipitandose en los brazos de la esposa de Don Félix estoy quemada.

—¿De dónde señora?

—¡Del alma! ese par de herejes me han dado una mohina espantosa, figuraos que este convento es el asilo de la piedad cristiana, que ha sido visitado por el señor obispo Abad y Queipo y otros personajes y...

—Pero qué pasa, señora?

—Que hoy es un infierno, Satanás ha soplado el fuego de la discordia y las religiosas van á llegar á las manos, porque ya el fuego de la herejía ha contaminado á dos monjas... esa tornera cuya lengua no para un solo instante, y mi secretaria Sor Refugio que está celosa de vos, y se me ha volteado... van á acabar por embrutecerme... yo debo dar parte á la auto-

ridad eclesiástica; porque mañana inventarán que también Dios es «gachupín» y... no, no lo quiero pensar... esto es una Babilonia!

En aquel momento sonaron tres campanazos anunciando visita á la superiora.

—Vamos á «reja,» acompañadme, se me había olvivado deciros que el señor conde de la Cadena viene á despedirse y encargarnos nuestras oraciones por el triunfo de nuestra causa.

—Bajemos ,señora, y serenaos.

La portera avisó á la superiora que el conde esperaba.

La abadesa se cubrió la cabeza con el manto y le puso la cruz á la monja que se reía maliciosamente.

La superiora seguida de la hija de Treviño se presentó en el locutorio.

El conde de la Cadena rodeado de sus ayudantes, se presentó en todo tren á dar un adiós á la comunidad.

—Tome asiento V. E., señor conde.

—Gracias señora, he venido á recibir vuestras órdenes y las de vuestras hijas.

—Gracias, excelentísimo señor Conde.

—Y cómo se encuentra la comunidad?

—Ya sabeis que la paz del convento jamás se interrumpe: separadas del siglo las monjas, llevan una existencia de concordia, hasta el día en que el señor nos llame á su seno.

—Bien, madre, nosotros por el contrario, llevamos una vida azarosa y de tribulaciones; ahora mismo partimos á campaña.

—¿Ahora mismo, excelentísimo señor conde?

—En el atrio están nuestros caballos, vamos corriendo donde la patria nos llama.

—¿Sigue ese tumulto?

—Sí, señora, esos miserables se permiten organizarse en gobierno, ha llegado su avilantéz hasta el grado de poner una fundición de artillería, y admiráos, una casa de moneda.

—¡Qué herejía!

—Cierto es que el cura Hidalgo es un hombre de talento y de ilustración poco común; debía haber aprovechado estos elementos en favor de su rey; pero estos criollos son lo más insufrible que hay.

—Y las criollas, añadió la abadesa.

—Ya quedaron excomulgadas.

—¿Y abandonáis la ciudad, excelentísimo señor conde?

—La dejo encargada á la guardia ciudana, y en una proclama que se ha publicado hace una hora le hago advertencias que no la deben echar en saco roto; porque soy hombre de cumplir lo que ofrezco.

—Ya lo creo, excelentísimo señor conde, y quiero pediros un favor: que me leáis vuestra proclama.

—No tengo inconveniente; oíd:

—« El conde de la Cadena, comandante en jefe de la primera división del ejército de su magestad el señor don Fernando VII (Q. D. G.) destinado por el excelentísimo señor virrey para aniquilar la gavilla de ladrones que han reunido los dos monstruos americanos, el cura de Dolores y Allende. — A los ciudadanos de Querétaro. — Queretanos: — Vuestro proceder durante la residencia de mi ejército en esta ciudad, vuestra sumisión á las legítimas autoridades, vuestro empeño y eficacia en defensa de la

ciudad y la buena causa, me han llenado de satisfacción, y exijen que os corresponda, noticiándoos, que salgo mañana á convertir en polvo esa miserable cuadrilla de malvados. Es de mi obligación y la cumpliré, el instruir al superior gobierno de vuestra fidelidad; pero algunos genios suspicaces quieren atribuír vuestra docilidad á las fuerzas que tengo en ésta: no pienso de esa manera, y en prueba de ello, dejo la ciudad confiada á vosotros y á la guarnición valiente que os queda. Vosotros habéis de ser también los defenseres; poro si contra mi modo de pensar, sucediese lo contrario, volveré como rayo sobre ella, quintaré á sus individuos y haré correr arroyos de sangre por las calles.

Querétaro, 21 de octubre de 1813. — *El Conde de la Cadena.* »

—Bravo, bravísimo; señor conde, decía llena de entusiasmo la abadesa de las Claras mientras que la tornera murmuraba entre dientes:

—Vaya una farola de retreta, no parece sino que se trata de pulgas según mata ese majadero! me parece que puede volverse el chirrión por el palo, entonces veremos los rayos y los arroyos, y las quintadas, y la sangre; eso está bueno para asustar monjas.

—Ya lo habéis oido, señora, decía Flon restregándose las manos, esto es hablar en plata.

—¡ Ay! excelentísimo señor conde, ojalá que todos pudiésemos hacer lo mismo!

—¡ Diablo de Matusalén! dijo la tornera.

—¿ Tenéis acaso disturbios en el convento?

—Cá! no, excelentísimo señor conde, si mis hijas son unas ovejuelas, aquí se ama á su magestad el rey, las « excomuniones » tienen calosfriadas á las monjitas no quieren ni mentar á esos hombres... Y pensar que uno de ellos ha estado en ese asiento nos ha dado la mano y nos... es para perder el juicio.

—He tenido el gusto, dijo Flon, de presentar mis respetos á la cocomunidad , y ahora con vuestro permiso, me retiro.

—El convento quiere hacer un obsequio al excelentísimo señor conde y á su oficialidad; vamos, hija mia, traed la charola con los escapularios.

Levantóse Rosalía sin hablar una sola palabra á cumplir con la orden de la abadesa, quien fué entregando las reliquias á los oficiales que se acercaban á la reja.

Al llegarse el último que era un capitán, Rosalía se aproximó á la reja y sus grandes ojos se fijaron en él que por su parte ni se apercibió siquiera de la joven.

Rosalía no pudo resistir y lanzando un grito ahogado cayó desmayada en los brazos de la abadesa.

Rosalía había reconocido á don Félix de Quintanar.

—No es nada, dijo la superiora, cubriéndola con su manto; sufre esta joven estos desmayos, ya la curaremos.

—Haced, dijo el conde, que la comunidad eleve sus oraciones al cielo por el triunfo de nuestra causa.

—El cielo os acompañe y bendiga las armas de vuestro ejército.

IX.

Salió el conde de la Cadena de la reja, cuando una viejecita presentó á la abadesa la orden de libertad para la corregidora y la de depósito para Rosalía.

—¿Qué es esto? dijo azorada la abadesa.

—Ya lo véis, madrecita, vengo por esa joven.

—¡Por mí! gritó Rosalía sacudiendo el sopor que la embargaba.

—Precisamente, el señor alcalde Collado cambia vuestro depósito, la casa de la señora condesa del Milagro os servirá de asilo.

—Conque me abandonáis, dijo la abadesa llorando, porque le había cobrado un gran cariño á la joven.

—No os abandona voluntariamente, la autoridad lo dispone y...

—Señora, yo permanecería á vuestro lado en el convento; pero acabo de tener un encuentro.

—¿Un encuentro, hija mía?

—Sí, acabo de ver entre la oficialidad del conde á Félix.

—¿A vuestro esposo?

—Sí, pero no he podido preguntarle por mi hijo, por mi hijo que no he olvidado un solo instante.

—Comprendo la causa de vuestro desmayo.

—La impresión ha sido horrible.

—Yo necesito buscar á Félix y pedirle á mi hijo.

—Eso no puede ser, dijo la abadesa, que en su egoismo quería vengarse de la separación de Rosalía; yo necesito saber si esa orden es legítima.

—¿Desconfíais de mí? preguntó la vieja.

—No, pero dudo, y estando esta señora bajo mi responsabilidad, necesito cerciorarme; acaso puede ser un lazo que se le tienda.

—No seáis, por Dios, impertinente, ved los sellos.

—Sí, sí, ya comprendo, todo ello puede ser falsificado, además, que la entrega la debo hacer personalmente á la señora condesa.

—Dejadme salir, por compasión, mirad que Don Félix se aleja llevándose mi esperanza; tened compasión de mí.

—Si para todo hay tiempo.

—Mañana será tarde.

—Las cosas pensadas salen mejor, hija mía, acaso me culparías más tarde de ligereza, paciencia, hija mía, paciencia.

—Ved que estoy agonizando, tened compasión de una madre, os hablo en nombre de la humanidad!

Hablar de esos sentimientos á esos seres que han abjurado de la familia, y de la sociedad y del porvenir, es invocar á Dios delante de un ídolo.

La vieja permanecía serena ante aquel conflicto, y tirándose atrás el manto, dijo con acento severo:

—Pues bien, he aquí á la condesa del Milagro que viene por la joven Treviño.

Dió un paso atrás la monja al reconocer á la condesa, y se propuso disputarle á Rosalía.

—Perdonad, señora, pero vuestro mismo disfraz me hace sospechar algo inconveniente.

—Es que quise evitar todo lo pesado de vuestros cumplidos. La superiora se mordió los labios.

—Entregadme á Rosalía ó decid de una vez si obedecéis.

—Sí que obedezco, pero esta hora no es la propia para estos asuntos interrumpís el orden del convento, venid mañana.

En aquel instante se oyó un rumor en el patio y gritos descompasados

La abadesa palideció.

La Sra. Domínguez entró en la reja y dijo á la superiora:

—Pasan cosas horribles en el convento.

—¿Y qué hacéis aquí, señora?

—He recibido la orden de libertad y vengo á avisaros que salgo en este momento.

La gritería continuaba cada vez más escandalosa.

—Idos, pues, Sra. Domínguez, y vos también.

—Aquí está la orden, dijo la corregidora.

—Marchaos.

Rosalía quiso abrazar por última vez á la abadesa, pero ésta la rechazó con altanería, y envolviéndose en su manto se internó en los patios del convento.

—Buscad á Don Félix, dijo la condesa á Rosalía; poneos en marcha, yo necesito partir á otra parte donde me interesa; cuando os creeréis más abandonada estaré á vuestro lado, nada temáis, el porvenir es vuestro, tomad este dinero y proporcionaos lo necesario para el viaje. En el pueblo de Dolores encontraréis á Don Félix, para ese punto se dirige el ejército.

—Gracias, señora.

—Nos veremos.

—Adiós.

—Adiós.

X.

Mientras que la abadesa recibía al conde de la Cadena, las monjas salieron á hora de asueto al patio, dividiéndose en grupos según sus simpatías y amistades.

Sor Refugio se había retirado á un ángulo del patio con las partidarias de la insurgencia, mientras Sor Bárbara platicaba con las realistas, murmurando de las contrarias.

Comenzaron las risas de burla, las indirectas y todo ese juego de palabras amarguisimas que sólo tienen valor en boca de una mujer.

Acercáronse las dos monjas poco á poco, como dos gallos que se buscan y reconocen en el palenque.

Sor Refugio era traviesa, y comenzó á hablar remedando el ceceo de los españoles.

Sor Bárbara estaba con el rostro encendido y los ojos centelleantes.

La tornera se deslizó en el patio y contó en voz alta las baladronadas del conde de la Cadena, sin omitir lo substancial de la proclama.

—¡Qué soldado tan bruto! dijo Sor Refugio, parece que va á tenérselas con chiquillos de la escuela.

—Con cuatro soldados le basta para pulverizar á esos criollos, dijo Sor Bárbara.

—No vaya á ser que á él le pulvericen, es necesario que el señor conde tenga mucho cuidado.

—No se necesita cuando se lucha con gente tan cobarde.

—Es cierto, de pura cobardía tomaron San Miguel y Celaya, eso se nota á distancia.

—No son mas que unos ladrones que asaltan las ciudades para robar.

—¿Os han dejado sin vuestra hacienda que trajistéis de España?

—No me estéis impacientando, Sor Refugio.

—Pues no habléis así de los mexicanos.

—Soy aragonesa.

...se precipitó sobre la monja, y rápida como el rayo le sepultó en la garganta las tijeras,...

(*Pág 353*).

—Y yo de México.

—Debíais tener miramientos, porque nuestro gobierno os manda.

—A mí no me manda más que el cura Hidalgo.

—Estáis diciendo barbaridades, ese cura es un hereje.

—Ese cura vale más que todos los vuestros; ese cura quiere echar á todos los europeos y volvernos nuestra tierra que os habéis cogido desde hace tantos años.

—¿Es decir que somos ladrones?

—Sacad vos la consecuencia.

—Aunque fuera cierto, no os lo quiero tolerar, dijo Sor Bárbara, y levantado su mano aragonesa la dejó caer sobre el rostro delicado de Sor Refugio.

La tierna criatura cayó en el suelo, donde rebotó su cabeza, saliendo un borbotón de sangre que manchó las limpias tocas y el hábito.

La tornera, que amaba á la monja con profunda ternura, dió un bufido de coraje y buscándose en el delantal las tijeras de su costura, ciega de cólera se lanzó como una fiera sobre la aragonesa, que la despidió con un soberbio bofetón que le hizo dar contra una de las columnas.

Arrojando sangre y espuma por los labios, se rehizo la tornera, y comenzó casi barriéndose por el suelo, á buscar un flanco á tan formidable enemigo.

Las monjas daban gritos de espanto viendo desmayada y herida á Sor Refugio, y á la tornera con el arma en la mano dispuesta á sepultarla en el seno de Sor Bárbara.

Débiles mujeres, ninguna se atrevía á impedir el duelo sino con sus clamores.

La aragonesa tomó en sus manos un banquillo, que blandía con furor, y esperaba el asalto para aplastar á su enemiga.

Cesaron las injurias y sólo se veía á las dos monjas con las tocas en girones y sacudiendo sus cabezas empapadas en sudor, y viéndose de hito en hito con miradas de tigre; estaban jadeantes de rabia y de cansancio.

La tornera daba vueltas en un giro acecho intencionado, en torno de la columna que servía de punto de apoyo á su contraria.

Haciendo tentativas de asalto, acercándose y replegándose con una habilidad y ligereza sorprendentes, huyendo los golpes que le descargaba la aragonesa, logró cansarla ó disminuir su vigor.

Entonces no esperó más: lanzando una maldición horrible, se precipitó sobre la monja y rápida como el rayo le sepultó en la garganta las tijeras rompiéndole la yugular.

Un torrente de sangre se desató por la herida y Sor Bárbara cayó moribunda en las baldosas.

La tornera vió con horror aquella escena de sangre, sacudió sus hábitos manchados y se marchó á encerrar á su celda.

En aquel momento penetró la abadesa en el patio y se encontró con Sor Refugio y la aragonesa tendidas en el suelo y ensangrentadas.

XI.

La noche de ese día memorable en que Hidalgo fué proclamado generalísimo del ejército independiente, se presentó en su alojamiento un hombre de alta estatura, grueso, de ojos centelleantes bajo el arco de la frente que dejaba ver un pañuelo blanco que le cubría la cabeza; sus cejas eran pobladas, su nariz recta y un tanto alzada en la extremidad, sus labios delgados, los carrillos gruesos y no llevaba barba alguna, lo que indicaba que pertenecía á la categoría eclesiástica.

Aquel personaje revelaba una comprensión admirable, y es que el genio se transparenta como el sol tras los vapores atmosféricos.

Ese hombre tocaba aquella noche memorable á las puertas de la inmortalidad.

—Señor cura Hidalgo, decía con voz vibrante, quiero ser algo que abarque todo vuestro ejército, seré el capellán de vuestros soldados.

—A qué engañarnos, señor cura Morelos, hace muchos años que estamos en una perfecta intimidad, os conozco desde los primeros días de mi juventud, que hemos pasado juntos en San Nicols, conozco vuestra capacidad y alcanzo hasta donde llega el claro talento que os distingue.

—Mucho me favorece vuestra opinión señor Hidalgo.

—Vos no habéis nacido para servir como una persona secundaria en la revolución; vuestro genio os llama á una posición más alta, más digna.

Morelos tenía su mirada fija en el semblante del anciano.

—Tratáis de ocultarme vuestros designios, pero yo los adivino al través de vuestros ojos, de vuestra frente: hablad, comunicaos conmigo.

—Señor cura Hidalgo, ante vuestra grandeza voy á abrir mi corazón.

—Sea de una vez, exclamó Hidalgo.

—Dormía tranquilo en el silencio de mi curato, en esa calma terrible que hace siglos pesa como la losa de la tumba sobre nuestra existencia, cuando me despertó el grito solemne de libertad lanzado por vuestra boca la noche memorable del 15 de Septiembre. Creí sentir bajo mis pies moverse las cenisas de mis mayores, como lavas de un volcán cuya erupción comenzaba en aquellos momentos.

—Tres siglos de esclavitud se borraban de la memoria como si la mano de Dios hubiera pasado por mi cerebro; creí ver alzarse los templos, subir las deidades á las aras de donde fueron arrancadas por las manos brutales de los conquistadores, me parecía que la hora de la venganza había sonado, que la vindicación de una raza era señalada por el destino, y que las cadenas que nos atan aún en el mundo antiguo, crugían azotadas por el océano y estaban próximas á romperse... que la América quemaba á su vez las naves, como Hernán Cortés!

—Muy bien, dijo Hidalgo, continuad, estáis en mi pensamiento.

—Mi corazón, dijo Morelos, se sintió conmovido en una palpitación de fiebre y de entusiasmo, me entré en la iglesia envuelto en los pliegues de mi manteo, temiendo que una mirada pudiera encontrar en mi semblante lo que pasaba en el fondo de mi pecho... Entregado allí á la contemplación de mis pensamientos, delante de mi conciencia que se erigió en tribunal implacable de mis acciones, oí la voz de mi destino, sentí algo que me impulsaba desde lo más íntimo de mi alma, hacia un torrente cuya primer ola sois vos, hacia esta tempestad cuyo primer relámpago es vuestro genio y cuyo primer trueno es vuestra voz!... Entonces

abandoné aquellas vestiduras del culto cristiano, evoqué mis memorias juveniles cuando en las expansiones de mi esperanzas, me soñaba soldado y gladiador; porque yo he soñado en las horas ardientes de mi edad, cuando oía los hechos de los antiguos, esas tradiciones guerreras elevadas á la fábula y trasmitidas á nosotros en los cantos inmortales de la Ilíada, que mi pecho se ceñía una coraza, que mis sienes sostenían un casco y mi mano el acero de los conquistadores, y oía el grito de los combatientes, y el ruido de los parches y el clamoreo de la victoria!... Todas aquellas ilusiones se apagaron en las sombras de la iglesia y desaparecieron ante lo místico de la tribuna religiosa, para reproducirse candentes en la hora de la revolución. Sí, aquí estoy, el hombre de la juventud renace, el vigor de mis años me devuelve el ardor de los primeros días, quiero pelear, combatir, llevar ejércitos á la arena de los combates, atravesar el suelo de América en la conquista de sus libertades, morir como los héroes!

Hidalgo se arrojó en los brazos de aquel hombre, empapado en el espíritu de tan gigante revolución.

—Vos, señor Hidalgo, habéis galvanizado á una raza entregada al letargo de la esclavitud, poseéis el genio ;pero vuestra idea, vuestra grande idea, la habéis velado como las diosas antiguas, y es necesario huir de los misterios; el tiempo de los oráculos ha pasado, la luz de la verdad debe resplandecer como la mirada de Dios!... Habéis proclamado solamente la separación de la Península para no caer en poder de la Europa, y ese no es el pensamiento.

—No, no lo es, dijo Hidalgo, pero en el primer momento de la revolución, yo debía invocar el principio popular, después llevaría al pueblo á su destino; ya nada temo, y proclamo la idea, la sola idea de la independencia; la revolución ha cambiado en la palabra para ir á su destino; ella sola se ha salvado, nadie piensa en que la Europa se acordase de imponernos su yugo, sino de librarnos de la cadena que ata los dos mundos. Me habéis visto apresar á los europeos, para matar el elemento conquistador y entorpecer la reacción que aun puede surgir al volver en sí de este rudo golpe; ya nadie puede engañarse, las mismas ideas que me imputan nuestros enemigos, revelan á conquistados y conquistadores, que la hora de la emancipación ha sonado; yo sabía bien que los elementos del gobierno colonial se desencadenarían como una tormenta sobre mí; pero mi espíritu fuerte en ese choque terrible, sufriría como una roca el embate de las pasiones, que se estrellarían á sus pies!... Señor cura Morelos, la serenidad de mi alma ha amenazado enturbiarse ante la calumnia, se me presenta como á un monstruo que he abjurado hasta de mis creencias religiosas, cuando ellas son las que me han impulsado á la revolución; yo sé, y lo he repetido á mis compañeros, á esos jóven valientes y generosos que han compartido los peligros conmigo, que los autores de una obra tan grandiosa como esta, no ven nunca el fruto de sus afanes... yo percibo la muerte al través de la luz que circunda al pueblo en su victoria, y como vos he deseado y quiero ardientemente la muerte de los héroes; la vulgaridad me asusta; la agonía, rodeado de mis feligreses en el humilde curato de Dolores, era la desaparición en las tinieblas, nada dejaba tras de mí, sino unos árboles plantados por mi mano que se desgajarían más tarde al golpe de un rayo ó al hacha del leñador... hoy me siento satisfecho, mi nombre perpetuará la idea de la independencia de mi patria; si

muero, será esta revolución un ensayo desgraciado, la primera arteria que sangra de ese cuerpo que se alzará del polvo para eregirse en juez de tres siglos pasados en las cenizas abrasadas de la conquista!...

El cura Morelos admiraba desde el fondo de su inteligencia al anciano de Dolores, y lleno de un entusiasmo fanático por aquel hombre extraordinario, le dijo:

—Señor Hidalgo, yo quiero ser vuestro soldado y seguir vuestra bandera, mi espíritu se agíta inspirado por vuestras palabras, me comunicáis la fe de vuestro pensamiento y me lleváis más adelante aún que mi imaginación.

—Señor cura Morelos, vos no debéis confundiros en el mar inquieto de mi ejército, eso sería obscureceros y yo quiero dejaros libre en el camino que el genio abre delante de vos, como la senda que conduce á vuestro destino... Seréis soldado, pero soldado de la patria; id, marchad, el territorio es grande, el campo es vuestro, formad un ejército que os siga, cien mil hombres toman sombra bajo nuestra bandera, tomad los que queráis, recorred las costas del Pacífico, apoderaos de las ciudades y fortalezas y realizad la predestinación de vuestro genio!

Levantóse Morelos con aquella inspiración que no lo abandonó ni en los momentos pavorosos del suplicio y dijo á Hidalgo:

¡Señor general, necesitáis de vuestros hombres para combatir, la capital os aguarda y tendréis que librar más de un combate antes de llegar á sus puertas; yo marcho solo, enteramente solo: la idea invocada es suficiente para improvisar ejércitos, todo me lo prometo del patriotismo de los mexicanos... dentro de algunos días esa bandera santa será saludada por mí en el campo de batalla... Adiós, si vuestros temores se realizan, entraremos tranquilos en el pavoroso silencio de la tumba, con la frente descubierta y la mirada en ese Dios que con un soplo ha encendido en nuestras almas la fe del patriotismo y la llama inextinguible de la esperanza, que recorre como un sol el cielo del porvenir.

—Adiós, dijo Hidalgo, y estrechando por última vez á Morelos, se separaron para reunirse tras ese velo azul que se abre para dar paso á los héroes.

Aquellos dos gigantes no cabían sobre el mismo pedestal.

Brillan como dos astros en el horizonte, caminando juntos á su zenit ascendiendo por el arco luminoso de la esfera para caer más tarde en el inmenso sepulcro del ocaso.

XII.

El cura Morelos partió solo á las regiones abrasadas del Sur, y como lo había pronosticado, se encontraba á poco tiempo al frente de un ejército y alcanzando empresas dignas de los caballeros de la edad media.

—« Ese hombre debía haber sido mi soldado, » dijo el desterrado de Santa Elena.

Lord Wellington, el hombre de Waterloo, el que había encadenado á una roca de los mares del Africa al aventurero de las Pirámides, al saberr los detalles del sitio del Cuautla, rindió a Morelos un homenaje de admiración como el genio de la política y de la guerra.

XIII.

El ejército de Hidalgo caminaba sobre un campo de victoria, recibiendo las ovaciones de un pueblo que veía en él al genio de la libertad.

Los hombres del 15 de Septiembre caminaban al frente de la multitud, guiándola siempre á la arena de la lucha y cosechando siempre los laureles de la victoria.

El ejército realista, parado al borde de una horrenda sima, se defendería hasta el último momento.

Don Torcuato Trujillo fué nombrado por Venegas jefe de la expedición que debía ir al encuentro de Hidalgo.

La demencia humana señalaba á aquel miserable como la víctima expiatoria de la jornada.

Don Augustín de Iturbide solicitó pertenecer á la división y fué entre la turba realista á compartir el amargo brebaje de la derrota.

Colocóse una fuerza en el puente de Lerma, y Truijllo salió con el resto de su ejercito á presentar batalla á los insurgentes sobre el camino de Ixtlahuaca.

Las avanzadas fueron descubiertas por los independientes y atacadas de una manera tan violenta que fueron dispersadas y puestas en fuga á los primeros disparos.

Esto pasaba el 26 de Octubre.

Trujillo, á quien el pánico comenzaba á invadir efectuó un movimiento retrógrado y tomó posiciones en la orilla del mismo Río Grande, que pasa por la ciudad de Lerma, formando una isleta en que está construida la población, abrió una cortadura y levantó una fortificación ligera para detener el avance del enemigo.

Permaneció en aspectativa hasta el 26, mientras Hidalgo, conocedor de los movimientos de los realistas, hacía una marcha rápida sobre el puente de Atenco para envolver las posiciones de Trujillo.

El 29 se dejó ver Hidalgo con su magnífico ejército sobre el camino real, amenazando con un falso ataque á sus contrarios, mientras efectuaba su movimiento sobre la retaguardia enemiga.

Trujillo recibió el parte de que Allende había tomado el puente de Atenco, aquella noticia lo desconcertó y emprendió una segunda retirada al Monte de las Cruces, formidable posición á seis leguas de la ciudad y que le ofrecía ventajas que otro soldado hubiera sabido explotar con éxito, á tener el valor y conocimientos que le faltaban al jefe de tan infortunada expedición.

Allende había batido á los defensores del puente, y á las pocas horas se encontró en el terreno de los realistas, donde se acercaba Hidalgo con el resto de su ejército.

Trujillo esperó el asalto, fiado en el auxilio que pedía á la capital, pasando en la mayor ansiedad la noche del 29 al 30, en que tendría lugar indefectiblemente la batalla.

XIV.

Estamos en la mañana del 30 de Octubre de 1810. El viento azota las copas de los pinos, que parecen quejarse con un rumor siniestro y prolongado.

Las hojas secas se arrastran en la llanura dispersadas por los hura

canes, y las nubes se posan como sudarios en los picos de las montañas.

La atmósfera conserva aún el enfriamiento de la noche, ni una bandada de pájaros atravieza aquel cielo opaco, donde se transparenta con dificultad la luz primera de la mañana.

Algunos remolinos de polvo se alzan en las mesas lejanas, subiendo en espirales á una grande altura y desapareciendo después entre las arboledas de las montañas.

El silencio es solemne; tras esa majestad callada de la naturaleza se percibe algo que no puede explicarse la cercanía del peligro.

Así debe sentir la paloma el primer aliento de la serpiente oculta entre las raíces de los árboles.

Aquella calma de la tierra y del horizonte es siniestra: bien pronto la del cielo se turbará por los gritos de la pelea, y la de la tierra al recibir á torrentes la sangre, y al cavarse una inmensa sepultura en su seno.

Allá, más allá de la última pendiente, donde comienza á aclararse el horizonte, se ve ascender entre las laderas una pequeña nube que va dilatándose como una manga de tormenta.

La nube crece, y se ensacha, y se prolonga, y se apodera en fin de un vasto espacio.

La luz del crepúsculo se va haciendo diáfana y rosada, alubrando á la sirte que se adelanta majestuosa y serena á su destino como el torrente de la vida.

Entre aquella niebla comienza á divisarse el riflejo de las armas y un rumor vago como el de voces humanas traído por las ráfagas del aire que atraviesa la llanura, azotándose en las peñas y quebrándose en los breñales.

Luego aparece un grupo de hombres que parece acechar desde la altura: todo lo ven, lo examinan, sus miradas quisieran penetrar los bosques cercanos... disparan sus flechas... nada responde á su interrogación de muerte.

Después llega otro grupo... después otro, hasta descubrirse la vanguardia de un ejército, con sus cajas puestas á la espalda y plegadas sus banderas.

La soldadadesca se posesiona del campo y bulliciosa y alegre se hace dueña de los accidentes del terreno, encendiendo fogatas y descansando sus armas en pabellones y formando círculos de plática militar.

Las mujeres de los soldados sueltan á sus hijos por el campo. ¡Infelices! cuántas de esas criaturas mueren ateridas por el frio ó golpe de una bala, en busca de aquellas filas donde el padre está desafiando á la muerte que el enemigo lanza en sus proyectiles!

Los batallones atraviesan buscando su formación; se oyen las voces de los jefes y las disposiciones de los generales, que colocan á sus soldados en el terreno siguiendo el espíritu de sus combinaciones.

Todo es alegría, y charla, y carcajadas; nadie piensa en el peligro ni recuerda que dentro de breves instantes estará al frente del enemigo.

Por la cima de las montañas cruzan un sinnúmero de soldados en una marcha trabajosa, amenazando los flancos del próximo valle, teatro seguro de la batalla.

La multitud ve aquellos movimientos sin inquietarse, todo lo fía á la dirección de sus caudillos, que posesionados de aquel campo como las

aguilas, lo recorren en todas direcciones evitando una de aquellas contingencias que comprometen el éxito de una batalla.

Una hora ha pasado, y la llanura, y los montes, y los bosques, y las cañadas, todo está invadido por la multitud; parece un pueblo en marcha, una ciudad que muda de habitación.

Hidalgo, como el Moisés de aquella generación que busca la «tierra prometida» de su libertad, preside al gran ejército que lo venera como á un Dios.

Su tránsito se señala por los gritos que el entusiasmo arranca al corazón generoso de sus soldados.

Todos se levantan, lo saludan, lo ven con interés con curiosidad, como si no la conociesen ni lo hubieran visto jamás.

Las mujeres de los soldados le presentan á sus hijos, y él los acaricia y los bendice.

La frente del anciano está nublada y sus ojos húmedos por las lágrimas.

¿Qué será de aquellos hombres que le han encomendado su destino?

¡Qué responsabilidad tan grande ante Dios y la humanidad!

¡Cuántos de aquellos que lo acompañan habrán muerto al espirar el día!

Estas ideas que atravesaban en una sucesión fúnebre por el cerebro del hombre de la revolución, se aclaraban al pensar que su sacrificio no sería estéril, y que merced á sus esfuerzos y la sangre de esos martires, podían las generaciones aspirar en el flujo y reflujo humano el ambiente de la libertad.

Hidalgo se veía rodeado de la juventud, primeros relámpagos de la esperanza; contemplaba con ternura á esos hombres vigorosos cuya sangre encendida los arrojaba á los peligros más inminentes y al mar siempre revuelto de las vicisitudes.

El anciano se encontraba de improviso sobre el terreno que había soñado en los dias ardientes de su primera edad, y sin embargo, temblaba al considerar que la fatalidad podría herir de muerte, no á la idea porque esa es inmortal, sino á su ejército, comprometiendo en la derrota la más santa de las causas.

Detúvose en el centro de aquel teatro de gloria, y la inspiración siempre fiel á su llamado, se dibujó en arco de su frente acudiendo vigorosa como nunca á la evocación de su alma gigante y atrevida.

Su ejército lo contemplaba con admiración!

Hidalgo ascendió á la roca histórica que un genio había colocado en la llanura.

Sobre aquel pedestal de granito se mostró como la estatua del heroismo á la posteridad.

Así le veneran las generaciones, así, le cantan los poetas, así le admiran los historiadores, así lo odora la segunda generación independiente.

Nuestros hijos se prosternan delante de esa piedra sagrada, monumento perenne levantado por Dios al genio de la libertad en nuestro suelo.

Desciñóse la espada y la tendió sobre la piedra que convirtió en un rústico altar.

Improvisó dos ramas en una «cruz,» y aquel signo sagrado, combinación misteriosa que le habla al hombre de su «redención,» lo colocó

en la roca, sacó los vasos sagrados, prosternó su frente, levantó las manos al cielo y comenzó el sacrificio de la misa, ese recuerdo del Hombre-Dios que proclama desde la altura del Calvario delante de los siglos la emancipación del espíritu humano!

Arrodillóse el ejército en un silencio religioso, rindió sus armas ante el ara de aquel á cuyos pies apaga el mar sus tempestades y el viento sus furores!

Sacerdote, llamó al espíritu de Dios el misterio de sus palabras y en el oráculo de sus signos.

Y cuando Dios bajó á la «forma,» entonces con la voz del corazón y en medio de los himnos que levantaban las músicas de su ejército y el rumor religioso que se exhalaba de la multitud, le pidió el triunfo de su pueblo y la bendición sobre sus banderas.

Emocionado profundamente en el misticismo religioso de sus creencias, bendijo el vino, que convirtió en la sangre del Cordero, aquella sangre que cae, hace diez y nueve siglos, gota á gota sobre la frente de la humanidad!

Hidalgo estaba en su «Oración del Huerto» apurando el cáliz del destino, porque Dios lo contaba ya entre sus mártires, como el pueblo en el templo de sus héroes!

Acabó la sublime ceremonia, Hidalgo tomó su acero, descendió de la roca y montando en su caballo, se adelantó seguido de su ejército al próximo campo donde lo esperaba á pié firme su adversario.

XV.

Truijllo, al frente de su ejército, esperaba á Hidalgo, aparentando una serenidad que estaba muy lejos de tener.

Dice un testigo presencial, que ya la batalla había comenzado en el Monte de las Cruces, y la gente de Hidalgo aun no acababa de salir de Toluca, formando un cordón no interrumpido en el trayecto.

El desgraciado jefe pedía suplicante á la corte de México, auxilio de hombres, porque su corazón pusilánime adelantaba aquella hora que debía llegar irremisiblemente.

Un capitán de navío llamado Juan B. de Ustarit trajo refuerzos al campo de Trujillo, entre los que venían voluntarios á las órdenes de Don Antonio Bringas y una chusma de mulatos, criados de D. Gabriel Yermo y José Manzano.

El batallón de Tres Villas, á las órdenes de Mendeviil, apoyado en los dragones de España, había efectuado su retirada del puente sin atreverse á combatir con las primeras guerrillas de los insurgentes.

La infantería la mandaba D. Agustín de Iturbide, y Bringas la caballería.

Trujillo situó sus cañones tras unos matorrales: el alma de los cobardes se revela en todas sus acciones.

El virrey Venegas, no menos acobardado, dirigió una «cartaparodia» á su víctima del Monte de las Cruces, semejante á las palabras de Napoleón I, á la vista de las Pirámides.

«Trescientos años de triunfos y conquistas de las armas españolas en estas regiones nos «contemplan;» la Europa tiene sus ojos en nosotros; el mundo entero va á juzgarnos; la España esa cara patria, por la que tanto suspiramos, tiene pendiente su destino de nuestros esfuerzos, y lo

espera de nuestro celo y decisión. Vencer ó morir es nuestra divisa. Si á usted le toca pagar este tributo en ese punto, tendrá la gloria de haberse anticipado á mí de pocas horas en consumar tan grato holocausto: yo no podré sobrevivir á la mengua de ser vencido por gente vil y fementida.»

Esa tirada de versos no pasaba del papel donde estaba trazada, porque el infortunado Trujillo no quiso «consumar tan grato holocausto, y la gente vil y fementida» lo derrotó y venció completamente.

XVI.

El ejército de Hidalgo adelantaba impasible sobre el campo hasta ponerse dentro de tiro.

Allende mandaba en jefe la acción, y sus compañeros Aldama y Abasolo se encontraban ufanos sobre el terreno .

Mientras que una gran sección del ejército caminaba de frente por el camino de Toluca, una parte de las fuerzas atravesaba el puente de Atenco, situado sobre la orilla Sur de la laguna á la entrada de la hacienda de aquel nombre, y siguiendo luego por el lado de Santiago Tianguistengo y tomando el camino que viene por dentro del monte, salieron por distintos puntos hacia la parte del descenso de la cumbre para México.

No se había disparado aún el primer cañonazo y la batalla estaba ganada atendiendo á la situación de los combatientes.

Los insurgentes iniciaban el choque por el frente y flancos del enemigo, mientras que algunas fuerzas comenzaban á apoderarse del camino á la capital, retaguardia del ejército realista.

Hidalgo, queriendo aún evitar la efusión de sangre, envió parlamentarios al campo de Trujillo.

Los enviados hicieron tales propuestas, que la oficialidad española aconsejaba la capitulación.

En aquellos momentos tuvo lugar un incidente que determinó el carácter feroz y sanguinario de aquella jornada.

Cuando los parlamentarios se alejaban del campo de Trujillo con la numerosa escolta que los había acompañado, sin el recelo de una perfidia, se oyó una voz temblorosa que gritó: ¡Batallones, á ellos! ¡fuego!

Oyóse una detonación cerrada y se vió caer en la arena á los parlamentarios y á la multitud de hombres que los acompañaban.

Levantóse un grito de general indignación contra los españoles, crugió la artillería y comenzó la batalla.

Oíase un alarido gigante que se prolongaba á una distancia inmensa y repercutía en aquellas montañas como un eco del abismo.

Parecía la hora final.

Adelantóse en columna cerrada la fuerza insurgente y fué recibida á metralla por los realistas.

La masa compacta osciló como la ola al chocar sobre las rocas.

Tornó á combatir con más denuedo y fué rechazada dejando como un reguero de sangre en el camino.

Allende volteó la posición de la fuerza enemiga enfilando sus cañones con tan buen éxito, que comenzó á poner en desorden el campo de los realistas.

Iturbide, que comprendió el movimiento, buscó á Trujillo en medio de aquel huracán, pero el miserable había huído cobardamente al frente

del enemigo, presentando el espectáculo de ser el primer desertor á la vista del ejército independiente.

Entonces Iturbide, ese hombre funesto, se declaró en jefe, y suponiendo órdenes, comenzó á organizar á los batallones que ya empezaban á desbandarse.

Hizo un movimiento por sus flancos disponiendo que Bringas atacase la derecha del enemigo con su infantería y los lanceros de Yermo, sostenidos por algunas compañías de Tres Villas, mientras que personalmente y favorecido por lo escabroso de la montaña, condujo á una parte de sus fuerzas por el flanco izquierdo, atacando la derecha del enemigo.

Sobre aquel monte se empeñó la batalla en un lance sangriento y terrible.

Iturbide tuvo que replegarse á su centro al mismo tiempo que Yermo y Bringas, que atacaron á la izquierda, volvían derrotados y buscando apoyo en el grueso del ejército realista.

Una bala atravesó á Bringas, que fué separado moribundo del campo de la reyerta.

Mendivil, jefe de la artillería, cayó á su vez herido á los pies de sus cañones, que defendían la avenida principal.

Las fuerzas insurgentes convergieron sobre el pequeño llano donde se replegaba el enemigo, como tres fuerzas concéntricas para decidir el combate.

Allende se encontraba en los lugares donde el peligro se hacía más terrible: repentinamente caballo y jinete rodaron por la arena.

—¡Otro caballo! gritó Allende levantándose y dejando al noble animal revolcándose en su sangre.

Entre aquella tormenta de humo y de metralla, y aquel estruendo de gritos y detonaciones, la multitud se lanzó á pecho descubierto sobre la artillería que la diezmaba.

Este rasgo heroico de un valor desesperado, entrodujo la desmoralización entre los españoles, que se defendían en el último trance con ese vigor que da la situación.

Iturbide, cuya voz no pudo ser escuchaba, participó de aquel terror y buscó en la fuga la salvación.

Su caballo atravesaba las laderas de la montaña como impulsado por el viento, el jinete iba sin sombrero, el cabello alborotado, la casacca desabrochada y el semblante livido como el de un ajusticiado, parecía uno de esos fantasmas de las leyendas de Victor Balaguer.

La cabeza empolvada y sudorosa de aquel hombre se ungiría más tardo para ceñirse una corona en el fatalismo de su patria y de su existencia.

XVII.

La batalla que había comenzado á las ocho de la mañana con los lances sin consecuencia de las guerrillas, y cuyo vigor se notó desde medio día, se prolongaba cuatro horas más en una lucha sobrenatural.

Las flechas y las hondas luchando con la polvora y el proyectil, la estrategia contra el valor ignorante, la experiencia contra las masas que no habían oído jamás ni la detonación de un disparo.

Allende recorría las filas de su ejército, y el anciano cura arengaba

....el jinete tenía el semblante lívido como el de un ajusticiado, parecía uno de esos fantasmas de las leyendas.

(*Pág. 362*).

Sobre aquel monte se empeñó la batalla en un lance sagriento y terrible.

(*Pág. 362*).

á sus tropas que atacaban con denuedo á pesar del fuego mortífero de la artillería enemiga.

Allende para mover sus cañones los arrastró á lazo, con aquella pujanza que había en su naturaleza y que se comunicaba á su espíritu.

Hidalgo comprendió que mientras la artillería no calmase sus fuegos, era imposible avanzar, el campo estaba obstruito de cadáveres y esto podía desmoralizar á sus soldados.

Un tumulto de indios se arrojó por fin sobre las piezas y las tomó con arrojo inaudito, matando bajo sus golpes á todos los artilleros.

Entonces la artillería de Hidalgo jugó con ventaja sobre los batallones y comenzaron los horrores de la derrota.

Aquellos infelices soldados se hallaron sin jefes, sin unidad de acción y defendiéndose por instinto, perseguidos y acribillados por el enemigo.

La multitud cargó sobre ellos por los puntos todos de la circunferencia, y la matanza se hizo encarnizada; cadáveres, armas y banderas fueron los despojos del combate.

Algunos desgraciados huyeron; pero todo el resto encontró la tumba en la montaña histórica de las Cruces.

XVIII.

Las músicas saludaban á los vencedores y el entusiasmo rayaba en locura.

Hidalgo estaba sombrío, su vista tenaz estaba fija en aquella arena ensangrentada donde yacían exánimes sus queridos soldados y compañeros.

Allende apareció sobre el campo rodeado de los generales, y llegándose á Hidalgo le dijo descubriéndose la frente:

—Señor general, habéis ganado la batalla.

—Joven, respondió el anciano, vos y vuestros amigos habéis conquistado los honores de la jornada, yo os lo cedo todo, porque sois valientes y os sacrificáis por la patria... Veneración y respeto á los que han sucumbido en defensa de la libertad y la independencia.

—¡Viva Hidalgo! gritó Allende, y á su grito respondió el ardiento clamoreo de la multitud.

—¡Honor á los muertos! contestó el anciano, y su frente se obscureció y sus pupilas se velaron en lágrimas; tributo digno sobre el campo de batalla, á los mártires de la libertad.

XIX.

El ejército victorioso se dirigió valientemente á abordar la capital, creyendo en un triunfo seguro y decisivo.

Trujillo, el derrotado del Monte de las Cruces, se proporcionó un grupo de hombres y entró por las calles á tambor batiente, dándose los aires de «vencedor.»

El virrey condecoró á los que se habían escapado á uña de caballo y mandó grabar medallas que llevasen al pecho los «héroes,» cuando apenas podían con la vergüenza que aparecía en sus frentes.

Venegas dijo á los miserables desertores al entregarles las medallas: «En ese distintivo tenéis grabados los blasones de vuestra fidelidad, de vuestra gloria y de vuestro «valor.» Tened siempre presente el gran

precio de esta adquisición: que « el Monte de las Cruces » sea vuestro grito guerrero en el momento de vuestros futuros combates, y la vez que os conduzca á la victoria: temed oscurecer por un porte menos digno, la fama que conquistáis á tanta costa. »

Puso después sobre los hombros de Iturbide las divisas de capitán, dándole el mando de la fuerza de Villagrán, que había tomado el partido de los independientes.

La audacia de Venegas no pudo salvarlo del ridículo espantoso de aquella farsa.

XX.

La capital del reino, que había dormido durante tres siglos al sopor calenturiento de la conquista, se sintió estremecer al ruido de las armas, y cubierta de pavor esperaba inquieta como en el siglo XVI la entrada de los conquistadores.

Dicen los testigos presenciales que todo era inquietud, temores, desasosiego: unos ocultaban su dinero y alhajas preciosas, otros los llevaban á los conventos, creyendo que aquellos serían más respetados, y muchas señoras buscaban asilo con las religiosas, esperando todos de un instante á otro un próximo ataque.

La confusión y el susto eran mucho mayores, especialmente en las casas y familias de los europeos, para los cuales era el riesgo más próximo. A cada momento se circulaban noticias funestas de la aproximación de los insurgentes.

Los partidarios que éstos tenían dentro de la ciudad exageraban el número y fuerzas, y el temor creció todavía más viendo entrar el 31 de Octubre á Trujillo en completa derrota y sabiendo que el ejército de Hidalgo circunvalaba la capital vivaqueando en todos los pueblos de los alrededores.

Movióse la fuerza toda de los « realistas, » acampando en el « Paseo de Bucareli » y calzada de « la Piedad », colocando la artillería en « Chapultepec. »

Un espectáculo grotesco tuvo lugar en el campamento de Venegas, que no nos dispensaremos de referirlo.

Una tropa de frailes se destacó de los innumerables conventos de la ciudad con crucifijo en mano, y llenos de un santo ardor, exparciéronse como una parvada sobre el sembrado y comenzáron á exhortar á los soldados á la « penitencia. »

Introdujose un desorden horrible, aquellos hombres en quienes hacía estragos el pánico, se arrodillaban contritos y se confesaban casi en voz alta, en una desmoralización completa.

¡Qué cuadro tan ridículo!

¡Figuráos por un momento á los soldados de Hernán Cortés, cubiertos de broqueles y arrodillados delante de los frailes, seguramente no hubieran consumado el hecho más sorprendente del siglo XIV!

Parecía un ejército de mujeres llorosas y arrepentidas... ¿qué entusiasmo podía caber en aquellos pechos amilanados en ese «juicio final,» por el que la hacía pasar el fanatismo?

No era la religión que llena de flores las puertas del sepulcro, haciendo aspirar el aroma del cielo y derramando un bálsamo en las abiertas heridas de la humanidad; era la voz atronadora y repugnante del fana-

tismo armado, que viene á prometer la salvación á sus víctimas... Dejamos á la época ese padrón de ignominia, condenado por el cristianismo y la civilización.

Hidalgo llevaba una imagen de la Virgen en sus estandartes; hacerle fuego era un sacrilegio, era necesario algo que oponer á la santidad de aquella bandera.

Venegas recurrió al « plagio, » hizo traer la venerada imagen de los « Remedios, » se arrodilló sumiso ante la Virgen, puso el bastón á sus plantas, y la declaró « Generala » del ejército realista.

¡Imagen por imagen, bandera contra bandera!

La virgen de Guadalupe era mexicana y protegía á los insurgentes; la de los Remedios, española y amparaba á sus paisanos desde los días remotos de la conquista.

Cuando la demencia humana lleva á los hombres á ese terreno, la venda de la fe cae hecha pedazos, y la duda, con su cancer, comienza á apoderarse del corazón y de la conciencia.

Entre la multitud que había presenciado la torpe ceremonia, se encontraba un corrillo de viejas, eternas discutidoras, y cronistas fieles de los sucesos.

—Yo, niña, decía una de ellas, creo que la Virgen de los Remedios es más « valienta » que la de Guadalupe.

—Ya se vé que sí, la una no ha oído tirar un balazo, mientras que la otra conoció á Hernán Cortés.

—La idea del señor Venegas es admirable, veremos quien de las « dos generalas » gana.

—No hay que hacerse ilusiones; la Guadalupana verá como se las gobierna para matar « gachupines. »

—No, niña, la de los Remedios les echaba á los « indios » tierra en los ojos y Santiago le ayudaba; ya parece que lo veo en su caballo blanco matando gente; porque los indios se comían crudos á los otros indios con Huitzilopoxtle; dígalo la « piedra de los sacrificios » y si no el « calendario azteca, » con tantos animales pintados. ¡Dios mio! cada animal representa á un demonio.

—¡Ave María!

—Yo se lo he oído á mi padre confesor, él me ha explicado todo eso; por cierto que su paternidad finjía dar de alaridos y tirar la flecha y todo, lo cual nos hacía mucha gracia pues lo decía en el púlpito.

—Si tú lo hubieráis oído cuando hablaba de que el hereje del cura Hidalgo se había de condenar, entonces sí que se ponía atufado y echando fuego por los ojos y espuma per la boca.

—Al padrecito, que se le habla de insurgentes se vuela.

—Yo soy lo mismo; mira, niña, si vienen esos diablos soy capaz de tirarles piedras por la azotea.

—Ya se ha pensado en eso, he visto subir muchas á las azoteas de los conventos para cuando llegue la hora.

—Ya todos los padrecitos están en los conventos con sus puñales y sus crucifijos aguardando á esos herejes.

—No importa, ya tenemos « generala, » y de santo á santo el más apolillado se rompe.

En aquel momento se dejó ver un coche por el camino de Tacubaya con los parlamentarios de Hidalgo.

Venegas no quiso recibirles, seguro como estaba de que sosteniéndose durante algunos días, el ejército de Calleja llegaría en su auxilio.

Creyóse que los insurgentes atacarían en el acto la plaza, y se hizo más sombrío el cuadro que presentaba la capital.

Con este temor se pasó la noche del día 31.

El día siguiente, 1. de Noviembre, que era la festividad de Todos Santos, contribuyó á aumentar el desasosiego é inquietud pública: anuncióse varias veces que los insurgentes bajaban los montes: qualquier polvo levantado casualmente, que se descubría á lo lejos, hacía creer á las imaginaciones exaltadas, que era el enemigo que se aproximaba: en aquella tarde especialmente, habiéndose acercado hasta la fábrica de pólvora de Santa Fé una partida de Hidalgo, hubo una grande alarma, se tocó generala, las gentes corrían á encerrarse en las casas, y no se oia otra cosa que el estrépito de las puertas que de golpe se cerraban y atrancaban, y los gritos por todas las calles de ¡los insurgentes! los insurgentes!

XXI.

Hidalgo citó una junta de guerra, a la que concurrieron todos los caudillos.

—Señores, les dijo, contra lo que había calculado, la ciudad se defiende, el pueblo está bajo la presión de las armas y no puede hacer un movimiento que apoyaríamos decididamente: deseo oir vuestra opinión.

—Señor general, repuso Allende, no desconfiémos de la fortuna que hasta ahora ha seguido nuestras banderas; estos son precisamente los momentos oportunos para el asalto, los realistas están aterrorizados, no vuelven aún de su asombro, la jornada del Monte de las Cruces los tiene espantados, caigamos sobre ellos, y la ciudad será nuestra.

Aldama contestó á la invitación que el cura le hizo con la mirada diciendo:

—La opinión del general Allende es tanto más oportuna, cuanto que á estas horas ya las fuerzas de Calleja avanzan á marchas dobles sobre la ciudad, según aparece de los pliegos interceptados.

—Esa es otra razón más, dijo Hidalgo para que la situación de nuestro ejército sea más comprometida.

—El modo de salvarla es tomar la capital y organizar la defensa, si no queremos ser atacados por las fuerzas que salgan de la plaza y las que vienen del interior; ese movimiento no podríamos contrariarlo, porque nuestra gente es visoña.

—Eso es, dijo Hidalgo, el punto principal, y sobre el que deseo ser muy explicito; porque la suerte de la revolución está pendiente de lo que determinemos en estos momentos.

—Sírvase el señor general manifestar su opinión.

—Lo haré con entera franqueza, señores: una derrota en las circunstancia actuales sería la muerte de la revolución, sería perder todo el terreno que hemos conquistado: nosotros debemos adelantar, pero no dando el espectáculo repugnante del desorden inaudito que apenas hemos podido contener. ¡Cuál sería la suerte de la capital, y sobre todo, de la revolución, si una vez vencedores la ciudad se entregase al saqueo?... Ya es tiempo de moralizar, porque nuestro prestigio se pierde, y los pueblos nos estimarán como una plaga, cuando nuestro pensamiento es la independencia... la multitud no obedecerá nuestra voz en el tumulto desenca-

denado del pillaje, y estamos derrotados de antemano, y esto, señores, contando con la primer victoria.

—Me siento contrariado con esa opinión, señor cura Hidalgo, dijo Allende; yo creo que retroceder es perder.

—Caballeros, dijo Hidalgo, ahogando la voz como si temiese ser escuchado; la fuerza realista nos va á librar una batalla y nuestro parque se ha quemado todo en el Monte de las Cruces; no podríamos resistir ni el primer choque. Pretender que las masas vuelvan á arrojarse sobre la artillería á pecho descubierto sería una locura; ya saben el estrago, y hay hechos que no vuelven á repetirse.

Allende guardaba silencio.

—El ímpetu acalorado, decía Hidalgo, creedme, es un mal consejero; afiancemos nuestras conquistas, apoyemos nuestra revolución que surge en el centro de la América, hagámonos de elementos superiores para combatir, y me veréis siempre á vuestro lado como el primero de vuestros soldados.

—Yo, señor cura, tengo vargüenza de retroceder.

—Joven, esta retirada después de una victoria no puede tener otro significado que de una combinación; si queréis aceptar la responsabilidad de la empresa, mandad, yo seré el primero en lanzarme á la cabeza del ejército; hablad, y todos os obedeceremos; en estos momentos no tengo miedo á nuestros enemigos... tiemblo ante la historia!

Guardaron silencio los jefes todos del consejo, hasta que el Lic. Aldama tomó la palabra.

—Señores, el pensamiento del Sr. Hidalgo es el más conforme con el espíritu de la estrategia y de la revolución, es necesario retirarnos, creo que mi conducta en los encuentros con el enemigo, me evita el dar una satisfación sobre lo que algunos atribuirían á temor.

—Yo, señores, replicó Hidalgo, viendo que no existe ya discordancia alguna en la aceptación de mis propuestas, y tocándome como generalísimo del ejército organizar el movimiento, encomiendo al Sr. Allende el mando en jefe de las tropas independientes, mientras yo marcho á Valladolid con mi Estado Mayor.

—Pero señor, exclamó Allende, decidnos...

—Continuaréis vuestra marcha hasta Guanajuato, donde organizaréis el ejército de la manera que os parezca más conveniente, mientras que yo sigo para Guadalajara á dar forma á la revolución, cuyos partidarios aún no están de acuerdo; aumentaremos las fundiciones y maestranzas; con la actividad que ha caracterizado nuestra empresa, procuraremos disciplinar é instruir á los batallones, porque ocupando una grande extensión de territorio, tenemos tiempo para todo; publicaré un manifiesto á la nación y nos prepararemos para la lucha encarnizada que ha comenzado desde el asalto de Granaditas.

—Yo salvo mi responsabilidad, insistió Allende, y obedezco. Me hago cargo del movimiento de retirada.

—Sea, pues, respondió Hidalgo, queda á vuestras órdenes el ejército, y como habéis dicho, bajo la responsabilidad de todos vosotros, procuraréis el mayor orden y estad dispuestos á librar una batalla, por si Venegas se alienta y sale de la ciudad.

Allende saludó al cura y salió seguido de los cabos del ejército, á dictar sus órdenes para la marcha.

XXII.

El 2 de Noviembre al amanecer, aquel ejército que llevaba en sus armas los laureles del Monte de las Cruces, levantaba su campo y regresaba por el camino que había atravesado la víspera, creyendo que la capital de la Colonia caería al esfuerzo poderoso de sus armas.

Los caudillos se volvieron desde lo alto de la montaña y contemplaron por la última vez á la ciudad, dormida sobre el lecho de flores de su encantado valle y salpicada por los grumos argentados de sus lagunas.

Entre aquellos hombres y la ciudad se atravesaban diez años de sufrimientos y de sangre; veían desde lejos como Moisés la tierra prometida!... el destino alejaba para siempre de aquellos lugares y los conducía á lejanas regiones, donde la fatalidad cavaría más tarde una tumba gloriosa, que la humanidad buscaría con avidez para rendir un homenaje á la heroicidad y al sacrificio.

XXIII.

Mientras que la fortuna favorecía las armas independientes en el Monte de las Cruces, en Querétaro recibían un golpe terrible, debido á la traición más infame que causó la muerte á multitud de soldados que seguían la bandera de la libertad empuñada por la robusta mano de Sánchez, muerto en una reyerta por la mano de Villagrán, uno de sus mejores compañeros y amigos.

Las tropas de Calleja seguían su marcha al centro del reino, mientras que las de Flon caminaban á su encuentro. Reuniéronse en el pueblo de Dolores y la tropa acaudillada por los oficiales entró á saco á las casas de los independientes.

La del cura Hidalgo presentaba un carácter particular: nada había de ropa ni dinero, porque el párroco era pobre; la chusma arrojaba por los balcones sus libros, sus manuscritos, sus crisoles, sus piezas de loza, es decir, las producciones del arte y de la ciencia, porque aquellos escritos no eran sermones sino memorias preciosas sobre cultivos, observaciones sobre las plantas, porque Hidalgo era un gran botánico.

El espectáculo del saqueo, bárbaro de por sí, se hacía más repugnante en aquel asilo, que había servido de habitación al genio en cuyo cerebro se elaboró la gran idea de la independencia.

—¡ Viva el rey! ¡ Mueran los insurgentes! gritaba la soldadesca, siendo su bandera la ovación al robo y desastre.

Por uno de los ángulos de la plaza apareció un pelotón de gente arrastrando á un hombre y queriéndolo hacer pedazos.

—¡ Misericordia!... ¡ misericordia! gritaba el infeliz; y luego añadía como el marqués de Caravaca: soy de los vuestros! soy de los vuestros!

—Señor capitán, dijo un hombre del pueblo, salve su merced al señor vicario.

—¿ Y qué demonios me importa?

—Vea su merced que es el padre Pontolongón.

—Menos lo entiendo.

—Es español, y ha de ser un equívoco; vea vuesamerced que ya lo mátan.

—Haced que traigan á ese majadero, dijo el capitán á sus soldados.

La fuerza armada lo arrancó de manos de los asesinos.

—Señor, dijo nuestro conocido el padre Pontolongón, yo soy el mismo, soy el que... ya... eso se comprende fácilmente.

—¡ Venía con los indios !

—¡ Muera !

—¡ Muera !

—Señor capitán, pido la palabra, se me toma por un réprobo y soy el vicario... se me quiere matar y tengo papeles que justifican mi inocencia... yo soy aquel que no se ha separado ni un momento del cura Hidalgo, le cuido y el señor obispo de Michoacán me ha mandado tomar el traje de esos beduinos para acecharle más de cerca.

—¡ Ah bribón ! murmuró por lo bajo el inválido Sariñana que había salido á ver el tumulto.

—Y juro y rejuro, continuaba el fraile, que soy más realista que el mismo rey ; figúrese el señor capitán, que yo avisé al señor Iturbide que no esperase en Valladolid á las chusmas, y debido á mí, escapó, lo mismo que el ilustrísimo obispo Abad y Quelpo y demás personas del venerable clero, y justicias y dignidades de la ciudad... Vea el señor capitán, estos hombres han estado á punto de arrancarme esta oreja, la oreja nada menos que de la epístola, me iban á dejar mutilado y eso es un inconveniente por derecho canónico y las leyes civiles.

—¡ Calle con mil demonios ! gritó el capitán, ¡ que ya me duele la cabeza de oirle ! Llévenle al cuartel.

—Yo os suplico por la vida de Lino, este mulato me acompaña desde hace algunos años y nos va servir de mucho, es cierto que es un ladrón de marca, pero en estas circunstancias las manos más lijeras nos son útiles en extremo.

—¡ Acérquese el mulato ! gritó el capitán.

Presentóse Lino, con su cara de matón y sus trazas de bandido...

—Yo he visto esa cara, pensaba el capitán, este tunante tiene más de bellaco que de mulato.

—Tiene cara de insurgente, dijo una vieja ; yo le conozco, hace algunos meses me robó en el camino de San Miguel.

—No es verdad, señor capitán ; debajo de ser tan feo, soy muy honrado aunque me pese el decirlo.

—Puesto que le pesa el decirlo, dadle una paliza y échenlo del pueblo.

A pocos momentos los haces de varas crujían sobre las espaldas del mulato con una furia terrible.

—¡ Recio ! ¡ recio ! murmuraba el mulato, juro que no he de dejar vivo al « gachupin » que caiga en mis manos ; sigan que como me dejen vivo ya pueden componerse.

El bandido fingió desmayarse y se derrumbó sobre la sangre que salía á borbotones por las heridas causadas por la vara.

—Déjen o y échenlo del cuartel, dijo el capitán.

Luego que el mulato se vió abandonado, se escurrió como una culebra por las calles y se escapó entre la obscuridad de la noche que comenzaba á caer sobre el pueblo.

El saqueo cesó voluntariamente, es decir, cuando ya no había casa en que ejercerlo.

Tocóse orden en el cuartel genéral, y ocurrieron los jefes á recibirla.

« El capitán don Félix de Quintanar saldrá inmediatamente á situarse sobre el camino por donde el ejército tiene que pasar en su marcha hasta rendir la jornada de mañana. »

—Al momento, dijo Don Félix, y poniéndose á la cabeza de sus soldados, salió a todo escape del pueblo de Dolores.

XXIV.

Cuando el pueblo se entregaba en compañia de la tropa al desorden, entraba por la garita del Sur un carruaje conduciendo á una señora, seguida de lacayos y de una escolta.

—¿Dónde paramos, señora? preguntó el postillón.

—Buscad una casa cualquiera á orillas del pueblo mientras pasa ese tumulto.

El coche se encaminó á los suburbios y se detuvo accidentalmente en la casa del inválido Sariñana.

El postillón llamó á la puerta.

—¿Qué se ofrece? preguntó la voz cascada de una vieja.

—Abrid.

—¿Quién sois?

—Pasajeros que buscan refugio.

—No está en casa el dueño.

—Abrid con míl demonios, que es una señora distinguida la que pide hospedaje.

—Esa es otra cosa, al momento.

La puerta se abrió, dejando ver á una viejecilla ama de gobierno del inválido Sariñana.

Rosalía se apeó del coche y entró en aquella habitación.

—Señorita, vendreis muy cansada.

—Sí, demasiado, y os suplico me disimuleis buena anciana.

—Aunque el señor de Sariñana está ausente, no llevará á mal que os aloje: es un hombre muy franco, en extremo dadivoso, y será una gran fortuna el que hayáis señalado su casa para habitarla.

—Yo le rogaré como á vos, que me dé abrigo. Vosotros, continuó dirigiéndose á los criados, alojaos en el mesón y venid temprano.

—¿Os quedáis sola, señora?

—Aquí nada tengo que temer.

—Absolutamente nada, señorita, se apresuró á decir la vieja.

Los mozos se marcharon, no sin echar una mirada á todo el aposento por si encontraban algo sospechoso.

—¿Cómo se llama el dueño de la casa?

—Sariñana. Es un antiguo soldado español, le tiraron un pie en una de las guerras de su país; ¡probecillo! se acuerda tanto de su familia... Si viera su merced, que todas las noches se pone á rezar por su hija. El me ha confesado que nunca ha sido buen cristiano, hasta que las desgracias le hicieron pensar en Dios... es lo único que tienen los desgraciados!...

—¿Su familia está en España?

—Nunca ha querido responder á esa pregunta; yo por lo menos no me atrevería á hacérsela, porque cuando se le habla de esos asuntos, empuña la muleta, la hace crujir en el aire cómo una vara verde, y

echa blasfemias como si hubiese sido marinero. Vamos, que es original, parece que le pica una víbora á ese recuerdo.

—Tiene razón, dijo Rosalía llorando; ¿vos no tenéis hijos?

—Tengo una hija con un par de bribones que me acaban de dar una pesadumbre... figúrese la señorita, que el día del tumulto grande del cura Hidalgo, esos miserables ensillaron sus animales y se marcharon con el cura, sin que hayamos vuelto á saber de ellos... estoy que muero, yo quiero á esos muchachos más que á mi hija... y... al fin son mis nietos.

—¡Pobre anciana!

—El señor mi amo, ha tenido en estos días horas de buen humor, porque el señor cura lo envió á un chicuelo hijo de un soldado del rey.

Rosalía palideció; la historia comenzaba á interesarle demasiado.

—El niño es lindísimo y lo quiere el señor Sariñana más que si fuese su hijo; se lo sienta en las rodillas, le habla, lo acaricia y lo duerme en sus brazos... y lo que es el chiquillo se muere por el viejo, toma el cepillo y lo pasa por la chaqueta y pantalón del amo, y luego lo peina, y le tira de los bigotes: vamos, que la criatura sabe grangear.

—¿Y podréis enseñarme ese niño? dijo con tal ansiedad la joven, que la vieja comenzó á sospechar que trataban de robarse al niño; pero procuró disimular y continuó su relato.

—Me perdonará la señora que no le dé esa satisfacción, porque el señor se lleva la llave de su recámara, y como apenas se dilata en la calle, la criatura está encerrada poco tiempo. Hace un rato que vino un señor capitán y pretendía verlo como vos, y me fué imposible satisfacerle; entonces lleno de ira me dijo: decidle al señor de Sariñana, que aquí estuvo el capitán Don Félix.

Rosalía lanzó un grito terrible.

—¡El... él... él! decía con voz convulsa, repetidme por favor lo que habéis dicho.

—¿Qué os pasa, señorita?

—Nada, pero decidme por compasión, ¿ese niño es el hijo del capitán?

—Precisamente.

—¡Hijo mío! ¡hijo mío! gritó Rosalía, y antes que la vieja pudiera impedirlo, se lanzó sobre la puerta vidriera, que cedió á su empuje, se llegó á la cama del niño, levantó el pabellón, contempló un instante el rostro angelical de la criatura, quiso acercarse; pero aquella impresión era superior á todo esfuerzo, y cayó privada de sentido junto al lecho de su hijo.

XXV.

—¡Dios mío!.... ¡Dios mío!.... decía la viejecita, esta jiven está muerta... ¿pero qué pasa aquí? todos se exaltan, todos lloran, todos se enfurecen, y yo soy la piedra de toque... Ese hombre, ese soldado estuve á punto de ensartarme... vamos, que yo no tengo sales para hacer volver en sí á esta señorita... podía haberse desmayado en su casa ó por lo menos en su coche... ¿qué haré?... vendrá ese cojo infernal y buena se me va á armar... yo me tengo la culpa por alojar gentes extrañas... ni un curandero hay por aquí, todos se han ocultado; ¡maldito tumulto!... está sudando, cubrámosla aunque sea con la colcha, estoy segura de que le va á pasar algo.

En ese momento el inválido daba trés golpes con su muleta en las hojas de la puerta.

—Lo dije ¡él es!

—Abrid; ¡con doscientos rayos! gritaba Sariñana.

La vieja abrió temblando como una azogada.

—¿Por qué habéis tardado tanto?

—¿Qué pasa en las calles, señor amo?

—Nada y mucho; pero todo eso no os importa.

—Es que...

—Ese fraile Pontolongón se ha denunciado públicamente, ya las pagará todas juntas.

—¿Quién?

—¡El demonio! ¿y él sigue durmiendo?

—Sí, está muy sosegado.

—¿Y no habido ninguna novedad?

—No, nada... absolutamente nada, ¿queréis vuestro té?

—Al momento.

La viejecita se entró en la cocina, encomendándose á todos los santos y rezando la «Magnificat» porque el inválido no entrase al aposento dónde Rosalía estaba desmayada.

Sentóse Sariñana á su mesa de campaña, y comenzó á hablar solo como de costumbre.

—Esta gente es bárbara, entregarse así al saqueo. ¡Uf! yo también cuando abordaba algún buque ¡rayos y truenos¡ entónces sí que era buena la que se armaba... ¡no hay espectáculo más horroroso que el de un combate naval!... me parece que estoy á bordo del «Pirata» con sus cañones más limpios que los ojos de una muchacha y más velero que una golondrina!... y pensar que yo soy el hombre de ayer... el recuerdo de esa niña acabará por volverme loco... á esta hora, á esta hora hablaba con ella, y la sentaba en mis rodillas... pobre hija mía!... ¡Con mil demonios el té! necesito el té.

—Ya voy, señor amo, decía desde la cocina la pobre vieja.

A las voces del inválido, Rosalía despertó de su sopor, tornó á acercarse al lecho de su hijo, tomó en sus brazos á la criatura que dormía profundamente, y queriendo huir abrió la puerta y se encontró frente á frente del inválido Sariñana.

Atravesóse un rayo en la mirada d eaquellos dos seres, el inválido se alzó con un movimiento nervioso sin necesitar del apoyo de la muleta, y de su alma se escaparon estas palabras:

—¡Hija!... ¡hija mía!

La joven dejó caer á su hijo á los pies de su padre, y se arrodilló.

El anciano comprendió todo en una revelación súbita é inesperada.

Cruzóse de brazos, su mirada se puso enhiesta, la terrible mirada del pirata en sus momentos de ira, brillaba en los ojos de Treviño.

Rosalía temblaba como una flor al azotarla el vendabal.

—¡Y te encuentro! dijo al fin el portugués... por tí he arrastrado todo... todo, hasta el tormento... mira!... y mostró su pierna mutilada.

—¡Horror!... ¡horror! exclamó la joven.

—¡Y tú, perdida!

Alzóse Rosalía en un arranque de su dignidad ofendida.

—Sí, dijo, ese niño es mi hijo, pero no el fruto del crimen; ¡yo soy casada padre!

—¡Su hijo!... ¡mi hijo! exclamaba llorando el anciano, y estrechó á su corazón al niño, que lloraba ante aquella escena.

—Ven tu también aquí, exclamó sollozando el pobre viejo; ven á mi corazón enjuto por el sufrimiento ven á recibir mi última lágrima!

La hija de Treviño se estrechó á aquel seno lleno de pesares y lo humedeció con su llanto arrancado á la más pura de las emociones.

XXVI.

Rosalía refirió á su padre las peripecias todas de los años pasados, en que el destino los había separados, sin omitir la protección que le dispensaba la condesa del Milagro.

—Bien, hija mía, dijo Treviño, yo te indemnizaré de tanto sufrimiento: á pesar de haber sido robado por una gitana, aun conservo gruesas sumas de dinero con que poder asegurar tu porvenir y el de ese niño, que yo amaba atraido por la fuerza irresistible de la sangre. Busquémos á Don Félix, su regimiento ha partido esta noche y no debe de estar lejos de aquí; obtendrá su licencia y marcharemos á Europa: yo no tengo familia, mi hermano ha desaparecido huyendo á la ponzoña de sus remordimientos... ¡todo ha concluido para mí! solo me quedas tú y ese pobrecito niño, cuyo amor será el bálsamo de mis postreros días.

—¡Padre! exclamó Rosalía, acariciando la frente del pirata, este es el día más feliz de mi vida.

—Ojalá que esa dicha se prolongue ,hija mía!

Tres toquidos sonaron á la puerta.

—¿Quién? preguntó el inválido.

—Yo, señor de Seriñana, respondió la voz conocida del padre Pontolongón.

—¡Hola! señor vicario, dijo Treviño abriendo la puerta, ¿qué se ofrece?

—Vengo á saludar á los amigos, acabo de pasar una aventura de todos los diablos.

—Contadla, señor vicario.

—Pero yo sueño, dijo el padre Pontolongón... no es la señorita Treviño la que tengo delante?

—La misma, señor vicario.

—Pero esto no puede ser, ella está perseguida hace muchos años por su fuga del convento; además los reverendos padres misioneros avisaron que estaba en reclusión en las Claras de Querétaro... Dios mío una segunda fuga!

—Callad, señor vicario.

—Estoy arrepentido de haber pisado los umbrales de esta casa, mi conciencia se compromete de una manera flagrante... no sé si debo callar.

—Yo os mando que calléis.

—Señor de Sariñana, vos no conocéis á esa mujer.

—¡Esa mujer es mi hija! gritó el pirata, arrancando la barba postiza que le cubría el rostro.

—¡El señor de Treviño! exclamó el clérigo agarrándose la cabeza.

—Sí, yo soy, he huído de las cárceles del Santo Oficio el día en que

á ambos nos dieron tormento; sé que achacaron á brujería mi desaparicíon y que me quemarían vivo si cayese en poder de los golillas.

—¡Qué horror, qué horror!

—Vos sois el dueño único de este secreto, estoy dispuesto á morir antes que separarme de mi hija.

—Pero reflexionad que...

—Padre Pontolongón, vos tenéis que partir esta noche á reuniros á los insurgentes, porque sois el espía del cura Hidalgo; si os atrevéis á denunciarme yo os denuncio á mi vez y os descuartizan en el campo enemigo.

—¡Ave María!

—No, no, decía el pirata bufando de ira; porque conocía el jesuitismo de aquel miserable; sé que al salir de aquí iréis á delatarme y juro á Dios que antes os arrancaré la lengua.

Treviño se arrojó sobre el padre Pontolongón y le tomó por la garganta.

—Dejadlo, padre, gritaba Rosalía arrancando al clérigo de manos del pirata.

—Señorita, portejedme, vuestro padre me quiere asesinar .

—Siempre el destino! murmuró la joven, y comenzó á llorar amargamente.

—Yo os juro guardar silencio, no mover los labios ni hacer una seña de ojos; vamos, que seré mudo, completamente sin lengua, como si jamás hubiera sabibo lo que era decir esta boca es mía; pero dejadme, permitidme, yo os lo suplico, que me retire, porque tengo mucho que hacer en las horas que me faltan para salir.

—Está bien, dijo el inválido, pues á mi vez necesito de vuestro auxilio y contad con mi generosidad.

—Ya os escucho, señor de Treviño.

—El esposo de mi hija está en uno de los regimientos del ejército de Calleja; vamos á partir inmediatamente, vos me ayudaréis á encontrarle.

—De todo corazón, señorita; ¿conque os habéis casado (¡qué horror!) ¿y es realista vuestro esposo? mejor que mejor... ¿y le vamos á buscar? pues ni de molde, ¿y tenéis carruaje?

—Sí, tengo dos á vuestra disposición.

—Voy á arreglarme y nos marchamos.

—Tomad ese oro por lo que pueda ofrecerse.

—Muchísimas gracias.

—Este judío siempre derramando oro, murmuró el clérigo, y cristianizó en su bolsa el dinero de Treviño, y luego añadió:

—Y son dos veces en el día que escapo las orejas!

XXVII.

El general Allende organizó su retirada levantando el campo la mañana del 2 de Noviembre, con tan buen éxito y en tan ordenada formación, que Venegas no se atrevió á librales una batalla.

El ejército siguió en marchas inversas por el mismo camino.

Calleja sin saberlo, venía á su encuentro por Querétaro, donde había pernoctado el 1, siguiendo por la Estancia, San Juan del Río, San Antonio, Arroyozarco y Aculoo, donde llegó al caer la tarde del día 6.

Calleja acampaba á dos leguas del ejército independiente, ignorando que el ruido de sus trenes era escuchado por el enemigo.

Allende venía contrariado por la retirada del Monte de las Cruces y estaba ansioso de pelear, así es que al avisarle sus avanzadas que Calleja estaba á la vista se dispuso á esperarlo y librarle un combate.

El pueblo que ocupaban los insurgentes estaba próximo á San Jerónimo Aculco, donde tuvo lugar la batalla.

Allende situó á su ejército en una loma, poniendo bajo sus fuegos al pueblo y la campiña donde comenzaba á tomar formación la fuerza de Calleja.

El terreno no podía ser más favorable, los costados Oriente y Norte de la campiña, están rodeados por un arroyo y una barranca, que aunque no es profunda es de difícil acceso.

El costado menor termina en una extensión de cuatrocientas varas, en el pie de un cerro aislado primer eslabón de una cordilllera gigante; el otro costado, es el declive de la sierra que á una corta distancia comienza á ser inaccesible.

Decididamente la posición era ventajosa para Allende y estuvo en su derecho al esperar á su enemigo.

En los bordes de la loma colocó su artillería, extendiendo su batalla hasta las orillas de San Jerónimo, que fué replegándose á su campo al tomar posiciones las fuerzas enemigas.

A la retaguardia puso Allende á todo lo sobrante de su tropa que excedería de treinta mil hombres, porque el desbordamiento había comenzado, como era natural, con la retirada de México.

Dice el historiador Alamán que « Calleja dispuso su ataque en tres columnas formadas por los dos batallones de granaderos de la Columna y el regimiento de la Corona con dos piezas de artilllería cada una: los dos costados los formaban dos fuertes secciones de caballería, con dos cañones ligeros la de la derecha, dejando una reserva y un cuerpo de infantería ligera. »

Comenzó la batalla.

Las columnas realistas avanzaron y fueron recibidas á metralla por la artillería de los insurgentes; entonces vacilaron en el ataque y comenzaron á perder su formación, cuando Calleja las hizo desplegar en batalla para evitar el estrago que causaba en ellas la artillería.

Este movimiento ejecutado con la prontitud que demandaba el peligro, impuso algo á la gente bisoña; no obstante, el fuego continuaba, y las posiciones no cederían al empuje de aquellos soldados que llegarían á la loma diezmados por el fuego.

El éxito de las batallas depende de una circunstancia cualquiera. Allende continuaba sereno, acribillando á su enemigo que no se atrevía á adelantar un paso, permaneciendo en su cadena de batalla cuyos eslabones caían en pedazos al golpe de la metralla.

Calleja no cesaba de jugar su artillería en toda la extensión de su línea, sin conseguir algo que pudiera indicar un segundo movimiento cabe de avance ó de retroceso.

Los indios presenciaban la acción llenos de inquietud, tenían presente la mortandad de las Cruces y esto los tenía un tanto desmoralizados.

Largo tiempo permaneció estacionario el campo, Allende no quería

emprender movimiento alguno, porque desconfiaba no del valor de su gente, sino de su pericia militar.

Calleja hizo avanzar su caballería amenazando la retaguardia enemiga.

La multitud, que no esperaba ese cambio, se encontró desprevenida, y comenzó á huir y á desbandarse en todas direcciones, quedando en pie la tropa que defendía las posiciones desde el principio de la batalla.

Abasolo y Aldama se acercaron á Allende.

—¡ Véis lo que pasa, señor general?

—Sí, dijo Allende con perfeta serenidad, es necesario salvar á esos hombres; yo me quedo deteniendo al enemigo, adelantaos con la gente, reunidla á la más corta distancia que podáis, y seguid vuestro derrotero.

—Yo, señor general, gritó Aldama, yo me quedo á morir mientras el ejército se salva.

—Qué marchéis os digo!

—Permitidme...

—¡ Yo os lo mando!

Abasolo y Aldama reunieron á los demás jefes, y con la tropa organizada comenzaron á contener el desorden, mientras Allende rechazaba á los dragones con su artillería.

Calleja aprovechó el momento, los clarines tocaron al asalto y la línea de batalla replegándose en columna y precedida por los tiradores, ascendió por la pendiente hasta llegar á la loma, donde unos cuantos soldados defendían heróicamente el último parapeto, mientras sus hermanos se salvaban de la derrota.

Entonces comenzó lo de costumbre en aquella época, el asesinado de los vencidos; ciento y tantos insurgentes fueron acuchillados por los realistas.

Allende sin violentar el paso de su caballo se alejó del campo batiéndose en retirada, hasta ponerse fuera de la persecución del enemigo, que no queriendo malograr su victoria, se replegó á sus posiciónes, llevando en triunfo la artillería que Hidalgo arrancó tan valientemente á Trujillo en el Monte de las Cruces.

Al último acto de las tragedias está reservado el espectáculo de una catástrofe.

Después de la batalla, la caballería presentó unos cuantos prisioneros, entre ellos veintitrés soldados provinciales.

Todos venían maltratados horriblemente por los vencedores.

Formaron en la plaza á los desgraciados y Calleja los mandó « quintar. »

Comenzóse á contar por la derecha, y el infeliz que era señalado por la fatalidad era fusilado instantáneamente delante de sus compañeros; el resto marchó al presidio á consumir la existencia que se le regalaba por el vencedor.

Calleja declaró que la revolución había concluido, y renovando la disposición de Venegas puso á precio las cabezas de Hidalgo, Allende, Abasolo y los hermanos Aldama.

XXVIII.

Llegó la noche de aquel día terrible, cuando de una de las casas de San Jerónimo Aculco salió una viejecilla con una linterna sorda, y adelantándose al campo de batalla, comenzó á buscar entre los muertos deteniéndose largo tiempo ante cada uno de los cadáveres.

—No, no es éste, decía, y continuaba en su tenebrosa operación.

Cuando hubo reconocido aquel terreno ensangrentado, tornó satisfecha al pueblo y llamando á la puerta de una casuca, dijo en tono gangoso y disfrazando completamente la voz.

—¿Se puede dar posada á una pobre vieja?

—¡Adelante! gritó la conocida voz de Treviño.

—Señor y señorita, dijo la estantigua, soy madre de un oficial del ejército de Calleja, y vengo en busca de mi hijo; me ha sorprendido la noche y no encuentro hospedaje en el pueblo.

—Entre la buena vieja, y cene con nosotros.

—La señorita está llorosa, ¿le ha pasado alguna desgracia?

Rosalía no respondió.

—Comprendo, continuó la vieja, la señorita es esposa de algún oficial y tiene la misma aflicción que yo.

—Es verdad, murmuró el inválido, el marido de mi hija ha desaparecido.

—Entre desaparecer y morir hay una gran diferencia.

—Eso le digo á Rosalía.

—Yo he buscado entre los muertos; conozco á la mayor parte de ellos, y si viérais la bondad de decirme su nombre acaso podría daros razón.

—¿Habéis estado en el campo?

—Precisamente, venía de buscar á mi hijo.

—¿Conocéis al capitán D. Félix de Quintanar?

—Vaya que si le conozco, más que á mis manos, ¡guapo mozo! conozco también á su hijo ¡linda criatura! ha estado en el pueblo de Dolores alg tiempo, es decir, hasta la noche de la revolución.

—Luego vos también me conocéis.

—Precisamente, fuimos vecinos; os veía salir todas las mañanas con el chiquillo á tomar paseo bajo los árboles de la plaza: por cierto que el chico es un travieso de cuenta, muchas veces tiró de la cola á mi perro; jé! jé! jé!

—Decid, señora, si entre los cadáveres se encuentra el de D. Félix.

—No, por mí lo juro, y ved que soy escaza en esa materia; yo sé que el capitán ha seguido para Querétaro de donde saldrá para Guanajuato á seguir la campaña.

—Cómo sabéis eso, señora, dijo Treviño, si en el mismo cuartel general se ignora?

—Ese Calleja, ese tigre que acaba de derramar tanta sangre, desconfía del mundo entero: basta que se le pregunte algo, para que no responda, recela espionaje de todos los que le rodean, y se empeñará en ocultaros lo que más deseéis saber.

—Puede ser muy bien, hija mía, dijo el inválido.

—Además, continuó la vieja, que la caballería poco se ha batido en tretenida en el alance de los fugitivos...

—Bien, bien, le interrumpió el portugués, ya veremos mañana; co

nemos, Rosalía, y no hay que afligirse, las desgracias se saben en el acto, ya algunos de sus soldados lo hubiera dicho, además, que hay cosas que no pueden ocultarse.

Pusiéronse los tres á la mesa y comenzaron á cenar Rosalía apenas probaba los bocados por no disgustar á su padre.

—¿Y sois feliz, señor de Sarihana? preguntó la vieja

—¡Me lo decís con un tono tan singular! observó el inválido.

—¿Qué hay en ello de extraño? os pregunto simplemente si sois feliz.

—Sí lo soy, señora, he llevado una vida de desgracias; pero el cielo me concede en mis últimos días, la paz que durante tantos años le he pedido.

—¿Sea en buena hora, ¿y no teméis que se interrumpa?

—No, no lo creo.

—¿Y los recuerdos todos de vuestra juventud se han extinguido bajo el hielo de vuestras canas?

—Yo no tengo más recuerdo que el de mi esposa, la madre de esta niña.

Rosalía estaba con la frente apoyada sobre la mesa, sin prestar atención á lo que se decía.

—Me contaron que vuestro hermano...

—¿Quién os ha dicho que yo tengo hermanos?... ya todos murieron.

—Os engañais, queda uno.

—Parecéisme bruja.

—¡Tal vez!

Rosalía alzó la cabeza y fijó sus brillantes ojos en el semblante de la vieja.

—Yo puedo, continuó, ser vuestra amiga, vuestra buena amiga.

—Yo no necesito de la amistad de nadie.

—No digáis eso, por Dios, que estamos sobre un terreno asaz resbalazido.

Treviño no respondió.

—Debo comenzar por haceros notar que sois muy imprudente.

El inválido dió un muletazo contra el suelo.

—Disfrazáis vuestro rostro, os mudáis el nombre y no ocultáis á vuestra hija.

—Quién sois preguntó airado el portugués.

—No gritéis, caballero, que pudiérais comprometeros seriamente; sois hermano del inquisidor Clavijero, y bajo el nombre de Manuel Treviño habéis vivido en Valladolid; ese pie lo perdísteis en el «borceguí» del tormento ,os escapásteis del Santo Oficio, el cura Hidalgo á quien revelástois vuestros secretos en el confesionario, os proteje, pasáis en el pueblo de Dolores por un inválido, y sois el portugués á quien persigue la Inquisición y está próxima á quemar en estatua mientras os echa el guante.

—¿Quién es esa mujer? gritó airado Treviño.

—Oyeme, Núñez de Clavijero, yo he sido para tí la fatalidad... sí, te he perseguido con rabia indomable al través del océano y de los días, hasta verte en el lecho de la desesperación y del sufrimiento. Entonces... ¡noche lúgubre y tenebrosa!... Mis dolores se apagaron como por encanto y la sed de venganza quedó satisfecha... ay!... del mundo de la fiebre que consumió mi juventud y mi belleza, me trasporté al abismo oscuro del remordimiento, y el cielo en su piedad me ha concedido el favor del llanto para borrar esa historia de rencores, para consumir la última llama de la ho-

guera levantada en el fondo de mi alma ,como la tea de la fatalidad. Sí, yo he comenzado á ser buena y en descuento de mis culpas, Dios me envía á favorecer á los que he perdido. Nuñez de Clavjiero, tú eras pirata y has derramado la sangre de los hombres, y la justicia del cielo derrama la tuya por mano de tu hermano...

—¡ Silencio! gritó Treviño, mi hija está delante.

Rosalía estaba fuera de sí, parecía que soñaba.

Treviño se creía presa de la locura.

—¡ Conque tú me has lanzado al tormento y vienes ahora con llanto tardío á restañar las heridas abiertas en mi corazón! Yo no te conozco, no sé quién eres ni quién te impulsa hacia mí!... recelo de esa mujer!...

—¡ Estás loco! gritó la vieja.

—Yo romperé el velo que tengo delante de mis ojos!

Y quiso precipitarse sobre la hechicera.

—¡ Atrás! miserable demente, dijo la anciana y repelió con un movimiento nervioso al inválido, que intentaba despojarla del manto.

En esos momentos se oyó una voz fuera de la casa que dijó:

—¡ Abrid la puerta en nombre del Santo Oficio!

—¡ La Inquisición! dijó asustado el señor de Treviño.

—¡ La Inquisición! repitió sombríamente Rosalía.

XXIX.

Adelantóse la vieja y abrió resueltamente la puerta.

Presentóse el Padre Pontolongón seguido de alguaciles, soldados y el justicia de la ciudad.

—¡ Me habéis vendido! dijo Treviño al clérigo.

—Mi conciencia está antes que todo, señor de Treviño; vos sois prófugo del Santo Oficio, y esa joven cuyo solo aspecto me llena de terror, es doblemente criminal, pues ha colgado por dos veces los hábitos para ceñirse las galas del mundo.

—Sois un miserable.

—Señor, dijo el justicia, tenéis aquí al padre Pontolongón que os denuncia, ya lo habéis oído.

—Es cierto cuanto ha dicho; pero yo he sufrido ya el tormento y creo..

—No es de mi incumbencia juzgar ese negocio tan delicado.

—Ved, caballero, que me lanzáis á una situación amarga.

—Siento demasiado apreciaderos, lo mismo que á esta señora.

Rosalía dió un espantoso grito.

—Disimulad una palabra, señor justicia, dijo la vieja.

—¿ Qué me quiere esa mujer?

La autoridad y la vieja se pusieron á hablar en un rincón de la estancia.

—Ved, caballero, decía la bruja, esta es la orden del señor corregidor de Querétaro para la salida de esta joven del convento de las Claras.

—Veo una orden de depósito, y este lugar no es seguramente el señalado para...

—Comprendo, caballero; pero la señora condesa del Milagro se encuentra en el lugar, y le ha permitido á esta señora que venga á saludar á su padre.

—Tendremos que averiguarlo; necesito ver á la señora condesa, intertanto me apodero de la delincuente.

—De todos los delincuentes querréis decir, señor justicia; porque en esta casa todos son herejes.

—Callad, gritó Treviño, ú os abro la cabeza!

—Ya lo véis, caballero, ya lo véis, quiere profanar esta cabeza coronada atenta mi carácter, desea mi muerte, pretende asesinarme.

—Silencio todos, dijo la autoridad.

—Es que hay un negocio sumamente grave; todas estas gentes saben que soy espía de ese cura Hidalgo, y conviene que no vuelvan á ver la luz, al menos mientras yo desempeño mi comisión; figuraos que esos diablos de insurgentes me desollarían vivo.

—¡Ojalá, dijo el inválido!

—No soy de vuestra misma opinión, lo que es en ese punto no estamos de acuerdo.

—Podéis marcharos, y estad seguro de que administraré recta y cumplida justicia.

—Bien; bajo esa garantía me marcho y os suplico de nuevo que los aseguréis, porque cuando uno arriesga el pescuezo...

—Comprendo.

—Adiós, y no hay que olvidar que...

—Sí, está bien, marchaos.

—Y no dejéis de avisar que yo he sido el denunciante de los portugueses, no vaya otra persona á aprovecharse de mis servicios; yo, el presbítero Cipriano Pentolongón he sido el único denunciante.

El justicia guardó silencio esperando á que se marchase el clérigo.

—Veo que nada tengo que añadir, si no es pidiendo una excusa, porque cuando uno arriesga el pescuezo... ya me comprendéis... adiós.

—Nos veremos, caballeros, dijo el clérigo, y se marchó violentamente.

—Ese hombre es un miserable, caballero.

—Doña Rosalía Treviño, daos á prisión, dijo la autoridad con voz solemne.

—Señor, la condesa del Milagro es la depositaria de mi persona, dirigíos á ella, que es la única responsable.

—Don Manuel de Treviño, daos á prisión en nombre del rey.

—Estoy á vuestras órdenes.

—Insisto, dijo la vieja, en que veáis á la condesa antes.

—Para eso sería necesario que estuviese aquí presente.

—Lo está, dijo la bruja, y echándose atrás el manto se presentó al justicia que ya la conocía.

—La condesa del Milagro, exclamó el alcalde.

—¡Zaida!... ¡Zaida! murmuró Treviño cubriéndose el rostro con las manos.

—Por esta orden, dijo la condesa, mi casa no puede ser allanada; en consecuencia, podéis, señor justicia, permanecer en ella sólo como un buen amigo.

—Es cierto, señora.

—Acompañadme, que tengo algún asunto de importancia que comunicaros.

El alcalde dió el brazo á la condesa y saludando á Treviño y á su hija salieron seguidos de los soldados, corchetes y alguaciles.

XXX.

El inquisidor Don Pedro Núñez de Clavijero, agobiado por los tormentos que pesaban sobre su conciencia, había querido neutralizar las inquietudes de su espíritu lanzandose en el mar agitado de la revolución.

La gitana le había pronosticado que moriría á manos del torero Marroquín y el inquisidor soñaba con la imagen de aquel hombre destinado á ser su verdugo en el porvenir.

Ya hemos dicho que el inquisidor se refugió en el convento del Carmen de Celaya después de la escena terrible de la inquisición, y que allí había pasado catorce años mortales de austeridad y de penitencia.

La noche en que la bruja lo fué á sacar de su letargo religioso, se improvisó en soldado, y ya lo hemos visto batirse como un desesperado en la toma de Granaditas

Aquella noche funesta se salvó merced á la casualidad, siguiendo los pasos del cura Septiem, que haciendo del Crucifijo de bronce un instrumento de defensa, pudo atravesar entre la multitud y ponerse en salvo.

Clavijero llegó rendido de cansancio á una de las casas que están en los suburbios de Guanajuato.

—¡Abrid por compasión! gritaba el fraile ya próximo á caer de fatiga.

Un anciano abrió la puerta.

El fraile se entró como seguido por alguien y él mismo cerró la puerta con estrépito.

—Reverendo padre, dijo el anciano ¿qué os pasa?

—¡Oh! respondió Clavijero, estoy al perder el juicio, he visto la matanza más espantosa... la escena más sangrienta que pudiera imaginar!...

—¿En qué puedo serviros?

—Dadme hospitalidad, esos monstruos quieren asesinarme!

—Aquí estáis seguro, afortunadamente he brindado mi casa á algunos de los soldados del señor cura Hidalgo y me han prometido guardarla á toda costa.

—Eso es imposible, esos bandidos me van á matar.

—No lo creáis, reverendo padre.

—Abrid, abrid, yo voy á buscar refugio á otra parte, aquí estamos vendidos.

—Sosegáos, reverendo padre, os repito que nada hay que temer.

—¡Ah! fío en vos, dadme algo que beber, mis entrañas se abrasan... me siento morir.

El viejo le acercó un jarro de vino, que el fraile apuró ansioso.

—¿Decís que habéis hospedado á algunos insurgentes?

—Sí, reverendo padre.

—¿Y lo conocéis?

—Son antiguos amigos, ya os diré más tarde quiénes son.

—Bien, yo deseo dormir; pero en un rincón de la casa, donde nadie sospeche mi existencia.

—En mi aposento es lugar seguro.

—Conducidme á él por favor... dudo que pueda conciliar el sueño, los fantasmas sangrientos que he visto no me dejarán cerrar los ojos.

—Procurad recojeros, ya la noche está muy avanzada.

—Sea, y fío en vos.

El frail Clavijero se entró en el aposento del viejo, rezó sus oraciones, y su cuerpo, cediendo á la fatiga, apagó las imágenes del cerebro y durmió profundamente.

XXXI.

Dejamos al torero Marroquín completamente ebrio en la famosa apuesta con el padre Pontolongón, mientras el clérigo se enteraba de los movimientos del ejército que iba á marchar sobre Valladolid en su camino al Monte de las Cruces.

Marroquín se despertó ya muy entrada la noche, y dejando á sus compañeros entregados al sueño, cayendo y levantadose se dirigió á su alojamiento.

Llamó á la puerta repetidas veces, y notando que no hacían el menor caso de los golpes dados con tanta furia, se decidió á romper la madera á pedradas.

—¡Hola! señor Marroquín, no metáis ese escándalo ya podéis pasar.

—Parece que os habíais dormido.

—Sí, y eso consiste en que ya no os esperaba.

—Tenéis razón, un amigo me ha hecho beber como un desesperado, pero ya estoy medio bueno y no quise faltar de primera noche.

—Ya sabéis que esta casa es vuestra.

—Gracias, y dejadme, que quiero seguir durmiendo.

—Si algo se os ofrece, estoy en el segundo patio de la casa, porque he cedido mi habitación y mi cama á uno de los vuestros.

—No importa, si hay novedad os avisaré aunque os escondáis en el quinto infierno.

—Buenas noches.

—Pasadla bien, amigo mío.

La embriaguez, cuando no ha llegado al embrutecimiento, aviva la idea dominante en el individuo. Marroquín no tenía otro pensamiento que el de la venganza, así es que al encontrarse exaltado por el aguardiente, su imaginación comenzó á presentarle los fantasmas que hacía tantos años vagaban en su cerebro en esa linterna mágica de sus odios y resentimientos.

El torero puso los brazos sobre la mesa y recargó su frente ardorosa.

A fuerza de pensar en su venganza su sangre comenzó á hervir en la fermentación de sus ideas.

—Yo lo he visto, decía rechinando los dientes.. .sus ojos espantados han dejado un rayo de luz en mi corazón... aquel tenía miedo... yo no le conocía, no, porque el tiempo debe haber maltratado su semblante; pero el corazón me ha dicho que era él... él á quien he buscado sin cesar, como el objeto de mi odio... ya le sentía junto á mí, ya me parecía ahogarle entre mis brazos hasta hacerle saltar el corazón... ¡qué alarido se arrancó de mi pecho!... me parecía que de sofocarlo perdería la vida... entre aquel tumulto espantoso y aquellas detonaciones y gritos de agonía, y entre la manga de fuego que alumbraba el recinto de la matanza, se destacó la sombra de aquel hombre... mi voz dominó el ruido... sí; porque él se estremeció en una convulsión de pánico horrible!... ¡Dios mío!... ¿por qué no le pones en mi mano?

Aquella exclamación sacrílega llegó á oídos de Clavijero, que despertó sobresaltado.

Levántose descalzo para poder acechar, se acercó receloso como el tigre y asomó la cabeza para ver quién era aquel desgraciado.

En aquel momento, Marroquín dirigía su mirada á las sombras del aposento, y como si Dios hubiera oído su súplica, vió dibujarse claramente entre las tinieblas el rostro demacrado del inquisidor.

Echóse atrás el torero, creyendo que aquella aparición era una sombra nada más.

La mirada de Clavijero se cruzó con la de Marroquín, y como si se hubiera congelado quedó estacionada entre lo dos.

Levantóse el torero, y el inquisidor impulsado por un instinto sobrehumano, fué avanzando hasta hallarse frente á frente de su enemigo.

—¡ Eres tú ! exclamó Marroquín, tú, á quien he pedido al destino tanto tiempo.

—Sí, yo soy, gritó el fraile, ¡ y qué me quieres!

—Tú, Núñez de Clavijero el inquisidor!

—Sí, yo, que he llevado á la hoguera á cien herejes, yo que combato por la fe y que he huido de vuestras manos!

Aquel hombre que trémulo y cobarde había pedido auxilio en aquella casa, se transformaba súbitamente en un ser valiente y atrevido.

—¡ Miserable fraile! gritó el torero, tú crees que voy á luchar contigo porque tu bandera es distinta de la mia... te engañas!...

—Sea lo que fuere estoy dispuesto á todo!

—Tú no debes recordar, porque tus víctimas son incontables, que hubo una que al espirar en el tormento evocó al genio de la venganza y comunicó su aliento á su hijo que presenciaba aquella escena de tigres.

El fraile hechó para atrás su cabeza, con las manos crispadas levantó el cabello de su cerquillo, abrió la boca y apenas pudo balbutir estas palabras.

—¡ Tú... tú... Marroquín!

—¡ Sí, me has conocido al fín! dijo con una alegría salvaje el torero; sí, soy el hijo de tu víctima que sigue tus pasos día á día durante catorce años... los trueco por este momento de satisfacción sangrienta; porque tú vas á morir como un miserable; porque yo he jurado beberte la sangre y... la beberé para apagar la sed que ha calcinado mi pecho y mi corazón!

—Marroquín, perdóname!

—No, esa palabra no sonó en tu labio, ni mi padre la evocó; porque tú no hubieras tenido compasión de nosotros!

—¡ Yo no le conocía!

—¡ Y qué importa?... él no estaba manchado por el crimen, tú obedeciste á una orden, verdugo de inocentes, y le mataste... sí, le mataste sin compasión... pero yo estaba ahí, yo te veía, te acechaba entre las tinieblas... ya estamos frente á frente... yo debía matarte sin lucha, sin combate, como tú lo hiciste aquella noche; pero se necesitaría que fuera tan infame como tú!... ya no quiero el asesinato, ese no me satisfacería... yo quiero oponer mi corazón á los golpes de tu puñal... quiero librar mi vida... perderla si es mi destino!

—¡ Compasión, Marroquín!

—Te veo tan pequeño, gritaba el joven, que me parece voy á pulverizarte con mi aliento... levantate, miserable, levantate y defiéndete porque vas á morir.

Clavijero vió lo imposible que era contener la ira desbordada de Marroquín, y se decidió á morir defendiéndose.

—Sea, de una vez para siempre; espera, dijo el fraile, y entró corriendo en su estancia, volviéndo inmediatamente armado, donde el torero lo esperaba para combatir en un duelo á muerte.

XXXI.

Marroquín dió vuelta á la llave, dejando la pieza incomunicada con el resto de la casa.

El fraile y el torero se encontraron frente á frente armados de puñales, y viéndose de hito en hito como dos leones de la Getulia.

Marroquín arrojó de sí el sombrero como en el estadio cuando combatía con las fieras.

El inquisidor había recobrado por completo una serenidad siniestra y espantosa: sus facciones estaban más pronunciadas, su frente pálida y sus ojos brillantes como la luz de las luciérnegas.

El torero presentaba el contraste perfecto: rojo como un apoplético, el cabello sobre el rostro, la mirada obscura, los labios convulsos y el pecho respirando con dificultad.

Núñez de Clavijero tenía el valor inaudito de los cobardes en su hora de decisión.

Aquella era un chispa, que de prolongarse, era la sentencia de muerte de Marroquín.

Una candileja con una llama oscilante, alumbraba con sus amortiguados destellos aquella escena terrible.

Los adversarios habían enmudecido: ni un insulto, ni una palabra, nada se oía sino la respiración trabajosa de aquellos desgraciados.

Detuviéronse un momento frente á frente esperando á su vez ser atacados: ambos recelaban el ataque, querían aprovechar los lances de la defensa.

El torero creía segura la victoria, y en efecto todas las probabilidades estaban en su favor: él era el ofendido y el más fuerte, es decir, la fuerza física y moral estaban de su parte, y no podía dudarse del éxito.

El inquisidor sabía que la lucha era decisiva, que estaba colocado en los extremos de «matar ó morir.»

Esta situación tan tirante había despertado en el alma miserable del inquisidor una reacción desesperada, violenta y terrible.

Esos seres que han pasado su vida sin tocar una arma y horrorizándose de la sangre, cuando se acuerdan que hay algo dentro de ellos que los eleva y los pone al nivel de los demás hombres, adquieren como por inspiración un valor desconocido que tiene el temple de la muerte.

Núñez de Clavijero estaba en su «hora.»

El torero no pudo contenerse al aspecto de aquel hombre á quien aborrecía, y repentinamente y con el acecho intencionado del tigre se lanzó sobre el inquisidor esgrimiendo un puñal.

Clavijero se arrastró por el suelo con una agilidad sorprendente y esquivó el golpe de su adversario.

El torero bramó de coraje y buscó por segunda vez á su enemigo.

Entonces el fraile esperó de firme; pero Marroquín en su desviamiento del brazo clavó su puñal en la parte superior del brazo de su adversario.

La sangre comenzó á correr por el cuerpo de Clavijero.

El olor de aquella sangre, y la perspectiva de una muerte cercana, lo convirtieron en una fiera, blandió el puñal que brilló siniestramente al

amortiguado fulgor de la lamparilla y con la punta buscó el corazón de Marroquín.

Tomó por el cuello al torero, que al sentir la asfixia momentánea perdió un tanto el movimiento, y sepultó el arma en el costado del jóven, que cayó en el suelo lanzando un ronquido sordo y estentóreo.

—¡Lo he matado! exclamó el fraile, he concluido con ese miserable... mi brazo es fuerte... yo no sabía que era capáz de tanto... ahora ya estoy en el mar sonante de la revolución... me he perdido... ¡me he perdido!...

El fraile se estremecía al posar su planta en aquel lago de sangre.

—He contrariado mi destino, continuaba, viendo al torero exánime sobre las losas; tú has querido arrebatarme mi existencia, beber mi sangre... y yo, yo soy el que he vertido la tuya. Me sacaste de las sombras del convento para arrastrarme al abismo que te había de tragar... ¡ya estaba escrito!

Vendóse después el brazo, cuya sangre se había coagulado, calóse la mortaja, escondió su cabeza en la capucha, dió una última mirada al torero y se escurrió á lo largo de la calle, huyendo del tumulto cuyo clamoreo sonaba en el lado opuesto de la ciudad.

XXXII.

El dueño de la casa había oído las voces del fraile y del torero, é impulsado por la curiosidad se puso á acechar por la cerradura en los momentos en que Clavijero salía de la casa.

Entróse y se detuvo á observar al torero, le puso la mano sobre el corazón y sintió que aún palpitaba; entonces despedazó una sábana y ciñó el cuerpo de Maroquín.

Estaba entretenido en esa operación cuando Saca-vueltas y sus amigos entraron al aposento.

—¿Qué pasa? dijo el torero, viendo á Marroquín bañado en sangre.

—Señores, acaba de ser herido este mozo por un desconocido.

—¡Eres tú, gritó Saca-vueltas hecho un furioso, tú quien lo has matado!

El anciano palideció.

—¡Tú eres realista, miserable!

—Juro á mil cruces, que yo no he sido.

—¡Vas á morir!

—¡Muera!

—¡Muera!gritaron los insurgentes.

—¡Por compasión, señores, yo no he sido! Un fraile á quien dí hospedaje tuvo una reyerta con el señor Marroquín, había cerrado la puerta y yo no pude impedirlo.

—¡Mientes! gritó Saca-vueltas, y puso mano á su puñal.

Arrodillóse el pobre hombre y suplicante y lloroso pedía misericordia.

Lino el mulato, que era un asesino de primera fuerza, se presentó en la escena cuando precisamente su presencia era la fatalidad.

—¿Qué pasa con ese viejo?

—Que acaba de matar á Marroquín.

—¿Vive todavía? preguntó el mulato con ira.

—Ya le voy á despachar, contestó Saca-vueltas.

—Yo soy primero, dijo Lino, y disparó una pistola dragona en la frente del anciano, que cayó muerto instantáneamente.

Marroquín abrió los ojos, y vió el espectáculo sangriento.

—¡ Lino... Lino... murmuró el torero, te has equivocado!

—¡ Demonio! ¿ pues quién ha osado?...

—El inquisidor... Clavijero.

—¡ Veinte mil bombas! exclamó Saca-vueltas, y haber despachado á ese vejete... es necesario cubrir las apariencias, vamos, pero pronto, llevaos al herido y peguemos fuego á la casa.

Los insurgentes arrimaron la lamparilla al tule de las sillas y comenzó el incendio.

—Ahora, dijo el torero, corre de cuenta de las llamas acabar con todo; marchémonos y pongamos en salvo á Marroquín.

Los insurgentes cargaron al torero, que estaba mortalmente herido.

Una patrulla pasaba por la calle y detuvo á la camarilla.

—¿ Dónde van?

—A llevar á este jefe, que lo han tratado de asesinar los realistas.

—¡ Malditos sean!

—Ya nos hemos vengado, la casa del asesino está ardiendo.

—Muy bien hecho, márchense á curar á ese hombre.

Estos acontecimientos pasaban la noche del asalto de Granaditas. motivando que nuestros personajes no asistieran á la memorable batalla de las Cruces.

XXXIII.

Nunca se halló más potente la revolución que después de la retirada de Aculco.

La Nueva Galicia, Zacatecas, San Luis Potosí, las provincias de Oriente y del Norte, ciñendo el territorio que abraza los dos mares.

Los pueblos cercanos á la capital, estaban á merced de los insurgentes, entre los que se distinguían los Villagrán, valientes y distinguidos hasta encontrar la muerte peleando incansables en defensa de su bandera.

Esos mártires de la libertad, han dejado su nombre por herencia á Huichápam, á esa ciudad que se avanza sobre la sierra y que conserva la ejecutoria de su patriotismo tradicional.

Todo auguraba un próximo y decisivo triunfo, la idea germinaba para tomar su asiento eterno, como el astro perenne de la nacionalidad mexicana.

La idea sacudiría sus llamas luminosas sobre los campos de los combates y en el cielo de las ciudades oprimidas.

Los hombres desaparecieron en las cataratas de la muerte, pero ELLA quedaría en pie como la sambra de Dios, proyectándose en la zona atravesada ayer por los corceles de la conquista.

Hidalgo se encontraba en Valladolid organizando un nuevo ejército: parecía el mito antiguo que arrojaba piedras que al caer se convertian en hombres.

La voz de Hidalgo, su presencia, su nombre; todo revelaba en él al inspirado.

Diez mil hombres estaban ya en tren de guerra cuando apenas había pronunciado el « fiat exercitus, » con ese poder que el genio había prestado á su palabra.

Hidalgo resolvió partir á Guadalajara, es decir, al centro de la revolución, mientras Allende defendía las ciudades ya conquistadas.

El 14 de Noviembre recibió en su cuartel general de Valladolid la nueva de que los insurgentes habían ocupado Guadalajara, cuya noticia solemnizó con toda pompa.

Dos batallas se habían librado antes de la ocupación de la ciudad, y en una de ellas los realistas habían dado un espectáculo que sólo puede registrarse en aquella época de barbarie y fanatismo.

Recacho, que mandaba la división de los españoles, hizo que un cura fuese llevando al « Sacramento, » prometiéndose, como sucedió, que los insurgentes por respeto, no se atreviesen á atacarlo, pudiendo así llegar salvo á Guadalajara, que cayó en breve en poder de los independientes.

La revolución estaba en su juventud, acometiendo las empresas más difíciles y caballerescas.

El cura Mercado se avanza con una chusma pequeña y desordenada á ponerle sitio á San Blas; oigamos lo que dicen unos apuntes de aquella época:

« Un terreno que domina el único punto por donde puede ser atacado por tierra: una porción para aislarle con facilidad por la comunicación de los esteros, un castillo respetable con doce cañones de á veinticuatro, que defiende el puerto y puede también arruinar la villa, cuatro baterías en ella, y en el mar una fragata, dos bergantines, una goleta y dos lanchas cañoneras; trescientos hombres de marinería, doscientos de maestranza y más de trescientos europeos armados, ciento y tantas piezas de artillería de todos calibres y montadas catorce de ellas, con sus correspondientes municiones, y ocho ó nueve oficiales de marina: este era el verdadero estado en que se hallaba la plaza de San Blas, cuando sin haber disparado un tiro, se rindió vergonzosamente á unas muy malas y pocas escopetas, hondas, lanzas y flechas, manejadas muchas de ellas por ancianos y niños, como todos vieron cuando entró el desordenado y no crecido ejército sitiador. »

¡ Y pensar que una revolución tan gloriosa tendría que atravesar por una época de prueba y de martirio!

XXXIV.

El cuartel general de Hidalgo se encontraba lleno de jefes y de personas distinguidas de Valladolid, cuando llegó la noticia de la retirada de Aculco y sangrientas ejecuciones ordenadas por Calleja.

Cuando se hubo leído la comunicación en voz alta, todos los oficiales se volvieron hacia Hidalgo, que estaba profundamente sombrío.

—Señor, dijo uno de los generales; ¿qué le diréis á vuestros soldados cuando habéis atajado tantas veces su ímpetu contra sus verdugos?

Levantóse el anciano en aquella actitud épica que había tomado desde el primer momento de la revolución, y dijo con voz alterada:

¡ Ya he sufrido demasiado! Mi carácter sacerdotal ha sido un dique terrible para vosotros que militáis en las banderas de la independencia. Creía que un llamamiento á la generosidad á la nobleza sería escuchado por nuestros enemigos. Nada han olvidado de su crueldad tradicional, el siglo XIX los encuentra á la altura del siglo XVI!... Yo que he llevado á los combates á esa raza desheredada y cuyos rencores he apagado con la influencia de mi prestigio, no la dejaré al pie del cadalso, para que en

ella se cebe la ira de sus jurados enemigos... ¡no, mil veces no... He buscado la paz, he huído de las represalias, he templado el ardor revolucionario, convirtiendo mi estandarte en un iris que hoy se oscurece, para convertirse en una nube de truenos y relámpagos... Retroceder sería traicionar; no aceptar el reto, una cobardía... Apóstol del Señor, ministro de sus iras y brazo de su enojo, caeré sobre los asesinos y los exterminaré como las víboras que quieren ahogar en su cuna la revolución. De hoy más, una barrera entre ellos y nosotros... tumba por tumba, cadalso por cadalso... ¡truene la revolución y despierte al mundo con su estrago!... Hundámonos en la catástrofe del desbordamiento; que sobre las ruinas se alzará siempre la idea, la grandiosa idea de la independencia. Entrego á los conquistadores á la venganza de los conquistados... dos barcos en el combate naval de los rencores y represalias... dos gigantes en lucha abierta... dos entidades de las cuales una tiene que desaparecer y anonadarse... Ya no oiréis más mi voz, siga este torrente de sangre que ya llega hasta nuestros pechos y está próximo á ahogarnos... ojo por ojo, diente por diente...

El sacerdote borraba con el sudor del combatiente el óleo que ungía su cabeza sagrada, los libros santos se cerraban para siempre ocultando en sus místicas hojas las misteriosas palabras de « amaos los unos á los otros. »

Sólo quedaba la frase sombría de « El que no esté con nosotros es nuestro enemigo. »

Se marcarían con el signo de la revolución las casas de los independientes, como las de los israelitas la noche de la Pascua, para que cayese sobre las demás el terrible azote de la guerra y de la matanza.

—Id, dijo Hidalgo, participad esas nuevas al ejército, para que sepa lo que tiene que esperar de sus enemigos, y vosotros, general Muñiz y padre Navarrete, cumplid con estas órdenes.

Y les entregó unos papeles sobre los cuales había trazado unos renglones.

—Señores, continuó Hidalgo, mañana al amanecer partimos para Guadalajara.

Los oficiales salieron, y el caudillo con entera tranquilidad se metió en el lecho y durmió profundamente.

XXXV.

La noche había caído, el cielo estaba cubierto con las nieblas del invierno y un aire frío azotaba las quiebras de los montes cercanos; la ciudad dormía en el delirio calenturiento de las terribles escenas que presenciaba después de un sopor de tres siglos.

Oyóse en el silencio de la noche, ruido de pasos y de armas, y ecos de voces que el viento arrebataba.

Una fuerza de caballería llevaba una partida de europeos, rumbo á la barranca de las Bateas.

Cuando los prisioneros comenzaron á percibir algo de lo que iba á acontecer, se dirigieron al jefe de la fuerza:

—Señor general Muñiz, ¿dónde nos llevan?

Muñiz no respondió.

—Señor, por compasión, queremos saber al menos la suerte que nos toca!

Muñiz permaneció mudo.

Entonces comenzó un clamoreo pidiendo misericordia.

Los desgraciados llegaron al punto de la ejecución.

—Señores, exclamó Muñiz, agotada ya la paciencia del general y viendo que vosotros os mostráis rehacios y no cesáis de conspirar, sin que haya bastado la indulgencia que se ha tenido con vosotros, se os sentencia á sufrir la última pena.

La confusión más horrible comenzó en aquellos momentos: lágrimas, denuestos, maldiciones, rezos, todo se confundía en el tumulto postrero.

Sobre la cabezas de aquellos que habían provocado tan terribles represalia, caía en aquellos momentos el anatema de Dios y de los hombres.

Los cuarenta prisioneros fueron degollados y sus cadáveres quedaron en aquel memorable sitio pregonando el error y el extravío del corazón humano.

Al día siguiente de la partida de Hidalgo tuvo lugar otra catástrofe en la falda del cerro de Molcajete. Allí Gutiérrez de Terán, asesor de las causas de los insurgentes, á quienes odiaba profundamente, tuvo la entereza de auxiliar á los sentenciados y morir el último, sufriendo el espectáculo horroroso de aquella sangrienta escena.

XXXVI.

Allende había entrado á Guanajuato después de la jornada de San Jerónimo Aculco, donde fué recibido con las muestras más grandes de simpatía.

El bravo general dispuso inmediatamente la defensa y se preparó á resistir al enemigo que salía de Querétaro en dirección á Guanajuato.

Veintidos cañones alistados por los insurgentes se distribuyeron en los puntos principales de la ciudad, impidiendo la entrada de Marfil, punto por donde se creía que Calleja emprendería el asalto.

Los mineros practicaron bajo la dirección de Chovel y Tavié, un estudiante de minería, multitud de barrenos para sepultar al ejército realista entre los escombros.

Allende se encontraba comprometido, tenía su fuerza desarmada y con la desmoralización de la retirada; pero era necesario combatir, y el héroe disputaría el terreno hasta el último instante.

Valióse de los medios de la época: excitó á los frailes á que propagasen las ideas de morir por la independencia é hizo salir en procesión la imágen de la Virgen que se venera en esa ciudad.

Dice un historiador que la religión servía á uno y otro partido, y que el pueblo, oyendo invocar tan respetable nombre en favor de las dos causas, se le ponía en riesgo de no creér á ninguno.

Entretanto los manifiestos y proclamas de Hidalgo eran quemados en México por mano del verdugo, mientras que en las ciudades conquistadas se leían en las plazas, en las iglesias y en los conventos.

El sabado 24 de Noviembre de 1819, llegó Calleja al frente de Guanajuato, haciendo un reconocimiento en las cuestas de Jalapilla.

Allende lo recibió á metralla con la artillería colocada sobre las lomas, á la izquierda del camino, en el pueblo llamado Rancho Seco.

Empeñose una reñida acción en la que Calleja cargó el grueso de

sus tropas, y los insurgentes fueron desalojados de sus posiciones perdiendo cuatro piezas que dejaron clavadas sobre las lomas.

Calleja quiso aprovechar los efectos de esta primera victoria, dividió su fuerza en dos columnas, poniéndose al frente de una de ellas y dando la otra á Flon, el célebre conde de la Cadena.

Apoderóse del camino de Marfil y emprendió un movimiento sobre las montañas rumbo á Valenciana, mientras que la otra columna seguía el camino de la Yerba Buena, teniendo en jaque á la Cañada.

Calleja evitó el paso por donde indefectiblemente hubiera perecido con toda su fuerza al sufrir la terrible explosión de las minas y el desgrane formidable de aquellas rocas.

Allende vió perdidos sus trabajos y comenzó á desconcertarse por falta de elementos.

A las seis horas de camino las fuerzas realistas dominaban desde el cerro de San Miguel y las Carreras, á la ciudad, como Hidalgo en su primera campaña.

El joven caudillo se sentió arrebatado por la ira, y ordenó á los soldados que entrasen á las casas á sacar á los hombres para que se batiesen.

La campana mayor llamó al pueblo, que acudió á la defensa.

Los realistas atacaron con éxito los diez puntos fortificados, que los insurgentes sostenían desesperados, haciendo alarde de su valor reconocido.

« Mal podían ser defendidos, dice el historiador Alamán, por gente indisciplinada, armada con pocos fusiles y con los frascos de azogue que con tan poco efecto se intentó hacer servir en vez de aquellos: los más no tenían otras armas que palos, lanzas y piedras, y aunque hacían caer lluvias de estas sobre la tropa que los atacaba, el fuego de la artillería que iba enfilando las posiciones una por una, con los oportunos ataques de la infantería, desbarataba con mucha pérdida aquellos pelotones. »

Allende, Abasolo, Aldama, Jiménez, hacìan prodigios de valor, esfuerzos sobrehumanos para contener al enemigo, pero todo era imposible.

Llegó la noche y los caudillos no quisieron abandonar la ciudad, sabiendo que sería tomada al siguiente día.

Calleja permaneció en Valenciana, pudiendo haber tomado el último reducto esa misma tarde; pero la misma victoria lo tenía desmoralizado.

La plebe, acaudillada por el mulato Lino, comenzó á golparse á las puertas del castillo de Granaditas y á pedir á gritos las cabezas de los europeos.

Allende ocupado en subir su artillería al cerro del Cuarto y hacer en él su última defensa, no reparó en el desorden que amenazaba á la ciudad. Don Mariano Licéaga trató de contener al pueblo, pero herido por una piedra cayó en tierra y la multitud se arrojó sobre la Alhóndiga á saciar la venganza de su derrota, sin poder contener su ímpetu la voz de los eclesiásticos ni de otros hombres honrados.

Doscientos y tantos europeos fueron pasados á cuchillo y sus cabezas separadas del tronco, y vejados y escarnecidos.

Así se vengaba aquel pueblo azotado y lleno de vilipendio por sus opresores, así cobraba tantos años de crueldad y de servidumbre.

¿Queréis ver cómo se borra esa cifra?... abrid el libro inmortal de la historia y encontraréis en los anales de los siglos que corren del XVI al

XIX, una serie no interrumpida de espectros sangrientos que atraviesan día á día en una procesión funebre, con las heridas abiertas, llevando aún en los huesos calcinados por el fuego los grillos y las esposas de la proscripción y de la muerte.

XXXVII.

Pasóse la noche en la mayor angustia, todos los jefes opinaban por la retirada; pero Allende había jurado disparar su último tiro sobre el enemigo.

Luego que amaneció, los realistas insistieron en la toma de la ciudad, pero los insurgentes con un solo cañón detuvieron su avance.

Hubo un intervalo de silencio hasta las siete de la mañana, y era que la división Calleja bajaba por el camino de Valenciana hasta tener á los insurgentes dentro de tiro.

La tropa de Allende ya no podía resistir combinación alguna de parte de un enemigo que con tanto éxito habia peleado hasta reducirlo á la última posición.

La artillería realista desmontó el cañon situado e nel cerro del Cuarto y no hubo ya defensa posible, el ejército del rey comenzó á entrar sin obstáculo por el camino de las carreras hasta apoderarse de la ciudad.

—Ya es hora, dijo Allende, pongámonos en marcha, nuestra presencia no tiene objeto.

Los restos del ejército se organizaron y comenzó la retirada en orden y sin precipitación.

Aquel espectáculo impuso á los realistas, que no osaron salir de los muros de Guanajuato.

La bandera independiente se retiraba con todos sus honores.

Libre Calleja con la retirada de los insurgentes, se desbordó como un torrente sobre la ciudad al toque de degüello, que repitió Flon, y comenzó la matanza más impía con todas las personas que encontraban por las calles.

Guanajuato estaba aterrorizado, las puertas todas se cerraron, los hombres se ocultaron á la saña del vencedor.

Calleja mandó sacar á todos los que de alguna manera se habían complicado en la causa de la independencia y los sometió á la calificación del conde de la Cadena que organizó una especie de triunvirado para sentenciar verbalmente á los acusados.

Mientras Flon recibía las declaraciones, los satélites de aquel bárbaro planteaban horcas en las plazuelas y centro de la ciudad.

El asesinato oficial se desplegó con un aparato fúnebre, los partidarios de la insurrección morían en el garrote.

¡Garrote vil á los defensores de la patria!

Calleja mandó bajo pena de muerte, que se denunciase á cuantos habían admitido empleos de Hidalgo, y era tanto el terror que infundió aquel miserable, que el escribano encargado de hacer la lista, la encabezó así:

« Ignacio Rocha. — Este es mi hijo. »

No encontrando ya más víctimas, la tropa acudió á los suburbios de la población, donde estaban ocultos los mineros, y en masa fueron llevados al patíbulo.

Para hacer más terrible aquel suplicio, los ejecutores siguieron durante la noche, que era obscura como el manto de la muerte, los verdugos alumbraban con teas á las victimas, y aquel siniestro resplandor, vivía como un relámpago perpetuo dando su luz sobre los cadalsos.

Chovel, que había dirigido los barrenos, Tavié el estudiante de Minería, Ayala, y otros cinco insurgentes fueron ahorcados al siguiente día frente al palacio.

Las ejecuciones continuaron sin intermisión por cuatro días, hasta que no habiendo en quién ejercerlas, se publicó un indulto, en los momentos en que cinco insurgentes eran agarrotados; dos de esos infelices se salvaron.

Al eco del perdón, los hombres dejaron el escondite, donde habían salvado la existencia, sin creér que la palabra de Calleja sería una gran mentira.

Luego que la confianza se restableleció, tornaron las prisiones y los patíbulos volvieron á ser ocupados por más víctimas.

¡Espectáculo sangriento! proclamación terrible de las represalias!

La revolución respondería con sangre á aquel llamamiento de guerra y desolación.

Aquel suplicio infamante era la tribuna donde los mártires hablaban al porvenir en la revocación del espíritu de la libertad.

En los momentos del degüello, y cuando la sangre corría por las calles de Guanajuato, un fraile dieguino salió con un Crucifijo en la mano, arrodillándose á los piés del caballo del vencedor, y en voz de misericordia y derramando un torrente de lágrimas le dijo:

—¡Señor!... esa gente que se halla presente á los ojos de V. E. no ha causado el menor daño; si lo hubiera hecho vagaría fugitiva por esos montes, como andan otros muchos: suspéndase, señor, la orden que se ha dado; yo le pido por este Dios, que en el último día de los tiempos, le ha de pedir cuenta de esa sangre que quiere derramar!...

La voz del sacerdote domó por algunos instantes con su prestigio celestial, los furores de aquellos insensatos.

El nombre de aquel apóstol de Jesucristo vive desde ese día como una nube perenne de aroma en el cielo brillante de aquella ciudad heróica: se llamaba Fray José de Jesús Belaunzarán! »

Reciba en estas páginas, el sagrado homenaje que le rinde la historia.

XXXVIII.

El mulato Lino había sido el instigador de la chusma para el asesinato de los españoles en Granaditas; el bandido estaba en la plenitud de sus instintos salvajes; la tarde de bacanal sangrienta, personalmente había matado á cuantos españoles le vinieron á las manos, para desquitar en ellos la paliza que el capitán D. Félix de Quintanar le había aplicado.

Era horrible ver al mulato tinto en la sangre de los europeos, hasta sus cabellos chorreaban sangre, sus ojos brillaban con una luz siniestra, y mostraba los dientes blancos como los del tigre.

La chusma se entregaba al saqueo más escandaloso, y entre aquella multitud se distinguía un negro joven á quien no habrán olvidado nuestros lectores.

Pedro el hijo de Camila, á quien la gitana había dado un porvenir

para socorrer á su infeliz padre, ese niño, decimos, se había separado de la familia sin pesar alguno, y dedicado a la vagancia y al robo, encontró en la revolución un campo para sus instintos terribles.

Al saber el levantamiento de Dolores, tomó vereda y cambiando rumbos llegó á San Miguel el Grande, á la sazón que los insurgentes se posesionaban de la ciudad; sentó plaza de tambor en un cuerpo y se batió con valor desesperado.

No impulsaba su corazón otro sentimiento que el de la matanza, era un sér extraviado y perdido para la moral y más aún para la sociedad.

Pedro el Negro, como le decían entre la tropa había hecho las amistades con los hombres más corrompidos del regimiento, robaba á sus compañeros, saqueaba las tiendas de los pueblos, les hacía estafa á los vendederos de víveres y reñía á puñaladas con los más desalmados.

Después de estos apuntes biográficos, no extrañarán nuestros lectores que Pedro fuera amigo inseparable del mulato Lino y de los toreros. Pedro se había encontrado en todas las trifulcas y se escurría en las derrotas como una anguila.

El día de la toma de Guanajuato por los realistas, había entrado en la Alhóndiga y hecho horrores, hastá desnudar los cadáveres.

En la retirada cargó con cuanto tenía y se adelantó con el mulato para llegar más pronto á la jornada, para ver lo que podía robarse.

El ejército caminó durante el día sin poder pernoctar en población alguna, así es que Pedro acampó á cielo razo.

—Hemos perdido, decía Lino á sus compañeros; pero hemos matado « gachupines » que es una gloria.

—Yo estoy desesperado, añadió Pedro, porque esos miserables apenas tenían monedas.

—No es verdad, porque tú has hecho un agosto de primera.

—Que Dios me condene, si pasan de unos miserables pesos lo quo he gafiñado hoy.

—Yo sé que ocultas en el tambor tus pesetas.

—Eso es mentira, dijo Pedro el Negro, sin poder disimular la inquietud que le causaban las palabras de Lino.

—Tú si has pillado á derecha é izquierda, corres como una liebre de Valladolid á Guanajuato, saqueando los pueblitos; haces bien, para eso hemos venido.

—¡Con veinte demonios! gritó el Pípila, os habéis empeñado en que la revolución es para robar, y donde llegue á oídos del general Allende os manda quitar el pellejo.

—Pos eso lo confesamos en voz baja.

—Pués mal confesado, aquí poleamos por la libertad y nada más.

—¡Qué hipócrita es este Pípila! me han asegurado que eras beato de la parroquia.

—Yo lo que soy es muy hombre, y el que quiera probarlo que se saque.

—Eso es otra cosa, dijo Lino mediando en la cuestión, que tú tienes alma, ya le hemos visto, y no hay que disputarlo; además, aquí todos somos amigos y no es propio que nos pongamos á reñir.

—Es que ya estoy harto de oír robos y asesinamientos, á mí me gusta matar pero á la hora del pleito, después no lo haría por nada en el mundo.

—Eso va en opiniones, respondió el Mulato.

—Tú eres un perdido, yo no sé cómo te gusta estar manchado con sangre.

—Tu, Pípila, nada tienes que vengar, á mí me han hecho pedazos los « gachupines, » y no hago más que desquitarme.

—Ya hablaremos de eso.

—Es verdad, por ahora, que Pedro el Negro nos confiese cuánto es su capital.

—Y dale con fastidiarme, respondió el Negro; no tengo nada, todo lo gasto y lo juego, sobre todo á nadie le importa si tengo ó no tengo.

—Este muchacho se ha vuelto medio valiente.

—Quién quita.

—Mira, Pedro, que estoy de mal humor.

—Yo no lo tengo bueno.

—¡ Qué calles!

—¡ Qué no me da la gana!

—La váis á emprender, dijo el Pípila.

—Este tamborcillo tiene humos de hombre.

—Cómo que lo soy.

—¡ Ea, silencio! gritó el barretero, ya arreglarán mas tarde sus cuentas.

El mulato y el negro guardaron silencio, pero se la juraron para sus adentros.

A corta distancia del grupo de insurgentes que armaban la querella, estaba un hombre atado de los brazos con un cordel y reclinado sobre una roca que formaba ladera en el camino.

Marroquín, Saca-vueltas y otro insurgentes le servían de custodia.

—¿ Qué dice la herida, amigo Marroquín?

—No fué nada, el puñal se resbaló por las costillas, la pérdida de la sangre me hizo desmayar nada más.

—¡ Demonio! unas cuantas líneas y te atraviesa el corazón.

—Cosa mala nunca muere.

—Es verdad.

—'Y quién es ese realista que tienen atrincado como un cohete?

—Es un tal Don Félix de Qiuntanar.

—¿ Y cómo lo aprehendieron?

—Se la echó de atrevido avanzándose á nuestros puntos y lo pescamos en el momento matándole á su ecolta.

—Todos quieren meterse á valientes y el oficio está malo por ahora.

—Tiene sus dificultades el negocio.

—¿ Y qué piensas hacer con él?

—Lo qué con todos, fusilarlo.

—¿ Y para cuándo esperan?

—Le ha puesto una carta el señor cura Hidalgo, con quien dice tiene amistades, y como para nosotros todo es lo mismo, lo traigo como á mi caballo, por todas partes.

—¿ No temes que se fugue?

—No, porque lo cuido mucho, ya conoce mi carácter, y está como una oveja; voy hacer la prueba, mira.

El insurgente preparó su tercerola y le apuntó á Don Félix.

—¿ Don Currataco se ha dormido?

El capitán alzó la cabeza y respondió secamente:

—No.

—Ya ves si ha callado le disparo, y punto final.

—Señor Marroquín, dijo Don Félix haced que me quiten estas ligaduras que me révientan las carnes.

—No tenga cuidado, contestó el insurgente, al fin le han de reventar el alma más tarde, conque no se queje.

—Señor Don...

—Félix, dijo el esposo de Rosalía.

—Pues bien, señor Don Félix, continuó Marroquín, si da su palabra de honor de no fugarse yo haré lo que pueda.

—Lo juro, respondió el capitán.

—Ya lo oye, amigo, haga favor de desatarle y yo respondo.

—Esa es otra cosa, haga lo que le parezca.

—Señor Marroquín, dijo Don Félix, viéndose libre de aquella presión, vos sois un hombre honrado y os empeño mi palabra de permanecer al lado de estos señores sea cual fuere la suerte que me esté reservada.

El torero le tendió la mano al capitán.

—Si se va ese hombre te abro la cabeza de un pistoletazo, Marroquín.

—Respondo de él como de mi persona.

—Echemos un trago.

—¡Listo!

Mientras los toreros y los insurgentes se entretenían bebiendo, una mujer se acercó al prisionero.

—¡Señor Don Félix, señor Don Félix!

—¿Quién me habla?

—Yo que vengo á daros noticia de vuestra esposa.

—¡Hablad, hablad por compasión! decidme algo de Rosalía.

—Ella sigue vuestros pasos, debe llegar esta noche á Guanajuato, os sigue desde Dolores.

—¡Pero... en fin... yo no comprendo!

—Los frailes misioneros la robaron del río de San Miguel, ha estado en el convento de las Claras de Querétaro, ella fué la monja que se desmayó la tarde que visitasteis á la comunidad.

—¡Dios mío!

—Anduvistéis demasiado torpe en no conocerla.

—¿Conque era Rosalía?

—Sí, la misma que salió al día siguiente sin poderos dar alcance.

—¡Pero yo estoy loco!

—Sí, vuestros arranques os han traído á esta situación, olvidastéis los favores que debiais al cura Hidalgo; os empeñasteis en hacer la guerra, y estáis próximo á ser fusilado.

—Callad, no me asusta la muerte, no... pero dejar á mi hijo entregado á manos extrañas y abandonada á Rosalía.

—Tranquilizaos y seguidme, pasaremos entre el ejército sin ser conocidos.

—Imposible.

—No me desesperéis con vuestro miedo, ved que tengo tomadas todas las avenidas.

—No es miedo, ¡vive Dios!

—Pues temor.

—Dejadme.

—Ved que os espera Rosalía.

—Dejadme.

—Sabed que Treviño y vuestro hijo acompañan á Rosalía.

—Marchemos, marchemos al instante.

—Pues seguidme.

—No, no puedo... en mala hora arrancaron mis ligaduras.

—¿Qué decís?

—Que de separarme de este sitio comprometo la vida de un hombre.

—¿Y qué os importa?

—He emplado mi palabra y la compliré.

—Quedaos en buena hora, yo no puedo dilatarme, me perdería irremisiblemente... una palabra más, si no os resolvéis será difícil que volváis á ver reunida á vuestra familia.

—No importa; mi honor es primero.

—No quisiera separarme de este sitio sin vos, decidme si conocéis á vuestros custodios.

—Sí, uno de ellos es el torero Marroquín.

—¡Ah! dijo la vieja, llamadle, es mí amigo.

—¡Señor Marroquín, señor Marroquín! gritó Don Félix.

—¿Qué se ofrece caballero?

—Nada, se apresuró á contestar la vieja, quiero hablaros una palabra.

—Ya os escucho.

—¿Qué queréis por ese hombre?

—Yo no me pongo á precio, marchaos ú os estrangulo.

—Bravo, muy bravo está el señor Marroquín; seguramente hoy ha vuelto á acordarse de aquella cuenta que tiene pendiente con Núñez de Clavijero.

—Conozco vuestra vos, señora, dijo el torero, no sé quién sois, pero vos me avisasteis que estaba ese hombre en Guanajuato la noche de la toma de Granaditas.

—Gracias á Dios que tenéis tan buena memoria, señor Marroquín; precisamente os vengo á proponer un cange, dadme á Don Félix os entrego al inquisidor.

—Os doy todos los prisonieros por ese hombre!

—Bien, juradme que no atentaréis contra la existencia de Don Félix, y yo os juro á mi vez que Núñez de Clavijero será vuestro.

—¡Lo juro! desde hoy el capitán Don Félix estará á mi lado, nosotros marchamos para Zacatecas.

—¡Lo sé y no estéis inquieto porque yo sé cumplir mi palabra.

La vieja se alejó entre las rocas del camino, mientras el torero se acercaba á Don Félix á ponerle al tanto de su convenio.

XL.

El mulato Lino, á quien no se había escapado la inquietud de Pedro el Negro al hablarle de su dinero, se fingió profundamente dormido, para dar más confianza á sus compañeros y robar al desgraciado muchacho, que con tanto cuidado guardaba en el tambor los ahorros de su muy honrosa profesión de bandido.

Pedro el Negro tenía atadas á la cintura las fajas del redoblante para despertar al menor movimiento.

El Negro y el Mulato eran vivísimos, así es que ambos se ayunaban las vigilias.

Pedro quedó al fin vencido por el sueño y su respiración marcó desde luego su sopor.

Lino se comenzó á arrastar como una culebra entre la yerba hasta tocar con su mano el tambor convertido en maleta.

El bandido comenzó á tirar pausadamente, sin notar que la « caja » estaba adherida al cuerpo del Negro por los tirantes; creyó al primcipio que le servía de obstáculo la yerba, y probó á levantarlo.

Pedro, con esa inquietud de sueño de los hombres que viven en el peligro, despertó, pero sin otro movimiento que el de abrir los párpados; entonces vió perfectamente al mulato, y fingiendo un movimiento cualquiera, desenvainó el puñal.

Lino se retiró á observar, mientras que su soñada victima volvió á tomar la actitud del sueño.

Tornó el bandido á serpear hasta ponerse junto al negro; éste no se movió esperando el momento.

Lino comprendió que las ligaduras impedían cargar con el tambor, sacó su puñal afilado y comenzó á deslizarlo por las correas con un éxito admirable. Ya estaba al concluir su operación, cuando el Negro le asestó una puñalada de muerte, que le atravesó el corazón.

Ni el ronquido del estertor, ni un último suspiro, arrancado á la fuerza del golpe, nada se escuchó en el silencio de aquella noche: no hubo agonía, porque la herida había sido terrible.

—¡ Ah ladrón! murmuró el Negro, me querias robar mi dinero, ya llevaste tu merecido.

No hay personas más defensoras del derecho de propiedad que los ladrones.

Pedro, sin impresionarse por aquel lance, se puso á registrar los bolsillos de Lino, dónde encontró una gran cantitad de oro.

—No ha estado mala la presa, envolvamos á este majadero en su zarape y no hay que despertar á los compañeros.

Pedro acostó perfectamente al asesinado, le cubrió la cara con el sombrero, y á la madrugada emprendió su camino más alegre que una golondrina.

Lino había muerto como el mayor de los bandidos, por mano de sus cómplices.

XLI.

¡ Ahí está Guadalajara, esa ciudad aristócrata y distinguida, capital de todas las que se avanzan hacia las arenas abrasadas del Pacífico, señora de aquellas montañas y llanuras que perpetúan los recuerdos de la conquista, matrona orgullosa, mojando sus sandalias en las ondas tumultuosas de su Tiber, rival altiva desde sus primeros días de la jóven Tenoxtitlan y emblema fantástico de una libertad sin horizontes!

Guadalajara recibe á los independenties con coronas de laureles y ramos de oliva, y el caudillo de aquellas regiones planta sobre sus altas torres el oriflama de la libertad.

El bravo Antonio Torres, al frente de su ejército, tomó posesión de aquella tierra sin marcar su tránsito con el reguero de sangre que era la estela que seguía á la revolución.

Aquel héroe cuya generosidad era reconocida por sus adversarios, era un león en los combates y el destino le tenìa dispuesto un apotéosis suntuoso sobre el cadalso.

Dos años después en el mismo teatro de su gloria, se levantó un patíbulo de dos cuerpos, y el 23 de Mayo de 1813 subió el valiente Torres al tablado, con la frente erguida y luminosa. Aquel terrible drama era digno de un héroe.

Mártir de la libertad, su cabeza cayó á los pies de sus verdugos y su sangre empapó la tierra.

No satisfecho aún el rencor humano, cebóse en el cadáver « descuartizándole. »

El cuarto del brazo derecho se envió á Zacoalca, el otro á la garita de Mexicaltzingo de aquella ciudad, punto por donde hizo su entrada, otro á la del Carmen, y el último á la de San Pedro.

Aquellos miembros mutilados estuvieron durante cuarenta días á la expectación pública y después fueron arrojados al fuego.

La saña de los hombres tiene mucho de las fieras. La casa del héroe fué derribada y los terrenos que la circunvallan sembrados de sal.

¡Miserable parodia de los conquistadores de Tierra Santa!

Antonio Torres, el que á la vez de su patriotismo hizo levantar los pueblos de Colima, los planes de « Tierra Caliente, Sayula y Zacolco, el que con la punta de su espada trazó un plano sobre la tierra para explicar su plan de campaña á los rudos campesinos que formaban su ejército, vivirá á despecho de sus verdugos, en las páginas de la historia.

Se resiste la pluma á manchar estas hojas consignando los nombres de los que firmaron aquella fatal sentencia

XLII.

El cura Hidalgo se avanzó en diez jornadas hasta Guadalajara, recibiendo en los pueblos todos del tránsito las ovaciones mas grandes que puedan tributarse al libertador de un pueblo.

Dicen les cronistas que « el día 24 de Noviembre salieron de Guadalajara veintidos coches á la hacienda de Atequizar, con órdenes de aquel gobierno para recibir á Hidalgo: llegó á San Pedro Analco, dónde se le dió un banquete espléndido, y á la tarde, concluido el « coro » se presentaron los canónigos á felicitarlo.

« Al siguiente día, se formó toda la tropa en dos alas con la infantería á retaguardia, hasta la puerta de la iglesia catedral, donde estaba el batallón de Guadalajara: seguían la comitiva cien coches, las calles estaban pobladas de gente, y adornadas con colgaduras y banderas.

« En la puerta de la iglesia había un altar portátil el dean salió á dar agua bendíta hasta dicha puerta; llegó Hidalgo hasta el presbiterio, y se cantó el « Te Deum. »

« Salió después á pie en procesión hasta palacio, en cuyo salón principál había un dosel, bajo el cual se sentó y recibió á las corporaciones que le felicitaron cumplidamente; pero mucho más se esmeró cuando respondió á la de los colegios. »

Conmovióse el héroe á la vista de aquella juventud, ella debía realizar el pensamiento de la independencia, ella formaría la pléyade que debía avanzar hasta nuestros días con el lábaro de la libertad!... allí

estaban nuestres padres, ellos escucharon de los labios de Hidalgo los vaticinios que auguraban la nacionalidad mexicana; sí, ellos, que nos han trasmitido aquella revelación misteriosa del destino y que nosotros guardamos en el arca de oro de nuestra fe y nuestro patriotismo!

Aun se escucha al través de medio siglo aquella voz soberana. « Levantáos, almas nobles de los americanos, del profundo abatimiento en que habéis estado sepultaddos, y desplegad todos los resortes de vuestras energía y de vuestro valor, haciendo ver á todas las naciones, las admirables cualidades que os adornan y la cultura de que sois susceptibles!... En vista, pues, del sagrado fuego que os inflama y de la justicia de vuestra causa, alentáos, hijos de la patria, que ha llegado el día de la gloria y de la felicidad pública de América! »...

Pasarán cien y cien generaciones sobre la haz de la tierra americana, y el acento de Hidalgo vivirá entre nosotros como la voz del Salvador á través de diez siglos!

XLIII.

El general Allende llegó con el ejército á Guadalajara, despertando el espíritu patriótico y nunca desmentido de aquella ciudad.

Victoreos, músicas, un concurso inmenso de pueblo, y la sociedad más distinguida, salió al encuentro del jóven héroe, siendo Hidalgo el primero en rendirle su homenaje al más querido de sus compañeros.

—¡Aun vive la revolución! murmuraba Allende, y en su semblante resplandecia la luz de la esperanza.

Ocuparónse en organizar el ejército, en la fundición de cañones, en el invento de proyectiles, siendo los más notables los cohetes que hoy se llaman á la « Congreve » y las granadas pequeñas arrojadas por las hondas.

Hay una acción que haría honor a la heroicidad antigua, como fué la de transportar á brazo las piezas de grueso calibre en un trayecto de cien leguas y atravesando barrancas inmensas y alturas y precipicios que conservan aún la memoria del trágico fín de Pedro de Alvarado el conquistador.

Quien haya visto el camino de San Blas á Guadalajara, ó estudiado ese trayecto en la carta geográfica, no podrá contener su asombro ni un arranque de noble admiración hacia esos patriotas que consumaron tan gigante empresa!

Será objeto de otro libro la descripción de tantos combates y acciones heróicas que forman la epopeya de tan sublime revolución; vamos sobre la huella luminosa de los primeros caudillos y en nuestra próxima obra abarcaremos mayores horizontes.

El caudillo creyó oportuno dar á la revolución una forma política y organizó un gobierno, nombrando ministro de Estado y del despacho al señor D. Ignacio López Rayón, joven de alta capacidad y de valor, que había acompañado al ejército en la jornada de las Cruces.

El ministerio de gracia y justicia fué conferido á D. José María Chico, abogado, y presidente de la audiencia de Guadalajara.

Nombróse embajador á los Estados Unidos á Ortiz Letona, para que procurara el reconocimiento de la indipendencia, é hiciese un pacto de alianza ofensiva y defensiva con la República.

El enviado cayó en poder de los españoles, y tomó un veneno para librarse de un juicio y del cadalzo.

Enviarónse expediciones á la Sonora y á otros puntos del territorio, y comenzó á jugarse el arma más terrible de la civilización actual, la « imprenta. »

Publicóse el « Despertador Americano, » en el que combatió Hidalgo el edicto de la Inquisición, confundiendo á sus enemigos y expresando el significado neto de su revolución.

Estos escritos llegaron á todas las ciudades y se leían con avidez en la misma Capital, á pesar de las excomuniones y de las leyes penales; ellos desmienten todas las invenciones del gobierno colonial, atribuidas á los caudillos, para infamarlos aún después de su muerte.

El gobierno de Hidalgo está fuerte y lleno de prestigio, las noticias más halagadoras se recibían y todo aseguraba el triunfo decidido de la guerra independiente.

Allende era un organizador por excelencia; los Aldamas, Jiménez y Abasolo no descansaban un solo instante, buscado armas, improvisandolas, inventándolas, porque el ejercito de Calleja ufano con sus victorias se adelantaba hacia las posiciones y muy en breve se libraría una batalla.

XLIV.

El 11 de Diciembre de ese año de 1810 un gran tumulto se agolpó frente al palacio de Hidalgo.

—¡ Mueran los conspiradores! gritaba la múltitud.

—¡ Mueran!

—¡ Mueran! respondían las mismas voces con un furor desesperado.

—¿ Qué pasa, amigo mío? preguntó Marroquín á Saca-vueltas.

—Que se ha descubierto una conspiración de los españoles que están presos en el Seminario y Colegio de San Juan.

—¡ Malditos gachupines!

—Querían asesinar al cura Hidalgo y á los generales.

—Es decir, formar un tumulto.

—Precisamente.

—¡Dicen que ya está cerca Calleja y qué se las hemos de pagar.

—No será malo tomarles la delantera.

—Marroquín, tú siempre estás dispuesto á la matanza.

—Siempre, y no he de perdonar á uno solo de esos malditos.

—¿ Y al capitán Don Félix?

—Esa es mi excección... ¡ Demonio! y la bruja tarda demasiado... si me cumple su palabra, te juro que será la última, no vuelvo más á desenvainar la espada.

—¿ Dónde se habrá metido el inquisidor?

—No importa, de las entrañas de la tierra lo sacará la vieja.

—Lo creo como lo dices, y ando asustado desde aquella noche que se nos apareció.

—Ya somos de confianza; no obstante, cuando veo brillar sus ojos de raposa y oigo que se chupa los labios enjutos, me pasa un calosfrío de muerte.

—Te confieso que tienes un valor á toda prueba, yo no continuaría en tratos con ella.

—Si ya no hay inquisición.

—No importa, le tengo más miedo que al ejercito de Calleja.

—Yo estoy seguro que me traerá á ese condenado, y aunque después se lleve mi alma el diablo.

—¡Ave María! Tú estás desesperado.

—Ya hace tiempo.

—El tumulto continúa.

—Entremos á palacio á tomar lengua.

Los toreros se echaron á andar entre aquel maremagnum de gente que pedía á gritos la cabeza de los europeos.

Entre tanto Hidalgo había reunido á sus ministros y generales.

—Señores, he aquí los documentos que prueban la complicidad de los europeos como autores de una contra-revolución. Calleja ha salido sobre Guadalajara, y estos hombres meditaban entregarle nuestras cabezas.

—Señor Hidalgo, dijo Allende, es necesario hacer un escarmiento, pero un escarmiento terrible.

—Señor, dijo Jiménez, yo no sé qué decir á mis soldados, cuando me recuerdan las ejecuciones ordenadas por Calleja; la mayor parte de ellos son de Guanajuato, y han visto subir á la horca á sus padres, á sus hermanos, á sus amigos, y si se pretende contener su venganza, acabarán por desertar de nuestras filas.

—Señores, replicó Hidalgo, la sangre me horroriza, la he vertido en los campos de batalla porque la guerra es la destrucción; he apelado á algunas ejecuciones en el último extremo y hoy me encuentro decidido á reprimir á los conspiradores, con toda esa energía que pone en mi ánimo el lugar que ocupo en el gobierno de América.

—Lo primero, añadió Aldama, es alejar de nuestro campo la semilla fecunda del motín, conservar nuestro ejército y la existencia de los hombres que llevan en sus hombros la terrible carga de esta revolución.

—Yo no veo, dijo Allende, en este negocio un interés personal; sé que la revolución no se detendría por nuestra muerte; pero sí la pone en un gran peligro; además, no tenemos derecho á perdonar á esos hombres, que al verse libres tornan á empuñar las armas en nuestra contra, de esto hay ejemplos todos los días.

—Parece que en ese punto nuestras opiniones son uniformes, dijo Abasolo.

—No daré el espectáculo de Calleja en Guanajuato, continuó Hidalgo, porque aquí no hay á quienes aterrorizar; haré desaparecer en el silencio á nuestros enemigos sin necesidad de patíbulos, la razón de Estado es superior á nuestros sentimientos; antes de proceder, examinad los documentos, no quiero que la historia nos acuse como á nuestros enemigos.

Allende y los otros caudillos examinaron detenidamente los documentos, que eran nada menos que una correspondencia con Calleja y el plan de los trabajos revolucionarios; además, proclamas y papeles subversivos que no dejaban duda sobre el atentado que iba á cometerse.

Cierto es que aquella inquisición no podría nivelarse con un juicio; pero las causas políticas ceden al temperamento de la situación.

Es preferible esta conducta á la formación de una causa, cuando se sabe de antemano que la sentencia ha de ser condenatoria.

Los espectáculos terribles que habían presenciado aquellos hombres, les había dado una serenidad siniestra.

Ignoraban hasta el número de los sentenciados, lanzaban el rayo sobre

una masa de hombres que debía desaparecer y desaparecería en el mar tenebroso de la muerte.

Allende agitó la campanilla.

—Señor ayudante, dijo á un oficial, haced que entre Marroquín.

A pocos momentos el torero se presentó en el gabinete.

—Disponed una escolta, dijo Hidalgo, y desde esta noche sacaréis en secciones á los prisioneros del Seminario y el colegio de San Juan y los ejecutaréis en las barrancas del Salto.

Una alegría feroz irradió en el semblante de Marroquín.

—Aquí tenéis la orden para las prisiones.

—Cuidad de la reserva, dijo Allende.

El torero inclinó la cabeza, y saludando á los generales salió de la estancia á dar rienda suelta á su despecho, cebando en las víctimas su furor insaciable de sangres y de matanza.

Hidalgo se quedó solo, hundido en la más séria contemplación, meditando hasta qué abismo lo había lanzado la ferocidad de sus adversarios.

Después hizo llamar á Don Roque Abarca, militar instruido en la cienca de la guerra, y se puso á discutir con la mayor tranquilidad y reposo sobre varios puntos de la estrategia.

XLV.

La junta de generales opinó por presentar batalla á los realistas, en el puente de Calderon.

Noventa y seis piezas se llevaron al lugar del combate.

El 14 de Enero de 1811 á las doce en punto del día comennzó á salir de Guadalajara el ejército independiente.

Hidalgo y Allende iban al frente de la columna, á cuya vanguardia se veía lo más granado de la tropas.

Siete mil indios flecheros traídos de Cololotlán cerraban la marcha; parecía un ejército de mallorquines y cartagineses en marcha para el campo de los combates.

Acampó el ejército en las llanuras, moviéndose después al punto de la Laja, donde pernoctó.

Reuniéronse los jefes bajo la tienda de Hidalgo para celebrar la última conferencia.

—Señores, dijo el caudillo, acaban de ser derrotadas nuestras tropas en Urepetiro, y esto puede introducir variación en nuestro plan de campaña.

—Me permito hacer una indicación, dijo Allende: como estamos algo desconcertados dejemos entrar á Calleja, dividamos en dos trozos el ejército para que él divida el suyo, y atendiendo á la superioridad numérica lo batimos indefectiblemente.

—Yo, dijo Aldama, soy de esa misma opinión y aún creo que existe una razón superior, y es que nuestro ejército aun no está en disposición de afrontar una batalla campal con las tropas disciplinadas de Calleja.

—Ahí está Granaditas, ahí las Cruces, dijo Hidalgo un tanto alterado.

—Ahí están también San Jerónino Aculco y Guanajuato, señor general, esas acciones hablan muy alto en favor de lo expuesto del camino que llevamos.

—Yo soy de opinión, continuó Hidalgo, que un ejército es para batirse, que si las fuerzas de Iriarte salen de Zacatecas, podía flanquer á los realistas en los momentos en que nosotros le presentábamos batalla.

—Calleja, repuso Allende, ha formado un grupo terrible, y el mayor número de nuestros soldados nos dará como otras veces por resultado el desorden y la confusión.

—Los azares de una batalla no están nunca en el poder humano, y si se reflexionasen las eventualidades que pueden surgir en un momento dado, no se libraría jamás un combate.

—No me habéis permetido pasar á Zacatecas por las fuerzas de Iriarte, para tener más elementos, es decir, más probabildades de éxito.

—Desconfío de ese miserable y temo que os haga caer en un lazo que comprometa vuestra existencia; además que esa gente no está más instruida que la nuestra .

—Entonces tomemos otro rumbo, hagamos una marcha forzada y ocupemos las ciudades que los realistas dejen desguarnecidas hasta que podamos estar en disposición de pelear con ventaja.

—Noventa y seis piezas están colocadas sobre las posiciones, un gran ejército las defiende; antes de llegar á la arma blanca, nuestros cañones los habrán destrozado; yo no puedo hacer movimientos ligeros con un número tan inmenso de gente.

—Estoy sospechando, señor cura, dijo Allende con el rostro enrojecido por la cólera, que se me está teniendo por un cobarde, y vive Dios que está el miedo muy lejos de mi alma.

—No os exaltéis, se trata de discutir y...

—Yo no entro más en el debate, repito que mi opinión es, y ojalá que me equivoque, que mañana, señor cura Hidalgo, estamos derrotados.

—Habéis perdido la fe.

—No por mi nombre, dadme la vanguardia y me veréis batir como el primero.

—Jamás he desconfinado de vuestro valor, señor general, y creedme, yo no veo más intereses que los de la patria, no quiero malograr el entusiasmo de las tropas; vos mismo condenásteis mi retirada de las Cruces, diciendo que el ejército perdía su moral, y hablábais sobre un campo de victoria, ¿qué sería hoy después de los desastres de Aculco y Guanajuato?... la deserción, el desbordamiento!... prefiero la derrota, porque queda aún el sentimiento de orgullo ofendido... Una bandera en girones y acribillada por las balas, va bien en la mano de cualquier soldado; pero un pendón que preside la retirada de un ejercito, va cubierto de vergüenza!

—Eso lo dice vuestro patriotismo, pero lo niega el arte de la guerra.

—Nada adelantamos, señores, con este debate; pongamos á votación el negocio, y decida la mayoría.

Herido el amor propio de los jefes y aun del mismo Allende, se votó por la afirmativa, y el ejército tomó su colocación sobre las rocas de aquel puente histórico.

XLVI.

En la tarde del 16 de Enero de 1811; Calleja llegó al pueblo de la Joya, que está sobre el camino de Guadalajara.

Avanzáronse las guerrillas y á poco se encontraron con las de los insurgentes que comenzaron á tirotearlas hasta replegarlas á su campo.

El cuerpo de observación de Hidalgo levantó multitud de lumbradas, que asemejaban un gran incendio en las llanuras y en las montañas.

Pasóse la noche en espectativa hasta que la luz primera de la mañana alumbró los campos.

El ejército de Hidalgo ocupaba una eminencia escarpada, que se extendía á la izquierda de un pequeño río límite entre los dos ejércitos en una prolongación de tres cuartos de legua.

Esta última moría en una llanura donde estaba concentrado el grueso de las fuerzas independientes.

En la loma se había colocado una gran batería apoyando su retaguardia en un barranco, y otras baterías adyacentes, que cruzaban sus fuegos defendiendo el anfiteatro por donde tenía que atravesar el ejército de Calleja.

Una barranca extendida del Este al Sodoeste imposibilitaba el paso precisamente al enemigo á arrojarse sobre el puente teniendo que forzar la posición.

No había más que afrontar el peligro. Calleja dividió en dos trozos su ejercito tomando el mando de la primera sección y encomendando la segunda al conde de la Cadena.

Ordenó que esa división atacase á la izquierda del enemigo, cuando él se lanzase sobre la derecha de tan formidable reducto, reuniéndose ambas divisiones, en caso de victoria, sobre la cima de la pequeña montaña.

Cadena hizo el movimiento convenido y la batalla se generalizó en la línea toda permaneciendo indecisa durante tres horas en que las baterías de los insurgentes detenían el avance del enemigo:

Flon quiso arrebatarle el triunfo á Calleja, y se arrojó sobre las baterías de Hidalgo, y fué tres veces rechazado poniéndolo la última en completa dispersión.

La caballería realista contuvo el desorden y Calleia acudió personalmente á evitar los estragos de una derrota.

La victoria estaba al declararse por los insurgentes, porque la división Calleja y la del conde habían fracasado en su primer intento.

Los insurgentes cargaron sobre la caballería realista con tal ímpetu, que el regimiento de San Carlos retrocedió por dos veces y empezó á huir á ejemplo de su coronel.

Las baterías de Hidalgo no cesaban de jugar sobre el ejército de Calleja que ya estaba derrotado, cuando un fatal incidente vino á dar un colorido siniestro á la batalla, y á obscurecer el iris tendido sobre el cielo de aquel combate.

Una granada cayó en el parque do los insurgentes y lo incendió súbitamente produciendo una explosión gigante y un estrago terrible.

Los cajones de parque que en el calor de la acción se habían aglomerado junto á las baterías imprudentemente, se incendiaron, haciendo volar á los artilleros y tropa que sostenía las baterías.

Los cañones se desbarrancaron al hacerse pedazos las cureñas.

Llegó el fuego á los «almires,» y una llama se alzó hasta las nubes, y el humo envolvió al ejército insurgente porque el viento soplaba en contrario.

—¡La ira de Dios hubiera sido menos implacable!

Los soldados comenzaron á huir despavoridos, perdióse el orden de la formación y comenzó la derrota.

Allende estaba herido, pero su valor no decaía: tomó lo que pudo de aquellas fuerzas y se hizo fuerte en una loma cercana.

Calleja se encontraba de improviso vencedor, así es que llegó al puente sin disparar un tiro; ¡tan fácil triunfo le concedió la fatalidad!

Aquellos soldados, pocos momentos antes trémulos y cobardes, tomaron brío al ver huir en todas direcciones á los insurgentes, sin atreverse á perseguirlos.

La batería de Allende fué tomada á la bayoneta y los caudillos tuvieron que retirarse en medio del más espantoso de los desastres.

El conde de la Cadena quiso darse aires de vencedor trayendo para cubrir su derrota, un gran número de prisioneros, así es que se lanzó con sus dragones en pos de los dispersos.

La escolta de Allende iba á ser la primera víctima.

Volvióse el joven general y vió á sus soldados con una mirada terrible.

Los soldados lo comprendieron, y ligeros como el rayo acometieron á sus perseguidores, apresaron al conde de la Cadena, le atravesaron cien veces el corazón y prendiéndole un «lazo» al cuello lo arrastraron por las rocas del camino deshaciéndole el cráneo contra las piedras.

Al día siguiente unos indios llevaron aquel cadáver mutilado, al campo donde Calleja celebraba sus triunfos.

Aquella batalla ganada por Hidalgo hubiera hecho la independencia de América en ese día memorable.

Dios no quiso dar la victoria á las armas independientes; en su altos designios señalaba aquella catástrofe como una prueba dolorosa al pueblo que marchaba al calvario de su redención y de su libertad.

XLVII.

El desastre de Calderón fué la primera sombra que obscureció el astro de la revolución, que entraba en la penumbra de su eclipse.

Calleja envió expediciones y la Sonora fué recobrada, y Sinaloa, y San Luis, y Guanajuato, y San Blas, y todas las plazas que habían caído en poder de los insurgentes.

Los caudillos yacían herrantes y discordes en sus opiniones sobre el plan de campaña.

Reunieron las fuerzas todas con que contaban y batieron á los españoles en Agua-Nueva; pero aquel triunfo fué sólo un relámpago.

Reunióse Allende con Hidalgo en la hacienda del Pabellón, camino para Zacatecas, allí se celebró una conferencia solemne, Hidalgo estaba sombrio como el destino, Allende, Abasolo, Rayón, Suárez y Aldama, permanecían en un silencio siniestro.

¡Miseria humana!... «ayer,» acatados, obedecidos, recibiendo los homenajes más espléndidos y dueños del porvenir!... «hoy,» errantes, proscritos, y pesando sobre sus frentes una sentencia de muerte!

—Lo había augurado, dijo Allende, hemos descuidado la instrucción de las tropas y esto nos ha perdido; en vano me esforcé por hacerlo comprender, nunca fuí atendido.

—Nuestro plan, dijo Rayón, sobre el fraccionamiento de las fuerzas para evitar toda batalla campal, creo que hubiera dado resultados satisfactorios.

—Yo fuí de opinón, agregó Abasolo, y así lo manifesté terminante-

mente, de que dejásemos la plaza á Calleja para sitiarlo después; pero mi voz no ha encontrado eco en los consejos.

Aldama agregó una inculpación más:

—Este desorden, esta matanza, debían ser precursores de la derrota.

Hidalgo escuchó con fría serenidad á sus compañeros sin abatirse ante una desgracia tan terrible.

Cuando todos hubieron hablado, divagándose en inútiles comentarios, el cura de Dolores tomó la palabra.

—Señores, dijo, ninguna de las causas que creéis motivaron la pérdida, es digna de considerarse; la fatalidad y no más que la fatalidad, determinó la derrota. Calleja estaba perdido momentos antes de la volada del parque; creo que discurrir sobre ese acontecimiento es perder el tiempo, veamos nuestros elementos, contemos nuestros soldados, y sigamos en la lucha.

—En ese punto estamos de acuerdo, señor, dijo Allende, yo no retrocederé un solo paso; pero deseo vivamente otra combinación, otro plan de campaña, es necesario tener en cuenta la desmoralización que ha entrado en las tropas, la deserción de nuestros partidarios al ver obscurecerse la estrella de la revolución.

—Señores, repitió Hidalgo, es necesario desarrollar en combinación la idea política con el plan de operaciones para obtener un exito feliz; un pueblo solo es suficiente para hacer su independencia, pero los que le dirigen deben economizar su sangre: creo que una liga con los Estados Unidos sería el golpe de gracia á la dominación española: insisto en mi primitiva idea sobre el particular.

—Yo estoy de acuerdo, dijo Allende, y recordad que apoyé con todas mis fuerzas el nombramiento de Letona come embajador.

—Pues bien, creo que en ese punto no hay discordancia.

Los otros generales hicieron un movimiento de cabeza, aprobando las palabras de Hidalgo.

—Acordes en la política que debemos seguir en el extranjero y la cual ya discutimos al enviar nuestro embajador, pasemos á la organización del ejército, sin declinar mi responsabilidad contraida ante Dios y el pueblo mexicano; os entrego ,señor general Allende, la dirección del ejército, ordenadle como os parezca, yo permaneceré en el gobierno para proporcionaros cuantos recursos necesitéis.

—Ayer, señor cura Hidalgo, cuando las esperanzas más bellas y lisonjeras acariciaban nuestro estandarte y la luz de la esperanza estaba en el horizonte de la revolución, no hubiera aceptado este honroso cargo, por no aparecer como ambicioso: hoy que todo es infortunio y desgracia, me veréis al fronte de las tropas, infatigable y decidido. Yo acepto á mi vez toda la responsabilidad, cuento con mis compañeros para salvar esta nave que cruje y está á sepultarse en un abismo.

—Señor general Allende, dijo Jiménez, siempre juntos; siempre defendiendo la causa de la libertad.

—Señor, dijo Abasolo, nosotros conservamos la moral, que es la fe de la resolución que arde en nuestros corazones; este desastre nos commueve, porque la sangre de nuestros soldados nos es muy cara; pero la fatalidad caerá desarmada, vencida á nuestros piés.

Estas palabras impresionaron vivamente al padre de la independencia mexicana, sus ojos se llenaron de lágrimas y corrieron por aquellas meji-

llas venerandas, como el jugo de su alma; su labio se puso trémulo, el acento se apagó en su garganta.

Después de un momento, se llevó la mano á frente que tenía húmeda con el sudor de la congoja, con aquel sudor que convertido en sangre apareció en la frente del Cristo la noche de su última oración.

—Señor, dijo Allende tomando la mano del párroco,, grandes son las vicisitudes; pero vos tenéis un corazón grande como el cielo, Dios ve vuestras angustias, ve la intimidad dolorosa de nuestros corazones en estos momomentos de tribulación... nuestros sacrificios por esta patria tan querida... y que al fin se empapará con nuestra sangre!...

—No, dijo Hidalgo con acento conmovido, yo no temo por mí, estoy en el último escalón de la vida, y el primero de la tumba... no, no es eso, sois vosotros, cuyas almas llenas de abnegación y de grandeza, veis á pesar de vuestra juventud, que la muerte es el porvenir de los que hemos comenzado esta grande obra, y no os desanimáis ante las vicisitudes... quisiera ser yo la única victima... á vosotros os enoja ver subir al cadalso á nuestros hermanos y correr su sangre por los campos de batalla; yo también lloro en silencio... cada gota de esa sangre parece destilar de mi corazón... veo á los huérfanos y siento ante ellos un dolor espantoso... necesito recordar á la patria, estar en vigilia con esa idea para acallar mis sufrimientos, y disculparme ante mi conciencia; esos mártires han venido forzados á seguir nuestras banderas, han acudido entusiastas en pos de su libertad y si han muerto en la lucha, es porque Dios ha dispuesto que ese árbol sacrosanto, lleve por savia y por rocío la sangre de los hombres y de los pueblos!...

—Y la nuestra correrá también; pero antes lucharemos sin tregua, sin descanso, hasta caer como buenos.

—Señor general Jiménez, dad en la orden de hoy á reconocer como general en jefe del ejército independiente al señor Allende.

—Nosotros lo aceptamos como tal, respondieron los caudillos, y abrasando á su joven compañero se dirigieron á solemnizar con sus soldados el nombramiento del joven héroe.

PARTE SEXTA

I.

Al salir de la casa de Hidalgo los caudillos, una viejecilla se acercó al general Allende.

—¿Qué queréis, señora? preguntó el general.

—Somos conocidos viejos, señor D. Ignacio.

—No os recuerdo.

—Mala memoria tenéis, no habe tres meses que nos vimos en Celaya...

—Os repito...

—Hubo una noche en que me llamásteis salvadora, amiga, y otras galanterías de las que tenéis siempre á vuestra disposición.

—Ayudad mi memoria si os place.

—Caballero, ya que sois tan difícil en vuestros recuerdos, os diré que nos vimos en el panteón de Carmelitas de Celaya.

—¿Sois vos? preguntó sobresaltado el general.

—Yo soy, tendeme vuestra mano.

Allende oprimió con la suya, la descarnada y huesosa de la vieja.

—Más apretada, señor mío, que yo os quiero de veras.

Allende no sabía que pensar de aquel encuentro.

—Negocios de importancia me traen á vuestro lado, necesito hablaros detenidamente, aquí cerca hay una casuca, venid.

—Vamos, dijo Allende, no sin aquella superstición hija de aquellos tiempos.

Echóse á andar la vieja y saliendo fuera de la hacienda se encaminaron á una choza que estaba abandonada.

—Me siento en esta piedra, dijo la vieja, porque estoy fatigada.

—Haced lo que os parezca y hablad.

—Espero que seréis franco conmigo.

—Sì, yo os lo prometo.

—Pues bien, acabáis de sufrir una derrota espantosa.

—Es verdad.

—Poco os ha atemorizado, véis en ello sólo una peripecia que dilatará más ó menos el triunfo de vuestra causa.

—Precisamente.

—Hasta hoy, no habéis tenido más enemigos que los realistas; pero ya comienzan á aparecer otros, que son acaso los má terribles.

—No os comprendo.

—Señor general, la traición comienza á invadiros.

—Decid los nombres, señora, y veréis caer más cabezas que árboles al golpe de la tempestad.

—Aquietaos y escuchadme.

—Seguid, señora, y en nombre de Dios nada me ocultéis.

—Mi presencia en este sitio os puede decir de mis intenciones.

—Bien, señora.

—¿Habéis recibido una comunicación de «Elizondo,» solicitando ser mariscal de campo del ejército?

—Sí, he recibido ese pliego.

—¿Y qué habéis respondido?

—Que era una pretensión absurda, que «Elizondo» no había llegado á hacer suficientes servicios á la causa de la independencia por los cuales mereciese ese ascenso.

—Habéis hecho mal, muy mal: ¿qué os importaba un galón más ó menos?

—Es que se resentirían los demás jefes.

—Eso no importaba.

—Luego ese hombre...

—Se ha convertido en un traidor.

—¿En un traidor?

—Sí, él os espera para vengarse.

—No iré solo, señora, á la frontera, donde en breve conduciré al ejército; porque he determinado seguir sin rumbo de Zacatecas al Saltillo.

—Estad sobre aviso, ved que dos clérigos han hecho la combinación y...

—Decid sus nombres, yo os lo ruego.

—Para qué hablar de esos miserables, lo que os importa ya lo sabéis.

—Descuidad, si «Elizondo» cae en mis manos le haré ahorcar como á un traidor.

—Haréis bien.

—¿Hemos concluido?

—No estéis impaciente y oídme.

—Cuidad de no engañarme.

—Me retiro con vuestro permiso, general.

—Perdonadme, pero en estos momentos hasta vuestras revelaciones me son sospechosas... cuando se está en la desgracia se teme de todos los que nos rodean, no parece sino que el abismo se ahonda más y más.

—Compadezco vuestra situación, vos no sabéis el móvil de mis acciones y por eso os mostráis desconfiado; creo que hasta hoy no os he engañado.

—Seguid, señora, y disimulad el estado de mi ánimo.

—Sabed, general, que Iriarte, ese hombre de quien desconfiasteis en Zacatecas al marcharos para Guadalajara, os traiciona también; está en estos momentos en vuestro campamento, os acecha, desconfiad de él.

—Esta misma noche le hago pasar por las armas.

—Haréis mal, dejadle sin perderle de vista, así no dáis el grito de alarma, ved que la situación es delicada.

—¿Y si ese hombre me vende?

—¿Creéis en mis palabras?

—Sí, sí creo, señora.

—Pues bien, si ese hombre comete un atentado, corre de mi cuenta la venganza, yo os lo juro. Adiós, no olvidéis que «Elizondo» y que «Iriarte» os venden.

La vieja pareció hundirse en la tierra, porque Allende no la vió atravesar la choza para ganar la puerta.

—¿Qué pasa por mí? dijo el joven, ¿es realidad ó aparición?... No, me ha dicho los nombres de esos hombres... estemos alerta, ya que los hechizos vienen en nuestro auxilio.

Allende escuchaba á lo lejos el ruido de los parches, y el clamoreo de sus soldados que lo saludaban como general en jefe del ejército de la libertad.

II.

El ejército insurgente después de estar en Zacatecas, se había dirigido al Saltillo camino de la frontera, pasando por el Venado, Carcas y Matehuala.

El torero Marroquín, Saca-vueltas y el Pípilo caminaban alegremente.

—Queridos, decía el torero, cierto es que vamos de retirada pero nuestra marcha es la de la corriente, nada nos queda en pie, acabo de degollar á dos gachupines que venían en sus carruajes.

—Marroquín, eres el hombre más sanguinario que he visto, tienes una sed que no se sacia jamás, tú has creído que los realistas son toros y así los espabilas.

—Precisamente, como que mi venganza no tiene limites; pero ya he ofrecido que acabando con ese maldito inquisidor hago punto final.

—Que Dios te lo traiga á las manos, porque vas á concluir por matarnos.

—No, no estoy loco, amigos míos; yo soy hombre rudo, pero comprendo que á todos nos ha de pasar lo mismo tarde ó temprano, vamos de caida y no es difícil que nos estrellemos.

—¿Y qué piensas hacer con tu prisionero?

—Nada, ya lo véis, lo traigo á unos cuantos pasos de distancia sin perderlo de vista.

—¿Y qué tal se porta?

—Perfectamente; yo no creía que estos oficiales realistas tuviesen palabra de honor; pero este capitán Don Félix me tiene cautivado.

—¡Primera vez en la vida! exclamó el Pípila.

—Es la primera vez que me compadezco de un hombre, yo no tengo vergüenza de confesarlo, á vuestro cálculo dejo lo que iré á sufrir cuando llegue el momento de degollarle, porque eso sí, como la vieja no me entregue al inquisidor, mato á Don Félix tan seguro como esta luz que nos alumbra.

—¿Y esa es tu generosidad, Marroquín?

—Yo necesito á ese hombre, como que es el único que me trae en la revolución.

—Hasta que confesaste, Marroquín, lo que yo había sospechado.

— Ya os he dicho que la venganza me arrastra hasta la locura, y que no sé hasta dónde iré á parar; se que Núñez de Clavijero está entre nosotros, que lo tengo muy próximo, y que su día tiene de llegar irremisiblemente.

—No quitas el dedo del renglón.

—Creo que no habréis olvidado vuestro juramento.

—Yo nunca olvido, dijo el Pípila; está en razón matar á ese miserable; pero no creo lo mismo respecto á Don Félix.

—Mira, Pípila, no hay que compadecerse demasiado; ese hombre yo lo he conocido; andaba á salto de mata huyendo de la justicia y con su hijo; sin tener donde llevarle llegóse al cura Hidalgo, quien le proporcionó cuanto necesitaba.

—¡Luego es un ingrato! gritó el Pípila.

—Sí que lo es: al estallar la revolución se presentó en la plaza y le confesó al generál que no estaba por la independencia; el señor cura fué tan bueno que le dejó marchar, quedando su hijo bajo su protección.

—¡Demonio! esto pasa do castaño á obscuro.

—Y muy obscuro. Después se incorporó al ejército y nos ha batido con una furia como si tuviese algo que vengar.

—Veo que empiezas á tener razón.

—Y de sobra; y le tomé prisioniero, cuando la bruja me ofreció entregarme al inquisidor, y he suspendido todo para cambiarlo por ese hombre.

El Pípila, que tenía un gran corazón envuelto en la toscas hojas de la rudeza, sintió horror por un hombre tachado de ingratitud y no se tomó más el trabajo de defender á Don Félix.

Saca vueltas se apresuró á contestar.

—No sería malo que cuando tuvieras cerca á Clavijero y á la vieja ahorcaras á todos tres, asi era negocio redondo.

—No está mal pensado; ya hablaremos de eso, yo nada echo en saco roto.

—Señores, gritó el Pípila, ya estamos en el Saltillo, las otras divisiones deben estar alojadas, oid el toque de «retreta;» diablos! cómo me alegra el jarabe, no parece sino que siempre he sido soldado.

—Si no se incendia el parque en Calderón, hoy precisamente debiamos estar en México.

—¿Quién quita que lo estemos dentro de un par de meses?

—Mi deseo no es otro, y juro por el cura Hidalgo, que á todos esos malditos que han ayudado á las ejecuciones los he de colgar como á perros en los balcones de Guanajuato.

—Y de Guadalajara, agregó Marroquín. ¿No sabéis que ese Calleja ha mandado fusilar á los prisioneros del puente? ya nos vengaremos, por ahora que se apunte ese par de gachupines que dejo en el camino... ¡Rayos y truenos! de que recuerdo el cerro de las Bateas y la barranca del Salto, alli sí que me «harté» de matar realistas, le tomé por la mano... estoy seguro que ellos no me perdonarán... seguro, segurísimo.

—Mirad que animación ha tomado la ciudad, estos fronterizos son entusiastas, y aquí podemos estar tranquilos y organizarnos para pelear.

Saca-vueltas arrimó las espuelas á su caballo y se dirigió á una casa á pedir alojamiento para él y sus compañeros, que venían rendidos de una caminata tan larga.

III.

La casa donde Saca-vueltas se proporcionó hospedaje, tenía dos departamentos: uno estaba ocupado por un viejo dueño de la finca, y el otro fué señalado para alojamiento de los guerrilleros.

En la piezas interiores había dos hombres que conversaban recatadamente.

—¿Decís, señor de Clavijero que sois el enviado del general Cruz?

—Sí, padre Pontolongón, traigo un encargo de la mayor importancia para estos bandidos.

—¿Y nada tenéis que temér?

—Estoy con el alma en un hilo: cierto es que llego con un carácter oficial, pero estos bárbaros son capaces de un atentado.

—Yo creo que os respetarán.

—Después de lo de Granaditas, lo creo sumamente difícil.

—¿Entonces por qué aceptásteis?

—La comisión es muy honrosa, además, pienso hacer méritos para tornar á la Península y ser bien recibido en la corte.

—Eso es otra cosa:

—Estoy verdaderamente admirado del orden que guardan los insurgentes.

—Yo he estado á punto de abrazar este punto y hacerme un verdadero insurgente, pero como la causa va de mal en peor, permanezco fiel al rey y á mi papel de espía. Figuraos que no he dejado de avisar á Calleja de cuanto pasa y no pasa en el cuartel general, á mí se me debe todo, yo hize á los conductores del parque que lo aglomerasen junto á las baterías de Calderón, esperando en lo que aconteció, en un incendio.

—Terrible estuvo aquello.

—El éxito señor Clavijero, porque los nuestros estaban derrotados; yo los he visto correr como unos gamos.

—Estuvimos en un peligro inminentísimo.

—¿Y á qué hora queréis que os lleve á la casa de Hidalgo?

—Luego que cierre la noche.

—¿Y por qué ese misterio?

—Nada, es una preocupación. Entre paréntesis, ¿conocéis al torero Marroquín?

—No me habléis de ese mónstruo, es un asesino á quien huyo por instinto.

—¿Y está en la ciudad?

—Debe llegar esta noche.

—Marchemos á ver á Hidalgo, quiero salir esta misma noche para Monclova.

—Nuestro asunto está muy adelantado, nos espera Elizondo para la última conferencia.

—Llevo unas libranzas como la última razón para convencerle.

—Es de los nuestros, ya hemos puesto elementos en sus manos para que se haga de la plaza de Monclova y nos espere; porque allí se dirige sin duda el ejército.

—No puede tomar otro rumbo.

—¿Y tenéis fe en Elizondo?

—Mucha, es un miserable que tiembla ante la autoridad del rey, está acobardado por las ejecuciones decretadas por Calleja, además, la causa de Hidalgo está perdida y ese hombre no tiene el temple de los heroes; os repito que es todo nuestro.

—La operación debe hacerse á tiempo y con mucho sigilo, porque de errar el golpe pierde Elizondo la cabeza.

—Entonces corre todo de su cuenta.

—Me parece que no hay que recomandarle el negocio.

—Vamos, pues, dijo Clavijero, os repito que saldremos esta misma noche.

—Vamos respondió el padre Pontolongón, y los dos clérigos se dirigieron al cuartel general.

IV

El cura Hidalgo, jefe del gobierno, conferenciaba con sus ministros y generales, cuando se le avisó que un enviado del virrey quería hablarle.

Que espere, dijo el cura, y dirigiéndose después á sus compañeros les dijo: No he querido revelar mi ansiedad ante ese hombre, pero me extraña la conducta del gobierno de México, cuando no ha querido recibir nunca á nuestros enviados; decid si recibimos al suyo.

—Se necesita, dijo Rayón, saber el objeto de su venida, yo temo que una susceptibilidad comprometa nuestra causa y estoy por oirle.

—Somos de la misma opinión, dijeron todos.

Hidalgo agitó la campanilla.

—Que entre el enviado, dijo á un ayudande, que volvió á poco con el inquisidor Don Pedro Núñez de Clavijero, á quien acompañaba el padre Pontolongón.

—Saliós, dijo Hidalgo.

El clérigo se mordió los labios y entornando las hojas de la puerta se puso á escuchar.

—Señor, exclamó Clavijero, el general Cruz ha recibido del virreinato este pliego que tengo el honor de poneros en vuestras manos.

—Leed, señor ministro, dijo Hidalgo, pasando el pliego á Rayón.

—Señor, dijo Rayón, Venegas nos hace saber hoy el decreto de las Cortes Españolas fechado el 15 de Octubro del año pasado, en favor de todos los países de Ultramar en que se hubiesen manifestado conmociones, siempre que se reconozca la legítima autoridad soberana establecida en la madre patria. Aquí tenéis una nota en que se nos exhorta á aprovecharnos

de la « gracia de indulto », manifestando los grandes males que se han seguido como consecuencia de la insurrección, y la ninguna esperanza de un feliz resultado, después de tantas victorias ganadas por las armas reales; nos exhorta también á salvarnos de una ruina segura salvando al mismo tiempo la vida de los insurgentes que están en su poder y que no tienen más porvenir que el suplicio, si dentro del término que fija, que es el de veinticuatro horas, no estamos sometidos con todo el ejército al gobierno español.

Enrojecióse el rostro sereno del anciano y dijo con acento sonoro y elocuente:

—Señor Ministro, contestad á Venegas que no entraremos en trato alguno que no tenga por base « la libertad de la nación; » decidle que han perecido muchos europeos, y que seguiremos hasta el exterminio del último, si no se trata con seriedad de una racional composición; decidle « que el indulto es para los criminales y no para los defensores de la patria! »... decidle que no se deje alucinar de las efímeras glorias de Calleja: que esos son rélampagos que más ciegan que iluminan, que hablamos con quien lo conoce mejor que nosotros.

Clavijero veía al anciano con una inquietud profunda; no era el hombre que él había pensado encontrar, lo hallaba grande, valeroso, altivo, como se sueña un héroe.

—Creed, señor enviado, continuó Hidalgo, que nuestras fuerzas hoy en el día son verdaderamente tales, que no caeremos en los errores de las campañas anteriores, y que en el primer encuentro con Calleja quedará derrotado para siempre!...

—Está bien, señor murmuró Clavijero.

—La nación toda está en fermento, estos movimientos han despertado á los que yacían en letargo... los cortesanos que aseguran ser pocos los que piensan en la libertad, se engañan; la conmoción es general y no tardará México en desengañarse si con oportunidad no se previenen los males.

—Todo lo haré presente á S. E., murmuró Clavijero.

—Poned, señor ministro, al final de esa nota que suspenderé las hostilidades y no quitaré la vida á ninguno de los muchos europeos que tengo en mi poder, hasta que Venegas me comunique á su vez su última resolución.

El inquisidor estaba admirado de la arrogancia de Hidalgo.

Luego que Rayón concluyó de escribir la nota, el cura y Allende la firmaron.

—Tomad, dijo el anciano, entregad este pliego, y decidle á vuestro amo todo lo que habéis visto.

Clavijero hizo una genuflexión y salió del cuartel general lleno de espanto.

V.

Tres viajeros habían llegado á Santa María, que es la primera jornada del Saltillo á Monclova.

Diremos que el largo trayecto que media entre estos dos puntos está formado por llanuras desiertas refrescadas solamente por la lluvias pero exhaustas de manantiales y de toda vegetación que parece agruparse en derredor de las aguas.

Algunos árboles suelen encontrarse en aquellas soledades, como fantasmas que vagan en el silencio del desierto.

Los bárbaros en sus excursiones de pillaje suelen atravesar esos campos abandonados por Dios y por los hombres, y las fieras tienen su pleno dominio en los desiertos.

Los parajes donde el viajero toma descanso, son unos verdaderos aduares, pueblecillos expuestos á la intemperie y que viven sin explicarse el por qué de su existencia.

En siete puntos del trayecto se han practicado unos pozos profundos para extraer el agua por medio de norias, de donde ha tomado el camino que abraza las jornadas hasta Monclova el nombre de « Las Norias de Baján. »

La traición ha eternizado ese nombre, que se recoje en el episodio sangriento de Chihuahua y sobre el cadalso de los primeros caudillos de nuestra independencia.

Decíamos que los tres viajeros habían llegado á Santa María.

—Aguarden aquí, muchachos, dijo el que parecía el amo, mientras entro en esa choza cercana.

Los mozos obedecieron y el amo se acercó al jacal.

—El es, dijo un hombre alto y enjuto, que tenía cubierta la cabeza con un pañuelo, cuyas puntas le caían á los lados de la cara.

—Señor Don Pedro, ya estaríais con cuidado.

—No lo niego; han comenzado á segar las norias y ya los caballos se mueren de sed.

—La operación ha comenzado temprano.

—Ya sabéis que esto constituye el punto principal, la base de...

—Sí, ya comprendo, en cinco ó seis días de camino, los soldados y los animales no habrán podido resistir á la sed, y si llegan á Monclova, será diezmados y en la derrota peor que pueda darse, la fatiga.

—Perfectamente; supongo que Elizondo cumplirá su palabra.

—Ya en estos momentos debe haberse hecho de la plaza de Monclova y salido á Baján, que es el punto destinado...

—Temo que ese traidor nos traicione á su vez.

—No hay que temer por ahora; ese miserable espera tomar un buen botin, sabe que Hidalgo trae cerca de un millón en pesos y barras.

—Buen bocado.

—Dadme noticias, padre Pontolongón.

—Oídlas, que son importantes. Luego que salísteis continuó la junta; Hidalgo, Allende y el licenciado Aldama, partirán para los Estados Unidos á buscar apoyo y á la compra de armamento: el último está nombrado embajador.

—¿Y el ejército?

—Queda á las órdenes de Rayón, porque los generales creen que con el dinero que llevan es suficientes para toda su combinación.

—¡Demonio! eso nos contraría, porque pensábamos darles el golpe á todos reunidos.

—No puede ser, Rayón se queda con el ejército y una escolta de mil y tantos hombres es lo que viene con Hidalgo, Jiménez, Allende y Abasolo, sin contar con su acompañamiento numeroso. Hidalgo es capaz de popularizar su causa en el país vecino y darnos mucha guerra todavía.

—Es un hombre de gran talento y todo lo espera de su genio.

—No obstante, creo que el ejército pierde mucho con la separación de los caudillos.

—Es que Rayón no es menos intrépido.

—Si logramos la aprehensión de los generales, la revolución languidece si no es que muere.

—El golpe es decisivo.

—Nos pondremos ahora mismo en camino, atravesaremos esta distancia que parece prolongarse demasiado y prevendremos á Elizondo de lo que pasa.

—Quiero dormir algunas horas.

—Como gustéis, padre Pontolongón.

El antiguo maestro de aposentos se tiró en una estera y á los pocos momentos comenzó á roncar como un desesperado.

VI.

Los mozos que permanecían fuera de la choza tenían á la vez su conversación muy empeñada.

—Anoche, decía uno de ellos, la bruja volvió á aparecer.

—¡Demonio!

—Yo creía que se trataba del canje y que ya me traía al inquisidor.

—¿En qué nuevo embolismo te ha metido?

—Acercóse misteriosamente y me dijo: esta noche sale el padre Pontolongón para Monclova, pretextando que va de aposentador; síguelo y tendrás en tu podor á Núñez de Clavijero.

—¿Y no te exigió la entrega de Don Félix?

—No, lo he dejado en poder de Saca-vueltas, que espera mi aviso para devolvérselo á la bruja.

—A mi vez quiero hacerte una revelación.

—Habla, Pípilo.

—En la hacienda del Pabellón me encontré á tu bruja, iba con el general Allende, ambos entraron á una casuca, yo me puse á escuchar por fuera entre los carrizos de la cabaña, y oí una terrible revelación.

—¿Puedes decirme algo?

—Sí, escucha: la bruja le avisó al general que Elizondo le traicionaba y estaba dispuesto á entregarle en manos de los realistas.

—¿Y cómo emprende entonces la marcha? ¡cuerno del diablo!

—Fía en que la escolta es suerior á las fuerzas de Elizondo, y piensa colgar á ese traidor.

—Sí que ahorcaremos á ese canalla.

—Mira, Marroquín, que esta marcha va á ser terrible, nota que ya han cegado la primera noria y así encontraremos las demás, y que ya debilitados por una contrariedad tan espantosa como la falta de agua ,no habrá fuerzas para la resistencia. Temo mucho un desastre, sabes que estamos de desgracia y...

—Siempre tú con presentimientos.

—Que siempre se realizan.

—Será necesario avisar al señor Hidalgo lo que pasa.

—Pues quédate aquí, que yo retrocedo.

—Está bien.

Antes es necsario hacernos una promesa.

—Habla.

—Un grande infortunio amenaza á nuestros queridos generales: si ese Elizondo los traiciona, es necesario matarle.

—Sí, matarle como al inquisidor. Mira, Pípila, ya me conoces, soy tenaz hasta morir; en estos momentos no sé dónde voy, la bruja me ha puesto sobre la huella de Clavijero y marcho sabiendo que al fin lo he de encontrar. Cuando me dijiste: vamos de escolta, conviene que te disfraces, que no sepan quién eres, tu voz me pareció providencial y partí contigo escoltando á este clérigo, de quien desconfío como de Elizondo.

—Síguelo, Marroquín, y matalo á la primera que lo agarres, mira que es un solemne bribón.

—En el Espinazo del Diablo lo estrangulo, ya tenemos bastantes datos para creer que nos vende: lo respeto porque sé que es mi guía para encontrar al inquisidor.

—No olvides tu promesa, Marroquín.

—Yo se la recordaré, dijo una voz con la entonaicón destemplada de quien ha perdido el juicio.

—¡Nos escuchabas, miserable!

—Sí que os escuchaba; pero Antonio Pedraja es vuestro amigo y nada tenéis que temer; cuanto habéis hablado ya me lo sabía.

Y el loco soltó una de sus carcajadas de costumbre.

—Mira, Pedraja, que tú no estás loco.

—Ya se ve que no lo estoy.

—¿Puedes ayudarnos?

—Nunca os he abandonado.

En aquellos momentos atravesaba un coche en que iba Rosalía, Treviño y su nieto; aquella infeliz familia cominaba en pos de Don Félix, á quien tenían en rehenes los toreros.

Rosalía no había logrado ver á su esposo; la gitana no cesaba de decirla que pronto estaría en su brazos y empujaba á Marroquín sobre la huella de Núñez de Clavijero.

Aquellos hombres estaban á corta distancia y se encontrarían al fin.

Treviño caminaba rumbo al Saltillo, formando parte de la caravana de Hidalgo.

El portugués tuvo una entrevista con el general, quien había dado orden á Marroquín de poner en libertad á D. Félix; pero éste no obedeció y guardaba al capitán como á una muchacha; era lo único que garantizaba su venganza.

Saca-vueltas era un Argos, no dejaba movimiento al prisionero, y estaba dispuesto á matarlo cuando se ofreciera.

El capitan estaba desesperado hasta el último extremo y no sabía la suerte que se le reservaba: los toreros le traían en sus caminatas arrostrando las penalidades y peligros, y temiendo á cada instante ser víctima, ya de los realistas, ya de las desconfianzas de sus guardadores.

Aquella situación estaba próxima á terminar.

Decíamos que atravesaba el coche de Treviño: Antonio Pedraja se fijó en Rosalía; detuvo su mirada en el rostro de aquella mujer cuya pasión lo había enloquecido, la reconoció perfectamente, sus ojos rodaron espantos grito.

centellantes por sus órbitas, sus brazos se retorcieron, y lanzó al fin un

Rosalía se volvió al escuchar el grito, fijóse á su vez en su desgraciado amante, y apenas pudo reconocerlo entre la selva de cabellos que cubrian

su frente y la sombra espesa que en desorden ocultaba casi todo su rostro.

Estremecióse aquella mujer; vió el estrago que su ingratitud había producido en aquel ser tan infeliz, y el remordimiento punzó su corazón.

—¡ Rosalía! ¡ Rosalía! gritaba el loco con voz estentorea, te encuentro al fin... mira mi frente, mira mi semblante, todo se ha agotado con los dolores... mi cerebro ha enloquecido... ¡ estoy demente!... ven... ven... ¡ten compasión de este pobre loco!..

El coche siguió en su marcha rápidamente.

Rosalía ocultó el rostro entre las manos y lloró con la amarga tristeza del que ha causado una gran desgracia á su semejante.

Pedraja no pudo moverse, sus piernas vacilaron, y cayó al fin sobre las piedras del camino.

—¡ Loco de remate! dijo Marroquín.

—¡ De remate! respondió el Pípila.

—Márchate, que el tiempo corre.

—Adiós, hermano, pronto nos volveremos á ver.

—¡ Adiós!

El Pípila saltó sobre su caballo, y volviéndose por el camino del Saltillo, se dirigió al encuentro de Hidalgo, para avisarle que las norias estaban cegadas y que Elizondo estaba á punto de cometer una traición.

VII.

El padre Pontolongón no se había engañado; los principales caudillos de la revolución habían determinado pasar á los Estados Unidos para hacerse de armamento y procurar el reconocimiento de la independencia.

El Lic. Aldama había llegado á San Antonio Béjar para aproximarse al suelo americano; ahí la traición impía le tomó en su redes, y al estallar la contra revolución fué preso y pronto moriría como Letona, el primer embajador.

Rayón había quedado al frente del ejército independiente, mientras los caudillos, acompañados de una escolta de mil quinientos hombres con alguna artillería, y seguidos de una gran caravana de emigrantes y un gran tren de bagajes, caminaban por ese desierto que se extiende del Saltillo á Monclova, donde están las siete norias llamada de Baján.

Los revolucionarios de Béjar se pusieron de acuerdo con Elizondo, que estaba á las inmediaciones de Monclova, para darle el golpe á la plaza.

Elizondo era un capitán de compañías presidales; había tomado parte en el movimiento de la independecia para engrandecerse: solicitó ser teniente general, lo que le fué negado por Allende; entonces aquel miserable pesó en el fiel de sus inteses su venganza, y halló que un gran crimen podía darle más aún de lo que le negaba la revolución.

Acorde con los españoles para volver á sus antiguas filas, arrastrando tras sí existencias que la humanidad ha declarado inapreciables, dispuso un plan infame de cuya realización sa encargaría la fatalidad.

«Elizondo» dispuso un baile, al que invitó el gobernador de Monclova, y en medio de aquella alegre fiesta y cuando los votos y juramentos se vertían con la efusión purísima de la amistad y el patriotismo, Elizondo, que concurría como el renegado apóstol al último convite, intimó prisión á los insurgentes, después que sus soldados habían sorprendido los cuarteles y hóchose de la plaza.

Púsose en prisión á la ciudad, rodeándola de tropa para que la noticia del movimiento no llegase á Hidalgo, que caminaba como Moisés por el desierto, seguido de un pueblo en busca de la salvación.

El itinerario que traía la caravana, marcaba para el día 21 de Marzo 1811 la llegada de Hidalgo á Acatida de Baján.

«Elizondo» salió el 17 con sus fuerzas y se dirigió á ese lugar, donde dispuso una emboscada, primer acto del drama ante el cual protesta la humanidad entera.

VIII.

El inquisidor y el padre Pontolongón llegaron á Acatita de Bajan.

—Señor Elizondo, decía Clavijero, he recibido vuestra carta y he querido venir personalmente.

—Sé que ha salido ya Hidalgo de Monclova y le espero con impaciencia.

—Estad tranquilo, nada sospecha; por el contrario, cree que le esperáis para escoltarlo hasta la frontera.

—Bien.

—¿Habéis encontrado al Licenciado Aldama?

—Ya está asegurado.

—Perfectamente; aquí os traigo los pliegos del virreinato, por los cuales veréis toda la fortuna que os aguarda: ascensos, dinero, honores, cuanto queráis y en verdad que todo es debido á una acción tan meritoria: vais á dar el golpe de gracia á esa revolución de herejes.

«Elizondo» abrió los pliegos, y en sus ojos brilló un relámpago del infierno, luz sombría en el mundo de su ambición, tentación maldita del espíritu de la codicia.

—Sí, dijo, sediento de riqueza; todo, todo por alcanzar estas promesas... es poca la sangre que vierta, yo tengo ultrajes que vengar... sí, muchos... tengo que alzar muy alto el pedestal de mi porvenir. He ofendido á mi rey, y sólo así puedo estar perdonado; volveos, señor Clavijero, volveos, y decid al virrey que tras de vos irá el emisario con la noticia de la captura de los insurgentes.

—Contad con que todo lo que se os efrece, será cumplido religiosamente.

—Así lo espero. Y vos, padre Pontolongón, incorporaos á la caravana y avisad á Hidalgo que el alojamiento está dispuesto, llevadle este oficio que tenía escrito de antemano, en que le ofrezco mis seguridades y adhesion; es necesario arrancar cuantas sospechas pueda abrigar, ved que importa mucho á la causa del rey y de la religión.

—Ni el rey ni la religión estarán descontentos, he trabajado sin descanso durante muchos años, he espiado, seguido, acechado á mi antiguo rector, hasta traerle á vuestras manos; creo que he cumplido con mi consigna.

—Está bien, dijo el inquisidor ,estoy contento de vos y recebiréis el premio; descuidad, que de todo me encargo.

—Pues retrocedamos, señor Clavijero; en el «Espinazo del Diablo» debemos encontrar á los insurgentes.

—¿Me conocerá alguno?

—Nadie ha de reparar en vuestra persona, ese tumulto es horrible; allí nadie se distingue.

—Fío en vos, padre Pontolongón.

Idos pronto, dijo «Elizondo,» vuestra presencia me está comprometiendo, una sola palabra puede malograr el lance.

El inquisidor y el clérigo montaron en sus caballos, y seguidos del torero que no los perdía de vista, se alejaron á la Punta del Espinazo del Diablo.

—Señor Don Pedro, la hemos hecho perfectamente: en Acatita de Baján está el único «aguaje,» y esa tropa sedienta lo tendrá que buscar por fuerza.

El inquisidor no respondía.

El padre Pontolongón continuó:

—Está de malas la insurgencia, ya veis, al cura Mercado, al héroe de San Blas, se le encontró hecho pedazos en una barranca profunda en el camino de Tepic; así se paga todo en el mundo, tantos señores españoles que han muerto... Asistí en Guadalajara á la traslación de los restos de los fusilados... en la barranca del Salto... ¡qué horror!... parecía la traslación de un cementerio... conocí á Calleja con su frente mezquina y sus ojos de tigre, ¡demonio!... sus labios delgados se contraen á menudo, respira bilis el general. ¡Dios mío!... las ejecuciones de Guanajuato y Guadalajara, á pesar de ser tan justas, me han aterrorizado; ese hombre es peor que «Pedro el Cruel;» ¿no os parece lo mismo?... ¡con mil diablos! ¿estáis sordo, señor Nuñez de Clavijero? gritó el padre Pontolongón.

—No, no lo estoy dijo el inquisidor, pero excuso responder á tanta necedad; tengo negocios más importantes en que pensar.

El torero Maroquín oyó aquel grito, que era una revelación, y pensó en los hechizoos de la bruja.

—¡Clavijero! murmuró llevando la mano á su puñal; el inquisidor... lo llevaba cerca de mí y no la había conocido... miserable, esta vez no se me escapará... siento que se revela en mi alma todo el odio mortal que le profeso á ese verdugo... yo estoy empapado en sangre hasta los cabellos... él, él tiene toda la culpa... en el tormento de mi padre se desarrollaron en mi alma estos instintos feroces... ¡cuántas víctimas ha hecho mi furor!... si yo hubiera encontrado antes á este hombre... pensemos en mi venganza... él no sabe que la muerte vuela en su derredor... es necesario ocultarme, si me descubriesen podrían asesinarme. Conservar el vigor nervioso de la rabia y la desesperación... yo podría matarle ahora mismo, pero quiero gozarme en su agonía que ha de ser terrible... espantosa!...

Los dos clérigos caminaban preocupados por distintos pensamientos, pero todos convergentes hacia el punto de destrucción de sus enemigos. La tarde comenzaba á caer cuando los viajeros entraron en el Espinazo del Diablo, que es una sucesión de rocas blancas como la nieve y que se prolongan en una extesión de diez leguas.

La configuración que presentan sobre aquellas llanuras y el color blanco, les han dado el nombre del «Espinazo del Diablo.»

Las sombras de la noche se extendían en el horizonte como los primeros velos de la noche; unos celajes puestos al occidente reflejaban con la apacible luz del crepúsculo, y reinaba un profundo silencio en la extensión que se tocaba en el cielo. Los tres viajeros parecían tres fantasmas sobre la huella de su destino.

Repentinamente el silencio de aquellas soledades se turbó por el chasquido de las herraduras sobre las rocas: eran doce ginetes á cuya cabeza iba Pedro el Negro,

—¿Quiénes son? preguntó asustado el inquisidor.

—No temáis, dijo el padre Pontolongón, es la primera descubierta del ejército de Hidalgo.

Pedro el Negro se acercó al clérigo y le reconoció en el acto.

—¿Habéis preparado el alojamiento para el general?

—Ya está todo arreglado.

—No dilata en llegar, esta noche acamparemos aquí; ¡demonio! estos gachupines han cegado las norias de Santa María y Anelo y á la del Espinazo le pasa lo mismo; ya nos la pagarán todas juntas.

—Descansaremos en aquella choza.

—Sí, que vengo muerto de sed, lo mismo que mis guerrilleros.

Los clérigos y Pedro el Negro se apearon, y entoces el torero Marroquín se acercó á éste y le hizo una seña de inteligencia.

Pedro se alejó de la choza y habló unos momentos con el torero.

—¡Listo! dijo Pedro, y en compañía de Marroquín volvió al jacal donde estaban el padre Pontolongón y Clavijero.

Entróse el torero á la choza y descubriéndose el rostro le dijo al inquisidor:

—¿Me conoces?

—¡Dios eterno! exclamó Núñez de Clavijero.

—Creíste haberme matado y te engañaste, ¡miserable!

El padre Pontolongón estaba trémulo, comprendía que iba á pasar un lance horrible.

—¡Hola! gritó Pedro, llamando á los guerrilleros, asegurad á ese fraile mientras le ajusto las cuentas.

Los soldados ataron al padre Pontolongón, que había perdido el habla de terror.

Los dos bandidos se arrojaron sobre Clavijero, le ataron las manos y con una sangre fría terrible le pusieron un lazo al cuello, apoderándose de los extremos, comenzó un «tira» y «afloja» de agonía y tormiento inexplicables, en que Clavijero luchaba suspendido entre le muerte y la vida á merced de sus verdugos.

Aquel refinamiento de crueldad era espantoso, el lazo había rozado el cuello del inquisidor y escurría sangre; la fisonomía del desgraciado parecía la de un réprobo marcada con los tintes sombríos de la desesperación.

El rostro de Clavijero se puso cárdeno, sus ojos se inyectaron y las venas y músculos del cuello se hincharon para impedir la falta de respiración.

—Ya estás en mi poder, dijo el torero; no vengo á derramar tu sangre por cobrarte la de mi herida... no, yo vengo á castigarte; porque la cólera del cielo debía caer sobre tu cabeza... tú me has arrastrado al asesinato... yo era niño y no sabía lo que era odiar, hasta que te conocí en aquella noche cuyas sombras viven en mi alma.

—¡Compasión... compasión! murmuró con voz ahogada el inquisidor.

—Te he buscado al través de este mundo de sangre en que he entrado... y te encuentro al fin... vas á morir y he querido antes saborear tu agonía; llama en derredor tuyo las sombra de los que has asesinado en el tormento... he querido que escuches en tu última hora los lamentos de tantas víctimas... ellas se acercan en tropel á demandar venganza!...

En vano huyes la vista del espectáculo que tienes delante... esta es la justicia de Dios... esa justicia que debe alcanzarme, porque yo estoy

también manchado con la sangre de mis semejantes... tú me has arrastrado al abismo en que vas á hundirte... yo sé que la cólera del cielo va á estallar sobre mi frente... espero ese día que llegará al fin.

—¡Piedad... piedad... yo me arrepiento!...

—¡Ya es tarde!... hemos cometido muchos crímenes para poder alcanzar el perdón... la muerte, la muerte es la que debemos llamar... dirige á Dios tu última súplica porque vas á morir.

Pedro el Negro oprimía con fuerza la reata esperando una seña de Marroquín.

—¡Verdugos! gritaba el inquisidor, ¡asesinos!... ¡malditos seáis!

—Arrepiéntete, mira que ya te quedan pocos instantes.

—Dejadme... dejadme... el hierro candente cae gota á gota sobre mi corazón... las llamas me devoran... ya cruge la «rueda,» y me tritura los huesos... ¡huid, fantasmas! ¡dejadme, yo muero!

—Así, así, exclamaba el torero, ya las sombras de tu conciencia se revelan y toman forma... sufre... voy á prolongar tu agonía.

—¡Maldición! el fuego me roe las entrañas... ¡el infierno se abre para tragarme!

—¡Sea de una vez! gritó el torero tirando fuertemente de la reata, á cuyo extremo se cargaba con toda su fuerza Pedro el Negro.

Nuñez de Clavijero se puso rígido, echó la cabeza hacia atrás, tendió los brazos, crispó las manos y haciendo un gesto espantoso de desesperación exhaló el último aliento.

—¡Padre, ya estás vengado! exclamó Marroquín al ver desplomarse el cadáver del inquisidor.

—He cumplido mi palabra, dijo con voz cascada una vieja que había presenciado la escena detrás de los carrizos de la choza.

—Yo cumpliré la mía, respondió el torero. Pedro, dile á Saca-vueltas que entregue á esta señora á nuestro prisionero el capitán Don Félix de Quintanar.

—¡La bruja! murmuró Pedro el Negro.

IX.

Treviño llegó á la casuca del Espinazo del Diablo, saltó del coche para ver si podía alojarse en el jacal donde había tenido lugar aquella peripecia dramática.

Entróse el portugués y tropezó con el cuerpo de Clavijero, sacó su mechero, prendió la flama y al disiparse las sombras contempló el rostro del inquisidor que conservaba el tinte feroz que había caído en su semblante durante su prolongada agonía.

—Treviño se estremeció, sus ojos se fijaron en el cadáver y murmuró con voz apagada:

—¡Hermano!... ¡hermano mío!... y se echó á llorar amargamente.

Llamó á sus criados, recogió aquellos restos queridos y les dió sepultura al pie de las rocas.

—¡Huyamos de aquí, exclamó el infeliz; sobre esta tumba se alza la sombra inexorable de Dios!

X.

Caminaba por el desierto el pequeño ejército de Hidalgo en medio de las penalidades más horribles; las cisternas habían sido cegadas y el calor abrasante de aquellas regiones era la muerte para hombres y animales.

Los soldados caían muertos de fatiga y los caballos se tiraban sobre aquellas arenas donde reverberaba el sol en toda su fuerza.

El agua se había agotado; era necesario forzar las jornadas para que la gente no encontrase su sepulcro en la soledad abandonada.

En todo el desierto había un solo aguaje, el de Acatita de Baján, donde Hidalgo se encaminaba violentemente.

El caudillo estaba alarmado; la huella de su peregrinación se marcaba con los cadáveres de sus pobres soldados, aquellos héroes que lo habían acompañado desde el día primero de la revolución.

Volver la vista hacia atrás era desgarrarse el corazón, niños y mujeres arrastrándose por los arenales, enfermos, decaídos por una sed abrasadora, y el sol, aquel sol reverberante, dando de continuo sobre las llanuras, como si se hubiera estacionado en el horizonte.

La tarde del 20 de Marzo aquella tropa peregrinante supo que estaba á corta distancia del agua, y que á la mañana siguiente tendrían fin su hambre y su sed.

Reanimóse la caravana á la vista de aquella tierra de promisión, y las mujeres, esas eternas compañeras del hombre en su vicisitudes, se adelantaron con sus hijos en medio de la noche para llegar las primeras al campo de Acatita de Baján.

El torero Marroquín caminaba silencioso, su rostro había sufrido una transformación horrible, parecía que el bandido se había hecho viejo en una sola noche.

—Vamos, decía el Pípila, tú te guardas algo.

El torero no respondía.

—Mira Marroquín que voy á reñirte.

—La imagen de ese hombre, contestó el torero, no se aparta de mis ojos un instante, he matado á muchos... sí, á muchos, me he gozado en verles agonizar; pero siempre sus rostros revelaban una pena profunda y sus labios pedían misericordia; pero la faz del inquisidor no se parecía á la de ninguno... parece que el demonio le había prestado su gesto... Yo tiemblo sólo á ese recuerdo... te confieso que tengo un miedo horrible... además, esa bruja misteriosa... esa mujer... yo no comprendo su intención al poner en mis manos á Núñez de Clavijero.

—Yo lo entiendo menos, contestó el Pípila; el resultado es que te has vengado á tu sabor.

—Es verdad... no me pesa; pero hay algo dentro de mí, que al apagarse la llama de mi venganza, me grita en medio de la obscuridad de mi alma, que mi hora se acerca.

—¡ Supersticioso ! exlamó el Pípila riendo á carcajadas.

—Puedes reírte cuanto quieras, pero no es menos cierto lo que te digo.

—Escuchame, Marroquín, yo quiero ocultar con fingida alegria los presentimientos de mi corazón... durante esta marcha por el desierto, esa huída á la tierra extraniera, he pensado que la suerte nos ha abandonado y que entramos en la de malas.

—Es verdad.

—En vano he dicho al señor cura Hidalgo que Elizondo lo vende, fía mucho en la tropa, que después de tanta marcha ya no tiene aliento, en vano también le dije que los traidores habían cegado los pozos y roto las norias, ha estado como siempre invariable en su resolución.

—Recuerdo ahora que tenemos algo pendiente.

—Sí, dijo el Pípila, llevando la mano á su puñal, hemos jurado matar á los traidores, ¿te has arrepentido?

—No; creí que Clavijero sería la última víctima; pero el destino me reserva aún para verter más sangre.

—Sí, más sangre; porque estoy seguro que esos miserables mañana nos traicionan.

—¿Insistes Pípila?

—Insisto, porque esa bruja no ha dicho jamás una mentira, y porque á tí te consta que el inquisidor y el padre Pontolongón han hablado con Elizondo.

—Precisamente.

—¿Entonces?

—Será cosa de pelear y nada más.

—Estoy dispuesto, y vive Dios que seré terrible en esta ocasión.

En aquel momento se acercó á Marroquín la gitana.

Vengo á que me cumplas tu palabra.

Asustóse el torero al oir la voz de la bruja.

—He satisfecho tu venganza, y sin embargo ese bandido que sirve de custodia á Don Félix se ha negado á entregarle.

—Me parece imposible.

—Acompáñame, es necesario que Don Félix salga esta noche mismo de vuestro campo.

—¿Dónde está Saca-Vueltas?

—A una legua de aquí, viene á la retaguardia del ejército.

—Le esperaremos aquí.

—No, ven conmigo.

—Mi caballo no puede dar un solo paso.

—¡Marroquín! gritó la bruja, eres un miserable.

—Ved que me insultáis.

—¿Y qué me importa, asesino despreciable?

El torero comenzaba á ponerse furioso.

—Cuando te he visto sediento de la sangre de Clavijero me he compadecido de tí, porque te animaba un sentimiento generoso, la venganza de tu padre; creí que al dar el último golpe á tu enemigo, me cumplirías al menos una palabra arrancada la víspera del asesinato... hice mal, tus instintos infames no se volverían hacia el lado del honor.

—¡No me desesperes, bruja infernal! gritó el torero.

—Yo sé, continuó la gitana, que tu espíritu se abatiría después de la muerte de Clavijero; porque ese hombre valía más que tú, á pesar de las Beatas y del Salto!

—¡Miserable!

—Tú, tú eres el miserable, que creyendo burlar una palabra, desprecias la venganza de una mujer... Marroquín, mañana á esta horas acuérdate de mí.

El torero disparó un pístoletazo á la gitana, pero á la luz del fogonazo vió que la bruja había desaparecido.

XI.

El traidor Elizondo estaba ansioso por la llegada de los caudillos á Acatita de Baján.

Oigámos lo que dice la Historia en su página del 21 marzo de 1811:

«Elizondo formó en batalla la mayor parte de su tropa, como para hacer los honores militares al paso de Allende y los demás jefes, dejando á su retaguardia en un recodo que hace allí el camino un destacamento de cincuenta hombres, y adelantó otro á la vanguardia, compuesto de indios y comanches mescaleros de la misión de Peyotes, bien instruidos de lo que debían ejecutar.

«En tal disposición esperó Elizondo la llegada de los jefes de los insurgentes, que se verificó á las nueve de la mañana del 21 de Marzo.

«Presentóse desde luego el reverendo padre fray Pedro Bustamante y cuatro soldados, saludáronse mutualmente sin recelar cosa alguna y siguieron hasta el cuerpo que quedó á la retaguardia, donde se les intimó se rindiesen, lo que hicieron sin resistencia.

«Seguía á éstos un piquete de sesenta hombres, con quien se practicó lo mismo desarmándolos y atándolos sin demora; venía en pos de él un coche con mujeres, escoltado por doce o catorce hombres, los cuales intentaron defenderse y fueron muertos tres de ellos y cogidos los demás.

«En este orden siguieron llegando hasta catorce coches con todos los generales y eclesiásticos que los acompañaban, que fueron aprehendidos sin resistencia.

«Acercóse Elizondo al carruaje donde venía Allende con su hijo, y temblando como un salteador le intimó se diese á prisión.

«Allende se irritó á la vista de aquel hombre, llamóle traidor, miserable, y echando máno á sus pistolas las disparó sobre aquel renegado, que escapó milagrosamente al tiro dado á quemaropa.

«Entonces, Elizondo no repuesto aún de su espanto, gritó con acento aterrorizado: ¡fuego! ¡fuego!

«Los soldados dispararon sobre el carruaje... ¡el hijo de Allende tenía atravesado el corazón!»

Jiménez, que acompañaba al joven caudillo, se echó fuera del coche y conteniendo el ímpetu de Allende se entregó prisionero.

Avanzó Elizondo al carruaje de Hidalgo que venía escoltado por Marroquín y cediendo á la majestad del héroe, se quitó el sombrero manifestando en su apostura lo humillante y vergonzoso de su situación.

—Podéis retiraros, caballero, dijo Hidalgo, me causa verdaderamente pena veros desempeñar un papel que no creí jamás hubiérais aceptado.

—Señor.

—Soy vuestro prisionero, os encargo á mis soldados, olvidáos de que habéis estado bajo sus banderas, invoco para ellos simplemente la humanidad.

Luego que los caudillos estuvieron perfectamente asegurados, Elizondo se adelantó con el grueso de sus fuerzas al encuentro de los mil quinientos soldados que custodiaban la caravana y que llegaban á Acatita de Baján diezmados por las penalidades del desierto.

La confianza con que los insurgentes caminaban hacia Monclova creyendo encontrar amigos nada más, hizo que al ver á lo lejos las tropas traidoras en formación de hacer los honores, no sospechasen la perfidia de Elizondo; éste se adelantó violentamente y al cuarto de hora de camino ya les había encontrado, arrojóse sobre la artillería dando muerte al oficial de vanguardia, apoderóse de los cañones, hizo cuatro disparos sobre el grueso de la fuerza y la dispersión se efectuó momentáneamente.

Los indios acuchillaron á los artilleros y la caballería capturó á más de ochocientos de los dispersos.

—Soy vuestro prisionero, os encargo á mis soldados; olvidáos de que habéis estado bajo sus banderas,...

(*Pág. 424*).

Entre los prisioneros se encontraban Don Juan Aldama, Don Mariano Hidalgo, hermano del cura; Don José Santos Villa, que había concurrido al grito de Dolores; el padre Balleza, el ministro de justicia Don José María Chico y multitud de jefes y oficiales de todas categorías, así como los frailes y clérigos que tomaron parte en la insurrección.

Sobre el campo se fusilaron á todos los oficiales que habían pertenecido á las banderas del rey.

Los soldados caminaron á presidio y los paisanos fueron consignados á las fincas de campo inmediatas en servidumbre perpetua.

La noticia de la prisión de los caudillos se recibió en la corte de México el Lunes Santo 8 de Abril de 1811.

XII.

Consumada la traición más horrorosa que registra la historia de aquellos días aciagos, Elizondo entró en Monclova con el séquito de prisioneros, en el alarde preditorio de su infamia.

El populacho acaudillado por los frailes salió al encuentro de los vencedores y atronaba el aire con los gritos de ¡viva Fernando VII! ¡mueran los traidores!... ¡muéra Hidalgo!

Destacóse por uno de los angulos de la plaza el padre Pontolongón seguído de una chusma desaparrada de canallas que había recogido en los suburbios de la villa, y se lanzó gritando como un rabioso:

—¡Las cabezas de Hidalgo y de Allende! ¡Muera la insurgencia!... ¡Mueran los impíos! ¡las cabezas!

La multitud respondía con frenesí, nuestros caudillos veían con reposado desdén las oleadas de aquel motín, estrellándose ante la solemne majestad de su infortunio.

Aquel mismo pueblo, sin la traición de Elizondo, hubiera alfombrado el suelo de rosas y levantado arcos triunfales á los hombres de la independencia... ¡tal es la condición humana!

El padre Pontolongón estaba ebrio de entusiasmo.

—Señores, decía á un grupo de amigos, con estos ojos que se han de comer la tierra, he espiado al cura Hidalgo durante el rectorado y su hereje revolución... ahora sí que estoy más que satisfecho... figuraos que tuve que hacerme insurgente, eso sí, fué por mandato del obispo, no estoy excomulgado. Dios sabe que he estado en las filas de estos malditos por defender la causa de la religión y del rey... he pasado muchos sinsabores, las matanzas me horrorizan, por supuesto cuando se ejercen con los nuestros, en cuanto á los insurgentes, bien merecido lo tienen, ¡herejes! para ellos ¡hierro candente!... ¡blasfemos!... estoy que no quepo en mi mismo de gozo, esto es más de lo que se podía esperar... Marroquín el torero, ya está en las astas del bicho, veremos si es tan bueno para morir como para matar... ¡asesino!... ¡asesino!

—¿No quiere su reverencia un trago de licor? dijo uno de los del corrillo.

—Venga, eso nunca sobra ni hace mal, yo formo siempre que se da ese toque.

—¿Y le enseñaron los insurgentes á su reverencia á beber?

—En obsequio de la verdad debo decir que ya sabía yo desde el siglo pasado.

Pusiéronse á beber como unos desesperados los del corrillo en compañia

del venerable padre Pontolongón celebrando la victoria espléndida de Elizondo.

Durante la conversación del clérigo dos hombres del pueblo lo habían estado acechando tras una esquina, sin perderle de vista, y recogiendo sus palabras.

—No tenemos ya duda, dijo uno de ellos.

—Es un infame este clérigo.

—¿Estás resuelto á lo que hemos convenido?

—Enteramente.

—Pues aguardaremos, ya la noche no dilata en caer y entonces...

—Silencio y disimulemos.

Los dos individuos se mezclaban á los grupos y gritaban como ellos pidiendo las cabezas de los caudillos; pero procurando en medio de aquel motín, no separarse de la tienda á cuya puerta hacía sus libaciones el padre Pontolongón.

Luego que cerró la noche, la chusma se dispersó bajo la promesa de Elizondo de que los héroes serían castigados de una manera ejemplar.

El padre Pontolongón, atarantado con los vapores del aguardiente, estuvo algunas horas con sus amigos, y después se lanzó por las calles sin atinar rumbo ni camino, entróse por un barrio y ya iba tomando la salida de la villa, cuando los hombres, que no habían cesado de seguirle, se arrojaron sobre él, le ataron un pañuelo á la boca para que no gritase, montáronle á la grupa de uno de sus caballos y á todo escape se alejaron de Monclova rumbo á las Norias de Baján.

XIII.

Los caudillos habían sido aprehendidos en territorio sujeto á la comandancia de las provincias internas por lo tanto le tocaba el conocimiento de las causas, así es que los reos salieron de Monclova para Chihuahua el 26 de Marzo de 1811.

Los héroes de la independencia mexicana iban cargados de cadenas: así lo pedía la humanitad para consumar su triunfo... así lo demandaba el porvenír para alzar templos á su heroísmo y la historia para esculpir en mármoles sus nombres...

Los soldados veían con respeto a los prisioneros, una sola palabra hubiera bastado para volverse contra sus jefes; no obstante, esa palabra no salió de los labios de aquellos mártires.

En un punto llamado el Alamo, separaron á los eclesiásticos con excepción de Hidalgo y los condujeron á Durango, donde fueron vilmente ejecutados por los sicarios de aquel poder terrible que venía atravesando como una tempestad el ancho cielo de tres siglos.

El 25 de Abril llegaron á Chihuahua; destinándoles como prisión á Hidalgo, Allende, Aldama, y Jiménez, el hospital militar; donde fueron conducidos, dice un historiador, aherrojados con grillos y esposas como habían venido de Monclova.

Dicen los historiadores que « el comandante general brigadier Don Nemesio Salcedo, « comisionó » para la instrucción de las sumarias á Don Juan José Ruiz de Bustamante, recomendándole la « brevedad », y en 6 de Mayo nombró una « comisión » ó junta militar compuesta de un presidente, un auditor, un secretario y cuatro vocales, á la cual pasase el comisionado las declaraciones que tomase de « tres » en « tres » individuos

para que en este orden se viesen y sentenciasen. En el mismo día confirió comisión « especial » para la formación de las causas de Hidalgo, Allende, Don Juan Aldama y Jiménez, á un oficial asturiano llamado Don Angel Avella, administrador de correos de Zacatecas y á quien Allende había perdonado la vida. »

El día 7 de Mayo se presentaron los caudillos á dar sus primeras declaraciones.

Hidalgo y Allende llegaban, como el « minutero » y el « horario » del reloj de la revolución, á fijarse simultáneamente sobre el último número, al terminar su gloriosa carrera en los escaños del suplicio.

Manifestáronse con aquella serenidad de los heroes de los tiempos antiguos.

En vano se les exhortó á renegar de sus principios, á confesar que la revolución era un atentado contra los reyes de España y sus legítimos derechos.

Allende, cediendo á su carácter impetuoso dijo al fiscal:

—Señor Avella, sé que voy á morir; pero aun á precio de mi vida no comprarías una confesión tan vergonzosa como deseáis; he proclamado la independencia de mi patria y no dejaré el funesto ejemplo á mis soldados de una retractación; muero por ese principio que está arraigado en mi alma, y una voz interior me dice que la idea va á sobrevivir y que llegará un día en que se realice; ahora lo que cumple á mi deber, es dar la última lección á los míos, enseñarles como se muere, y que este trance es nada delante de la obra grandiosa que hémos emprendido.

—Muy insolente estáis la víspera de vuestra muerte.

—No tanto como pudiera delante de un hombre á quien he perdonado la vida.

—Es cierto, dijo Avella, pero lo hicísteis temiendo el castigo que os esperaba.

—¡Sois un miserable! gritó el joven, y haciendo un esfuerzo terrible rempió la cadena que ataba las « esposas » que sujetaban sus manos, y dió con ella un golpe violento sobre la cabeza de Avella.

La sangre corrió por el rostro de aquel hombre y manchó las hojas del proceso.

Los guardias se arrojaron sobre Allende y le volvieron á atar.

—Ya he dicho lo bastante, dijo el caudillo; nada tengo que añadir si no es suplicar que me quiten de la presencia de ese hombre á quien deprecio profundamente.

El fiscal, trémulo de coraje, hizo salir á los reos. Cuando se encontró solo, se puso á redactar á su sabor las declaraciones, asentando cuantas falsedades le parecieron oportunas para desprestigiar la causa de la Independencia.

Inventó que los caudillos habían confesado lo « injusto » é « impolítico » del movimiento, y que declinaban los unos en los otros la responsabilidad; que todos estaban « arrepentidos » le haber iniciado la revolución, y más aún, que confesaban sus « errores » y pedían el « perdon » al rey y á la nación por sus atentados.

Los enemigos de nuestra nacionalidad han acogido esas calumnias como un documento histórico, y las han publicado para desconceptuar á los héroes de 1810.

No puede creerse que unos hombres que sabían positivamente que no serían perdonados, que tan firmes se mantuvieron en sus declaraciones, que

murieron con tanto valor, sufrieron una decadencia vulgar delante de un proceso que estimaban como una fórmula.

El pueblo que presenció las ejecuciones responderá á la historia de la actitud digna y majestuosa de los caudillos en la hora solemne de su martirio.

Presidía el consejo de guerra el teniente coronel Don Manuel Salcedo, siendo vocales el capitán retirado Pedro Nolasco Carrasco, los capitanes Don José Joaquín Ugarte, Don Simón Elías Gonzáles y otros subalternos á quienes ha olvidado la historia.

El asesor Don Rafael Bracho fungió de auditor, pidiendo la pena de muerte por el crimen de « alta traición; » cuyo parecer fué aceptado y admitido por el consejo que pronunció la sentencia.

Las ejecuciones se señalaron para los dias 10 y 11 de Mayo, 6, 26 y 27 de Junio.

El 10 de Mayo salieron al cadalso el Mariscal Ignacio Camargo, el brigadier Juan Bautista Carrasco, y el torero « Agustín Marroquín, » que perdió la moral como todos los asesinos vulgares: los más feroces en la impunidad son los más cobardes al perder la vida.

El día 11 fueron pasados por las armas por la espalda y como traidores el mariscal Francisco Legorreta y el coronel Luis Mireles.

El 6 de Junio fué un día terrible para Hidalgo, su hermano, aquel hermano querido que no le había abandonado desde la noche memorable del 15 de Septiembre; le tocaba su turno...

Arrodillóse el caudillo en el fondo de su calabozo, puso su frente sobre las baldosas y comenzó á rogar á Dios entre llantos y sollozos que recibiese en su seno el alma de su hermano!...

Don « Mariano Hidalgo, » Don José Ignacio Ramón, capitán veterano, de Lampazos, Don Santos Villa, uno de los hombres del grito de Dolores, y Don Pedro León fueron llevados al patíbulo ese aciago día.

Amaneció el 26 de Junio, y en frente á la prisión de Hidalgo comenzó á formar la tropa llevando sus cajas á la sordina.

Las campanas daban el toque de á rogativa y reinaba un gran silencio en toda la ciudad.

Presentóse el oficial en la puerta de la prisión y leyó con voz trémula los nombres de los sentenciados:

Don IGNACIO ALLENDE, Don JUAN DE ALDAMA, Don MANUEL SANTA MARIA, Don MARIANO JIMENEZ!

Hidalgo se adelantó á sus compañeros y tendiéndole la mano á Allende le dijo:

—Capitán, acordaos del Monte de las Cruces, allí érais invencible, vuestra espada era el rayo y vuestra mirada alumbraba como el sol el campo del combate... aun sois el hombre de ayer... morid, sí, morid como habéis vivido, con el aliento de los héroes... Adiós!...

Allende se llevó las manos al corazón y de sus ojos rodó una lágrima que corrió por sus mejillas.

Llegóse Hidalgo á Jiménez y tocándole el hombre con su mano le dijo:

—General, vos no debíais morir, vuestra generosidad con el enemigo debía formar una coraza contra la muerte... la traición y la ingratitud os hieren como una espada de dos filos... estáis sereno, así os vi en el « Puente de Calderón. »

A este recuerdo se anubló el semblante de Hidalgo y su corazón se oprimió dolorosamente; apenas pudo pronunciar algunas palabras.

—Adiós, murmuró, procurando contener las lágrimas, adiós... Aldama... dadme el abrazo de la muerte... ya os sigo... me quedo solo por algunos días... pero, ¡qué soledad tan espantosa!... me estaba reservado veros morir... pronunciar mi última oración sobre vuestras tumbas... ¡oh! la patria... la patria.... por ella habéis sacrificado vuestra existencia... nosotros morimos, pero ella queda... adiós... mañana hablaré con vuestras sombras... y más tarde nos abrazaremos allá en el cielo... rodead mi cadalso... tended vuestras alas en mi rededor en mi última hora... perdonad si alguna vez... no, Dios está delante de mí... y ve en el fondo de mi conciencia... id, ya os llaman... hasta la eternidad...

Cuantos presenciaban aquella terrible escena estaban canmovidos profundamente.

Llegó la hora fatal.

Los caudillos fueron conducidos al lugar del suplicio, que era la « Plazuela de los Ejercicios. »

Allende se resistió á recibir la muerte como traidor, aquella ignominia le atormentaba; no obstante, los verdugos le obligaron á conservar aquella actitud humillante y las balas penetrando por su espalda hicieron pedazos su corazón, aquel corazón cuyos latidos habían hecho palpitar á una raza en su letargo de tres siglos.

Al día siguiente 27 de Junio, llevaron al cadalso al licenciado Chico, ministro de justicia, al ingeniero Solis, á don Vicente Valencia y á Onofre Portugal.

Fueron destínados á presidio con nota de « infamia trascendental á sus hijo, » y confiscados sus bienes, multitud de patriotas que cayeron en las redes de aquella traición impía.

Abasolo fué librado de la pena capital, y conducido á Cadiz, donde murió cargado de cadenas en el castillo de Santa Catarina.

XIV.

Esas detonaciones de armas, salva magnífica de la muerte, última manifestación del orgullo humano en el error sangriento de sus extravíos, esos patíbulos levantados en la extensión del suelo de conquista, esa sangre vertida á torrentes para borrar una idea que reaparece y cuyos caracteres pueden distinguirse en las sombras de la noche, todo ese ruido de armas y de combates anuncia la desaparición de un mundo al quebrantarse el eje del pensamiento que le sostenía.

El sol de la nueva idea resplandece, y cuando haya terminado esa sucesión de mártires, cuando las llamas de la hoguera no tengan más víctimas que devorar, entonces veréis surgir de las filas enemigas nuevos paladines que sostendrán lo que ayer combatían y la idea proscrita saldrá regenerada con la luz vivificante del triunfo y ceñida con el resplandor de la gloria, á tomar asieto entre los hombres y apoderarse de los siglos.

¡Gloria á vosotros, sublimes mártires del progreso humano, gloria á vosotros que, revestidos del espíritu del heroísmo aceptáis el cáliz amargo que os brindan las vicisítudes de la existencia en esa lucha tenaz con el destino! ¡gloria á vosotros que levantándoos como una sombra amenazadora sobre el mar agitado de las sociedades, empuñáis la palma del martirio para que las gotas de vuestra sangre formen la huella por donde tiene que atravesar la humanidad en su tránsito por las edades!

XV.

Volvamos un momento al campo de la traición, donde Elizondo había capturado á los hombres de la independencia.

El desorden había sido terrible, los soldados huían en todas direcciones acosados por la caballería, que los lanceaba sin misericordia.

Saca-vueltas el torero, percibió á gran distancia el desastre y retrocedió al punto del Espinazo del Diablo, llevando consigo á Don Félix de Quintanar.

—Señor capitán, decía el compañero de Marroquín, si les pasa algo á los generales, ya podéis encomendaros á Dios porque os degüello por el alma de mi madre.

El capitán estaba temeroso porque aquel bandido cumpliría su promesa: el infeliz entraba desde aquel instante en capilla.

Dejóse ver la bruja en aquellos momentos.

—SeñorSaca-vueltas, vuestro amigo Marroquín os envía á decir que el inquisidor ha muerto y que podéis entregarme á don Félix.

—Os chanceáis seguramente, respondió Saca-vueltas; suponiendo que fuese verdad lo que me decís, ahora corre por mi cuenta este negocio, he jurado y rejurado que si le pasa algo á los generales, este realista lo pagará con su vida.

—Pero eso es una injusticia.

—Puede ser, pero yo no cejo ni un momento.

—Ved que vais á cometer un asesinato.

—Estoy curado de espanto, y uno más en mi lista no es cosa de tomarse en cuenta.

—Pero yo he cumplido con poner á Clavijero en manos de Marroquín.

—Querrá decir que matamos dos pájaros con una misma piedra.

—Vos no me conocéis, y soy capaz de...

—¿De qué? interrumpió Saca-vueltas.

—De arrebataros á Don Félix.

—Probadlo.

—Ved que estáis delante de una bruja.

El torero que era un tanto supersticioso, vió de un modo enhiesto á la vieja.

—Como lo oyes, y cuidado conmigo.

Serenóse el torero, porque la desesperación de la derrota era superior al miedo que podía infundir la hechicera.

—A riesgo de perder mi vida y mi alma, no consentiré jamás en la entrega del capitán; ved que en un lance apurado puede salvarme.

—Yo te ofrezco el indulto.

—¡Idos al diablo, bruja infernal! y no me calentéis más las orejas.

—Está bien, dijo la vieja, y se alejó del torero echando conjuros y maldiciones.

—¡Reniega, bruja maldita! que no cederé ni un solo palmo; no faltaba más, sino que le dijera á ese diablo de capitán: id, id con los vuestros á asesinar más insurgentes; aunque por otra parte si la bruja ha cumplido... no, yo en alguien tengo de vengarme y ya lo resuelto, resuelto.

Púsose á pasear frente á la choza donde estaba prisionero Don Félix cuando vió llegar un jinete á todo correr.

—Preparemos las armas, dijo el torero, y montó sus pistolas.

—Señor Saca-vueltas, cuidado con apuntar que somos buenos amigos.

—¡Hola, señor de Pedraja! dadme algunas noticias.

—Todas son buenas, los generales todos están prisioneros, es decir, en víspera de morir, y se ha mandado encapillar en Monclova á Don Ignacio Aldama, hermano de Don Juan.

—¿Decís verdad, ó son vuestras locuras?

—Pluguiera á Dios, señor Saca-vueltas, y esto es tan cierto, como que salen los presos para Chihuahua.

—¡Diantre!

—Ese infame de Elizondo nos ha traicionado.

—Ya me lo sabía yo, señor de Pedraja.

—Hay cosas que suceden porque suceden; pero de lo que estoy espantado es de haber visto al padre Pontolongón.

—¿Lo han fusilado?

—No, nada de eso, por el contrario, él capitaneaba la chusma que pedía á gritos la cabeza del señor Hidalgo.

—¡Ah, miserable!

—Declaró en la plaza y delante de todo el vecindario que era espía del ejército.

—¡Como tuviera á mano á ese clérigo, no se me escapaba! yo me había sospechado algo, hice mal en no matarle luego que lo pensé; ¡lo que es tener un buen corazón!

—¡Bueno, bueno! gritaba Pedraja, con el acento destemplado de los locos.

—¡Si me habrá dicho verdad este majadero! pensaba Saca-vueltas al ver las maneras poco cuerdas de Pedraja.

Ya llegan otros compañeros, decía el loco, vamos á tener noticias, la cosa se pone buena... buena... buena!

XVI.

Cuatro hombres venían á todo escape por la llanura que media entre Acatida de Baján y el Espinazo del Diablo.

—Son insurgentes, decía Saca-vueltas, vienen huyendo de la derrota.

Acercóse uno de los jinetes y tendiendo la mano al torero le dijo:

—Estamos perdidos; pero aquí traigo una prenda de venganza.

—¿Luego es cierto lo que dicen los dispersos?

—Cierto, de un golpe hemos perdido cuanto teniámos, bien pronto fusilarán á los generales.

—¡Maldición!

—Pero no todos los infames se gozarán en la traición; traigo conmigo al clérigo espía del señor Hidalgo, no me cabe la menor duda, de su boca oí esta confesión, que hizo delante de todos en la plaza de Monclova.

—Matémosle.

—No, es necesario castigarle de una manera más espantosa.

—Pues sea, repuso el torero, estoy á tus órdenes.

—Traigo á Pedro el Negro, él me ayudó á robarme á ese traidor, á ese padre Pontolongón.

—Se la tenía prometida. Mira Pípila, tú eres capaz de arrepentirte... temo que se te meta el diablo en el cuerpo y perdones.

—No, no lo oreas, tú sabes que yo no estoy manchado con sangre, que he rehusado hasta presenciar las ejecuciones... pero hoy se trata de un

castigo... yo sé pordonar á los que siendo fieles á sus banderas, han caido en nuestro poder; pero á este hombre que fingiéndose de los nuestros nos ha vendido... no, es imposible. Tantos años de espionaje y de traición no se pagan con la muerte, sigueme.

—En marcha.

Saca-vueltas y el Pípila se acercaron al grupo de guerrilleros que traían al padre Pontolongón.

—Bájemlo del caballo y retirense, menos tú, Pedro, que nos acompañarás.

Los guerrilleros cumplieron con la orden del Pípila y se alejaron con los caballos.

Saca-vueltas y Pedro tamaron por los brazos al clérigo y echaron á andar hasta un punto en que las rocas del Espinazo del Diablo forman un pequeño anfiteatro.

Luego que estuvieron en aquel sitio fatal, Pedro se colocó junto al clérigo, Saca-vueltas se sentó en una de las rocas y el Pípila le dirigió la palabra al antiguo maestro de aposentos que estaba lívido como la muerte.

—Yo soy un hombre rudo, le dijo, pero he sido fiel á mis protectores, aborrezco la traición. Vas á pelear por tu patria, me dijeron un día, y yo he arriesgado mi existencia... he peleado sin descanso... nada me ha amedrentado sino el ver morir á mis jefes... parece que ese instante ha llegado ya. Yo sé que no les perdonarán, porque les tienen miedo; pero en medio de ese pesar, Dios me reserva para ser juez del pérfido que los ha vendido... Elizondo tiene sobre su cabeza la espada de la venganza... he jurado matarle y esta misma noche, que ya va cerrando me verá partír á Monclova, espero encontrarle y... yo sé que el cielo me prestará su ayuda.

—Pero ¿qué queréis de mi? gritó furioso el padre Pontolongón.

—Lo vas á saber, continuó el Pípila, tú has espiado durante muchos años al señor Hidalgo y lo has entregado sin compasión á la saña de sus enemigos, tú mismo lo has confesado delante de mí, yo no hubiera creído en tanta maldad.

—Es cierto, es cierto, pero yo lo hacía por obedecer al mandato de mis prelados, ellos me ordenaron que me fingiera insurgente y avisase los movimientos del ejército... no, yo no soy culpable...

—Y tus gritos en la plaza de Monclova.

—Temía que Elizondo sospechara de mí.

—Pero tú confiesas tu traición.

—Sí, la confieso; pero tened compasión de mí... ¡misericordia... misericordia!...

—Ya es tardío tu arrepentimiento, la sangre ha comenzado á correr en los patíbulos, en Monclova ha habido ejecuciones este mismo día; y tú, tú, miserable, has pedido á gritos las cabezas de los caudillos.

Arrodillóse el clérigo, y procurando zafar los brazos de las ligaduras, imploraba llorando la compasión de aquel tribunal que le juzgaba.

—Yo me arrepiento... sì, me he asustado de mi crimen, yo sé que todos son víctimas de mi infamia. Dejadme morir entre vosotros luchando por vuestra causa, yo quiero la expiación.

—Y la tendréis, respondió sombríamente el Pípila.

Saca-vueltas estaba aterrorizado, la calma de su compañero le impresionaba.

Pedro el negro no quitaba la vista de los ojos del barretero.

Después de un momento de silencio dijo el Pípila:

—Ya lo he pensado y Dios y mi conciencia me dictan este castigo; sea en su nombre en el que ejerza la justicia... Saca-vueltas, apodérate de ese hombre, y tú, Pedro cumple con mis órdenes.

El torero, sin comprender nada de lo que iba á pasar, tomó al padre Pontolongón por las ligaduras de los brazos.

El clérigo gritaba sin cesar implorando la clemencia que no aparecía en el rostro del barretero.

Pedro sacó un puñal y con una destreza asombrosa le echó fuera los ojos al padre Pontolongón, que dió dos alaridos espantosos que reprodujeron aquellas rocas.

Desatáronle los brazos y entonces se presentó un espectáculo repugnante y terrible: el clérigo tendió las manos ensangrentadas en busca de algo en que cebar su rabia, su rostro estaba deforme, rechinaba los dientes como un condenado, tenía puesto el pie sobre un glóbulo de sus ojos que yacían en el suelo.

—¡Adónde estáis?... dadme la muerte... la muerte, porque estos dolores y esta obscuridad son espantosos... matadme por compasión, yo tengo las órbitas vaciadas, y sin embargo veo todo, todo... arracadme esos fantasmas que cruzan delante de mí... me ven... ma amenazan... compasión... compasión!...

Los actores de aquella terrible escena se alejaron del anfiteatro dejando á aquel miserable entregado á la agonía de su desesperación.

La noche había cerrado lóbrega y obscura, el loco Pedraja, que había presenciado todo desde las rocas, bajó con una tea en la mano gritando con una voz estentórea:

—¡Bueno... bueno... bueno!... los lobos le devorarán esta noche... ya se escucha su aullido por el llano... bueno... bueno...

Al día siguiente unos pastores atraidos por el ladrido de los perros, se internaron en las rocas del Espinazo del Diablo, y encontraron el cadáver de un hombre, que no pudo ser conocido por tener el rostro devorado por las fieras que hacen sus correrías en el desierto.

XVII.

Todos los caudillos habían muerto en el cadalso, con excepción de Hidalgo, quien por su carácter «sacerdotal» fué entregado en manos de la Iglesia para el cumplimiento de los cánones.

El obispo de Durango, doctor don José Francisco Gabriel de Olivares, comisionó el 14 de Mayo al canónigo doctoral de aquella iglesia Don Francisco Fernándes Valentín, para que procediese en unión del Juzgado militar.

Las declaraciones tomadas por el fiscal Abella se dieron por bien recibidas, y el proceso se mandó volver al auditor «Bracho» para que consultase lo conveniente.

El auditor presentó su parecer, cuyo resumen insertamos como un documento histórico, que revela barbarie y decadencia de aquella época.

«Soy de sentir que puede V. E. declarar que el precitado Hidalgo es reo de «alta traición,» mandante de alevosos homicidios, que debe morir por ello, confiscársele sus bienes, y que sus proclamas y papeles seductores, deben ser dados al fuego pública é ignominiosamente. En cuanto al género de muerte á que se le haya de destinar, encuentro y estoy convencido, de

que la más «afrentosa» que pudiera escogitarse, aun no satisfaría la venganza pública; que él es delincuente atrozísimo; que asombran sus enormes maldades «y que es difícil que nazca otro monstruo igual á él,» y que es indigno de toda consideración por su personal individuo: pero es ministro del Altísimo, marcado con el indeleble carácter de sacerdote de la Ley de Gracia, en que por fortuna hemos nacido y la «lenidad» inseparable de todo cristiano, ha resaltado siempre en nuestras leyes y en nuestros soberanos, reverenciando á la Iglesia y á sus sacerdotes, aunque hayan incurrido en delitos atroces.

«Por tanto, si estas consideraciones tuvieren lugar en las cristianas de V. S., ya que no puede dársele garrote por falta de instrumentos y verdugos que lo hagan, podrá mandar si fuere de su agrado, que sea pasado por las armas, en la misma prisión en que está, ó en otro semejante lugar á propósito, que después se manifieste al pueblo, para satisfacción de los escándalos que ha recibido por su causa.»

Nuestra pluma se detiene delante de estas líneas y pasan por nuestro cerebro las páginas de la historia en que la Iglesia, en consorcio con el Estado, falseando las instituciones del Evangelio, ha encendido las hogueras que apagó la mano atrevida de la revolución francesa.

Donde la barbarie ha marcado su huella, allí está el poder eclesiástico con sus «anatemas» y su hierro candente auxiliares de la tiranía.

El delegado del obispo, doctor Valentín, nombró para formar su «corte marcial» eclesiástica á los curas ordinario y castrense y al guardián del convento de franciscanos de Chihuahua, que pronunciaron sentencia de «degradación» contra Hidalgo el 27 de Julio señalando el 29 para la ceremonia.

XVIII.

En una de las salas más espaciosas del Hospital Real, se preparó, como dicen los cánones, una tribuna alta donde debía tener lugar la degradación.

A las doce en punto del día señalado, se presentó el doctor Valentín seguido de los vocales de su consejo y del juez militar, y tomaron asiento en la plataforma.

Frente al delegado había una «credencia» simple cubierta con una carpeta, sobre la cual estaban las vinajeras del agua y del vino, el cáliz con la patena y la hostia, un vaso de vino, otro de agua, el libro de los Evangelios, el libro de las Epistolas, una bandeja con una jarra de agua y tohalla, un candelero con vela apagada, el libro de los Exorcismos, el de las Lecciones, las llaves, el antifonario, unas tenazas y un cuchillo y los paramentos del degradado.

Aquello era una fiesta eclesiástica: el pueblo acudía á presenciar una de esas ceremonias que con tanta solemnidad se celebraban en los siglos medios.

A una indicación del delegado, los sicarios condujeron al cura Hidalgo, que se presentó majestuoso y sereno ante aquel tribunal; le quitaron los grillos y esposas, entonces tomó su figura esa actitud de lo mártires de la antigüedad, su frente parecía llena de luz, sus cabellos cayendo en hilos de nieve sobre su hombros, su semblante perfectamente tranquilo, su mirada intensa, sus labios imperceptiblemente trémulos, y sus brazos cruzados sobre el pecho.

Leyóse la sentencia de muerte y degradación, que el anciano cura de

Dolores escuchó con impasible serenidad.

Levantóse un rumor entre la multitud, y los mismos actores de aquella escena palidecieron: parecía que los labios del sacerdote iban á decir las palabras de Jordano Bruno ante los inquisidores romanos:

—«Sospecho que pronunciáis esta sentencia con más temor del que yo tengo al oirla.»

El delegado del obispo fué revestido de amito, alba, cíngulo, estola, capa pluvial encarnada y mitra simple.

El doctor Valentín empuño el báculo con la mano izquierda y se acercó al caudillo seguido de los clérigos para proceder á la degradación.

Vistieron á Hidalgo con el arreo de su dignidad eclesiástica, comenzando por el sobrepelliz y acabando por el último paramento.

En seguida pusieron en sus manos el cáliz con el vino y el agua, la patena y la hostia.

—«Parecía una reproducción de las escenas del siglo XII.

Volvióse el delegado hacia el pueblo y dijo con voz sonora:

—«En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.»

—«Porque Nos, delegado del obispo por la gracia de Dios y de la Sede Apostólica, conociendo del crimen de alta traición contra el presbítero Don Miguel Hidalgo y Costilla, cura de Dolores, hemos encontrado por su misma confesión y por legítimas pruebas, que ha cometido dicho crimen que no sólo es grande; sino también condenable y dañoso, y de tal manera enorme que no sólo ofende á la Majestad Divina, sin que también ha conmovido al público, por lo cual se ha hecho indigno del oficio y beneficio eclesiástico; por tanto. Nos por la autoridad de Dios Omnipotente del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y por la Nuestra, sentenciosamente juzgando, perpetuamente privamos en estos escritos al mismo cura Hidalgo, de todo oficio de esta clase y de todo beneficio, y de palabra lo deponemos de ellos y pronunciamos que se debe de deponer y de degradar real y actualmente según la tradición de los cánones.»

¡Aquella ignominia era la gloria del caudillo!

Alzóse de su asiento y avanzó hacia el delegado, que retrocedió involuntariamente; retiróse un tanto y comenzó el despojo.

Quitó de las manos de Hidalgo el Cáliz diciendo:

—«Quitamos de tí, ó más bien manifestamos que te está quitada la potestad de ofrecer á Dios el sacrificio y de celebrar misa tanto por los vivos como por los difuntos.»

Siguióse la ceremonia impía de raspar con el cuchillo la corona, y los dedos índices y pulgares de ambas manos, bajo la fórmula de «Con esta rasura te quitamos la potestad de sacrificar, consagrar y bendecir que recibiste en la unción de tus manos y pulgares.»

Tomó el delegado la casulla por la parte posterior del capucho y la quitó á Hidalgo diciendo:

—Con razón te despojamos del vestido sacerdotal que significa caridad; pues la perdiste así como toda tu inocencia.

Despojáronle de la estola: «Torpemente desechaste la señal del Señor por esta estola, y por lo mismo te la quitamos y te volvemos inhábil para ejercer todo oficio sacerdotal.»

Pronunciadas estas palabras, los ministros del delegado se acercaron al héroe y le quitaron los pocos arreos que conservaba en su traje ordinario, y le pusieron el vestido glesar.

«Declaramos, dijo el degradante, que la curia seglar reciba á éste en su foro, destituido de todo orden y privilegio clerical.»

Levantóse el juez para recibir al reo, y entonces el delegado, con acento humilde y suplicante dijo:

—«Señor juez, os suplicamos con todo el afecto que podemos que por amor de Dios, en vista de la piedad y de la misericordia y por intervención de nuestras súplicas, no infiráis á este miserable ningún peligro de muerte ó de mutilación.»

Al escuchar aquella ironía sangrienta, el anciano de Dolores sonrió desdeñosamente.

«¡Eclesia abhorret á sanguine!»

Causa espanto recorrer la historia de las víctimas entregadas por la Iglesia al brazo secular.

Nosotros llamamos á la piedra de esas tumbas que guardan las reliquias de los mártires, evocamos sus sombras para qué desmientan á sus verdugos, ellos, que han descorrido ya los velos del misterio al atravesar las regiones eternas!... No, no son las doctrinas de Jesucristo estampadas en la páginas de los libros sagrados las que conducen al fuego á la raza humana; ellas hablan de misericordia, y los hombres quebrantan esas sentencias en el torrente desbordado de las pasiones.

No eres tú, divino mártir del Gólgota, en cuyo nombre se han levantado hogueras y patíbulos, el que has predicado la sangre y la matanza; tus labios han sido una emanación purísima de consuelo; por eso tú, llevando sobre los hombros la enseña sacrosanta de la libertad humana, presides esa eterna sucesión de mártires que aun siguen atravesando por la faz devastada de la tierra !

XIX.

Don Félix de Quintanar continuaba bajo la custodia del torero, que furioso con la traición de Elizondo, estaba resuelto á sacrificar al esposo de Rosalía luego que recibiese la noticia del fusilamiento de los caudillos.

Oculto en un aduar del desierto, lejos de la acción de la justicia, don Félix no tenía esperanza alguna.

La gitana no se apartaba un instante de la choza que guardaba al prisionero, en vigilia continua y acechando, y pasaba los días procurando sacar á la víctima de las garras de sus verdugos.

Saca-vueltas se acercaba á los pueblos en pos de noticias sin conseguir nada; no obstante, creía ver de un momento á otro aparecer algún amigo y ya tenía dispuesta su guerrilla para seguir en el huracán revolucionario.

Los soldados estaban desesperados y su moral no se restablecía fácilmente.

Dos meses de incertidumbre habían agitado el alma del bandido, ya estaba dispuesto á marchar, cuando Pedro el Negro llegó en su busca.

—¿Qué diablos pasa? preguntó el torero.

—¡Mal, muy mal! respondió Pedro.

—Cuéntame.

—Mira, Saca-vueltas, yo soy hombre entre los hombres, tú sabes que las lágrimas eran cosa que yo no conocía; pero he visto matar á nuestros generales y he llorado como un niño... si hubieras presenciado aquello, era para levantarse la tapa del corazón de un balazo.

—Habla, Pedro ,quiero saber todo, aunque...

—¡Oh! mi general Allende estaba pálido, el coraje se pintaba en su cara, en aquella cara tan guapa... lo querían vendar; pero el no se dejó, entonces lucharon los soldados para volverle de espaldas... aquello sí era valor, se revolvía como un león... demonio... lo vi caer atravesado por las balas... ¿y mi general Aldama?... ese no abrió los labios marchó sereno y... vamos, que yo estaba furioso, no cesaba de pensar en el señor Hidalgo... matarle á su hermano... quién le había de decir á Don Ignacio Aldama que habían de morir así tan... Saca-vueltas, he soñado á todos... qué pesadilla tan maldita!

—¿Y Marroquín?

—Nuestro amigo Marroquín murió como bueno, diciendo una mentira que se ha vuelto cuento en todo Chihuahua.

—Lo que quiere decir que no se desmoralizó.

—El maldito tuvo la paciencia de inventar que era hijo del cura de un pueblo y que no estaba bautizado; averiguada la mentira lo fusilaron inmediatamente.

—¡Pobre compañero!

—¿Y el capitán?

—Ese va á morir dentro de media hora.

—¡Listo! gritó Pedro el Negro, que era capaz de matar á su mismo padre.

—Es necesario convencerse, dijo el torero, que todos son enemigos y que es necesario deshacernos de ellos.

—Este Don Félix iría á contar hazañas y le darían á mandar gente.

—Además, que ya conoce nuestras guaridas y no podriámos engañarle; figurate que diese con nosotros cuando bajáramos á las ciudades.

—No quedaba uno con vida.

—Pues manos á la obra: tú, Pedro, te encargas de avisarle que arregle sus cuentas y dentro del plazo convenido lo truenas.

—¡Listo!

Pedro el Negro se dirigió á la choza donde estaba Don Félix, y sin más preámbulos le dijo que hablase cuanto quisiera con Dios, porque, iba á morir irremisiblemente.

XX.

La bruja salió al encuentro de Pedro el Negro.

—¡Demonio! la vieja por estos terrenos, murmuró el bandido.

—¡Hola, Pedro, te necesitaba y mucho.

—Pues hable porque tengo que hacer.

—¿Necesitas dinero?

—Siempre, siempre abuelita.

—Pues tendrás todo el que pidas.

—Me estáis tentando como Satanás.

—De eso se trata.

—Yo soy el hombre más tentable del mundo.

—¿Has noticiado al capitán Don Félix que va á morir?

—Precisamente.

—¿Cuánto vale la vida de ese hombre?

—No la he tasado todavía.

—Pues tásala.

—Es que yo no soy el dueño, sino Saca-vueltas

—Estás comisionado para la ejecución.

—Pero él debe presenciarla.

—Yo lo impediré.

—¿Y mis soldados?

—Procura que el fusilamiento sea en la noche.

—¿Y qué importa la hora?

—Dispondrás las cosas de tal manera, que las armas no estén cargadas con bala y...

—Sois una bruja endemoniada.

—Pasará por muerto Don Félix...

—¡Cuidado, cuidado, amiga mía! que todavía no nos ajustamos.

—Propon lo que te parezca.

—Dadme cien onzas de oro con el retrato de Carlos IV y estamos convenidos.

—¿Te figuras que tengo la mina de Valencia?

—Las brujas son muy ricas.

—Yo soy de las pobres.

—Pues yo no rebajo ni un medio.

—Garantiza que cumplirás tu palabra.

—Eso no puede ser, hasta hoy no he encontrado una alma caritativa que me fíe.

—¿Qué hacemos?

—Me daréis el oro después de la la supuesta ejecución.

—Convenido.

—Pero antes enseñádmelo.

—Mira, dijo la vieja, y desciñéndose un cinturón de cuero relleno de onzas, lo hizo sonar.

Aquella armonía metálica hizo estremecer á Pedro el Negro.

—Venga ello.

—Cuidado que puedes encontrarte con algo que no te parezca.

—Ese puñal es un juguete de almohadilla.

—No lo niego, pero está envenado.

—Sois el mismo diablo.

—Nada tendremos que añadir, yo detendré á Saca-vueltas, mientras tú llevas al prisionero.

—Vos le pondréis al tanto.

—Eso corre de mi cuenta.

—Idos con Satanás, que donde me agarren la podrida me guindan.

—No sería malo.

—Ni bueno tampoco.

—Adiós.

Pedro el Negro reunió á sus guerrilleros, los puso al tanto de lo que pasaba, les ofreció dividir el botín y cargaron sin bala sus carabinas, dispuestos á llevar adelante la comedia indicada por Pedro el Negro.

XXI.

Rosalía, seguida del inválido y del hijo de Don Félix ,buscaban llenos de aflicción al prisionero, creyendo al principio que había sido capturado por Elizondo al verlo en las filas de los insurgentes; corrieron á Monclova, se entraron en las prisiones y cárceles sin encontrar alguien que les diese noticias del capitán.

En tan terrible situación resolvieron buscarle en las Norias de Baján y pueblecillos y aduares del desierto.

La tarde aquella en que Don Félix debía de ser fusilado, llegó el carruaje con la familia al Espinazo del Diablo.

Rosalía se dirigó á la choza y se encontró de improviso con Don Félix.

El capitán hubiera deseado evitar aquel lance, cuando ya estaba próximo al suplicio.

—¡Te encuentro al fin! dijo la joven encadenando sus brazos al cuello del capitán.

—Rosalía, gritó Don Félix, traeme á mi hijo.

En aquel instante Treviño se presentó con Gabriel en la puerta de la choza.

—¡Hijo mio, hijo de mi alma! decía el infeliz padre estrechando á la criatura con un cariño entrañable.

—Félix, dijo Rosalía, mira á mi padre.

—Señor, dijo el capitán tendiendo la mano á Treviño, necesito hablaros un momento.

—Hija mía, sal un instante.

La joven tomó á su hijo y se puso á escuchar á corta distancia de la choza.

—Señor, necesito que os llevéis á mi hijo y á mi esposa. yo voy á morir dentro de una hora.

—¡Dios poderoso! exclamó el portugués.

—Estoy tranquilo. Os queda en depósito cuanto poseo sobre la tierra. Esa infeliz mujer y... mi hijo... ellos me han acompañado en mi proscripción... con ellos he dividido mi amor y mis infortunios... ¡qué triste es la muerte cuando tienen que abandonarse seres tan queridos!...

—Pero esto es horroroso, es necesario apelar hasta á la violencia si es preciso... no, yo no puedo dejaros morir.

—Yo no tengo esperanza, los bandidos que se han apoderado de mí son hombres terribles, sin corazón; además, están ofendidos con la muerte de sus generales y su sangre la quieren lavar con la mía.

—Yo les suplicaré, les ofreceré oro.

—No, sería infructuoso; despertaréis su codicia, y os harán comprar muy cara vuestra vida; la confesión de vuestra fortuna es una nueva amenaza.

—¿Entonces qué hacer?

—Nada, seguir mi destino, entregarme en sus brazos y morir.

—No, eso no puede ser.

—Por compasión, llevaos á esos desgraciados.

—No hay que lamentarse, dijo la bruja entrando en la choza.

Treviño y Don Félix retrocedieron.

—Ya es fuerza que me conozcas, Alvaro de Clavijero.

—¿Quién eres? preguntó Treviño.

—Mírame.

La vieja dejó caer su manto y se presentó tal cual era al portugués.

—No, no es un sueño, decía Treviño; la estoy viendo; ella trae á mi memoria recuerdos espantosos.

—Yo soy, Alvaro; tú me abandonaste en las playas del Africa; pero ya he satisfecho mi venganza... Escúchame, juré ser el angel exterminador de tu familia, seguir á todos, perderlos, vengarme... Yo en otra

ocasión me he presentado ante tí, y revelado el secreto de tu tormento en la Inquisición.

—Es verdad, es verdad.

—Pues bien, he visto morir á tu sobrina abandonada por el marqués de Croix, he hecho que á ese miserable le confiscara el rey sus cuantiosos bienes, te arrojé en las garras de tu mismo hermano que ordenó tu suplicio, le descubrí en aquel momento tan terrible secreto para cobrarme su odio, que fué el móvil de tu ingratitud. Entonces lo ví, lleno de remordimientos, vestirse el sayal y sepultarse en el silencio de una celda... yo no estaba satisfecha, le saqué de ahí, le lancé á la revolución y... tú has recogido su cadáver.

—¡Espantoso! espantoso! murmuraba Alvaro de Clavijero.

—Apagóse en mi alma lo hoguera de mis resentimientos, mi corazón se volvió hacia su antigua impresión, te volví á amar; pero ya nuestra existencia estaba consumida. Entonces quise hacerte dichoso, volverte á tu hija y á ese tierno niño... lo he conseguido ya... las armas que van á descargar sobre el pecho de Don Félix, no le arrancarán la vida, fiad en mí.

—¿Será posible, exclamó el capitán.

—Caballero, me habéis visto cerca de vuestra prisión cuidadosa de cuanto pudiera aconteceros.

—Gracias, gracias, habéis salvado á una familia.

—Zaida, dijo el antiguo pirata, tú has sido una mujer de maldición para mí; pero Dios te reserva para compensarme todo el mal que me has hecho; perdóname.

—Sí, te perdono; hoy mismo al entregarte al reposo y tranquilidad de tu familia, te daré eterna despedida, yo vuelvo á Europa, voy en pos de alguien que no me haya olvidado.

—Venid con nosotros, señora, dijo Don Félix.

—Eso es imposible, capitán, oigo rumor de pasos y de armas, salgamos.

Treviño y la gitana abandonaron la choza del prisionero, y acompañados de Rosalía y su hijo corrieron hacia las rocas, á cuyo pie debía tener lugar la ejecución.

XXII.

Luego que Pedro el Negro participó á los guerrilleros su plan, uno de ellos le fué á poner en conocimiento del torero.

—Ya me las pagará ese negro infame; por ahora lo que conviene es cambiar las armas de esos canallas, dándoles otras que estén cargadas; ya veremos si se burlan de su capitán.

Los soldados, entregados á la bebida, no se apercibieron del cambio de las escopetas que mandó hacer Saca-vueltas, y que se ejecutó con maestría.

Al caer de la tarde reunió el torero á sus soldados, sacaron al preso y lo condujeron al lugar del suplicio.

Don Félix iba temeroso, Treviño, Rosalía y la gitana estaban inquietos, acechando sobre las rocas.

Llegó el fatal instante, Don Félix se arrodilló y los soldados hicieron fuego sobre él.

—Ha muerto, dijo Saca-vueltas.

Pedro el Negro y los guerrilleros se vieron con asombro y desfilaron en silencio.

—Bajád, dijo la gitana.

Rosalía se precipitó con una angustia inexplicable, acercóse á Don Félix creyendo que estaba vivo y halló un cadáver.

—¡Sangre!... ¡sangre! gritaba la joven, y dando aullidos de dolor besaba la frente de su esposo.

—¡Me engañabas, miserable gitana! gritó Treviño buscando á la hechicera; pero ésta había huído con el niño.

—¡Zaida!... ¡Zaida!... gritaba el portugués... ¡mi hijo!... ¡mi hipo!

Rosalía se desmayó sobre aquel cadáver ensangrentado.

Bajaba en aquel instante por las rocas un hombre, trayendo á un niño en los brazos.

—Allí, allí está, gritaba la criatura indicando á Rosalía.

Acercóse el hombre á la desgraciada esposa de Don Félix la dijo:

—Señora, al atravesar las piedras del sendero, una mujer ha caído en el precipicio y se ha matado; este niño me ha conducido hasta aquí, dice que es vuestro hijo.

Rosalía levantó la cabeza y se encontró frente á frente de su antiguo amante.

El loco Pedraja retrocedió algunos pasos, detuvo su mirada en el rostro de la joven, y su cerebro se iluminó de improviso... había recobrado el juicio por uno de aquellos fenómenos inexplicables, el llanto acudió á sus pupilas en torrentes y con voz ahogada por los sollozos exclamó:

—¡Rosalía!... ¡Rosalía!... yo despierto de ese sueño... el tiempo ha pasado por delante de mí sin que me haya percibido... siento que la razón vuelve á mi cerebro... he estado loco, por tu abandono... pero ya siento, ya veo.... ya mi pensamiento vuelve a encenderse... todo lo comprendo y te perdono... tengo celos de ese cadáver.... apártate... por com... pa... sión!

—Pedraja, tú también has vertido la sangre de ese hombre... reconócelo, es el capitán Don Félix.

—¡Es cierto... es cierto! gritó Pedraja, yo soy un infame... pero aquella noche tenía celos y tú provocaste mi saña vengadora.

—Huye de aquí, entre nosostros está la sombra de mi esposo... mira este niño, es su hijo, esa criatura infeliz que llora la muerte de su padre.

—Adiós, señora, dijo Pedraja, sombrió como la fatalidad; huid con vuestro padre, huid por compasión... ya no nos volveremos á ver... ¡Dios lo ha querido!

Pedraja se retiró en silencio, llegó á la choza á cuya puerta estaba atado su caballo, montó precipitadamente: y azotando sin compasión al noble animal, se perdió en las soledades del desierto.

XXIII.

El 30 de Julio de 1811 se notificó al cura Hidalgo que entraba en capilla y que moriría á las veinticuatro horas que las leyes daban á los sentenciados para disponer sus cuentas con el cielo.

Transladóse al caudillo á un cuarto del mismo hospital que está bajo la torre de la capilla; la campana marcaba las horas que se deslizaban veloces como el sonido en el espacio.

El héroe permanecía impasible, la sentencia del consejo era esperada de antemano, así es que Hidalgo no se sobrecogió al escucharla.

Dispúsose á recibir los Sacramentos con aquella misma serenidad que no le abandonó ni aun en el supremo instante de la muerte.

Hidalgo sabía que la vacilación era la pérdida de su doctrina, y aceptó, como Jesucristo, el último sacrificio.

Asustáronse los sicarios de aquel poder tiránico al ver la actitud del caudillo, y temblaron por el porvenir; decidiéronse á suplantar la historia, á engañar al mundo entero, á profanar los postreros instantes del caudillo, para ahogar la revolución y llevar al hombre y á la idea á morir al mismo suplicio.

Introdújose el canónigo doctoral de Durango Don José Ignacio de Iturribarría en la prisión de Hidalgo seguido del bachiller Don Mariano Urrutia, el fiscal Abella un escribano y dos testigos, á quienes se les mostró una orden reservada del virreinato, del arzobispado de México y del tribunal de la inquisición.

Hidalgo se extrañó al ver á esos hombres á quienes creía haber perdido de vista para siempre.

—Señor, dijo el canónigo, un asunto de una gran importancia para la religión y para la patria, no menos que para la disciplina eclesiástica...

—Explicaos, señor canónigo, porque no percibo el punto de contacto que tengo con todo ello.

—Habéis recibido, señor Hidalgo, con toda la caridad cristiana la noticia de vuestra muerte.

—No es cosa que me preocupa, señor canónigo; el destino del hombre es morir, y esa sentencia la traemos de las entrañas de nuestra madre.

—Es cierto, señor.

—Os veo indeciso, nada que podáis decirme.

—Conozco vuestro espíritu y vengo á traeros una súplica que os hacen vuestros prelados y que os indica el gobierno.

—Súplica á un hombre que va á morir?

—Sí; escuchadme, habéis visto el mal éxito de la revolución.

—Perdonad, yo nunca creí que mi desaparición la perjudicase; estoy persuadido de que seguirá hasta su completo triunfo.

—Decía, señor, que se trata de que escribáis un manifiesto, ó más bién, que adoptéis el que venimos á proponeros. En él aconsejáis la paz, que es vuestra misión como sacerdote, abjuráis de vuestros errores y pedís perdón á la Iglesia y al Santo Oficio.

—¡ Mis errores! exclamó Hidalgo, son por ventura las ideas que abrigo de la felicidad de la nación con la independencia?

—No es mi ánimo entrar en una polémica con el señor Hidalgo.

—Caballero, yo he obedecido á mi conciencia, y no pasaré nunca por la humillación que venís á proponerme!... No, no me rebajaré ante el pueblo mexicano ni haré vacilar su fe, eso sería detenerlo en la marcha gloriosa que ha emprendido en busca de la emancipación!... os ruego que me dejéis tranquilo en mis últimos momentos, no vengáis á insultarme al borde del sepulcro.

El canónigo quedó confundido con aquellas palabras; pero cediendo al mandato que traía, insistió.

—No es precisamente una retractación la que se os propone.

—Excusadme, señor canónigo, el disgusto de esta entrevista, os vuelvo á suplicar no interrumpáis los pocos instantes que me restan.

—Es que si os resistis, ya vuestra firma aparece al calce de este documento.

Oyéronse entonces crugir las cadenas que aprisionaban al héroe; le había sobrecogido un temblor espantoso ante aquella infame revelación.

—¡Sois un miserable! gritó lleno de indignación, venís á escupir sobre una frente que quería presentar sin mancha ante la posteridad... venís á empañar mi nombre... sabed, señor canónigo, que este es el mayor suplicio que podrían darme...! os vengáis de una manera terrible...

—Así lo exigen las circunstancias, y la paz del Estado, y la respetabilidad de la Iglesia, y el acatamiento á la Inquisición!

—La Iglesia... el Estado... la Inquisición!

—¿Qué le debo á la Iglesia?... sus anatemas.... ¿Qué le debo al Estado?... mi sentencia de muerte.... ¿Qué le debo á la Inquisición?... verme degradado y envilecido.... yo olvidaría todo; pero el pueblo ha sido más degradado que yo... esos tres poderes le han vejado hasta tenerlo en la esclavitud, le han puesto un estigma afrentoso, han explotado su sangre y le han escarnecido!

¿Y es en nombre de esos poderes como venís á proponerme una abjuración.

¡Atrás sicarios... yo os maldigo en nombre de ese pueblo sumiso y avasallado!... matad mi nombre, llenad de baldón mi memoria, que la revolución seguirá adelantando hora por hora, porque está escrito que los pueblos sacudirán el yugo de las tiranías.

—Señor cura Hidalgo, gritó á su vez el canónigo, morís impenitente, pero nosotros os haremos aparecer en otro sentido ante el juicio público.

—Haced lo que os parezca, yo protesto contra vuestra falsedad y de entre vosotros saldrá el que proclame que yo he muerto llevando intacto en mi fe y en mi conciencia el pensamiento de la libertad de América.

—No lo creáis, estamos bajo el juramiento y prescripciones de la Inquisición.

—Basta... basta... dejadme.

—Hemos entrado en vuestra prisión para convencer al pueblo de que es cierta vuestra retractación, porque vos no podréis desmentirla, porque moriréis solo en el silencio de este calabozo.

Hidalgo no pudo responder ante aquel cinismo y aquella perfidia.

—Oid, decía furioso el canónigo, oid, puesto que no os podéis zafar de esas cadenas que os aprisionan; oid vuestra abjuración y temblad:

« Confieso que nada de cuanto he hecho se puede conciliar con la doctrina del Evangelio ni con mi estado sacerdotal; que reconozco y confieso de buena fe que mi empresa ha sido tan injusta como impolítica, que ella ha acarreado males incalculables á la religión, á las costumbres y al Estado en general, y muy particularmente á esta América. Así mismo me reconozco responsable de todos estos males, todo lo cual es muy sensible á mi corazón y así deseo llegue á noticia de mi ilustrísimo prelado á quien por tantos títulos estoy obligado y de cuyas luces no me he sabido aprovechar, y muy rendidamente le pido perdón de los sustos é incomodidades que su señoria ilustrísima ha tenido que sufrir por mi causa, é igualmente lo pido al Santo Tribunal de la Fe, de no haber obedecido y de las expresiones irrespetuosas con que me atreví á impugnar su edicto; asimismo al excelentísimo señor virrey de este reino y demás autoridades constituidas, por mi inobediencia, y á los pueblos por el mal ejemplo que les he dado, en cuya virtud les ruego se aparten de los caminos de la insurreción, » que no pueden llevarlos sino á su ruina temporal y eterna. »

—Y todo esto, dijo el canónigo, lo certificarán el secretario y los testigos, y además, haremos pasar por vuestro un manifiesto en el mismo sentido.

—Os tengo compasión, dijo Hidalgo con voz tranquila; no son esas frases las que pueden atribuirse á un hombre que ha desafiado vuestro poder, os ha combatido y morirá sereno mañana en el cadalso... la historia se alzará más tarde para desmentiros, la debilidad humana no llega á colocar al hombre en una postración tan vergonzosa... Publicad ese documento, circuladlo entre los vuestros, que no será creído por mis soldados... esas palabras no lastimarán su fe, porque verán en ellas un rasgo nada más de vuesta perfidia... ¿Podéis suponer que la voz de un hombre aunque fuese la mía, pudiera apagar la hoguera encendida de la revolución?... Id en paz, mañana estaré libre de estas cadenas y mi espíritu volará en torno de mi ejército, en torno de ese pueblo que combate por sus libertades!...

—La historia no podrá penetrar este misterio, dijo el canónigo.

Hidalgo hizo un ademán imperioso, señalando la puerta á aquellos desgraciados pigmeos que osaban medirse con el héroe.

Hidalgo había tenido más resistencia que Galileo: aquel sabio abjuró delante de los inquisidores; no obstante, pronunció el « E pur si muove, » que revelaba la fuerza de su conciencia.

—Yo muero, dijo Hidalgo, y sin embargo la nación se mueve; ¡e pur si muove!

El movimiento es el progreso, y las sociedades podrán llegar más ó menos maltratadas á su destino, pero no podrán detenerse, porque Dios ha ordenado el movimiento como la ley eterna de la existencia humana.

XXIV.

El sol del 1. de Agosto apareció en el horizonte como la antorcha fúnebre que debía alumbrar el patíbulo de Hidalgo.

Los alcaides de la prisión Ortega y Guaspe, estaban al lado del anciano sacerdote, que había orado la noche entera.

—No parece, sino que vosotros sois los sentenciados, dijo Hidalgo dirigiéndose familiarmente á aquellos hombres.

—Señor, dijo uno de los alcaides, os he tratado estos últimos días y cobrado un grande afecto.

—Gracias, Ortega, yo llevo el sentimiento de la gratitud hacia vosotros, únicos de entre mis contrarios á quienes debo miramientos y distinciones.

—No nos llaméis así, somos vuestros amigos y...

—Silencio, no olvidéis « que la lengua guarda el pescuezo. »

Ortega y Melchor Guaspe estaban admirados de tanta sangre fría.

—Dadme papel y pluma, dijo el cura; no soy poeta, pero quiero dejaros un recuerdo.

Los alcaides salieron por el recado de escribir.

Cuando Hidalgo se encontró solo, dejó ver su profunda agitación.

—¡No, no estoy tranquilo, la calumnia viene á herirme en mi propia tumba... mis enemigos son implacables... ese « manifiesto, » esas « declaraciones » apócrifas pueden desmoralizar al pueblo en estos momentos supremos... Cuando se sepa que he vacilado, va á comenzar el desconcierto y acaso me maldecirán, esta idea me abruma y calcina el cerebro... creía morir tranquilo, la saña de estos hombres me alcanza en el postrer instante.... antes que firmar esos papeles pondría la mano al fuego como Mucio Scévola. Es necesario aprovechar los momentos, necesito escribir

algo, revelar que mi pulso no tenía un latido más, que mi cabeza estaba serena... revelar en pequeñeces el estado de mi alma, ya que el pueblo no puede penetrar en este calabozo... yo debo sonréir ante la muerte, los que me rodean podrán contarlo... quiero dejar en la tradición la historia de estas últimas horas... sí, escribiré, hablaré... esa será la mejor revelación de que no estoy aterrorizzado, de que ni las palabras de mis enemigos, ni las solemnidades de la « degradación, » han influido en mi alma... Dios mío!... ¡Dios mío!... que mi nombre no se empañe, que mi fama no se rebaje, que la historia no reniegue de mí!

Las lágrimas empañaron los ojos del mártir, que temblaba ante la posteridad.

Levantarse como un gigante delante de tres siglos, representando á una raza que se creía sepultada en los escombros de la conquista, asistir á cien combates, colocarse en el pedestal de la gloria, aceptar el martirio, sufrirlo con valor y serenidad, para creerse después maldecido, y condenado ante el juicio de los hombres, era el suplicio más atroz que pudiera inventar la desesperación humana....

Ortega y Guaspe entraron en el calabozo.

—Os habéis dilatado sabiendo que tenemos pocos instantes de que disponer.

—Dispensadnos, pero hay orden de no proporcionaros papel ni pluma.

—Dadme un pedazo de carbón, la pared, la pared es buena hoja para escribir.

Ortega le presentó lo que le pedía, y el anciano, procurando revelar la tranquilidad más perfecta y llevado de la idea que se había propuesto, escribió en la pared unos versos de despedida.

—Los copiaréis cuando haya muerto, dijo Hidalgo.

—Tomad el desayuno, señor, dijo Ortega.

Sentóse Hidalgo á la mesa y observando que le habían servido menos porción de la que aconsumbraba, dijo sonriendo á los alcaides:

—No porque me van á quitar la vida he de tomar menos alimento.

En aquel instante comenzó el toque de « rogativa. »

—Ya estoy próximo al cadalso.

Ortega y Guaspe estaban profundamente emocionados.

Dejóse oir el toque de las cajas y el oficial penetró en la prisión acompañado de algunos soldados.

El oficial no se atrevió á hacer indicación alguna.

—Vamos, dijo Hidalgo; señores, dadme el abrazo de despedida, es justo decirle adiós á los huéspedes y más aún cuando el viaje es largo.

Los alcaides abrazaron llorando al sacerdote.

Ya había dado algunos pasos, cuando se volvió diciendo al oficial:

—Perdonadme, había olvidado unos dulces con los que deseo obsequiar á vuestros soldados.

Tomó los dulces que estaban en la mesa y los repartió á la escolta.

—Ahora sí; estoy á vuestras órdenes.

Aquel cuerpo debilitado por los años y abrumado por el hierro de las cadenas, caminó con pié firme, animado por el espíritu gigante que Dios habia arrojado en su ser privilegiado.

XXV.

La multitud rodeaba el hospital desde media noche, las bayonetas guardaban el edificio en una triple valla y amigos y enemigos estaban acosados por una inquietud terrible.

El suplicio de Hidalgo es un acontecimiento que llena un siglo.

Salió el anciano en medio de la tropa; su semblante era tan majestuoso, que más bien parecía destacarse como en las horas más solemnes de sus triunfos, rodeado de sus banderas y seguido de su ejército, que caminar al patíbulo como un sentenciado.

Es que el temple de aquella alma, despreciando el barro de la materia, se alzaba hasta su Dios para rendirle en el trance final un homenage.

En la espalda del hospital hay un sitio que fué señalado para la ejecución del héroe.

La tropa formó cuadro en aquel siniestro lugar y las oleadas de la gente venían á detenerse allí, como las aguas del océano en las rocas de una playa desierta.

Levantóse un murmullo entre la multitud, los parches tocaban marcha en son de duelo y el ruido de las armas circuló entre los soldados del cuadro.

Era que el prisionero llegaba al patíbulo.

Aquel mar agitado se serenó como si Dios le hubiera impuesto silencio.

El caudillo avanzó hasta colocarse cerca de la pared del hospital, arrodillóse presentando el pecho á las armas, así lo había hecho en las batallas, así lo encontraba la muerte en aquella solemnidad sangrienta.

Las campanas enmudecieron y la multitud parecía haberse petrificado.

Se hubiera oído el aleteo de una ave que pasase para el desierto.

Avanzaron los soldados al centro del cuadro, el oficial dió la señal con la espada y tendieron instantáneamente las armas.

Oyóse una sola detonación que hizo estremecer á todos los espectadores de aquella terrible escena.

El plomo atravesó el pecho del caudillo, pero no fué bastante á arrancarle la vida.

Hidalgo vaciló un istante, puso una mano sobre la tierra en busca de apoyo, y llevó la otra al pecho de donde brotaba la sangre en oleadas tumultuosas.

El héroe revolvió su mirada en torno suyo, intentando balbutiar algunas palabras.

Instantáneamente salieron otros seis soldados de las filas é hicieron fuego á quemaropa.

Entonces aquel hombre vencedor en los combates, caía á su vez vencido por la muerte que había llevado uncida á su carro de victoria en los campos de batalla.

¡Martir de la libertad, ya está satisfecho el rencor humano! tu sangre ha ungido con el óleo de la regeneración este bendito suelo y puesto el crisma de su salvación sobre la haz de la tierra americana!

La patria, que parece haberte abandonado como Dios á su Hijo en las hoars solemnes de la redención humana, te abre el cielo del porvenir,

levanta altares á tu gloria, y prosternada ante tus plantas, te saluda con el incienso de la gratitud y con los cantos inmortales de la libertad!

¡Gloria á tu nombre!... ¡Hosanna!... ¡hosanna!... ¡hosanna!

EPILOGO

El 15 de Setiembre de 1811, aniversario del grito de Dolores, se agolpaba el pueblo de Guanajuato en derredor del Castillo de Granaditas, como en los siglos medios frente á las casas feudales de los señores de « horca y cuchillo. »

Un espectáculo sangriento de barbarie atraía á la multitud en torno de aquella fortaleza.

En los ángulos del edificio y pendientes de unas barras se veían suspendidas unas jaulas de hierro que contenían cabezas humanas.

Sobre cada una de aquellas jaulas había un letrero donde se veía con letras manuscritas: « Hidalgo, » « Allende, » « Aldama, » « Jiménez. »

Un pánico terrible acometió á la multitud, que contemplaba con asombro aquellas cabezas ensangrentadas, le parecía un sacrilegio la ostentación salvaje de los conquistadores, y veneraban desde el fondo de su alma las reliquias de los mártires.

Para que nada faltase á tan repugnante escena, un clérigo llamado Labarrieta ascendió á la tribuna... no lo olvidéis, á la tribuna del error y de la barbarie. Satélite de la tiranía lanzó un anatema contra la idea de la independencia y maldijo á los héroes en presencia de sus cenizas....

Al azotar el viento las rejas de las jaulas, parecía arrebatar las palabras de los mártires; porque aquellas cabezas hablaban, Dios les había permitido estar fuera de la tumba hasta presenciar el día espléndido de la libertad de América.

Aquellas cabezas impasibles, sombrías, amenazadoras, testigos implacables de las hecatombes y de las victorias eran los faros donde la revolución tornaba su vista en los momentos angustiosos de sus vicisitudes.

Pregón del escarmiento, era la amenaza terrible de la tiranía... ¡allí ¡allí estaban fijas esperando el sol de la libertad en nombre de la justicia humana!

Cuando la noche hubo tendido sus crespones enlutados bajo aquella ciudad de duelo, un hombre se arrodilló bajo la jaula que guardaba la cabeza de Hidalgo, se descubrió la frente que estaba húmeda por el sudor de la congoja, sacó de su seno un puñal ensangrentado y arrojándolo al suelo dijo con voz entrecortada:

—Señor... ofrecí vengaros, y... « Elizondo » ha muerto.

Aquel hombre era el valiente « barretero » que incendió la puerta del « Castillo de Granaditas. »

FIN DE « SACERDOTE Y CAUDILLO ».

INDICE

INTRODUCCION. — La primera pagina 5
PARTE PRIMERA. — El señor Rector del Colegio de San Nicolás 13
Tempestades en un vaso de agua 18
El escrúpulo de conciencia 25
Lino el mulato 33
La bruja y la inquisición 42
Prisiones y puñaladas 52
Las piedras rodando se encuentran 63
La choza de los libertos 75
En nombre del Santo Oficio 83
PARTE SEGUNDA 89
PARTE TERCERA 171
PARTE CUARTA 253
PARTE QUINTA 331
PARTE SEXTA 407
EPILOGO 447

BINDING LIST JAN 15 1939

LS
M4256s

357784

Mateos, Juan Antonio
Sacerdote y caudillo.

DATE

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED